La casa de hojas

Mark Z. Danielewski

Pálido Fuego

Alpha Decay

LA CASA DE HOJAS

MARK Z. DANIELEWKI

de
Zampanó

con introducción y notas de
Johnny Truant

y traducida por
Javier Calvo

Segunda edición

ALPHA Pálido Fuego

Título original: *House of Leaves*

© Mark Z. Danielewski, 2000

Todos los derechos reservados,
incluidos los derechos de reproducción
total o parcial en cualquier formato.

© de la traducción: Javier Calvo

© 2013 Ediciones Alpha Decay, S.A.
Gran Via Caries III, 94 − 08028 Barcelona
www.alphadecay.org

© 2013 Editorial Pálido Fuego, S.L.
Charlot, 13 − 29016 Málaga
www.palidofuego.com

~~Cuarta edición~~: enero de 2014

Maquetación: Robert Juan-Cantavella

Edición y revisión de la traducción: Ana S. Pareja y José Luis Amores
Revisión de la maqueta: René López Villamar
Corrección de primeras pruebas: Roser Ruiz
Redacción del texto en Braille: Cecilia Cocciarini

Ilustración de cubierta: Juan Amores

Impresión: Imprenta Kadmos

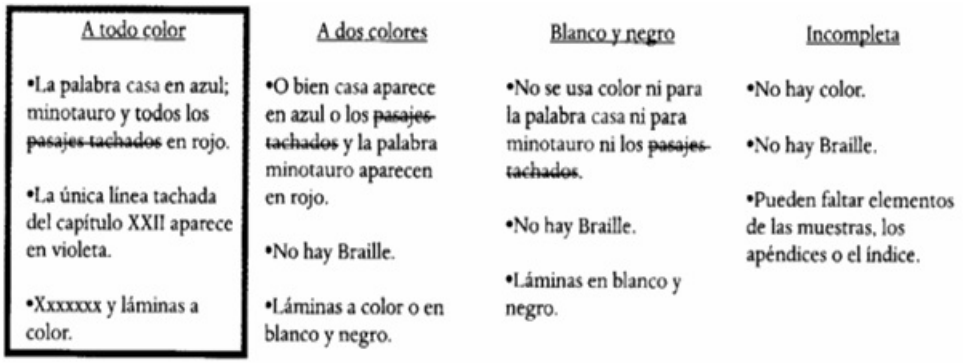
BIC: FA
ISBN: 978-84-92837-46-5
Depósito Legal: B.23933-2013

www.markzdanielewski.com

Esta novela es una obra de ficción. Cualquier referencia a personas reales, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios únicamente pretende darle a esa ficción un aire de realidad y autenticidad. El resto de nombres, personajes y episodios son o bien producto de la imaginación del autor o bien se usan de forma Accionada, igual que aquellos acontecimientos y episodios ficticios que involucran a personas reales y que no han tenido lugar o bien están ambientados en el futuro.

(N. de los Ed.)

Nota sobre la presente edición



"Toda esperanza o temor de que la novela experimental fuera una aberración del siglo XX quedan truncados por la aparición de *La casa de hojas* de Mark Z. Danielewski, la primera gran novela experimental del nuevo milenio. Y es un monstruo. Deslumbrante."

The Washington Post Book World

"Un libro intrincado, erudito y profundamente aterrador."

The Wall Street Journal

"Una gran novela. Un debut fenomenal. Emocionantemente viva, sublimemente espeluznante, angustiosamente temible, sobrecogedoramente inteligente; hace que el resto de novelas resulten insignificantes. Uno se imagina perfectamente a Thomas Pynchon, J.G. Ballard, Stephen King y David Foster Wallace haciendo reverencias a los pies de Danielewski, ahogándose de asombro, sorpresa, risa y pavor."

Bret Easton Ellis

"Sus escalofríos generan vértigo, su erudición produce un vértigo desorientador… *La casa de hojas* es vertiginosa en todos los sentidos."

Entertainment Weekly

"Sensacional… Lo que podría haber sido una simple obra literaria de terror orientada al entretenimiento, acaba siendo un asalto a la naturaleza misma de la narrativa."

Spin

"Este libro diabólicamente brillante es imposible de pasar por alto, de dejar de leer o de terminar de forma convincente. De hecho, cuando compren su ejemplar es posible que lleguen a cierta página y me encuentren a mí en ella, reducido a una pura miniatura como Vincent Price en La mosca, todavía atrapado en la telaraña de sus hermosas y maliciosas páginas."

Jonathan Lethem

"Una primera novela que es una hazaña. Puede hacer que no duermas por la noche y que nunca vuelvas a mirar un armario de la misma manera… Asombrosamente divertida."

Chicago Sun-Times

"Un mosaico novelesco que se lee al mismo tiempo como un *thriller* y como una extraña excursión onírica al subconsciente."

New York Times

"Si pueden ustedes imaginarse que el enemigo de Peter Pan no es el Capitán Garfio sino el

mismo país de Nunca Jamás, o que la ballena que se traga a Jonás es Moby Dick, empezarán a entender de qué trata este libro. Espérenlo con temor, háganse con él y entiéndanlo. Una experiencia lectora fascinante."

Gregory Maguire

"Te agarra y no te suelta… El lector avanza a toda velocidad por sus páginas mientras su mente vuela para descubrir qué va a pasar a continuación."

The Village Voice

"Como *Moby Dick* de Melville, *Ulises* de Joyce, y *Pálido Fuego* de Nabokov (por citar únicamente las comparaciones más obvias), *La casa de hojas* de Danielewski es una obra multiestrato majestuosamente ambiciosa que sencillamente lo deja a uno asombrado por su vasto alcance, su erudición, su creatividad formal y su puro talento narrativo."

San Diego Union-Tribune

PREFACIO

La primera edición de *La casa de hojas* se distribuyó de forma privada y no incluía el capítulo XXI, el apéndice II, el apéndice III ni el índice. Se ha hecho todo lo posible para obtener traducciones adecuadas y acreditar con precisión todas las fuentes. Si hemos fracasado en esta empresa, nos disculpamos por adelantado y estaremos encantados de corregir en posteriores Impresiones todos los errores u omisiones que nos sean notificados.

Los Editores

Esto no es para ti.

INTRODUCCIÓN

Todavía tengo pesadillas. De hecho, las tengo tan a menudo que ya debería haberme acostumbrado. Pero no. La verdad es que nadie se acostumbra a las pesadillas.

Durante una temporada probé todas las pastillas imaginables. Cualquier cosa con tal de refrenar el miedo. Excedrin PM, melatonina, L—Triptófano, Valium, Vicodin y bastantes miembros de la familia del barbital. Una lista bastante extensa, frecuentemente mezclada —y a menudo ahogada— con tragos cortos de bourbon, unas cuantas caladas a la pipa de agua de esas que te escuecen en los pulmones y a veces incluso el efímero subidón de confianza de la cocaína. Nada me sirvió. Creo que puedo dar por sentado sin miedo a equivocarme que todavía no existe ningún laboratorio lo bastante sofisticado como para sintetizar la clase de fármacos que yo necesito. Premio Nobel para el que invente a esa criatura.

Estoy agotado. Ya no me acuerdo de cuánto tiempo lleva persiguiéndome el sueño. Supongo que es inevitable. Pero por triste que sea, la perspectiva no me apetece nada. Digo que es 'triste" porque hubo un tiempo en que si me gustaba dormir. De hecho, dormía a todas horas. Pero eso fue antes de que mi amigo Lude me despertara una noche a las tres de la madrugada y me pidiera que fuera a verlo. Quién sabe, si yo no hubiera oído el teléfono esa noche, ¿no sería todo distinto ahora? Huchas veces me lo planteo.

En realidad. Lude ya me habla hablado del viejo más o menos un mes antes de la noche funesta. (¿Es así? ¿Fue realmente funesta? ¿No sería más bien fatídica? ¿O acaso si lo fue?) Yo había estado liado buscando apartamento como resultado de un pequeña encontronazo con cierto casero que una mañana se había despertado convencido de ser Charles de Gaulle. Su afirmación me dejó tan pasmado que antes de poder contenerme ya le habla dicho que en mi humilde opinión no se parecía en nada a un aeropuerto, aunque la idea de que le aterrizara encima un 757 no me resultaba desagradable en absoluto. No tardé en ser desalojado. Podría haber presentado batalla, pero a fin de cuentas aquello era una casa de locos y me alegré de marcharme. Resultó que una semana más tarde Charles de Gaulle quemó el edificio hasta los cimientos. Y le contó a la policía que le habla caído encima un 757.

Durante las semanas siguientes, que pasé durmiendo en los sofás de una serie de amigos entre Santa Mónica y Silverlake mientras buscaba apartamento, Lude me habló de un viejo que vivía en su edificio. El viejo en cuestión tenía un apartamento en la planta baja que daba a un jardín grande invadido de maleta. Supuestamente, el viejo le habla dicho a Lude que se iba a morir pronto. No

le presté demasiada atención, aunque tampoco era exactamente la clase de comentario que se olvida sin más. Por entonces simplemente supuse que Lude me había tomado el pelo. A él le gusta exagerar. Al final encontré un estudio en Hollywood y volví a asentarme en mi rutina embrutecedora de aprendiz en un Salón de Tatuajes.

Corría el final de 1996. Las noches eran frías. Yo estaba intentando olvidar a una mujer llamada Clara English, que me habla dicho que prefería salir con alguien que estuviera en lo alto de la cadena trófica. Visto lo visto, demostré mi devoción inquebrantable a su recuerdo enamorándome locamente de una stripper que llevaba el conejo Tambor tatuado justo debajo del tanga, a un par de dedos de su coño rasurado o, como a ella le gustaba llamarlo, del "lugar más feliz de la Tierra". Baste decir que Lude y yo nos pasamos las últimas horas del año solos, buscando más bares, caras nuevas, conduciendo temerariamente por los cañones, haciendo lo que pudimos para, a base de decir un montón de chorradas, quitarle su importancia al cielo de la madrugada. No lo conseguimos. Quitarle importancia, me refiero.

Y entonces se murió el viejo.

Por lo que tengo entendido ahora, era estadounidense. Sin embargo, tal como descubrí más tarde, quienes trabajaban con él solían notarle algo de acento, aunque nadie pudo distinguir con seguridad de dónde.

Se hacía llamar Zampanó. Era el nombre que constaba en su contrato de alquiler y en otros muchos fragmentos que encontré. Jamás di con ninguna clase de identificación, pasaporte, permiso de conducir o ningún otro documento oficial que sugiriera que, efectivamente, era una persona real de la que existía constancia.

Quién sabe de dónde venía realmente su nombre. Tal vez fuera auténtico, tal vez inventado, tal vez prestado, tal vez un nom de plume o —la expresión que a mí más me gusta— un nom de querre.

Según Lude, Zampanó llevaba muchos años viviendo en el edificio, y aunque por lo general se mostraba bastante reservado, no había mañana ni tarde en que no saliera a pasear por el jardín, un lugar selvático donde las malas hierbas llegaban hasta la rodilla y que en aquella época estaba poblado por más de ochenta gatos callejeros. Al parecer, a los gatos les caía muy bien el viejo, y aunque él no les ofrecía incentivo alguno, ellos no paraban de frotarse contra sus piernas antes de salir disparados de vuelta a lo más profundo de aquel lugar polvoriento.

Pero en fin. Lude se había pasado toda la noche con una mujer a la que había conocido en su peluquería. Eran más de las siete cuando por fin llegó al jardín dando tumbos y, pese a la tremenda resaca, enseguida se dio cuenta de que faltaba algo. Lude llegaba a menudo a casa a aquellas horas tempranas y siempre se encontraba al viejo rodeando el perímetro de las malas hierbas y descansando ocasionalmente en un banco azotado por el sol antes de darse otra vuelta, una madre soltera que se levantaba todas las mañanas a las seis también se fijó en la ausencia de Zampanó. Ella se fue a trabajar y Lude se acostó, pero cuando empozó a anochecer y su viejo vecino siguió en aparecer, tanto Lude como la madre soltera fueron a avisar a Flaze, el conserje de la finca, que vivía en el mismo edificio.

Flaze es de ascendencia hispana y samoana. Se podría decir que es un poco gigante. Metro noventa y cinco, ciento diez kilos y prácticamente nada de grasa. Si se acerca al edificio algún gamberro, algún yonqui, lo que sea, Flaze se les echa encima como un pitbull criado en un fumadero de crack, y no pensáis que confía ciegamente en el tamaño y la Fuerza. Si los intrusos

van armados, él les enseña su colección de armas y no se corta en desenfundar, en plan Billy el Niño. En cuanto Lude le transmitió sus sospechas sobre el viejo, sin embargo, allí no hubo ni rastro del pitbull ni de Billy el Hiño. Do pronto Flaze no encontraba las llaves. Empezó a balbucear que iba a llamar al dueño del edificio. Al cabo de veinte minutos. Lude estaba tan harto de oírlo farfullar que se ofreció a encargarse él mismo del asunto. Flaze encontró las llaves de inmediato y con una sonrisa enorme se las puso a Lude en la mano.

Más tarde Flaze me contó que nunca había visto un cadáver y que estaba claro que allí se iban a encontrar a un fiambre, y que él no tenía estómago para aquellas cosas. "Sabíamos lo que íbamos a encontrar —me dijo—. Sabíamos que el tipo iba a estar muerto."

La policía encontró a Zampanó tal como lo había encontrado Lude, tumbado boca abajo en el suelo. Los paramédicos dijeron que no habla nada raro, que era lo más normal del mundo, el típico octogenario que cae redondo, el sistema se colapsa, les luces se apagan y ahí lo tienes, otro cuerpo en el suelo rodeado de cosas que ya no tienen valor para nadie salvo para el pobre que ya no se las puede llevar con él. Pese a todo, era mejor que la prostituta que habían visto ese mismo día. La habían descuartizado en una habitación de hotel y hablan usado los pedazos para pintar de rojo las paredes y el techo. Comparado con aquello, lo del viejo resultaba casi agradable.

El levantamiento del cuerpo duró un buen rato. La policía estuvo yendo y viniendo mientras loa paramédicos se ocupaban del cadáver, entre otras cosas para asegurarse de que el viejo estaba muerto de verdad; los vecinos y al final también Flaze asomaron la cabeza por el apartamento para curiosear, asombrarse o simplemente rumiar sobre una escena que posiblemente algún día se parecería a su propio final. Cuando por fin todo hubo terminado, ya era muy tarde. Lude estaba a solas en el apartamento; ya se hablan llevado el cadáver, los agentes se hablan ido, y hasta Plaza, loa vecinos y el resto del surtido de mirones se habían marchado.

No habla ni un alma a la vista.

—Ochenta años, el cabrón, y solo en esa pocilga —se dijo más tarde Lude—. Yo no quiero terminar así. Sin mujer, sin hijos, sin nadie en el mundo. Ni un puto amigo. —Debí de reírme, porque de pronto Lude se volvió hacia mí—. No te creas que ser joven y soltar ríos de lefa te garantiza nada. Mírate; trabajan en un Salón de Tatuajes y te enamoras de una stripper que se llama Tambor. —Y en una cosa estaba claro que tenía razón: Zampanó no tenía familia ni amigos y apenas le quedaba un centavo.

Al día siguiente el casero puso un aviso de abandono y una semana más tarde, tras declarar que todo el contenido del apartamento valía menos de trescientos dólares, llamó a una organización benéfica para que lo vaciara. Aquélla fue la noche en que Lude hizo su espantoso descubrimiento, justo antes de que los chavales de la beneficencia o de donde fuera entraran en tromba con sus guantes y sus carretillas.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba profundamente dormido. Si hubiera sido cualquier otro, le habría colgado, pero Lude es lo bastante buen amigo como para que saliera a rastras de la cama a las tres de la mañana y me plantara en Franklin Avenue. Él me estaba esperando delante de la verja con un brillo travieso en los ojos.

Tendría que haberme largado en aquel mismo instante. Tendría que haber visto que algo se cocía, o por lo menos notar la atmosfera de trascendencia, en la hora que era, en la mirada de Lude, en todo, y joder, debo de ser retrasado para no haberme fijado en ninguna de aquellas señales. La forma en que las llaves de Lude sonaron como carillones de hueso cuando abrió la

verja; el chirrido de los goznes, como si no estuviéramos entrando en un edificio abarrotado sino en una cripta vetusta y cubierta de musgo. O la forma en que nos adentramos sigilosamente por el pasillo frío y húmedo, envueltos en sombras, bajo unas lámparas como lentejuelas de luz que ahora juraría que debían de ser obra de unas arañas grises y primitivas. O lo que probablemente sea lo más importante de todo, la forma en que Lude se puso a hablarme en voz baja, a murmurarme unas cosas que entonces me la trajeron floja pero que ahora, ahora… En fin, mis noches serían mucho más cortas si no tuviera que acordarme de ellas.

¿Alguna vez os habéis recordado a vosotros mismos haciendo algo en el pasado y, da igual cuántas veces lo rememoréis, seguís teniendo ganas de gritar "¡alto!", de cambiar de alguna manera lo que hicisteis para reorganizar el presente? Pues yo ahora me siento así, mirando cómo me dejaba arrastrar como un idiota por la inercia, por la curiosidad o lo que fuero, aunque algo distinto debió de ser, no tengo ni ideo de qué; tal vez nada, tal vez nada más que nada; toma combinación absurda de palabras: “nada más que nada”, pero me gusta. Al fin y al cabo, da igual lo que fuera. Sea lo que sea que rige el camino de mi pasado, aquella noche fue lo bastante poderoso cono para guiarme por entre toda aquella gente que dormía a resguardo de los vivos, a buen recaudo detrás de sus puertas macizas, hasta plantarme al final del pasillo, delante de la última puerta a la izquierda, una puerta normal y corriente, pero que era una puerta al mundo de los muertos.

Lude, por supuesto, no era consciente de lo inquietante que habla resultado nuestro pequeño viaje a las entrañas del edificio. Se había dedicado a contarme, con todo lujo de detalles, lo sucedido después de la muerte del viejo.

—Hay un par de cosas, colega —murmuró Lude mientras la verja se abría con suavidad—. Aunque no son muy importantes. —Y que yo sepa, tenía razón. Ambas cosas tienen muy poco que ver con la historia que sigue. Solamente las incluyo porque forman parte de las circunstancias que rodean la muerte de Zampanó. Espero que vosotros podéis entender algo que yo puedo reproducir pero todavía no he descifrado.

»La primera cosa rara —me dijo Lude, llevándome por un tramo corto de escaleras— fueron los gatos. —Al parecer, en los meses anteriores a la muerte del viejo, los gatos hablan empezado a desaparecer. Para cuando él murió ya no quedaba ninguno—. Vi a uno con la cabeza arrancada y a otro can las tripas desparramadas por la acera. Pero la mayoría desaparecieron sin más.

»La segunda cosa rara la vas a ver tú mismo —añadió a continuación, bajando todavía más la voz, mientras pasábamos con sigilo junto a la habitación de algo que parecía ser un aquelarre de músicos, todos escuchando con atención por unos auriculares y pasándose un porro de mano en mano.

»Justo al lado del cuerpo —continuó Lude—, ha encontrado unas marcas profundas en el suelo de madera, de un palmo y medio cada una. Muy raras. Pero como el viejo no mostraba señales de trauma físico, los polis no lo han tenido en cuenta.

Se detuvo. Hablamos llegado a la puerta. Ahora me estremezco. En aquellos momentos, sospecho que yo estaba en otra parte. Seguramente soñando con Tambor. Esto probablemente os vaya a escandalizar, me da igual, pero una noche hasta alquilé Bambi y me la puso dura. Así de colado estaba por ella. Tambor era un flipe de mujer, y estaba claro que le daba mil vueltas a Clara Englísh. Tal vez en aquel momento me estaba imaginando el aspecto que tendrían las dos enzarzadas en una pelea de gatas. Una cosa es segura, sin embargo, y es que cuando oí que Lude giraba el picaporte y abría la puerta de Zampanó, me olvidé de aquellas fantasías.

Lo primero en lo que me fijé fue en el olor. No era abiertamente pestilente, pero si increíblemente fuerte. Y tampoco olía a una sola cosa. Era un olor con muchísimas capas, pátina tras pátina y así sucesivamente, cuyo estrato original hacía mucho tiempo que se habla evaporado. En aquellos momentos me abrumó, era muy intenso, era un olor empalagoso, amargo, podrido, hasta repulsivo. Ahora ya casi no me acuerdo de él, solamente de mi reacción. Aun así, si tuviera que ponerle nombre creo que lo denominaría olor a historia humana: una mezcla de sudor, orina, mierda, sangre, carne y semen, además de alegría, penas, celos, cólera, venganza, miedo, amor, esperanza y mucho más. Todo lo cual probablemente resulta bastante ridículo, sobre todo teniendo en cuenta que las aptitudes de mi nariz no sean del todo relevantes aquí. Lo que si resulta relevante es que el olor era complejo por una razón.

Todas las ventanas estaban clavadas al marco y selladas con masilla. La puerta de entrada y la del jardín hablan sido reforzadas. Hasta las rejillas de ventilación estaban tapadas con cinta aislante. Pese a todo, aquel peculiar esfuerzo por eliminar toda ventilación del diminuto apartamento no estaba rematado con barrotes en las ventanas ni con cerraduras múltiples en las puertas. Zampanó no tenía miedo del mundo exterior. Tal como ya he señalado, salía a pasear al jardín y, supuestamente, era lo bastante temerario como para atreverse a coger el transporte público de Los Ángeles de vez en cuando hasta la playa (una aventura que hasta a mí me da miedo). Lo que supongo ahora es que tenía sellado su apartamento con el objeto de confinar las diversas emanaciones de sus cosas y de sí mismo.

En lo que respecta a sus pertenencias, pues había todo lo típico: mobiliario destartalado, velas sin usar, zapatos vetustos (los zapatos se veían especialmente tristes y heridos), cuencos de cerámica, frascos de cristal y cajitas de madera llenas de remaches, gomas elásticas, conchas, cerillas, cáscaras de cacahuate y un sinfín de botones de mil colores y formas rebuscadas. Dentro de una vieja jarra de cerveza no habla más que frasquitos vacíos de colonia. Tal cono descubrí, la nevera no estaba vacía, paro tampoco habla comida en ella. Zampanó la habla atiborrado de libros pálidos y extraños.

Por supuesto, de todo aquello ya no queda nada. Ya haca mucho. Ni siquiera el olor. Lo único que me queda son unas cuantas instantáneas mentales: un encendedor Zíppo descascarillado con la inscripción Pendiente de Patente en la base; la rosca metálica con pinta de escalera diminuta da caracol que se adentraba en el interior sin bombilla de un aplique de lámpara; y por alguna razón extraña —lo que mejor recuerdo de todo—, un tubo muy antiguo de protector labial, lleno de una resina que parecía ámbar, dura y resquebrajada. Lo cual sigue sin ser del todo exacto; aunque no os engañáis suponiendo que no estoy intentando ser exacto. Admito que recuerdo otras cosas de su apartamento, pero ahora no me parecen relevantes. A mis ojos, todo aquello era pura chatarra; el tiempo no había llevado a cabo ninguna depuración alquímica, lo cual tampoco importaba mucho, porque Lude no me había hecho ir allí para hurgar en todos aquellos detallas desarraigados —para usar una de esas palabras rimbombantes que iba a aprender en los meses siguientes— de la vida de Zampanó.

Y, en afecto, tal como me había descrito mi amigo, en el suelo, de hecho prácticamente en el centro exacto da la sala, estaban las cuatro marcas, todas ellas más largas que una mano, donde la madera habla sido rajada da forma irregular por algo que ninguno de nosotros podía imaginar. Pero tampoco era aquello lo que quería enseñarme Lude. Lo que me estaba señalando era otra cosa cuya forma implacable apenas me impresionó la primera vez que la vi.

Para ser sincero, no me fue fácil apartar la vista del suelo rajado. Hasta llegué a tocar las astillas que sobresalían.

¿Qué sabía yo entonces? ¿Y qué sé ahora? Por lo menos una parte del horror que me llevé a las cuatro de aquella madrugada lo tenéis ahora delante, esperándoos, un poco como me estaba esperando a mi aquella noche, aunque sin estas pocas páginas a modo de envoltorio.

Tal como descubrí, la cosa contenía cientos y cientos de páginas. Marañas interminables de palabras, que a veces se retorcían para formar algo coherente y a veces no llevaban a nada, a menudo desmontándose, siempre ramificándose hacia otros textos con los que me encontraría más adelante, garabateados sobre servilletas viejas, en los bordes rotos de un sobre, una vez incluso en el dorso de un sello de correos; cualquier cosa menos dejar un trozo de papel vacío; cada fragmento cubierto por completo por la estela de años y años de pronunciamientos de tinta; superpuestos los unos a los otros, tachados, corregidos; escritos a mano y a máquina: legibles e ilegibles; impenetrables y lúcidos; rasgados, manchados y reparados con cinta adhesiva; algunas partes nuevas y limpias, y otras descoloridas, quemadas o bien dobladas y vueltas a doblar tantas veces que los dobleces habían borrado pasajes enteros de Dios sabía qué… ¿Sentido?, ¿verdad?, ¿engaño? ¿Un legado de profecías o de locura o bien nada parecido? Y que en última instancia designaban, describían, recreaban— encontrad vuestros propios términos; a mí ya se me han acabado los míos; o mejor dicho, me quedan muchos, pero ¿por qué usarlos? Y ¿para decir qué?

A Lude no le hacía falta encontrar la respuesta, pero de alguna forma sabía que yo la encontrarla. Tal ver éramos amigos precisamente por eso. Aunque también es posible que me equivoque. Tal vez sí que le hacía falta la respuesta y simplemente sabía que él no iba a poder encontrarla. Tal vez fuera ésa la razón verdadera de que fuéramos amigos. Aunque lo más seguro es que también me equivoque en esto.

Una cosa está clara, y es que hasta sin tocarlo, los dos empezamos lentamente a notar su pesadez, a sentir algo horroroso en sus proporciones, en su silencio, en su quietud, por mucho que pareciera haber sido dejado casi descuidadamente a un lado de la habitación. Ahora creo que si alguien nos hubiera pedido que tuviéramos cuidado, lo habríamos tenido. Sé que hubo un momento en que estuve seguro de que su rotunda negrura era capaz de cualquier cosa, tal vez incluso de dar un zarpazo al suelo y rajarlo, de asesinar a Zampanó, de asesinarnos a nosotros y tal vez hasta a vosotros. Pero luego pasó el momento, el prodigio y la forma en que a veces lo inanimado sugiere lo inimaginable se esfumaron de repente. El objeto se convirtió en un simple objeto.

De manera que me lo llevé a casa.

Por entonces —un entonces ya bastante lejano— podríais haberme encontrado bebiendo chupitos de whisky en La Poubelle, aniquilando mi oído interno en el Bar Pelusa o bien cenando en el Jones con alguna pelirroja tetona a la que habría conocido en el House of Blues y manteniendo con ella una conversación que transitaba vertiginosamente de los clubes que conocíamos bien a los clubes que nos gustaría conocer mejor. Todas las señales de las que os acabo de hablar se esfumaron rápidamente en la luz de los dias siguientes, o bien fue cono si nunca hubieran tenido lugar y solamente existieran de forma retrospectiva.

Al principio fue solamente la curiosidad lo que me llevó de una frase a la siguiente. A menudo pasaban varios días sin que cogiera otro fragmento mutilado, tal vez hasta una semana, y sin embargo siempre volvía, durante diez minutos, tal vez veinte, para examinar las escenas, los

nombres, las pequeñas conexiones que empezaban a formarse, las tenues continuidades que se desarrollaban en aquellos resquicios de tiempo libre.

Jamás leía más de una hora seguida.

Por supuesto, la curiosidad mató al gato, y aunque se supone que satisfacerla lo trajo de vuelta, seguía estando el problema del hombre de la radio que no paraba de darme más y más información innecesaria. Pero no me importó. Me limitó a apagarla.

Y luego una noche miré el reloj y descubrí que hablan pasado siete horas. Lude me habla llamado pero yo ni siquiera había oído sonar el teléfono. He quedé considerablemente sorprendido cuando encontré su mensaje en el contestador. Y ésa no fue la última vez que perdí la nación del tiempo. De hecho, empezó a pasarme a menudo, me desaparecían docenas de horas en un abrir y cerrar de ojos, perdido en el remolino de aquellas frases peligrosas.

Poco a poco pero implacablemente, empecé a sentirme desorientado, a perder cada vez más el contacto con el mundo, algo triste y espantoso se me empezó a formar en las comisuras de la boca y a asomarme a los ojos. Dejé de salir por las noches. Dejé de salir. Nada conseguía distraerme. Sentí que estaba perdiendo el control. Que iba a suceder algo terrible. Y al final sucedió.

Nadie podía sacarme de aquello. Ni Tambor, ni siquiera Lude. Clavé las ventanas a los marcos, tiré la puerta del armario y la del baño, lo reforcé todo, ah, y compré cerraduras, claro, montones de cerraduras, y cadenas y una docena de cintas métricas, y todo lo clavé directamente al suelo y las paredes. Les quedó un aspecto inquietante de crucifijos perdidos de metal o, vistos desde otro ángulo, de frágiles cuadernas de una nave alienígena. Sin embargo, a diferencia del caso de Zampanó, todo aquello no tenía que ver con el olor sino con el espacio. Yo quería un espacio cerrado, inexpugnable y, por encima de todo, inmutable.

Por lo menos las cintas métricas tendrían que haber ayudado a eso.

Pero no.

Nada ayudó.

Acabo de prepararme un té en el hornillo. Tengo el estómago hecho polvo. Apenas consigo no vomitar este mejunje con leche y miel, pero necesito algo caliente. Ahora estoy en un hotel. Mi estudio ya es historia. Casi todo es historie ya.

Ni siquiera me he lavado la sangre todavía. No toda es mía. Sangre seca apelmazada en los dados. Restos en la camisa. “¿Qué ha pasado aquí?', me pregunto una y otra vez. "¿Qué he hecho?’ Fui derecho a por las armas, las cargué y luego intenté decidir qué hacer con ellas. Lo más obvio era disparar a algo. Al fin y al cabo, las armas estén hechas para eso, para disparar a algo. Pero ¿a quién? ¿O a qué? Ni idea. Al otro lado de la ventana de mi hotel había gente y coches. Gente nocturna a la que no conocía. Coches de medianoche que nunca había visto. Podría haberles disparado. Podría haberme liado a tiros contra todo aquello.

En cambio, me dediqué a vomitar en el armario.

Por supuesto, la culpa de haber acabado aquí solamente se la puedo echar a mi inconmensurable estupidez. El viejo dejó montones de pistas y de advertencias, yo fui tonto por no hacerles caso. ¿O acaso fue al revés? ¿Acaso me regodeé secretamente en ellas? Por lo menos debería haber tenido alguna puta idea de dónde me estaba metiendo cuando leí la siguiente nota, escrita sólo un día antes de su muerte:

5 de enero de 1997

> Quien encuentre y publique esta obra tendrá derecho a todos los beneficios que genere. Solamente pido que mi nombre ocupe el lugar que le corresponde Puede que incluso se enriquezca usted. Sin embargo, si descubre que los lectores no se muestran comprensivos y deciden no darle ni siquiera una oportunidad a esta empresa, entonces te sugiero que beba mucho vino y baile bajo las sábanas de su noche de bodas, parque da igual que lo sepa o no. en verdad habrá prosperado usted. Dicen que la verdad aguanta la prueba del tiempo. No se me ocurre ningún alivio mayor que saber que este documento no pasó esa prueba

Lo cual por entonces no me dijo nada. Esté clarísimo que no me detuve a pensar que unas simples palabras iban a hacerme acabar en una habitación de un hotel de mierda Inundada del hedor a mi propio vómito.

Al fin y al cabo, tal como no tardé en descubrir, todo al proyecto de Zampanó gira en torno a una película que ni siquiera existe. Podéis buscarla vosotros, yo la he buscado, pero no importa cuánto os esforcéis: jamás encontraréis El expediente Navidson ni en cines ni en videoclubes. Además, casi todas las declaraciones de famosos que hay en el libro son inventadas. Intenté ponerme en contacto con todos ellos. Los que se tomaron la molestia de responder me dijeron que nunca habían oída hablar de Will Navidson y mucho menos de Zampanó.

En cuanto a loa libros que se citan en las notas al pie, una buena parte de ellos son ficticios. Por ejemplo, Shots In The Dark de Gavin Young no existe, como tampoco The Works of Hubert Howe Bancroft. Volume XXVIII. Por otro lado, cualquier idiota puede ir a una biblioteca y encontrar el Ancient Lore in Medieval Latín Glossaries de W. M. Lindsay y H. J. Thomson. Es cierto que hubo une "revuelta" en la misión Skylab de 1973, pero La belle nicoise et le beau chien es igual de inventada que, doy por sentado, la sangrienta historia de Quesada y Molino.

Añádanse a esto mis propias equivocaciones (y no cabe duda de que soy responsable de muchas) además de los errores que cometió Zampanó y que yo no he conseguido ver o corregir, y veréis por qué de repente esto esté lleno de cosas que no hay que tomarse demasiado en serio.

En retrospectiva, también me doy cuenta de que probablemente hay mucha gente que habría estado más cualificada para manejar esta obra, académicos con doctorados de universidades de la Ivy League y mentes más grandes que cualquier Biblioteca de Alejandría o Red Global. El problema fue que esa gente seguía en sus universidades y en sus redes y no estaba ni mucho menos cerca de Whitley Avenue cuando por fin se murió un viejo que no tenis familia ni amigos.

He llegado a comprender que Zampanó era un tipo muy gracioso. Pero el suyo ere ese humor sarcástico y seco que despliegan los soldados en voz baja, en el que los chistes tienen lugar bajo la superficie, sin más risas que un tic en la comisura de la boca, y se cuentan mientras todos esperan juntos en sus avanzadas, mientras comprenden que no van a llegar los refuerzos a tiempo y que cuando caiga la noche, da igual lo que hayan hecho o lo que intenten decir, la matanza les va a caer encima. Carroña matinal para los buitres.

¿Veis? Lo irónico es que de igual que el documental que hay en el corazón de este libro sea inventado. Zampanó supo desde el principio que aquí no tiene la menor importancia lo que es real y lo que no. Que las consecuencias son las mismas.

De pronto puedo imaginar la voz cascada que nunca oí. Los labios que apenas se curvan en una sonrisa. La mirada clavada en la oscuridad:

"¿Ironía? La ironía jamás puede ser otra cosa que nuestra Línea Maginot personal; su trazado, en su mayor parte, es puramente arbitrarlo."

No es de extrañar que a la hora de deslegitimar su propio trabajo, el anciano se mostrara magníficamente competente. Las citas falsas o las fuentes inventadas, sin embargo, palidecen en comparación con la mayor de sus bromas.

Zampanó habla sin cesar de ver coses. Lo que vemos, cómo vemos y también lo que no podemos ver. Una y otra vez, y de mil maneras, regresa a los temas de la luz, el espacio, le forma, la línea, el color, la nitidez, el tono, el contraste, el movimiento, el ritmo, la perspectiva y la composición. Nade de todo esto resulta sorprendente si tenemos en cuenta que la obra de Zampanó se centra en un documental llamado El expediente Navidson, realizado por un fotoperiodista galardonado con el Pulitzer que ha de apañárselas para conseguir lo más difícil de todo: la imagen de la oscuridad misma.

Raro, coso poco.

Al principio me imaginé que Zampanó no era más que un vejestorio siniestro, de esos que hacen que Rasca y Pica parezcan Calvin y Hobbes. Su apartamento, sin embargo, no se parecía a ningún producto de la imaginación de Joel—Peter Witkin ni tampoco a lo que suele aparecer en las noticias. Está claro que tenía un apartamento ecléctico, pero no grotesco, ni siquiera demasiado fuera de lo común; hasta que le echabas un vistazo más atento, claro, y te fijabas en cosas como, eh, ¿por qué hay tantas velas sin usar? ¿Por qué no hay relojes, ni en las paredes ni siquiera en un rincón del vestidor? Y ¿a qué vienen esos libros extraños y pálidos, o el hecho de que apenas haya ni una maldita bombilla en todo el apartamento, ni siquiera dentro de la nevera? Pues bien, ése fue el gesto más irónico de Zampanó: el amor al amor escrito por los que padecen mal de amores; el amor a la vida escrito por los muertos: tanto hablar de la luz, de las películas y de fotografía, y él llevaba sin ver nada desde mediados de los cincuenta.

Era más ciego que un topo.

Casi la mitad de los libros que tenía eran en Braille. Tanto Lude como Flaze confirmaron que a lo largo de los años el viejo había tenido numerosas visitas que iban a leerle. Algunas eran de centros cívicos, del Braille Institute o bien simples voluntarias de la USC, de la UCLA o del Santa Monica College. Yo hablé con algunas, sin embargo, y ninguna pudo decirme que lo conociera bien, aunque bastantes de ellas se mostraron dispuestas a transmitirme sus impresiones.

Una estudiante opinaba que era un enfermo mental. Una actriz, que se había pasado un verano entero leyéndole, pensaba que Zampanó era un romántico. Había llegado una mañana y lo había encontrado "hecho polvo"…

—Al principio pensé que estaba borracho, pero el viejo no bebía, ni un sorbo de vino. Tampoco fumaba. La verdad es que llevaba una vida muy austera. Pero vamos, que no estaba borracho, solamente muy deprimido. Se echó a llorar y me pidió que me fuera. Yo le preparé un té. Las lágrimas no me asustan. Más tarde me dijo que era mal de amores. 'Mal de amores de los viejos tiempos", me contó. Fuera quien fuese, debió de ser realmente especial. Nunca llegó a decirme cómo se llamaba.

Tal como acabé descubriendo, Zampanó mencionaba siete nombres de vez en cuando; Béatrice, Gabrielle, Anne—Marie, Dominique, Eliane, Isabelle y Claudine. Al parecer solamente

las sacaba a colación cuando estaba desconsolado y por la razón que fuera se veía transportado de vuelta a alguna época oscura y embrollada. Por lo menos resultaban más realistas siete amantes que una sola Helena mitológica. Hasta octogenario, Zampanó buscaba la compañía del sexo opuesto. La casualidad no había tenido nada que ver con el hecho de que todas las personas que iban a leerle fueran mujeres. Tal como él admitía abiertamente; "En mi vida no hay mayor placer que esa melodía reconfortante que yace en las palabras de una mujer".

Salvo tal vez aun propias palabras.

Zampanó era esencialmente —para usar otra palabra rimbombante— un grafómano. Escribió hasta su muerte, y aunque estuvo cerca varias veces, jamás terminó nada, y mucho menos al trabajo que él mismo describirla sin ningún pudor como su obra maestra o bien como el amor de su vida. Hasta el mismo día antes de su ausencia del jardín polvoriento, estuvo dictando largos pasajes discursivos, corrigiendo páginas de escritura previa y reestructurando un capítulo entero. Su mente nunca dejaba de ramificarse hacia nuevos territorios. La mujer que lo vio por última vez contentaría que “fuera lo que fuese que no podía resolver en su interior, le impidió descansar a lo largo de toda su vida. Al final la muerte se encargó de eso”.

Con un poco de suerte, desdeñaréis esta labor, reaccionaréis tal como esperó Zampanó, diréis que es innecesariamente complicada, absurdamente obtusa, prolija —la palabra es vuestra— y que el concepto es ridículo, y además os creeréis todo lo que habéis dicho, y luego dejaréis el libro a un lado —aunque incluso aquí, esa expresión, “a un lado”, hace que me estremezca, porque, ¿hay algo que pueda dejarse a un lado?— y seguiréis con vuestras vidas, comiendo, bebiendo, siendo felices y la mayoría de vosotros durmiendo bien.

Aunque también hay bastantes probabilidades de que no sea así.

De una cosa si estoy seguro: no sucede de inmediato. Terminaréis de leer y os olvidaréis, hasta que llegue un momento, tal vez dentro de un mes, tal vez un año, tal vez incluso varios años. Estaréis enfermos o con problemas o profundamente enamorados o llenos de incertidumbre silenciosa o incluso satisfechos por primera vez en la vida. No importará. Sin previo aviso, sin que podáis localizar la causa, de pronto os daréis cuenta de que las cosas no son ni mucho menos tal como las percibíais. Por alguna razón, ya no seréis la persona que una vez creísteis ser. Detectaréis cambios lentos y sutiles en lo que os rodea, y lo que es más importante, en vosotros mismos. Y para colmo, os daréis cuenta de que todo ha estado siempre cambiando, como una reverberación, una reverberación gigantesca, pero oscura como una habitación a oscuras, Y no entenderéis por qué ni cómo, Os habréis olvidado de qué os transmitió este conocimiento.

Los viejos refugios —la televisión, las revistas, las películas— ya no os protegerán. Podéis probar e escribir un diario, o en una servilleta, o tal vez incluso en los márgenes de este libro. Será entonces cuando descubráis que ya no confiáis en las paredes mismas que siempre disteis por sentado que estarían ahí. Hasta los pasillos que habéis recorrido cientos de veces os parecerán más largos, mucho más largos, y las sombras, cualquier sombra, os resultará de pronto mucho, mucho más profunda.

Podréis intentar entonces, cono hice yo, encontrar un cielo lo bastante lleno de estrellas como para volveros a deslumbrar. Pero ya no habrá cielo que pueda deslumbraros. Por mucha magia iridiscente que haya ahí arriba, vuestra mirada ya no podrá detenerse en la luz, ya no podrá encontrar las constelaciones. Solamente pensareis en oscuridad y os pasaréis buscándola horas, días, tal vez incluso años, intentando en vano creer que sois una especie de centinela

indispensable nombrado por al Universo, como si con el mero hecho de mirar ya pudierais mantenerlo todo a raya. La cosa se pondrá tan mal que tendréis miedo hasta de apartar la vista, tendréis miedo de dormir.

Luego, da igual dónde estéis, en un restaurante atestado o en una calle vacía o hasta en la comodidad de vuestras casas, os sorprenderéis desmantelando hasta la última certera de vuestras vidas. No podréis hacer nada mientras una complejidad enorme se infiltra, destruyendo pieza a pieza todas vuestras negativas cuidadosamente concebidas, ya sean deliberadas o inconscientes, y luego, para bien o para mal, os revolveréis, incapaces de resistir, aunque seguiréis intentándolo, luchando con todo lo que tengáis para no afrontar lo que más teméis, lo que es ahora, lo que será, lo que siempre ha venido antes, la criatura que sois en realidad, la criatura que somos todos, enterrada en esa negrura sin nombre que es un nombre.

Y luego empezarán las pesadillas.

Johnny Truant
31 de octubre de 1998
Hollywood, California

Muss es sein?

EL EXPEDIENTE NAVIDSON

I

I saw a film today, oh boy…

The Beatles

Aunque entusiastas y detractores seguirán vaciando diccionarios enteros en sus intentos de describirla o de ridiculizarla, "autenticidad" sigue siendo la palabra con mayor potencial para suscitar debate. De hecho, esa obsesión central —validar o invalidar los rollos de película y las cintas— hace emerger de forma invariable una preocupación colateral y más general: la cuestión de si, con la llegada de La tecnología digital, la imagen ha perdido o no su otrora irrefutable posesión de la verdad.[1]

En su mayoría, los escépticos afirman que lodo el asunto es un fraude, aunque admiten a regañadientes que *El expediente Navidson* es un fraude de calidad excepcional. Por desgracia, muchos de los que aceptan su validez también son incondicionales de los avistamientos de OVNIs que aparecen en la prensa sensacionalista. Está claro que no es fácil mantener la credibilidad si justo después de dar fe de la veracidad de la película, el discurso lleva inmediatamente a por qué Elvís sigue vivo y probablemente pasa los inviernos en las Cayos de Florida.[2] Una cosa sigue resultando evidente: cualquier controversia acerca de las filmaciones que hizo Billy Meyer de platillos volantes[3] ha sido reemplazada por la cosa de Ash Tree Lane.

Aunque muchos continúan dedicando un tiempo y una energía importantes a antinomias tales como hechos o ficción, representación o artificio, documento o broma, en los últimos tiempos el material más interesante que se ha publicado trata exclusivamente de la interpretación de los acontecimientos internos de la película. Esta dirección parece más prometedora, por mucho que la casa en sí. igual que el coloso de Melville. continúe resistiéndose a luda interpretación.

De forma más o menos similar al tema que trata, la entidad de *El expediente Navidson* como historia también es de difícil clasificación, ya sea por medio de categorías o de interpretaciones. Por mucho que finalmente se catalogue como cuento gótico, mito urbano contemporáneo o simplemente historia de fantasmas, tal como lo han llamado algunos, tarde o temprano el documental volverá a rebasar los límites de cualquiera de esos géneros. *El expediente Navidson* tiene demasiados elementos que saltan esas fronteras. Allá donde uno espera el terror, lo sobrenatural a los paroxismos tradicionales del miedo y el temor, lo que descubrirá será una tristeza inquietante, una secuencia sobre los isótopos radiactivos o incluso las risas que provoca

un episodio de *Los Simpson.*

En el siglo XVII. el topógrafo más grande de los mundos satánico y divino que ha tenido nunca Inglaterra avisó de que el infierno no era nada menos que "regiones de pesares. oscuridad dolorosa. en donde la paz y el reposo / no pueden habitar jamás, en donde ni siquiera penetra la esperanza", haciéndose eco de las palabras transcritas por el turista más famoso del infierno: "*Dinanzi a me non fuor cose create / Se non etterne, e io etterna duro. / Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate"*.[4]

Incluso a día de hoy mucha gente sigue pensando que *El expediente Navidson*, a pesar de todas sus sutilezas existenciales y alusiones contemporáneas, refleja exactamente esos mismos sentimientos. De hecho, unas cuantos intelectuales entusiastas ya han empezado a tratar la película como una advertencia en si misma, perfectamente adecuada para colgarla entera encima de las puertas de facultades como las de arquitectura. Post-postmodernismo. consecuencialismo, neo-plasticismo. fenomenología, teoría de la información, marxismo y biosemiótica. por no hablar de la psicología. la medicina, la espiritualidad New Age, el arte y hasta el neo-minimalismo. Will Navidson. sin embargo, insiste contra viento y marea en que hay que entender su documental de forma literal. Tal como él mismo dice: "[…] todo hay que entenderlo como lo que dice y nada más. Y si un día pasan ustedes frente a esa casa, no se paren, no aminoren la marcha, limítense a seguir andando. Allí no hay nada. Están avisados".

Teniendo en cuenta cómo termina la película, no es de extrañar que sean bastantes los que hayan decidido seguir su consejo.

El expediente Navidson no siempre tuvo la forma que tiene hoy en día. Lo primero que salió a la luz, hace casi siete años, fue “El pasillo de los cinco minutos y medio”, una ilusión óptica de cinco minutos y medio que apenas excedía las habilidades de cualquier licenciado en cinematografía de la NYU. El problema, por supuesto, era la declaración que la acompañaba y que afirmaba que era todo verdad.

En un solo plano secuencia, Navidson, a quien nunca llegamos a ver, enfoca momentáneamente una puerta situada en la pared norte de su sala de estar, antes de salir de la casa por una ventana situada justo al este de dicha puerta, donde tropieza un poco con un lecho de flores, redirige la cámara del suelo a los plafones blancos del exterior, a continuación se desplaza a la derecha y se vuelve a meter en la casa por una segunda ventana, ésta situada al oeste de la puerta, donde lo oímos soltar un gruñido de dolor cuando se da con la cabeza en la repisa, provocando las risitas de los presentes en la estancia, presumiblemente Karen, su hermano Tom y su amigo Billy Reston —aunque, igual que Navidson, ninguno de éstos aparece en el plano—, antes de devolvemos una vez más al punto de partida, rodeando del todo la puerta de esa manera y demostrando así, sin sombra de duda, que esa puerta no puede llevar a otro sitio que no sea al aislamiento térmico o cámara de aire, y es aquí donde todas las risas se cortan de golpe, porque entonces la mano de Navidson aparece en el plano y abre la puerta, revelando un pasillo negro y estrecho de por lo menos tres metros de largo, y eso lleva a Navidson a investigar de nuevo, ejecutando una nueva circunnavegación del extraño pasillo, saliendo y entrando por las ventanas y enfocando con la cámara el lugar donde debería extenderse el pasillo y sin embargo no hay nada más que jardín: ninguna protuberancia de tres metros, sólo rosales, una pistola de dardos manchada de barro y el aire traslúcido del verano; en esencia, un ejercicio de escepticismo que pese a sus mejores intenciones vuelve a llevar a Navidson al interior y al pasillo imposible, hasta que la cámara

comienza a acercarse mucho, amenazando esta vez con entrar en él, y la voz de Karen dice en tono cortante: "Ni se te ocurra entrar ahí otra vez, Navy". A lo cual Tom añade: "Sí, no es muy buena idea". Y eso detiene a Navidson en el umbral, aunque no le impide introducir la mano, para retirarla al cabo de un momento y examinarla, como si solamente con la vista pudiera notar algo más; a continuación Reston le pregunta si nota algo distinto y es entonces cuando Navidson le da la escueta respuesta que también sirve como abmpta conclusión a este estrambótico cortometraje: "Ahí dentro hace un frío que pela".

La difusión de "El pasillo de cinco minutos y medio" pareció estar motivada únicamente por la curiosidad. Nadie lo distribuyó de forma oficial, de manera que nunca apareció en festivales de cortos ni en circuitos comerciales. Fueron copias en VHS las que circularon de mano en mano, una serie de copias de calidad cada vez menor de una grabación casera que revelaba una casa verdaderamente extraña sin dar apenas detalles de sus propietarios ni del autor de la filmación.

Menos de un año más tarde salió a la luz otro corto. Éste fue todavía mucho más buscado que "El pasillo de los cinco minutos y medio", y hasta provocó algunas indagaciones fervientes tanto de Navidson como de la casa en sí, todas las cuales, por una razón u otra, fracasaron. A diferencia del primero, este corto no era un plano secuencia, lo cual llevó a muchos a especular con la posibilidad de que los ocho minutos que duraba "Exploración n.° 4" fueran en realidad fragmentos de algo mucho más extenso.

La estructura de "Exploración n.° 4" es tremendamente discontinua, discordante y, como lo prueban los diversos cortes defectuosos, apresurada. El primer plano coge a Navidson en mitad de una frase. Está cansado, deprimido y pálido.

—… días, creo. Y yo… no sé. —Bebe algo, no está claro qué—. La verdad es que me gustaría quemarla. Pero tengo la cabeza un poco espesa. —Se ríe—. Y ahora… esto.

El siguiente plano salta a Karen y Tom discutiendo sobre si deben o no "entrar detrás de él". En este momento sigue sin estar claro a quién se refieren.

Hay varios planos más.

Árboles en invierno.

Sangre en el suelo de la cocina.

Un plano de una niña (Daisy) que llora.

Y luego de vuelta a Navidson:

—Nada más que esta cinta, que he visto mil veces, ya parece más un recuerdo que otra cosa. Y sigo sin saberlo. ¿Tenía razón o simplemente se le iba la cabeza?

Siguen otros tres planos.

Pasillos a oscuras.

Habitaciones sin ventanas.

Escaleras.

Y luego una voz nueva:

—Estoy perdido. Se me ha acabado la comida. Apenas me queda agua. Estoy desorientado. Oh, Dios… —El que habla es un tipo con barba, de espaldas anchas y mirada frenética. Habla rápidamente y hasta parece que resuella—, Holloway Roberts. Nacido en Menomonie, Wisconsin. Licenciado por la Universidad de Massachusetts. Aquí hay algo. Algo que me sigue. No, que me persigue. Lleva días persiguiéndome, pero por alguna razón no me ataca. Está esperando,

esperando algo. No sé el qué. Holloway Roberts. Menomonie, Wisconsin. No estoy solo aquí. No estoy solo.

Y esa frase concluye ese extraño resumen que, tal como reveló más tarde la publicación de *El expediente Navidson*, era piadosamente incompleto.

Y luego nada más durante dos años. Casi ninguna pista de quiénes eran aquellas personas, aunque al final una serie de fotógrafos del sector de informativos terminó reconociendo al autor como nada menos que Will Navidson, el mismo fotoperiodista que había obtenido el Pulitzer por su fotografía de una niña agonizante en Sudán. Por desgracia, aquel descubrimiento únicamente generó unos cuantos meses de especulación acalorada antes de que el interés se agotara, en ausencia de corroboración por parte de la prensa, de datos sobre la ubicación de la casa o de comentario alguno por parte del propio Navidson. La mayoría se limitó a descartarlo como una especie de broma extraña, o bien, por culpa de lo estrafalario de su concepto, como el aberrante avistamiento de un OVNI. Pese a todo, las copias cada vez más deterioradas siguieron circulando y en ciertos círculos académicos de moda se inició un debate: ¿Acaso los cortos trataban de una casa encantada? ¿Qué había querido decir Holloway con lo de "perdido"? Y ¿cómo podía alguien pasarse días perdido en una casa? Además, ¿por qué alguien con las credenciales de Navidson iba a crear dos cortos tan extraños como aquéllos? Y nuevamente, ¿se trataba de un artificio o era real?

Está claro que buena parte del debate se sostenía gracias a cierto elitismo cultural del de toda la vida. Quienes hablaban de las obras de Navidson lo hacían porque habían tenido la suerte de verlas. Lee Sinclair sospecha que lo más seguro es que la mayoría de los profesores, estudiantes, artistas del SoHo y cineastas de vanguardia que hablaron —y hasta escribieron— con tanto conocimiento de causa sobre las cintas, no hubieran visto ni un solo fotograma de ellas: "Porque, en última instancia, no existían tantas copias".[5]

Aunque "El pasillo de los cinco minutos y medio" y "Exploración n.° 4" se han denominado respectivamente un avance y un "tráiler", también son, por derecho propio, momentos cinematográficos peculiares. En un nivel puramente simbólico, presentan un potencial enorme para el análisis: la compresión del espacio, el poder de la imaginación para descomprimir ese espacio, la casa como tropo de lo ilimitado y lo incognoscible, etc., etc. En su vertiente estrictamente visceral, proporcionan numerosos elementos asombrosos y curiosidades. Sin embargo, el aspecto más desconcertante de ambas piezas es su capacidad para convencemos de que todo lo mostrado sucedió en realidad, algo que puede atribuirse en parte a los elementos verificables (Holloway Roberts, Will Navidson y demás), pero que en su mayoría hay que achacar a la austeridad de la producción, la ausencia de maquillaje, pistas de sonido costosas o planos con grúa. Salvo el encuadre, la edición y en algunos casos los subtítulos,[6] prácticamente no hay espacio para la intrusión creativa.

¿Quién habría sospechado que casi tres años después de que "El pasillo de los cinco minutos y medio" empezara a circular en VHS, Miramax publicaría *El expediente Navidson* sin hacer mucho ruido y con pocas copias, y casi de inmediato conseguiría inquietar a todos los públicos? Desde el estreno en Nueva York y Los Ángeles, en abril de hará tres años,[7] ha habido pases de *El expediente Navidson* por todo el país, y aunque no puede decirse que haya sido un taquillazo, la película continúa generando interés e ingresos. Aparecen con asiduidad reseñas, críticas y cartas en revistas de cine. Se publican con cierta regularidad libros enteros dedicados a ella.

Numerosos profesores universitarios han puesto *El expediente Navidson* como visionado obligatorio en sus seminarios, al tiempo que muchas universidades ya aseguran que docenas de estudiantes de todo tipo de departamentos han completado tesis doctorales sobre la película. Se encuentran con frecuencia comentarios y referencias en *Harper's*, en *The New Yorker, Esquire, American Heritage, Vanity Fair* y *Spin*, además de en los magacines nocturnos de televisión. En el extranjero el interés es igualmente intenso. Japón, Francia y Noruega han reaccionado con galardones, pero hasta el momento el espectral Navidson todavía no ha aparecido, no hablemos ya de ir a recogerlos. Hasta los parlanchines hermanos Weinstein muestran una reticencia nada habitual hacia la película y su creador.

La revista *Interview* citó una declaración de Harvey Weinstein en la que decía: "Es lo que es". [8]

El expediente Navidson ya ha pasado a formar parte de la experiencia cultural de este país, y sin embargo, a pesar de que lo han visto cientos de miles de personas, continúa siendo un enigma. Algunos insisten en que tiene que ser verdadera y otros creen que es un truco a la altura del clásico divertimiento radiofónico de Orson Welles, *La guerra de los mundos*. A otros les trae sin cuidado y afirman que en cualquiera de los casos *El expediente Navidson* es una muy buena historia. Y hay muchos más que siguen sin haber oído hablar nunca de ella.

En la actualidad, y sin perspectiva alguna de que se produzca ninguna clase de resolución o revelación posterior a su publicación, la película de Navidson parece destinada a convertirse en el mejor de los casos en obra de culto. El mero hecho de que es una buena historia le garantiza una cuota decente de popularidad en los años venideros, pero su extrañeza intrínseca la aleja para siempre de cualquier interés masivo.

II

Por más que las obras de los genios apunten
en direcciones equivocadas, casi siempre
terminan revirtiendo en grandes beneficios
para la humanidad.

Mary Shelley

En realidad *El expediente Navidson* contiene dos películas: la que hizo Navidson, que es la que todo el mundo recuerda, y la que se propuso hacer, que muy poca gente llega a detectar nunca. Aunque fácilmente eclipsadas por la versión final de la película, las intenciones originales del director proporcionan un contexto original en el que contemplar más tarde las peculiares propiedades de la casa.

En muchos sentidos, la secuencia inicial de *El expediente Navidson*, filmada en abril de 1990, sigue siendo una de las más inquietantes de la película, puesto que se niega a sí misma de forma eficacísima incluso la más pequeña premonición de lo que pronto va a tener lugar en Ash Tree Lane.

Ni una sola vez durante esos minutos iniciales da Navidson señales de saber nada de la inminente pesadilla a la que él y su familia están a punto de enfrentarse. Es completamente inocente, y la naturaleza de la casa, al menos durante un tiempo, queda fuera del alcance de su imaginación, no digamos ya de sus sospechas.

Por supuesto, no todo el mundo está de acuerdo con esta afirmación. El doctor Isaiah Rosen cree que "Navidson es un fraude desde el primer fotograma y su fingimiento inicial pone en jaque la obra entera".[9] Rosen da por sentado que el comienzo no es más que un simple caso de "mala interpretación" por parte de un hombre que ya ha concebido el resto de la película. Esta premisa lleva a Rosen a infravalorar en gran medida la importancia de las intenciones iniciales de Navidson.

Muy a menudo, los grandes descubrimientos son el resultado no intencionado de experimentos o exploraciones destinados a obtener unos resultados completamente distintos. En el caso de Navidson, es imposible pasar por alto su meta inicial, sobre todo debido al hecho de que actuó como progenitora o por lo menos como "origen aproximado" de todo lo que siguió. Los planteamientos de Rosen[10] lo llevan a menospreciar la causa en beneficio del resultado, perdiendo así de vista la relación compleja y gratificante que existe entre ambos.

“Tiene gracia —nos dice Navidson en el arranque—. Solamente quiero dejar constancia de cómo Karen y yo compramos una casita en el campo y nos mudamos a ella con los niños. Un poco para ver cómo va todo. Nada de disparos ni hambre ni moscas. Solamente montones de pasta de dientes, jardinería y cosas sociales. Que es como conseguí la Beca Guggenheim y la del NEA para artistas audiovisuales. Tal vez por mi pasado la gente espera algo distinto, pero mi idea es simplemente ver cómo la gente se muda a un sitio y empieza a habitarlo. El mero hecho de asentarse, tal vez echar raíces, interactuar y con suerte entenderse un poco mejor los unos a los otros. Personalmente, lo único que quiero es crear un pequeño reducto de comodidad para mí y mi familia. Un sitio donde beber limonada en el porche y disfrutar de la puesta de sol.”

Que es casi literalmente como empieza *El expediente Navidson*: Will Navidson se relaja en el porche de su casita de estilo antiguo, disfrutando de un vaso de limonada mientras contempla cómo el sol tiñe de dorado los primeros minutos del día. Pese a la afirmación de Rosen, no hay nada en él que parezca particularmente impostado o falso. Tampoco parece que esté actuando. De hecho, es un hombre desconcertantemente agradable, esbelto, atractivo, que transita parsiomoniosamente por la cuarentena,[11] decidido a asentarse y explorar el lado más tranquilo de la vida de una vez por todas.

Por lo menos de entrada lo consigue, y hasta llega a proporcionamos una serie de vislumbres prístinos de la campiña de Virginia, del vecindario rural y de las colinas violáceas surgidas del margen mismo de la noche; no tarda en dejar atrás estos planos de situación para centrarse en el proceso en sí de mudarse a la casa, desenrollar alfombras orientales de color azul claro, colocar y recolocar muebles, abrir cajas, cambiar bombillas y colgar cuadros, incluyendo una de sus fotografías galardonadas. En este sentido, Navidson no solamente revela cómo se ocupa cada habitación, sino cómo todo el mundo contribuye aplicando su textura personal.

En un momento dado, Navidson hace una pausa para entrevistar a sus hijos. Se trata de unos planos impecablemente compuestos. El niño y la niña bañados por la luz del sol. Sus caras cálidamente iluminadas y enmarcadas por un fresco telón de árboles y hierba verde.

A su hija de cinco años, Daisy, le gusta su casa nueva.

—Es un sitio muy bonito —dice con una risita tímida, aunque no tanto como para no señalar la ausencia de tiendas como “Bloomydales”.

Chad, que tiene tres años más que Daisy, se muestra un poco más cohibido, casi grave. A menudo su respuesta ha sido malinterpretada por los que ya conocen el final de la película. Es importante señalar, sin embargo, que en este momento Chad no tiene ni idea de lo que el futuro les depara. Se está limitando a manifestar unos miedos que son naturales en un chaval de su edad que acaba de ser sacado bruscamente de la ciudad y depositado en un entorno completamente distinto.

Por lo que le dice a su padre, lo que más echa de menos es el ruido del tráfico. Al parecer, el ruido que hacían los camiones y los taxis creaba para él una especie de nana vespertina. Ahora hay tanto silencio que le cuesta dormirse.

—¿Qué me dices del ruido de los grillos? —le pregunta Navidson.

Chad niega con la cabeza.

—No es lo mismo. No lo sé. A veces no hay más que silencio… No se oye nada de nada.

—¿Y eso te da miedo?

Chad asiente con la cabeza.

—¿Por qué? —le pregunta su padre.

—Parece que haya algo esperando.

—¿El qué?

Chad se encoge de hombros.

—No lo sé, papá. Me gusta el ruido del tráfico y ya está.[12]

Por supuesto, la visión bucólica que ofrece Navidson de la mudanza de su familia no consigue reflejar la fuerza motriz mucho más compleja y significativa que hay detrás de su proyecto, que no es otra que el hundimiento de su relación con su compañera de toda la vida, Karen Green. Aunque a los dos les había parecido igual de bien no casarse, los constantes trabajos de Navidson en el extranjero han provocado una alienación cada vez mayor entre ellos y una serie indecible de dificultades en la relación. Después de casi once años de ausencias constantes y retornos breves, Karen le ha dejado claro a Navidson que tiene que o bien renunciar a sus hábitos profesionales, o bien perder a su familia. Incapaz en última instancia de tomar una decisión al respecto, lo que hace él es buscar un punto medio con virtiendo la reconciliación en un tema de documental.

Nada de todo esto, sin embargo, resulta aparente de forma inmediata. De hecho, hay que olvidarse voluntariamente de las secuencias más emotivas que vendrán más adelante si queremos detectar las sutiles valencias que operan entre Will y Karen; o tal como lo explica Donna York, "la forma en que hablan entre ellos, la forma en que se cuidan entre ellos, y por supuesto la forma en que no lo hacen".[13]

Averiguamos que Navidson empieza su proyecto instalando una serie de cámaras de Hi 8 por la casa y equipándolas con detectores de movimiento para que se enciendan o se apaguen cada vez que alguien entra o sale de la habitación. Con la excepción de los tres cuartos de baño, hay cámaras en cada rincón de la casa. Navidson también tiene siempre a mano dos Arriflex de 16 mm y su batería habitual de cámaras de 35 mm.

No obstante, tal y como sabe todo el mundo, el proyecto de Navidson es bastante tosco. Nada que ver, por ejemplo, con la mirada constante de los sistemas de circuito cerrado que se instalan habitualmente en las sucursales bancarias ni con el lujoso equipamiento y los múltiples operadores de cámara que se necesitan para hacer el programa *Real World* de la MTV. Toda la obra parecería, en el mejor de los casos, una simple película doméstica de no ser por el hecho de que Navidson es un fotógrafo con un talento excepcional que entiende que dos centésimas de segundo pueden producir una imagen más valiosa que veinticuatro horas de filmación continua. No le interesa mostrar toda la cobertura ni intentar captar ninguna clase de visión católica o mítica de ninguna otra clase. En cambio, lo que hace es buscar momentos, perlas de concreción, una llamada telefónica inesperada, una carcajada, algún fragmento de conversación que pueda arrancamos una chispa emocional o tal vez un poco de comprensión humana.

Bastante a menudo, los fragmentos casi exentos de palabras que elige Navidson revelan cosas a las que las explicaciones no pueden hacer plena justicia. Hay dos ejemplos de esto que me parecen especialmente sublimes, y como son cortos y fáciles de pasar por alto, vale la pena repetir aquí su contenido.

En el primero, vemos a Navidson subir las escaleras con una caja llena de pertenencias de Karen. El dormitorio de ambos sigue atiborrado de lámparas envueltas en plástico de burbujas y de bolsas de basura llenas de ropa. Las paredes están vacías. La cama no está hecha. Navidson encuentra sitio para dejar su carga encima de una cajonera. Ya está a punto de salir cuando un

impulso invisible le hace detenerse. Saca de la caja el joyero de Karen, levanta la tapa de marfil labrada a mano y extrae la bandejita de dentro. Por desgracia, la cámara no capta lo que ve en el interior.

Cuando Karen entra cargada con una cesta llena de sábanas y fundas de almohada, Navidson ya ha pasado a fijarse en un viejo cepillo para el pelo que hay tirado al lado de unos frascos de colonia.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta ella de inmediato.

—Me gusta —dice él, sacando de las púas un puñado de pelos rubios de ella y tirándolos a la papelera.

—Dámelo —le ordena Karen—. ¿No ves que un día me quedaré calva y entonces te arrepentirás de haber tirado eso?

—No —responde Navidson con una sonrisa.

No es necesario detenerse aquí en las muchas maneras en las que estos escasos segundos demuestran lo mucho que Navidson valora a Karen,[14] salvo para resaltar cómo, pese a su sarcasmo y su aparente falta de interés por las cosas de ella, la escena representa exactamente lo contrario. Usando la imagen y un control exquisito de los cortes, lo que hace Navidson en la práctica es preservar los cabellos de ella, cuestionar su propio comportamiento y tal vez en algunos sentidos contradecir su negativa final, que tal como ha señalado Samuel T. Glade, puede ser una réplica tanto a "no ves que" como a "me quedaré calva" o a "te arrepentirás", o bien a las tres cosas.[15] Y todavía mejor, Navidson ha permitido que la acción y la sutileza de la composición representen los profundos sentimientos que hay en juego sin las molestias de una absurda voz en *off* ni una banda sonora manipuladora.

Siguiendo la misma estrategia, el segundo momento tampoco recurre a las explicaciones ni a los tramposos apuntes musicales. Navidson se limita a concentrarse en Karen Green. Antigua modelo de la Agencia Ford de Nueva York, Karen dejó la vida de las sesiones de fotos de moda en Milán y las mascaradas venecianas para criar a sus dos hijos. Teniendo en cuenta lo hermosa que aparece en las horribles cintas de Hi 8, no es de extrañar que los editores recurrieran a menudo a las instantáneas de sus labios carnosos, sus pómulos altos y sus ojos castaños para vender sus revistas.

Ya de entrada, Navidson le da a Karen una Hi 8 y le pide que la use como si fuera un diario personal. Las anotaciones de vídeo que hace ella —y que Navidson promete ver únicamente después del rodaje de la película y sólo si ella le da permiso— revelan a una mujer de treinta y siete años preocupada por dejar la ciudad, por envejecer, por mantener la línea y por ser feliz. Con todo, pese a su contenido puramente confesional, no es ninguna entrada de diario personal, sino más bien un momento desprevenido y captado por una de las Hi 8 de la casa, lo que demuestra la dependencia casi desconcertante que tiene Karen hacia Navidson.

Karen está sentada con Chad y con Daisy en la sala de estar. Los niños están enfrascados en una actividad que consiste en hacer velas y que requiere varios cartones vacíos de huevos, una docena de trozos largos de mecha, un cubo de escayola y un frasco lleno de pedazos de cera. Usando unas tijeras de mango rojo, Daisy se dedica a cortar las mechas en tres trozos de unos siete centímetros y luego meterlas en los huecos de la huevera, que a continuación Chad llena de

una capa de escayola seguida de una capa de trocitos de cera. El resultado es una especie de vela de lo más pringoso, que no tarda en embadurnar por completo las manos de los niños. Karen le aparta el pelo de delante de los ojos a su hija para que no lo tenga que hacer ella y termina llenándole la cara de escayola. Y aunque Karen está ocupada evitando que Chad llene demasiado los moldes o que Daisy se haga daño con las tijeras, aun así no puede resistirse a mirar cada dos minutos por la ventana. El ruido de un camión que pasa le hace apartar la vista. Y aunque no se oiga nada, el peso de cada centenar de segundos siempre consigue que gire la cabeza.

Aunque sin duda es una cuestión de opiniones, la mirada de Karen parece tan perdida como "cargada de amor y añoranza".[16] La incógnita queda despejada en parte cuando por fin el coche de Navidson se detiene delante de la casa. Karen apenas intenta refrenar su alivio. Se levanta de un salto de la mini factoría de velas y sale disparada de la habitación. Regresa al cabo de unos segundos, probablemente después de pensárselo mejor.

—Daisy, no uses las tijeras hasta que yo vuelva.

—¡Mamá! —chilla Daisy.

—Ya has oído lo que te he dicho. Chad, vigila a tu hermana.

—¡Mamá! —chilla Daisy, todavía más fuerte.

—Daisy, mamá también quiere que tú cuides de tu hermano.

Esto parece apaciguar a la niña, que se tranquiliza y se dedica a echar vistazos petulantes a Chad mientras sigue cortando trozos de mecha.

Por extraño que parezca, para cuando Karen se reúne con Navidson en el vestíbulo, ya ha conseguido enmascarar todas sus ganas de verlo. Su indiferencia resulta muy instructiva. En virtud de esa peculiar contradicción que sirve de tejido conectivo de tantas relaciones, se advierte que ella ama a Navidson en la misma medida en que no tiene espacio para él.

—Eh, el calentador de agua se ha estropeado —consigue decirle.

—¿Cuándo?

Ella acepta su breve beso.

—Supongo que anoche.[17]

Lo que revelan estos dos momentos es cuánto se necesitan mutuamente Will y Karen y lo difícil que les resulta sin embargo gestionar y comunicar esos sentimientos.

Por desgracia, los críticos de la pareja no se han mostrado precisamente amables. Después de que se publicara *El expediente Navidson*, ni la reputación de Karen ni la de Navidson salieron indemnes. Karen en particular sufrió un aluvión de acusaciones injuriosas procedentes de la prensa sensacionalista, de críticos reputados y hasta de una hermana con la que estaba peleada. Leslie Buckman pone el listón bastante alto cuando llama a Karen Green "una hija de puta calculadora, así de simple. Una modelo de alta costura, con la inteligencia de un radiador, que creció convencida de que la vida giraba en tomo a los dueños de discotecas, la cocaína y los límites de las tarjetas de crédito. Verla farfullar sobre su peso, sus hijos o lo mucho que necesita a Navidson me da ganas de vomitar. ¿Cómo puede decir que ama a un hombre cuando es incapaz de nada que se parezca remotamente al compromiso? ¿He dicho ya que era una hija de puta calculadora? Pues también es una zorra".[18]

Buckman no está sola en su opinión. Dale Corrdigan también ha señalado que Karen es cualquier cosa menos una encantadora ama de casa. “Karen jamás ha renunciado al comportamiento promiscuo que marcó su vida cuando tenía veinte años. Simplemente se ha vuelto más discreta.”[19]

Vistas con la distancia que ofrece el tiempo, las rabiosas especulaciones sobre las infidelidades de Karen parecen movidas por una cultura principalmente sexista, sobre todo porque jamás se presta demasiada atención al papel que desempeña Navidson en su relación. Tal como exclamó una vez David Liddel: “Si tiene cuernos, ¿quién puede asegurar que no tenga pezuñas?”.[20] Por suerte, en contraste con el tratamiento sesgado que ofrecen los medios de comunicación, Navidson no se corta a la hora de incluir en su película constantes pruebas de sus propios defectos. De hecho, últimamente son muchos los que han cuestionado la precisión de su autorretrato, señalando que Navidson tal vez vaya demasiado lejos en su intento de mostrarse bajo una luz nada favorecedora.[21]

No solamente Navidson revela a través de Karen, Chad y Daisy que se pasó la década anterior perfeccionando el arte de la lejanía, obligando a su familia a aceptar sin más el hecho de que él se marchara prácticamente de un día para otro para filmar barcos de pesca en Alaska, y luego que el viaje de tres días evolucionara gradualmente hasta durar semanas enteras e incluso meses; también, por medio de la película, admite llevar siempre consigo un cargamento de obsesiones alienantes e intensamente privadas.

Resulta, sin embargo, que la primera pista sobre estos desvelos oscuros no la da él, sino Karen. Las primeras entradas del diario en Hi 8 de Navidson son tan despreocupadas y leves que casi nunca aluden a problemas más profundos. Solamente Karen, mirando fijamente la pequeña lente, saca a colación el problema:

—Ha vuelto a mencionar a Delial —dice en tono extremadamente seco—. Le he avisado de que si no piensa decirme quién es, más le conviene no sacarla a colación. Se suponía que una parte del sentido que tenía mudamos al Sur era dejar atrás el pasado y todo eso. De momento lo lleva bien, pero supongo que no puede controlar sus sueños. Anoche yo estaba desvelada. Tenía frío. Estamos a mediados de mayo, pero tenía la sensación de estar acostada dentro de un congelador. Me levanté para coger una manta y cuando volví él estaba hablando en sueños: “Delial”. Así, sin más. Sin contexto. Y estoy segura porque dijo su nombre dos veces. Prácticamente lo gritó.

Resulta que Karen no era la única a la que Navidson no estaba dando explicaciones sobre Delial. Ninguno de sus amigos y compañeros fotoperiodistas que habían oído a Navidson mencionar el nombre recibieron nunca ninguna clase de explicación. Nadie tenía ni idea de quién era ni de por qué rondaba sus pensamientos y sus conversaciones como si fuera un albatros.[22]

Dicho esto, aunque está claro que la secuencia inicial apunta a una serie de tensiones subyacentes en la familia Navidson/Green, puestas de relieve en este capítulo, resulta crucial no perder de vista la sensación predominante de éxtasis que todavía se evoca en esos minutos iniciales. Al cabo de un par de noches, a Chad ya no le cuesta dormir. Al cabo de un par de días, a Daisy se le cura el corte del dedo. El calentador se repara con facilidad. El matrimonio incluso disfruta de un momento de intimidad en el que sus manos pueden entrelazarse y desentrelazarse juguetonamente y Will rodea a Karen con el brazo mientras ella, soltando un suspiro conmovedor, apoya la cabeza en el hombro de él.

De hecho, en los tiempos que corren no es nada común contemplar un optimismo tan radiante, ya no digamos encontrar una película donde cada fotograma esté tan repleto de promesas y de esperanza. Está claro que a Navidson le encantan esas impresiones bucólicas, casi idílicas, de un mundo nuevo. Por supuesto, no hay que olvidar el papel que desempeña la nostalgia a la hora de dar forma al montaje final, sobre todo teniendo en cuenta que un año más tarde esas secuencias serán lo único que le quede a Navidson: Karen y los niños ya no serán más que una mancha borrosa que baja por la escalera a toda velocidad, el puntillismo de las pisadas de las pezuñas de sus animales domésticos sobre el césped cubierto de rocío, o la casa en sí misma, una reverberación indefinida, que se eleva en silencio en la esquina de Succoth con Ash Tree Lane, bañada por la luz vespertina.

III

El hecho de que el fotógrafo se haga fotógrafo no es más casualidad que el hecho de que el domador de leones se haga domador de leones.

Dorothea Lange

וַיֹּאמֶר מֹשֶׁה אֶל־הָאֱלֹהִים מִי אָנֹכִי כִּי אֵלֵךְ אֶל־פַּרְעֹה
וְכִי אוֹצִיא אֶת־בְּנֵי יִשְׂרָאֵל מִמִּצְרָיִם׃

Éxodo 3.11[23]

¿Por qué Navidson? ¿Por qué no otro?

Cuando el gran florentino se lamenta, *"Ma io perché venirvi? O chi 'l concede*? / *Io non Enea, io non Paulo sono"*,[24] el rival de Homero lo llama cobarde y le ordena que se ponga en marcha porque los poderes celestiales se han tomado un interés personal en su salvación.

El cartógrafo del infierno recibe una respuesta más o menos satisfactoria. Navidson, en cambio, no recibe respuesta alguna. Durante "Exploración n.° 4", incluso llega a preguntarse en voz alta: "¿Cómo coño he terminado aquí?". La casa le responde con un silencio resonante. No hay atención divina. Ni siquiera un guía amaurótico.

Hay quien ha sugerido que los horrores que Navidson encontró en aquella casa no eran más que manifestaciones de su psique atormentada. En su libro *The Incident*, el doctor Iben Van Pollit asegura que la casa entera es una encamación física del dolor psicológico de Navidson: "A menudo me pregunto cómo podrían haber sido las cosas si Will Navidson hubiera hecho un poco de, cómo decirlo, limpieza doméstica".[25]

Aunque Pollit no es el único en afirmar que la psicología de Navidson influyó profundamente en la naturaleza de aquellas salas y pasillos, pocos creen que invocara por sí misma el lugar. La razón es simple: Navidson no fue el primero que vivió en la casa y se encontró con sus peligros. Tal como reveló más tarde la agente inmobiliaria de los Navidson, Alicia Rosenbaum, la casa de Ash Tree Lañe ha tenido desde su construcción bastantes ocupantes, más o menos 0,37 al año, la

mayoría de los cuales quedaron traumatizados de alguna manera. Teniendo en cuenta que la casa se construyó supuestamente en 1720, bastante gente ha dormido y ha sufrido entre sus paredes. Si la casa fuera realmente el mero producto de un sufrimiento psicológico, tendría que ser el producto colectivo del sufrimiento de todos sus habitantes.

No es una gran coincidencia, por tanto, que al final alguien provisto de una cámara y de cierta pasión por el peligro apareciera en aquel Mead Hall y se enfrentara al terror que suponía la puerta. Por suerte para el público, ese alguien poseía unos poderes visuales extraordinarios.

Es posible que los problemas de Navidson no bastaran para crear la casa, pero en última instancia sí conformaron su forma de enfrentarse a ella.

Navidson tuvo una infancia bastante sórdida. Su padre era un viajante de St. Louis que trabajó para una serie de corporaciones empresariales de electrónica, trasladando a su familia de un lado a otro por el interior del país cada dos o tres años. También era alcohólico y propenso a los arranques de violencia o a desaparecer durante largos periodos de tiempo.[26]

La madre de Navidson no era mucho mejor. No tardó en abandonarlos a todos para intentar hacerse actriz y terminó viviendo con una serie de productores no demasiado productivos. Supuestamente, y en palabras de ella, lo único que quería era "entusiasmar al público". El padre de Navidson murió de un fallo cardíaco congestivo, pero su madre simplemente se esfumó. Fue vista por última vez en un bar de Los Angeles, fumando cigarrillos y hablando de alcohol ilegal y de por qué éste se encontraba en todas partes en Hollywood. Ni Will ni su hermano gemelo Tom volvieron a tener noticias de ella.[27]

Debido a que el enorme narcisismo de sus padres privó a Will y a Tom de unos modelos de conducta adecuados, ambos hermanos aprendieron a identificarse con la ausencia. En consecuencia, por más que algo beneficioso entrara fortuitamente en sus vidas, ellos lo trataban de inmediato como un hecho temporal. A su llegada a la adolescencia ya estaban acostumbrados a un estilo de vida discontinuo y marcado por las amenazas constantes de abandono y la falta total de estabilidad emocional. Por desgracia, en este contexto "acostumbrados a" equivale a "dañados por".[28]

Tal vez una de las razones por las que Navidson se enamoró hasta tal punto de la fotografía fue el hecho de que otorgaba permanencia a aquellos momentos que a menudo resultaban tan fugaces. Pese a todo, ni siquiera diez mil fotografías pueden asegurar un mundo, de manera que aunque Navidson trabajara más, corriera riesgos mayores y obtuviera cada vez más éxito, al final se equivocaba al pensar que su labor podía compensar el amor del que fue privado en su infancia y la sensación última de seguridad que concede dicho afecto.

Por esta razón, tenemos que recuperar la imagen de Navidson en su porche, con la mirada fija y sosteniendo con sus delicados dedos un vaso de limonada. "Mi idea es simplemente ver cómo la gente se muda a un sitio y empieza a habitarlo —anuncia con total tranquilidad—. El mero hecho de asentarse, tal vez echar raíces, interactuar y con suerte entenderse un poco mejor los unos con los otros. Personalmente, lo único que quiero es crear un pequeño reducto de comodidad para mí y mi familia." Una reflexión bastante inocua y lacónica, pero que contiene una palabra particularmente inquietante.

Por definición, el término "reducto" se refiere a una base, militar o de otra clase, que proporciona seguridad a los que están dentro a la vez que funciona principalmente a modo de

protección de las fuerzas hostiles que se encuentran en el exterior. Siempre ha dado la impresión de que era una palabra extraña para referirse a una casita en la campiña de Virginia,[29] pero lo cierto es que arroja cierta luz sobre las razones por las que Navidson emprendió inicialmente este proyecto. Más que limitarse a hacer unas cuantas fotos y a registrar los acontecimientos diarios con unas cámaras Hi 8, Navidson quería usar las imágenes para crear un reducto que los protegiera de la transitoriedad del mundo. No es de extrañar que le resultara tan difícil renunciar a su ocupación profesional. Para él, abandonar la fotografía significaba aceptar la pérdida.

Así pues, recuperando nuestras dos preguntas:

¿Por qué Navidson?

Considerando la historia prácticamente preadánica de la casa, era inevitable que alguien como Navidson acabara habitando bajo su techo.

¿Por qué no otro?

Considerando su historia personal, su talento y su trasfondo emocional, solamente Navidson podría haberse adentrado tanto en la casa y aun así haber traído de vuelta con éxito su visión.[30]

IV

La fe, señor, ya que sale el tema, no me la creo ni a medias.

Diedrich Knickerbocker

A principios de junio de 1990, los Navidson fueron en avión a Seattle para asistir a una boda. Cuando volvieron, algo había cambiado en la casa. Aunque solamente habían pasado fuera cuatro días, el cambio era enorme. Y sin embargo, no era obvio: no había tenido lugar un incendio ni un robo ni un acto de vandalismo. Al contrario, era un horror atípico. Nadie pudo negar que se había producido una intrusión, pero era tan extraña que no supieron cómo reaccionar. En el vídeo vemos a Navidson actuando casi como si se estuviera divirtiendo mientras Karen se limita a llevarse las dos manos a la cara como si se dispusiera a rezar. Sus hijos, Chad y Daisy, se limitan a corretear por el lugar, jugando, soltando risitas y completamente ajenos a las implicaciones más profundas de lo sucedido.

Lo que había tenido lugar se puede denominar una extraña violación espacial que ya se ha descrito de distintas formas: sorprendente, inquietante y amenazadora, pero sobre todo asombrosa. El término alemán para referirse a algo "asombroso" es *unheimlich*, un vocablo al que Heidegger, en su libro *Sein und Zeit*, pensó que valía la pena dedicar unas reflexiones:

> Daß die Angst als Grundbefindlichkeit in solcher Weise erschließt, dafür ist weider die alltäegliche Daseinsauslegung und Rede der unvoreingenommenste Beleg. Befindlichkeit, so wurde früher gesagt, macht offenbar "wie einem ist". In der Angst is einem "unheimlich". Darin kommt zunächst die eigentümliche Unbestimmtheit dessen, wobei sich das Dasein in der Angst befindet, zum Ausdruck: das Nichts und Nirgends. Unheimlichkeit meint aber dabei zugleich das Nichtzuhause-sein. Bei der ersten phänomenalen Anzeige der Grundverfaßung des Daseins und der Klärung des existenzialen Sinnes von In-Sein im Unterschied von der kategorialen Bedeutung der "Inwendigkeit" wurde das In-Sein bestimmt als Wohnen bei…, Vertrautsein mit… Dieser Charakter des In-Seins wurde dann konkreter sichtbar gemach durch die alltägliche Öffentlichkeit des Man, das die beruhigte Selbstsicherheit, das selbstverständliche "Zuhause-sein" in die durchschnittliche Alltäglichkeit des Daseins bringt. Die Angst dagegen holt das Dasein aus seinem verfallendem Auf gehen in der "Welt" zurück. Die alltägliche Vertrautheit bricht in sich Zusammen, Das Dasein ist vereinzelt, das jedoch als Inder-Welt-sein. Das In-Sein kommt in den existenzialen "Modus" des Un-zuhause. Nichts anderes meint die Rede von der

"Unheimlichkeit".[31]

No obstante, independientemente de lo extenso que es aquí su análisis, Heidegger sigue sin señalar que *unheimlich*, cuando se usa como adverbio, significa "tremendamente", "descomunalmente", "a montones" y "a raudales". La abundancia siempre ha sido un rasgo de lo extraño y lo amenazador; todo lo excesivo o excesivamente grande resulta abrumador. Por consiguiente, todo lo que es asombroso o *unheimlich* no resulta ni familiar ni natural, ni cómodo ni reconfortante. Resulta ajeno, desprotegido e inquietante, lo cual viene a ser, en otras palabras, la descripción perfecta de la casa de Ash Tree Lane.

En su ausencia, la casa de los Navidson se había convertido en otra cosa, y aunque no resultaba exactamente siniestra ni peligrosa, el cambio había destruido cualquier sensación de seguridad o de bienestar.

En el piso de arriba, en el dormitorio principal, descubrimos junto con Will y Karen una puerta blanca y sencilla con pomo de cristal. La puerta, sin embargo, no da a la habitación de los niños sino a un espacio que parece un cuartito trastero. Y a diferencia del resto de trasteros de la casa, en éste no hay ni enchufes, tomas de corriente, interruptores ni percheros, ni siquiera molduras decorativas. En cambio, las paredes son completamente lisas y de un negro casi puro: digo "casi" porque la superficie tiene una tonalidad ligeramente gris. El interior no puede medir más de metro y medio de ancho por metro veinte de largo. En el otro extremo del cuarto, una segunda puerta, idéntica a la primera, comunica con el dormitorio de los niños.

Navidson pregunta de inmediato si no será que antes de su viaje se les había pasado por alto aquella habitación. En principio parece una idea ridicula, hasta que uno se plantea cómo el impacto de un fenómeno tan inverosímil puede obligar a alguien a cuestionar sus propias percepciones. Karen, sin embargo, se las apaña para encontrar una serie de fotos que muestran claramente que en la pared del dormitorio no había ninguna puerta.

La siguiente pregunta es si es posible que alguien pueda haber entrado a la fuerza en la casa y llevado a cabo esa peculiar reforma en cuatro días. Resulta improbable, por no decir algo más.

Lo siguiente que se les ocurre es que alguien ha entrado en la casa y ha desvelado la existencia del cuartito. Limitándose a instalar dos puertas. Pero ¿por qué? Y ya puestos, citando a Rilke, *Wer?[32]*

Navidson comprueba las cámaras Hi 8, pero se encuentra con que los sensores de movimiento ni siquiera se han activado. En la cinta solamente constan la marcha de ellos y su regreso. Una elipsis de prácticamente una semana, que nos muestra cómo la familia se marcha de una casa desprovista del extraño espacio interior para regresar una fracción de segundo más tarde y encontrárselo ya instalado, dando la impresión de que ha estado allí todo el tiempo.

Como el descubrimiento se produce de noche, la investigación de los Navidson tiene que esperar hasta la mañana. De manera que mientras Chad y Daisy duermen, vemos cómo Karen y Will sufren una noche de inquietud. Hillary, su husky siberiano de un año, y Mallory, su gato atigrado, están acostados a los lados del televisor Sony de 24" impávidos ante el nuevo trastero, el parpadeo de la pantalla o el murmullo de los altavoces: Letterman, nuevas revelaciones sobre el conflicto Irán-Contra, reposiciones, ese tráfico de información que sirve para confirmarle a la gente que el resto del mundo sigue ahí, avanzando como de costumbre, por mucho que hayan nacido dos puertas nuevas que abren una nueva perspectiva a través de un nuevo espacio de

oscuridad: de la habitación de los padres a la de los niños, donde una diminuta lamparita de noche en forma de nave estelar Enterprise ilumina el dormitorio como una especie de estrella polar.

Es un plano hermoso. De hecho la composición y el elegante equilibrio de colores, por no mencionar el suntuoso contraste de luces y sombras, son tan exquisitos que nos distraen de cualquier asunto relativo a la casa o a lo que está teniendo lugar en ella. Resulta un ejemplo perfecto del talento sin par de Navidson e ilustra por qué pocas personas, o quizá nadie, podrían haber logrado lo que logró él, especialmente hacia el final.

Al día siguiente tanto Karen como Will siguen el rumbo más racional: van a buscar el plano de la casa a la oficina local de su inmobiliaria. Tal como era de esperar, el plano no es el del constructor, sino otro trazado en 1981, cuando los antiguos propietarios pidieron permiso al comité de urbanismo del Ayuntamiento para añadir un ala nueva al edificio. Al final, sin embargo, el ala nueva no llegó a construirse porque los dueños no tardaron en vender la propiedad, alegando que necesitaban algo "un poco más pequeño". Aunque el proyecto, tal como se despliega en pantalla, no muestra ningún cuarto trastero, sí confirma la existencia de una extraña cámara de aire, de más o menos un metro veinte de ancho, entre ambos dormitorios.[33]

Alicia Rosenbaum, la agente inmobiliaria responsable de la venta de la casa a los Navidson, dedica a la cámara un encogimiento perplejo de hombros cuando Karen le pregunta si tiene alguna idea de quién puede ser el responsable de "este atropello". Incapaz de decir nada útil, al final la señora Rosenbaum les pregunta si quieren llamar a la policía, y por gracioso que parezca, ellos dicen que sí.

Esa misma tarde llegan dos agentes, examinan el trastero y tratan de ocultar el hecho de que tiene que ser la llamada más extraña que han recibido jamás. Tal como dice el Sheriff Axnard:

—Redactaremos un informe, pero aparte de eso, no sé qué más podemos hacer. Supongo que es mejor haber sido víctima de un carpintero loco que de un desvalijador de casas. — Y el comentario incluso arranca una risilla de Karen y Navidson.

Tras descartar todas las opciones obvias, Navidson regresa al plano de la casa. Al principio esto resulta bastante inocente, por lo menos hasta que saca una cinta métrica. Ociosamente al principio, se pone a comparar las dimensiones que indican los planos con las que él ha medido personalmente. Enseguida se da cuenta de que no todo encaja. De hecho, hay algo sumamente incorrecto. Navidson no para de ir y venir entre su cinta extensible Stanley Power Lock de 7 metros y las páginas azules que tiene desplegadas sobre la cama, y por fin le oímos murmurar en voz alta:

—Espero que esto sea un error en las sumas.

Un corte incongruente nos muestra el intertítulo: **6 mm**.

Fuera de la casa, Navidson sube con una escalera de mano hasta la primera planta. No es un ascenso fácil, nos confiesa en tono informal, y a continuación explica que una dolencia muy molesta de la piel que tiene desde niño se le ha empezado a manifestar de forma virulenta entre los dedos de los pies. Haciendo muecas por lo que podemos dar por sentado que es un dolor moderado en el mejor de los casos, alcanza el último travesaño, donde, usando una vara de medir de fibra de vidrio Empire de 30 metros provista de manivela extensora, procede a medir la distancia que hay entre un extremo del dormitorio principal y el extremo opuesto del de los niños. La distancia total son 10 metros, corroborada por los planos de la casa, centímetro arriba o centímetro abajo. Lo desconcertante viene cuando Navidson mide el espacio interior. Anota con cuidado la longitud del espacio recién aparecido y la de los dos dormitorios y por fin hace el

cálculo de la anchura de todas las paredes. El resultado es todo menos tranquilizador. De hecho, es imposible.

10 metros y 6 milímetros.

Parece que la anchura interior de la casa excede en 6 mm la anchura de la casa medida desde fuera.

Convencido de haberse equivocado en sus cálculos. Navidson taladra las paredes exteriores para medir con precisión su anchura. Al final, con la ayuda de Karen, ata la punta de un hilo de pescar al borde de la pared exterior, lo pasa por el agujero que ha taladrado, luego de punta a punta del dormitorio principal, a través del nuevo espacio, del dormitorio de los niños y por fin lo pasa por un agujero taladrado en la pared opuesta. Vuelve a comprobar todo lo que ha hecho, se asegura de que el sedal esté recto, horizontal y tenso y le hace una marca. La medida sigue siendo la misma.

10 metros y 6 milímetros exactamente.

Usando el mismo sedal, Navidson sale al jardín, lo despliega de un lado a otro de la casa y descubre que le sobran seis milímetros.

Exactamente seis.

Lo imposible no es para tanto cuando se considera desde un punto de vista puramente intelectual. Al fin y al cabo, el mero hecho de devanarse los sesos con un grabado de Escher y después limitarse a cerrar el libro no plantea un problema tan grande. En cambio, afrontar una realidad física que ni el cuerpo ni la mente pueden aceptar son palabras mayores.

Karen rechaza la información. Una Eva reticente que prefiere las mandarinas a las manzanas.

—Me da igual —le dice a Navidson—. Tú deja de hacerme agujeros en las paredes.

Sin inmutarse, Navidson continúa con su misión, pese a que los repetidos intentos de medir la casa continúan revelando la anomalía de los seis milímetros. Karen se va quedando cada vez más callada, a Navidson se le ensombrece el estado de ánimo y, como si fueran veletas perfectamente ajustadas, los niños reaccionan al cambio del viento progenitor refugiándose en otras partes de la casa. A Navidson se le nota la frustración en la voz. Por mucho que lo intenta —y Navidson lo intenta seis veces consecutivas en seis segmentos consecutivos— no consigue eliminar esa diminuta esquirla de espacio. Pasa otra noche y los seis milímetros siguen ahí.

Aunque las narraciones fílmicas y de ficción a menudo dependen de las reacciones casi inmediatas, la realidad es mucho más insistente y cuenta con una paciencia (literalmente) infinita. Igual que pueden pasar años enteros antes de que surtan efecto las ponzoñas insidiosas vertidas durante la pausa de la oficina, las consecuencias de lo imposible tampoco son aparentes de forma instantánea.

La mañana es sinónimo de zumo de naranja, del *New York Times*, de la radio pública y de la riña por el derecho de los niños a comer cereales con azúcar. El lavavajillas gruñe y la tostadora hace *pop*. Vemos a Karen mientras hojea los anuncios clasificados al tiempo que Navidson juguetea con su café. Le añade azúcar y leche y lo remueve todo; lo vuelve a remover y luego, como si se le acabara de ocurrir, añade más azúcar y un poco más de leche. El líquido llega al borde de la taza y lo excede muy ligeramente. Pero no se derrama. Aguanta ahí: un promontorio de café elevándose trágicamente por encima de la porcelana, preservado por las leyes físicas de la tensión superficial, acorde con alguna clase de magia inefable, aunque tal como sabe todo el

mundo, los milagros del café nunca duran mucho. El toque de retreta matinal se bambolea, se rompe y por fin se derrama repentinamente por el borde de la taza, un Nilo de cafeína que avanza dejando atrás el cristal y la política hasta convertirse en una simple mancha de color marrón en el periódico matinal.[34]

Cuando Navidson levanta la vista, Karen lo está mirando.

—He llamado a Tom —le dice él.

Ella entiende lo bastante como para no decir nada.

—El ya sabe que estoy mal de la cabeza —continúa Navidson—. Y además se gana la vida construyendo casas.

—¿Has hablado con él? —le pregunta ella con cautela.

—Le he dejado un mensaje.

El siguiente intertítulo dice simplemente: **Tom.**

Tom es el hermano mellizo de Will Navidson. Ninguno de ellos ha hablado mucho con el otro desde hace más de ocho años.

—Navy es un hombre con éxito y Tom no —explica Karen en la película—. A lo largo de los años ha habido mucho resentimiento. Supongo que siempre ha estado ahí, salvo cuando vivían con sus padres. Entonces era distinto. Entonces cuidaban más el uno del otro.

Tom llega dos días más tarde. Karen le da la bienvenida con un gran abrazo y una Hi 8. Tom es un gigantón afable y grueso provisto del don innato de ser divertido. Los niños le cogen afecto de inmediato. Les encanta su risa, ya no digamos sus patatas fritas de McDonalds.

—Mi propio hermano, con quien llevo años sin hablar, me llama a las cuatro de la madrugada para decirme que necesita mis herramientas. Imagínate.

—Eso quiere decir que sois familia —dice Karen en tono feliz, llevándolo hasta el estudio de Navidson, donde ya ha puesto toallas limpias y ha hecho la cama abatible.

—Normalmente cuando quieres un nivel, o se lo pides al vecino o te vas a la ferretería. Típico de Will Navidson llamar a Lowell, Massachusetts. Y ¿dónde está?

Resulta que Navidson se ha ido a la ferretería a hacerse con unas cuantas cosas.

En la película, el primer encuentro entre Tom y Navidson casi no los involucra a ninguno de los dos para nada. En lugar de tratar algún tema que los afecte de forma personal, los encontramos a ambos encorvados sobre un nivel de espejo Cowley y turnándose para echar un vistazo hacia el otro lado de la casa, con la mira suspendida a pocos palmos del suelo, interrumpidos de forma ocasional cada vez que Hillary o Mallory echan a correr alrededor de las camas de los niños en alguna de sus carreras de película muda. Tom está convencido de que podrán explicar la discrepancia de seis milímetros llevando a cabo una medición de nivel perfecta.

Más tarde, en el jardín, Tom se enciende un cigarrillo de marihuana. Está claro que a Navidson le molesta la droga, pero no dice nada. Tom sabe que su hermano lo desaprueba, pero se niega a alterar sus hábitos. Basándose en su respectivo lenguaje corporal y en la forma en que los dos evitan mirarse directamente, por no hablar del espacio que media entre sus palabras, el espectro de los últimos ocho años los sigue rondando.

—Eh, por lo menos ahora estoy en el dique seco —dice Tom por fin, expulsando un fino hilillo de humo—. Llevo dos años sin probar ni una gota de alcohol.

A primera vista resulta difícil de creer que estos dos hombres estén emparentados, ya no digamos que sean hermanos. Tom es feliz si hay algún partido por la tele y un sitio cómodo donde verlo. Navidson hace ejercicio todos los días, devora volúmenes de crítica ininteligible y jamás deja de relacionar el mundo que le rodea con una misma cosa: la fotografía. Tom sale adelante como puede, Navidson triunfa. Tom solamente quiere ser, Navidson necesita progresar. Sin embargo, a pesar de las diferencias tan obvias, cualquiera que mire más allá de la enorme sonrisa de Tom y se fije en sus ojos, encontrará unos pozos de tristeza sorprendentemente profundos. Así es como sabemos que son hermanos: porque la mirada de Navidson comparte las mismas aguas que la de Tom.

En cualquier caso, el impulso y la oportunidad para obtener alguna clase de curación fraternal se esfuman en cuanto Tom hace un descubrimiento importante: Navidson se equivocaba. El interior de la casa no es 6 milímetros más grande que el exterior, sino casi 7.

Da igual cuántos cuadernos pautados, servilletas o márgenes de periódicos llenen de notas o ecuaciones, no consiguen explicar esos milímetros. Un hecho incontrovertible se interpone en su camino: la medida exterior *tiene que* ser igual que la interior. La física depende de un universo infinitamente centrado en un signo de "igual a". Tal como dijo el autor de tratados científicos y teólogo ocasional David Conte: "A todos los efectos, Dios es un signo de 'igual a', y al menos de momento, la humanidad siempre ha sido capaz de creer en el hecho de que las sumas del Universo concuerdan".[35]

En esto, ambos hermanos están de acuerdo. El problema tiene que radicar en sus técnicas de medición o bien en algún factor invisible que lo altera todo: la temperatura del aire, unos instrumentos mal calibrados, los suelos combados o lo que sea. Sin embargo, después de un día y medio sin encontrar solución alguna, los dos deciden buscar ayuda. Tom llama a Lowell y pospone sus obligaciones profesionales. Navidson llama a un viejo amigo que da clases de ingeniería en la UVA.

A primera hora de la mañana siguiente, los dos hermanos salen para Charlottesville.

Navidson no es el único que conoce a gente en la región. Una amiga de Karen, Audrie McCullogh, llega desde Washington D.C. para ayudarla a construir unas estanterías. Así pues, mientras Will y Tom parten en busca de una respuesta, dos viejas amigas dejan un enigma en suspenso, se preparan unos vodkas con tónica y disfrutan del ritmo del trabajo con los soportes de estantes y la madera de pino.

Edith Skourja ha escrito un impresionante ensayo de cuarenta páginas titulado *Acertijos sin respuesta* sobre este episodio en concreto. Aunque la mayor parte se centra en lo que Skourja llama la "postura política" de ambas mujeres —Karen como ex modelo y Audrie como agente de viajes—, hay un pasaje en concreto que ofrece una elegante perspectiva de las razones y las maneras con que la gente afronta las preguntas sin respuesta:

> Acertijos: o bien nos deleitan o bien nos atormentan. Su deleite estriba en las soluciones. Las respuestas proporcionan momentos felices de comprensión perfectamente adecuados para los niños, que todavía habitan un mundo donde siempre hay soluciones disponibles. En la forma del acertijo hay implícita la promesa de que el resto del mundo tiene una resolución igual de sencilla. De manera que los acertijos reconfortan la mente del niño cuando ésta es violentada por la arremetida de la sobreabundancia de información, con sus consiguientes preguntas.
>
> El mundo adulto, sin embargo, produce acertijos de una variedad distinta. Se trata de

acertijos sin respuesta, a los que a menudo denominan enigmas o paradojas. Pese a todo, un vestigio de la forma del acertijo corrompe estas cuestiones al retransmitir el eco de su mensaje fundamental: el hecho de que debe de haber una respuesta. Y de ahí viene el tormento.

Es bastante común encontrar a adultos que detestan los acertijos. Detrás de su reacción puede haber distintas razones, pero una importante es el rechazo de la creencia adolescente en las respuestas. A menudo se trata de los mismos adultos que dicen cosas del estilo "a ver si creces" y "afronta los hechos". Les ofende la incongruencia entre aquellos acertijos del pasado que sí tenían respuestas y los de hoy en día que no las tienen.

Resulta beneficioso plantearse los orígenes del término inglés que significa acertijo: *riddle*. En inglés antiguo *rcedelse* significa "opinión o conjetura", y guarda parentesco con la palabra en inglés antiguo *rcedon*, "interpretar", que a su vez pertenece a la misma familia etimológica que el vocablo del inglés moderno *read*, (leer). *Riddling* (plantear acertijos) desciende de *reading* (leer), lo cual evoca la naturaleza participativa del acto —interpretar—, que es lo único que le queda al mundo adulto a la hora de afrontar lo que no tiene solución.

To read (leer) viene del latín *reri*, "calcular o pensar", que no solamente es el progenitor de *read*, sino también de *reason* (razón, razonar), dos términos que vienen del griego *arariskein*, "encajar". Además de *reason*, de *arariskein* deriva un pariente inesperado, en latín *arma*, que significa "armas". Pareciera que para "encajar" en el mundo o para comprenderlo haga falta o bien la razón o bien las armas. Es encantador que Karen Green y Audrie McCullogh "lo encajen" con estanterías.

Tal como todos sabemos, al final siempre se recurre bien a la razón, bien a las armas. Por lo menos en este punto —antes de que empiecen las exploraciones y el derramamiento de sangre— todavía basta con un taladro, un martillo y un destornillador Philips.

Karen se refiere a sus libros como su "consuelo en el día a día". Al construirles un reducto, lo que está haciendo es crear un agradable equilibrio entre lo conocido y lo desconocido. He aquí una cálida, sólida y colorida muralla de volúmenes de historia, poesía, álbumes de fotos y novelitas populares. Y aunque al final la ironía se tragará este momento, por ahora sigue sin recibir comentarios de nadie y por tanto continúa siendo del todo inocente. Karen se limita a sacar un álbum de fotos, como haría cualquiera, y provoca que todos los libros se desplomen a lo largo del estante. En vez de caerse al suelo, sin embargo, se detienen al dar con la pared, lo cual suscita una sonrisa de ambas mujeres y el siguiente comentario profundo de Karen: "No hay mejor sujetalibros que un buen par de paredes".

Lecciones de una biblioteca.[36]

El análisis de Skourja, sobre todo en lo tocante a la inocencia inherente del proyecto de Karen, arroja cierta luz sobre el valor de la paciencia.

Walter Joseph Adeltine aduce que Skourja se muestra insincera al comentar la secuencia de la construcción de la estantería. "Que si acertijos por aquí, que si acertijos por allá… elegante pero una chorrada. Aquí no hay ningún enfrentamiento con lo desconocido, sino un caso claro de negación de la realidad".[37] Lo que a su vez niega Adeltine es la necesidad de afrontar ciertos problemas con paciencia, de esperar en vez de lanzarse a lo loco, o como escribió Tolstói: "*Dans*

le doute, mon cher… abstiens-toi”.[38]

Cuando estaba trabajando en su *Decadencia y caída del Imperio romano*, Gibbon daba largos paseos antes de sentarse a escribir. Pasear le servía para organizar sus pensamientos, concentrarse y relajarse. La estantería de Karen sirve al mismo propósito que las pequeñas excursiones de Gibbon. La madurez, tal como uno acaba descubriendo, pasa siempre por la aceptación del “no saber”. Por supuesto, no saber no evita para nada el advenimiento del caos.

> *Tum vero omne mihi visum considere in ignis Ilium*:
> *Delenda est Cartílago.*[39]

El proyecto de Karen es un mecanismo contra lo asombroso o contra lo “no-familiar”. Ella permanece alerta y dispuesta a permitir que las grotescas dimensiones de su casa maduren en su interior. Desafía su irregularidad introduciendo la normalidad: la presencia de su amiga, las estanterías y la conversación apacible. En este sentido, Karen se comporta como la recolectora por antonomasia. Se mantiene cerca del hogar y, aunque no salga a recoger moras ni setas, sí que va acumulando sentido común.

Navidson y Tom, por otro lado, son cazadores clásicos. Eligen sus armas (las herramientas; la razón) y persiguen a su presa (una solución). Billy Reston es la persona en la que ellos confían para que les ayude a alcanzar su meta. Se trata de un hombre hosco, a menudo cáustico y más parecido a un sargento de instrucción que a un profesor titular de universidad. También es un parapléjico que se ha pasado casi media vida en una silla de ruedas de aluminio. Navidson tenía apenas veintisiete años cuando conoció a Reston. De hecho, se conocieron gracias a una fotografía. Navidson estaba llevando a cabo un trabajo en la India, haciendo fotos de trenes, trabajadores ferroviarios e ingenieros. El encargo tenía que reflejar el clamor de la industria de las afueras de Hyderabad. Lo que acabó plasmado en las páginas de bastantes periódicos, sin embargo, fue la fotografía de un ingeniero americano negro que intentaba a la desesperada escapar corriendo de un cable de alto voltaje que le estaba cayendo encima. El cable se rompió cuando un operador de grúa novato esquivó de golpe un vagón de carga y colisionó por accidente con un poste eléctrico. La madera se partió en el acto y segó por la mitad uno de los cables eléctricos, que se le echó encima al indefenso Billy Reston, vomitando chispas y restallando en el aire como Nag o Nagaina.[40]

Esa misma fotografía cuelga ahora en la pared de la oficina de Reston. La imagen plasma la mezcla de miedo e incredulidad que hay en la cara de Reston cuando éste se ve corriendo para salvar la vida. Hacía un momento estaba contemplando despreocupadamente el sol y pensando en la comida y ahora está a punto de morir. Tiene las piernas muy abiertas, intentando poner tierra de por medio a golpe de puntera, y las manos extendidas como para agarrar algo, lo que sea, que lo saque de allí. Pero no tiene tiempo. La forma serpentina lo rodea, moviéndose demasiado deprisa para cualquier intento de escapar en el último segundo. Tal como comentó Fred de Stabenrath en abril de 1954, *“Les jeux son fait. Nous sommes fucked”.*[41]

Tom se queda mirando fijamente la excepcional copia en blanco y negro de 28 × 36.

—Ésa fue la última vez que tuve piernas —le cuenta Reston—, Justo antes de que esa serpiente espantosa me las arrancara de un bocado. Antes odiaba esa foto, pero luego empecé a darle gracias. Ahora, cada vez que alguien entra en mi despacho, ya no tiene que preguntarme cómo terminé montado en esta cuadriga. Lo pueden ver por ellos mismos. Gracias, Navy, cabrón.

Rikki-Tikki-Tavi con una Nikon.

La charla informal no dura demasiado y los tres hombres pasan a ocuparse de lo importante. La respuesta de Reston es simple y racional y constituye exactamente lo que ambos hermanos han venido a oír:

—Está más claro que el agua que el problema está en vuestro equipo. Tendría que comprobar las cosas de Tom en persona, pero estoy dispuesto a apostarme el dinero de la universidad a que tienen algo descompensado. Yo tengo alguna cosa que os puedo prestar: un nivel Stanley Beacon y un láser para medir distancias. —Le sonríe a Navidson—. El láser es de Leica. Eso debería enterrar en un santiamén a vuestro fantasma. Pero en caso de que no, iré yo en persona a medirte la casa, y además te cobraré por mi tiempo.

Tanto Will como Tom sueltan una risita, sintiéndose tal vez un poco bobos. Reston niega con la cabeza.

—Si quieres saber mi opinión, Navy, andas un poco sobrado de tiempo libre. Seguramente te vendría bien llevarte a la familia a hacer un buen viajecito en coche.

En el camino de regreso, Navidson enfoca el horizonte crepuscular con la Hi 8.

Durante un rato ninguno de los hermanos dice nada.

Will es el primero en romper el silencio.

—Tiene gracia que haya hecho falta menos de un centímetro para juntamos a los dos en un coche.

—Es bastante raro.

—Gracias por venir, Tom.

—Cómo puedes pensar que fuera a decirte que no.

Pausa. Navidson vuelve a hablar.

—Casi me pregunto si me he enredado en todo este rollo de las mediciones solamente para tener un pretexto para llamarte.

Aunque lo intenta, Tom no consigue contener la risa.

—Ya sabes que odio decirte esto, pero se te podrían haber ocurrido mil razones más simples.

—A mí me lo dices —dice Navidson, negando con la cabeza.

La lluvia empieza a caer a chorros sobre el parabrisas y los relámpagos resquebrajan el cielo. Sigue otra pausa.

Esta vez es Tom quien rompe el silencio.

—¿Conoces la historia del tipo que anda por la cuerda floja?

Navidson sonríe.

—Me alegro de ver que hay cosas que no cambian.

—Eh, ésta es verídica. Había un tipo de veinticinco años que iba por la cuerda floja sobre la profunda garganta de un río mientras en el otro extremo del mundo a otro tipo de veinticinco años le estaba comiendo la polla una mujer de setenta, pero fíjate, en ese momento exacto los dos tipos estaban pensando exactamente lo mismo. Y ¿sabes qué estaban pensando?

—Ni idea.

Tom le guiña el ojo a su hermano.

—No mires para abajo.

Y así pues, mientras una tormenta empieza a asolar las Virginias, otra se disipa como si nada y es barrida por un vendaval de chistes malos e historias de los viejos tiempos.

Cuando se enfrentan a la disparidad espacial de la casa, Karen desvía su atención hacia cosas familiares y Navidson sale en busca de una solución. Los niños, en cambio, se limitan a aceptarla. Cruzan el trastero corriendo. Juegan en él. Lo habitan. Niegan la paradoja tragándosela entera. Una paradoja, a fin de cuentas, son dos verdades irreconciliables. Pero los niños todavía no conocen lo bastante bien las leyes del mundo como para tenerles miedo a las ramificaciones de lo irreconciliable. Está claro que las anomalías espaciales carecen de asociaciones primordiales.

Ver correr alegremente a esos dos niños atolondrados es una experiencia igual de inquietante que presenciar la ingenua secuencia inicial de *El expediente Navidson*, tal vez por lo atractivo, o incluso seductor, que nos resulta su estado de inocencia y la resolución tan simple que ofrece al enigma. Por desgracia, negar la realidad también comporta pasar por alto la posibilidad del peligro.

Esa posibilidad, sin embargo, se nos hace irrelevante, aunque sea de forma momentánea, cuando cortamos a la imagen de Will y a Tom cargando con el equipo de Billy Reston hasta el piso de arriba, atenuando rápidamente toda sensación de amenaza por medio de la autoridad de sus herramientas.

El mero hecho de observar cómo los dos hermanos usan el nivel Stanley Beacon para establecer la distancia que necesitan medir ya reconforta. Cuando a continuación los dos vuelven su atención hacia el láser Leica resulta casi imposible no esperar al menos cierta clase de resolución de este problema tan desconcertante. De hecho, el que Tom cruce los dedos mientras el láser de Tipo 2 por fin dispara un puntito rojo hasta el otro extremo de la casa consigue representar de forma sucinta nuestras propias simpatías.

Como los resultados no son inmediatos, esperamos junto con la familia entera mientras el ordenador interno calibra la dimensión. Navidson capta esos segundos en 16 mm. Su Arriflex, previamente enfocada y en marcha, va rodando a veinticuatro fotogramas por segundo cómo Daisy y Chad permanecen sentados en sus camas al fondo, Hillary y Mallory están en primer plano cerca de Tom, y Karen y Audrie esperan a la derecha cerca de las estanterías recién construidas.

De pronto Navidson suelta un grito de júbilo. Parece que la discrepancia ha quedado eliminada por fin.

Tom se le asoma por encima del hombro.

—Adiós, señores milímetros.

—Una vez más —dice Navidson—. Una vez más. Solamente para aseguramos.

Por raro que parezca, una leve corriente de aire no para de cerrar una de las puertas del trastero. El efecto es extraño porque cada vez que se cierra la puerta perdemos de vista a los niños.

—Eh, ¿te importa poner algo ahí para que no se cierre? —le pregunta Navidson a su hermano.

Tom se vuelve hacia las estanterías de Karen y coge el libro más gordo que encuentra. Una novela. E igual que le pasó a Karen, el hecho de sacarla desencadena un efecto dominó inmediato. Esta vez, sin embargo, cuando los libros se caen los unos encima de los otros, los últimos no se detienen en la pared como antes, sino que caen al suelo, revelando por fin un palmo y medio entre el final de la estantería y el yeso.

A Tom no le llama la atención.
—Lo siento —murmura, y se agacha para recoger los libros desparramados.
Y es justo entonces cuando Karen suelta un chillido.

V

Raju agradeció la intrusión: por lo menos
aliviaba la soledad del lugar.

R. K. Narayan

Es imposible apreciar la importancia del espacio en *El expediente Navidson* sin tener en cuenta primero la relevancia de los ecos. Antes de iniciar un rápido examen de su presencia literal y temática en la película, sin embargo, hay que distinguir entre los ecos que reverberan en el seno de la palabra misma.

Hablando en términos generales, el eco tiene dos historias que coexisten en un mismo espacio: la mitológica y la científica.[42] Cada una de ellas nos da una perspectiva ligeramente distinta del significado inherente de la recurrencia, sobre todo cuando esa repetición es imperfecta.

Para ilustrar las múltiples resonancias que convergen en los ecos, los griegos se inventaron la historia de una hermosa ninfa de las montañas. Se llamaba Eco y cometió la equivocación de ayudar a Zeus en una de sus conquistas sexuales. Hera se enteró y la castigó, haciendo que le resultara imposible articular nada salvo las últimas palabras que alguien le acabara de decir. Poco después, Eco se enamoró de Narciso, cuya obsesión consigo mismo hizo que ella languideciera hasta que solamente quedó su voz. En otra versión menos conocida de este mito, Pan se enamora de Eco. La ninfa, sin embargo, rechaza sus ofrecimientos amorosos y Pan, que es el dios de la urbanidad y el comedimiento, la corta en pezazos y luego la entierra toda salvo la voz. *Adonta ta melé*. [43] En ambos casos, el amor insatisfecho resulta en la negación total del cuerpo de Eco y la negación casi completa de su voz.[44]

Pero Eco es una insurgente. Pese a las restricciones divinas que se le imponen, ella consigue subvertir el mandato de los dioses. Al fin y al cabo, sus repeticiones no tienen nada de digitales, son mucho más analógicas. Eco colorea las palabras con leves vestigios de tristeza (el mito de Narciso) o de acusación (el mito de Pan) que nunca están presentes en el original. Tal como Ovidio reconoció en sus *Metamorfosis*:

> Spreta latet silvis pudibundaque frondibus ora
> protegit et solis ex illo vivit in antris; sed tamen
> haeret amor crescitque dolore repulsae; extenuant
> vigiles Corpus miserabile curae adducitque
> cutem macies et in aera sucus corporis omnis

abit; vox tantum atque ossa supersunt: vox manet,
ossaferunt lapidis traxisse figuram. Inde latet
silvis nulloque in monte videtur, omnibus auditur:
sonus est, qui vivit in illa. [45]

Repetimos: su voz tiene vida. Posee una cualidad que no está presente en el original, revelando cómo una ninfa puede devolver una historia diferente y más cargada de significado, en lugar de repetir la misma historia.[46]

A su modo ofuscado, John Hollander le ha dado al mundo una hermosa y extraña reflexión sobre el amor y la añoranza. La lectura de su maravilloso diálogo sobre el eco[47] nos ayuda a imaginar a su autor plantado en medio de la acera, con una cascada de elucubraciones inundándole la mirada, ensayando con los labios un discurso ininteligible, inaudible para los numerosos estudiantes que pasan apresuradamente a su alrededor, reparan en su aspecto demente y lo esquivan juiciosamente para escaparse a la clase de algún otro profesor.[48]

Hollander empieza con un catálogo virtual de ecos literales: el latín *"decem iam annos aetatem trivi in Cicerone*", que produce el eco en griego: "*¡one!"* [49] o bien *"Musarum studia"* (latín) que el eco convierte en *"dia"* (griego). [50] O bien el rechazo de Narciso, *"Emoriar, quam sit tibi copia nostri"*, que Eco responde con *"sit tibí copia nostri"*. [51] En la página 4, incluso incluye un grabado del *Neue Hall —und Thonkunst* de Athanasius Kircher (Nórdlingen, 1684) que representa una máquina de ecos artificiales diseñada para cambiar *"clamore"* por cuatro ecos: *"amore", "more*", *"ore"* y *"re"* [52] Y tampoco se detiene ahí Hollander. Su librito insiste en dar más ejemplos de transfiguración textual, aunque a fin de evitar repetir el libro entero, deja que esta conmovedora conversación sirva de ejemplo final:

Chi dara fine al eran dolore?
L'ore. [53]

Aunque *The Figure of Echo* se deleita especialmente en los juegos de palabras ingeniosos, Hollander evita la tentación de limitar su examen a ellos. Puede que Eco viva en las metáforas, en los juegos de palabras y los sufijos —*solis ex illo vivit in antris*[54]—, pero su alcance se extiende mucho más allá de esos muros literales. Por ejemplo, el *bat kol* rabínico significa "hija de una voz", que en hebreo moderno sirve de equivalente aproximado a la palabra "eco". Milton lo sabía: "Dios lo mandó, y nos dejó ese Mandato / Unica Hija de Su voz".[55] También Wordsworth: "severa Hija de la Voz de Dios". Citando los *Mythomystes* de Henry Reynolds (1632), Hollander evidencia una apropiación religiosa del antiguo mito (página 16):

> Este *viento* es —tal como dice el antes mencionado Jámblico, con el acuerdo de sus colegas cabalistas— el Símbolo del Aliento de Dios; y Eco, el reflejo de ese aliento divino, o espíritu, en nosotros; o bien —tal como ellos lo interpretan— *la hija de la voz divina*; que merced al esplendor pródigo en belleza, que arroja y esparce a través del Alma, es justamente digna de ser reverenciada y adorada por nosotros. Este *Eco* que desciende sobre Narciso, o alma semejante que —impura y viciosamente afectada— desaíra y cierra los oídos a la voz Divina, o bien clausura su corazón a las Inspiraciones divinas, por el hecho de estar enamorado ya no de sí mismo, sino meramente de su propia sombra […] se vuelve de esta manera […] una criatura terrenal, débil e indigna, y un

meritorio sacrificio para nada más que el olvido eterno […]

De esta manera Eco asume el rol de mensajera de la divinidad, como un Mercurio femenino o tal vez incluso un Prometeo, provista de sandalias aladas, lámpara en mano y descendiendo sobre la humanidad afortunada.

En 1989, sin embargo, el reputado teólogo sureño Hanson Edwin Rose revisó esta lectura. En una serie de conferencias pronunciadas en Chapel Hill, Rose se refirió a la "Gran Declaración de Dios" como "el Big Bang más grande de todos". Después de discutir en profundidad la diferencia entre el vocablo hebreo *davhar* y el griego *logos*, Rose ofreció una meticulosa explicación de San Juan, capítulo 1, versículo 1: "En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios". Fue un ejercicio de virtuosismo, pero seguramente habría sido relegado a esos polvorientos estantes ya cargados de un millar de años de discursos incendiarios de no haber terminado resumiendo sus pensamientos con la siguiente conclusión incendiaria y todavía célebre: "Miren al cielo, mírense ustedes mismos y recuerden: no somos más que los ecos de Dios, y Dios es Narciso".[56]

La afirmación de Rose recuerda a otra meditación igualmente importante:

> "¿Por qué creó Dios un universo doble?
> Pues para poder decir:
> 'No seáis como yo. Yo soy único'.
> Y sus palabras fueran oídas."[57]

No hay ni tiempo ni espacio para tratar de forma adecuada la complejidad inherente a este pasaje, más allá del hecho de señalar que la voz es respondida —o recibe un eco figurativo— no con palabra alguna, sino con el mero entendimiento de que ha sido recibida, escuchada o bien, tal como declara el texto de forma explícita, "oída". Lo que el pasaje oculta, sin duda a propósito, es cómo se puede obtener semejante entendimiento.

Es interesante que, pese a todas sus maravillosas observaciones, *The Figure of Echo* contenga un error sorprendente, que impone una modulación poética propia sobre una voz emitida hace más de un siglo. Hablando del poema de Wordsworth "El poder del sonido", Hollander cita en la página 19 los versos siguientes:

> Ye Voices, and ye Shadows
> And Images of voice—to hound and hom
> From rocky steep and rock-bestudded meadows
> Flung back, and in the sky's blue *care* reborn —
>
> [Oh, voces y sombras
> e imágenes de la voz; tras resonar y retronar
> en abismos rocosos y praderas salpicadas de rocas
> sois devueltas, y renacéis al *amparo* azul del cielo.]
>
> [cursivas de énfasis añadidas]

Tal vez no sea más que un error tipográfico cometido por el editor. O tal vez el editor estaba

transcribiendo con diligencia un error cometido por el mismo Hollander, que no solamente es académico sino también poeta, y que en ese desliz que cambia una "r" por una "v" y hace desaparecer por arte de magia una "s" revela su propia versión del significado del eco. Un significado que Wordsworth no compartía. Véase el texto original:

> Ye Voices, and ye Shadows
> And Images of voice—to hound and horn
> From rocky steep and rock—bestudded meadows
> Flung back, and in the sky's blue *caves* reborn—[58]
>
> [Oh, voces y sombras
> e imágenes de la voz; tras resonar y retronar
> en abismos rocosos y praderas salpicadas de rocas
> sois devueltas, y renacéis en las azules *bóvedas* del cielo.]
>
> [cursivas de énfasis añadidas]

Aunque la poética de Wordsworth conserva las propiedades literales de Eco y permanece dentro de su jurisdicción canónica, la de Hollander encuentra algo más, no exactamente "religioso" —eso sería una hipérbole—, pero sí "compasivo", que a modo de eco de humanidad sugiere el más profundo retomo de todos.

Además de la recurrencia, la revisión y la referencia simbólica acorde, los ecos también revelan vacío. Como los objetos siempre amortiguan o impiden el reflejo acústico, solamente los lugares vacíos pueden crear ecos provistos de una claridad prolongada.

Irónicamente, la oquedad solamente intensifica la extrañeza de la alteridad inherente a todo eco. El retraso y la repetición fragmentada crean la sensación de que hay alguien más habitando un lugar necesariamente desierto. Resulta extraño, pues, que algo tan asombroso y foráneo al yo, incluso fantasmagórico en opinión de algunos, pueda al mismo tiempo proporcionar un poderoso consuelo: la garantía de que pese a que es imaginario y en el mejor de los casos un simple producto de la pared, ahí fuera sigue habiendo algo, algo que nos ayuda a posicionamos frente a la nada.

Hollander se equivoca cuando escribe en la página 55:

> El eco aparente de las palabras solitarias… [nos recuerda] que los ecos acústicos que se producen en los lugares vacíos pueden ser un emblema auditivo muy común, por mucho que recuerden a las novelas góticas, del aislamiento y a menudo de la soledad involuntaria. Éste es sin duda un caso de ecos naturales que se ajustan al rol más burlón que afirmador que tiene el eco en la mitografía. En un salón vacío que debería estar cómodamente habitado, los ecos de nuestros actos y movimientos se burlan de nuestra misma presencia en el espacio desocupado.

No es accidental que los coros que cantan salmos casi siempre se graben con abundante reverberación. La divinidad parece definida por el eco. Da igual que sean los niños cantores de Viena o un grupo de monjes los que canten en un CD de esos que ocupan las listas de más

vendidos: lo sagrado siempre parece habitar en la región de lo hueco. La razón de esto no es demasiado compleja. El eco, a la vez que implica un espacio enorme, también lo define, lo limita y hasta lo habita de forma temporal.

Cuando un guijarro cae en un pozo, resulta gratificante oír cómo se zambulle en el agua. Sin embargo, si el guijarro se limita a perderse en la oscuridad y desaparecer sin hacer ruido alguno, el efecto resulta inquietante. En el caso de un eco verbal, la palabra hablada actúa como el guijarro y la repetición consiguiente hace las veces de "zambullida". En este sentido, el habla puede constituir una forma de "visión".

Pese a todos sus méritos, el libro de Hollander únicamente dedica cinco páginas a la física en sí de los sonidos. Aunque éste no es el lugar para detenerse en las hermosas y complejas propiedades del reflejo acústico, a fin de comprender aunque sea vagamente la forma de la casa de Navidson, sigue siendo crucial reconocer cómo las leyes de la física en tándem con el legado mítico de Eco sirven para intensificar la fuerza interpretativa de los ecos.

La capacidad descriptiva de lo audible se puede designar fácilmente por medio de la siguiente fórmula:

⊙Sonido + Tiempo = Luz acústica

Tal como saben la mayoría de las personas versadas en los avances tecnológicos de este siglo, para determinar con exactitud una distancia lo que se hace es calcular la duración de un trayecto de ida y vuelta del sonido entre el objeto refractante y su punto de origen. Este principio sirve de base a todos los radares, sonares y ultrasonidos que usan a diario los controladores de tráfico aéreo, los pescadores o los ginecólogos del mundo entero. Por medio del sonido o las ondas electromagnéticas, se pueden producir señales visibles en una pantalla que indiquen la presencia de un 747, un banco de salmones o el todavía leve latido del corazón de un feto.

Por supuesto, la ecolocación nunca ha sido patrimonio exclusivo de la tecnología. Tanto los *Microchiroptera* (murciélagos), como los *Cetacean* (marsopas y ballenas dentadas), los *Delphinis delphis* (delfines) y hasta ciertos mamíferos (los zorros voladores) y aves (los guácharos) usan el sonido para crear imágenes acústicas extremadamente precisas. Sin embargo, a diferencia de sus equivalentes humanos, ni los murciélagos ni los delfines necesitan ninguna pantalla que les haga de intermediario para interpretar sus ecos. Simplemente ellos "ven" la forma del sonido.

Los murciélagos, por ejemplo, crean imágenes en frecuencia modulada [FM] a base de producir señales de frecuencia constante [entre 0,5 y más de 100 ms] y señales de FM [de entre 0,5 y 10 ms] con la laringe. A continuación la respuesta en forma de eco se traduce como descargas nerviosas sobre el córtex auditivo, permitiendo al murciélago no solamente determinar la velocidad y dirección de un insecto (por medio de la interpretación sináptica del efecto Doppler), sino también localizar su ubicación con una precisión que llega hasta las fracciones de milímetro.[59]

Tal como dijo Michael J. Buckingham a mediados de los ochenta, las imágenes generadas por el ojo humano no son activas ni pasivas. Al ojo no le hace falta producir una señal para ver, y al objeto tampoco le hace falta producir una señal para ser visto. Lo único que se requiere es que el objeto esté iluminado. Basándonos en estas observaciones, la fórmula de antes refleja un entendimiento más preciso de la visión gracias al siguiente refinamiento:

⊙ Sonido + Tiempo = Toque acústico

Como dijo Gloucester en voz baja: “Veo a tientas”.[60]

Por desgracia, los humanos no contamos con una infraestructura neuronal tan sofisticada como la de los murciélagos y las ballenas. Los ciegos tienen que guiarse por la escasa luz de las yemas de los dedos y por la dolorosa forma de una espinilla rota. Su ecolocación se reduce al tosco cálculo de las simples modulaciones del sonido, ya sea por medio de los golpes sordos de un bastón o del revoloteo grave y extraño de una mera palabra — tal vez dicha por ustedes— arrojada por pasillos vacíos ya muy pasada la medianoche.[61]

El estudio de la acústica arquitectónica se centra en el rico diálogo entre el sonido y el diseño de interiores. Piensen, por ejemplo, en cómo los espacios cerrados aumentan de forma natural la presión del sonido y elevan la frecuencia. Pese a la dificultad que entraña su cálculo, las frecuencias de resonancia, también conocidas como formas Eigen o frecuencias naturales, se pueden determinar con facilidad si uno tiene una sala perfectamente rectangular con las paredes duras y lisas. La siguiente fórmula describe las frecuencias de resonancia *f* para una sala con una longitud *L*, una anchura *W* y una altura *H*, donde la velocidad del sonido es igual a *c*:

$$f = {}^{c}/_{2}\left[({}^{n}/_{L})^2 + ({}^{m}/_{W})^2 + ({}^{p}/_{H})^2\right]^{1/2}\text{Hz}$$

Fíjense en que si L, W y H son todos igual a ∞, entonces *f* es igual a 0.

Junto con las frecuencias de resonancia, el estudio del sonido también tiene en cuenta la acústica de ondas, la acústica de rayos, la difusión y los niveles de presión en estados continuos, además de la absorción del sonido y su transmisión a través de las paredes. Un examen meticuloso de la dinámica vigente en la absorción del sonido revela cómo las ondas de sonido incidentes se convierten en energía. (En el caso de los materiales porosos, el entramado sub-superficial de intersticios convierte las ondas de sonido en calor.) Pese a todo, por encima de los detalles de los cambios de frecuencia y fluctuaciones de volumen —las leyes físicas de la “alteridad”—, lo más importante es la postergación del sonido.[62]

Yendo al grano, el oído humano no puede distinguir una onda de sonido original de esa misma onda de sonido si regresa en menos de 50 milisegundos. Eso implica que para que una reverberación sea audible tiene que existir una distancia mínima.

A 20 grados centígrados el sonido viaja aproximadamente a 350 metros por segundo.

La superficie reflectante tiene que estar por lo menos a 17,20 metros de distancia para que una persona detecte el desdoblamiento de su propia voz.[63]

En otras palabras, oír un eco, independientemente de si tienes los ojos abiertos o cerrados, equivale a haber “visto” ya un espacio considerable.

El mito convierte a Eco en objeto de añoranza y deseo. La física convierte a Eco en el objeto de la distancia y la organización. En lo tocante a la emoción y la razón, ambas afirmaciones son precisas.

Y allí donde no hay Eco no existe descripción del espacio ni del amor.

No hay más que silencio.[64]

Tal como revelan las cintas y películas, en el mes que sigue a la expansión de las paredes que encajaban las estanterías, Billy Reston lleva a cabo varios viajes a la casa en los que pese a todos sus esfuerzos en sentido contrario, continúa confirmando la desconcertante imposibilidad de una dimensión interior más grande que la exterior.

Navidson capta con habilidad la frustración mental de Reston, centrándose en los impedimentos físicos a los que su amigo tiene que enfrentarse en una casa que no ha sido diseñada pensando en los discapacitados. Como la zona en cuestión se encuentra en el dormitorio principal, Reston se ve obligado a llegar al piso de arriba cada vez que quiere inspeccionar la zona.

En su primera visita, Tom se ofrece voluntario para subirlo en brazos.

—No será necesario —gruñe Reston, bajándose sin esfuerzo de su silla y reptando hasta la segunda planta con la única ayuda de los brazos.

—Llevas un par de pistolas ahí, ¿eh, socio?

El ingeniero solamente resuella un poco.

—Lástima que te hayas olvidado la silla —añade Tom en tono cáustico.

Reston lo mira con incredulidad, un poco sorprendido y tal vez hasta un poco escandalizado, y de pronto se echa a reír.

—Anda, vete a tomar por el culo.

Al final es Navidson quien termina cargando con la silla de ruedas hasta arriba.[65]

Pese a todo, no importa cuántas veces Reston vaya en silla de ruedas desde el dormitorio de los niños hasta el dormitorio principal, ni con cuánta meticulosidad examine el extraño armario trastero, las estanterías ni los diversos instrumentos que Tom y Will han estado usando para medir la casa: no encuentra ninguna explicación razonable para lo que él no deja de denominar “una maldita violación espacial”.

Ya es junio —tal como indica la fecha de la cinta Hi 8— y el problema sigue sin resolverse. Tom, sin embargo, se da cuenta de que ya no puede quedarse más y le pide a Reston que lo lleve a Charlottesville, desde donde él puede ir por su cuenta hasta el Aeropuerto Dulles.

Es una mañana luminosa de verano cuando vemos salir a Tom de la casa. Le da a Karen un breve beso de despedida y a continuación se arrodilla para entregarles a Chad y a Daisy un par de pistolas de dardos de color amarillo fosforescente.

—Recordad, niños —les dice en tono grave—. No os disparéis el uno al otro. Apuntad siempre a cosas que se rompan y sean caras.

Navidson le da a su hermano un largo abrazo.

—Te echaré de menos, tío.

—Tienes teléfono —dice Tom con una sonrisa.

—Y hasta suena — añade Navidson sin vacilar.

Aunque está claro que el tono de su conversación es jocoso y hasta tal vez un poco combativo,

lo que más importa aquí es lo que no se dice. El hecho de que Tom se haya ruborizado de golpe. O el hecho de que Navidson se ponga rápidamente a frotarse los ojos. Está claro que el plano larguísimo en el que Tom echa su macuto en la parte de atrás de la furgoneta de Reston y se despide de la cámara nos revela cuánto afecto siente Navidson por su hermano.

Por extraño que resulte, después de la partida de Tom, la comunicación entre Navidson y Karen empieza a deteriorarse de forma imparable.

Un silencio desacostumbrado desciende sobre la casa.

Karen se niega a hablar de la anomalía. Hace café, llama a su madre a Nueva York, prepara más café y lee los anuncios clasificados para ponerse al día sobre el mercado inmobiliario.

Frustrado por el hecho de que ella no quiera hablar de las implicaciones de su extraña vivienda, Navidson se retira al estudio de la planta baja para revisar fotografías y cintas, y hasta —tal como revelan unos cuantos fotogramas— compilar una lista de posibles expertos, agencias gubernamentales, periódicos, revistas y programas de televisión que puedan estar interesados en el asunto.

Por lo menos él y Karen están de acuerdo en una cosa: ninguno de los dos quiere que los niños estén en la casa. Por desgracia, como ni Chad ni Daisy han tenido ninguna oportunidad real de hacer amigos todavía en Virginia, se limitan a jugar solos, a corretear por el jardín, gritar, chillar y pincharse entre ellos con los dardos hasta que terminan alejándose cada vez más por el vecindario y durante lapsos de tiempo cada vez más largos.

Ni Karen ni Navidson parecen darse cuenta.

Pero la alienación de sus hijos por fin se les hace evidente a los dos una noche de mediados de julio.

Karen está en el piso de arriba, sentada en la cama y jugando con una baraja de tarot. Navidson está en su estudio de la planta baja, examinando varias diapositivas que le acaban de llegar del laboratorio de revelado. Por la tele están pasando la noticia de la anulación de la sentencia de prisión para Oliver North. De fondo oímos a Chad y a Daisy hablando a gritos, atravesando la casa con sus voces y amenazando con convertir en cualquier momento la música tensa de sus juegos en una pelea.

Por medio de un soberbio montaje cruzado, Navidson muestra cómo él y Karen reaccionan en el mismo momento. Karen saca otra carta del mazo, pero en lugar de añadirla a la cruz que está formando lentamente delante de sus piernas cruzadas, deja la imagen esotérica suspendida en el aire e invisible, paralizada entre sus dedos, mientras ella ya mira para otro lado, concentrada en un ruido, un ruido nuevo, casi demasiado lejano para oírlo, y sin embargo lo oye. Navidson está mucho más cerca. Los gritos de sus hijos le dicen de forma inmediata que se encuentran en territorio prohibido.

Karen acaba de empezar a bajar las escaleras y ya está llamando a Chad y a Daisy, con agitación y pánico crecientes, cuando Navidson sale como una bala de su estudio y echa a correr hacia la sala de estar.

Ya es imposible no sentir la implicación aterradora de los chillidos de sus hijos. No hay ninguna habitación en la casa que mida más de siete u ocho metros, ya no digamos quince, ni mucho menos 17,20 metros, y sin embargo las voces de Chad y Daisy tienen ecos, cada uno de los

cuales les devuelve una respuesta completamente distinta.

En la sala de estar, Navidson descubre que los ecos emanan de un pasillo oscuro y sin puertas que ha aparecido de la nada en medio de la pared oeste.[66] Sin dudarlo, Navidson se mete detrás de ellos. Por desgracia, la Hi 8 de la sala de estar no puede seguirlo, ni de hecho tampoco Karen. Ella se queda petrificada en la puerta, incapaz de forzarse a sí misma a penetrar en la oscuridad, en dirección al leve parpadeo de luz que se ve en el interior. Por fortuna, no tiene que esperar mucho. Navidson no tarda en reaparecer con Chad y Daisy cogidos uno en cada brazo, los dos todavía llevando sendas velas de fabricación casera en las manos y con las caras iluminadas como si fueran duendecillos en una noche de invierno.

Esta es la primera señal que vemos de la discapacidad crónica de Karen. Hasta ahora no ha habido ni la más mínima indicación de que sufra una claustrofobia severa. Para cuando Navidson y los dos niños ya se encuentran a salvo en la sala de estar, Karen está empapada de sudor. Ella los abraza como si acabaran de evitar por muy poco un destino terrible, pese al hecho de que ni Chad ni Daisy parecen particularmente asustados por su pequeña aventura. De hecho, quieren volver a entrar. Tal vez debido a la ansiedad evidente de Karen, Navidson acepta convertir en territorio prohibido, por lo menos de forma temporal, este nuevo añadido a su casa.

Karen se pasa el resto de la noche agarrando con fuerza a Navidson. Hasta cuando por fin se acuestan, ella sigue cogiéndole la mano.

—Navy, prométeme que no volverás a entrar ahí.

—A ver si sigue estando por la mañana.

—Seguirá estando.

Ella le apoya la cabeza en el pecho y rompe a llorar.

—Te quiero mucho. Prométemelo, por favor. Por favor.

Ya sea por el rubor del terror que no ha abandonado las mejillas de Karen o bien por su necesidad absoluta de él, tan distinta a su actitud frecuentemente altiva, Navidson la toma en brazos como si fuera una niña y se lo promete.

Desde el estreno de *El expediente Navidson*, Virginia Posah ha escrito abundante material sobre los años de adolescencia de Karen Green. El breve trabajo de Posah titulado *El pozo de los deseos* (Harvard University Press, Cambridge, Massa— chusetts, 1996), constituye una de las pocas obras que, pese a basarse en la experiencia de los Navidson, consigue sostenerse por méritos propios independientemente de la película.

Además de un fondo de lecturas excepcional que abarca desde Kate Chopin a Sylvia Plath, Toni Morrison, el *Autobiography of a Schizophrenic Girl: The True Story of "Renee*", los libros de Weetzie Bat de Francesca Block, el *Reviving Ophelia* de Mary Pipher y, el más importante de todos, la obra capital de Carol Gilligan, *In a Dijferent Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Posah ha invertido

centenares de horas en investigar los años de juventud de Karen Green, analizando las fuerzas culturales que dan forma a su personalidad y finalmente desvelando una diferencia notable entre la niña que fue y la mujer en que se acabó con virtiendo. En su introducción (página xv), Posah ofrece el siguiente resumen:

> Cuando Diderot le dijo a la adolescente Sophie Volland: "Todas os morís a los

quince", podría haber estado hablando perfectamente con Karen Green, que efectivamente murió a esa edad.

Contemplar a Karen de niña es una experiencia casi tan fantasmagórica como la casa misma. Las viejas películas familiares captan su fervor atlético, sus sonrisas francas, ese espíritu de niña poco femenina que la impulsa a correr por las marismas de un estanque recientemente desecado. Es poco elegante, incluso algo torpe, pero casi nunca se cohíbe, ni siquiera cuando va cubierta de barro.

Sus antiguos profesores aseguran que a menudo expresaba el deseo de ser presidenta, física nuclear, cirujana o hasta jugadora profesional de hockey. Todas sus elecciones reflejan una confianza absoluta en sí misma: un rasgo notablemente saludable en una chica de trece años.

Además de tener un rendimiento soberbio en clase, sobresalía en las actividades extra académicas. Le encantaba planear fiestas sorpresa, participar en las obras de teatro de la escuela y hasta de vez en cuando enfrentarse al matón del colegio a puñetazo limpio. Karen Green era una chica exuberante, batalladora, encantadora, independiente, dulce y, por encima de todo, una chica que no tenía miedo de nada.

Para cuando cumplió quince años, sin embargo, ya no quedaba nada de todo eso. Casi nunca hablaba en clase. Se negaba a participar en ninguno de los eventos de la escuela y en lugar de hablar de sus sentimientos se quitaba el mundo de encima con una sonrisa dura y perfectamente ensayada.

Al parecer —si hay que creer a su hermana—, Karen se pasó todas las noches de su decimocuarto año componiendo aquella sonrisa delante de un espejo con mango de plástico azul. Lo trágico es que su creación terminó siendo inmaculada y, aunque su estado cercano a la afonía tendría que haber alertado a cualquier profesor u orientador académico con experiencia, le fue concedido invariablemente el pírrico premio a la popularidad en el instituto.

Aunque Posah continúa discutiendo los aspectos culturales y consecuencias de esta belleza, todos estos detalles resultan tremendamente inquietantes, sobre todo a la luz del hecho de que en la película apenas se habla de su historia.

Teniendo en cuenta la amplia cobertura que lleva a cabo *El expediente Navidson*, resulta perturbador descubrir una omisión tan llamativa. Pese a la enorme cantidad de películas caseras disponibles, por alguna razón las calamidades del pasado brillan por su ausencia. Está claro que la vida personal de Karen, por no decir nada de la suya misma, le causan demasiada ansiedad a Navidson como para ofrecer ningún retrato particularmente bueno de ninguna de ellas en la película. En lugar de

detenerse en la patología de la claustrofobia de Karen, Navidson prefiere centrarse estrictamente en la casa.[67]

Por supuesto, a la mañana siguiente Karen ya ha moldeado su desesperación hasta convertirla en su familiar pose de indiferencia.

Cuando descubren que el pasillo no ha desaparecido, ella finge que no le importa. Se queda de brazos cruzados, y ni se aferra a la mano de Navidson ni acaricia a sus hijos.

Se distancia de su familia a base de no decir apenas nada, al tiempo que usa su sonrisa para

mantener una apariencia de participación.

Virginia Posah tiene razón. La sonrisa de Karen es trágica porque, pese a lo que significa, consigue mantenerse absolutamente preciosa.

La versión de **El pasillo de los cinco minutos y medio** que aparece en *El expediente Navidson* difiere ligeramente de la copia pirata que apareció en 1990. Para empezar, además del plano continuo de circunvalación, una selección más amplia de planos confiere a la secuencia una cobertura mucho más exhaustiva y fluida. La otra diferencia es que ahora el pasillo se ha encogido. En la copia en VHS era imposible verlo porque no había nada con qué compararlo. Ahora, sin embargo, resulta perfectamente claro que el mismo pasillo que la noche anterior tenía dieciocho metros de profundidad ahora mide menos de tres.

El contexto también altera de forma significativa "El pasillo de los cinco minutos y medio". Ahora que tenemos más idea de cómo los Navidson y sus amigos interactúan con la casa, todo el tortuoso enigma adquiere mucha más profundidad. Sus personalidades lo impregnan todo, y de repente, tras un corte abrupto que trae de vuelta a Tom de Massachusetts y a Billy Reston de Charlottesville, ya volvemos a ver al profesor de la UVA con su silla de ruedas por la periferia del ángulo, incapaz de apartar la vista del extraño pasillo a oscuras.

A diferencia de *La dimensión desconocida*, sin embargo, o de alguna de esas series de televisión parecidas en las que la explicación llega de forma rápida y clara (p. ej.:¡Está claro que esta puerta da a otra dimensión! O: ¡He aquí un pasadizo a otro mundo, con instrucciones!), el pasillo no ofrece respuestas. El monolito de *2001* parece ser su análogo cinematográfico más adecuado, incontrovertiblemente presente pero virtualmente inmune a las interpretaciones.[68] El pasillo es parecido en el sentido de que sigue sin tener significado alguno, aunque está más que claro que sí tiene efectos. Cuando Navidson amenaza con volver a entrar en él para examinarlo mejor, Karen repite su anterior súplica y orden, elevando de golpe y abruptamente el tono de voz.

La tensión que sigue no es transitoria.

Navidson siempre ha sido un aventurero, dispuesto a arriesgar su integridad personal en nombre de los logros. Karen, por otro lado, sigue siendo la portaestandarte de la responsabilidad y se opone rotundamente a cualquier riesgo, sobre todo a aquellos que puedan poner en peligro a su familia o la felicidad de ella. Tom también se aparta instintivamente del peligro y prefiere transferirle los problemas a los demás, si es posible a un agente de policía, bombero o algún otro funcionario a sueldo del Estado. Sin hacer ruido alguno ni moverse, únicamente por medio de su presencia, el pasillo abre una grave brecha en la casa de los Navidson.

Bazine Naodook sugiere que el pasillo exuda una "fuerza generadora de conflictos": "Esas paredes fuliginosas que irradian maldad empujan a Karen y a Will a esa pelea absurda".[69] El argumento de Naodook revela una mentalidad más bien tediosa. A fin de explicar toda la malevolencia, siente la necesidad de inventar una "fuerza oscura" inexistente, en lugar de reconocer simplemente la influencia peligrosa que lo desconocido ejerce sobre todo el mundo.

Pasan un par de semanas. Karen cavila en privado sobre la experiencia pero apenas dice nada. La única indicación de que el pasillo se ha infiltrado de alguna manera en sus pensamientos es el hecho de que empieza a interesarle el Feng Shui. En la película podemos distinguir varios libros desperdigados por la casa, entre ellos *The Elements of Feng Shui* de Kwok Man-Ho y Joanne O'Brien (Element Books, Shaftesbury, 1991), *Feng Shui Handbook: A Practical Guide to*

Chínese Geomancy and Environmental Harmony de Derek Walters (Aquarian Press, 1991), *Interior Design with Feng Shui* de Sarah Rosbach (Rider, Londres, 1987) y *The I-Ching or Book ofChanges, 3rd Edition*, traducido por Richard Wilhelm (Routledge & Kegan Paul, 1968).

Hay un momento particularmente tierno en que Chad está sentado con su madre en la cocina. Ella está ocupada determinando el número Kua (un cálculo basado en el año de nacimiento) de todos los miembros de la familia, mientras que él se está preparando meticulosamente un bocadillo de mantequilla de cacahuete con miel.

—Mamá —dice Chad en voz baja al cabo de un momento.

—¿Mmm?

—¿Cómo me hago presidente cuando sea mayor?

Karen levanta la vista de su cuaderno. De forma inesperada, y con una pregunta tan simple, su hijo ha conseguido conmoverla.

—Tienes que estudiar mucho en la escuela y ser persistente, así podrás ser lo que quieras.

Chad sonríe.

—Cuando sea presidente, ¿te puedo poner a ti de vicepresidenta?

A Karen le sale un brillo de afecto en los ojos. Deja a un lado su estudio del Feng Shui, coge a Chad y le planta un beso bien grande en la frente.

—¿Por qué no Secretaria de Defensa?

Mientras todo esto tiene lugar, Tom se paga el hospedaje instalando una puerta que impida el acceso al pasillo. Al principio le pone un marco de madera usando algunas de las herramientas que se ha traído de Lowell y otras que ha alquilado en la ferretería local. Luego cuelga una puerta sencilla con revestimiento de acero galvanizado con baño de zinc de medio centímetro de grosor y con una tasa de rendimiento acústico ASTM E413-70T-STC 28. Para acabar de rematarlo, le pone cuatro cerrojos Schlage y adjudica códigos de color a las cuatro llaves distintas: rojo, amarillo, verde y azul.

Daisy le hace compañía un rato, aunque no está claro qué la fascina más: Tom o el pasillo. En un momento dado se acerca al umbral y suelta un chillidito, pero no arranca ningún eco del estrecho pasillo.

Tom parece visiblemente aliviado cuando por fin cierra la puerta y pasa los cuatro cerrojos. Por desgracia, mientras le da la vuelta a la última llave, el ruido que la acompaña tiene un timbre familiar. Coge la llaev roja y vuelve a probarla. Cuando el cerrojo rebota en la placa de acero, el repiqueteo resultante crea un eco inesperado y nada halagüeño.

Despacio, Tom abre la puerta y mira al otro lado.

De alguna manera, y por la razón que sea, la cosa ha vuelto a crecer.

De tanto en tanto, Navidson abre él también la puerta y contempla el pasillo, a veces usando una linterna y a veces limitándose a examinar la oscuridad en sí.

—¿Qué se puede hacer con esto? —le pregunta una noche Navidson a su hermano.

—Mudaros —responde Tom.

Es triste, pero incluso cuando la oscuridad antinatural ha quedado recluida al otro lado de una puerta de acero, Karen y Navidson siguen sin hablarse apenas, con unos sentimientos que al

parecer les cuesta tanto gestionar como el significado del pasillo mismo.

Chad acompaña a su madre a la ciudad para adquirir varios objetos de Feng Shui que supuestamente tienen que alterar la energía de la vivienda; entretanto, Navidson se dedica a caminar de habitación en habitación de la casa seguido por Daisy, hablando vehementemente por teléfono con Reston, intentando encontrar una forma factible y accesible de investigar ese fenómeno que acecha en su sala de estar, hasta que por fin, en pleno ajetreo, se sube a su hija a hombros. Por desgracia, en cuanto Karen regresa, Navidson vuelve a dejar a Daisy en el suelo y se retira al estudio para continuar su discusión a solas.

Como le cuesta aguantar las tensiones domésticas de la familia, Tom se escapa al garaje, donde trabaja un rato en una casa de muñecas que ha empezado a construirle a Daisy;[70] más tarde hace una pausa y sale al jardín para fumarse un canuto y calentarse bajo el sol, caminando premeditadamente alrededor del trozo de césped que a todos los efectos debería ocupar el pasillo. Chad y Daisy no tardan mucho en acercarse con sigilo a ese enorme oso que ronca debajo de un árbol, y aunque se dedican a atarle los cordones de los zapatos juntos y a hacerle cosquillas en la nariz con briznas de hierba, o bien a usar un espejo para mandarle un haz de luz del sol a la nariz, Tom nunca pierde la paciencia. Hasta parece que le gustan sus travesuras; gruñe, bosteza, les sigue el juego y les hace sendas presas de cuello; Chad y Daisy reaccionan con risotadas histéricas, y por fin los tres llegan al crepúsculo agotados y medio dormidos.

Teniendo en cuenta lo compleja que es la relación de Karen y Navidson, es una suerte que nuestro entendimiento de sus problemas no dependa únicamente de la interpretación. Algunos de sus puntos de vista y sentimientos respectivos se nos revelan en las grabaciones de sus diarios en vídeo.

—Sexo, sexo y sexo —susurra Karen a su cámara—. Cuando llegamos aquí fue como al principio de conocemos. Los niños salían y nos poníamos a follar en la cocina, en la ducha. Hasta en el garaje lo hacíamos. Pero desde que apareció el trastero ese, no puedo. No sé por qué. Me produce terror.

Hablando del mismo asunto, Navidson transmite un punto de vista parecido.

—Cuando nos mudamos aquí, Karen era como una universitaria. En cualquier momento y en cualquier lugar. Ahora de repente no quiere que la toque. Si la beso, prácticamente se me echa a llorar. Y todo empezó cuando volvimos de Seattle.[71]

Pero su distanciamiento no es solamente físico.

Karen de nuevo;

—¿Es que no ve que me niego a que se meta ahí porque le quiero? No hay que ser un genio para darse cuenta de que en ese sitio hay algo muy malvado. ¿Es que no lo ves, Navy?

Navidson:

—Lo único que deseo es entrar ahí, pero ella está empeñada en que no lo haga, y la quiero tanto, de manera que no lo haré, pero en fin, es que esto me está matando. Tal vez es porque sé que lo único que cuenta aquí es ella, sus miedos y sus ansiedades. Ni siquiera se ha planteado qué es lo que me importa a mí.

Hasta que por fin la falta de intimidad física y entendimiento emocional los lleva a plantear sendos ultimátums en privado.

Karen:

—Pero una cosa sí que digo: como se meta ahí, me voy. Y me llevo a los niños.

Navidson:

—Si ella sigue haciéndose la frígida, está claro que pienso entrar.

Luego, una noche de principios de agosto,____[72] y el igualmente famoso____ van a cenar a la casa. Es una coincidencia total que los dos estén en Washington al mismo tiempo, pero a ninguno de ellos parece molestarle la presencia del otro. Como dice____, "cualquier amigo de Navy es amigo mío". Navidson y Karen los conocen a ambos desde hace muchos años, de manera que la velada es animada y abunda en anécdotas divertidas. Está claro que Karen y Navidson agradecen la oportunidad de rememorar un poco los buenos tiempos en los que las cosas parecían menos complicadas.

Tal vez un poco fascinado por verse en presencia de gente famosa, Tom apenas habla. No faltan oportunidades para beber una copa de vino y sin embargo él se muestra capaz de no probar más que el agua, aunque sí se excusa una vez de la mesa

para fumar un canuto fuera. (Para enorme sorpresa y alegría de Tom,____ va con él.)

A medida que avanza la velada,____ se mete un poco con Navidson por haberse vuelto un hombre casero:

—¿Se acabó el loco de Navy, pues? ¿Ya quedaron atrás aquellos tiempos? Me acuerdo de que te pasabas toda la noche de fiesta, toda la mañana haciendo fotos y luego el resto del día revelando la película; si hacía falta dentro de un armario, sin nada más que un balde y una bombilla. Me apuesto a que aquí ni siquiera tienes cuarto oscuro.

El comentario crispa un poco a Navidson.

—Ven, mira,____, ¿quieres ver un cuarto oscuro? Yo te enseño un cuarto oscuro.

—¡No te atrevas, Navy! —grita Karen de inmediato.

—Venga, Karen, que son nuestros amigos —dice Navidson, llevando a las dos celebridades a la sala de estar, donde les pide que miren por la ventana y vean por sí mismos que en el jardín no hay nada raro. Cuando se ha asegurado de que ellos entienden que al otro lado de la pared no puede haber nada más que árboles y hierba, saca las cuatro llaves de colores que hay escondidas en el antiguo yelmo del vestíbulo. Todo el mundo está bastante achispado y el ambiente general es tan amigable y tranquilo que parece imposible que algo pueda trastornarlo. Pero por supuesto, todo cambia cuando Navidson abre la puerta y les deja ver el pasillo.

____ echa un solo vistazo al recinto oscuro y se retira a la cocina. Diez minutos más tarde____ se ha marchado. ____ se acerca al umbral, enfoca las paredes y el suelo con la linterna y se retira al cuarto de baño. Un poco más tarde____ también se ha marchado.

Karen está tan furiosa por el incidente que manda a Navidson a dormir al sofá con su "querido pasillo".

Como cabía esperar, Navidson no puede dormir.

Se pasa una hora dando vueltas hasta que por fin se levanta y va en busca de su cámara.

Vemos un intertítulo que dice: **Exploración A.**

El reloj de la pantalla de la cámara de Navidson indica que son exactamente las 3:19 de la noche.

—Llamadme impetuoso, o curioso sin más —lo oímos murmurar mientras enfunda los pies

doloridos en unas botas—. Pero un simple vistazo no va a hacer daño a nadie.

Sin más ceremonia, abre la puerta y entra, llevando únicamente una Hi 8, una linterna MagLite y su Nikon de 35 mm. Los comentarios que nos proporciona son muy escuetos:

—Hace frío. ¡Caray, qué frío! Las paredes son oscuras. Se parecen al trastero del piso de arriba. —Al cabo de unos segundos llega al final. El pasillo debe de tener poco más de veinte metros de largo—. Ya está. No hay nada. Vaya cosa. Y por esto nos hemos estado peleando Karen y yo. —Pero cuando Navidson se vuelve, se encuentra a la derecha una entrada nueva. Que no estaba hace un momento.

—¡Jodeeer…!

Navidson enfoca con cuidado su linterna en dirección a esta nueva oscuridad y descubre un pasillo todavía más largo.

—Éste debe de medir… Al menos treinta metros.

Al cabo de unos segundos se encuentra con otro pasillo todavía más grande que sale a la izquierda. Debe de tener cinco metros de ancho y más de tres metros de altura. La longitud de éste, sin embargo, es imposible de calcular, porque la linterna de Navidson no consigue disipar la oscuridad que se extiende ante ella y su luz muere mucho antes de encontrar ningún final concreto.

Navidson sigue adelante, adentrándose más y más en la casa, dejando atrás toda una serie de entradas que dan a pasillos o cámaras alternos.

—Aquí hay una puerta. Sin cerradura. Hum… Una habitación, no muy grande. Vacía. Sin ventanas. Sin interruptores. Sin enchufes. Me vuelvo al pasillo. Salgo de la habitación. Parece que ahora hace más frío. Tal vez soy yo. Aquí hay otra puerta. No está cerrada con llave. Otra habitación. Tampoco hay ventanas. Sigo adelante.

El haz de la linterna y la cámara recorren el techo y el suelo en armonía aproximada, infiltrándose en habitaciones pequeñas, nichos o espacios que recuerdan a armarios, aunque dentro no hay camisas colgadas. Pese a todo, no importa lo mucho que Navidson avance por este pasillo en concreto: la luz de su linterna nunca se acerca ni siquiera a tocar el punto y final que prometen las líneas de perspectiva convergentes, sino que se limita a deslizarse más y más y más allá, revelando un espacio tras otro, un flujo constante de rincones y paredes, todas ellas ilegibles y completamente lisas.

Por fin Navidson se detiene delante de una entrada mucho más grande que las demás. El umbral traza un arco muy por encima de su cabeza y se abre a una negrura inmaculada. Su linterna encuentra el suelo pero no las paredes, y, por primera vez, tampoco el techo.

Llegados a este punto, empezamos a entender lo grande que la casa de Navidson es realmente.

Aquí hay que señalar algo sobre el pulso de Navidson. En todo el material que filma él en persona, casi nunca hay ni un temblor ni un estremecimiento ni una sacudida, ni siquiera un caso de encuadre malo. Su cámara, independientemente de las circunstancias, consigue captar el mundo —aunque sea este mundo— con un pulso notable y también con una sensibilidad estética de lo más refinada.

Las comparaciones resaltan inmediatamente los méritos de Navidson. La cinta de Holloway Roberts es prácticamente imposible de ver: encuadres torcidos, planos desenfocados, temblores, una iluminación nefasta y al final nada en absoluto cuando se enfrenta con el peligro. Con las cintas de Karen y Tom pasa algo parecido: reflejan su falta de experiencia y solamente resultan

relevantes por su contenido. Solamente las imágenes que registra Navidson captan la alteridad inherente al lugar. Es innegable que la experiencia de Navidson en el fotoperiodismo le concede ventaja sobre los demás cuando se centra en algo que no sólo resulta amenazador, sino también aterrador. Pero por supuesto, hay algo más que el simple coraje necesario para quedarse plantado y enfocar. También muestra el coraje necesario para enfrentarse a su objeto y darle forma de una manera extremadamente original.[73]

Cuando Navidson da su primer paso bajo el arco inmenso, de pronto se encuentra lejísimos de la cálida luz de la sala de estar. De hecho, su forma de adentrarse ahí evoca esa extraña fe que entra en juego cuando uno explora las profundidades marinas, sin que el haz de su linterna arañe nada más que una oscuridad sin cambios.

Navidson concentra su atención en el suelo que tiene delante, y sin duda por el hecho de que no deja de mirar hacia abajo, el suelo empieza a asumir un nuevo significado. Ya no se le puede dejar de prestar atención. Tal vez haya algo debajo. Tal vez vaya a abrirse en él una enorme fisura.

De pronto, el silencio inmutable acude en tromba para reemplazar el sonido que lo acaba de trastornar momentáneamente.

Navidson se queda petrificado, sin saber a ciencia cierta si acaba de oír un gruñido o no.

—Será mejor que encuentre el camino de vuelta —susurra por fin, y aunque lo más seguro es que lo murmure únicamente en broma, su propio comentario le pilla con la guardia baja.

Navidson se da la vuelta a toda prisa. Para gran horror suyo, ya no puede ver el arco, mucho menos la pared. Se ha alejado demasiado para encontrarlo con la linterna. De hecho, da igual adonde enfoque con su linterna, lo único que percibe es oscuridad azabache. Y lo que es peor, el giro que ha dado presa del pánico y la consiguiente ausencia de puntos de referencia hacen que le sea imposible recordar de qué dirección acaba de venir.

—Oh, Dios —suelta de golpe, creando extrañas repeticiones a lo lejos.

Se vuelve a dar la vuelta.

—¡Eh! —grita, generando una infinidad de letras “e”; a continuación se gira cuarenta y cinco grados y grita: “¡Hostia!”. Pasa un momento largo de silencio antes de que el débil “tia” vuelva a él a través de la oscuridad. Al cabo de varios giros más, descubre que un fuerte grito de “tranquilo” le devuelve el kilo con un retraso mucho menor. Ésa es la dirección por la que se decanta, y en menos de un minuto el haz de su linterna encuentra algo más que oscuridad.

Apretando un poco el paso, Navidson llega a la pared y a la seguridad que percibe en ella. Ahora se le presenta otra decisión: izquierda o derecha. Esta vez,

antes de ir a ninguna parte, se saca del bolsillo un centavo y lo deja en el suelo a sus pies. Confiando en esa marca, avanza un rato hacia la izquierda. Cuando pasa un minuto sin encontrar la salida, regresa al centavo. A continuación avanza hacia la derecha y enseguida se encuentra con una salida, lo que pasa es que ésta, por lo que podemos ver, es mucho más pequeña y tiene una forma distinta a la que él ha usado para entrar. Decide seguir andando. Cuando pasa un minuto sin encontrar el arco, se detiene.

—Piensa, Navy, piensa —susurra para sí mismo, con la voz un poco impregnada de miedo.

Navidson da media vuelta rápidamente en dirección a la salida. Ahora, sin embargo, descubre que el centavo que ha dejado atrás, y que tendría que estar por lo menos a treinta metros de distancia, está justo delante de él. Y lo que es más extraño, la salida ya no es la misma: ahora es el arco que él estaba buscando.

Por desgracia, cuando pasa por debajo se da cuenta de lo drásticamente que ha cambiado todo. Ahora el pasillo es mucho más estrecho y termina enseguida en una bifurcación. No tiene ni idea de en qué dirección ir, y cuando un tercer gruñido reverbera por el lugar, esta vez considerablemente más fuerte, a Navidson le entra el pánico y echa a correr.

Su carrera, sin embargo, solamente dura unos segundos. Enseguida se da cuenta de que es un curso de acción inútil y hasta peligroso. Recobrando el aliento y haciendo lo que puede para calmar sus nervios crispados, intenta encontrar un plan mejor.

—¡Karen! —grita por fin, y una bandada de "aren" se ve engullida casi de inmediato delante de él—. ¡Tom! —prueba a continuación, aferrándose brevemente a los "om" mientras también ellos empiezan a desaparecer, aunque antes de que se esfumen por completo, Navidson detecta momentáneamente en el último "om" un tono ligeramente más agudo enmarañado con el suyo.

Espera un momento y, como no oye nada más, vuelve a gritar:

—¡Estoy aquí! —lo cual provoca una serie de "aquí' entrecortados que reverberan y se apagan, hasta que en el penúltimo instante, le llega un chillido brusco de respuesta, un chillido infantil, que lo llama y lo dirige hacia la derecha.

Gritando "estoy aquí' y siguiendo los "aquí' que rebotan de las paredes, Navidson empieza a avanzar lentamente por una serie increíblemente compleja y a menudo desorientadora de vueltas y recodos. Al final, después de desandar sus pasos varias veces y cometer numerosas equivocaciones, descendiendo ocasionalmente a territorios inquietantes de silencio, la voz empieza a oírse con mucha más nitidez, hasta que por fin Navidson dobla un recodo, seguro de haber encontrado la salida. Sin embargo, lo que se encuentra es más oscuridad y un silencio todavía más profundo. Se le acelera la respiración. No está seguro de por dónde avanzar. Y luego, de repente, camina hacia la derecha por un pasillo de techo bajo y descubre un corredor que termina en una luz amarilla y cálida, la luz de una lámpara, con una silueta diminuta plantada en la salida, guiando a su padre a casa con sus chillidos.

Navidson emerge a la seguridad de su sala de estar, coge en brazos inmediatamente a Daisy y le da un abrazo enorme.

—He tenido una pesadilla —dice ella, asintiendo con la cabeza con expresión muy seria.

Un poco como la Cascada de Hielo de Khumbu situada en la base del Monte Everest, cuyas columnas y simas de hielo cambian de forma inesperada a lo largo del día o de la noche, Navidson es el primero en descubrir que el lugar también parece cambiar constantemente. A diferencia de la Cascada de Hielo, sin embargo, en sus paredes no se ve ni la más minúscula de las fracturas. No hay absolutamente nada visible para el ojo humano que nos dé una explicación ni siquiera una evidencia de esos cambios aterradores que en cuestión de segundos pueden transformar un camino simple en otro extremadamente complicado.[74]

Después de volver a acostar a su hija, Navidson encuentra a Karen de pie en la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa? —murmura ella, medio dormida.

—Vuelve a dormirte. Daisy ha tenido una pesadilla.

Navidson empieza a bajar las escaleras.

—Lo siento, Navy —dice Karen en voz baja—. Siento haberme enfadado tanto. No es culpa tuya. Es que esa cosa me da mucho miedo. Vuelve a la cama.

Y tal como más tarde explican en sus respectivas grabaciones de vídeo, por primera vez en varias semanas vuelven a hacer el amor, y sus descripciones recorren todo el espectro que va de "agradable" y "reconfortante" hasta "familiar" y "muy satisfactorio". Sus cuerpos han reparado lo que las palabras no se atrevieron, y al menos durante un breve lapso vuelven a compartir una intimidad.

A la mañana siguiente, ya restaurada la armonía, Navidson no se atreve a contarle su visita a Karen. Por suerte, el hecho de casi haberse perdido dentro de su casa ha reducido de momento el apetito que sentía de explorar su oscuridad. Promete dejar la investigación inicial en manos de Billy Reston:

—Luego llamaremos al *New York Times*, a Larry King, a quien sea, y nos mudaremos a otro sitio. Y se acabó.

Karen responde a su oferta con besos, cogiéndole la mano, y una vez más cierta estabilidad regresa a sus vidas.

Pese a todo, el compromiso todavía dista de ser satisfactorio. Tal como graba Karen en su Hi 8:

—Le he dicho a Navy que me quedaré cuando echen el primer vistazo, pero también he llamado a mi madre. Quiero salir de aquí lo antes posible.

Navidson admite en su grabación lo siguiente:

—Me siento mal por mentir a Karen. Pero no me parece razonable que ella espere que yo no investigue. Ella sabe quién soy. Creo…

En ese momento se abre de repente la puerta del estudio y Daisy entra sin más preámbulos, con un vestido rojo y dorado, y se pone a tirarle de la manga a su padre.

—Ven a jugar conmigo, papá.

Navidson se sube a su hija en el regazo.

—Vale. ¿A qué quieres jugar?

—No lo sé —dice ella, encogiéndose de hombros—. A sillos.

—¿Qué son sillos?

Pero antes de que ella pueda contestar, él le empieza a hacer cosquillas en el cuello y Daisy se deshace en risotadas.

Pese a la cantidad tremenda de material que ha generado la Exploración A, nadie ha hecho comentario alguno sobre el juego al que Daisy quiere jugar con su padre, tal vez porque todo el mundo da por sentado que es un neologismo infantil inventado para designar algún juego privado.

Pero bien mirado, "asillos" puede ser una mala pronunciación de "pasillos".

Y también es su eco.

VI

[Los animales] carecen de identidad simbólica y de la conciencia de uno mismo que la acompaña. Se limitan a moverse y actuar de forma refleja tal como les dictan sus instintos. Si hacen una pausa, se trata únicamente de una pausa física; por dentro son anónimos, y ni siquiera sus caras tienen nombre. Viven en un mundo sin tiempo, que late, por así decirlo, en un estado de existencia mudo […] *Los animales están libres del conocimiento de la muerte, que es reflexivo y conceptual. Viven y desaparecen con la misma inconsciencia: unos pocos minutos de miedo, unos segundos de angustia, y todo se acaba. Pero vivir una vida entera con la premonición de la muerte visitándolo a uno en sueños y hasta en los días más soleados, eso es algo muy distinto.*

Ernest Becker

Mientras que el espacio pragmático de los animales es una función de sus instintos congénitos, el hombre no puede actuar sin antes averiguar qué orientación necesita.

Christian Norberg-Schulz

Cuando Hillary, el husky siberiano de pelaje gris, aparece al final de *El expediente Navidson*, ya no es un cachorro. Han pasado un par de años. En su mirada se ha aposentado algo que ya no deja nunca de estar alerta. Puede que se muestre juguetona con la gente que conoce, pero cada vez que se le acerca un desconocido, éste oye de forma invariable un gruñido que se eleva de las profundidades de su garganta, un poco como un trueno lejano, y que le avisa de que se aleje.[75]

Mallory, la gata atigrada, se esfuma por completo y no se hace mención alguna a lo que ha pasado con ella. Su desaparición jamás se explica.

De algo no cabe duda: la casa jugaba un papel muy pequeño en la vida de esos dos animales.

El incidente tiene lugar el 11 de agosto de 1990, una semana después de que Navidson lleve a cabo su exploración secreta del pasillo. Es sábado por la mañana y en el televisor de la cocina se oyen dibujos animados a todo volumen, Chad y Daisy se dedican a su desayuno y Karen está de pie fuera fumando un cigarrillo y hablando por teléfono con Audrie McCullogh, su cómplice en la construcción de la estantería. El tema del momento es el Feng Shui y todo lo que éste no ha conseguido:

—Da igual cuántas tortugas de cerámica, patos de madera, peces de colores, dragones

celestiales o leones de bronce meta en esta puta casa —se queja—. Sigue
emitiendo la misma energía espantosa. Necesito encontrar un médium. O un exorcista. O un agente inmobiliario que sea bueno de verdad.

Entretanto, en la sala de estar, Tom ayuda a Navidson a hacer unas fotos del pasillo usando luz estroboscópica.

De pronto, en algún lugar de la casa se oyen un fuerte gañido y un ladrido. Un momento más tarde Mallory entra chillando en la sala de estar mientras Hillary intenta morderle la cola. No es la primera vez que se enzarzan en esa misma rutina. La diferencia es que esta vez, después de subirse al sofá y saltar al otro lado, tanto el cachorro como el gato se meten directos en el pasillo y desaparecen en la oscuridad. Lo más seguro es que Navidson hubiera entrado detrás de ellos de no haber oído inmediatamente ladridos en el jardín, seguidos de los gritos de Karen acusándolo de dejar salir a los animales cuando ese día tenían que quedarse dentro.

—¿Qué coño? —oímos que murmura Navidson en voz alta.

Y efectivamente, Hillary y Mallory están en el jardín. Mallory subida a un árbol y Hillary aullando de orgullo por su hazaña.

Tratándose de algo tan sorprendente, resulta asombroso lo poco que se ha hablado de este episodio. Bemard Porch, en su tratado de cuatro mil páginas sobre *El expediente Navidson, no* dedica más que un tercio de frase al asunto: "… (es extraño que la casa no tolere la presencia de animales)".[76] Mary Widmunt nos deja con una simple y escueta pregunta: "¿Y qué pasa con las mascotas?".[77] Hasta el propio Navidson, pese a su condición de investigador consumado, jamás regresa a este asunto.

Quién sabe lo que habría descubierto de haberlo hecho.

Pese a todo, Holloway no tarda en llegar y cualquier revelación que se pudiera haber obtenido de analizar la extraña relación entre los animales y la casa es descartada en favor de la exploración humana.[78]

VII

Pero nada de todo aquello — la misteriosa senda interminable y angosta, la ausencia de sol en el cielo, el frío tremendo y lo extraño y grotesco que era todo— le causó impresión alguna al hombre. No era porque estuviera más que acostumbrado a ello. De hecho, era un recién llegado a aquella tierra, un chechaquo, y aquél era su primer invierno. Lo malo era que carecía de imaginación.

Jack London
"Encender un fuego"

Holloway Roberts llega armado con un rifle. De hecho, en el primer plano donde lo vemos está saliendo de una camioneta con un Weatherby 300 Magnum en las manos.

Hasta cuando no lleva armas, sin embargo, Holloway es un hombre que intimida. Es fornido y fuerte y tiene una gran barba y el ceño surcado de arrugas profundas. La insatisfacción es lo que lo motiva, y a los cuarenta y ocho años de edad sigue exigiéndose a sí mismo más que ningún hombre con la mitad de su edad. En consecuencia, cuando por fin se planta en el jardín de Navidson con los brazos cruzados y se queda escrutando la casa, con abejas volándole en tomo a las botas, parece menos un invitado que un conquistador español desembarcando en orillas desconocidas y preparándose para la guerra.

Nacido en Menomonie, Wisconsin, Holloway Roberts ha hecho carrera como cazador y explorador profesional. Tal como comentaba el periodista especializado en viajes Aramis García Pineda: "Tiene seguridad en sí mismo, es buen líder y anda sobrado de coraje puro y duro. En el pasado hay quien se ha resentido de su fuerza y su energía, pero la mayoría de quienes han trabajado con él se muestran de acuerdo en que la sensación de seguridad que uno tiene en su presencia —sobre todo en situaciones donde está en juego la vida— compensa los aspectos irritantes de su carácter".[79]

Cuando Navidson le contó a Reston que Karen le había prohibido de forma explícita explorar el pasillo —y presumiblemente le describió también los descubrimientos que había llevado a cabo durante la Exploración A—, la primera persona a la que Reston llamó fue Holloway.

Reston había conocido a Holloway cuatro años antes, en un simposio sobre equipamiento para expediciones árticas celebrado en la Northwestern University. Holloway fue uno de los oradores invitados en representación de los exploradores. No solamente expresó con claridad los problemas que planteaba el equipamiento actual, sino que también se centró en lo que hacía falta para corregir tales problemas. Enseguida nació entre ambos una especie de amistad.[80]

— Siempre me pareció que era sólido como una roca —dijo Reston mucho más tarde, en **La entrevista a Reston—**. Tú mira su currículo. Ni por un momento sospeché que fuera capaz de aquello.[81]

Resultó que nada más ver la cinta de "El pasillo de los cinco minutos y medio" que le había enviado Reston, Holloway se mostró más que dispuesto a tomar parte en una investigación.[82] En menos de una semana ya había llegado a la casa, junto con dos empleados suyos: Jed Leeder y Kirby "Wax" Hook.

Tal como averiguamos en *El expediente Navidson*, Jed Leeder vive en Seattle, aunque es originario de Vineland, Nueva Jersey. Iba camino de convertirse en camionero profesional cuando un trabajo de costa a costa lo llevó hasta Washington. Fue allí donde descubrió que la inmensidad agreste no era un simple mito sacado de una revista. Tenía veintisiete años cuando vio por primera vez la Cordillera de las Cascadas. No le hizo falta más que una sola mirada. Amor a primera vista. Dejó su trabajo sin perder un minuto y se puso a vender material de acampada. Seis años más tarde, sigue muy lejos de Vineland, y tal como podemos ver por nosotros mismos, su pasión por el Noroeste Pacífico y la inmensidad agreste solamente parece haberse intensificado.

Exacerbadamente tímido, casi hasta el punto de resultar frágil, Jed posee un asombroso sentido de la orientación y una resistencia notable. Hasta Holloway admite que lo más seguro es que Jed lo dejaría atrás en un ascenso sin mochilas. Cuando no está haciendo *trekking*, a Jed le encanta beber café, ver cómo cambia la marea y escuchar a Lyle Lovett con su prometida.

—Es de Texas —nos cuenta en voz muy baja—. Creo que es ahí donde nos vamos a casar.[83]

Wax Hook no puede ser más distinto. Con veintiséis años, es el miembro más joven del equipo de Holloway. Nacido en Aspen, Colorado, creció en las paredes de las montañas y en las cuevas verticales. Antes de caminar ya sabía dónde clavar un pitón y antes de hablar ya dominaba todo un vocabulario de nudos. Si existe alguien a quien se pueda calificar de prodigio de la escalada, ése es Wax. Para cuando dejó el instituto, ya había escalado más picos que la mayoría de los escaladores en toda su vida. En una grabación de vídeo, nos cuenta que tiene planeado llevar a cabo una ascensión en solitario de la cara norte del Everest.

—Y una cosa os digo: hay bastante gente que apuesta a que lo voy a conseguir.

Wax tenía sólo veintitrés años cuando Holloway lo contrató como guía. Los tres años siguientes se los ha pasado ayudando a Holloway y a Jed a guiar a equipos a la cima del monte McKinley, a las profundidades de la cueva de Ellison, en Georgia, o por algún valle del Nepal. Su paga no era gran cosa, pero la experiencia adquirida sí resultaba valiosísima.

A veces Wax se descontrola un poco. Le gusta beber, follar y sobre todo jactarse de lo mucho que bebe y lo mucho que folla. De la escalada, en cambio, no se jacta nunca. La bebida y las mujeres son una cosa, pero "una pared de roca siempre es mejor que tú, y si terminas el ascenso vivo siempre has de dar gracias por que la cosa haya ido bien".[84]

—Esto tiene que ser lo más raro que he hecho, sin embargo —le cuenta Wax más tarde a Navidson, justo antes de emprender su primera incursión en el pasillo—. Cuando Holloway me preguntó si me apetecía explorar una casa, pensé que estaba

chiflado. Pero haga lo que haga Holloway, a mí me interesa, de manera que acepté, ¡aunque está claro que esto es lo más *raro* que he hecho!

El día en que Holloway y su equipo llegan a Ash Tree Lane, Navidson y Tom salen a

recibirlos a la entrada. Karen los saluda brevemente y se marcha a recoger a los niños a la escuela. Reston hace las presentaciones necesarias y, en cuanto todo el mundo está reunido en la sala de estar, Navidson se pone a explicarles lo que sabe del pasillo.

Les enseña un mapa que ha dibujado basándose en su primera incursión. Resulta elocuente que a Tom no le sorprenda. Mientras Navidson hace lo que puede para transmitir a todo el mundo los peligros que plantea la tremenda envergadura del lugar, además de la necesidad de registrar con detalle hasta el último tramo de la exploración, Tom se dedica a repartir fotocopias del diagrama de su hermano.

A Jed le cuesta dejar de sonreír, mientras que a Wax le cuesta aguantarse la risa. Holloway no para de echarle miradas a Reston. A pesar de la cinta que ha visto, Holloway parece convencido de que Navidson tiene más de uno y más de dos tomillos sueltos tintineando en la corteza cerebral. Pero cuando por fin se descorren los cuatro cerrojos y se abre la puerta del pasillo, la oscuridad gélida aniquila de golpe hasta la última sonrisa y la última mirada de reojo.

Newt Kuellster sospecha que ver por primera vez el pasillo opera un cambio irreversible en Holloway: "La cara se le pone lívida y algo parecido al pánico inunda todo su organismo. De pronto ve lo que la fortuna le acaba de poner delante y lo famoso y rico que ello le puede hacer, y lo desea. Lo desea todo, de inmediato, y sin importarle el precio que tenga que pagar".[85] Si examinamos la reacción de Holloway, resulta casi imposible negar la gravedad que se adueña de él mientras se asoma al pasillo.

—¿Hasta dónde llega? —pregunta por fin.

—Estáis a punto de averiguarlo —responde Navidson, mirando al hombre con expresión calculadora y una media sonrisa en los labios—, Pero tened cuidado con los cambios.

Desde la primera vez que se dan la mano en la puerta de la casa, nos resulta obvio que Navidson y Holloway se caen mal. Ninguno de ellos critica al otro en ningún momento, pero a los dos se les eriza el vello en presencia del otro. Probablemente a Holloway le incomoda que Navidson tenga una carrera tan ilustre. Y no hay duda de que a Navidson le da rabia tener que pedirle a otro que explore su propia casa. La actitud de Holloway no contribuye a facilitar la intrusión. Es un gallito, y en cuanto Navidson termina su pequeña introducción, se pone de inmediato a dar órdenes.

De más joven, lo más seguro es que Navidson no hubiera hecho caso a Karen y se hubiera adentrado él mismo por aquellos pasillos, sin ponderar el peligro. Pero tal como ya se ha explicado aquí, el traslado a Virginia tenía como finalidad reparar la maltrecha relación entre ambos. Karen evitaría depender de otros hombres para mitigar sus inseguridades si Navidson refrenaba su ansia de riesgos y le daba una oportunidad real a la vida doméstica. Al fin y al cabo, explicaría Karen más adelante, se suponía que su hogar los tenía que unir más.[86] La aparición del pasillo, sin embargo, pone en jaque esos votos informales: Navidson experimenta el deseo constante de abandonar a su familia para adentrarse en ese lugar de la misma manera que Karen descubre cómo renacen viejos hábitos en ella.

Esa misma noche, Holloway le pone una mano en la espalda a Karen y la hace reír con una frase que la cámara no llega a captar. Navidson aparta de inmediato a Holloway con el hombro, revelando, para empezar, la fuerza que tiene, una fuerza que resulta fácil pasar por alto. Sin embargo, Navidson reserva su mirada iracunda para Karen. Ella se limita a reírse, pero la energía incómoda que se libera recuerda a las acusaciones de Leslie Buckman y Dale Corrdigan.[87]

Sin embargo, aun después del aviso de Navidson, a Holloway le sigue costando mucho apartar la vista de Karen. Y los flirteos de ella no son precisamente de ayuda. Karen es brillante, extremadamente sensual y, así como a Navidson siempre le ha gustado el peligro, a ella siempre le ha sentado de maravilla la atención.

Karen sirve unas cervezas a los hombres y ellos la acompañan al jardín y se dedican a encenderle cigarrillos. Importa muy poco lo que le digan, los ojos de ella siempre relucen, su famosa sonrisa no abandona su cara y, claro está, enseguida todos están comiendo de su mano.

Navidson le confía a su Hi 8:

—No puedo expresar lo mucho que me gustaría desviarle el tabique nasal a ese gilipollas [de Holloway].

Y más tarde murmura de forma algo enigmática:

—Solamente por eso ya debería echarla de casa.

Pese a todo, aparte de esos comentarios y del fuerte empujón que ha propinado a Holloway, Navidson evita mostrar de forma abierta cualquier otra señal de celos o cólera.

Por desgracia, también evita plantearse abiertamente la importancia de estos sentimientos. Lo más que se acerca a hacerlo se ve en una grabación de su diario en Hi 8 insertada después de su encuentro con Holloway. Ante la cámara, Navidson está hablando de lo que él denomina sus "pies podridos". Tal como se aprecia con claridad, tiene las puntas de los pies inflamadas y en algunos puntos tan rojas como la arcilla. Además, las uñas se le ven horriblemente rotas, deformadas y amarillentas.

—Perpetuado —nos informa Navidson— por un hongo asqueroso que dos décadas enteras de médicos han terminado denominando E-S-T-R-E-S.

Sentado a solas en el borde de la bañera, con los calcetines manchados de sangre y colgados sobre el borde, se dedica a extenderse un ungüento sedoso alrededor de lo que él llama jocosamente su "pie ágil como pluma". Es uno de los momentos de mayor abandono de Navidson y, sobre todo teniendo en cuenta su ubicación dentro de la secuencia, parece revelar tácitamente una parte de la ansiedad que le ha causado el flirteo de Karen con Holloway.

Todo lo cual se vuelve bastante irrelevante en cuanto Holloway empieza a pasar la mayor parte del tiempo guiando a su equipo por el pasillo a oscuras.

El tratamiento más frecuente de las tres primeras exploraciones se ha centrado en los aspectos físicos de la casa. Florencia Calzatti, sin embargo, ha mostrado en su apasionante libro *The Fraying of the American Family* (Arcade Publishing, Nueva York, 1995) —descatalogado— cómo esas invasiones empiezan a despojar a los Navidson de cualquier cohesión que pudiera haber tenido la pareja. Resulta un examen interesante de las complejas variables implícitas en cualquier intrusión. Por desgracia, entender la obra de Calzatti no es tarea sencilla, puesto que presenta sus argumentos empleando una jerga tan peculiar que a ningún lector le resultará fácilmente comprensible (p. ej,, nunca se refiere a Holloway con otro nombre que "el extraño"; Jed y Wax aparecen como "los instrumentos"; y la casa recibe el nombre en clave de "el paciente"). Inspirados sin duda por Calzatti, un pequeño grupo de otros autores, entre ellos el poeta Elfor O'Halloran, han continuado meditando sobre la dinámica introducida por la llegada de Holloway.[88]

Sin dedicar demasiado tiempo a los minuciosos detalles que se presentan en estos textos —y

que llenarían un libro entero por sí solos—, resulta interesante recordar, aunque sólo sea brevemente, los acontecimientos narrativos de las tres exploraciones y explicar hasta cierto punto cómo afectan a los Navidson.

Para la **Exploración n.° 1**, Holloway, Jed y Wax entran en el pasillo equipados con cámaras Hi 8, parkas de plumón, gorros, guantes Gortex, potentes linternas halógenas, baterías de repuesto y una radio para mantenerse en contacto con Navidson, Tom y Reston. Navidson ata la punta de un sedal de pescar a la puerta del pasillo y le da el carrete a Holloway.

—Aquí hay casi tres kilómetros de sedal —le dice—. No lo sueltes para nada.

Karen no dice nada cuando oye este comentario de Navidson, sino que se levanta de golpe para salir al jardín a fumarse un cigarrillo. Resulta particularmente extraño ver cómo Holloway y su equipo desaparecen por el largo pasillo, mientras justo fuera Karen camina de un lado a otro bajo la luz de un día de septiembre, sin prestar atención al espacio que no para de atravesar pero en el que por alguna razón no puede penetrar.[89]

Una hora más tarde, Holloway, Jed y Wax regresan. Cuando reproducen el material grabado por sus cámaras en la sala de estar, vemos junto con los presentes cómo una serie de giros a la izquierda terminan llevándolos al pasillo aparentemente interminable que, tras doblar otra vez a la izquierda, da entrada al espacio enorme donde Navidson a punto estuvo de perderse. Aunque la capacidad de Holloway para filmar ese trayecto no puede compararse con la veteranía evidente en la Exploración A de Navidson, aun así resulta emocionante seguir a los tres mientras investigan la oscuridad.

Tal como descubren rápidamente, el vacío que se abre por encima de ellos no es infinito. Sus linternas, mucho más potentes que la de Navidson, iluminan un techo que debe de estar por lo menos a sesenta metros de altura. Un poco después, a medio kilómetro de distancia por lo menos, descubren la pared opuesta. Sin embargo, nadie está preparado para la entrada todavía más grande que los espera allí y que comunica con un vacío todavía mayor.

Dos cosas les impiden seguir adelante. Una, que a Holloway se le acaba el sedal. De hecho, por un momento se plantea dejar el carrete en el suelo, pero entonces sucede que, dos, oye el gruñido del que Navidson los ha avisado. Un poco nervioso por el ruido, Holloway decide dar media vuelta para poder preparar mejor su siguiente movimiento. Tal como les ha prevenido Navidson, pronto pueden ver por sí mismos que todas las paredes se han movido (aunque no tanto como en el caso de Navidson). Por suerte, los cambios no han cortado el sedal y los tres hombres encuentran el camino de vuelta a la sala de estar con relativa facilidad.

La **Exploración n.° 2** tiene lugar al día siguiente. Esta vez Holloway lleva consigo cuatro carretes de sedal, varias bengalas y unas boyas de neón. Actuando prácticamente como si Navidson no estuviera, pone a Wax a cargo de una cámara de 35 mm y da instrucciones a Jed para que vaya recogiendo raspados de todas las paredes por las que pasen. Reston les suministra diez o doce frascos para muestras.

Aunque finalmente la Exploración n.° 2 termina durando más de ocho horas, Holloway, Jed y Wax sólo oyen el gruñido una vez y los cambios resultantes son mínimos. El primer pasillo parece más estrecho y el techo un poco más bajo, y aunque algunas de las salas que dejan atrás se ven más grandes, en su mayor parte todo sigue igual que la otra vez. Casi da la impresión de que el tránsito continuado por el lugar disuade al gruñido y preserva el camino que siguen.

Además de sentirse rabioso en general por lo que él percibe como los gestos de autoridad de

Holloway, Navidson casi enloquece de furia mientras escucha los descubrimientos por la radio. Reston y Tom intentan animarlo, y hay que reconocer que él procura hacerlo, pero cuando Jed anuncia que han cruzado lo que él llama la Antesala y han entrado en lo que Holloway empieza a llamar el Gran Recinto, a Navidson le resulta cada vez más difícil componer siquiera una sonrisa.

La psicóloga radiofónica Fannie Lamkins lo considera un claro ejemplo de la clásica lucha masculina por la supremacía:

> Ya es malo de por sí oír que el Gran Recinto tiene un techo de por lo menos ciento cincuenta metros de altura y un arco que tal vez llegue al kilómetro y medio, pero cuando Holloway dice por radio que han encontrado una escalinata en el centro que tiene más de sesenta metros de diámetro y desciende en espiral hacia la nada, Navidson tiene que entregar la radio a Reston, incapaz de decir ni una palabra más de apoyo. Le han despojado del derecho a poner nombre a algo que él, de forma inherente, entiende que le pertenece.[90]

Lamkins interpreta la voluntad de Navidson de obedecer la orden de Karen como un sacrificio equivalente a la escarificación, "aunque invisible para Karen".[91]

En cuanto el equipo de Holloway regresa, Jed intenta describir la escalinata:

—Era gigantesca. Tiramos varias bengalas por ella, pero en ningún momento oímos que tocaran el fondo. O sea, en ese sitio, con lo vacío y frío que es y lo inmóvil que está todo, se oye caer hasta un alfiler, pero la oscuridad se ha tragado las bengalas por completo.

Wax asiente con la cabeza y luego añade, negando:

—Es tan profundo que casi parece un sueño, tío.

De hecho, este último comentario no es nada infrecuente, sobre todo en individuos que se enfrentan con espacios gigantescos y tenebrosos. A mediados de los años sesenta, un grupo de espeleólogos se las vieron con el Sótano de las Golondrinas, un hoyo increíble de 330 metros de profundidad en la Sierra Madre Oriental de México. Para descender usaron cuerdas, mosquetones de rápel y puños jumar. Más adelante, uno de los exploradores describió así su experiencia: "Yo estaba suspendido bajo una cúpula gigante, con miles de pequeñas bandadas de aves volando en círculos, con el vago telón de fondo de las paredes lejanas. Mientras bajaba lentamente por la cuerda, tuve la sensación de estar descendiendo a una ilusión y de que pronto iba a convertirme en parte de ella, a medida que las distancias se hacían imposibles de asimilar y completamente irreales".[92]

Cuando Holloway les pone a todos las imágenes de Hi 8, Navidson se deja vencer por sus frustraciones. Se marcha de la sala. Tampoco ayuda el hecho de que Karen decida quedarse, completamente absorta en la presentación que hace Holloway y en las imágenes toscas pero fantasmagóricas de un barandal congelado en la pantalla. Tom, de hecho, la lleva a un lado y trata de convencerla de que deje a Navidson liderar la siguiente exploración.

—Tom —replica ella, a la defensiva—. A Navy no lo detiene nada. Si él quiere ir, puede. Pero entonces yo también voy. Ése es el trato que tenemos. Él lo sabe. Y tú también.

Tom parece un poco escandalizado por la rabia que detecta en ella, hasta que Karen dirige su atención hacia Chad y Daisy, que están sentados en la cocina, esmerándose a conciencia en no hacer sus deberes.

—Míralos —susurra—. Navy ya ha tenido una vida entera de correr mundo y vivir peligros. Ya puede pasarle el testigo a otro. No se va a morir por eso. En cambio, perderlo a él sí que los mataría a ellos. Y a mí también. Quiero llegar a vieja, Tom. Y quiero llegar a vieja con él. ¿Tan tremendo es lo que pido?

Está claro que sus palabras convencen a Tom, que tal vez percibe también el precio enorme que se cobraría sobre él la muerte de su hermano.[93]

En cuanto vuelve a ver a Navidson, Tom le dice que vaya a buscar a su hijo.

A juzgar por lo que vemos en *El expediente Navidson*, parece que Chad no ha tardado en hartarse de sus deberes y se ha alejado por la calle con Hillary, decidido a explorar su propia oscuridad. Navidson ha tardado una hora entera en encontrarlo. Resulta que Chad estaba en el parque, llenando un frasco con luciérnagas. Y en lugar de reñirlo, Navidson se pone a ayudarlo.

A las diez los encontramos de vuelta en casa con frascos llenos de luz y manos pegajosas de helado.

La **Exploración n.° 3** termina durando casi veinte horas. Basándose principalmente en las transmisiones de radio del equipo, intercaladas con unos cuantos planos de las cámaras Hi 8, Navidson cuenta cómo Holloway, Jed y Wax tardan cuarenta y cinco minutos en llegar a la Escalinata de Caracol, solamente para pasarse las siete horas siguientes bajando por ella. Cuando por fin se detienen, la bengala que tiran sigue sin iluminar el fondo ni arrancarle sonido alguno. Jed se fija en que el diámetro también ha aumentado de sesenta metros a más de ciento cincuenta. Tardan más de once horas en regresar.

A diferencia de las dos exploraciones previas, esta intrusión los obliga a afrontar las consecuencias de la inmensidad del lugar: los tres regresan helados, agotados, con los músculos doloridos y sin una gota ya de entusiasmo.

—Me ha entrado un poco de vértigo —confiesa Jed—. Y he tenido que apartarme del borde y sentarme. Es la primera vez que me pasa.

Wax es más displicente y afirma que él no ha tenido miedo, aunque por alguna razón parece más agotado que los demás. Holloway sigue siendo el más estoico de todos, se guarda cualquier duda para sí mismo y únicamente añade que la experiencia está más allá de la potencia de cualquier cámara Hi 8 o de 35 mm.

—Lo que hemos visto es imposible de fotografiar.[94]

Aun después de ver los excelentes planos de Navidson, resulta difícil no estar

de acuerdo con Holloway. La oscuridad que se recrea en un laboratorio o en un televisor no tiene nada que ver. Da igual que lo que componga el negro sean coágulos químicos o bien un gris de vídeo cercano a la ausencia: las imágenes siguen teniendo sólo dos dimensiones. A fin de conseguir la tercera dimensión hacen falta referencias de profundidad, que en el caso de la escalinata significaría más luz. Las bengalas, sin embargo, apenas iluminan el colosal tamaño de semejante pozo. De hecho, son apagadas con facilidad por lo mismo que se supone que han de revelar. El conocimiento es lo único que ilumina ese lugar sin fondo y desvela el abismo que en última instancia se encuentra ausente en todas las cintas y fotogramas, esas extrañas *caries de visites*. Es mala suerte que las imágenes de Holloway no puedan considerarse ni siquiera aproximaciones a ese vasto abismo, donde, tal como escribió Rilke, *"aber da, an diesem schwarzen Felle / wird dein stärkstes Schauen auf gelöst"*.[95]

La resistencia a la representación, sin embargo, no es la única dificultad que plantean esas cámaras y pasillos replicantes. Tal como descubre Karen, la casa entera desafía cualquier medio normal de determinar la dirección.

Al parecer, mientras Karen intenta lidiar con el hecho de que los exploradores le hayan invadido la casa, su madre se las apaña para conseguir el número de un maestro Feng Shui de Manhattan. Después de una larga conversación con este experto, a Karen le alivia descubrir que ha estado poniendo todos los animales de cerámica, los cristales y las plantas en los sitios equivocados. Se le pide que siga usando la tabla Pau Kua, el *I Ching* y el cuadrado mágico Lo Shu, pero ahora tiene que hacerlo con la ayuda de una brújula. Dado que gran parte del Feng Shui, sobre todo en la Escuela de la Brújula, se basa en el concepto de las direcciones auspiciosas y las no auspiciosas, resulta clave obtener una lectura adecuada de cómo está situada la casa en relación con el Norte, el Sur, el Este y el Oeste.

Karen sale inmediatamente a comprar una brújula: esto acontece mientras los hombres están en plena Exploración n.° 2. Cuando regresa, sin embargo, le asombra descubrir que dentro de la casa la brújula se niega a detenerse en ninguna dirección. Dando por sentado que debe de estar averiada, vuelve en coche a la ciudad y la cambia por otra. Al parecer esta vez la prueba en la tienda. Satisfecha, regresa a la casa únicamente para descubrir que la nueva brújula resulta igual de inútil.[96]

No importa en qué habitación se sitúe, ya sea en la parte de delante o en la de atrás, ya en el piso de arriba o en la planta baja, la aguja no se queda quieta ni un momento. Parece que ahí dentro el norte carece de autoridad. Tom confirma el extraño fenómeno, y durante la Exploración n.° 3 Holloway, que hasta entonces solamente se ha ayudado de flechas de neón y sedal de pescar para marcar su camino, demuestra que lo mismo se aplica a las lecturas de la brújula en el interior de esas paredes cenicientas.

—La madre que me parió —gruñe Holloway, mirando las sacudidas de la aguja.[97]

—Supongo que solamente nos queda tu sentido de la orientación —le dice Wax a Jed medio en broma, un comentario que, tal como ha escrito Luther Shepard, "viene a recalcar lo real que era la amenaza de perderse allí dentro".[98]

A la luz de esta nueva información, y a modo de preparación para la Exploración n.° 4, Tom hace varios viajes a la ciudad para comprar más sedal, boyas de neón y cualquier cosa que pueda ayudar al equipo a marcar su camino. Como Holloway tiene planeado pasar por lo menos cinco noches dentro, Tom también compra comida y agua extra. En una de esas excursiones, hasta se lleva con él a Chad y Daisy. No hay ninguna grabación de Hi 8 que documente su viaje, pero la forma en que los niños le cuentan a su madre los detalles de su incursión comercial revela el enorme cariño que le han cogido a su tío.

Por desgracia, Tom también tiene que comprar un billete de vuelta a Massachusetts. Con la excepción de unas pocas semanas en julio, lleva más de tres meses sin trabajar. Tal como les explica a Karen y a Navidson, "ya me toca ponerme las pilas y retomar mi vida". También les dice que a ellos les toca ponerse en contacto con los medios de comunicación y encontrar una casa nueva.

La intención original de Tom era marcharse después de la Exploración n.° 3, pero Navidson le suplica que se quede también para la Exploración n.° 4 y él acepta.

Reston también se queda. Al principio se había planteado brevemente la posibilidad de pedir una excedencia a la universidad, pero al final se las ha apañado para conseguir una semana libre,

pese al hecho de que ya están a finales de septiembre y ha empezado el semestre de otoño. Tanto él como Tom viven en la casa, Tom en el estudio[99] y Reston en el sofá cama de la sala de estar, mientras que Holloway, Jed y Wax —por lo menos hasta la Exploración n.° 4— se quedan en un motel local.

De todas las secuencias que anteceden a la Exploración n.° 4 podemos deducir que tanto Navidson como Holloway esperan obtener una fama y una fortuna enormes. Aunque el equipo de Holloway no llegue al fondo de la escalinata, los dos están de acuerdo en que su historia les va a reportar la atención del país entero, además de becas de investigación y tribunas para pronunciarse. Es casi seguro que la empresa de Holloway se va a forrar, por no hablar de las reputaciones de todos los implicados.

Todas estas conversaciones, el día previo a la fecha de inicio estipulada para la Exploración n.° 4, consiguen unir un poco a Navidson y Holloway. Sigue habiendo bastantes tensiones no explícitas entre ellos, pero Holloway se anima a entrar en las conversaciones sobre el éxito, y sobre todo en la idea de, en palabras de Navidson, "pasar a la Historia". Tal vez Holloway se imagina que va a unirse al mundo de Navidson, a lo que él percibe como el lugar de la gente que recibe estima, que goza de seguridad y que es recordada. Pese a todo, lo que estos breves fragmentos no muestran es la paranoia que está creciendo dentro de él. Tal como ahora sabemos, los acontecimientos que están por venir revelarán el miedo de Holloway a que Navidson se deshaga de él y lo despoje así del reconocimiento que se ha pasado toda su vida intentando conseguir, de ese reconocimiento que la casa parece prometerle.

Por supuesto, Karen no quiere ni oír esas conversaciones. Cuando se entera de qué están hablando los hombres, se retira furiosa a la periferia de la casa. Está claro que detesta cualquier cosa que pueda sugerir una relación más prolongada con las rarezas de la casa. Daisy, por otro lado, se mantiene cerca de Navidson, hurgándose en las costras diminutas que tiene en las muñecas, siempre sentada a hombros de su padre o bien, cuando no puede, a hombros de Tom. Chad resulta ser el más problemático. Cada vez pasa más tiempo solo fuera de la casa, y esa tarde vuelve de la escuela con un ojo morado y la nariz hinchada.

Navidson interrumpe su conversación con Holloway para averiguar qué le ha pasado. Chad, sin embargo, se niega a hablar.[100]

Holloway, por su parte, no permite que las tensiones domésticas y el estrés concomitante lo distraigan de sus preparativos. El siempre indirecto León Robbins, en su intento de evaluar de forma adecuada estos esfuerzos, ha llegado a sugerir que, de hecho, "Intervención" sería un término mucho más apropiado que "Exploración":

> Holloway recuerda en muchos sentidos a un médico aplicado que se prepara para operar. Véase por ejemplo la meticulosidad con que repasa las vituallas de su equipo la noche antes de lo que a mí me gusta llamar la "Intervención n.° 4". Se asegura de que todas las linternas estén bien afianzadas sobre los cascos y todas las cámaras Hi 8 sujetas a los ameses pectorales. Lo comprueba todo personalmente, vuelve a comprobarlo, empaqueta y vuelve a empaquetar todas las tiendas de campaña, los sacos de dormir, las mantas térmicas, las almohadillas de acetato de sodio, la comida, el agua y los *kits* de primeros auxilios. Sobre todo confirma que tengan cantidad más que suficiente de boyas de neón, tubos luminiscentes (12 horas), tubos luminiscentes de intensidad ultra elevada (5 minutos), carretes de sedal de un solo hilo de 2 kilos de resistencia y 3 kilómetros de

longitud, bengalas, linternas extra, incluyendo una lámpara de manivela (generador manual), baterías extra, piezas de recambio para las radios y un altímetro (que, al igual que la brújula, no funcionará).[101]

Es posible que la analogía médica de Robbins ande un poco desencaminada, pero su énfasis en los deliberados y cuidadosos preparativos de Holloway obliga a pensar en los requisitos técnicos que plantea este viaje, ya sea una "Intervención" o una "Exploración".

Al fin y al cabo, pasar la noche en un espacio cerrado y sin luz es muy poco frecuente, incluso en el mundo de la espeleología. La Cueva de los Cristales de Lechuguilla, en Nuevo México, es una excepción. La visita normal a Lech dura entre veinticuatro y treinta y seis horas.[102] Holloway, sin embargo, espera dedicar cuatro o incluso cinco noches a explorar la Escalinata de Caracol.

Pese a los minuciosos preparativos y a la determinación contagiosa de Holloway, todo el mundo está un poco nervioso. Cinco noches es mucho tiempo para pasarlo a temperaturas bajísimas y en la más completa oscuridad. Nadie sabe qué esperar.

Aunque Wax tiene fe en el sentido infalible de orientación de Jed, éste admite ciertas aprensiones previas a la exploración.

—¿Cómo puedo saber adonde voy si no sé dónde estamos? O sea, en serio, ¿dónde está ese lugar en relación con aquí, con nosotros, con todo? ¿Dónde?

Holloway intenta asegurarse de que todos estén ocupados como hormigas, y a fin de que no pierdan la concentración establece una serie simple de prioridades:

—Grabamos imágenes. Recogemos muestras. Intentamos llegar al fondo de la escalinata. Y quién sabe, si hacemos todo eso, tal vez hasta descubramos algo antes de que Navidson empiece con todo el jaleo de conseguir fondos y organizar exploraciones a gran escala.

Tanto Jed como Wax asienten con la cabeza, inconscientes de las implicaciones más oscuras inherentes a lo que Holloway acaba de decir.

Tal como escribe más tarde Gavin Young: "¿Quién habría vaticinado que esas dos palabras "descubriremos algo" iban a acabar siendo las semillas de tan desoladora destrucción? El problema, por supuesto, era que ese 'algo' que Holloway estaba tan obsesionado con encontrar jamás había existido *per se* en aquel lugar".[103]

A diferencia de las exploraciones n.° 1 a n.° 3, para la Exploración n.° 4 Holloway decide llevarse su rifle. Cuando Navidson le pregunta "a qué coño" piensa disparar, Holloway responde que "es por si acaso".

Llegado este punto, Navidson está bastante convencido de que lo más probable es que el gruñido persistente no sea nada más que un ruido que se genera cuando la casa altera su organización interna. Holloway, sin embargo, no está del todo de acuerdo con esta conjetura. Además, tal como le recuerda enfáticamente a Navidson, él es el capitán del equipo y también el responsable de la seguridad de todos.

—Con todos los respetos, y como además soy yo el que tiene que meterse ahí, tus ideas no me convencen demasiado.

Wax y Jed no plantean objeción alguna. Están acostumbrados a que Holloway lleve alguna clase de arma de fuego. La inclusión del Weatherby apenas les preocupa.

Jed se limita a encogerse de hombros.

Wax se muestra un poco más quisquilloso.

—O sea, ¿y si te equivocas? —le pregunta a Navidson—. ¿Y si el mido no viene de los movimientos de las paredes sino de otra cosa, de alguna clase de criatura? ¿Quieres dejamos indefensos?

Dejando de lado el asunto de las armas, otra gran preocupación que surge es la comunicación. Durante la Exploración n.° 3 el equipo descubrió con cuánta rapidez se deterioraban sus transmisiones. A falta de una forma factible de remediar el problema —obviamente sería imposible comprar kilómetros enteros de cable de audio—, Holloway resuelve la situación limitándose a anunciar que entra dentro de sus planes perder el contacto por radio la primera noche.

—Después de eso, pasaremos entre cuatro y cinco días aislados. No es lo ideal, pero nos las apañaremos.

Esa noche, Holloway, Jed y Wax dejan su motel y acampan en la sala de estar, junto a Reston. Navidson le da una última explicación a Holloway sobre la forma más eficaz de manejar las cámaras. Jed hace una breve llamada a su novia en Seattle y ayuda a Reston a organizar los frascos para las muestras. En un intento de animar al magullado y extrañamente silencioso Chad, Tom termina leyéndoles a él y a Daisy un cuento largo para dormir.

De alguna manera Wax termina a solas con Karen.[104]

Si la mano que Holloway le puso encima a Karen ya había molestado a Navidson, cuesta imaginar cuál habría sido su reacción si los hubiera sorprendido justo en este momento. Sin embargo, cuando por fin ve la cinta ya han pasado tantas cosas que Navidson admite no sentir nada.

—Supongo que me sorprende —dice en **La última entrevista**—. Pero no siento rabia. Solamente pesar. La verdad es que me he reído un poco. Yo me pasaba todo el tiempo vigilando a Holloway, sintiéndome inseguro por la fuerza y el valor de ese tipo y todo eso, y ni siquiera había pensado en el chaval. —Niega con la cabeza—. En todo caso, yo la había traicionado la primera vez que me metí allí y luego ella me traicionó a mí. A veces se dice que dos personas están hechas la una para la otra. No era nuestro caso, pero sea como fuere terminamos juntos de todas maneras y tuvimos dos hijos increíbles. Es una lástima, porque la quiero. Ojalá la cosa no hubiera tenido que terminar así.[105]

La secuencia de Karen y Wax no se incluyó en el primer montaje de *El expediente Navidson*, sino que al parecer fue insertada unos meses más tarde. Miramax nunca hizo comentario alguno sobre el añadido, ni tampoco nadie más. Resulta un poco extraño que Karen no borrara la cinta de la cámara de la pared. Tal vez se olvidó de que estaba allí, o bien se propuso destruirla más adelante. Aunque también es posible que quisiera que Navidson la viese.

Independientemente de cuáles fueran las intenciones de ella, el plano muestra a Karen y a Wax solos en la cocina. Ella coge un cuenco de palomitas y él se sirve otra cerveza. Su conversación gira tediosamente en tomo a las novias de Wax, regresando de forma intermitente al deseo que él tiene de casarse “algún día”. Karen no para de decirle que es joven, que tiene que divertirse, vivir la vida y dejar de preocuparse por sentar la cabeza. Por alguna razón los dos hablan en voz muy

baja.

Alguien ha dejado sobre la encimera una copia del mapa que Navidson trazó después de la Exploración A. Karen le echa un vistazo de cuando en cuando.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunta ella por fin.

—No, yo no sé dibujar.

—Oh —dice, dejando que la sílaba flote en el aire como una pregunta.

Wax se encoge de hombros.

—La verdad es que no sé quién lo ha hecho. Yo pensaba que lo había hecho tu Navy.

Basándonos en la película, nos resulta imposible saber si alguien les ha pedido de forma explícita a Holloway, Jed y Wax que no le mencionen a Karen la excursión ilícita de su marido. Ahora, sin embargo, Wax no parece percibir nada malo en su admisión.

Karen no vuelve a mirar el mapa. Se limita a sonreír y a dar un sorbo de la cerveza de Wax. Siguen hablando de los problemas de Wax con las mujeres, emprenden otra ronda de "no te preocupes, tú vive la vida que eres joven" y luego, sin que venga a cuento de nada, Wax se acerca a ella y le da un beso en los labios. Dura menos de un segundo, y está claro que ella se queda pasmada, pero cuando él se acerca para besarla otra vez, ella no se resiste. De hecho, el beso se convierte en algo más que un beso, y el ansia de Karen prácticamente sobrepasa la de Wax. Sin embargo, cuando él derriba su cerveza en un intento de acercarse todavía más, Karen se aparta, echa un vistazo al líquido que acaba de derramarse por el suelo y sale a toda prisa de la cocina. Wax hace ademán de seguirla, pero antes de dar dos pasos comprende que el juego ha terminado. De manera que se pone a limpiar el suelo.

Al cabo de unos meses Navidson ve el beso.

Para entonces, Karen se ha esfumado junto con todo lo demás.

Y ya nada importa.

VIII

SOS [...] Señal telegráfica en clave que solicita ayuda en situaciones de dificultad extrema, usada especialmente por los barcos en alta mar. Las letras fueron elegidas de forma arbitraria por ser fáciles de transmitir y distinguir. La señal fue recomendada en la Conferencia de Radiotelegrafía de 1906y oficialmente adoptada en la Conferencia de Radiotelegrafía de 1998. (*Ver G. G. Blake*, Hist. de la Radiotelegr.. *1926,* 111-112.)

The Oxford English Dictionary

... --- ...

Billy Reston aparece en el plano, sin prestar atención alguna al equipamiento que Navidson ha estado instalando en la sala de estar durante las últimas semanas, y que incluye, entre otras cosas, tres monitores, dos pletinas de cinta de *W'*, un aparato de VHS, un Mac Quadra, dos lectores de discos Zip, una impresora a color Epson, un PC viejo, un mínimo de seis transmisores y receptores de radio, varias voluminosas bobinas de cable eléctrico, cable de vídeo, una Arriflex de 16 mm, una Bolex de 16 mm, una Minolta Super 8, además de linternas adicionales, bengalas, cuerdas, hilo de pescar (desde el Dacron trenzado hasta sedal de acero de hebra múltiple y 20 kilos de resistencia), cajas de baterías extra, herramientas surtidas, brújulas que se agitan al compás de las extrañas polaridades de la casa, y un megáfono roto, por no mencionar las estanterías circundantes

-

ya atiborradas de frascos de muestras, gráficas, libros y hasta un viejo microscopio.

Reston, en cambio concentra toda su energía en las radios y en escuchar cómo Holloway craza el Gran Recinto. La Exploración n.° 4 ya ha empezado y supondrá el segundo intento que lleva a cabo el equipo de alcanzar el fondo de la escalinata.

—Te oímos bien, Billy —replica Holloway en medio de un chisporroteo de fondo.

Reston intenta mejorar la señal. Esta vez la voz de Holloway se oye un poco más clara.

-

—Seguimos bajando. Volveremos a intentar hablaros dentro de quince minutos. Cambio y corto.

La opción más obvia habría sido estructurar el segmento en tomo al viaje de Holloway, pero está claro que Navidson huye de la obviedad. No deja de filmar en ningún momento a Billy, que ahora actúa en calidad de comandante de la base de la expedición. Usando película 7298 con grano (y seguramente aumentando la exposición), Navidson capta cómo ese hombre lisiado maniobra hábilmente con su silla de ruedas para ir de la radio a la grabadora y al ordenador, sin dejar de prestar atención ni un momento al avance del equipo.

... --- ...

Al concentrarse en Reston al inicio de la Exploración n.° 4, Navidson ofrece una contrapartida perfecta al oscuro mundo que Holloway está surcando. El hecho de confinamos a la comodidad de una casa bien iluminada proporciona a nuestras imaginaciones varias la oportunidad de poblar de preguntas y demonios la oscuridad adyacente. También intensifica nuestra identificación con Navidson, que al igual que nosotros solamente quiere penetrar en persona en el misterio de ese lugar. Otros directores habrían intercalado planos del "Campamento Base" o del "Puesto de Mando"[106] con las cintas de Holloway, pero Navidson se niega a ver la Exploración n.° 4 más que desde el punto de vista de Reston. Frizell Clary tiene una curiosa interpretación al respecto.[107]

Naguib Paredes, sin embargo, va un paso más allá que Clary, y deja atrás las cuestiones relativas a la estructura de la expectación para emprender un análisis ligeramente distinto, aunque probablemente más agudo, de la estrategia de Navidson: "Antes que nada, esta perspectiva restringida permite a Navidson materializar de forma sutil y bastante astuta sus propios sentimientos a través de Reston, un hombre dotado de una energía y una inteligencia temibles pero que, pese a todo —y debería añadir que trágicamente—, tiene una discapacidad física. No es casualidad que Navidson filme la silla de ruedas de Reston confiriéndole rasgos cinematográficos de prisión: los rayos de la rueda hacen de barrotes, el asiento es como una celda, el freno reluciente parece un cerrojo. Es así, empleando esas imágenes, como Navidson consigue representamos su cada vez mayor frustración".[108]

Tal como se ha predicho, durante la primera noche Holloway y su equipo empiezan a perder el contacto radiofónico. Navidson reacciona prestando atención a una familia de tazas de café de color cobre-verdín que han quedado dispuestas en el suelo como si fueran colonos en un asentamiento de las montañas, mientras que al lado un montón de cáscaras de pipas se eleva de un cuenco como un volcán surgido en una placa tectónica invisible del Pacífico. De fondo, el susurro omnipresente de las radios sigue llenando la sala como un viento alto e intocable. Considerando la majestuosidad con que

-

están fotografiados estos momentos, casi parece que Navidson esté intentando evocar ante nosotros alguna idea del avance épico de Holloway por medio de los objetos y acontecimientos más cotidianos. Eso o participar en dicho avance. Tal vez incluso desafiarlo.[109]

Pasa el tiempo. Hay conversaciones largas y silencios largos. Navidson y Tom pasan algunos ratos jugando al *go*. Otras veces vemos a uno de ellos leyéndole en voz alta un libro a Daisy,[110] mientras el otro ayuda a Chad con un juego de rol en el ordenador familiar.[111] De vez en cuando Tom sale a fumar un cigarrillo de marihuana mientras su hermano se queda tomando notas en un diario que ya se ha perdido. Karen no se acerca a la sala de estar y solamente entra una vez para recoger las tazas de café y vaciar el cuenco de las cáscaras de pipas. Las veces en que la cámara

de Navidson la encuentra, ella suele estar hablando por el teléfono de la cocina, con el volumen del televisor alto, conversando en voz baja con su madre y cerrando la puerta.

Pero incluso a medida que los días se pierden en la noche y se vuelven a encontrar al amanecer adentrándose en más y más horas de trayecto sin luz, Billy Reston mantiene su vigilancia. Tal como nos muestra Navidson, nunca se desconcentra, nunca abandona su puesto y tampoco deja de escuchar las radios ni de olvidar el peligro que están corriendo Holloway y su equipo.

Janice Whitman se fija muy acertadamente en otra cualidad extraordinaria: "Además de la fuerza natural de su carácter, su intelecto ejemplar y las constantes muestras de preocupación por quienes participan en la Exploración n.° 4, lo que me sigue impresionando es la forma en que [Reston] trata con plena naturalidad ese laberinto retorcido que se extiende hacia la nada. No parece confundido por su imposibilidad ni tampoco paralizado en absoluto por las dudas".[112] La fe es una de las mayores cualidades de Reston. Tiene una capacidad casi animal para aceptar el mundo tal como se le presenta. Quizá una mañana nublada en Hyderabad, India, se quedara plantado un segundo más de la cuenta porque no creía realmente que un poste eléctrico se hubiera caído y que un latigazo letal se le estuviera viniendo encima. Reston pagó un precio muy alto por su incredulidad: ahora ya no volvería a subir escaleras y tampoco volvería a follar.[113] Por lo menos tampoco volvería a tener dudas nunca más.

Todas las imágenes que Navidson encuentra durante este periodo son hermosamente concisas. Cada ángulo que elige describe la agonía de la espera, ya sea un plano de Tom durmiendo en el sofá, de Reston escuchando cada vez con mayor atención los ruidos sin sentido de la radio o de Karen mirándolos desde el vestíbulo y fumando un cigarrillo por primera vez dentro de la casa. Hasta los planos esporádicos que muestran al propio Navidson caminando por la sala de estar comunican la impaciencia que le produce el hecho de que le nieguen una oportunidad tan extraordinaria. Ha hecho lo que ha podido para no estar resentido con Karen, pero está claro que no lo ha conseguido. Ni una sola vez aparecen hablando entre ellos. De hecho, no aparecen juntos ni en un solo plano.

El segmento entero acaba convirtiéndose en una composición de tensiones. Los cortes aumentan. Ya no hay conversaciones. Los planos individuales nunca incluyen a más de una persona. Todo parece estar al borde mismo de la ruptura, ya sea entre Navidson y Karen o bien en el seno de la familia entera o hasta de la expedición. El séptimo día sigue sin haber ni rastro del equipo. La séptima noche, Reston empieza a temerse lo peor, y por fin, en la madrugada del octavo día, todo el mundo oye lo peor. La radio sigue emitiendo un chisporroteo incomprensible de estática, pero en algún punto de la casa, elevándose como un extraño petróleo negro, se producen unos golpes débiles. Chad y Daisy son los primeros en detectarlos, pero cuando llegan al dormitorio de sus padres Karen ya está levantada, con la luz encendida y escuchando con atención la nueva manifestación.

Suena exactamente como si alguien estuviera golpeando la pared con los nudillos: tres golpes rápidos seguidos de tres más lentos y por fin tres más rápidos. Una y otra vez.

Pese a un rápido registro del piso de arriba y de la planta baja, nadie logra localizar el origen del ruido, pese a que la señal de auxilio se oye en todas las habitaciones. Por fin Tom pega el oído a la pared de la sala de estar.

—Hermano, no me preguntes cómo, pero viene de ahí dentro. De hecho, por un segundo ha dado la impresión de que venía justo del otro lado.

··· — ···

Irónicamente, es la llamada de auxilio la que elimina los cortes del montaje y reintegra a todo el mundo nuevamente en el mismo plano. A Navidson se le ha concedido por fin la oportunidad que llevaba esperando desde el principio. En consecuencia, ahora que está al mando, y declara su intención de llevar a cabo un intento de rescate, la secuencia empieza a resolverse mediante la eliminación de tensiones visuales. Karen, sin embargo, está furiosa:

—¿Por qué no llamamos a la policía, y punto? —pregunta en tono enérgico—. ¿Por qué tiene que ser el gran Will Navidson quien vaya al rescate?

Es una buena pregunta, pero por desgracia no tiene más que una respuesta: porque él *es* el gran Will Navidson.

Considerando las circunstancias, sí que parece un poco ridículo que Karen espere que un hombre que toda la vida se ha crecido bajo el fuego de los morteros y

-

el napalm le dé la espalda a Holloway y se vaya a beber limonada al porche. Además, tal como señala Navidson:

—Llevan ahí dentro casi ocho días y tenían agua para seis. Son las tres de la madrugada. No tenemos tiempo para involucrar a las autoridades ni para organizar una partida de búsqueda. Tenemos que ir ya. — Y por fin añade, medio en voz baja—: Con Delial esperé demasiado. No pienso volver a hacerlo.

El nombre "Delial" y su misterio inquebrantable dejan a Karen petrificada. Sin añadir palabra, se sienta en el sofá y espera a que Navidson termine de organizar todo el equipo que van a necesitar.

Solamente tardan veinte minutos en reunir los suministros necesarios. La esperanza es que puedan localizar al equipo de Holloway cerca. Si no, el plan es que Restan llegue hasta la escalinata para montar allí el campamento y hacerse cargo de las

-

radios, actuando de repetidor entre el puesto de mando de la sala de estar y Navidson y Tom, que seguirán bajando la escalinata. Por lo que respecta al equipo fotográfico, todos llevan cámaras de Hi 8 en ameses pectorales. (Como les faltan dos cámaras, Navidson se ve obligado a descolgar una de las que tiene en la pared de su estudio y otra del pasillo del piso de arriba.) También lleva su Nikon de 35 mm, provista de una poderosa luz estroboscópica Metz, y la Arriflex de 16 mm, que Reston se presta voluntario a cargar en el regazo. Karen asume a regañadientes la tarea de controlar las radios. Una cámara de Hi 8 la muestra sentada en la sala de estar, mirando cómo los hombres se funden con la oscuridad del pasillo. De hecho, hay tres planos breves de ella y los dos últimos la muestran llamando a su madre para informarle de la marcha de Navidson y de la mención de Delial. Al principio el teléfono comunica pero después da señal.

- - · · ·

Navidson llama a esta secuencia **SOS**, que además de referirse a la señal de auxilio enviada

por el equipo de Holloway también alude a otro aspecto de la obra. Al mismo tiempo que se dedicaba a cartografiar las tensiones personales y domésticas que se iban desarrollando en la casa, Navidson también estaba editando el material siguiendo una cadencia muy específica. Tasha K. Wheelston fue la primera en descubrir esta estructura meticulosamente compuesta:

> Al principio pensé que me lo estaba imaginando, pero después de observar con más atención SOS me di cuenta de que era verdad: Navidson no solamente había filmado la llamada de auxilio, también la había incorporado literalmente a la secuencia. Fíjense en cómo va alternando tres planos de duración corta y tres más largos. Empieza con tres rápidos de Reston y continúa con tres largos de la sala de estar (que de hecho no son más que eso: planos largos filmados desde el
>
> -
>
> vestíbulo), continúa con tres cortos, y vuelta a empezar. En unas cuantas ocasiones el contenido interfiere con el ritmo, pero el patrón de tres planos cortos, tres largos y tres cortos resulta inconfundible.[114]

Así pues, al mismo tiempo que representa la señal de auxilio enviada por el equipo de Holloway, Navidson también usa la disonancia implícita en su espera casera forzosa —la impaciencia, la frustración y la alienación cada vez mayor de su familia— para emitir de forma figurativa y ahora también literal su propio grito de auxilio.

La ironía viene cuando nos damos cuenta de que Navidson terminó esta parte bastante después de que tuviera lugar el desastre de Holloway pero antes de su última inmersión en ese lugar. En otras palabras, su SOS carece por completo de esperanza. O bien llega demasiado tarde o bien demasiado temprano. Navidson, sin embargo, sabía lo que estaba haciendo. No es casual que los últimos dos planos cortos de SOS muestren a Karen al teléfono, aportando un mensaje acústico escondido dentro del visual ya establecido: un timbrazo, una señal de que el teléfono comunica y dos timbrazos.

En otras palabras:

-

- . - -

-

(o)

-

¿Y?[115]

IX

Hic labor ille domus et inextricabilis error
Virgilio

laboriosus exitus domus
Badio Ascensio

laboriosa ad entrandum
Nicholas Trevet[X] [116]

Después de explicar en el capítulo V que los ecos constituyen un medio efectivo para evaluar las distancias físicas, emocionales y temáticas presentes en *El expediente Navidson*, ahora se hace necesario comentar sus limitaciones descriptivas. En esencia, los ecos solamente están presentes en espacios grandes. Sin embargo, a fin de planteamos cómo las distancias en el interior de la casa de Navidson se ven radicalmente distorsionadas, tenemos que abordar una serie de ideas más complejas acerca de las circunvoluciones, la interferencia, la confusión e incluso las ideas des-céntricas del diseño y la construcción. En otras palabras, tenemos que abordar el concepto de laberinto.

Sería fantástico que, basándose en imágenes de *El expediente Navidson*, alguien fuera capaz de reconstruir un *bauplan* [117] de la casa. Por supuesto, esto es algo imposible, y no solamente debido a los movimientos de las paredes, sino también a la destrucción constante de la continuidad que lleva a cabo la película, cuyos frecuentes cortes bruscos impiden cualquier clase de trazado conveniente de un mapa. En consecuencia, la película ofrece una representación cismática, que no esquemática, de salas vacías, largos pasillos y callejones sin salida, que promete de forma perpetua —pero elude de forma eterna— la finalidad de un trazado inmutable.

Por curioso que parezca, si acudimos a la historia en busca de contexto, las razones que han llevado a construir laberintos varían sustancialmente a lo largo de las épocas.[118] Por ejemplo, el laberinto inglés de hileras de setos que hay en Longleat estaba diseñado para divertir a los asistentes a las fiestas que se celebraban en los jardines, mientras que Amenemhet III de la Dinastía XII de Egipto construyó un laberinto en su templo funerario situado cerca del Lago Moeris a fin de proteger su alma. ~~El más famoso de todos, sin embargo, fue el laberinto que Dédalo construyó para el rey Minos. Servía de prisión. Supuestamente situado en la ciudad de Cnosos, en la isla de Creta, el laberinto se construyó para confinar al Minotauro, una criatura nacida del encuentro amoroso ilícito entre la reina y un toro. Tal como aprenden la mayoría de los~~

~~niños en edad escolar, aquel monstruo devoró a docenas de jóvenes atenienses durante años antes de que Teseo lo matara~~.[119]

Sin embargo, incluso mientras Holloway Roberts, Jed Leeder y Wax Hook se adentran más y más en la escalinata durante la **Exploración n° 4**, siguen sin tener ni idea del propósito de ese lugar gigantesco. ¿Se trata de una mera aberración de la física? ¿De una especie de distorsión del espacio? ¿O no es más que un laberinto de setos a una escala mucho mayor? ¿Acaso sirve a un propósito funerario? ¿Oculta un secreto? ¿Protege algo? ¿Encarcela o esconde a alguna clase de monstruo? Tal como descubre pronto el equipo de Holloway, las respuestas a estas preguntas no se presentan exactamente con facilidad.[120]

Penélope Reed Doob elude la enmarañada discusión sobre el propósito del lugar trazando una distinción entre quienes caminan por dentro de un laberinto y quienes se quedan fuera:

> [M]ás bien, la confusión que sufren los exploradores de laberintos se debe al hecho de tener seriamente restringida y fragmentada la visión hacia delante y hacia atrás, mientras que los espectadores de laberintos que ven todo el trazado, ya sea desde arriba o en un diagrama, quedan deslumbrados por la complejidad de su arte. Lo que uno ve depende de dónde esté, de forma que los laberintos son simultáneamente únicos (sólo existe una estructura física) y dobles: incorporan al mismo tiempo el orden y el desorden, la unidad y la multiplicidad, el arte y el caos. Pueden ser percibidos como un camino (un pasillo lineal aunque tortuoso hacia una meta) o como un trazado (un diseño simétrico completo) […] Nuestra percepción de los laberintos resulta, por tanto, intrínsecamente inestable: si uno cambia de perspectiva, el laberinto parece cambiar también.[121]

Por desgracia, la dicotomía entre quienes participan desde dentro y quienes se limitan a observar desde fuera se viene abajo cuando pensamos en la casa, simplemente porque nadie ve ese laberinto en su totalidad. Por consiguiente, toda comprensión de sus complejidades tiene que derivar siempre del interior.

Esto no sólo se aplica a la casa, sino también a la película misma. Desde el inicio mismo de *El expediente Navidson*, estamos metidos en un laberinto, deambulando de fotograma en fotograma, deseando asomamos al siguiente corte con la esperanza de encontrar una solución, un centro, un sentido de la totalidad, solamente para descubrir otra secuencia que lleva en una dirección completamente distinta, un discurso que no para de delegar, que promete la posibilidad de un descubrimiento pero al mismo tiempo se disuelve en forma de ambigüedades caóticas demasiado borrosas para que nunca se las pueda comprender del todo.[122]

A fin de apreciar plenamente la forma en que los ambages se despliegan, se retuercen para volver a replegarse y por fin se abren de nuevo, ya sea en la casa de Navidson o en la película —*quae itinerum ambages occursusque ac recursus inexplicabiles*—,[123] conviene observar la ascendencia etimológica de la palabra "laberinto". La palabra latina *labor* está emparentada con la raíz *labi*, que significa resbalar o patinar hacia atrás,[124] aunque el sentido que se le atribuye con mayor frecuencia es el de dificultad y trabajo. En el término "laberinto" hay implícito un esfuerzo necesario para no resbalar ni caer; en otras palabras, para no detenerse. Entre sus paredes no podemos relajamos; tenemos que esforzamos por dejarlas atrás. Hugh of Saint Victor ha llegado a sugerir que si en el laberinto reside el trabajo, entonces su antítesis es el Arca de Noé,[125] donde reside el reposo.[x]

Si el trabajo que exige cualquier laberinto implica penetrarlo o escapar de él, la cuestión del

proceso se vuelve extremadamente relevante. Por ejemplo, una forma de salir del dédalo es no despegar nunca la mano de una de las paredes y echar a andar en cualquier dirección. Al final se encuentra la salida. Por desgracia, en el caso de la casa, este método requeriría probablemente una cantidad infinita de tiempo y recursos. No se puede olvidar que el problema que supone el agotamiento —resultado del trabajo— es parte inextricable de cualquier experiencia con un laberinto sofisticado. A fin de escapar, por tanto, hay que recordar que no podemos explorar todos los caminos, sino que debemos decodificar únicamente los que hacen falta para salir. Tenemos que ser rápidos y nada exhaustivos. Y sin embargo, tal como Séneca avisó en la 44 de sus *Epistulae morales*, apresurarse demasiado también comporta ciertos riesgos:

> *Quod evenit in labyrintho proper antibus*:
> *ipsa illos velocitas inplicat.*[126]

Por desgracia, lo intrincado de algunos laberintos puede impedir en la práctica una solución permanente. Y todavía resulta más desconcertante el hecho de que su complejidad puede incluso exceder la imaginación de sus diseñadores.[127] Por consiguiente, cualquiera que se pierda en su interior tiene que reconocer que nadie comprende el laberinto entero, ni siquiera los dioses o los seres del Más Allá, y, por tanto, nadie puede ofrecer jamás una solución definitiva. La casa de Navidson constituye un ejemplo perfecto. Debido a los movimientos de las paredes y a su extraordinario tamaño, cualquier salida es siempre singular y únicamente aplicable a quienes hayan tomado un camino concreto en un momento determinado. Todas las soluciones, por tanto, son necesariamente personales.[128]

Igual que sucede con las exploraciones anteriores, cabe considerar la Exploración n° 4 como un viaje personal. Aunque algunas partes de la casa, como por ejemplo el Gran Recinto, parecen ofrecer una experiencia colectiva, hay muchos pasillos intercomunicados que son hallados por miembros individuales, o incluso vislumbrados fugazmente, y que nadie volverá a encontrar. Por tanto, no solamente a la luz de investigaciones futuras, sino también a pesar de ellas, el descenso de Holloway sigue siendo singular.

Cuando su equipo llega por fin al pie de la escalinata, ya llevan tres noches enteras sumidos en esa oscuridad repulsiva, aislando con éxito sus cuerpos del frío gracias a los sacos de dormir y las tiendas de campaña; el problema es que nada protege sus corazones de lo que Jed denomina "esa gravidez" que todo el tiempo parece encontrarse agazapada, lista para saltar, a un par o tres de metros nada más. Aunque todos disfrutan de cierta sensación de euforia al llegar al último escalón, la verdad es que solamente han conseguido concluir uno de los aspectos ya experimentados de la casa. Ninguno de ellos está preparado en absoluto para las consecuencias de lo desconocido que les aguarda ahora.

La mañana del cuarto día, los tres hombres acuerdan explorar una serie nueva de habitaciones. Tal como dice Holloway: "Hemos hecho un camino bien largo. Ahora veamos si hay algo aquí abajo". Wax y Jed no plantean objeción alguna, y muy pronto los vemos adentrarse en el laberinto.

Como de costumbre, Holloway ordena que se detengan en numerosas ocasiones para obtener muestras de las paredes. Jed se ha vuelto bastante hábil con su cincel y su martillo y se dedica a tallar pedacitos de la sustancia negra—cenicienta que luego deposita en uno de los muchos frascos de muestras que le ha suministrado Reston. Tal como ha ido haciendo incluso en la escalinata, Holloway se encarga personalmente de ir marcando el camino. No para de pegar flechas de neón a las paredes, de pintar con espray fosforescente las esquinas y de ir soltando abundante sedal de

pescar cada vez que el camino se vuelve especialmente complicado y retorcido. [129]

Por raro que parezca, sin embargo, cuanto más avanza Holloway, menos se detiene para obtener muestras o dejar marcas por el camino. Es obvio que no hace caso de las palabras de Séneca.

Jed es el primero que manifiesta cierta preocupación por lo deprisa que está avanzando el líder de su equipo:

—¿Sabes adonde vas, Holloway?

[130]

Pero Holloway se limita a poner mala cara y a seguir avanzando, aparentemente decidido a encontrar algo, algo distinto, algo definitorio, o por lo menos alguna clase de indicación de que existe alguna exterioridad a ese lugar. En un momento dado Holloway incluso consigue raspar una de las paredes, clavar algo y por fin abrir un agujero, solamente para descubrir otra habitación sin ventanas y provista de una puerta que da a otro pasillo que se abre a otra serie interminable de habitaciones vacías y pasillos, todos flanqueados de paredes que potencialmente ocultan —y por tanto sugieren— un posible exterior, aunque de forma invariable terminan siendo simples fronteras con otro espacio interior. Citando la famosa definición de Gerard Eysenck: "Interiores e interioridad que jamás se invierten".[131]

No hay duda de que este deseo de exterioridad se ve intensificado por el vacío absoluto que ocupa el interior. No hay nada allí dentro que ofrezca razón alguna para quedarse. En parte porque no se ha descubierto entre sus paredes ni un solo objeto, ya no digamos mueble o detalle alguno de acabado.[130A] Ya en 1771, sir Joshua Reynolds en sus *Discourses On Art*, argumentaba en contra de la importancia de los detalles, cuestionando, por ejemplo, "la atención minuciosa a las distinciones de las colgaduras […] la tela no es lana ni lino ni seda, satén o terciopelo: son simples colgaduras y nada más".[132] Esta valoración tan general parece especialmente indicada para la casa de Navidson, que a pesar de sus pasillos y salas de tamaños diversos no es nada más que pasillos y salas, por mucho que a veces, tal como observó una vez John Updike mientras estaba traduciendo el laberinto: "Las galerías parecen rectas pero trazan curvas furtivas".

Por supuesto, las habitaciones, pasillos y las escaleras de caracol esporádicas están sujetas a patrones de organización. Sin embargo, teniendo en cuenta los cambios constantes de esa organización, las redefiniciones en apariencia interminables de la ruta y hasta la forma absurda en que el primer pasillo se aleja de la sala de estar sólo para regresar, a través de una serie de giros a la izquierda, al mismo sitio donde debería hallarse la sala de estar pero evidentemente no se halla: todo eso describe un trazado que no se parece en absoluto a ningún plano moderno, ni tampoco a ningún experimento histórico de diseño.[133]

Pese a todo, Sebastiano Pérouse de Móntelos ha escrito una reflexión de envergadura considerable sobre los cambios del interior de la casa, postulando que en realidad siguen las derivaciones estructurales de Andrea Palladio.

[134]

Para hacer un rápido sumario, la gramática de Palladio busca organizar el espacio por medio de una serie de reglas estrictas. Tal como demostró el arquitecto renacentista, su sistema podía ser usado para generar trazados como los de Villa Badoer, Villa Emo, Villa Ragona, Villa Poiana y, por supuesto, Villa Zeno. En esencia, no hay más que ocho pasos:

1. Definición de la cuadricula.
2. Definición de los muros exteriores.
3. Disposición de las habitaciones.
4. Realineamiento de las paredes intemas.
5. Entradas principales: pórticos e inflexiones de los muros exteriores.
6. Ornamentación exterior: columnas.
7. Ventanas y puertas.
8. Finalización.[135]

Pérouse de Móntelos se basa en estos pasos para explicar cómo la casa de Navidson fue (1.0) establecida de entrada, (2.0) limitada, (3.0) subdividida y (4.0) el resto. A continuación intenta convencer al lector de que la reconfiguración constante de las puertas y las paredes representa una especie de bucle geológico en el proceso de resolver todas las formas posibles, muy probablemente *ad inftnitum*, pero que nunca se detiene porque, tal como el autor afirma en su conclusión, "el espacio no ocupado nunca dejará de cambiar por la simple razón de que no hay nada que se lo impida. Las continuas alteraciones intemas sólo demuestran que una casa así se encuentra necesariamente deshabitada".[136]

[137]

Así pues, además de hacerse preguntas formales sobre la siempre elusiva configuración interna de la casa y sobre las reglas que gobiernan sus cambios, Sebastiano Pérouse de Móntelos también aborda un asunto mucho más ampliamente discutido: la cuestión de la ocupación. Aunque poca gente se mostrará de acuerdo alguna vez sobre el significado de las configuraciones o la ausencia de estilo del lugar, todavía nadie ha discrepado del hecho de que el laberinto es una casa.[138] Por tanto, pronto surge la cuestión de si la casa pertenece o no a alguien. Aunque, de ser así, ¿a quién? ¿De quién era la casa o de quién es? Lo cual da voz a otra sospecha: ¿es posible que su dueño siga en ella? Unas preguntas que se hacen eco del fragmento del Evangelio al que Navidson alude en su carta a Karen[139] — Juan, 14—, donde dice Jesús:

> En casa de mi padre hay muchas
> habitaciones: si *no fuera así*, os
> lo habría dicho. Tengo que preparar
> un sitio para vosotros…

Algo que hay que entender de forma irónica pero también literal.[140]
No es por tanto ninguna sorpresa que cuando el equipo de Holloway por fin emprende el largo

trayecto de vuelta, se encuentren con que la escalinata está mucho más lejos de lo que ellos esperaban, como si en su ausencia las distancias se hubieran ampliado. Se ven forzados a acampar una cuarta noche, lo cual les obliga a racionar de forma más estricta la comida, el agua y la luz (es decir, las baterías). La mañana del quinto día llegan a la escalinata e inician el largo ascenso. Dejando de lado el hecho de que ahora el diámetro de la Escalinata de Caracol ha aumentado hasta los 225 metros de ancho, el ascenso es bastante rápido.

[141]

Durante el descenso, Holloway había tenido la prudencia de dejar provisiones por el camino, a fin no solamente de aligerar su carga sino también de emplazar las vituallas necesarias para su regreso. Sin embargo, aunque inicialmente Holloway había calculado que no tardarían más de ocho horas en llegar al primero de estos botines, terminan tardando casi doce. Cuando por fin llegan a su destino, montan a toda prisa el campamento y se desploman dentro de sus tiendas de campaña. Por raro que parezca, pese a su agotamiento, a todos les cuesta mucho quedarse dormidos.

Pese a todo, el sexto día consiguen ponerse en marcha temprano. El hecho de saber que están de vuelta mantiene a Wax y a Jed de buen humor. Holloway, sin embargo, se muestra extrañamente malcarado, revelando lo que la crítica Melisa Tao Janis llama "señales de [su] lúgubre y cada vez más manifiesta obsesión por todo lo que no es el presente".[142]

En cualquier caso, el ascenso sigue yendo bien, hasta que Holloway descubre los restos de una de sus boyas de neón, de un palmo y medio de largo, casi desprendidos de la pared. Está completamente destrozada, y la mitad de su material ha sido arrancado por una zarpa inimaginable. Y lo que es peor, el siguiente alijo de provisiones ha sido igualmente masacrado. Solamente quedan restos de plástico de la botella de agua junto con algunos pedazos dispersos de barritas energéticas. El combustible para la hoguera del campamento ha desaparecido.

—Qué bonito —murmura Wax.

—¡Hostia puta! —dice Jed entre dientes.

Emily O'Shaugnessy señala en el *Chicago Entropy Journal* la importancia de este descubrimiento: "Aquí están por fin las primeras señales —representadas irónicamente por la expurgación de una boya de neón y de las provisiones del equipo— del tremendo poder que tiene la casa para exorcizar hasta la última cosa que se mete en ella".[143]

Holloway Roberts no se muestra ni mucho menos tan analítico. Reacciona como un cazador, y por eso la imagen que llena el plano es un arma. Vemos cómo se arrodilla junto a su mochila, saca su Weatherby 300 Magnum y examina minuciosamente tanto el cerrojo como los soportes de la mira antes de cargar cinco cartuchos Nosler Partition® de 180 granos en la recámara. Mientras aloja un sexto cartucho, el placer le ilumina momentáneamente los rasgos, como si por fin algo en aquel lugar acabara de tener sentido.

[144]

Espoleado por el descubrimiento, Holloway insiste en explorar por lo menos una parte de los pasillos más cercanos que rodean la escalinata. Pronto lo vemos acechando en las entradas,

guiando la luna danzarina de la linterna de Jed con el cañón de su rifle y sin dejar de escuchar ni un momento. Las esquinas, sin embargo, únicamente dan paso a más esquinas, y la luz de Jed no revela más que paredes de color ceniza, aunque muy pronto todos empiezan a detectar el inimitable gruñido,[145] un ruido como de glaciares dando a luz, en la distancia remota, que por lo menos en la imaginación habita en esa fina línea donde las habitaciones y los pasillos se ven finalmente obligados a rendirse ante la necesidad de convertirse en horizonte.

—El gruñido casi siempre empieza como el susurro de un viento alpino sobre los árboles —explicaría más tarde Navidson—. Primero lo oyes a lo lejos, un retumbar suave, que va aumentando lentamente de intensidad a medida que desciende, hasta que finalmente te rodea por todos lados, se te echa encima y luego te deja atrás y desaparece, a un kilómetro, dos o tres, imposible de seguir.[146]

En su ensayo "La música como lugar en *El expediente Navidson!*", Esther Newhost proporciona una interpretación interesante de este sonido: "Una vez Goethe comentó en una carta a Johann Peter Eckermann" [23 de marzo de 1829]: 'Yo a la arquitectura la denomino música petrificada',[147] La des-petrificación de la forma en la casa de Navidson libera esa música. Por desgracia, dado que contiene todas las armonías del tiempo y del cambio, solamente los inmortales pueden saborearla. Los mortales no pueden evitar tenerles miedo a esas paredes retumbantes. A fin de cuentas, ¿acaso no están cantando la canción de nuestro final?".[148]

A Holloway ya le resulta imposible aceptar el gruñido como una simple cualidad de ese lugar. En cuanto ve la boya arrancada y el agua que han perdido, parece transmutar el extraño sonido en la voz de una criatura específica, y eso le proporciona algo concreto que perseguir. Holloway casi parece borracho cuando echa a corretear detrás del ruido, olvidándose de desplegar el sedal o de colgar boyas de neón, y casi sin pararse a descansar para nada.

[149]

Jed y Wax no extraen la misma conclusión que Holloway. Se dan cuenta, y con razón, de que pese a estar cada vez más lejos de la escalinata, no se acercan ni un ápice al origen del gruñido. Insisten en dar media vuelta. Primero Holloway promete investigar solamente un poco más, pero después recurre a provocarlos y se pone a llamarlos de todo, desde "putos maricas" y "cobardes" a "capullos de mierda" y "maricones chupapollas que se cagan en las bragas". No hace falta decir que este último comentario no contribuye precisamente a convencer a Wax y Jed de que han de cazar a la gran bestia.

Los dos se detienen.

Hasta aquí hemos llegado. Están cansados y considerablemente preocupados. Les duele el cuerpo de pasar frío todo el tiempo. La oscuridad constante les ha destrozado los nervios. Les quedan muy pocas baterías (es decir, luz), boyas de neón y sedal de pescar. Además, el alijo de vituallas destrozado podría indicar que el resto de sus reservas también está en peligro. Si eso resulta ser cierto, no les alcanzará el agua ni siquiera para acercarse lo bastante a Navidson como para comunicarse por radio.

—Nos vamos a casa —dice Jed en tono cortante.

—Y una mierda —replica Holloway—, Aquí el que da las órdenes soy yo, y yo digo que nadie se va todavía a ninguna parte. —Lo cual, considerando las circunstancias, es algo muy extraño de oír en esas regiones de oscuridad.

—Mira, colega —prueba a decir Wax, haciendo lo que puede para atraer a Holloway a su lado del sentido común—. Pasemos por la base para coger más suministros y, ya sabes… esto… coger más armas.

—No pienso abortar esta misión —responde en tono brusco Holloway, apuntando con un dedo furioso al joven de veintiséis años de Aspen, Colorado.

Se le ha prestado tanta atención al uso que hace aquí Holloway de la palabra "abortar" como al que hizo Navidson antes de la palabra "reducto". "Abortar" implica que no se ha conseguido alcanzar un objetivo: no se ha matado a la presa o bien no se ha coronado la cima. Como si en aquel lugar hubiera existido un objetivo final. Inicialmente, la única meta de Holloway era alcanzar el pie de la escalinata (un objetivo que logró). Ya sea debido al gruñido o a la naturaleza expurgadora de la casa o a algo completamente distinto, Holloway decide redefinir ese objetivo sobre la marcha. Jed y Wax, sin embargo, consideran que emprender la caza de una especie de presencia elusiva equivale al suicidio. Sin decir palabra, los dos dan media vuelta y echan a andar hacia la escalinata.

Holloway se niega a seguirlos. Se pasa un rato despotricando, soltando insultos como un poseso, y luego echa a correr de golpe y se funde con la negrura. Se trata de otro acontecimiento peculiar que prácticamente termina antes de empezar. Una repentina sarta de "a la mierda" y "maricones" seguida del silencio.[150]

[151]

Ya en la escalinata, Jed y Wax esperan a que Holloway se tranquilice y regrese. Como pasan varias horas y sigue sin haber ni rastro de él, emprenden una breve incursión por la zona, llamándolo a gritos, haciendo lo que pueden para localizarlo y traerlo de vuelta. Pero no solamente no dan con él, sino que tampoco encuentran ni una boya de neón ni un solo trozo de sedal. Holloway se ha ido corriendo a ciegas.

Vemos cómo Jed y Wax montan el campamento y tratan de obligarse a dormir unas horas. Tal vez confían en que el tiempo vaya a reunir mágicamente al equipo. Pero la mañana del séptimo día únicamente trae más de lo mismo. No hay señal alguna de Holloway, la carestía de suministros es aterradora y les toca tomar una decisión muy desagradable.

Hank Leblamard ha dedicado varias páginas a la culpa que atormenta a ambos hombres cuando deciden regresar sin Holloway.[152] Nupart Jhunisdakazcriddle también analiza la naturaleza trágica de su acto, señalando que al final "Holloway eligió su rumbo. Jed y Wax lo esperaron y hasta hicieron un noble esfuerzo por encontrarlo. A las 5:02 A. M., tal como atestigua la Hi 8, no les quedó otra opción que regresar sin él".[153]

Cuando Jed y Wax reanudan su ascenso por la Escalinata de Caracol, descubren que todas las boyas de neón que dejaron atrás han sido destrozadas. Es más, a medida que van subiendo, más devoradas se encuentran las boyas. Más o menos al mismo tiempo, Jed empieza a darse cuenta de que le han desaparecido bastantes botones. Se le han caído varias tiras de velero de la parka y los cordones de los zapatos se le han deshecho, obligándolo a sujetarse las botas con cinta adhesiva. Por asombroso que parezca, hasta el armazón de la mochila se le ha "desmontado"; ésa es la palabra que usa Jed.

[154]
[155]

—Da un poco de miedo —murmura Wax en medio de una larga perorata—. Se diría que si dejas de pensar en algo, desaparece. Te olvidas de que tienes cremalleras en los bolsillos y ¡paf! Ya no están. Aquí no has de dar nada por sentado.

Jed no para de preguntarse en voz alta:

—¿Dónde coño está [Holloway]? — Y el silencio sigue intentando transmitir una respuesta.

Una hora más tarde, Jed y Wax alcanzan otro alijo de vituallas, colocado contra la pared de la otra punta de la escalera para no estorbar, junto al acceso a un pasillo sin explorar. De la comida y del combustible no queda nada, pero la botella de agua está intacta. Wax se dispone a dar un segundo trago cuando el estampido de un rifle lo derriba y le empieza a manar sangre del sobaco izquierdo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! — chilla Wax—. Mi brazo… ¡Oh, Dios, ayúdame, Jed, estoy sangrando!

Jed se agacha inmediatamente junto a Wax y le aplica presión en la herida. Al cabo de un momento, Holloway emerge del pasillo a oscuras con su rifle en las manos. Parece igual de asombrado de ver a los otros dos que de ver la escalinata.

—¿Cómo coño he llegado aquí? —farfulla de forma incoherente—. Creí que era esa, esa cosa. Mierda. *Era* esa cosa. Estoy seguro. Esa cosa espantosa… Mierda, mierda.

—No te quedes ahí. ¡Ayúdalo! —grita Jed.

Eso parece sacar del trance a Holloway, por lo menos durante un momento. Ayuda a Jed a quitarle la chaqueta a Wax y a tratarle la herida. Por suerte han venido preparados. Jed tiene un botiquín lleno de gasa, vendas, desinfectante, ungüentos y algunos calmantes. Le mete dos pastillas a Wax en la boca, pero el siguiente plano muestra que la agonía de éste solamente ha remitido en parte.

Jed se pone a dar instrucciones a Holloway de cómo van a cargar con Wax el resto del ascenso.

—¿Estás loco? —le grita de repente Holloway—. Ya no puedo volver.

Acabo de pegarle un tiro a alguien.

—¿Pero qué coño estás diciendo?

—le contesta Jed, con toda la tranquilidad que puede—. Ha sido un accidente.

Holloway se sienta:

—No importa. Iré a la cárcel. Lo perderé todo. Tengo que pensar.

—¿Estás de broma? ¡Si no me ayudas a cargar con él se morirá!

—No puedo ir a la cárcel —murmura Holloway, ya más para sí mismo que para Wax o Jed—. No puedo, y punto.

—No seas ridículo —dice Jed, empezando a levantar la voz—. No vas a ir a la cárcel. Pero si te quedas ahí sentado y dejas que Wax se muera, entonces sí que te van a encerrar de por vida. Y yo me aseguraré de que tiren la llave. Y ahora levántate y ayúdame.

Holloway se pone de pie, pero en lugar de echarle una mano a Jed, se limita a alejarse hasta desaparecer de nuevo en la cortina impenetrable de negrura, dejando que Jed cargue con Wax y cuide de él solo. Por la razón que sea, de pronto marcharse parece ser la única opción que tiene Holloway. *Une solution politique honorable.*[156]

Jed no llega muy lejos con Wax antes de que dos balas se estrellen en una pared cercana. Luego, encendiendo y apagando rápidamente su linterna, descubre un pasillo angosto que parte de la escalinata y se adentra en sus entrañas invisibles. Por desgracia, otro disparo responde al instante a esta visión fragmentaria y su estampido arranca más y más ecos de la brea.

Tal como podemos ver, Jed consigue arrastrar a Wax hasta el nuevo pasillo, y la siguiente imagen de la Hi 8 lo muestra otra vez con la linterna encendida, adentrándose por una serie de cuartitos diminutos. De vez en cuando oímos el estampido débil de un disparo de rifle a lo lejos, que obliga a Jed a avanzar todavía más deprisa y a cruzar a la carrera tantos recintos como puede, hasta que lo vemos jadear dolorosamente y dejar a su amigo en el suelo, momentáneamente incapaz de ir más lejos.

Por fin Jed se desploma lentamente, apaga la luz y se echa a llorar.

A las 3:31 A. M., la cámara se vuelve a encender con un pitido. Jed ha trasladado a Wax a otra habitación. Consciente de que la cámara puede ser su única posibilidad de ofrecer una explicación a lo sucedido, ahora Jed le habla directamente, reiterando los acontecimientos que han llevado a la ruptura de Holloway con la realidad y a cómo, pese a verse agotado, perseguido y finalmente perdido, ha conseguido llevar a Wax a rastras y a empujones hasta un sitio seguro. Por desgracia, ya no tiene ni idea de dónde están.

[157]

—¿Qué fue de mi sentido de la orientación? Me he pasado la última hora buscando el camino de vuelta a la escalinata. No ha habido suerte. La radio es inútil. Si no nos llega ayuda pronto, él morirá. Y yo también.

Aunque en el plano apenas se oyen, ahora captamos los primeros golpeteos incesantes de Jed en el suelo, que resulta que tienen exactamente el mismo timbre que los golpes que oímos en la sala de estar. Alan P. Winnett, sin embargo, señala una diferencia notable:

> Es curioso, pero a pesar de la semejanza en la entonación y el timbre, el patrón no se parece en nada a la señal de tres golpes cortos, tres largos y tres cortos que oyen los Navidson. Carlos Avital ha sugerido que es la misma casa la que no solamente transmite la llamada a través de una distancia increíble, sino que también la interpreta. María Hulbert discrepa y afirma que el ritmo de los golpes no es significativo: “Llegado el octavo día, la ausencia de comunicaciones por parte del equipo de Holloway ya es en sí misma una llamada de auxilio”.[158]

Independientemente de su significado y de las razones de su transfiguración, Jed solamente se dedica a producir este extraño tamborileo durante un corto intervalo antes de volver a atender a su amigo malherido.[159]

[160]

[161]

[162]

Wax, por su parte, intenta ser valiente y se obliga a sonreír ante la cámara, aunque es imposible no reparar en su palidez o malinterpretar el significado de su petición —"Jed, colega, tengo mucha sed"—, sobre todo porque hace unos segundos que se ha bebido un buen trago de agua.

[163]

Como el shock no es algo que le sea desconocido,"[164] Jed le pone inmediatamente a Wax las piernas en alto para aumentarle el riego de sangre en la cabeza, usa las bolsas de acetato de sodio para mantenerlo caliente y no para ni un momento de tranquilizarlo, sonreírle, contarle chistes y prometerle un centenar de finales felices. Una tarea difícil bajo cualesquiera circunstancias. Y casi imposible cuando los gritos guturales los encuentran poco después, a través de unas paredes demasiado finas para bloquearlos; unos ruidos demasiado obscenos para ser contenidos, Holloway gritando como un animal rabioso, ya no un hombre sino una criatura movida por el miedo, el dolor y la rabia.

[165]

—Por lo menos está lejos —le susurra Jed a Wax en un intento de consolarlo.
Pero el ruido de la lejanía no consuela demasiado a ninguno de los dos.
Tal vez[166]

[167]

este

sea un lugar tan bueno como cualquier otro para prestar atención a algunos de los fantasmas que rondan en *El expediente Navidson*. Y como un número considerable de gente ha señalado paralelismos entre la película de Navidson y diversas producciones del cine comercial, parece conveniente examinar por lo menos brevemente lo que distingue a los documentales de las producciones de Hollywood.[168]

[169]

[170]

[171]

[172]

Para empezar, las películas de Hollywood dependen de una serie de decorados, actores, película cinematográfica cara y fastuosos efectos especiales para recrear una historia. Los costes de producción, junto con la saturación cultural de cotilleos del sector, garantizan un mínimo de distanciamiento, asegurando al público que sin importar lo conmovedora, fascinante o aterradora sea la película, ésta no es más que un entretenimiento. Los documentales, en cambio, se basan en entrevistas, un equipo técnico inferior y una ausencia casi total de efectos para documentar acontecimientos reales.[173] Al público no se le concede esa red de seguridad que es el distanciamiento, por lo que debe recurrir a mecanismos mucho más complejos de interpretación que, en algunos casos, pueden llevar a la negación y la aversión.[174]

[175]

Aunque en el pasado los testimonios en directo estaban restringidos a las postrimerías del acontecimiento —las historias orales que proporcionaban los supervivientes o bien las fotografías que hacían los transeúntes—, hoy en día la proliferación de cámaras y cintas de vídeo a precios asequibles ha multiplicado las posibilidades de que alguien grabe un accidente aéreo o el atraco a un banco mientras los hechos se están produciendo.

Por supuesto, ningún documental queda nunca absuelto de al menos la sospecha de que la puesta en escena haya sido meticulosamente diseñada, las acciones escenificadas o los diálogos guionizados o ensayados, gran parte de lo cual se lleva a cabo en la actualidad bajo el concepto de “reconstrucción dramática”.

A estas alturas ya se sabe que Flaherty recreó ciertas escenas de *Nanook* para la cámara. Las mismas acusaciones se han vertido contra programas como *America 's Funniest Home Videos*. En su mayor parte, los profesionales del ramo hacen lo posible para supervisar, o por lo menos reseñar, las películas que se estrenan, conscientes de que perder la confianza del público entrañaría una sentencia de muerte para un arte que ya atraviesa enormes dificultades.

En la actualidad, la mayor amenaza proviene del área de la manipulación digital.

[176]

En 1990, en el *New York Times*, Andy Grunberg escribió:

“En el futuro, lo más seguro es que los lectores de periódicos y revistas vean las fotografías de prensa más como ilustraciones que como reportajes, conscientes de su incapacidad para distinguir entre una imagen genuina y otra manipulada. Por mucho que los fotoperiodistas y los editores resistan las tentaciones de la manipulación electrónica, y es probable que esa resistencia

se produzca, todas las imágenes reproducidas serán degradadas por un clima de expectativas reducidas. En resumen, las fotografías ya no resultarán tan reales como antes."[177]

También en 1990, el ejecutivo de Associated Press Vincent Alabiso reconoció el poder de la tecnología digital y condenó su uso para falsificar imágenes:

"El cuarto oscuro electrónico es una herramienta de edición fotográfica tremendamente sofisticada. Nos saca del cuarto oscuro químico, donde una serie de técnicas sutiles de impresión, como la sobreexposición y la subexposición, llevan mucho tiempo siendo aceptadas como técnicas periodísticamente honestas. Hoy en día esos términos han sido reemplazados por la 'manipulación de imágenes' y el 'retoque'. En una época en que estos términos tan amplios pueden malin- terpretarse con facilidad, necesitamos establecer límites y restaurar algunos preceptos básicos".

"El contenido de las fotografías NUNCA será alterado ni manipulado de ninguna forma."

Un año más tarde, la NPPA (National Press Photographers Association) reconoció también el poder de las técnicas de creación de imágenes electrónicas:

"En calidad de periodistas, creemos que el principio rector de nuestra profesión es la precisión; por tanto, nos parece incorrecto alterar el contenido de una fotografía de una forma que engañe al público.

[178]

En calidad de fotoperiodistas, tenemos la responsabilidad de documentar la sociedad y de preservar sus imágenes en tanto que registros históricos. Está claro que las tecnologías electrónicas emergentes ofrecen desafíos nuevos a la integridad de las imágenes fotográficas.

La tecnología permite manipular el contenido de una imagen de manera tal que el cambio sea prácticamente imposible de detectar. A la luz de esto, desde la National Press Photo-graphers Association reafirmamos nuestro fundamento ético: la representación adecuada es el criterio de referencia de nuestra profesión".[179]

Luego, en 1992, el profesor del MIT William J. Mitchell ofreció este impresionante resumen:

"Tanto los profesionales de las instituciones del periodismo —interesados en obtener la confianza del público— como los del sistema legal —necesitados de pruebas demostrables— y los de la ciencia —con su fe fundacional en el instrumento del registro— pueden luchar con uñas y dientes para mantener la hegemonía de la imagen fotográfica estándar; sin embargo, otros verán la emergencia de la imagen digital como una feliz oportunidad para exponer las aporías de la construcción del mundo visual que lleva a cabo la fotografía, para deconstruir las ideas mismas de la objetividad y la conclusión fotográficas, y para atacar a una tradición de imágenes que se ha ido esclerotizando cada vez más".[180]

Es ironico, pero la misma tecnología que nos enseña a no confiar en las imágenes crea también los medios para darles crédito.

[181]

Tal como comentó en una ocasión el autor Murphy Gruner:

"Igual que sucede con el Marlowe de Chandler, al espectador se lo conquista simplemente porque las camisas están arrugadas, las suelas están gastadas y por la constante presencia de ese sombrero. Últimamente ya nada merece nuestra fe más que las cosas elegantes y caras. Y es así como nos llegan las tecnologías del vídeo y el cine: maltrechas o sofisticadas.

"La Tecnología Maltrecha —con M mayúscula de Marlowe— viene de cadenas de tiendas de electrónica como Good Guys, Radio Shack y Fry's Electronics. Es barata, asequible y muy peligrosa. Solamente hace falta recordar el vídeo de Rodney King que hizo George Holliday para reconocer el poder de una tecnología de gama tan baja. Además, como la capacidad de almacenamiento de las cintas y discos digitales no cesa de aumentar, igual que la vida de las baterías, y como el tamaño de las cámaras no para de reducirse, tampoco dejará de crecer la ventana para registrar acontecimientos mientras están teniendo lugar.

"La Tecnología Sofisticada —con S mayúscula de Slick— es lo contrario: cara, pesada de transportar y lenta. Pero también es muy poderosa. La manipulación digital permite crear casi cualquier cosa que a la imaginación se le pueda ocurrir, y todo ello en la seguridad de los confines de una sala de edición, provista de catering las 24 horas y con masajista *in situ"*.[182]

Tal como defienden Grundberg, Alabiso y Mitchell, esta capacidad impresionante para manipular imágenes algún día va a derrocar de forma permanente al cine y al vídeo de su posición sacrosanta de "testigos". La perversión de las imágenes hará que el vídeo de Rodney King sea inadmisible en un tribunal. ¶Por increíble que parezca, la declar

ación del alcalde Bradley de Los Ángeles — "Nuestros ojos no nos engañaron: vimos lo que vimos, y lo que vimos fue un crimen"— resultará simplement e ridicula. La verdad regresará de nuevo a los territorios turbios de la palabra y a la capacidad humana para juzgar sus peculiares modalidades. Esta tampoco es una predicción particularmente original. Tanto *Sol naciente*, de Michael Crichton como *Card Tricks*, de Delgado o *Confession of a Porn Star*, de Lisa Ma

rie “Raja Raja” B ader, tratan todos
de la naturaleza cada vez más cam
biante del unive rso digital. ¶En
su artículo “True Grit”, publicado
en el *New Yorker*, Anthony Lane

afirma que “la crudeza es el elemento más difícil de falsificar, y es por eso que siemp re eludirá hasta al prestidigitador de estudio más hábil. La cmdeza, sin embargo, no elude a Navidson”. ¶Recuérdese la salvaje escena registrada en película granulada de 16 mm de un turista devorado por los leones en una reserva natural en Angola (*Traces of Death*) y compárese con la ridicula y carísima comedia *Eraser*, en la que varios villanos son desmembrados por cocodrilos. [183]

William J. Mitchell ofrece una descripción alternativa de la “crudeza” cuando resalta la observación que hace Barthes de que la realidad incorpora “detalles en apariencia carentes de función ‘porque le sirven’ para señalar que ‘esto es una muestra sin filtrar de la realidad’”. [184] [185]

Kenneth Turan, sin embargo, discrepa con la conclusión de Lañe: “Navidson sí se ha ayudado de efectos especiales. No hay que engañarse y pensar que nada de todo esto es cierto. La crudeza no es más que crudeza, pero la sala que se estira es obra de Industrial Light & Magic”.

Tanto Ella Taylor como Charles Champlin, Todd McCarthy, Annette Insdorf, G. O. Pilfer y Janet Maslin, eluden la cuestión con un par de frases. Sin embargo, hasta los aficionados serios del documental o de las “imágenes en directo”, pese a expresar su asombro por los numerosos detalles que sugieren la veracidad de *El expediente Navidson*, no pueden dejar de percibir la completa absurdidad física de la casa.

Tal como dice en broma Sonny Beauregard: “Si no fuera por el hecho de que estamos ante un cuento gótico por antonomasia, nos lo habríamos tragado todo como bobos”.[186]

Tal vez el mejor argumento a favor de la autenticidad de *El expediente Navidson* no proceda de ningún crítico de cine, académico ni miembro de jurado de festival, sino de la Administración de Hacienda. Un somero vistazo a la declaración de la renta de Will Navidson, o aunque sea a las de Karen, Tom o Billy Reston, demuestra la imposibilidad de la manipulación digital.[187]

Simplemente, no podían permitírsela.

> Sonny Beauregard estima, haciendo un cálculo conservador, que los efectos especiales de *El expediente Navidson* habrían costado un mínimo de seis millones y medio de dólares. Teniendo en cuenta la suma de la Beca Guggenheim, la Beca del NEA y los límites de crédito de las Visa, las Mastercard y las American Express de todos los implicados, etc., etc., además de sus ahorros y patrimonios netos, a Navidson le seguirían faltando cinco millones y medio. Beauregard dice: “Partiendo del precio de los efectos especiales en la actualidad, resulta inconcebible que Navidson pudiera haber fabricado su casa”.

Resulta extraño, pues, que el mejor argumento a favor de la veracidad sea la absoluta incapacidad de sufragar la ficción. Así pues, parece que el fantasma que ronda *El expediente Navidson*, y que no para de aporrear la puerta, no es más que la amenaza recurrente de su propia realidad.[188]

Al final Jed vuelve a intentar cargar con Wax hacia lo que él confía que sea la dirección de regreso. También intenta de forma periódica mandar una señal de radio a Navidson, aunque jamás obtiene respuesta. Las baterías están casi agotadas y Jed no tiene demasiados deseos de desperdiciar energía en registrar para la posteridad lo que cada vez tiene más aspecto de ser un viaje hacia su propio final.

La penúltima secuencia encuentra a Jed acurrucado al lado de Wax en un cuarto muy pequeño. Wax está en silencio y Jed completamente agotado. Es notable cómo, aun afrontando su propia muerte, Jed se sigue negando a abandonar a su amigo. Le dice a la cámara que no va a avanzar más, pese a que el gruñido parece estar cerniéndose sobre ellos.

En el plano final, Jed dirige su cámara hacia la puerta. Al otro lado hay algo que la aporrea sin parar. Sea lo que sea que viene a por aquellos a los que jamás se volverá a ver, ha venido de[189] él, y Jed no puede hacer nada más que mostrar con la cámara cómo las bisagras de la puerta empiezan a desprenderse lentamente?[190]

Bibliografía

Arquitectura:

Brand, BRAND, Stewart: *How Buildings Learn: What Happens After They're Built*, Viking, Nueva York, 1994.

Jordan, R. Fumeaux: *A Concise History of Western Architecture*, Thames and Hudson Limited, Londres, 1969.

Kostof, Spiro: *A History of Architecture: Settings and Rituals*, Oxford University Press, Oxford, 1995.

Pothorn, Herbert: *Architectural Styles: An Historical Guide to World Design*, Facts On File Publications, Nueva York, 1982.

Pevsner, Nikolaus: *A History of Building Types*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1976.

Prost, Antoine y Gérard Vincent (eds.): *A History of Private Life: Riddles of Identity in Modern Times*, The Belknap Press de Harvard University Press, Cambridge, 1991.

Prussin, Labelle: *African Nomadic Architecture: Space, Plate, and Gender*, Smithsonian Institution Press, 1995.

Travis, Jack (ed.): *African American Architects In Current Practice*, Princeton Architectural Press, Inc., Nueva York, 1991.

Watkin, David: A *History of Western Architecture*, 2.ª ed., Laurence King Publishing, Londres, 1996.

Whiffen, Marcus: American Architecture Since 1780, The MIT Press, Cambridge, 1992.

Wu, Nelson Ikon: *Chinese and Indian Architecture: The City of Man, the Mountain of God, and the Realm of the Immortals*, George Braziller, Inc., Nueva York, 1963.

Cine:

Demasiado extensa para incluir una lista aquí.

X

> Toda casa es un "camino" arquitectónicamente estructurado: las posibilidades concretas de avanzar y el impulso que permite tal avance mientras uno se desplaza desde la entrada y atraviesa toda la secuencia de entidades espaciales han sido predeterminados por la estructuración arquitectónica de ese espacio, que uno experimenta de forma acorde. Al mismo tiempo, por su relación con el espacio circundante, también es una "meta", y o bien avanzamos hacia esa meta o bien nos alejamos de ella.
>
> Dagobert Frey
> *Grundlegung zu einer vergleichenden Kunstwissenschaft*

Karen posiblemente se haya sumido en el resentimiento y el miedo, pero el Navidson al que vemos parece contento, incluso eufórico, mientras parte en compañía de Reston y de su hermano a rescatar a Holloway y a su equipo. Casi parece que la entrada misma, ya no digamos el objetivo —cualquier objetivo—, en la perspectiva de esas regiones infinitas y sin luz, sea razón suficiente para alegrarse.

Usando película de cine de 16 mm (tanto en color como en blanco y negro) y película fotográfica de 35 mm, Navidson empieza a captar por primera vez las dimensiones del lugar y la sensación que produce éste. La autora Denise Lowery escribe la siguiente evocación de cómo Navidson fotografía la Antesala:

> La llama al rojo vivo vomita una luz que se enreda en Tom, que se engancha en los radios de la silla de ruedas de Reston y que proyecta formas cambiantes y dragones en una pared cercana. Pero ni siquiera esta danza acuática consigue iluminar más que una parte diminuta de una esquina. Navidson, Tom y Reston siguen avanzando por debajo de esos tejados de oscuridad y muros reforzados con sombras, encendiendo más bengalas, penetrando en ese mundo con sus lámparas halógenas, hasta que por fin lo que parecía indefinible asoma desde el vacío reverberante, implacable y ahora absolutamente obvio e innegable —como si jamás hubiera habido duda alguna sobre su forma, como si jamás pudiera haber existido un momento en que solamente la imaginación lograra penetrar en

aquellos recovecos del color de la brea, urdiendo su propia noción, mucho más perversa y retorcida y cargada de cosas mucho más extrañas y frías que ese breve juego de sombras que tiene lugar a la llama irregular del azufre—, mítico e inhumano, parpadeando, cambiando de forma y por fin apagándose en tomo al avance continuo de los hombres. [191]

Por supuesto, las dimensiones del Gran Recinto hacen que hasta una sala así parezca diminuta. Tal como informó Holloway en la Exploración n.° 2, el Gran Recinto tiene más de un kilómetro y medio de extensión, con lo cual resulta prácticamente imposible de iluminar. Así pues, el trío se limita a adentrarse en la negrura, marcando cuidadosamente su avance con abundante sedal de pescar, hasta que por delante de ellos se desvela una oscuridad todavía mayor, apostada en el centro de ese espacio inmenso e incomprensible.

En una de las fotografías del Gran Recinto encontramos en primer plano a Reston, sosteniendo una bengala cuya luz apenas roza una pared de color ceniza que se eleva ante él hasta unas alturas inescrutables del color de la brea, mientras que de fondo vemos a Tom rodeado de bengalas que hacen frente con ineficacia a la muralla impenetrable de vacío que se cierne alrededor de la Escalinata de Caracol.

Tal como comenta Chris Thayil: “El Gran Recinto parece el interior de un casco de embarcación preternatural diseñado para navegar por océanos de una magnitud jamás vista en este mundo”.[192]

Como el objetivo principal es rescatar al equipo de Holloway, Navidson hace muy pocas fotografías. Por suerte para nosotros, sin embargo, el inicio de esta secuencia se basa casi por completo en esas escasas pero sobrecogedoras instantáneas, y no en las mucho más abundantes pero tremendamente inferiores cintas de vídeo, que aquí se usan principalmente para aportar sonido.

Al final, cuando los exploradores comprenden que Holloway y su equipo no se encuentran en ningún lugar cercano al Gran Recinto, acuerdan que Reston acampe en lo alto de la escalinata mientras Navidson y Tom siguen bajando.

Pasamos entonces a las Hi 8 y a las reacciones de Navidson y Reston ante el anuncio de Tom.

—Y una mierda —le ladra Navidson a su hermano.

—Navy, que yo no puedo bajar ahí —tartamudea Tom.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Que los estás abandonando?

Por suerte, Billy Reston solamente tiene que tocar el brazo de su amigo para obligarlo a echarle un vistazo a su hermano. Tal como podemos ver por nosotros mismos, Tom está pálido, jadeante y, a pesar del frío, suda profusamente. Salta a la vista que no está en condiciones de avanzar ni un paso más, ya no digamos de abordar las simas profundas de la escalera.

Navidson respira hondo.

—Lo siento, Tom, no era mi intención hablarte en ese tono.

No hay respuesta

—¿Crees que puedes quedarte aquí con Billy o quieres volver a casa? Tendrías que volver tú solo.

—Me quedo aquí.

—¿Cómo que con Billy? —replica Reston—. ¿Qué te has creído? Estás loco si piensas que voy a dejar que vayas solo.

Pero Navidson ya ha empezado a bajar por la Escalinata de Caracol.

—Tendría que ponerle una demanda a los cabrones que diseñaron esta casa —le grita Reston mientras él se aleja—. ¿No han oído hablar de las rampas para minusválidos?

Empiezan a pasar los minutos a oscuras. Basándose en el descenso de Holloway, Navidson ha calculado que la escalinata tiene más de veinte kilómetros de largo. Menos de cinco minutos más tarde, sin embargo, Torn y Reston oyen un grito. Se asoman a la baranda y descubren a Navidson sosteniendo un tubo luminiscente y plantado al pie de las escaleras, a no más de treinta metros. Torn da inmediatamente por sentado que se han equivocado de escalinata.

La exploración posterior de Navidson, sin embargo, revela restos de boyas de neón dejados por el equipo de Holloway.

Sin decir palabra, Reston se apea de la silla y empieza a bajar las escaleras. En menos de veinte minutos ha alcanzado el último peldaño.

Navidson sabe que no le queda más remedio que aceptar la participación de Reston, de manera que vuelve a subir para recoger la silla de ruedas y el resto de su equipo.

Por asombroso que resulte, no parece que a Tom le suponga ningún problema acampar junto a la escalinata.

Tanto Navidson como Reston confían en que la presencia de Tom les permita mantener el contacto por radio durante mucho más tiempo que Holloway. Ello a pesar de que ambos saben que la casa terminará devorando su señal.

En cuanto Navidson y Reston salen al laberinto, empiezan a encontrar restos de boyas de neón y pedazos de varios tipos de sedal de pescar. Ni siquiera el sedal de acero de hebra múltiple parece inmune a los efectos reductores del lugar.

—Parece imposible dejar aquí una señal que dure —comenta Navidson.

—Es como esa mujer que no te conviene —bromea Reston, apañándoselas para que su silla de ruedas vaya siempre un poco por delante de Navidson.

Pronto, sin embargo, Reston empieza a sufrir náuseas y hasta vomita. Cuando Navidson le pregunta si se encuentra mal, él niega con la cabeza.

—No, es más bien… Joder, no me sentía así desde que salí a alta mar a pescar agujas.

Navidson especula con el hecho de que el mareo de Reston, o su *"mal de mer*", tal como él lo llama, pueda tener algo que ver con la naturaleza cambiante de

la casa.

—Aquí todo cambia constantemente. A Holloway, Jed y Wax les costó casi cuatro días llegar al pie de la escalinata, y sin embargo nosotros la hemos bajado en cinco minutos. La escalera se ha encogido como un acordeón. —A continuación mira a su amigo—. Te das cuenta, supongo, de que como se vuelva a alargar la habrás cagado a base de bien.

—Teniendo en cuenta las provisiones que llevamos —le replica Reston—, yo diría que la hemos cagado los dos.

Tal como se ha mencionado ya en el capítulo III, algunos críticos creen que las mutaciones de la casa reflejan la psicología de todo el que entra en ella. El doctor Haugeland afirma que la extraordinaria ausencia de información sensorial obliga al individuo a fabricar sus propios datos.[193] En su estupendo estudio del espacio, Ruby Dahl postula que la casa de Ash Tree Lañe es un "potenciador del solipsismo", y defiende que "la casa, los pasillos y las habitaciones se convierten en el yo: encogiéndose, alargándose, escorándose y cerrándose, pero siempre en perfecta relación con el estado mental del individuo".[194]

Si uno acepta la lectura de Dahl, hay que concluir que la criatura de Holloway no viene de la casa, sino de la mente de Holloway; que el cuarto diminuto en cuyo interior se encuentra atrapado Wax es un reflejo de su estado de agotamiento y desesperación, y que el rápido descenso que lleva a cabo Navidson refleja su conocimiento de que la Escalinata de Caracol *no* carece de fondo. Tal como comenta el doctor Haugeland:

> La epistemología de la casa sigue correspondiéndose totalmente con su tamaño. Al fin y al cabo, uno siempre aborda lo desconocido con mayor cautela la primera vez. Por eso parece mucho más extensa de lo que literalmente es. El conocimiento del terreno en la segunda visita contrae de forma espectacular esta noción de la distancia.
>
> ¿Quién no ha ido alguna vez a pasear por un parque poco familiar y le ha parecido que era enorme, pero luego ha ido por segunda vez y ha descubierto que en realidad el parque era mucho más pequeño de lo que inicialmente había percibido?

Cuando volvemos a visitar lugares que habíamos frecuentado de niños, no es raro observar que todo parece mucho más pequeño. A menudo esta experiencia se ha atribuido erróneamente a las diferencias físicas entre los niños y los adultos. En realidad obedece mucho más a las dimensiones epistemológicas que a las corporales: el conocimiento tiene el mismo efecto que el agua caliente sobre la lana. Encoge el tiempo y el espacio.

(Es cierto que hay situaciones en que el aburrimiento, debido a la repetición, *alarga* el tiempo y el espacio. Abordaré de forma específica este problema en un capítulo posterior titulado "Ennui".)[195]

Cuando el equipo de Holloway descendió por la escalinata, no tenían ni idea de si encontrarían un final. Navidson, sin embargo, sabe que las escaleras son finitas y, por tanto, el descenso le causa menor ansiedad.

A diferencia del mundo real, el viaje de Navidson al interior de la casa se ve acortado no de forma meramente figurativa, sino literal.[196]

Esta idea de que las estructuras se ven alteradas por la percepción no es algo exclusivo de *El expediente Navidson*. Hace casi treinta años, Günter Nitschke describió lo que él denominaba "espacio concreto o experimentado":

> Ese espacio tiene un centro —el hombre que lo percibe—, y por consiguiente dispone de un excelente sistema de direcciones que cambia al compás de los movimientos del cuerpo humano; es un espacio limitado y en absoluto neutral. En otras palabras, es finito, heterogéneo y se percibe y define de forma subjetiva; las distancias y direcciones se establecen en relación con el hombre…[197]

Christian Norberg-Schulz discrepa y condena la idea de las experiencias arquitectónicas subjetivas por la conclusión en apariencia absurda que ello implica, que es básicamente que “la arquitectura solamente existe cuando se la experimenta”.[198]

Norberg-Schulz afirma: “Está claro que el espacio arquitectónico existe independientemente de su testigo casual, y que dispone de centros y direcciones propios”. Atendiendo a las construcciones de cualquier civilización, cuesta no estar de acuerdo con él. Sin embargo, al centramos en la casa de Navidson, estas afirmaciones empiezan a desdibujarse.

¿Puede la casa de Navidson existir sin la experiencia de sí misma?

¿Es posible pensar en ese lugar como algo no “moldeado” por las percepciones humanas?

Máxime teniendo en cuenta que todo el que entra en ella se encuentra con una visión casi del todo —aunque es cierto que no del todo— distinta a la de los demás.

Hasta Michael Leonard, que jamás oyó hablar de la casa de Navidson, profesaba su creencia en "las dimensiones psicológicas del espacio". Leonard afirmaba que la gente crea una *"sensación* del espacio" en la que el resultado final "del proceso de percepción es una sensación única, la 'noción' de ese lugar particular […]".[199]

En su libro *The Image of the City*, Kevin Lynch sugiere que la cognición emocional de todo entorno está arraigada en la historia, o por lo menos en la historia *personal*.

> [La imagen del entorno, una imagen mental general del mundo físico extemo] es producto tanto de la sensación inmediata como del *recuerdo de la experiencia pasada*, y se usa tanto para interpretar información así como de guía para los propios actos.[200]
>
> [cursivas de énfasis añadidas]

O bien, tal como insistía Jean Piaget: “Resulta bastante obvio que la percepción del espacio implica una construcción gradual y que ciertamente no se encuentra ya formada en el inicio del desarrollo mental”.[201] Igual que sucede con la atención que presta Leonard a la *sensación* y el énfasis que pone Piaget en la construcción de la percepción, la importancia que atribuye Lynch a la experiencia pasada le permite introducir cierto grado de subjetividad en la cuestión del espacio y más concretamente de la arquitectura.

En lo tocante a la casa de Navidson, la subjetividad parece más bien una cuestión de grado. El Pasillo Infinito, la Antesala, el Gran Recinto y la Escalinata Espiral existen para todos, por más que sus envergaduras y hasta sus trazados respectivos experimenten cambios. Otras zonas de la casa, sin embargo, nunca parecen replicar dos veces la misma configuración, tal como demuestra la película en repetidas ocasiones.

No hay duda de que se seguirá especulando durante mucho tiempo sobre qué fuerzas alteran y ordenan las dimensiones de ese lugar. Pero incluso si los cambios resultan ser una especie de absurdo test de Rorschach interactivo producto de alguna ley peculiar y todavía desconocida de la física, aun así las náuseas de Reston reflejan el hecho de que la desorientación a menudo inquietante que uno experimenta dentro de ese lugar, ya actúe directamente sobre el oído interno o bien sobre el laberinto interior de la psique, puede tener consecuencias fisiológicas.[202]

Por suerte, a Reston las náuseas no le duran mucho, de manera que él y Navidson pueden pasarse el resto del día adentrándose cada vez más en el laberinto.

Al principio van siguiendo los escasos rastros del primer equipo, pero después se limitan a guiarse por sus propios instintos. Basándose en el hecho de que en las escaleras quedaban muy pocos restos del descenso del primer equipo, Navidson decide que las boyas de neón y el sedal de pescar duran como mucho seis días antes de ser completamente consumidos por la casa.

Cuando por fin acampan, los dos hombres están desanimados y agotados. Pese a todo, los dos aceptan turnarse para montar guardia. Navidson hace el primer tumo y se lo pasa quitándose la gasa negra y manchada de entre los dedos de los pies —salta a la vista que es un proceso doloroso—, antes de volver a aplicarse ungüento y vendas limpias. Reston se pasa su tumo manipulando su silla de ruedas y la montura de la Arriflex.

A excepción de su propios movimientos debidos al nerviosismo, ninguno de los dos oye nada durante la noche.

Hacia el final del segundo día que pasan allí dentro (que ya es el noveno desde que el equipo de Holloway emprendió su viaje al interior de la casa), los dos parecen indecisos sobre la conveniencia de continuar o regresar.

Cuando están acampando para pasar la segunda noche, Navidson oye algo. Una voz, tal vez un grito, pero tan fugaz que de no ser porque Reston se lo confirma, probablemente él lo habría descartado por considerarlo un simple producto de la imaginación.

Los dos hombres dejan atrás la mayor parte del equipo y salen en persecución del sonido. Se pasan cuarenta minutos sin oír nada y ya están a punto de desistir cuando sus oídos vuelven a verse recompensados por otro grito lejano. El avance vertiginoso de los dígitos de la pantalla nos permite ver que se pasan tres horas entrando y saliendo de una serie de habitaciones y pasillos, a menudo moviéndose muy deprisa, aunque sin olvidarse en ningún momento de marcar su camino con boyas de neón y cantidades abundantes de sedal de pescar.

En un momento dado, Navidson consigue comunicarse con Tom por la radio, solamente para descubrir que a Karen le pasa algo. Por desgracia, la señal se pierde antes de que podamos averiguar más detalles. Por fin Reston detiene la silla de ruedas y se pone a dar golpes en la pared con el dedo. Presenciamos su áspera afirmación en la grabación de la Hi 8:

—No tengo ni idea de cómo atravesar esto, pero esos chillidos vienen del otro lado.

Después de explorar más pasillos y más recodos, Navidson acaba llevándolos por un estrecho pasillo que termina en una puerta. Navidson y Reston la abren únicamente para descubrir otro pasillo que lleva a otra puerta. Avanzan lentamente a través de casi una cincuentena de puertas (es imposible calcular el número exacto por los cortes del montaje), hasta que Navidson descubre por primera y única vez una puerta que no tiene pomo. Y lo que es todavía más extraño, cuando intenta abrirla, descubre que está cerrada con pestillo. La expresión de Reston no comunica más que incredulidad.[203]

Mientras Navidson se aleja para volver a examinar el obstáculo, oye un gemido procedente del otro lado. Retrocede dos pasos y golpea la puerta con el hombro. La hoja se comba pero no cede. Él la embiste una y otra vez y cada uno de sus golpes tensa más los tomillos y las bisagras, hasta que al cuarto intento, por fin, arranca los goznes, hace saltar los tomillos que quedaban y manda la puerta al suelo con un crujido.

Reston enfoca a Navidson con la Arriflex, y aunque la imagen es un poco borrosa, cuando la puerta por fin cede, el plano acepta con agradecimiento los rasgos cenicientos de Jed, absortos en lo que él ha llegado a creer que es su último momento.

Toda esta secuencia se compone de una serie bastante tosca de cortes que alternan entre la Hi 8 de Jed y la perspectiva igualmente pobre de la cámara de 16 mm y las Hi 8 de Navidson y Restan. Pese a todo, lo más importante queda adecuadamente plasmado: la alquimia del contacto social que entra en juego cuando el jadeo aterrado de Jed se transforma casi al instante en risas y sollozos de alivio. En cuestión de segundos, un hombre de treinta y tres años de Vineland, Nueva Jersey, a quien le gusta beber café de Seattle y escuchar a Lyle Lovett en compañía de su novia, descubre que le han condonado la sentencia.

No va a morir.

Con tanta diligencia como los análisis minuciosos de la película de Zapruder. los incontables exámenes plano a plano que han llevado a cabo demasiados críticos como para mencionarlos aquí a todos[204] revelan que una fracción de segundo más tarde una bala le atraviesa el labio superior, le abre un agujero en el hueso maxilar y le arranca la parte central de la dentadura, que queda destrozada (rollo 10, fotograma 192); a continuación, en el siguiente fotograma (rollo 10, fotograma 193) le destruye la parte de atrás de la cabeza y le desparrama fragmentos de lóbulo occipital y hueso parietal en forma de una rociada instantánea y absurda, inútilmente preservada en la luz del celuloide (rollo 10, fotogramas 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204 y 205). Información más que de sobra para seguir las trayectorias de cada uno de los trozos de cráneo y los grumos de sangre, determinar sus destino y tal vez sus orígenes, pero no suficiente ni mucho menos para recomponer la destrucción. He aquí pues…

las

postrimerías

del sentido

Una vida

que

termina entre

el espacio de

dos fotogramas.

La línea oscura en la que el

ojo persiste en ver algo

que nunca ha estado ahí

Para[205] empezar

Ken Burns se ha servido de este momento en concreto para ilustrar la idea de que *El expediente Navidson* va mucho más allá de Hollywood: “No solamente es cruda y descarnada y dura, sino que cabe destacar también la forma en que el *zoorn* ataca el fugaz acontecimiento después de que se produzca. El plano no anticipa la acción, no puede. ¡Jed está en la esquina inferior izquierda del plano! No hay nada predeterminado ni previsto. Todo es dolorosamente presente; por eso resulta tan dolorosamente real”.[206]

Jed se encoge, despojado de su momento de alegría por un trozo de plomo del tamaño de la punta de un meñique, que lo deja muerto en el suelo, mientras a su alrededor se forma un charco negro de sangre.

En los planos siguientes —casi todos de la Hi 8—, vemos que Navidson se lleva a rastras a Wax y a Jed a un sitio seguro al tiempo que intenta hablar con Tom por radio.

Reston responde al fuego con una HK del calibre 45.

—¿Desde cuándo llevas pistola? —le pregunta Navidson, agachado junto a la puerta.

—¿Estás de broma? Este sitio *da miedo.*

Otro disparo retumba en el cuartito.

Reston regresa con su silla al borde de la puerta y dispara tres veces más. En esta ocasión nadie le devuelve el fuego. Vuelve a cargar. Pasan unos segundos.

—No veo nada, hostia —susurra Restan.

Y es cierto: ninguna de sus linternas puede horadar la negrura con eficacia a tanta distancia.

Navidson coge su mochila para sacar la Nikon y la luz estroboscópica Metz con su espejo parabólico.

Gracias a la potencia de su flash, ahora la Hi 8 consigue captar una sombra a lo lejos. Las fotografías, sin embargo, son todavía más claras y revelan que la sombra es la silueta borrosa de un hombre.

plantado
en
el
centro
mismo
de
la
imagen

con
un
rifle
en
la
mano.

Luego, en el preciso momento en que la luz estroboscópica lo capta levantando el arma, que presumiblemente apunta al flash cegador, oímos una serie de estampidos. Ni Navidson ni Reston tienen ni idea de dónde vienen los ruidos, aunque por suerte las fotografías revelan lo que está sucediendo:

todas esas puertas

que hay detrás

del
hombre

se
están
cerrando
de
golpe

una

tras

otra

tras

otra,

lo cual sin embargo no impide que la figura dispare.

— ¡Hostia putaaaa! —grita Reston.

Pero Navidson mantiene la Nikon firme y enfocada, con el motor engullendo un carrete entero de película mientras el flash acomete con furia la oscuridad cir

cúndante, captando por fin

una
forma
oscura

que desaparece

detrás
de
una
puerta

que se cierra

pese a que en el marco
se abre un agujero
del tamaño de
un puño,

y
a que
la munición
es lo bastante
potente para que
la bala atraviese
la segunda
puerta,

aunque

no

lo

bastante

como

para

llegar

más

que

a

hacerle

trizas

un

panel,

antes de que este desperfecto desaparezca junto con

el estampido detrás del estruendo de los portazos,

hasta que por fin se cierra la última puerta, dejando

el
cuarto

saturado de silencio.

Navidson echa a correr por el pasillo hasta la primera puerta, pero no encuentra manera de atrancarla.

—Está vivo —susurra Reston—. Navy, ven aquí. Jed respira.

La cámara muestra el punto de vista de Navidson cuando éste regresa adonde está el joven agonizante.

—No importa, Rest. Está muerto.

A continuación la mirada de Navidson traza una rápida panorámica, desde el desparrame absurdo de materia gris y de sangre a otros asuntos más urgentes: el gemido de los vivos lo aparta del suspiro de los muertos.

A pesar de la herida que tiene en el hombro y de la sangre que ha perdido, a Wax le queda mucha vida. Podemos ver que la fiebre —probablemente debida al inicio de una infección— lo ha sumido en el delirio, y aunque tiene a sus rescatadores al lado mismo, su mirada permanece clavada en un horizonte tan vacío como carente de significado. El plano que hace Navidson de Jed, aunque breve, no es ni mucho menos tan corto como éste de Wax.

En el siguiente plano, filmado por lo menos quince minutos más tarde y en una localización distinta, vemos que Navidson le levanta las piernas a Wax, le limpia la herida y le suministra con cuidado media tableta de calmante, probablemente petidina.[207]

Entretanto, Reston termina de convertir su tienda de campaña doble en una camilla improvisada. Después de colocar los postes de la tienda de manera que proporcionen el mayor apoyo posible, usa unas correas de mochila para formar sendas asas que permitan a Navidson llevar con más facilidad el extremo de atrás.

—¿Qué hacemos con Jed? —pregunta Reston, mientras empieza a atar el extremo delantero de la camilla a la parte posterior de su silla de ruedas. —Dejaremos aquí su mochila y la mía.

—Hay costumbres que no cambian fácilmente, ¿eh?

—O que no cambian nunca —replica Navidson.[208]

Un poco mas tarde, Navidson consigue hablar con Tom por radio y le ordena que se reúna con ellos al pie de las escaleras.

XI

La poëte au cachot, débraillé, maladif,
Roulant un manuscrit sous son pied convulsif,
Mesure d'un regard que la terreur enflamme
L'escalier de vertige où s'abîme son âme.

Charles Baudelaire[209]

Mientras Karen se queda en casa y Will Navidson se dirige al frente, Tom se pasa dos noches en tierra de nadie. Hasta se ha traído su bol sita de maría y el papel de liar, aunque a largo plazo los efectos de la hierba no lo van a reconfortar, precisamente.

Lo más seguro es que cuando Tom pone el pie por primera vez en aquel lugar, hasta el último instinto de su cuerpo le está gritando que salga de allí de inmediato y vuelva corriendo a la sala de estar, a la luz del día y a la feliz medianía de su vida. Por desgracia, se trata de un impulso al que no puede obedecer, puesto que se le necesita cerca de la Escalinata de Caracol a fin de mantener el contacto por radio.

El mismo Tom admite que no se parece en nada a su hermano. Ni tiene su feroz ambición ni tampoco la obsesión por correr riesgos. Pese a que ambos hermanos pagaron el mismo precio por el narcisismo de sus padres, Will siempre ha dependido de la agresión para dar estabilidad al mundo, mientras que Tom acepta pasivamente lo que sea que el mundo quiera darle o quitarle. Tom no ha ganado premios ni ha alcanzado la fama, los trabajos no le duran más de un año o dos, y no aguanta más que unos meses en ninguna relación; tampoco consigue establecerse en ninguna ciudad más que unos años y a fin de cuentas no tiene ni una casa ni una dirección que pueda considerar suyas. Va a la deriva, plegándose a las presiones diarias y sin protestar cuando lo despojan de las cosas que debería reivindicar como legítimamente suyas. Y en ese triste dejarse llevar por la corriente, Tom mitiga el dolor con alcohol y unos cuantos porros al día, lo que él llama su "neblina amistosa".

Por irónico que parezca, sin embargo, Tom cae mejor que Will. Tanto física como emocionalmente, Tom resulta mucho menos duro que su hermano. Es tierno, tranquilo y de él emana una paz que suele estar reservada a los monjes budistas.

El ensayo de Anne Kligman sobre Tom es de una brevedad casi poética. En solamente una

página y media condensa cincuenta y tres entrevistas con amigos de Tom, todos los cuales hablan con calidez y generosidad de ese hombre al que admiten no conocer demasiado bien, pero a quien pese a todo valoran y en algunos casos parecen querer de forma genuina. Will Navidson, por otro lado, cuenta con el respeto de millares de personas pero “nunca ha suscitado el mismo afecto instintivo que inspira su gemelo”.[210]

Existen muchas exégesis sobre la extraordinaria relación que mantienen los dos hermanos. Aunque no es la primera persona que establece la comparación, el tratamiento que hace Osicer Podot de Will y Tom como unos Esaú y Jacob contemporáneos se ha convertido en el estándar académico. Podot considera que la historia bíblica de los gemelos que luchan por la primogenitura y la bendición del padre es el espejo perfecto en el que contemplar a Will y a Tom, “que al final comparten el mismo triste destino que Jacob y Esaú: *yipparedu*”.[211] [212]

Por increíble que parezca, al libro de Podot no le sobra ni una de las novecientas páginas que tiene. Tal como ella misma dice, “analizar de forma adecuada la historia de Esaú y Jacob representa deshojar con gran esfuerzo, capa a capa, el más delicado milhojas”.[213]

[214]

Por supuesto, también tiene una envergadura capaz de agotar cualquier interés del lector por el tema. Podot acepta ese riesgo y alega que, en última instancia, la inversión que hace el lector en una serie de ideas tan compleja y tan ineludiblemente trabajosa le acabará ofreciendo una perspectiva muy superior a cualquier cosa que pueda experimentarse de forma casual.

En el capítulo titulado *“Va- yachol, Va-yesht, Va-yakom, Va-yelech, Va-yivaz”*, Podot reevalúa el significado de la primogenitura tratándola como una simple[215]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

pero el señor Yahvé —a quien demasiado a menudo se acusa de literalista— instruye a Rebeca en las sutilezas del lenguaje por medio de la ironía:

Y el Señor le dijo: dos naciones hay en tu seno, dos pueblos que al salir de tus entrañas se dividirán; un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al pequeño.

Y cuando se cumplieron los días de dar a luz, resultó que *había* mellizos en su seno**.**

(Génesis 25: 23-24)

[El subrayado es de Chalmer]

Por un lado, Yahvé anuncia una jerarquía de edad, y por el otro afirma que los niños tienen la misma edad.[216]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

“Esaú” viene de la raíz *ash*, que quiere decir “apresurarse”, mientras que “Ya’akov” viene de

la raíz *akav*, que significa “retrasar” o “contener”[217] (es decir, que Esaú entró primero en el mundo y Jacob después). Pero “Esaú” también está conectado con *asah*, que quiere decir “cubrir”, mientras que “Jacob” deriva de *aqab*, que significa “talón” (es decir, que Esaú estaba cubierto de pelo y Jacob nació agarrado del talón de Esaú, refrenándolo).[218]

Freed Kashon no es el único que discrepa de forma convincente de la comparación que hace Podot cuando señala que en realidad el más peludo de los dos es Holloway, y no Tom. “Su barba, su aspecto hosco y hasta su profesión de cazador convierten a Holloway en el perfecto Esaú. La tensión que hay entre Navid- son y Holloway también está más a la par con la que existe entre Jacob y su hermano.”[219]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

La intensidad del conflicto entre Esaú y Jacob viene enfatizada por la palabra *vayitroz- zu*, que procede de la raíz *rzz*, “rasgar o hacer pedazos”. La comparación falla, sin embargo, cuando uno se da cuenta de que Will y Tom jamás se entregan a esa clase de conflicto violento.

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Durante su infancia, Tom y Will casi nunca se separaron. Se prestaban mutuamente apoyo, ánimos y la fuerza que necesitaban para salir adelante ante la realidad de la indiferencia de sus padres.[220] Por supuesto, el entrecruzamiento continuo de sus años de adolescencia se deshizo al llegar a la vida adulta. Will se entregó a la fotografía y a perseguir la fama como vías para llenar el vacío emocional, mientras que Tom se dejó llevar por una existencia vulgar y mayo- ritariamente interior.

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Tom, sin embargo, nunca se escondió detrás de ese sentido que una carrera le añade a la vida. Jamás adoptó la retórica del triunfo. De hecho, su vida nunca fue mucho más allá del momento presente.

Pese a todo, y a pesar de una feroz lucha contra el alcoholismo, Tom consiguió conservar su sentido del humor, y en su programa de Alcohólicos Anónimos inspiró a muchos admiradores suyos que todavía hoy dicen maravillas de él.

De todos los malos tiempos que le tocó correr, las mayores penurias las experimentó durante los ocho años que se pasó distanciado de su hermano, o, citando sus palabras, “cuando al viejo Tom le sacaron la alfombra de debajo de los pies”. No es para nada coincidencia que durante este periodo sucumbiera a las adicciones químicas, se quedara en el paro y terminara de forma prematura una incipiente relación con una joven maestra. *El expediente Navidson*, sin embargo, nunca explica qué provocó la ruptura entre Tom y Will, aunque da a entender que Tom envidiaba el éxito de Navy y que estaba cada vez menos satisfecho con sus propios logros.[221]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

En su artículo “Brothers In Arms No More”, publicado en el *Village Voice*, Carlos Brillant comenta que el dis- tanciamiento entre Tom y Will comenzó con el nacimiento de Chad: “Aunque es una completa especulación por mi parte, me pregunto si el hecho de que haga falta una cantidad tan grande de energía para llevar una familia no provocó que Will dejara de prestar atención a su hermano. De pronto Tom descubrió que su hermano —su único apoyo y simpatizante—, estaba dedicando cada vez más tiempo a su propio hijo. Es posible que Tom se sintiera abandonado.[222]

Annabelle Whitten se hace eco de estos sentimientos cuando señala que Tom decía a veces de sí mismo que se había quedado “huérfano a los cuarenta años”.[223] El año en que Tom (y Will también, claro) cumplió cuarenta fue el mismo en que nació Chad.

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

No deja de ser irónico que la presencia de Tom en la casa de Ash Tree Lañe acabara contribuyendo a que Will y Karen se llevaran mejor. Tal como afirma Whitten: “El deseo que tiene Tom de recuperar a las figuras paterna y materna que había perdido transmutó a Navidson en padre y a Karen en madre, ofreciendo así una explicación de por qué es frecuente que Tom procure reducir las tensiones entre ambos”.[224]

Por supuesto, tal como decía Oítarit Nemse: “¿Y por qué? Pues porque Tom es un tipo majo”.[225]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

A Esaú le robaron la bendición con una máscara. Tom no lleva máscara y Will lleva una cámara. Pero, tal como escribió Nietzsche: “Todo espíritu profundo necesita una máscara”.[226]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Y sin embargo, pese a que a Jacob le surtió efecto su treta, tendría que haber hecho caso de esta advertencia: “Maldito el que hiciere errar al ciego en el camino” (Deuteronomio 27, 18). Y está claro que Jacob recibió una maldición: la de tener que pasarse el resto de su vida atormentado por la cuestión de la propia dignidad.[227]

A Navidson le ocurrió exactamente lo mismo.[228]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

≠

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

“A mí Tom me pareció un hombre increíblemente pacífico. Sencillo y honrado, pero por encima de todo pacífico.”[229]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Aquí el análisis de Podot revisa de forma inesperada el sentido de la herencia perdida de Esaú, desvelando una historia no manifiesta, cubierta por un velo de ironía y de vacío, una historia que sin embargo muestra que un hermano no podría haber triunfado sin el otro. Puede que Caín no fuera el guardián de su hermano, pero está claro que Esaú sí lo fue.[230]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

"…diestro en la caza"
"del campo"
"varón quieto, que habitaba en tiendas"[231]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Esto es, por tanto, lo que representa Esaú.

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Tal como escribe Scholem: "La visión suprema que tuvo Frank del futuro se basaba en las leyes no reveladas de la Torá del *atzilut* que les prometió a sus discípulos que se harían efectivas en cuanto 'llegaran a Esaú', es decir, cuando por fin se llevara a cabo el paso por el 'abismo', con su destracción y su negación sin límites".[232]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Pero, tal como nos recuerda una gran máxima hasídica: "El Mesías no llegará hasta que hayan cesado las lágrimas de Esaú".[233]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

y de esa forma regresa a Tom y Will Navidson, divididos por la experiencia, dotados de talentos y disposiciones distintos, pero aun así hermanos que no eran "nada sin el otro".

Tal como escribe Podot en su capítulo final: "Aunque las diferencias están ahí, igual que las serpientes del Caduceo, los dos hermanos siempre han estado y siempre estarán unidos de forma inextricable; e igual que pasa con el Caduceo, la unión de sus historias crea un sentido, y ese sentido es la salud".[234]

rzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz

Al final de la primera noche Tom ya ha empezado a sentir la terrible presión del lugar. En un

momento dado incluso amenaza con abandonar su puesto. Pero no lo hace. La devoción que siente por su hermano acaba imponiéndose a sus temores. De manera que aguanta junto a la radio y "se dedica a roer el aburrimiento igual que un perro roe un hueso, sin dejar en ningún momento de mirar de reojo a su *miedo* como una mangosta".[235]

Por suerte para nosotros, sobreviven algunos restos de esta pugna en su grabación de Hi 8, donde Tom se dedicó a grabar una historia ecléctica, a veces graciosa y a veces grotesca, de pensamientos que le iban viniendo a la cabeza en medio de aquella oscuridad atroz.

La historia de Tom

[Transcripción]

Día 1 −10:38

[Fuera de la tienda de Tom;
el frío le condensa la respiración]

¿A quién intento engañar? En un sitio como éste tiene que haber fantasmas. Eso es lo que les ha pasado a Holloway y a su equipo, que los han pillado los fantasmas. Y eso nos va a pasar también a mí y a Navy. La diferencia es que él está con Reston. Él no está solo. Yo sí. La cosa está clara. Los fantasmas siempre van primero a por el que se queda solo. Seguro que ya están aquí. Acechando.

Día 1 −12:06

[A fin de mantener el contacto, ha sido
necesario colocar la radio fuera de la tienda]

Radio (Navidson): Tom, hemos encontrado otra boya de neón. Casi no queda nada. Un jirón. Vamos a soltar sedal y seguir adelante.

Tom a la radio: Muy bien, Navy. ¿Habéis visto fantasmas?

Radio (Navidson): Nada. ¿Tienes miedo?

Tom: Me estoy encendiendo un buen peta.

Radio (Navidson): Si no lo puedes aguantar, vuélvete. Nosotros nos apañamos.

Tom: Vete a la mierda, Navy.

Radio (Navidson): ¿Cómo?

Tom: Que con mi pan me lo como.

Radio (Navidson): ¿Qué?

Tom: Aquél

Radio (Navidson): ¿Qué?

Tom: Nada, hombre. Cambio. Corto. Lo que sea.

[Cambio de canales]

Tom: Karen, soy Tom.

Radio (Karen): Eso espero. ¿Cómo está Navy?

Tom: Bien. Ha encontrado otra boya.

Radio (Karen): ¿Y Billy?

Tom: Bien también.

Radio (Karen): ¿Tú cómo lo llevas?

Tom: ¿Yo? Pues tengo frío, estoy cagado de miedo y me da la sensación de que se me van a comer en cualquier momento. Pero por lo demás, yo diría que bien.

Día 1 −15:46

[Dentro de la tienda]

Muy bien, señor Monstruo. Sé que estás ahí y que tienes planeado devorarme, y yo no puedo hacer nada al respecto, pero tengo que avisarte de que llevo años alimentándome abase de comida rápida, patatas grasientas y un número considerable de batidos de poliuretano. También fumo mucha mana. Tengo los pulmones más negros que el alquitrán. Lo que quiero decir, señor Monstruo, es que no tengo buen sabor.

Día 1 −18:38

[Fuera de la tienda]

Esto es ridículo. Éste no es mi sitio. Ni el mío ni el de nadie. Navy, eres un cabrón por haberme traído aquí. Pero si soy un vago. Siempre estoy zampando.

Y son cosas que considero cualidades. No soy ningún héroe. No soy un aventurero. Soy Tom el caracol,

Tom el gordinflón, Tom el fumeta, Tom el que está a punto de ser devorado por el señor Monstruo. ¿Dónde estás, señor Monstruo, cabronazo de mierda? ¿Te has quedado dormido en vez de trabajar?

Día 1 − 21:09

[Fuera de la tienda]

Me encuentro mal. Estoy congelado. Me largo.

[Vomita]

Esto no tiene gracia. No es justo.

[Pausa]

Creo que esta noche dan un partido por la tele.

Día 1 − 23:41

[Fuera de la tienda]

Tom: ¿Qué son esas voces?

Radio (Karen): Daásy no lo sabe. Chad dice que parecían de varias personas, pero no ha entendido lo que decían.

Tom: Resérvame un vuelo a las Bahamas.

Radio (Karen): ¿Estás de broma? Reservo un vuelo para la familia entera. Esto es absurdo.

Tom: ¿Dónde hay una botella de bourbon cuando hace falta? [Pausa] Eh, será mejor que corte. No quiero acabar con todas las baterías gastadas.

Radio (Karen): Dile que le quiero, Tom.

Tom: Ya se lo he dicho.

Día 2-00:11

[Fuera de la tienda, fumándose un porro]

A esto lo llamo "Un cuentecito para poner a dormir a Tom".

Hace mucho tiempo había un capitán de barco que estaba navegando por la mar océana cuando uno de sus hombres avistó un barco pirata en el horizonte. Justo antes de que empezara la batalla, el capitán gritó: "¡Traedme mi camisa roja!". Fue una larga batalla, pero al final el capitán y su tripulación salieron victoriosos. Al día siguiente aparecieron tres barcos piratas. El capitán volvió a gritar: "¡Traedme mi camisa roja! ", y una vez más el capitán y sus hombres derrotaron a los piratas. Aquella noche todo el mundo estaba sentado descansando y ocupándose de sus heridas cuando un alférez le preguntó al capitán por qué se ponía siempre la camisa roja antes de una batalla. El capitán contestó con toda naturalidad:

"Me pongo la camisa roja para que si resulto herido nadie vea la sangre. De esa manera mis hombres seguirán luchando sin miedo". Y todos los hombres se quedaron conmovidos ante semejante muestra de valor.

Al día siguiente, sin embargo, avistaron diez barcos piratas. Los hombres se volvieron hacia su capitán y esperaron a que emitiera su orden de costumbre. Y con la misma tranquilidad de siempre, el capitán gritó: "Traedme mis pantalones marrones".

Día 2 −10:57

[Dentro de la tienda]

Radio (Navidson): ¿Tom? [Estática] Tom, ¿me recibes?

Tom (Sale a hablar por la radio): ¿Qué hora es? ¡Las once! Joder, qué bien he dormido.

Radio (Navidson): Sigue sin haber ni rastro de nadie, salvo [Estática] boyas, [Estática] cambio.

Tom: Repite eso, Navy. Te pierdo.

Día 2 −12:03

[Fuera de la tienda]

Esto es un punk que se sube a un autobús y se sienta. Tiene el pelo todo verde, tatuajes de colores brillantes por los brazos y piercings por toda la cara.

Le cuelgan plumas de las orejas. Al otro lado del pasillo hay un viejo que se dedica a mirarlo fijamente durante los siguientes veinticinco kilómetros. Al final el punk pierde los nervios y le suelta:

—Eli, colega, ¿tú nunca hiciste ninguna locura de joven?

Y sin pensárselo, el viejo le contesta:

—Sí, cuando estaba en la Marina me emborraché una noche en Singapur y me follé a un ave del paraíso. Justamente me estaba preguntando si no serías mi hijo.

Día 2 −13:27

[Fuera de la tienda]

Tengo la sensación de estar en una puta nevera. Pero si esto es una nevera, ¿dónde está la comida, joder? Anda que no me iría bien una copa.

Día 2-14:11

[Dentro de la tienda]

Esto es un monje que ingresa en una abadía para dedicar su vida a copiar a mano libros antiguos. Después del primer día, sin embargo, va a hablar con su superior. Le cuenta que está preocupado porque todos los monjes han estado copiando de copias hechas a partir de otras copias.

—Como alguien se equivoque —le señala—, el error será imposible de detectar. Y lo que es peor, el error se seguirá cometiendo.

Un poco sobresaltado, el superior decide contrastar su trabajo más reciente con el original que está guardado en una cripta debajo de la abadía. Un lugar al que solamente puede acceder él.

Pasan dos días y hasta tres sin que el sacerdote salga de la cripta. Al final el monje novato decide ir a ver si el viejo está bien. Pero cuando baja a la cripta, descubre al sacerdote encorvado delante de una copia

reciente y del antiguo texto original. Está llorando y tiene pinta de llevar ya muchas horas llorando.

—¿Padre? —le susurra el monje.

—Oh, Dios mío —berrea el sacerdote—. Aquí ponía: “Se mantendrán ‘célebres’”.

Día 2 −15:29

[Fuera de la tienda, fumando un porro, tosiendo sin parar]

¿Tú extemporas, señor Monstruo, o solamente expectoras?

[Tose y escupe]

Eso me lo enseñó Navy.

Día 2 − 15:49

[Fuera de la tienda]

Tom: Esto, ejem, Karen, se me ha despertado un poco el gusanillo. ¿Me podrías pedir una

pizza?

Radio (Karen): ¿¡Qué?!

Tom: Cuando llegue a la puerta el repartidor le dices que se la lleve al gordo que está al final del pasillo. Unos tres kilómetros a mano izquierda.

Radio (Karen): Tom, quizá deberías volverte.

Tom: De quizá nada. ¿Queda un poco de merengue de limón?

Día 2 − 16:01

[Dentro de la tienda]

Había una vez un hombre pobre que caminaba sin zapatos. Tenía los pies llenos de callos. Un día un hombre rico se apiadó del pobre y le compró unas Nike. El pobre le estuvo infinitamente agradecido y ya no se quitó las Nike para nada. Al cabo de un año aproximadamente, las zapatillas se le deshicieron.

De manera que otra vez el pobre tuvo que ir a todos lados descalzo. El problema era que todos los callos le habían desaparecido y pronto se le llenaron los pies de heridas y las heridas no tardaron en infectarse y el hombre se puso enfermo y al final, después de que le amputaran las piernas, se murió.

A esta historia en concreto la llamo "Amor, muerte y zapatillas Nike". Una historia súper alegre para el señor Monstruo. ¡Eso mismo! Toda para ti. Ah, y otra cosa. Vete a la mierda, señor Monstruo.

Día 2 −16:42

[Fuera de la tienda]

Van los siete enanitos que van al Vaticano y cuando el Papa les abre la puerta, Mudito da un paso adelante.

—Excelencia —le dice—. ¿Podría usted decirme si hay monjas enanas en Roma?

—No, Mudito, no hay —responde el Papa.

—Bueno, ¿y hay monjas enanas en Italia? —insiste Mudito.

—No, en Italia tampoco —le contesta el Papa en tono un poco más severo.

Ahora unos cuantos de los demás enanos se empiezan a reír más abiertamente.

—Bueno, ¿y hay monjas enanas en Europa?

Esta vez el Papa se muestra mucho más firme.

—Mudito, no hay monjas enanas en Europa.

Llegado este punto, los enanos se están carcajeando y revolcándose por el suelo.

—Papa —pregunta en tono apremiante Mudito—. ¿Hay alguna monja enana en el mundo?

—No, Mudito —le dice el Papa en tono cortante—. No hay monjas enanas en ningún lugar del mundo.

Y al oír esto los seis enanos se ponen a dar saltos y a cantar:

—¡Mudito se ha follado a un pingüino! ¡Mudito se ha follado a un pingüino!

Día 2-17:16

[Fuera de la tienda]

Aquí va un acertijo: ¿Quién construye mejor una casa? ¿Un carpintero? ¿Un soldador? ¿Un diseñador? ¿Os rendís? ¡Un sepulturero! Porque la casa que él te hace te dura hasta el Día del Juicio. Vale, es un chiste idiota. De hecho, es un viejo chiste de catequesis.

Día 2 −18:28

[Dentro de la tienda]

Ahora el señor Monstruo parece una rana, una ranita, pero de pronto oooooh, la ranita se ha convertido en un… ejem… cerdito.

[Colocando con cuidado su lámpara halógena, Tom es capaz de proyectar sombras chinescas sobre la pared del fondo de su tienda. Así se dedica a materializar una colección entera de criaturas.]

Sí, un cochinito que hace oink oink cuando de pronto… ¡oh-oh, un elefante! Mirad esto: el cerdito se ha convertido en un elefante. Caray, y mirad qué grande es el elefante, si hasta puede… Ay ay ay, caramba, si se ha convertido en un pájaro carpintero, oh, y ahora es un caracol, hum, y por qué no una mantis religiosa, un erizo de mar, tal vez una paloma, un tigre, o hasta este…, conejito travieso, pero de pronto… Oh, no, señor Monstruo, no hagas eso… Pero el señor Monstruo va y lo hace, se convierte en un dragón. Sí, eso mismo, amigos, un dragón malvado que come carne y que no se anda con tonterías.

¿Y dices que me quieres comer? Claro, claro…

Y sin embargo, cuando el señor Monstruo ya está convencido de que va a convertir a Tom el grandullón en Tom la chuletilla, va Tom y saca su arma secreta.

[Mientras el dragón proyectado en la pared de la tienda se vuelve hacia Tom y abre las fauces, Tom se dispone a apagar la lámpara halógena con el pie.]

¡Ja, ja, señor Monstruo! ¡Adiós muy buenas!

[Clic. Oscuridad][236]

Día 2 −19:04

[Fuera de la tienda, fumando otro porro]

Basta. Ya me he hartado. Joder, esto no es justo.

Día 2 − 20:03

[Fuera de la tienda]

Radio (Navison): [Estática] Oímos algo [Ruido] vamos a [Ruido] si lo encontramos.

Tom: Buena suerte, hermano.

[Silencio]

Día 2 − 21:54

[Fuera de la tienda]

Radio (Karen): Tengo miedo, Tom.

Tom: ¿Qué pasa? ¿Los niños están hien?

Radio (Karen): No, sí que están bien. Vamos, creo que sí. Daisy se queda todo el tiempo en su habitación.

Chad prefiere estar fuera. Y quién le va a decir que no. No, es otra cosa.

Tom: ¿Qué?

Radio (Karen): Todo mi Feng Shui… Oh, joder. Nada de todo esto tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo les va a Navy y a Bill? ¿Han encontrado algo? ¿Cuándo piensan volver?

Tom: Han oído a alguien que lloraba. No lo he entendido todo porque los recibo muy mal, pero por lo que he podido entender, están bien.

Radio (Karen): Pues yo no. No me gusta estar aquí sola, Tom. De hecho, estoy hasta el coño de estar sola. [Se echa a llorar] No me gusta tener miedo todo el tiempo. Primero me pregunto si le va a pasar algo a él. Luego me pregunto si yo voy a estar bien si a él le pasa algo, y sé que la respuesta es que no. Estoy harta de tener tanto miedo. Ya no puedo más, Tom. De verdad. Después de esto me marcho. Me llevo a los niños y me marcho. Esto no era necesario. Se podría haber evitado. No necesitábamos pasar por todo esto.

Tom: [En tono amable] Karen, Karen, espera un momento. Para el carro. Primero, cuéntame eso que me estabas diciendo de tus cosas del Feng Shui.

Radio (Karen): Los objetos. Puse un montón de objetos por la casa. ¿Te acuerdas? Para mejorar las energías o algún rollo de esos.

Tom: Claro. Cristales y sapos, peces de colores y dragones.

Radio (Karen): Tom, han desaparecido todos.

Tom: ¿Qué quieres decir?

Radio (Karen): [Llorando más fuerte] Que han desaparecido.

Tom: Eh, Karen. Venga. ¿Les has preguntado a Daisy y a Chad? ¿No habrán sido ellos?

Radio (Karen): Tom, han sido ellos quienes me lo han dicho. Han venido a preguntarme por qué los había quitado.

Día 2 −22:19

[Fuera de la tienda]

Radio (Navidson): ¿Cómo está Karen [Estática]? Tom: No muy bien, Navy. Está bastante asustada. Tendríais que volver ya.

Radio (Navidson): ¿Por q [Estática] [Estática] [Estática] [Estática] [Estática] e oigo.

Tom: ¿Navy? ¿Navy?

[Estática]

Día 2 − 23:07

[Fuera de la tienda]

Esto es una gilipollez. ¿Me oyes, señor Monstruo? ¡UNA GILIPOLLEZ!

¿Pero qué clase de casa tienes aquí? ¡No hay ni luces, ni calefacción ni lavabo! Llevo dos días cagando en un rincón y meando en la pared.

[Levanta la voz]

¿No te molesta un poco, señor Monstruo? He estado cagándote en un rincón. Te he estado meando en la pared.

[Luego la baja]

Claro que los meados se han secado. Y la mierda se esfuma. Te lo tragas todo tú, ¿verdad? Tortugas, mierda, a ti te da igual.

[Vuelve a levantar la voz]

¡Cabrón sin criterio! ¿No te da asco? A mí me da asco, en serio. Me da ganas de vomitar.

[Una larga serie de ecos]

Día 3 − 00:49

[Fuera de la tienda, sacando el último porro de la bolsita de plástico]

Y ni un alma se movía en toda la casa, ni un ratón. Ni siquiera tú, señor Monstruo. Solamente Tom, el pobre Tom, que no paraba de pasearse de un lado a otro hasta que por fin se volvió loco de tanto pasear y desear que hubiera algo moviéndose, lo que fuera, hasta un ratón.

Día 3 − 00:54

[Fuera de la tienda]

Radio (Navidson): [Pum] Estamos jodidísimos… [Estática]

Tom: Navy, ¿qué está pasando? Apenas te oigo. Radio (Navidson): A Jed le han pegado un tiro, está sangr [Estática]

Tom: ¿Un tiro? ¿Quién le ha pegado un tiro?

Radio:

[Pum pum pum]

Reston: No veo nada, hostia.

[Bum… bum… bum… buM]

Reston: ¡Hostia putaaaaa!

[buM - PUM - buM… buM… buM.buM.bUM.bUM.BUM.BUM]

Tom: ¿Qué coño ha sido eso?

Radio (Navidson): Tom [Estática] [Estática] Voy a [Estática] [Estática] [Estática] [Estática] Wax. Vamos a tener que… mierda [Estática…]

Tom: Te pierdo, Navy.
Radio (Navidson): [Estática]
Tom: ¿Me recibes, Navy? Cambio.

Día 3 − 01:28
[Fuera de la tienda]

Radio (Navidson): [Estática] seguramente tardaremos ocho horas largas en volver a la escalinata. Tom, necesito que te reúnas conmigo al pie de las escaleras [Estática] Necesitamos ayuda. No podemos cargar con ellos nosotros solos. Además, tú [Estática] [Estática] [Estática] [Estática] cesitamos [Estática] un médico [Estática]

[Estática…]

Día 3 − 07:39
[Fuera de la tienda]

[Tom se asoma a la Escalinata de Caracol, enciende un tubo luminiscente y lo tira]
¿Estás ahí abajo, señor Monstruo?
[En el hueco de la escalinata, el tubo luminiscente parpadea y se acaba. Tom retrocede]
Ni hablar. Ni de coña, Navy. ¿Llevo casi tres días solo en este agujero espantoso y ahora quieres que baje ahí a solas? Ni hablar.
[Tom baja irnos pasos y se bate rápidamente en retirada]
No puedo.
[Lo intenta otra vez y llega hasta el primer rellano]
¿Ves? Pero si no está tan mal. ¡Vete a la mierda, señor Monstruo! ¡¡¡Sí, VETE A LA MIERDA!!!
[Luego, mientras Tom empieza a bajar el segundo tramo, las escaleras se estiran de repente y bajan tres metros. Tom levanta la vista y ve que la forma circular de la escalinata se altera hasta convertirse en una elipse antes de volver a formar un círculo]
[A Tom se le acelera ostensiblemente la respiración]
Estás aquí, ¿verdad, señor Monstruo?
[Pausa. Luego, de la nada misma sale el gruñido. Que es más bien un rugido. Casi ensordecedor. Como si tuviera su origen al lado mismo de Tom]
[A Tom le entra el pánico y echa a correr escaleras arriba. El plano de la cámara se convierte al instante en un borrón incoherente de paredes, barandas y de la luz tenue que emite la lámpara halógena]
[Un minuto más tarde, Tom llega a lo alto de las escaleras]

Día 3 − 07:53
[Fuera de la tienda]

Tom: Karen…
Radio (Karen): ¿Estás bien?
Tom: Me vuelvo.

Breve análisis de “La historia de Tom”

¿Cómo tomarse esta extravagante escena? ¿Qué nos revela de Tom? ¿Y qué nos dice de El expediente Navidson?

Para empezar, esta parte la editó Navidson unos meses más tarde. Evidentemente, lo que iba a suceder justo después influyó en su forma de tratar el material. Tal como escribió Nietzsche: “Es nuestro futuro el que sienta la ley de nuestro presente”.

A lo largo de “La historia de Tom”, Navidson se centra con cariño en la alegría de su hermano y en su capacidad para jugar en las cámaras del infierno, esas dolorosas mansiones del Aislamiento, el Miedo y la Duda. Lo plasma intentando ayudarlos a Karen y a él a mantener su relación agonizante, y revela la sorprendente fuerza de Tom ante una oscuridad y un frío semejantes.

En “La historia de Tom” no hay nada apresurado. Está claro que Navidson ha dedicado un trabajo tremendo a estos minutos escasos. A pesar de las limitaciones tecnológicas obvias, los cortes son limpios y el sonido está muy bien equilibrado, mientras que el ritmo y el orden de todos los planos únicamente sirven para conferir intensidad incluso al momento más ordinario.

Se trata de una labor de amor, una pieza crucial, hermana del corto que hizo Karen sobre Navidson.
Tal vez porque las payasadas de Tom son tan divertidas y están tan completamente perneadas de calidez, es fácil pasar por alto que las sombras chinescas, la abundancia de chistes malos y el nacimiento del “señor Monstruo” en última instancia son representaciones de la Tristeza.

Si la Tristeza es el “profundo pesar por un ser querido”, aquí no hay nada más que pesar, como si Navidson, con su magnífica mirada, acabara de descubrir por primera vez lo que no debería haberse perdido a lo largo de los años.

O bien lo que debería haberse
perdido siempre.

XII

No toda exploración de una cueva cuenta con un Terry Tarkington que la conozca como la palma de su mano. Seis meses atrás, en Misuri, tres muchachos se esfumaron de la faz de la tierra en las inmediaciones de una cueva que habían estado explorando. Tras una semana entera de operaciones de búsqueda tremendamente exhaustivas, todavía hoy siguen desaparecidos.

Dr. William R. Halliday
American Caves and Caving

Cuando por fin Navidson y Reston llegan al pie de la escalinata,
Tom no está.

Es casi mediodía de la tercera jomada del intento de rescate. Reston tiene los guantes rotos y le sangran las manos, que están cubiertas de ampollas. La respiración de Wax es poco profunda e irregular. A Navidson le pesa horrores el cuerpo de Jed. Y si la situación ya es mala de por sí, todavía se vuelve más insoportable cuando Navidson se da cuenta de que su hermano no ha bajado las escaleras para ayudarlos.

—Nos las apañaremos, Navy —dice Reston, intentando consolar a su amigo.
—No debería sorprenderme —replica Navidson en tono hosco—. Tom es así. Ésta es su especialidad. Dejar tirada a la gente.

Y en ese momento la cuerda llega hasta el suelo.

Después de fracasar en su intento de llegar al fondo de la Escalinata de Caracol, Tom desanduvo sus pasos hasta la sala de estar y allí se puso a construir una camilla ligera con restos de madera. Karen lo ayudó yendo a la ciudad a comprar las piezas que faltaban, incluyendo una polea y más cuerda.

Navidson se equivoca. Puede que Tom no haya logrado bajar la escalinata, pero la alternativa que se le ha ocurrido es mucho mejor.

En cuestión de minutos, Navidson y Reston están izando a Wax por los treinta metros del hueco de la escalera. Como medida de seguridad, Navidson ata el extremo de la soga a la baranda del fondo. De esa manera, si pasa algo que los obligue a soltar la cuerda, la camilla se detendrá a un par de metros del fondo.

Al cabo de unos segundos, una moneda golpea el suelo: es la señal de que Wax ha llegado arriba sano y salvo y de que ya pueden volver a bajar la camilla y prepararla para el siguiente cargamento.

A continuación le toca a Jed. A cuatro manos, Navidson y Reston van izando el cuerpo y la cuerda sobrante se les va amontonando alrededor de los pies. Como durante esta secuencia Tom no tiene la Hi 8 encendida, solamente podemos imaginamos cuál es su reacción mientras forcejea para hacer pasar el cadáver por encima de la baranda. Pese a todo, al cabo de un minuto otra moneda cae tintineando en el suelo. Ahora le toca a Reston.

Navidson lo vuelve a comprobar todo para asegurarse de que el extremo de la cuerda sigue bien atado a la última baranda y luego se pone a izar a su amigo por el hueco.

—Cómo pesas, cabrón —gruñe Navidson.

Reston enciende una bengala de color verde y dedica a Navidson una sonrisa de oreja a oreja.

—Voy a subir en plan 4 de Julio.

Al principio no parece que vaya a haber ningún problema. De forma lenta pero segura, Navidson va acumulando más y más cuerda en el suelo y elevando a Reston por el foso de la escalinata. Entonces, cuando su amigo ya está a medio camino, sucede algo extraño: la cuerda sobrante que Navidson tiene a los pies empieza a esfumarse, mientras que la que tiene en las manos se le empieza a escurrir entre los dedos y las palmas de las manos con tanta velocidad que se las deja en carne viva. Finalmente Navidson se ve obligado a soltarla. Reston, sin embargo, no cae. De hecho, sucede lo contrario: el ascenso de Reston se acelera, tal como se puede ver por la luz verde y llameante que aún tiene en la mano.

Pero si Navidson ya no sostiene la cuerda, ¿qué es lo que está tirando de Reston hacia

arriba?

A continuación, a medida que la escalinata se va oscureciendo cada vez más y el círculo ligeramente iluminado en lo alto —la clásica luz al final del túnel — empieza a disminuir de tamaño, la respuesta se hace evidente:

o bien Navidson se está
h
un
d
i
en
d
o
.
.
.

O b i e n l a e s c a l e r a s e e s t á e
s
t
i
r
a
n
d
e x p a n d i e n d o,

Descendiendo también,

A medida que crece,

Region

a

o

d

n

a

r

t

s

a

r

r

a

y

hacia

arriba

consigo.

Luego, pasado cierto punto, la profundidad de la escalera empieza a exceder la longitud de la cuerda. Para cuando Reston llega arriba del todo, la cuerda ya se ha tensado, pero la escalinata sigue estirándose. En cuanto comprende lo que está a punto de pasar, Navidson hace un intento desesperado de agarrarse al único hilo que todavía lo conecta con su hogar, pero no consigue llegar a tiempo. A unos tres metros por encima de la última baranda,

la

c

u

e

r

d

a

se

par-

te[237]

(Considerando que era una cuerda dinámica de 133 mm de diámetro con revestimiento de poliéster de alta resistencia, resulta fácil imaginar la magnitud de la fuerza que está actuando sobre ella.)[238]

Por encima de él, Navidson oye una exclamación lejana y luego nada. Ya no se ve ni un puntito minúsculo de luz.

En la “Entrevista a Reston”, Billy nos cuenta que la polea salió arrancada de la baranda superior. Por suerte, Tom consiguió agarrarlos tanto a él como a la cuerda antes de que “todo el armatoste” se volviera a desplomar por el hueco de la escalera.

—Tardamos unos minutos en recuperamos —cuenta Reston a la cámara—. Todavía no estábamos seguros de qué había pasado.

Para el plano final de esta sección, Navidson carga su Arriflex con un rollo de treinta metros de tungsteno de alta velocidad, usa un tubo luminiscente de intensidad ultra elevada de cinco minutos y enciende la Hi 8 para grabar el sonido.

—Me he pasado casi una hora esperando —empieza a explicar—, descansando, con la confianza de que algo cambiaría. Pero no ha cambiado nada. Al final me he puesto a repasar mis cosas por si se me ocurría qué hacer exactamente a continuación. De pronto he oído algo que repiqueteaba en el suelo detrás de mí. Me he dado la vuelta y allí en el suelo, a mi lado, me he encontrado la tercera moneda. —Sostiene la moneda en alto—. Si Tom la ha dejado caer, digamos, unos minutos después de que Reston llegara arriba, entonces debe de haberse pasado cayendo por lo menos cincuenta minutos. Estoy demasiado aturdido para echar cuentas, pero no hay que ser un genio para comprender que estoy a una distancia imposible de salvar.[239]

”No sé cómo voy a volver. La radio no funciona. Si consigo encontrar mi mochila y la de Jed, supongo que tendré agua y comida para tres días al menos y tal vez baterías para cuatro. Pero ¿de qué me sirve eso?

Non gratum anus rodentum,[240] Joder.

La película se corta aquí,

dejándonos a solas con una simple

pantalla

en blanco.

XIII

El Minotauro[123]

Alarga en la pradera una pausada
Sombra, pero ya el hecho de nombrarlo
Y de conjeturar su circunstancia
Lo hace ficción del arte y no criatura
Viviente de las que andan por la tierra.

Jorge Luis Borges[241]

LA ESPERA

Teppet C. Brookes había visto muchos dibujos infantiles en su vida. Al haber trabajado de maestra en todos los niveles, desde el parvulario hasta sexto curso, estaba familiarizada con una amplia gama de monigotes, objetos y tramas. No era la primera vez que veía un lobo, un tigre o un dragón. El problema era que los lobos que estaba viendo en ese momento no se limitaban a acechar en silencio por bosques de color cadmio; sus dientes arrancaban alizarina y carmesí de las gargantas de los demás. Los tigres no se limitaban a dormir sobre los tréboles; desgajaban a zarpazos rojo dominical y añil las colinas de celadón. Y el dragón, con su terrorífica cola de color esmeralda y su furiosa mirada de rubí, no se limitaba a amenazar; incineraba todo lo que lo rodeaba con un feliz estallido de heliotropo y gambogia.

Y, sin embargo, aquellas fantasías violentas no eran nada comparadas con lo que esperaba en el centro del dibujo.

La semana antes de que Navidson emprendiera su intento de rescate, Brookes había pedido a sus alumnos de tercero que dibujaran sus casas. El dibujo que entregó Chad no tenía chimenea ni ventanas, ni siquiera puerta. De hecho, no era más que un cuadrado negro que llenaba el noventa por ciento de la página. Además, le había aplicado varias capas de lápiz y crayón negro para que a través de ellas no se pudiera adivinar ni una mota en blanco del papel. En el poco margen que quedaba, Chad había añadido las bestias merodeadoras.

Era una imagen sumamente extraña y a Brookes se le quedó grabada. Sabía que Chad se había

mudado hacía poco a Virginia y que ya había estado involucrado en varias trifulcas en el patio de la escuela. Aunque la conclusión no terminaba de satisfacerla, decidió que el dibujo reflejaba el estrés que le estaban causando al niño la mudanza y su nuevo entorno. Pero también tomó nota de no perderlo de vista a lo largo del curso.

No iba a tener que esperar mucho.

Brookes solía irse directamente a casa al acabar las clases, pero aquel viernes, por pura casualidad, entró en el aula del parvulario. De la pared colgaba una serie de dibujos. Y hubo uno en concreto que le llamó la atención. Los mismos lobos, los mismos tigres, el mismo dragón y, en el centro, aunque esta vez ocupando solamente dos tercios de la página, un cuadrado impenetrable, compuesto de varias capas de crayón negro y azul cobalto, sin dejar ni una motita de blanco a la vista.

El dibujo lo había hecho Daisy.

Aunque Brookes no tenía un título formal en psicología, las dos décadas que llevaba trabajando de maestra —la mitad del tiempo en la Sawatch Elementary— la habían expuesto a suficientes casos de malos tratos infantiles para el resto de su vida. Estaba familiarizada con sus señales, y no solamente con las obvias, como la malnutrición, las magulladuras o la timidez antinatural. Había aprendido a interpretar patrones de conducta, hábitos alimentarios y hasta dibujos. Dicho esto, jamás se había encontrado con un paralelismo tan espectacular entre una niña de cinco años y su hermano de ocho. Era un caso tremendo de comunión artística. "Hombre, he sobrevivido a dos matrimonios desastrosos y he visto mi cuota de perversidades por el camino. No hay muchas cosas que me perturben, pero permítame asegurarle que ver esos dibujos me puso los pelos de punta."[242]

Teppet C. Brookes podría haberse puesto en contacto con el Departamento de Servicios a la Infancia. Hasta podría haber llamado a los Navidson para pedirles una entrevista. Aquel lunes, sin embargo, al ver que ni Chad ni Daisy habían ido a la escuela, decidió hacerles una pequeña visita en persona a los Navidson. Con los pelos de punta o sin ellos, la curiosidad acabó venciéndola: "Para ser sincera, solamente quería echar un vistazo al sitio que había inspirado aquellos dibujos".[243]

Durante su pausa del almuerzo, Brookes se subió a su Ford Bronco e hizo el trayecto de quince minutos en coche hasta Ash Tree Lañe. "Por fuera la casa me pareció bonita y pintoresca. Supongo que había esperado algo distinto. Para ser sincera, estuve a punto de no parar, pero ya que estaba allí, decidí que por lo menos me iba a presentar. Tenía una buena excusa. Quería saber por qué los niños no habían ido a la escuela. Y bueno, si era por la varicela, yo ya la había pasado, de manera que no me preocupaba."[244]

Brookes recuerda que se miró el reloj de pulsera mientras caminaba hacia la puerta de la casa. "Era casi la una. Golpeé la puerta o llamé al timbre, no me acuerdo. Luego capté los gritos. Chillidos. No era la primera vez que oía aquella clase de dolor. Me puse a aporrear con fuerza la puerta. Al cabo de un segundo me abrió un hombre afroamericano en silla de ruedas. Pareció sorprendido de verme, como si estuviera esperando a otra persona. Me di cuenta de que le había pasado algo, tenía las manos magulladas y le sangraban. Yo no supe qué decir, de manera que le expliqué que era de la escuela. Él se limitó a asentir con la cabeza, me dijo que estaba esperando a la ambulancia y me preguntó si podía echarle una mano."

Brookes no estaba preparada para la carnicería que estaba a punto de presenciar: una mujer sollozando en la sala de estar, con un hombre corpulento abrazándola, dos cuerpos en la cocina rodeados de sendos charcos de sangre y Chad sentado en la escalera al lado de su hermanita, que no paraba de canturrear en voz baja con unas palabras que nadie podía entender: “Bah. Dah. Ba-Ba”.

Brookes aguantó allí cinco minutos, santiguándose demasiadas veces como para serle de ayuda a nadie. Por suerte pronto llegaron el sheriff, el personal sanitario y una ambulancia. “Acababa de entrar en una zona de guerra y, para ser sincera,

la situación me superó. Noté que me subía la presión sanguínea. A veces, ya se sabe, uno entra en un sitio pensando que va a poder cambiar la situación. Arreglarlo todo. Pero aquello me superó. Fue toda una lección de humildad. [Rompe a llorar.] Fue la última vez que vi a aquellos niños. Aunque todavía conservo sus dibujos.”[245]

En algunos sentidos, la síntesis de crayón y colores elaborada por las manos de esos dos niños capta el espanto que reinó en el corazón de aquella casa mejor que nada de lo que se ve en la película o las cintas; sus trazos superficiales y sus formas imperfectas describen cómo la luz se estaba yendo de aquellas vidas. Brookes, sin embargo, no es la única que ve sus dibujos. La habitación de Chad y Daisy está llena de ellos, unos dibujos donde el monstruoso cuadrado negro se va haciendo cada vez más grande y oscuro, hasta que en el caso de Chad apenas deja margen alguno.

Karen sabe que sus hijos lo están pasando mal. Un fragmento de grabación en Hi 8 la muestra diciéndoles que en cuanto regrese su padre, ella se los va a llevar a “casa de la abuela”.

Por desgracia, cuando Navidson, Tom y Reston desaparecen por el pasillo a primera hora de la mañana del sábado, Karen se ve en una situación imposible: no sabe si atender las radios u ocuparse de Chad y Daisy. Al final, sin embargo, le resulta más doloroso estar separada de Navidson. Karen se queda junto a las radios.

Durante un rato, Daisy y Chad intentan persuadir a su madre para que abandone su puesto aunque sea un momento. Como no lo consiguen, se quedan en la sala de estar. La incapacidad de Karen para concentrarse en sus hijos, sin embaído, pronto los lleva a marcharse. Karen les pide varias veces que por lo menos permanezcan juntos. Daisy, no obstante, insiste en esconderse en su habitación, donde puede dedicarse a jugar todo el tiempo con su preciada muñeca española y con la casa de muñecas que por fin Tom ha terminado de construirle, mientras que Chad prefiere salir afuera, desaparecer en esos bosques que lo llaman, a veces en compañía de Hillary y a menudo sin ella, siempre fuera del alcance de las cámaras, de manera que sus aventuras y su rabia quedan sin documentar.

El sábado por la noche, Chad y Daisy tienen que irse a dormir solos. Luego, sobre las diez, los vemos bajar corriendo las escaleras que llevan a la sala de estar, asegurando que han oído voces. Karen, sin embargo, no ha oído más que el constante susurro de las radios, interrumpido ocasionalmente por las llamadas de Tom desde el Gran Recinto. Y aunque sube a echar un vistazo al dormitorio de los niños, no consigue detectar ningún ruido extraño. Por lo menos el miedo obvio de Chad y Daisy consigue arrancar momentáneamente a Karen de su obsesión. La impulsa a abandonar las radios y se pasa una hora acostándolos.

El doctor Lon Lew considera que la casa permitió a Karen ir rompiendo lentamente su dependencia de Navidson y que le concedió una distancia mayor y más permanente: “El miedo de

sus hijos, junto con la necesidad que tenían de ella, contribuyó a separar a Karen de Navidson. Por desgracia, no fue la manera más sana de hacer las cosas. Se limitó a reemplazar una dependencia por otra sin afrontar lo que se escondía en el seno de ambas".[246]

Luego, el domingo por la noche, los dos niños le preguntan a su madre qué ha pasado con todos sus objetos de Feng Shui. Vemos cómo la llevan de una habitación a otra, señalando la ausencia del tigre, de los caballos de mármol y hasta del jarrón. En la cocina, ella se ve obligada a sentarse, al borde de un ataque de pánico. La respiración se le ha acelerado y tiene la cara cubierta de sudor. Por suerte, el episodio solamente dura un par de minutos.

Gail Kalt no es la única voz crítica que se fija en las palabras que elige Karen durante la conversación por radio con Tom en la que se refiere al Feng Shui como "algún rollo de ésos".

> Karen ha empezado a deconstruir sus diversos mecanismos de negación. Ya ha dejado de insistir en la ciencia ineficaz del Feng Shui. Reconoce que la clave de su desdicha se encuentra en la fisura todavía sin explorar que hay entre ella y Navid- son. Aunque no lo sabe, ya ha iniciado su lento giro encaminado a afrontar el significado, o por lo menos uno de los significados, de la oscuridad que se oculta en el corazón de su casa.[247]

Está claro que el abandono de la negación que lleva a cabo Karen se hace más evidente cuando justo después de hablar con Tom recoge todos los objetos relacionados con el Feng Shui que todavía le quedan y los arroja en una caja. David N. Braer, en su tesis "Haciendo limpieza", comenta que Karen no solamente añade a esa colección los libros ya mencionados en el capítulo V, sino que también incluye la Biblia, varios manuales New Age y, lo más extraño de todo, un pequeño espejo de mano.[248] Luego, después de depositar la caja en el garaje, les hace una última visita a los niños, reconfortándolos con una invitación abierta a dormir en la sala de estar con ella si lo prefieren. Ellos deciden quedarse, pero el tono agradecido de sus murmullos parece sugerir que ahora van a dormir mejor.

Helen Agallway afirma que "el lunes 8 de octubre, Karen ya ha decidido que se marcha. Cuando Tom reaparece en la sala de estar y le informa de que a Navid- son ya solamente le faltan unas horas para volver a casa, ella decide que los niños no vayan a la escuela porque está completamente decidida a irse a Nueva York ese mismo día".[249]

En cuanto vuelve de la ciudad con varios rollos de cuerda, poleas y ruedas de carretilla, Karen se pone a hacer las maletas y les pide a los niños que intenten hacer lo mismo. De hecho, está sacando frenéticamente varios abrigos y zapatos de invierno del armario del vestíbulo cuando Tom sale corriendo del pasillo, empujando la camilla y llorando desconsoladamente.

Cuando Karen ve a Wax se lleva la mano a la boca, aunque eso no consigue ahogar su exclamación.[250] Reston es el siguiente en salir del pasillo, mientras el gruñido aumenta de intensidad detrás de él y amenaza con seguirlo hasta la sala de estar. El cierra de un portazo frenético y pasa los cuatro cerrojos, lo cual, gracias sin duda a la capacidad aislante de la puerta, parece contener el ruido aterrador.

Karen, sin embargo, se pone a gritar:

—¿Qué estáis haciendo? ¿Billy? ¿Qué pasa con Navy? ¿Dónde está Navy?

Sin dejar de llorar, Tom intenta alejarla de la puerta.

—Lo hemos perdido.

—¿Está muerto? — A Karen se le quiebra la voz.

—Creo que no —Tom niega con la cabeza—. Pero sigue allí. Muy abajo.

—¡Pues entra a buscarlo! ¡Entra a buscar a tu hermano! —Por fin se pone a chillar—. No puedes abandonarlo ahí.

Pero Tom no se mueve, y cuando Karen por fin lo mira a la cara y contempla la medida de su miedo y su dolor, se derrumba y tiene un ataque de llanto. Reston va al vestíbulo y llama a una ambulancia.

Entretanto, Wax, a quien han dejado temporalmente solo en la cocina, gime suavemente en su camilla. A su lado está el cuerpo de Jed. Por desgracia Tom no se ha dado cuenta de hasta qué punto está empapada de sangre la ropa de Jed. Cegado por su dolor, no ve que al dejar el cadáver ha anegado todo el linóleo de sangre. Hasta ha pisado la sangre y ha dejado un rastro de huellas por la moqueta mientras volvía dando tumbos a la sala de estar para consolar a Karen.

Tal vez de forma inevitable, todo el revuelo provoca que los niños salgan de su habitación.

Chad es el primero en ver el cadáver. Resulta particularmente inquietante observar la forma en que él y Daisy caminan hacia Jed y luego se acercan a Wax. Los dos parecen muy distantes. Casi aturdidos.

—¿Dónde está papá? —le pregunta por fin Chad. Pero Wax delira.

—Gua. Necesito A-gua.

Chad y Daisy llenan un vaso del fregadero. Pero Wax está demasiado débil para incorporarse hasta sentarse, ya no digamos para beber. Ellos terminan echándole gotitas de agua en los labios cuarteados.

Al cabo de unos segundos alguien se pone a aporrear la puerta de la casa. Reston va a abrir en su silla de ruedas. Está esperando ver al personal sanitario, pero en cambio se encuentra a una mujer de cuarenta y muchos años con el pelo casi completamente gris. Chad y Daisy se retiran a la escalera. Los dos pisan la sangre y sus pies van dejando pequeñas huellas rojas en el suelo. La maestra de Chad no consigue articular palabra ni ofrecer la más pequeña ayuda. Tom sigue sentado con Karen, hasta que los sollozos apagados de ella se funden con el aullido de las sirenas que se acercan rápidamente a su casa de Ash Tree Lañe.

Aunque *El expediente Navidson* establece sin lugar a dudas que Wax Hook sobrevivió, no ofrece detalle alguno de lo sucedido después de su partida. Numerosos artículos publicados después del estreno de la película, sin embargo, revelan que un helicóptero se lo llevó casi de inmediato a un hospital de Washington D. C., donde ingresó en cuidados intensivos. Allí los médicos descubrieron que varios fragmentos del coracoides y de la espina escapular le habían dejado los músculos trapecio, deltoides e infraespinoso hechos picadillo. De puro milagro, sin embargo, la bala y las esquirlas de hueso solamente le habían rozado la arteria subclavia. Wax acabó recuperándose y después de un largo periodo de rehabilitación regresó a una vida de actividades al aire libre, aunque no es probable que pueda ya escalar el Everest o ni siquiera intentar hacer la Cara Norte en solitario. Por lo que él mismo admite, ahora Wax también evita las cuevas y hasta entrar en su armario.[251]

Todavía estaban metiendo a Wax en la ambulancia cuando la policía inició la investigación de la muerte de Jed Leeder. Reston les proporcionó una copia de la cinta de la cámara Hi 8 en la que se veía a Holloway disparar a Wax y a Jed. Para la policía, el asesinato parecía haberse

producido en un simple pasillo a oscuras. Mientras se emitía la orden de detención, los agentes iniciaron una búsqueda por todo el estado que acabaría durando varias semanas. Aquella tarde, Karen también insistió en hablar a las autoridades de aquel devorador laberinto de paredes cenicientas. Tal vez pensó que intentarían localizar a Navidson. El resultado no fue nada satisfactorio.

En la Entrevista a Reston, Billy niega con la cabeza y hasta se ríe en voz baja.

> No era mala idea. Tom y yo ya habíamos tenido suficiente. Karen esperaba demasiado, sobre todo de una ciudad que solamente tenía un sheriff y un puñado de ayudantes. Cuando llegó el sheriff, Karen lo arrastró de inmediato hasta el pasillo y le dio una linterna y el extremo de un carrete de sedal de pescar Monel. Él se la quedó mirando como si estuviera chiflada, pero luego creo que se asustó un poco. En aquel momento, nadie se mostró dispuesto a entrar con él. Karen por su claustrofobia. Tom, bueno, ya se estaba acabando una botella. Y yo intentaba arreglar mi silla de ruedas. Se me había quedado toda doblada de subirme con la polea. De todas formas, o sea, aunque hubiera tenido bien la silla, me habría costado volver. En fin, el sheriff Oxy…, Axard, Axnard, creo que se llamaba…, el sheriff Axnard acabó entrando solo. Se adentró tres metros y luego dio media vuelta; nos dio las gracias y se largó. Jamás dijo ni una palabra de dónde había estado y tampoco volvió. Se pasó una larga temporada buscando a Holloway por todas partes menos en la casa.

Justo después de que se estrenara *El expediente Navidson*, diversos periodistas intentaron hablar con el sheriff Josiah Axnard. Una filmación muestra al sheriff entrando en su coche patrulla. "A ver si queda claro de una vez, esa casa la registramos de arriba abajo y Holloway Roberts no estaba en ella." Seis meses más tarde, el sheriff concedió una entrevista a la National Public Radio (18 de abril de 1994) en la que contó una versión algo distinta de la historia. Confesó haberse metido en "un pasillo extraño". "Pero ya no está —continuó—. Lo he comprobado. Ahora ya no hay nada raro, pero en ese momento había…, había un pasillo en la pared sur. Era frío, no tenía luz y se adentraba hacia la nada. Me dio un miedo que no había sentido nunca, como si me estuviera metiendo en una tumba gigantesca, y me acuerdo perfectamente, como si fuera ayer, de que por entonces pensé: 'Si Holloway está ahí dentro, ya no tengo de qué preocuparme. Ya no va a salir. Ya no existe' ,"[252]

Karen pasa la noche siguiente en la sala de estar, llorando a ratos, dejando abierta la puerta del pasillo a pesar de que, tal como le explica a Reston, el mero hecho de acercarse a ella un palmo más de la cuenta le provoca palpitaciones y temblores. Reston, en cambio, está tan necesitado de echar una cabezada que cae inmediatamente en un letargo profundo sobre el sofá.

Hay un momento particularmente espantoso en que suena el teléfono y Karen contesta con el altavoz. Es la novia de Jed Leeder, desde Seattle, que todavía no se ha enterado de lo sucedido. Al principio Karen intenta ocultarle la noticia, pero cuando la mujer empieza a detectar la mentira, Karen le cuenta la verdad. En el altavoz del teléfono crepita un grito de pánico que al cabo de un momento se convierte en chillidos aterrados. La comunicación se corta de golpe. Karen espera a que la mujer vuelva a llamar, pero el teléfono ya no vuelve a sonar.

Por supuesto, mientras sucede todo esto, los niños vuelven a estar abandonados, obligados a cuidar el uno del otro, sin nadie que les ayude a traducir el horror de esa tarde. Permanecen

escondidos en su habitación y apenas dicen nada. Ni siquiera Tom aparece para contrarrestar temporalmente sus miedos con algún cuento reconfortante de nutrias, águilas y algún que otro tigre.

Cuando Tom regresa de la tumba, está convencido de haber perdido a su hermano. Tanto él como Reston han oído bostezar detrás de ellos a la enorme Escalinata de Caracol que tienen más abajo, y la Hi 8 de Reston incluso ha captado un destello de la luz de Navidson al hundirse y desaparecer finalmente en el abismo como una estrella fugaz.

Tal como Billy explica en la Entrevista a Reston: "Tom sentía que le habían arrancado una parte de sí. Yo jamás lo había visto de aquella manera. Se echó a temblar y se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas. Yo intenté decirle que igual que la escalinata se había alargado, se podía encoger, y él se mostró de acuerdo conmigo y empezó a asentir con la cabeza, pero eso no detuvo las lágrimas. Era un espectáculo aterrador. Quería muchísimo a su hermano".

Después de presenciar cómo el personal sanitario se lleva a Wax, seguimos a Tom mientras se retira a su estudio, donde se las apaña para encontrar entre sus cosas una colilla de porro. El hecho de fumársela, sin embargo, no le proporciona absolutamente ningún consuelo. Ha dejado de llorar, pero siguen temblándole las manos. Respira hondo varias veces y luego, mientras Karen se dispone a enseñarle el pasillo al sheriff Axnard, da un sorbo furtivo de bourbon.[253]

Lamentablemente, Tom no consigue quedarse en un sorbo. Al cabo de unas horas, ya se lo ha bebido todo junto con media botella de vino. Y es posible que Tom hubiera pasado la noche entera bebiendo si el cansancio no me hubiera vencido. Por supuesto, el amanecer no logra borrar ni siquiera un poco los acontecimientos del día anterior. Tom intenta recuperar el terreno perdido acompañando a Reston de vuelta al Gran Recinto. Para su enorme sorpresa, sin embargo, descubren que ahora el pasillo se termina al cabo de diez metros y que de él no salen ni puertas ni pasillos alternativos. Cuando Karen ve que Tom y Reston reaparecen al cabo de solamente cinco minutos, se vuelve a su habitación.

Pese a que la desaparición de Navidson también lo hace sufrir, Reston sigue procurando apoyar a Tom, y por lo menos durante unas horas éste consigue vencer la tentación de seguir bebiendo. Al parecer, Chad se ha escapado de casa al amanecer y ahora se niega tanto a volver como a hablar con su madre. Al final Tom lo encuentra encaramado a un árbol, en el límite mismo de su propiedad. Pese a todo, resulta imposible persuadir al niño de ocho años para que vuelva.

En palabras de Billy (nuevamente durante la Entrevista a Reston): "Tom me dijo que Chad estaba contento en su árbol y que no había sabido cómo decirle que iba a estar mejor dentro de casa. Pese a todo, había algo más. Al parecer el chaval había salido disparado de la casa al oír alguna clase de murmullos, el ruido de alguien que caminaba en las tinieblas, seguido de un estampido, como de un disparo, y por fin de los gemidos agonizantes de un hombre. Los ruidos lo habían despertado de golpe, según le contó a Tom. En ese momento supuse que el chico simplemente había tenido un sueño".

A juzgar por las filmaciones, lo que parece desquiciar del todo a Tom el segundo día es el hecho de entrar en la casa y encontrarse a Daisy —con el antebrazo cubierto de extraños arañazos — meciéndose en el pasillo y gritando "¡papá!", pese a la ausencia de respuesta y hasta la ausencia de eco. Cuando Karen por fin baja las escaleras y lleva a su hija afuera para que la ayude a encontrar a Chad, Tom coge el coche y se acerca a la ciudad. Una hora más tarde vuelve con comida, suministros médicos innecesarios, revistas y la razón verdadera de su excursión: una caja de bourbon.

El tercer y cuarto día, Tom no sale ni una vez del estudio, donde está intentando someter su dolor a base de alcohol.

Karen, por otro lado, empieza a lidiar con las consecuencias de la desaparición de Navidson. Enseguida dedica más atención a los niños y por fin trae de vuelta a Chad a la casa, donde puede supervisarlos tanto a él como a Daisy mientras hacen las maletas. En un breve fragmento de vídeo vemos a Karen al teléfono, presumiblemente hablando con su madre, discutiendo su partida inminente de Virginia.

Reston se queda en la sala de estar, haciendo intentos frecuentes de comunicarse con Navidson por radio, aunque sólo oye estática y ruido de fondo. Fuera, una tormenta eléctrica empieza a tronar y a escupir lluvia contra las ventanas. Los relámpagos proyectan sombras. Un viento aúlla como si estuviera herido, llenando a todo el mundo de un miedo gélido y absolutamente fatigado.

Hacia medianoche, Tom emerge del estudio, roba una porción de tarta de merengue de limón y luego prepara chocolate caliente para todos. Leche entera, cacao sin endulzar, azúcar y un chorlito de extracto de vainilla, todo puesto a un cuidadoso fuego lento. Billy y Karen le agradecen el gesto. Tom no ha dejado de beber, y hasta le añade a su taza un chorrito de Jack Daniels, pero sí que parece haberse serenado un poco; no es que dé exactamente muestras de una lucidez sublime, pero por lo menos sí se le nota cierto grado de autocontrol.

Luego Tom, aunque va en camiseta, respira hondo y vuelve a adentrarse en el pasillo. Regresa al cabo de un minuto.

—Ahora solamente hay tres metros de pasillo —dice con voz ronca—. Y Navy se fue hace cuatro días.

—Todavía queda esperanza —gruñe Reston.

Tom intenta sacudirse de encima la certidumbre de que su hermano está muerto.

—Escucha —continúa en voz muy baja, sin dejar de mirar el pasillo—. Esto es un tipo que se va a Madrid. Tiene ganas de probar algo nuevo, de manera que entra en un restaurante pequeño y pide, a ciegas, la especialidad de la casa.

”Pronto le llega un plato lleno hasta arriba de arroz con especias y dos objetos grandes y carnosos.

” ‘¿Esto qué es?’, le pregunta a su camarero.

” ‘Criadillas, señor.’

” ‘¿Qué son criadillas?’

” ‘Las criadillas’, contesta el camarero, ‘son los testículos del toro que ha perdido hoy en el ruedo’.

”Aunque al principio no las tiene todas consigo, el hombre le echa valor y prueba las criadillas. Y en efecto, son deliciosas.

”Así pues, una semana más tarde vuelve al mismo restaurante y pide lo mismo. Esta vez, sin embargo, los objetos carnosos son mucho más pequeños y no saben igual de buenos ni muchos menos.

”El tipo llama de inmediato al camarero.

” ‘Oiga’, dice. ‘¿Esto qué es?’

” ‘Criadillas’, le contesta el camarero.

” ‘No, no’, explica él. ‘La semana pasada comí de eso y eran mucho más grandes’.

” ‘Ah, sí’, dice el camarero con un suspiro. ‘Es que no siempre pierde el toro’.

El chiste de Tom intenta mitigar en parte la angustia inherente a una espera tan prolongada, pero, por supuesto, nada puede distraerlos de la probabilidad cada vez mayor de que Navidson haya desaparecido para siempre.

Al final Tom regresa al estudio para intentar dormir, pero Karen no se mueve de la sala de estar, donde se va quedando adormilada de vez en cuando, intentando a menudo hablar con Navidson por las radios, susurrando su nombre como si fuera una canción de cuna o una oración. [254]

En la grabación de vídeo de las 5.09 A.M., Karen apoya la cabeza en las manos y se pone a dormir. Hay algo inquietante en el extraño silencio que se adueña entonces de la sala de estar, algo que no se ve ni remotamente afectado por los ronquidos de Reston en el sofá. Es como si la escena hubiera sido fijada de forma imposible y ya no cupiera alterarla, hasta que de improviso, presumiblemente antes de que las cámaras puedan apagarse —al no recibir ya orden alguna de los detectores de movimiento—, Navidson sale cojeando del pasillo. Claramente agotado y deshidratado, parece incapaz de creerse que haya conseguido escapar del laberinto. En cuanto ve a Karen, se arrodilla de inmediato a su lado y trata de despertarla di- ciéndole algo en voz muy baja. Sin embargo, arrancada abruptamente de sus sueños, Karen no puede contener el grito ahogado de espanto que le suscita el hecho de ver y oír a Navidson. Por supuesto, en cuanto se da cuenta de que no es un fantasma, su terror se disuelve en forma de abrazo y de palabras atropelladas que despiertan a todos los ocupantes de la casa.

Se han escrito varios ensayos sobre este reencuentro y, sin embargo, ninguno de ellos sugiere que Karen haya regresado a su anterior estado de dependencia. Véanse por ejemplo los comentarios de Anita Massine:

> Su abrazo y felicidad iniciales no se deben solamente al regreso de Navidson. Karen se da cuenta de que ya ha cumplido su parte del trato. Se ha acabado su estancia en ese lugar. La llegada de Navidson significa que ella ya puede irse.[255]

O la respuesta de Garegin Thomdike Taylor:

> Así como la Karen anterior podría haberse deshecho en lágrimas y en sus típicos abrazos, esta vez se la ve claramente más reservada, hasta lacónica, y se dedica a esgrimir su sonrisa a modo de defensa.[256]

O finalmente la del profesor Lyle Macdonough:

> La razón de que Karen llore cuandoNavid- son la despierta no tiene nada que ver con el terror inherente en ese pasillo ni con ningún otro *cauchemar*. Solamente tiene que ver con Navidson. En el fondo, ella le tiene miedo. Tiene miedo de que intente retenerla allí. Tiene miedo de que amenace la independencia que ella está forjando lentamente. Solamente cuando las riendas de la consciencia se colocan en su lugar, ella recurre a los modos esperados de bienvenida.[257]

Está claro que Karen no permite que la aparición de Navidson altere sus planes. No acepta que su mera presencia le confiera autoridad. Ya ha tomado su decisión. Antes incluso de que él pueda empezar a narrar su huida desesperada por las escaleras o su hallazgo del equipo de

Holloway,[258] Karen le anuncia su intención de irse a Nueva York esa misma noche.

Por supuesto, después de que todos se sienten a mirar La cinta de Holloway, Navidson ya es el único que todavía no está del todo seguro de abandonar la fría llamada de esos pasillos.

HOLLOWAY

No han sido pocos los que han intentado[ ][259] explicar la locura de Holloway.

Jeremy Flint escribió una de las obras más atroces e insolentes sobre el tema. Por desgracia, su censurable batiburrillo de especulación, fantasía y prosa repelente también incl[ ]e o bien cita documentos primarios que no se encuentran en ningún otro sitio. A base de esfuerzo, suerte o robo, Flint consiguió [ ] con algunas de las notas y resúmenes escritos por la psiquiatra Nancy Tobe, que durante un br[ ] e periodo estuvo tratando a Holloway por depresión [ ]:

La primera página de las notas de la doctora Tobe solamente contiene tres palabras, escritas a lápiz y en mayúsculas, en el centro mismo de una página arrancada de un cuaderno:

SE PLANTEA SUICIDIO

> [ ]as dos páginas siguientes son en su mayor parte ilegibles, y únicamente se distinguen de vez en cuando algunas palabras como “familia”, “padre”, “lealtad” y “el viejo hogar” en lo que, por lo demás, es un borrón oscuro de tinta.
>
> Pese a todo, el resumen escrito a máquina que hace Tobe de la primera sesión ofrece unos cuantos [ ] detalles relacionados con la vida de Holloway: “Pese a su gran triunfo [sic], que va desde expediciones de submarinismo por el G[ ] de Aqaba, liderar ascensos al monte Cervino, organizar numerosos [ ] así como expediciones a los polos Norte y Sur, Holloway no se siente a la altura y sufre depresión crónica y aguda. Incapaz de ver todos sus logros, no para de pensar en el suicidio. Me estoy planteando recetarle diversos antidepresivos [ ] y le he recomendado ir a terapia diaria”.[260]

Flint cubre a continuación la segunda visita, que [ ] repite en gran medida las observaciones acerca de la primera. La tercera visita, sin embargo, revela la primera esp[ ]na.

> En otra serie de notas Tobe describe el primer amor de Holloway: “A los diecisiete años conoció a una joven llamada Eliz[ ]beth que era, según me dijo: ‘Preciosa como una cervatilla. Ojos oscuros. Pelo castaño. Tenía unos tobillos bonitos, algo flacos y débiles’. Vino a continuación un breve cortejo y durante un periodo corto fueron pareja. [ ] En XXXXXXXX de Holloway,[261] la relación se terminó porque él no [sic] el equipo universitario de fútbol americano. El interés de ella por él decayó y la joven pronto empie [ ] a salir con el placador titular, dejando a Holloway con el corazón roto y una sen[ ]ión mayor de [ilegible] e ineptitud”.[262]

Nancy Tobe era una terapeuta bastante novata y tomaba demasiadas notas. Tal vez tenía la sensación de que, si estudiaba aquellas páginas, más adelante podría hacer una síntesis del material y presentar una solución a su paciente. Todavía no se había dado cu[ ] de que ni sus notas ni sus soluciones iban a importar en ab[ ]to. Los pacientes tienen que encontrar la paz por sí solos.

Tobe no [ ] más que una guía. La solución siempre es personal. Así pues, resulta irónico que, de no ser por la falta de experiencia de Tobe, nunca hubiesen llegado a existir esas anotaciones tan necesarias para permitir por lo menos un entendimiento adecuado del tormento interior de Holloway. Siempre buscamos profesionales experimentados, aunque a veces tenemos la suerte de encontrar a un novato.[263]

En la cuarta visita, Tobe [ ] transcribió las palabras textuales de Holloway. El texto de Flint no p[ ]mite saber si Tobe gra[ ]ó a Hollow[ ] o si se limitó a transcribir sus palabras de memoria:

> "Yo ya llevaba allí dos días, y aquella mañana, antes de amanecer, me [ ] al risco y esperé. Esperé mucho rato sin moverme. Hacía frío. Mucho frío. Hasta entonces todo el mundo había estado hablando del gran ciervo macho, pero nadie había visto nada. Ni un conejo. Aunque yo ya había salido unas cuantas veces de caza, nunca había disparado a un ciervo, pero bueno, entre la [ ] del equipo de fútbol y la manera en que me había dejado Elizabeth, yo estaba deseando vengarme derribando a aquel ciervo enorme.
>
> Cuando por fin salió el sol, no di crédito a lo que estaba viendo. Lo tenía allí, al otro lado del valle, a [ ] ciervo olisqueando el aire. [ ] yo era buen tirador. Sabía lo que tenía que hacer y lo hice. Me tomé mi tiempo, centré la retícula, solté el aire, apreté con suavidad y escuché el retumbar de la bala al surcar el valle. Debí de cerrar los ojos, porque lo siguiente que recuerdo es al ciervo [ ] en el suelo.
>
> Todo el mundo oyó mi disparo y [ ]. Lo curioso es que, por culpa del sitio de donde venía, yo fui el último en llegar. Mi padre me estaba esperando, negando con la cabeza, enfadado y avergonzado.
>
> —Mira lo que has hecho, chaval —me dijo en voz baja, pero yo podría haber oído aquella voz desde el otro extremo del valle—. Mira lo que has hecho. [ ] matado a una hembra. [ ] Estuve a punto de suicidarme, pero supongo que debí de pensar que la cosa ya no podía empeorar más. [ ] ya era lo peor. Mirar a la hembra muerta y luego mirar cómo mi padre me daba la espalda y se marchaba".[264]

Llegado este punto, el trabajo de Flint da paso a un análisis bastante peyorativo y carente de originalidad de la vi[ ]lencia. También concede una importancia e[Jcesiva a la palabra "cervatilla" que Holloway usó para describir a su primer amor, E[ ]zabeth. Sin embargo, como Flint no es el único que lleva a cabo esta asociación, vale la pena echarle aunque sea un v[ ]stazo somero.

"Una venganza trasladada a la naturaleza", es como llama Flint al hecho de que Holloway mate a la cierva, sugiriendo que a ojos de Holloway la cierva se había convertido en Elizabeth. Lo que Flint no admite, sin embargo, es que no hay forma de saber a ciencia cierta si Hollow[ ] y ya describía a Elizabeth como una cervatilla *mientras* estaba saliendo con ella o si solamente lo hizo [ ]*spue's*. Es posible que Holloway la describiera así *con posterioridad* al desdichado viaje de caza a fin de ex[ ]erbar su culpa, atribuyéndose la responsabilidad no solamente de la muerte de la cierva, sino también de la muerte del amor. En [ ] posible que la escena de violencia desatada que pinta Flint no sea más que una burda plasmación del reproche que se hace Holloway a sí mismo.

Flint [ ] afirmar que la naturaleza agresiva de Holloway tenía que salir a la super[ ]ie en lo que él llama [ ] Recinto de Amplificación de Navidson:

Los impulsos suicidas latentes de Holloway [ ] cuando Wax y Jed insisten en dar media vuelta. Él percibe esto (equivocadamente) como una admisión de fracaso, de otro fracaso, q[ ] aumen[ ] su sensación de no estar a la altura.

Con el paso de los años, Holloway había desarrollado suficientes mecanismos de autodefensa psíquica para evitar las consecuencias destructivas de esta autopro[ ] [ ]e derrota.

Lo que hizo que este incidente fuera distinto a todos los demás fue la c[ ]s[ ].

En muchos sentidos, la casa de Navidson funciona como un enorme tanque de aislamiento. Desprovisto de luz, de cambios de temperatura y de noción alguna del tiempo, el individuo empieza a crear su propio [ ] sensorial, y [ ] pendiendo de la duración de su estancia empieza a proyectar más y más de [ ] personalidad en las paredes desnudas y los [ ]asillos vacíos.

En el caso de Holloway, la casa, junto con todo lo que hay en ella, se convierte en una extensión de sí mismo; por ejemplo, Jed y Wax se convierten en los demonios ps[ ]lógicos responsables de su facaso [sic]. Así pues, la primera acción que emprende —disp[ ]ar a Wax— es de hecho el principio de un s[ ]ici[ ]io casi operístico.[265]

Ciertamente Flint no [ ] el único que hace é[ ]asis en la violencia que hay [ ]plícita en [ ] suicidio. En [ ] conferencia celebrada en 1910 en Viena, Wilhelm Stekel afi[ ]mó [ ] "nadie se suicida a menos que quie[ ] bien matar a otra persona o b[ ]n le desee a [ ] persona la muerte".[266] [ ] 1983 Buiey Matlzberger afirmaron que el su[ ]dio [ ] deriva de "dos tipos de impulsos imperativos: el odio ases[ ]no y la necesidad u[ ]gente de es[ ]apar del suf[ ]miento".[267]

Robert Jean Cam[ ]ell resume de la si[ ]ente manera l[ ] psic[ ]dinámica del suic[ ]:

> A me[ ]do el suicidio o los intentos de s[ ]dio se consi[ ]n un ataque agre[ ]vo dirigido a un ser querido o [ ] la sociedad en general; en o[ ]os casos puede [ ] una forma desencaminada de llamar la atención o b[ ] se puede concebir como f[ ]rma de obtener una reunión con el objeto i[ ]al del amor o con la madre. *El hec*[ ]o *de que el suicidio sea en cierto sentido una vía de salida de los i*[ ]*ulsos agresivos se ve corroborado por el cambio de las estadísticas de suicidios en tiempos de guerra. En la Segunda* [ ]*erra Mundial, por ejemplo, las estadísticas en los países invo*[ ]*dos des*[ ]*dieron en algunos casos hasta un treinta por ciento, pero en los países ne*[ ]*rales no se alteraron.*
>
> En las depresiones involutivas y en la modalidad ca[ ]nte de psicosis maníaco[ ]depresiva, a menudo operan los siguientes elementos dinámicos: el paciente deprimido pierde al objeto del que depende para sus s[ ]tros narcisistas: en un inte[ ]o de forzar el retomo de dicho objeto, lleva a cabo una regresión a la fase oral e incorpora (se traga) el objeto, identificándose así, de forma regresiva, con el objeto: *el sadismo dirigido originalmente contra el objeto que ha* [ ] *el abandono es asumido por el sup*[ ]*go del paciente y dirigido contra el objeto incorporado, q*[ ] *ahora se aloja dentro del ego; el suicidio tiene l*[ ]*r, no tanto como intento por parte del ego de e*[ ]*par de las demandas inexorables del superego, s*[ ] *más bien como ataque furibundo al objeto* incorp[ ]do a modo de venganza por haber [ ]bandonado en primer [ ] al paciente**:**[268]

[Cu[ ]as añadidas pa[ ] dar én[ ]asis]

Por supuesto, la ani[ ]uil[ ]ción de [ ]mismo no excluye necesariamente la aniqu[ ] de los demás. Como es evidente en los casos de tiro[ ]os indiscriminados que terminan con suicidio, el ataque al [ ] objeto incorporado" se puede hacer extensivo en primer lugar a [ ] ataque a los seres queridos, compañeros de trabajo o incluso [ ]etadores inocentes, y ha[ ]a Flint estaría de acuerdo en que esa situación concuerda con el caso de Holloway.

Pese a todo, también se p[ ] plantear numerosas objeciones a la afirma[ ] que hac[ ] Flint de que en aquel lugar la disposición suicida de Hollow[ ] tenía que llevar de forma inevitable al asesinato. La refutación más br[ ]nte viene de Rosemary Enderheart, [ ]ue no sol[ ]]ente pone a Flint en su sitio, sino que también revela [ ]go nuevo sobre la historia de Navidson:

> Mientras que el argumento de Flint atribuye el impulso destructivo al impulso original de destruirse a uno mismo, no hay que ir muy lejos para encontrarse a alguien aquejado de impulsos autodestructivos parecidos que, enfrentado a condiciones similares, no intentó matar a dos personas [ ]
>
> SUJETO: Will "Navy" Navidson
> COMENTARIO: "Pienso demasiado a menudo y demasiado en serio [ ]n suicidarme".
>
> A Will Navidson no le era extraña la idea del suicidio. Se le posaba en el hombro con frecuencia: "Está ahí antes de irme a dormir, está ahí cuando me despierto, está ahí muy a menudo. Pero como dijo Nietzsche, 'la idea del suicidio es un consuelo. Lo puede ayudar a uno a pasar muchas malas noches'". (Véase *Confidential: An Interview With Karen Green*, del doctor Hetterman Stone, 19[ ]
>
> Navidson mostraba a menudo desdén hacia sus logros, consideraba que no tenía un rumbo muy fijo y daba por sentado [ ] menudo que la vida nu[ ]a satisfaría sus deseos, por muy plenam[ ]e que la viviera. Sin embargo, a diferencia de Ho[ ]way, él convirtió su des[ ]ación en arte. Se [ ]yó en su mirada y en la película para otorgarle sentido a prácticamente todo lo que e[ ] contr[ ]a, y aunque a menudo pagó un elevado precio en forma de relaciones perdidas, también concibió estampas hermosas y dignas de nuestro tiempo; lo que Robert Hughes denominó en su famosa cita [ ] "las ventanitas luminosas de Navidson".
>
> Flint no [ ] firmar [ ] aunque tanto Holloway como [ ]vidson acampaban en el mismo valle de la depresión, eran individuos muy distintos: Navidson no era más que un fotógrafo, mientras que, en palabras de F[ ]t, "Holloway era un cazador que [ ]ruzaba la frontera para adentrarse en los terri torios de la agresión".
>
> Si Flint pien[ ]a que Navidson nunca ha cruzado esa frontera, verdaderamente anda muy desenca[ ]ado.
>
> Durante los años setenta, Navidson se convirtió en fot[ ]perio[ ]ista profesional y, después, alcanzó la celebridad como tal, pero a princ[ ]pios de aquella déc[ ]a no manejaba una Nikon. Manejaba una M-60 con el Primero de Ca[ ]ía en Rock Island East, donde acabaría recibiendo una Estrella de Bronce por salvarles la [ ]ida a dos [ ] soldados a los que sa[ ]ó de un vehículo de transporte de personal en llamas. Sin [ ], ya no tiene la medalla. Se la mandó a Richard Nixon, junto con una [ ]oto del primer enemigo al que mató, a modo de prot[ ]sta contra la guerra.[269]

Por desgrac[ ]a, cuando Navidson se enco[ ]tró con las cintas de Hi 8 de Hollo[ ], no tenía ni idea de que su contenido iba a [ ]pirar un debate tan acalorado y duradero sobre lo q[ ] acechaba en el [ ]corazón de aquel lugar. Pese a los patrones de conducta radicalmente di[ ]tintos que mostraban dentro de la casa el cazador de Me[ ]mo[ ], Wi[ ]sin y el fotop[jdista ganador de un Pulitzer, La Cinta de Hollowaf] revela que cualquiera de los dos podría haber resultado de[ ]rado de la misma manera. El vislumbre rescatado de las fauces [ ] aquella oscuridad espantosa avisaba de que por muc[ ]o que los senderos fueran distintos, el final podía acabar siendo el mismo.

La cinta de Hol[ ]y

"Estoy perdido. Sin comida. Con poca agua. Desorientado. Oh, Dios… [ ]"

Así emp[ ]eza La cinta de Holloway: con Holloway mirando desquiciadamente a la cámara, con una pared de fondo, los momentos finales de la vida de un hombre. Se trata de retazos discordantes, coherentes únicamente en la medida en que trazan un declive.

Res[ ]men:

• El intertítulo inicial muestra una cita de *La poética del espacio*, de Gastón Bachelard: "El soñador en su rincón canceló el mundo en una fantasía detallada que fue destruyendo uno a uno todos los detalles del mundo".[270]

• Hay trece partes.[ ]

• Las partes están separadas entre sí por medio de tres segundos de fotogramas en blanco. En la esquina superior derecha una serie de palabras establece la cronología, empezando con "Primera", siguiendo con "2" hasta la "12" y acabando con "Ultima". La tipografía es la misma Janson que publicó Antón Janson en Leipzig entre 1660 y 1687.

• Todos estos añadidos los diseñó Navidson. Son [ ] y no alteran para nada los segmentos originales.

Navidson reproduce la cinta de Holloway entera.

¿Cómo olvidar los rasgos llorosos de Holloway cuando vuelve la cámara hacia sí mismo?

Ya no hay consuelo. No hay esperanza de rescate ni de regreso.

"Me lo merezco. Todo esto es culpa mía. Pero lo siento mucho. Lo siento muchísimo", dice en la Parte 2. "¿Y qué más da? Les he disparado. Les he disparado a los dos. [Pausa larga] Solamente me queda media cantimplora de agua. [Otra pausa] No tendría que haber dejado que se escaparan y así [ ] vuelto y dicho a todo el mundo que se ha[ ] perdido… perdido." Y con esa última frase, la mirada de Holloway revela quién es el que está realmente perdido aquí.

Pese a la culpa innegable de Holloway, desde que Floyd Collins se quedó atrapado en la Cueva de Arena de Kentucky en 1925 no se ha presenciado un ejemplo tan terrible de sufrimiento. Collins aguantó catorce días con sus correspondientes noches antes de morir. Pese a los esfuerzos de muchos hombres para liberarlo de aquella prensa de roca, Collins ya no volvió a ver la luz del día. Lo único que sintió fueron la oscuridad [ ]pleta y el frío [ ] sobre él, lo paralizaban y lo mataban. Y lo único que pudo hacer fue delirar sobre ángeles en cuadrigas, hígado encebollado y

bocadillos de pollo.[271]

A diferencia de Floyd Collins, a Holloway no lo constriñe ninguna camisa de fuerza de barro y rocas. Todavía puede moverse, aunque sus movimientos no lo llevan a ninguna parte. Para cuando se pone a grabar en vídeo sus últimas horas, ya ha comprendido lo desesperado de su situación. Repetir su identidad parece ser el único mantra[ ]ofrece algún consuelo: "Holloway Roberts. Nacido en M[ ]om[ ], [ ]sin. Licenciado por la Universidad de Massachusetts".[272] Es casi como si creyera que preservar su identidad en vídeo puede contener de alguna manera lo que él es incapaz de evitar: esos contornos interminables de oscuridad que sustraen a Holloway de sí mismo: "Soy Holloway Roberts —insiste—. Nacido en Menomonie, W[ ]n. Licenciado por la Universidad de Massachusetts. Explorador, cazador profesional, [ ]jar. [Pausa larga] Esto no está bien. No es justo. No merezco morir".

Por desgracia, la escasez de luz, la [ ]lidad de la cinta, por no mencionar la oscilación constante entre la imagen nítida y la borrosa (cortesía del enfoque automático de la Hi 8) a duras penas permiten ver la cara barbuda de Holloway, por no hablar del resto; lo cual no sugiere que haya un "resto". Básicamente hay un fondo de oscuridad, que, tal como observó la policía, podría haberse filmado en cualquier habitación o armario sin luz. [ ]

En otras palabras, la inmen[jdad de la casa de Navidson elude el marco del fotograma. Solamente existe en la cara de Holloway, en su miedo, se le gra[ ] [ ]da vez más profundamente en los rasgos, el precio de la muerte se paga con li[ ]ra[ ] de carne y con cada respiración entrecortada. Resulta dolorosa[ ] obvio que la criatura que Holloway va a cazar ya ha empezado a devorarlo.

Las Partes 4[ ] 6, [ ], 10 y 1[ ] se centran en la reiteración que hace Holloway de su identidad. La Parte 3, sin embargo, es distinta. Solamente dura cuatro segundos. Con los ojos muy abiertos, la voz ronca y los labios cuarteados y sangrando, Hol[ ] exclama: "No estoy solo". En la Parte 5 con[ ]núa diciendo: "Aquí hay algo. Ahora estoy seguro". En la Parte 8 dice: "Me está siguiendo. No, me está *persiguiendo*". Y en la Parte 9: "Pero no ataca. Se queda ahí esperando. No sé qué espera. Pero ahora lo tengo cerca, esperándome, esperando algo. No sé por qué no [ ] Oh,Dios… Holloway Roberts. Menomonie, Wisconsin. [Mete una bala en el rifle] Oh, Dios [ ]".[273]

Resulta interesante comparar la conducta de Holloway con la de Tom. Éste se dirigía a su [ ]agón con sarcasmo, llamándol[ ] "Señor Monstruo" y diciéndole que él tenía mal sabor. El humor resultó ser un poderos[ ] escu[ ] psicológico. Holloway tiene su rifle, pero resulta ser el arma menos poderosa de las dos. El frío metal y la pólvora le proporcionan muy po[ ]a calma interior. Pese a t[

]

Por supuesto, la parte 13 o mejor dicho la "Ultima" de La cinta de Holloway es la que suscita el debate más largo y tal vez más popular en tomo a *El expediente Navidson*. Lantem C. Pitch [ ] Kadina Ashbeckie ocupan polos opuestos del espectro, el uno a favor de un monstruo real y la otra optando por una expl[ ]ación racional. Ninguno de ellos, sin embargo, consigue [ ] una interpretación definitiva.

La primavera pasada, en el Ciclo de C[ ]ferencias Pelias, Pitch anunció: "¡Por supuesto que existe una bestia! ¡Y les aseguro que el hecho de que nosotros creamos o no en ella le importa muy

poco a esa cosa!".[274] En *American Photo* (mayo de 1996, p. 154), Kadina Ashbeckie e[ ]ribe: "La muerte de la luz engendra una criatura-oscuridad que pocos pueden aceptar como ausencia[ ]pura. Así pues, pese a las objeciones racionales, el fracaso de la tecnología es r[ ]basado por la aniquilación del mito".[275]

[

]

El problema es que ese vándalo llamado Mito *siempre* aniquila a la Razón si ésta titubea. [ ] El mito es el tigre que acosa al rebaño. El Mito es el S[ ]or Monstruo de Tom. El Mito es la Bestia de Hol[ ]. El Mito es el Minotauro.[276] El Mito es Redwood.[277] Y en la casa de Navidson, esa oscuridad sin rostro es la encarnación de muchos mitos.

"Ce ne peut être que la fin du monde, en avançant", comentó Rimbaud con sequedad. Baste con decir que Holloway no [ ] francés para su final. Lo que hace es dejar colocada su cámara de [ ]íd[ ]o, a continuación enciende una bengala de magnesio, se va a la otra punta de la sala y allí se deja caer en el rincón a esperar. De vez en cuando murmura pa[ ] sus ad[ ]tros y de vez en cuando se pone a gritarle obscenidades [ ] al vacío: "¡A tomar por el culo! ¡A tomar por el culo! ¡Ven a cogerme si puedes, hijoputa!". Y luego, a medida que los minutos desfilan crepitando, su energía disminuye. "[ ]no quiero morir, este [ ]", unas palabras que le salen como un suspiro, tristes y perdidas. A continuación enciende otra bengala, la lanza hacia la cámara y por fin se pone el cañón del rifle contra el pecho y se pega un tiro. [ ] Jill Ramsey Pelterlock escribe: "En ese lugar, la ausencia de final se convierte en su final".[278]

Por desgracia, a Holloway no le sa[ ] del todo [ ]n el plan. Se pasa exactamente dos minutos y veintiocho segundos gimiendo y retorciéndose en un charco de sangre, hasta entrar p[ ] fin en sh[ ]ck y caer muerto.[279] Luego, durante cuarenta y seis segundos, la c[ ]m[ ]a no muestra nada más que su cuerpo inmóvil. Casi un minuto de s[jlencio. De hecho, la duración es tan absurda que cas[ ] parece que Navidson se haya olvidado de cortar esta parte. Al fin y al cabo, de esta escena ya no se p[ ] sacar nada más. Holloway ha muerto. Pero es e[ ] acta[ ]ente entonces cuando suce[ ]e.

Todo dura menos de do[ ] segundos. Unos dedos de tinieblas clavan sus zarpas en la pared iluminada y consumen a Holloway. Y aunque la [ ] lo pierde todo de vista, la cinta registra el terrible gruñido, que esta vez no hay duda de que está dent[ ]o de la sala.

¿Se trata de una cr[ ]tu[ ]a real?[280] ¿O del simple agotamiento de la bengala? ¿Y qué pasa con el ruido? ¿Lo hizo una be[ ] o una simp[ ] reconfig[ ]ración má[ ] de aquel espacio absurdo, parecido a la Cascada de Hielo de Khumbu, producto de alg[ ]n fenómeno físico peculiar?

Parece un error afirmar, como hace Pitch, que esa criatura tiene garras y dientes de hu[ ]o (que es algo que por alguna razón el mito [ ] requiere). [ ] tuvier[ ] garras, estarían hechas de sombras, y si tuviera dient[ ], estarían hechos de oscuridad. Y sin embargo, incluso así el [ ] persigue a Holloway por todos los rincones hasta atacarlo por fin, devorándolo, rugiendo incluso. L[ ] último que se oye es el ruido de Holloway al ser arrancado de la existencia.[281]

LA ESCAPATORIA[282]

10.

A diferencia de Navidson, a Karen no le hace falta ver la cinta dos veces. Se pone de

inmediato a sacar maletas y cajas bajo la lluvia. Restan la ayuda.

Navidson no discute con ella, pero sí le señala que marcharse no va a ser cosa de un par de minutos.

—Ve a un motel si quieres —le dice a Karen—. Yo todavía tengo que guardar todos los vídeos y la película.

Al principio Karen insiste en esperarlo en el coche con los niños, pero al final la llamada de las luces, la música y el murmullo de voces familiares es más fuerte que ella, sobre todo cuando la alternativa es la incansable tormenta eléctrica que aúlla en ausencia del amanecer.

Dentro descubre que Tom ha intentado establecer alguna medida de seguridad. No solamente ha pasado los cuatro cerrojos de la puerta del pasillo, sino que ha montado con entusiasmo una barricada defensiva hecha a base de una cómoda, el armario de la porcelana y un par de sillas, coronando su obra con el bacinete del vestíbulo.

Puede que sea coincidencia o puede que no, pero Cassady Roulet se ha esforzado mucho en ilustrar el hecho de que la creación de Tom se parece a un teatro:

> Véase cómo el armario de la porcelana hace de telón de fondo, las sillas enfrentadas sirven de bastidores y la cómoda, por supuesto, ejerce de escenario, mientras que el bacinete no es otra cosa que el decorado, un símbolo complicado que sugiere la acción de la obra que está a punto de empezar.
>
> Está claro que el tema es la guerra o, por lo menos, la obra emplea a una serie de personajes que tienen alguna clase de historial militar. Además, en el contexto de la función que se aproxima, el sentido anterior del bacinete como bastión, reducto o lugar seguro ha sido radicalmente alterado.
>
> Ya no finge tener ninguna autoridad sobre la oscuridad de más allá. Renuncia de forma inherente a toda pretensión de significado.[283]

Karen agradece el esfuerzo que ha dedicado Tom a esta última línea defensiva, pero lo que más la conmueve es la forma en que su cuñado da un golpe cómico de talones y le presenta los cuatro colores —azul, amarillo, rojo y verde— de las llaves del pasillo. Un intento de ofrecerle a Karen algún grado de control, o por lo menos, sensación de control, sobre el horror que aguarda al otro lado de la puerta.

Resulta imposible intuir algún tipo de doblez en el agradecimiento de Ka- ren. Tom se cuadra cómicamente ante ella, arrancando una sonrisa a Chad y Daisy, que siguen desorientados por el hecho de que los hayan despertado a las cinco de la mañana y los hayan sacado a la tormenta. Solamente cuando han desaparecido escaleras arriba, Tom levanta el bacinete y saca de debajo una botella de bourbon.

Al cabo de unos minutos, Navidson entra en la sala de estar cargado de películas y cintas de vídeo. Por culpa de todo el revuelo que ha seguido a su regreso, todavía no ha tenido un momento para estar con su hermano a solas. La situación cambia, sin embargo, cuando se encuentra a Tom en el suelo, con la cabeza apoyada en el sofá y disfrutando de su bebida.

—Deja eso —se apresura a decirle Navidson, quitándole la botella a su hermano—. No es momento de coger una merluza.

—No estoy borracho.

—Tom, estás en el suelo.

Tom se echa un vistazo rápido y niega con la cabeza.

—Navy, ¿sabes lo que decía Dean Martin?

—Claro. Que si puedes estar tumbado sin agarrarte a nada, entonces no estás borracho.

—Pues mira —murmura Tom, levantando los brazos en el aire—. Sin brazos.

Navidson deja en el suelo la caja que está cargando y ayuda a su gemelo a levantarse.

—Ven, voy a prepararte un café.

Tom suelta un suspiro perceptible y finalmente se apoya en él. Hasta ahora no ha podido afrontar realmente el dolor desgarrador que le había causado la ausencia de su hermano ni tampoco el alivio enorme que siente ahora que sabe que su gemelo ha sobrevivido.

Navidson lo rodea con el brazo.

—Venga, vamos.

—Por lo menos cuando estás borracho —añade Tom, apresurándose a secarse la cara—, siempre sabes que el suelo es tu mejor amigo. ¿Sabes por qué?

—Porque nunca te abandona —contesta Navidson, y las mejillas se le ruborizan de repente de la emoción mientras ayuda a su hermano tambaleante a llegar a la cocina.

—Eso mismo —susurra Tom—. Igual que tú.

Reston es el primero que lo oye. Se encuentra a solas en la sala de estar, recogiendo todas las radios, cuando al otro lado de la puerta se produce un chirrido suave. Da la impresión de estar a varios kilómetros de distancia, aunque sigue siendo lo bastante intenso como para hacer que tiemble el bacinete que hay encima de la cómoda. El ruido aumenta lentamente, cada vez más fuerte y cada vez más cercano, conteniendo en su incremento algo imprevisto y desconocido, evolucionando hacia una modalidad nueva y ya malinterpretada de amenaza. Reston se agarra instintivamente a las ruedas de su silla, temiendo tal vez que este nuevo cambio de situación en el seno de la casa haga trizas la puerta del pasillo. Sin embargo, el ruido se apaga, rindiendo de forma momentánea su amenaza ante el silencio.

Reston respira hondo.

Y luego alguien da un golpe al otro lado de la puerta. Seguido de otro.

Navidson está fuera, cargando una caja de casetes de Hi 8 en el coche, cuando ve que las luces del piso de arriba de la casa se van apagando una por una. Un segundo más tarde Karen grita. La tromba de agua que está cayendo y el retumbar esporádico de los truenos ahogan el ruido, pero Navidson reconoce de forma instintiva las notas del pánico de su mujer. Tal como Billy describiría la escena más tarde en la Entrevista a Reston:

> Navidson está deshidratado, lleva dos días sin comer y ahora está llevando sus cosas al coche en medio de una tormenta. Cada paso que da duele un suplicio. Está que no se aguanta, en modo de supervivencia total, y sin embargo le basta con oír la voz de ella. Lo deja todo. El agua le hace perder varios carretes de película. Pero él cruza la casa como una exhalación para rescatarla.

Debido a la ausencia de cámaras en el exterior, todas las experiencias que tienen lugar fuera se basan en testimonios personales. Dentro, sin embargo, la Hi 8 que hay instalada en la pared sigue funcionando.

Karen está en el piso de arriba, guardando en una bolsa sus cepillos para el pelo, la colonia y el joyero, cuando el dormitorio empieza a hundirse. Vemos cómo el techo pasa del color blanco al negro ceniciento y a continuación se desploma. Luego las paredes se abalanzan hacia dentro con tanta fuerza que hacen astillas el tocador, parten el somier de la cama y lanzan por los aires las lámparas de las mesillas de noche, reventando las bombillas y acabando con la luz.

Justo antes de que la cama quede segada por la mitad, Karen consigue meterse en el extraño cuarto trastero que hay entre padres e hijos. El artista conceptual Martin Quoirez señala que ésta es la primera vez que la casa "actúa físicamente" sobre sus habitantes y sus objetos:

> Al principio, los únicos modos de violencia eran la distancia, la oscuridad y el frío. De repente, la casa presenta un nuevo recurso. Resulta imposible llegar a la conclusión de que los actos de Hollo- way han alterado las leyes físicas de ese espacio. Sin embargo, también parece imposible negar el hecho de que la naturaleza del lugar parece haber cambiado.[284]

Karen escapa de la amenaza de su dormitorio solamente para encontrarse en un espacio que aumenta rápidamente de tamaño, y cuyas dimensiones empiezan a tragarse toda la luz, así como los chillidos apenas audibles con que Daisy pide ayuda.

Casi de inmediato, la oscuridad aplasta a Karen. Ella se hunde. Por supuesto, llegado este punto ya no hay cámaras que la muestren presa de uno de sus ataques. Lina vez más, esa crónica se basa en la Entrevista a Reston:

> Navy dijo que le daba la sensación de estar adentrándose en las mandíbulas de una bestia enorme que se disponía a cerrarlas…, y tal como se puede ver más adelante, eso es justamente lo que hizo aquella cabrona espantosa.
>
> [Reston refrena el llanto]
>
> Lo siento… lo siento… Oooh, joder, todavía me afecta.
>
> En todo caso, Navy se la encuentra en el suelo, hiperventilando. La coge en brazos. Supuestamente ella se calma en cuanto se ve en brazos de él… Y de pronto ese gruñido empieza otra vez, retumbando como un trueno de opereta.
>
> [Reston cambia de postura en su silla de ruedas; da un sorbo de agua]
>
> En fin, Navy sale de allí. Empieza a cruzar otra vez su dormitorio. A duras penas lo consigue. El marco de la puerta cae hacia abajo como si fuera una guillotina. Le da un porrazo a Navy en el hombro y le roza la cabeza a Karen con fuerza suficiente como para hacerle perder el conocimiento.
>
> Os digo que Navy es un cabrón duro. El tío sigue adelante, escaleras abajo, y por fin sale. Y entonces Daisy deja de gritar.

11.

El siguiente fragmento de grabación de la Hi 8 muestra a Navidson entrando otra vez en la casa, llamando a gritos a Chad y a Daisy mientras se adentra corriendo en el pasillo y, finalmente, dirigiéndose a las escaleras para volver a subir al dormitorio de los niños. De pronto el suelo se desploma y él cae deslizándose otra vez a la sala de estar, donde habría muerto si no fuera porque

consigue agarrarse de un manotazo desesperado al pomo de una de las puertas.

De la Entrevista a Reston:

> Yo estaba intentando salir de allí como fuera. Los golpes en la puerta se habían convertido en unos porrazos espantosos. La puerta del pasillo seguía trabada gracias a los cerrojos y la barricada, pero supe que allí se iba a armar la de Dios.
>
> De hecho, lo primero que pensé fue que debía de ser Holloway, aunque los golpes eran tremendos. O sea, cada porrazo hacía temblar las paredes, y yo pensé que si aquello era Holloway, entonces debía de haber cambiado, y la cosa es que no me apetecía en absoluto conocer a aquella versión nueva y mejorada. Sobre todo en aquel momento.
>
> [Reston recoloca ligeramente su silla de ruedas]
>
> Tenía la silla bastante hecha polvo, de manera que no podía moverme tan deprisa como de costumbre. Luego, de repente, los golpes se detuvieron. Así, sin más. Silencio. Ni más porrazos ni gruñido ni nada. Y colega, no sé cómo describirlo, pero aquel silencio era más poderoso que ningún ruido y que ninguna llamada. Yo tenía que contestar a aquel silencio, o sea, tenía que reaccionar.
>
> Tenía que mirar.
>
> De manera que me doy la vuelta —parte de esto se puede ver en el vídeo— y veo que la puerta sigue cerrada y tapada por las cosas que Tom ha puesto delante, aunque el… como-se-llame,
>
> el casco de la armadura ya se ha caído al suelo.
>
> Luego el armario de la porcelana y la cómoda empiezan a hundirse. Al principio poco a poco, centímetro a centímetro, y luego un poco más deprisa.
>
> Mi silla empieza a resbalar. Yo pongo los frenos y me agarro a las medas. Al principio no entiendo qué está pasando, hasta que me doy cuenta de que lo que se está hundiendo es el suelo de debajo de la barricada.
>
> Entonces di media vuelta y me lancé hacia el vestíbulo. Ni de coña podría haber salido de allí con la silla. A duras penas conseguí llegar al marco de la puerta y agarrarme lo bastante a él como para no irme para atrás. La silla, sin embargo, se me escurrió de debajo y se alejó rodando, dando vueltas sobre sí misma, por aquella pendiente.
>
> El suelo debía de haberse hundido unos dos metros. Muy por debajo del zócalo, como si los cimientos hubieran cedido…, aunque de los putos cimientos no había ni rastro. Lo normal habría sido ver cemento, pero allí no había nada más que negrura.
>
> Todo junto —el armario de la porcelana, la cómoda, la mesilla del café, las sillas— se deslizó por aquel suelo y desapareció por el borde. Y Navy también habría desaparecido de no ser porque pudo agarrarse al picaporte.

Así es como la deglución de un teatro del absurdo lleva a otro. Y en ambos casos, la gravedad insistente del vacío no se puede contener ni por medio de todos los monólogos, pelucas y frases ingeniosas del mundo. Tal como comentó una vez el crítico de teatro Tony K. Rich: “La única opción es un mutis rápido, abandonar el escenario, y también aconsejo tomar un taxi al aeropuerto”.[285]

Sin embargo, no es tan fácil salir de allí. Nuevamente de la Entrevista a Reston:

Me puse a pedir ayuda a gritos. Recuerde que yo tenía las manos hechas polvo desde mi expedición allí abajo. Ya apenas podía agarrarme. Si Navy no llegaba deprisa hasta mí, me iba a caer.

De manera que Navy empezó a hacer girar aquella puerta a la que estaba agarrado, hacia delante y hacia atrás, y de esa manera consiguió medio balancearse y medio trepar hasta quedar más o menos a un metro de mí. Luego respiró hondo, me dedicó una media sonrisa y saltó.

Fue el momento más largo de todos, y finalmente se terminó. Agarrado al marco de la puerta, se volvió a impulsar hacia el vestíbulo y al cabo de un momento ya me estaba poniendo a mí a salvo. Y todo eso con el hombro herido.

En la cinta da la impresión de que Navy me alcanza de un brinco y ya está. Pero, caray, tal como yo lo recuerdo, aquel brinco duró una eternidad.

Aunque la iluminación es mala y la resolución peor, en el vídeo vemos que Navidson usa la puerta para situarse cerca de Reston, pese a que los goznes están a punto de ceder. Por suerte, consigue alejarse de un salto justo cuando la puerta ya se está soltando. Todo el episodio no dura más que unos segundos, pero igual que Reston, Navidson señala que la acción, por breve que fuera, les dejó una impresión duradera. De La última entrevista:

Unos pocos momentos terminaron pareciendo horas. Yo estaba colgado de aquel pomo metálico, sin atreverme a mirar, aunque por supuesto acabé mirando. El suelo estaba más inclinado que la Cara del Lhotse, y descendía hacia aquel frío tan familiar. Yo sabía que tenía que llegar hasta Billy.

Pero todavía no había pensado cómo iba a hacerlo. Luego oí el crujido. Las bisagras no aguantaban mi peso.

De manera que hice lo único que se me ocurrió: giré la puerta hacia la izquierda, la derecha, la izquierda y una vez más hacia la derecha hasta salvar el par de metros que me separaban de Reston.

Justó cuando yo estaba saltando, oí que la primera bisagra se desprendía del marco, y luego la segunda. Aquel ruido estiró los segundos hasta convertirlos en horas.

[Pausa]

En cuanto llegué, sin embargo, todo se volvió a acelerar. No me di cuenta y ya estábamos los dos en el jardín, empapados bajo la lluvia.

Cuando por fin volví a la casa para recuperar la Hi 8, no pude creer lo deprisa que todo había sucedido en realidad. En la filmación mi salto parece facilísimo y aquella oscuridad no parece oscura en absoluto. No capta el vacío que hay en ella, ni el frío. Tiene gracia lo incompetentes que pueden ser a veces las imágenes.

Esas últimas palabras en concreto pueden resultar un poco simplistas, sobre todo viniendo de un fotógrafo tan respetado. Sin embargo, a pesar de las numerosas Hi 8 instaladas por toda la casa, Navidson tiene razón: todas las imágenes grabadas durante este segmento son inadecuadas.

Es una lástima que Navidson no lleve cámara. Toda la secuencia que cubre la escapatoria de la casa recuerda a algo sacado del sistema de vigilancia barato de un banco local o un 7-Eleven. Los fragmentos son representaciones imparciales de un espacio. Si la acción se sale del plano, la cámara no está lo bastante interesada como para ajustar su perspectiva. No puede ver lo que

importa. No puede seguir las cosas.

Lo único que informa de estos acontecimientos son las entrevistas. Solamente ellas nos describen el fragor de esos momentos.

Fuera la lluvia lo invade todo, anega la calle, inunda las alcantarillas y despoja a los árboles de las hojas otoñales. Reston está sentado en la hierba, completamente empapado pero negándose a cobijarse. Karen permanece inconsciente, tumbada en el coche exactamente tal como la ha dejado Navidson.

Daisy y Chad, en cambio, siguen sin aparecer.

Como Tom, de hecho.

Navidson está intentando decidir cómo puede volver a entrar en la casa cuando un ruido de cristales rotos le hace ir al jardín de atrás.

—Estaba claro que se había roto una ventana —explica Restan—. Y cuando Navy oyó aquello, echó a correr.

Restan recuerda haber visto desaparecer a Navidson por detrás de la casa. No tenía ni idea de qué iba a pasar a continuación. Ya era bastante malo estar sin su silla de ruedas. Luego oyó el chillido de Daisy, un estallido agudo lo bastante estridente como para imponerse al duro tableteo de la lluvia, seguido de gritos y por fin de algo que Restan no había oído nunca: "Fue como una inmensa exclamación ahogada, pero muy, muy penetrante".

Restan estaba mirando con los ojos guiñados bajo la lluvia cuando de repente vio una sombra que se separaba de la línea de los árboles: "Para entonces ya había empezado a amanecer un poco, pero las nubes de la tormenta nos seguían teniendo a oscuras". Restan dio por sentado de inmediato que era Navidson, pero luego, a medida que la figura se acercaba, vio que era mucho más pequeña que su amigo. "Y además, caminaba raro. Nada deprisa, pero con mucha firmeza. Aquellos andares tenían algo amenazador".

Chad se limitó a saludar con la cabeza a Restan mientras pasaba por su lado y se subía al coche. No dijo ni una palabra, se limitó a sentarse al lado de su madre y esperar a que se despertara.

Chad había visto lo sucedido pero no tenía palabras para describirlo. Restan se dio cuenta de que si quería averiguarlo, iba a tener que arrastrarse en persona hasta la parte de atrás de la casa, y eso es exactamente lo que se puso a hacer.

La razón de que Daisy deje de gritar es Tom.

De alguna manera Tom se las ha apañado para atravesar esa casa sumida en sacudidas violentas hasta llegar al pasillo de arriba, donde ahora se dirige hacia los chillidos de la aterrada niña de cinco años. Lo que nadie sabe es que Chad ya se ha escabullido hace rato fuera de la casa, puesto que prefiere la soledad de la madrugada a todo el ajetreo de las maletas y el pánico que están cuajando dentro.

Tal como podemos ver, Tom encuentra por fin a Daisy paralizada en las sombras. Sin decir palabra, la coge en brazos y echa a correr de vuelta al piso de abajo, y su forma de evitar la abrupta caída a la sala de estar —por donde ya se ha precipitado Navidson— es irse corriendo hacia la parte de atrás de la casa.

El sitio entero no para de temblar y sacudirse, las paredes se resquebrajan para volver a fusionarse, los suelos se fragmentan y se comban, el techo es rasgado de repente por zarpas invisibles, causando que las molduras se astillen, que las tuberías del agua se rompan y que los cables eléctricos chisporroteen. Y lo que es peor, la ceniza negra procedente de abajo se está extendiendo como la tinta y cubriéndolo todo, transformando hasta el último rincón, armario y pasillo en esa oscuridad espantosa. Luego a Tom y a Daisy se les empieza a congelar el aliento.

En la cocina, Tom rompe una ventana con un taburete. Le oímos decir:

—Venga, Daisy, solamente tienes que pasar por aquí y ya eres libre… —Y podría haber sido así de fácil si el suelo no hubiera adoptado las características de una cinta transportadora gigante, apartándolos de golpe de su única vía de escape.

Con Daisy cogida en brazos, Tom echa a correr lo más deprisa que puede, intentando vencer el tirón del vacío que se abre a sus espaldas. Frente a ellos, Navidson aparece en la ventana.

Tom aprieta el paso todavía más y consigue acercarse lo bastante para entregarle a Daisy a Navidson, quien, pese a los fragmentos de cristal que le abren largas heridas ensangrentadas en los antebrazos, la arranca de inmediato del interior de la casa y la pone a salvo.

Tom, sin embargo, ha llegado a su límite. Completamente desfondado, deja de correr y se desploma de rodillas, agarrándose los costados y tratando de coger aire. El suelo le hace retroceder cuatro o cinco metros y luego, sin razón aparente, se detiene. Solamente las paredes y el techo continúan su baile borracho alrededor de él, estirándose, doblándose y hasta inclinándose.

Cuando Navidson regresa a la ventana, no se puede creer que su hermano esté allí quieto. Por desgracia, tal como demuestra Tom, cada vez que intenta dar un paso adelante, el suelo lo arrastra dos pasos atrás. Navidson entra gateando lentamente por la ventana y, por extraño que parezca, las paredes y el techo paran de oscilar casi al instante.

Lo que sucede a continuación tiene lugar tan velozmente que resulta imposible darse cuenta de lo brutal que es la conclusión hasta que ya se ha producido. Solamente las repercusiones crean una imagen a la medida de la velocidad como de obturador con que las paredes se cierran de golpe y trituran todos los dedos de ambas manos extendidas de Tom. Ahora a través de la carne asoman unos huesos “que parecen bastoncitos de pan” (en palabras de Reston).[286] La sangre le cubre los brazos y le mana de la nariz y los ojos.

Por un momento parece que Tom va a entrar en shock mientras se queda mirando su cuerpo mutilado.

—¡Maldita sea, Tom, corre! —le grita Navidson.

Y Tom lo intenta, pero su esfuerzo únicamente consigue alejarlo más de su hermano. Y esta vez, cuando se detiene, sabe que no tiene nada que hacer.

—Espera, que voy a por ti —vocifera Navidson, mientras se arrastra como puede hasta la encimera de la cocina.

—Oh, Dios mío —murmura Tom.

Navidson levanta la vista.

—¿Qué?

Y entonces Tom desaparece.

En menos tiempo del que tarda un solo fotograma de película en aparecer en una pantalla, el suelo de linóleo se disuelve, convirtiendo la cocina en un pozo vertical. Tom cae a las tinieblas,

sin poder lanzar ni un grito tras de sí para señalar su caída, mientras el grito de Navidson intenta rozar su estela sin éxito, la estela de su gemelo, robado y finalmente burlado por el silencio, y es que ni siquiera se oye el ruido de Tom al chocar con el fondo. Así habría quedado la cosa de no ser por una intrusión completamente extraña e inesperada que, sin previo aviso, se hace eco del final de Tom emitiendo una terrible exclamación ahogada; una exclamación que oye Reston, que tal vez oye Karen, a juzgar por su gemido repentino, y que ciertamente oye Chad, acuclillado entre los árboles, escuchando y por fin contemplando los sollozos de su padre y de su hermanita hasta que algo oscuro y desconocido le dice que busque a su madre.

XIV

Que te despojen de tus tintes púrpuras, porque
yo también tuve en el yermo con mi mujer todos
los tesoros que deseaba.

Enkidu

Hacia finales de octubre, Navidson viajó a Lowell para hacerse cargo de las cosas de su hermano. Había asegurado a Karen que el primero de noviembre se reuniría con ella y los niños. Lo que hizo, sin embargo, fue volver directo a Charlottesville. Viendo que Acción de Gracias llegaba y pasaba y que Navidson seguía sin volver a Nueva York, Karen llamó a Fowler.

Después de la publicación de *El expediente Navidson*, Audrie McCullogh, la amiga que había ayudado a Karen a armar la estantería, habló brevemente de la relación de los Navidson en una entrevista para la radio (se puede conseguir una trascripción escribiendo a la KCRW de Los Angeles). En ella, Audrie afirmaba que la decisión de no casarse siempre había venido de Karen: "Navy se habría casado con ella sin pensarlo. Siempre fue ella la que se opuso. Karen quería libertad, pero luego se ponía furiosa cuando él no estaba. La aventura que tuvo con Fowler fue precisamente por eso. Ver a otra persona, pero no… Uff, no debería estar hablando de este tema". [287]

Después de que Navidson desapareciera por la Escalinata de Caracol, Karen se encontró a sí misma atrapada entre dos umbrales: uno que daba *al interior* de la casa y otro que llevaba *fuera* de ella. Aunque al final consiguió marcharse de Ash Tree Lañe y en algunos sentidos dejar a Navidson, siguió siendo incapaz de entrar en cualquier clase de espacio cerrado y oscuro. Incluso en Nueva York se negaba a coger el metro y evitaba siempre los ascensores.

Las razones no están del todo claras. La teoría más aceptada en la actualidad se basa en una historia que contó la hermana mayor de Karen, Linda, de quien estaba distanciada. A principios del presente año Linda fue a un "programa de tertulias" abierto al público y contó que su padre adoptivo había abusado sexualmente de ellas. Según refirió, un fin de semana de otoño en que su madre estaba de viaje, el hombre se llevó a las dos chicas a una vieja granja, donde obligó a Karen (de catorce años) a meterse en un pozo y la dejó allí mientras violaba a Linda. Después obligó a Linda a meterse en el pozo y le hizo lo mismo a Karen.

El estudio de terapia farmacológica en el que participó Karen no menciona ninguna historia de

abusos sexuales (véase nota al pie 69). Sin embargo, no parece descabellado plantearse una experiencia traumática de adolescencia, ya sea real o fantástica, como posible fuente de los miedos de Karen. Por desgracia, cuando varios periodistas le han pedido que confirme la afirmación de su hermana, Karen se ha negado a hacer comentarios.

Navidson también se niega a comentar nada, y únicamente declara que el miedo natural que Karen ya le tenía a la casa se vio intensificado por su grave claustrofobia. En *El expediente Navidson*, Karen describe su ansiedad en términos muy simples: "Céspedes verdes por la tarde, bombillas cálidas de cien vatios, playas soleadas, todo eso me parece el paraíso. Pero como me pongas cerca de un ascensor o de un sótano mal iluminado, se me va la cabeza. Un apagón puede dejarme paralizada de terror. Es algo clínico. Una vez participé en un estudio, pero los fármacos que me dieron me hacían engordar".

Es muy posible que nunca se llegue a averiguar si las historias sobre el pozo y el padrastro de Karen son ciertas.

Después de una década de distanciamiento, se suponía que la casa tenía que ser un nuevo comienzo. Navidson renunció a varios encargos en el extranjero y Karen juró que se concentraría en criar a su prole. Los dos querían y de hecho necesitaban lo que ninguno de los dos era realmente capaz de soportar. Navidson no tardó en refugiarse en su documental. Lamentablemente para Karen, en casa él seguía trabajando. Jugaba más con los niños y todos los días llenaba las habitaciones de su sustancial energía y su autoridad natural. Karen no era lo bastante fuerte para definir un espacio propio. Le hacía falta ayuda.

Salvo en forma de aquellos objetos que constituyen pruebas de su adulterio, en *El expediente Navidson* la aventura de Karen con Fowler apenas existe. No fue hasta que la película empezó a triunfar cuando salieron a la luz algunos detalles relativos a aquella relación, por espurios que fueran.

Fowler era actor y vivía en Nueva York. Trabajaba en una tienda de ropa de la Quinta Avenida, especializada en diseños italianos de moda femenina. Se le consideraba sumamente atractivo y se pasaba las noches en el Bowery Bar, el Naked Lunch o el Odelay-la, contando que iba a ser actor. Al parecer se ligó a Karen por la calle.

Literalmente.

Karen iba corriendo para encontrarse con su madre, con quien iba a cenar, se cayó del bordillo y se torció un tobillo. Durante un instante de desconcierto se quedó allí en el asfalto, entre el contenido desparramado de su bolso: *der absoluten Zerrissenheit.*[288] Al cabo de un momento, Fowler le ofreció una mano y la devolvió a la acera, recogió sus cosas y la atendió. Ella no lo dejó marcharse sin darle su número de teléfono, y dos días más tarde, cuando él la llamó, Karen aceptó acompañarlo a tomar una copa.

Al fin y al cabo, era sumamente atractivo y algo más que resultaba todavía más atractivo para Karen: era tonto.

Aquello tuvo lugar cuando Navidson y Karen todavía estaban viviendo en Nueva York, un año antes de que se compraran la casa de Virginia. Navidson estaba de viaje haciendo fotografías aéreas de barcazas frente a la costa noruega. Una vez más, a Karen le molestó quedarse sola con los niños. Audrie afirmó que estaba "desesperada por encontrar una salida",[289] Fowler no podría haber aparecido en un momento más oportuno.

Audrie no llegó a revelar gran cosa de la aventura, pero la hermana de Karen, Linda, sí que

ofreció una crónica pornográfica de la misma que muchos se tomaron en serio hasta que se dieron cuenta de que la hermana llevaba por lo menos tres años sin tener contacto alguno con Karen. Así pues, el único testimonio que tenemos de la historia proviene de Fowler. No cabe duda de que la atención que le prestaron los medios fue algo que un aspirante a actor como él no podía dejar pasar. También es evidente que embelleció la historia para mantener el interés de los medios.

—Es una gran mujer —dijo Fowler a los periodistas al principio—. Y no sería elegante hablar de ello, quiero decir, hablar de nosotros.[290]

Poco después les dijo a unos reporteros de la prensa sensacionalista:

—Lo que teníamos fue especial. Lo nuestro. Ya me entendéis. No hace falta que explique qué es lo que hacíamos o dónde lo hacíamos. Ibamos al parque, nos tomábamos una copa y charlábamos. Yo intenté que ella se lo pasara bien. Ahora somos amigos. Le deseo lo mejor.

Y más tarde:

—Ella quería divorciarse.[291] Aquel tipo no la trataba bien. Yo la recogí cuando ella se cayó en la calle. Era la primera vez que alguien hacía algo así por ella.[292]

Lo más seguro es que Fowler nunca llegara a darse cuenta de lo equivocado que estaba. No solamente Navidson había sacado en brazos a Karen de aquella casa, sino que también la había recogido un centenar de veces a lo largo de once años y había cargado con su miedo, su tormento y su distanciamiento. En un arranque poco propio de él, Reston llamó a un programa de radio de madrugada y arremetió contra el locutor por promover aquellos rumores ridículos:

—Os voy a contar una cosa: Will Navidson lo ha hecho todo por esa mujer. Ha sido un pilar. Una vez, durante trece meses seguidos, ella no le permitió que la tocara. Pero él aguantó. La quiso igual. Dudo mucho que ese asqueroso hubiera aguantado una semana. Así que corta el rollo, gilipollas. —Y antes de que pudieran ponerse a hablar otra vez de la casa o de cualquier otra cosa, Reston colgó.[293]

Al final Fowler desapareció de la escena. Se casó con una estrella del pomo y se adentró en un mundo muy desagradable del que ya no saldría.

Sigue habiendo rumores de que Karen tuvo otras aventuras. Con lo guapa que era, no cuesta creer que tuviera pretendientes. Siempre había desconocidos que le escribían cartas de amor y le mandaban a su casa perfumes caros y billetes de avión a lugares remotos. Supuestamente ella contestaba a veces. Había alguien en Dallas, alguien en Los Ángeles y varias personas en Londres y París. Audrie, sin embargo, asegura que Karen se limitaba a flirtear y que sus indiscreciones nunca iban más allá de coquetear tomando una copa o de comer rápidamente con alguien. Mantiene que Karen nunca se acostó con ninguno de ellos. Que no eran más que una vía de escape a la sensación de encierro que producen las relaciones en general, y en particular la relación con el hombre al que ella más quería.

Es bastante probable que Navidson conociera la existencia de “las cartas de amor que Karen tenía escondidas en su joyero”.[294] Pero lo que hoy en día intriga a muchos críticos es la forma en que decidió tratar aquel curioso objeto. Tal como escribe el semiólogo Clarence Sweeney:

> Aunque Navidson se negó a que sus infidelidades formaran parte “pública” de la película, parece que también fue incapaz de dejarlas fuera. Así pues, lo que hace es convertir el estuche de marfil tallado a mano que contiene los objetos preciados de Karen en símbolo de las transgresiones de ella, creando de esa forma un aspecto “privado” de su proyecto, lo cual a su vez promueve una nueva evaluación del significado de la

interioridad en *El expediente Navidson?*[295]

Podemos dar por sentado que Navidson conocía mejor que nadie a Karen. No hay duda de que su conocimiento de la aventura con Fowler y del alijo de cartas, y ciertamente su descubrimiento del besoentre Wax y Karen, contribuyeron a su decisión de regresar a la casa para explorarla una vez más.[296] A Karen la dejó en Nueva York porque para entonces él ya sabía que no podía recuperarla. Y era cierto.

Jerry Lieberman, el autor de la primera entrevista que la revista *People* le había hecho a Fowler, volvió a hablar con el aspirante a actor de cara a publicar un segundo artículo sobre el tema, pero finalmente aparcó la historia debido a la falta de interés por el asunto. Después de unos cuantos regateos, aceptó mandar la cinta de su última conversación. Así pues, aquí se publica por primera vez lo que Fowler le contó a Lieberman el 13 de julio de 1995:

> Sí, ella me llamó, me dijo que estaba en la ciudad, que por qué no tomábamos una copa y tal. De manera que salimos unas cuantas veces. Yo me la tiré unas cuantas veces, ya me entiendes, pero en esos momentos no hablaba mucho. Lo único que me contó fue que estaba trabajando en un corto.
>
> Yo le pregunté si había un papel para mí, pero ella me dijo que no era la clase de corto que yo me imaginaba.
>
> Debí de verla dos o tres veces, tal vez cuatro. Fue divertido y tal, pero se la veía hecha polvo y a mí no me apeteció ir con ella por ahí. Había cambiado en cuestión de meses, estaba pálida y más sombría, apenas sonreía y cuando lo hacía tenía una sonrisa distinta, algo extravagante, rara, muy particular.
>
> Además, también aparentaba la edad que tenía. La verdad es que era vieja para mí y tenía crios y tal y, en fin, ya era hora de dedicarme a otra cosa. Son cosas que pasan, ya sabes.
>
> A fin de cuentas no tuve que preocuparme de que se me pusiera pesada ni nada de eso. No era de ésas. La última vez que salimos juntos me dijo que solamente tenía unos minutos. Que tenía que volver a trabajar en aquella película que estaba editando, o lo que fuera. No sé qué de unas entrevistas y unas películas caseras. Y allí se acabó todo. Me dio la mano y se marchó.
>
> Pero una cosa sí te digo: ya no era la misma que yo había conocido. No era la primera vez que me acostaba con mujeres casadas. Sé cómo les excita ponerles los cuernos a sus maridos.
>
> Pero ella ya no era así. Necesitaba a su marido. Se lo noté en la mirada. Tampoco era la primera vez que yo veía una mirada como aquélla en una mujer casada. De pronto quieren lo mismo de lo que antes les excitaba escaparse. Es un rollo jodido. Y ella estaba así. Estaba jodida y necesitada de él.
>
> Pero como suele suceder en esos casos, él ya no estaba.[297]

Y era cierto. Navidson ya no estaba, aunque por supuesto Karen seguía viéndolo todos los días, y además de una forma en que no lo había visto nunca: ya no como proyección de sus inseguridades y miedos, sino simplemente como Will Navidson, bajo una luz parpadeante, arrojado por un proyector de 16 mm a una pared pintada de blanco.

XV

Mit seinen Nachtmützen und Schlafrockfetzen
Stopft er die Lücken des Weltenbaus.

Heine[298]

Karen Green está sentada en un banco de Central Park. Lleva un jersey de color teja y una bufanda de cachemir negro. A su alrededor vemos gente pululando, disfrutando de uno de esos días centelleantes de febrero que a veces Nueva York se digna a conceder. Hay restos de nieve en el suelo, los niños chillan y los carruajes pasan traqueteando por entre los taxis y los guardias de tráfico. Hay una guerra en curso en el Golfo Pérsico pero no da la impresión de que esas cosas importen mucho aquí. Tal como explica Karen, ha pasado bastante tiempo:

> Hace cuatro meses que nos escapamos de nuestra casa. También llevo cuatro meses sin ver a Navy. Que yo sepa, sigue en Charlottesville con Billy, haciendo experimentos.
>
> [Carraspea un poco]
>
> Antes hablábamos por teléfono, pero hasta eso lo hemos dejado. Toda esta experiencia lo ha cambiado. Creo que el hecho de perder a Tom ha sido lo que más lo ha cambiado.
>
> Lo he llamado, le he escrito, lo he hecho todo menos ir hasta allí, que es algo a lo que me niego.
>
> Estoy aquí cuidando de nuestros hijos y vigilándole su película. Empezó a trabajar un poco en ella, pero luego paró y me lo mandó todo: los negativos, las cintas, todo el caos. Aun así, no se quiere marchar de Virginia. Y pensar que hace dos meses me dijo que solamente iba a necesitar unos días más.
>
> Mi madre no para de decirme que me deshaga de él y venda la **casa**. Yo me lo estoy pensando, pero entretanto he estado trabajando en la película.
>
> Hay tanto material que he decidido dejarlo en trece minutos[299] para ver qué le parece a la gente.
>
> Luego se lo he enseñado a todo el mundo que se me ha ocurrido: profesores de universidad, científicos, mi psiquiatra, poetas del Village y hasta a algunos famosos conocidos de Navy.
>
> [Carraspea de nuevo]
>
> Anne Rice, Stephen King, David Copperfield y Stanley Kubrick sí que respondieron a mi envío de copias no solicitadas del vídeo.

Sin más preámbulo, pues, he aquí lo que la gente me ha dicho de la casa.[300]

□ □ □ □

Transcripción parcial de

Lo que les ha parecido a algunos

de Karen Green[301]

Dra. Leslie Stern. Psiquiatra.

Escenario: Su consulta. Bien iluminada, una reproducción de Cha gall en la pared opuesta, el sofá de rigor.

Stern: Es extravagante. ¿Para qué necesitas mi opinión?

Karen: ¿Qué cree usted qué es? ¿Tiene alguna clase de…, bueno…, significado?

Stern: Ya estás otra vez con lo del "significado". Yo renuncié hace mucho al significado. Ya es bastante difícil conseguir una mesa en Elaine's. [Pausa] ¿Qué crees tú que significa?

Jennifer Antipala. Arquitecta e ingeniera de estructuras.

Escenario: Interior de la catedral de Saint Patrick.

Antipala: [Muy excitada, habla muy deprisa] Pues lo que me ha venido a la cabeza…, supongo que es simplemente la forma en que funciona mi mente o algo parecido, pero la **casa** me ha planteado muchas preguntas, que supongo que, como has dicho tú, hum, son lo que buscas. Aunque lo que a ti te interesa no es exactamente el significado, creo.

[Pausa]

Karen: ¿Y qué preguntas eran?

Antipala: Pues, vaya, un montonazo. Desde cuál tendría que ser la capacidad de carga del suelo de un sitio así para, hum, digamos, bueno, hum… Bueno, en primer lugar ciñámonos a lo que es la capacidad de carga del suelo. Es una cuestión muy complicada. O sea, la "roca maciza", como por ejemplo el basalto, puede aguantar mil toneladas por metro cuadrado, mientras que la roca sedimentaria, como por ejemplo el esquisto duro o la caliza, se deshace bajo cualquier cosa

que pase de las ciento cincuenta toneladas por metro cuadrado. Y la arcilla blanda no aguanta ni diez toneladas. De manera que ese sitio, que rebasa todas las dimensiones, que es imposiblemente alto, profundo y ancho… ¿en qué clase de cimientos se apoya? Y sí no está apoyado en nada, o sea, si es como un planeta y está rodeado de espacio, entonces sigue teniendo una masa lo bastante grande como para generar una gravedad enorme, que lo atraiga todo hacia el interior, ¿y qué clase de material tiene en el núcleo para que pueda soportar todo eso?

Douglas R. Hofstadter. Profesor de ciencia computacional y cognitiva en la Universidad de Indiana.

Escenario: Sentado a un piano.

Hofstadter: Philip K. Dick, Arthur C. Clarke, William Gibson, Alfred Bester, Robert Heinlein, a todos les encantan estas cosas. Tu pieza también es divertida. La forma en que has tratado la expedición de Holloway me ha recordado el Pequeño Laberinto Armónico de Bach. Me refiero a algunas de las modulaciones de los temas.

Karen: ¿Le parece a usted que un sitio así es posible? Tengo una amiga que es ingeniera de estructuras y se muestra considerablemente escéptica.

Hofstadter: Bueno, desde un punto de vista matemático, el espacio infinito dentro de la ausencia de espacio… Aquiles y la tortuga, Escher, la flecha de Zenón. ¿Conoces la flecha de Zenón?

Karen: No.

Hofstadter: [Dibujando algo en un papel] Oh, es muy simple. Si la flecha está en este punto A y el objetivo está en B, entonces para llegar a B la flecha tiene que recorrer por lo menos la mitad de esa distancia, hasta lo que llamo punto C. Para llegar de C a B, la flecha tiene que recorrer la mitad de esa distancia, hasta lo que llamamos punto D, y así sucesivamente. Y en fin, la diversión empieza cuando te das cuenta de que puedes seguir dividiendo el espacio para siempre, descomponiéndolo en fracciones cada vez más pequeñas hasta que…, en fin, la flecha no llega nunca a B.

Byron Baleworth. Dramaturgo británico.

Escenario: El Café La Fortuna de la calle Setenta y uno.

Baleworth: “Y san Sebastián murió de acidez”, para citar a otro famoso dramaturgo británico. Aquí el infinito no es una cuestión de ciencia. Lo que has creado es un dilema semiótico. Hay virus duros de pelar que resisten el sistema inmunitario del cuerpo, ¿no? Pues pasa lo mismo con tu símbolo, la casa: que se resiste a la interpretación.

Karen: ¿Eso quiere decir que no tiene significado?

Baleworth: Ésta sería una larga conversación. Las próximas noches voy a alojarme en el Plaza Athénée. ¿Por qué no cenamos un día? [Pausa] Ese trasto está apagado, ¿no?

Karen: Bueno, deme una idea aproximada de cómo abordaría usted la cuestión.

Baleworth: [De repente incómodo] Probablemente me centraría en los aspectos filmlcos. Obtendrías algún significado si asociaras la casa con la política, la ciencia o la psicología. Lo que fuera, pero algo. Y el monstruo… Lo siento, pero el monstruo no está lo bastante trabajado. Por el amor de Dios, ¿ese chisme está encendido?

Andrew Ross. Profesor de Literatura en la Universidad de Princeton.

Escenario: Un gimnasio. Ross está haciendo ejercicio con un balón medicinal.

Ross: Oh, el monstruo es lo mejor. El problema es que Baleworth es dramaturgo y, como suele pasarles a los ingleses, lo más seguro es que sea un tradicionalista en materia de cuentos de fantasmas. Ya sabes que muchos británicos prefieren que los fantasmas vayan engalanados con crespones y telarañas y lleven candelabros en la mano. Tu monstruo, en cambio, es puramente americano. Para empezar, es un ser difuso, que es algo que ciertamente necesitan los compendios de culturas distintas. Esa criatura no se puede identificar con ningún grupo en concreto. Su individualidad es imperceptible, y le pasa lo mismo que al lado oscuro de la luna, que es invisible pero no carece de influencia.

La primera vez que vi al monstruo, fíjate, me pareció que era un Guardián. Todavía lo pienso. Es una Gobernanta despiadada que siempre está alerta para asegurarse de que la casa permanece vacía de absolutamente todo. Que no entra ni una mota de polvo. Es una doncella que se ha vuelto completamente chiflada.

¿Alguna vez te has puesto ropa de doncella?

Jennifer Antipala.

Antipala: ¿Y qué me dices de las paredes? ¿Aguantan carga? ¿O son de las que no aguantan? Y eso me lleva de la cuestión del material de los cimientos a la cuestión del material de la construcción. ¿De qué puede estar hecho ese lugar? Y estoy pensando concretamente en los cambios que experimenta, que implican que no estamos hablando de cargas muertas, y por tanto de una masa fija, sino de cargas vivas que han de tener en cuenta el viento, los terremotos y la variación de movimientos dentro de la estructura. Y esos cambios, ¿acaso son lo mismo, por ejemplo, que las distribuciones de la presión del viento? Que es algo así como…, algo así como… hum, ah, ya, P es igual a la mitad de beta multiplicado por la raíz cuadrada de V multiplicado por C multiplicado por G, hum, hum, exacto, exacto, sí, o algo parecido, donde P es la presión del viento sobre la superficie de la estructura… ¿O acaso me estoy equivocando de enfoque y lo que tengo que hacer es fijarme en la elasticidad de las paredes o en las presiones

sobre las paredes, en las fuerzas axiales y laterales…? Pero si no estamos hablando del viento, entonces, ¿de dónde viene la presión y cómo viene? ¿Cómo se ejecuta? ¿Cómo se compensa? Y ahora estoy hablando del ejercicio del peso, porque en ese sitio se ejerce una carga tremenda… O sea, cualquier cosa que sea grande tiene que pesar un montón. O sea, un montonazo enorme en el mejor de los casos. De manera que no paro de preguntarme: ¿cómo se puede desplazar ese peso? Y la verdad es que no tengo ni idea. De manera que necesito buscar otro enfoque.

[Se acerca más a Karen]

Camille Paglia. Crítica.

Escenario: El patio del Bowery Bar.

Paglia: Fíjate en que en ese sitio solamente entran hombres. ¿Por qué? Muy simple. A las mujeres no les hace falta. Saben que ahí no hay nada y pueden vivir sabiéndolo, pero los hombres tienen que asegurarse. Se sienten acosados por ese vacío infinito y por el ansia de conferirle sentido, de manera que lo codician, lo anhelan, desean su conclusión, su conocimiento, desean —para usar una expresión del Doctor Strangelove— su esencia. Tienen que penetrar, invadir, conquistar, destruir, habitar, impregnar y, si hace falta, hasta dejarse consumir por ese sitio. Al final todo se reduce a lo que les falta a los hombres. Les falta el hueco, la cavidad uterina, una concavidad fisiológica creativa y generadora de vida. Todo este asunto es resultado de la envidia de útero o la envidia de vagina, como prefieras.[302]

Karen: ¿Y qué pasa con el miedo a la oscuridad que tiene mi personaje?

Paglia: Un puro invento. El guión lo ha escrito un hombre, ¿verdad? ¿Qué mujer que se respete a sí misma le tiene miedo a la oscuridad? Las mujeres son las reinas de lo interior y lo oculto. Las mujeres son oscuridad. Algunas de estas cuestiones las trato en mi libro ***Sexual personae*****,** que se publica en Vintage dentro de unos meses. ¿Estás ocupada esta tarde?

Anne Rice. Novelista.

Escenario: El museo de Historia Natural.

Rice: Oh, no estoy segura de creerme todo eso. Todas esas divisiones sexuales, lo masculino, lo femenino… Creo que es demasiado político y obviamente un poco forzado…

La oscuridad no es masculina ni femenina. Es la ausencia de luz, que es importante para nosotros porque somos criaturas retínales que necesitamos luz para desplazarnos, para procurarnos sustento y protegernos. George Foreman usa mucho más los ojos que los puños.

Por supuesto, para un murciélago la luz y la oscuridad significan mucho menos. Lo que le importa más a un murciélago es si las frecuencias de FM le saturan o no el radar.

Harold Bloom. Crítico.

Escenario: Su biblioteca privada. Paredes atestadas de libros. Desorden generalizado.

Bloom: Querida, Kierkegaard escribió una vez: "Si el joven hubiera creído en la repetición, ¿de qué no habría sido capaz? Qué interioridad podría haber alcanzado".

Enseguida hablaremos de tu, hum, obra inacabada, pero por favor, permíteme que primero te lea un pasaje de mi libro ***La ansiedad de las influencias.*** Esto es del capítulo sobre la Kenosis.

> Lo ***unheimlich, o*** "poco familiar" en el sentido de "asombroso", se percibe siempre que algo nos recuerda nuestra tendencia interior a caer en patrones obsesivos de conducta. Imponiéndose al principio de placer, lo daimónico en sí mismo cae en una "compulsión de repetición". Un hombre y una mujer se encuentran y sin apenas cruzar palabra emprenden una alianza de agresiones mutuas; ensayan de nuevo el conocimiento que compartían antes, y sin embargo no existe ningún "antes". Freud, que aquí es ***unheimlich*****,** en su visión, sostiene que "todo afecto emocional, sea cual sea su naturaleza, es transformado por la represión en ansiedad mórbida". Entre los casos de ansiedad, Freud encuentra la categoría de lo asombroso (***uncanny***),[303] "en la cual se puede demostrar que la ansiedad viene de algo reprimido que recurre". Sin embargo, esa "falta de familiaridad" también puede ser denominada "familiaridad", observa, "puesto que en realidad ese material asombroso no es nada nuevo ni foráneo, sino algo familiar y establecido de antiguo que únicamente se ha distanciado por medio de la represión".

Como ves, aquí el vacío es lo supuestamente familiar, y tu casa es infinitamente familiar, infinitamente repetitiva. Pasillos, corredores, habitaciones, una y otra vez. Un poco como la casa de Dante después de una buena limpieza general. Es un lugar sin vida y sin objetos. Y como dijo Cicerón: "Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma". Así pues, añádele almas a la lista. Un lugar sin vida, sin objetos y sin almas. Y sin Dios. El abismo previo a Dios de Milton o, en un universo nietzscheano, el abismo posterior a Dios.

Es algo que se opone tan marcadamente al símbolo que la casa necesita un destructor de símbolos. Sin embargo, ese fuego sin luz que deja las paredes permanentemente cenicientas y, a mis ojos, lisas como la obsidiana, sigue sin ser nada más que la forma procrusteana que tiene el artista de combatir a la influencia: crear un gólem carente de rasgos, un eclipse universal, el ángel de Jacob, el Frankenstein de Mary, el gran erradicador de todo lo que existe y de todo lo que ha existido alguna vez, y por tanto gracias a este tropo consigue garantizar la independencia poética sin importar lo solitario, vacío y agónico que pueda ser el resultado final.

Querida, ¿estás tan sola que has tenido que crear esto?

Una Poe tisa. 21 años. Sin tatuajes. Sin piercings.

Escenario: Delante de un transformador gigante.

Poe tisa: Sin mayúsculas. [Saca una servilleta de papel y lee de ella] yo estaba conectada, no recordaba cómo había llegado allí, ni cómo me había visto absorbida allí, estaba completamente oscuro, supuse que se habría ido la luz. eché a andar, no tenía ni idea de en qué dirección estaba

yendo, seguí andando. tenía la sensación de que me estaban vigilando, pregunté "¿quién hay ahí?" y los ecos crearon un pasadizo y desaparecieron. yo los seguí

Douglas R. Hofstadter.

Hofstadter: Aquí tienes una ecuación que se parece a la flecha de Zenón: $1/a=\lambda$ donde $1/\infty = 0$.

Aplicándolo a la poética de tu amigo Bloom, obtenemos una perspectiva interesante del monstruo.

Hagamos que 1 sea el artista y que "a" sea igual a 1, lo cual representa una de las influencias, y lo que nos queda es 1 como respuesta, $\lambda=1$, o bien un solo nivel de influencia, lo cual para mí significa una influencia total.

Sin embargo, si dividimos por 2, el nivel de influencia cae a 1/2, y así sucesivamente. Lleva el número de influencias hasta el infinito, donde $a=\infty$, y tendrás un nivel de influencia cero, $\lambda=\mathbf{0}$.

Ahora tengamos en cuenta esta fórmula al pensar en tu monstruo. Ha vaciado las paredes y los pasillos por completo. En otras palabras, ha sido influido por el infinito y por tanto no ha sido influido en absoluto. Pero échale un vistazo al resultado: carece de luz y de rasgos y está vacío.

No sé, tal vez sea bueno tener algo de influencia.

Byron Baleworth.

Baleworth: Tienes que mejorar el uso simbólico que haces de la casa…

Stephen King, novelista.

Escenario: Patio de la escuela pública P.S.6

King: Qué pereza, los símbolos. Vale, son importantes, pero…, ahí tienes la ballena de Ahab. Es un símbolo magnífico. Hay quien dice que representa a Dios, al significado y al propósito. Otros dicen que representa la falta de propósito y el vacío. Pero lo que a veces olvidamos es que la ballena de Ahab también era una simple ballena.

Steve Wozniak. Inventor y filántropo.

Escenario: El Puente Golden Gate.

Woz: Pues estoy de acuerdo con King. El icono de una partida de bridge es un símbolo del programa, de la información y demás. Pero en ciertos sentidos también se puede contemplar simplemente como esa partida de bridge. Lo mismo se aplica a la casa que has creado. Podría representar muchas cosas, pero también es ella misma sin más: una casa, por muy extraña que sea.

Jennifer Antipala.

Antipala: Miro por ejemplo el panteón de Adriano, la Santa Sofía de Justiniano, la abadía de Saint Denis de Suger, los techos del salón de Westminster, cortesía de Herland, o la cúpula que Wren hizo para la catedral de Saint Paul, o cualquier otra obra que parezca elevarse por encima de este mundo, y te aseguro que para mí todos esos sitios que acabo de mencionarte están en efecto por encima de este mundo, y al principio me generan sobrecogimiento, y tal vez incredulidad, pero luego, después de hacer los cálculos, trazar las líneas y estudiar la construcción, aunque siguen sobrecogiéndome, también cobran sentido. Por eso resultan inolvidables. Pues bueno, esa casa que tienes en tu película también genera sobrecogimiento e incredulidad, pero en mi mente nunca llega a cobrar sentido. Trazo las líneas, hago los cálculos, estudio la construcción, y lo único que me sale es que…, bueno, que esa cosa es una absoluta imposibilidad estructural. Y por consiguiente, carece de sustancia y resulta olvidable. Pese a su peso, su magnitud y su masa…, al final se queda en nada.

[Se aleja]

Jacques Derrida. Filósofo francés.

Escenario: Una exposición de Artaud.

Derrida: Pues bueno, lo que está dentro, es decir, si se me permite decirlo, lo que se despliega a sí mismo de forma infinita sin un exterior, sin otro…, ¿pero dónde está entonces lo otro?
¿Ya está? Bien.
[Pausa]
Cógeme la mano. Paseemos.

Andrew Ross.

Karen: ¿Algo más?

Ross: La casa no tenía ventanas. Eso me ha encantado.

Byron Baleworth.

Baleworth: [A la defensiva] Está muy mal resuelto. ¿Por qué ese tipo de casa? ¿Y por qué en Virginia? Esas preguntas hay que contestarlas. Tendría que haber más coherencia. Aunque la cosa promete, por lo menos. [Pausa] Confío en que no pienses que intentaba ligar contigo.

Camille Paglia.

Paglia: [Riendo] ¿Baleworth dijo eso? Tendrías que haberle preguntado por qué la entrada al infierno de Dante está en la Tos- cana. ¿Por qué el camino del Joven Goodman Brown está en Nueva Inglaterra? Baleworth simplemente está celoso, además del hecho de que no podría

escribir un buen guión ni aunque le fuera la polla en ello. [Pausa] Y por cierto, a mí no me da miedo decirte que yo sí estoy intentando ligar contigo.

Entonces qué, ¿estás libre esta tarde?

Walter Mosley. Novelista.

Escenario: El Fresh Kills Park.

Mosley: Un sitio extraño. Las paredes no paran de cambiar. Todo es similar y familiar y sin embargo no hay ni señales ni nada amistoso. Muchas pistas, pero ninguna solución. Solamente misterio. Extraño, muy extraño. [Levanta la vista, genuinamente perplejo] No sé. Te aseguro que no querría verme allí por nada del mundo.

Dra. Leslie Stern.

Karen: ¿Qué más piensa usted de la película?

Stern: Yo no soy ningún Siskel y Ebert, aunque alguna vez me hayan comparado con Ebert. En la película hay mucho vacío, oscuridad y distancia. Pero como ese mundo lo has creado tú, me parece justo preguntarte por qué te atraen tanto esos temas…

Stephen King.

King: Todo esto no te lo has inventado, ¿verdad que no? [Examina a Karen] Me gustaría ver esa casa.

Kiki Smith. Artista figurativa.

Escenario: La sala de urgencias del New York Hospital-Cornell Medical Center.

Kiki: Vaya, al no haber color y casi tampoco gris, uno se concentra en todo lo demás: las superficies, las formas, las dimensiones, incluso todo lo que es movimiento. Mi conclusión es que al final la cosa se reduce a eso. Se reduce a la construcción, a la experiencia interior, a la sensación corporal del sitio, que al final, vaya, es lo que hace que la cosa sea tan visceral y tan auténtica.

Hunter S. Thompson. Periodista.

Escenario: Estadio de los Giants.

Thompson: He tenido una mala mañana.

Karen: ¿Qué le ha parecido el material filmado?

Thompson: Me estaba alojando en casa de unos amigos y esta mañana me han echado.

Karen: Lo siento.

Thompson: Tu película no me ha ayudado. Es, bueno…, te lo digo en dos palabras: un rollo chungo. Un rollo chunguísimo. Bueno, son tres palabras, o cuatro, a quién cono le importa. Es lo que yo llamo un mal viaje. Nunca pensé que yo diría esto, pero mujer, tienes que dejar el ácido, la mescalina o lo que sea que estés esnifando, inhalando o ingiriendo… Métete en un programa de desintoxicación o haz algo, lo que sea, porque como no hagas algo y deprisa vas a acabar mal. En la vida he visto un rollo tan chungo, tan puñeteramente chungo. Esta mañana he acabado rompiendo cosas, platos, una figurita de jade de un pingüino. Una rana toro de cristal. Estaba tan cabreado que hasta he tirado ia pecera de mi amigo contra el armario de la porcelana. Todo muy, muy feo. Todo ha acabado lleno de agua salada y de peces muertos y he terminado gritando: "¡Pero qué chungo es todo!". Cinco palabras. Me han echado. ¿Crees que podría quedarme en tu casa esta noche?

Stanley Kubrick. Cineasta.

Escenario: (Un Chat)

Kubrick: "¿Qué es?", me pregunta usted. Y yo contesto: "Es una película. Y es una película porque usa película (y cinta de vídeo)". Lo que importa es cómo la película nos afecta o bien, en este caso, cómo me afecta a mí. La calidad de la imagen es a menudo espantosa, salvo cuando coge la cámara Will Navid- son, que es algo que no pasa lo bastante a menudo. El sonido es malo. La elisión de muchos detalles contribuye a que los personajes no estén lo bastante desarrollados. Y finalmente, la estructura general hace aguas y amenaza con hundirse en cualquier momento. Dicho esto (o en este caso, tecleado esto), estoy seriamente impresionado y trastornado. Hasta he soñado con la casa de usted. Si no fuera porque es imposible, diría que usted no es cineasta. Diría que todo eso ha sucedido de verdad.

David Copperfield. Mago.

Escenario: La Estatua de la Libertad

Copperfield: Parece un truco, pero es un truco que todo el tiempo te está convenciendo de que no lo es. Es como levitar sin cables. Una galería de espejos sin espejos. Es deslumbrante, la verdad.

Karen. ¿Y cómo definiría usted la casa?

Copperfield: Como un enigma.

[Detrás de él, la Estatua de la Libertad desaparece]

Camille Paglia.

Paglia: ¿Que cómo la definiría yo? Como el vacío femenino.

Douglas R. Hofstadter.

Hofstadter: Un ocho horizontal.

Stephen King.

King: Algo que da un miedo de narices.

Kiki Smith.

Kiki: Textura.

Harold Bloom.

Bloom: Lo ***unheimlich*****,** por supuesto.

Byron Baleworth.

Baleworth: No me apetece definirla.

Andrew Ross.

Ross: Pues como un circuito enorme en el que los individuos juegan el papel de los electrones, creando con sus trayectorias una información que en última instancia somos incapaces de leer. Solamente podemos hacer conjeturas sobre ella.

Anne Rice.

Rice: Oscuridad.

Jacques Derrida.

Derrida: El Otro. [Pausa] O qué otro, lo cual equivale a decir, pues, la misma cosa. El otro, ningún otro. ¿Entiendes?

Steve Wozniak.

Woz: Me gusta la ¡dea de Ross. Un chip gigante. O incluso una serie de ellos. Todos interconectados. Si pudiera ver los planos, podría decirte si son los planos de algo sexy o bien de una simple pieza de maquinaria, como una tostadora o una licuadora cósmicas.

Stanley Kubrick.

Kubrick: Lo siento, ya he dicho bastante.

Dra. Leslie Stern.

Stern: Más importante, Karen: ¿qué significa para ti?

[Fin de la transcripción][304]

□ □ □ □

Tiene gracia que de esta impresionante serie de teóricos, científicos, escritores y demás personalidades del mundo contemporáneo, sea precisamente la psiquiatra de Karen la que formula, o más bien fuerza, la pregunta más significativa. Gracias a ella, Karen hace otro corto en el que, por sorprendente que parezca, no menciona la casa, ni mucho menos los comentarios que le han hecho todas las celebridades.

Se trata de un giro extraordinario. Esos pasillos que se multiplican no aparecen ni una sola vez. Ni una sola vez se detiene Karen en su oscuridad y su frío. Lo que produce en cambio son seis minutos de película que no tienen absolutamente nada que ver con ese lugar. En cambio, su mirada (y su corazón) se vuelven a lo que más le importa de Ash Tree Lañe; a lo que, en sus propias palabras (vestida con el mismo jersey de color teja; sentada en el mismo banco de Central Park; carraspeando menos), "ese lugar maligno me robó".

De manera que, en el primer fotograma negro, lo que nos da la bienvenida no es siniestro sino triste: las notas de Charlie "Yardbird" Parker extrayendo de la oscuridad el rostro precoz de Will Navídson a los diecisiete años.

Fragmento tras fragmento de vieja película Kodak, sobreexpuestos, subexpuestos, normalmente con grano, amarillentos o directamente rojos, se fusionan para formar un inusual vislumbre de la infancia de Navidson: *nicht allzu glatt und gekünstelt*.[305] Su padre, bebiendo té helado. Su madre, un retrato en blanco y negro sobre la repisa. Tom regando el jardín. Su golden retriever, el arquetipo de todos los perros de las películas caseras, jugueteando entre los aspersores, saltando sobre la manguera de color verde claro como si ésta fuera una pitón, ladrándole a Tom y a continuación a su padre, a pesar de que es imposible oírlo ladrar mientras abre y cierra la boca; lo único que se oye es a Charlie Parker tocando hasta los límites de su arte, perdido en un placer difícil de obtener.

Tal como comenta conmovedoramente el profesor Eric von Jamlow:

> Creo que no soy el único en sentir la tristeza inmutable que contienen estos fragmentos. Tal vez sea ése el precio de recordar, el precio de percibir las cosas con precisión. Por lo menos, esa tristeza debe venir acompañada de conocimiento.[306]

Karen avanza con paso firme del jardín bañado por el sol de la casa de Navid- son al baile de graduación de una escuela secundaria, al funeral de su abuela, a una imagen de Tom tapándose los ojos delante de una barbacoa y a Navidson lanzándose de cabeza al remanso de un río. Luego la graduación de la universidad, Will despidiéndose de Tom con un abrazo mientras se prepara para marcharse a Vietnam[307] y, por fin, un plano en blanco y negro que muestra el ala de su avión en pleno vuelo.

Y a continuación toda esa historia privada explota.

De pronto un mundo mucho más grande se abalanza sobre el Navidson adolescente. Los retratos familiares son reemplazados por fotos de conductores de tanques en Camboya, campesinos cargando botes vacíos de gas nervioso hasta una cuneta, niños vendiendo refrescos al lado de bolsas para cadáveres manchadas de arcilla roja empapada de petróleo, multitudes en Tailandia, un hombre asesinado en Israel, los muertos de Angola; fragmentos extraídos de la corriente, que explican las décadas recientes y a veces incluso intentan esbozar el conjunto.

Sin embargo, de los miles de imágenes que captó Navidson, no existe ni una sola que no aparezca una persona en ella. Navidson jamás fotografió paisajes. Lo que le importaba era la gente, daba igual que fueran soldados, leprosos, personal médico, recién casados cenando en una *trattoria* de Roma, o incluso una familia de sastres nadando a solas en una cala de arenas blancas al norte de Río de Janeiro. Navidson estudiaba religiosamente a los demás. El mundo circundante únicamente importaba en la medida en que en él vivía gente y a veces, a pesar del dolor, la tragedia y la degradación, aquella gente incluso se las arreglaba para triunfar.

Aunque Karen le pone a su obra el título algo titubeante de **Breve historia de la persona a la que amo**, el uso de las fotos de Navidson, muchas de ellas galardonadas, permite a menudo que irrumpan en escena los efectos globales de finales del siglo XX. Gordon Burke señala el significado emocional de este alineamiento entre el pasado cultural y el personal:

> No solamente apreciamos más a Navidson, sino que nos conmueve, sin que nos demos cuenta, el mundo en general, donde otros individuos que han afrontado esos horrores tan tremendos consiguen pese a todo salir descalzos y ardiendo de la tumba.[308]

Cada una de las fotografías de Navidson revela de forma consistente la vehemencia con que su autor despreciaba la destrucción de la vida y la desesperación con que intentaba preservar sus instantes de belleza fugaz, sin importar las circunstancias.

A Karen, sin embargo, no le hace falta señalar nada de todo esto. Tiene la sabiduría de dejar que sea la obra de Navidson la que hable por sí misma. Lo interesante, sin embargo, es que esa obra del amor de Karen no se cierra con ninguna de las fotografías que hizo él, sino con un par de instantáneas que muestran al propio Navidson. En la primera imagen —supuestamente tomada por un famoso aunque ya muerto fotoperiodista— aparece de joven cuando estaba luchando en el Sudeste Asiático, vestido con uniforme de combate, sentado en un cajón de munición y con varias cajas de obuses amontonadas sobre un arcón cercano que lleva la inscripción “COSAS DE VALOR”. Salta a la vista que la ventana abierta que tiene a la derecha no basta para despejar el

ambiente. Navidson está solo y cabizbajo y no se le ven bien las yemas de los dedos porque se está tapando la cara con las manos para llorar por una experiencia que, claramente, nunca conoceremos aunque tal vez todavía podamos imaginar. De este desgarrador retrato Karen pasa suavemente y por fundido a la última imagen de su montaje, una filmación en Super 8 que ella misma hizo poco antes de que se mudaran a Virginia. Navidson está haciendo el tonto en la nieve con Chad y Daisy. Están tirando bolas de nieve, haciendo ángeles en la nieve y disfrutando de la luminosidad del día. Chad se ríe, subido a hombros de su padre, mientras Navidson coge a Daisy del suelo y la levanta hacia el sol deslumbrante. La película, sin embargo, no los puede seguir. Está tremendamente sobreexpuesta. Los tres desaparecen en un estallido de luz.

□ □ □ □

La diligencia, disciplina y costosa investigación precisas para montar este corto —hay fácilmente más de un centenar de cortes— permite por primera vez a Karen ver a Navidson como algo más que los propios miedos y proyecciones de ella. Por fin presencia por sí misma cuánto ama su marido la voluntad humana de perseverar. Una y otra vez percibe en sus fotografías y en sus expresiones la añoranza y el cariño que Navidson siente hacia ella y sus hijos. Y luego, de forma inesperada, Karen se topa con el significado de la obsesión que él ha estado guardando en privado.

Aunque la obra de Navidson incluye muchas imágenes notables de individuos que desafían al destino, más de un tercio de esas imágenes captan el sentido de la derrota: esos segundos *posteriores* a una ejecución, esos dedos calcinados que asoman entre los escombros de un pueblo bombardeado, o bien la mirada de color azul apagado de los ojos que en los últimos segundos de la vida no consiguieron reunir la fuerza suficiente para cerrarse. En su soneto fílmico, Karen incluye un plano de la fotografía con la que Navidson ganó el Pulitzer. Según explica la voz en off de ella: "La copia procede de la colección personal de Navy". La misma que había colgada en casa de ellos y una de las primeras cosas que Navidson metió en el coche la noche que escaparon.

Tal como todo el mundo recuerda, la célebre imagen muestra a una criatura sudanesa muriendo de hambre, demasiado débil para moverse aun cuando un buitre la acecha desde detrás.[309] Karen no solamente dedica veinte segundos a esa foto, sino que a continuación pasa por corte a un plano de diez segundos del dorso de la copia. Sin pronunciar palabra, hace un zoom cada vez más cercano de la esquina derecha inferior, hasta que su objetivo queda claro: allí, casi perdidas entre todo el blanco, hay seis letras tenuemente escritas a lápiz en caligrafía de imprenta y acogidas entre comillas:

"Delial"

□ □ □ □

La película de Karen solamente tiene 8.160 fotogramas y, sin embargo, ejerce de contrapartida perfecta a esa serie infinita de pasillos, habitaciones y escaleras. La casa está vacía, mientras que la obra de ella está llena. La casa es oscura, mientras que la película de ella resplandece. Un gruñido ronda la vivienda, mientras que la pieza de ella está bendecida por Charlie Parker. En Ash Tree Lañe se erige una casa de oscuridad, frío y vacío. En la película de 16 mm se erige una

casa de luz, amor y colores.

Siguiendo a su corazón, Karen entendió todo lo que aquel lugar no era. También descubrió qué era lo que más necesitaba. Dejó de ver a Fowler, atajó las relaciones cuestionables con otros pretendientes y, mientras su madre hablaba de ruptura, de vender la casa y de empezar el papeleo, Karen se preparó para la reconciliación.

Por supuesto, no tenía ni idea de lo que aquello iba a implicar.

Ni de lo lejos que tendría que ir.

XVI

Cuando las proposiciones matemáticas se refieren a la realidad dejan de ser seguras; y cuando son seguras, no se refieren a la realidad.

Albert Einstein

Hasta ahora, *El expediente Navidson* se ha centrado principalmente en los efectos de la casa sobre los demás: en cómo Holloway se ha vuelto un asesino y un suicida, Tom ha bebido hasta la inconsciencia, Reston ha perdido la capacidad de desplazarse, el sheriff Axnard ha negado por completo la realidad, Karen ha huido con los niños y Navidson ha terminado cada vez más aislado y obsesionado. Sin embargo, no se ha abordado para nada el tema de cómo la casa se relaciona estrictamente consigo misma.

Examinada desde el punto de vista más objetivo posible, la casa ofrece estos datos incontrovertibles:

1.0	No hay luz.	I, IV-XIII[310]
2.0	No hay humedad.	I,V-XIII
3.0	No hay movimiento del aire (p. ej., brisas, corrientes de aire, etc.).	I,V-XIII
4.0	La temperatura permanece constante a unos 0º C±4 grados.	IX
5.0	No hay sonidos.	IV-XIII
	5.1 A excepción de un rugido sordo que se eleva de forma intermitente, a veces a lo lejos y a veces bastante cerca.	V,VII,IX-XIII
6.0	En ella no funcionan las brújulas.	VII
	6.1 Tampoco los altímetros.	VII
	6.2 Las radios tienen un alcance limitado.	VII-XIII
7.0	Las paredes son uniformemente negras con un ligero tinte “ceniciento”.	I, IV-XIII
	No hay ventanas, molduras ni otros	

8.0	elementos decorativos. (Véase 7.0)	IX
9.0	El tamaño y la profundidad experimentan variaciones enormes.	I, IV-VII, IX - XIII
	9.1 El lugar puede cambiar su geometría al instante y sin dificultad aparente.	I, IV-VII, IX - XIII
	9.2 Alguien ha sugerido que el rugido sordo o "gruñido" lo causan estas metamorfosis. (Véase 5.1)	VII
	9.3 Al lugar no se le ha encontrado final.	V-VIII
10.0	La casa se purga a sí misma de todo, incluyendo cualquier objeto que se deje atrás.	IX-XIII
	10.1 Nunca se ha encontrado en ella un objeto	I, IV-VII, IX - XIII
	10.2 No hay polvo	XI
11.0	Por lo menos tres personas han muerto en el interior.	X, XIII
	11.1 Jed Leeder, Holloway Roberts y Tom Davidson	
	11.2 Solamente se ha recuperado un cuerpo. (Vease 10.0)	XIII

Por lo que respecta a los datos objetivos, esto era lo único con lo que Navidson podía trabajar. En cuanto se marchó de la casa, sin embargo, recurrió a una serie nueva de pruebas, a saber: las muestras que había recogido de las paredes.

Navidson capta a todo color todas las representaciones clásicas de la ciencia: los tubos de ensayo donde burbujea el ácido bórico, las resmas de papel de impresora cargadas del peso de la tinta negra del análisis, los microscopios electrónicos capaces de resucitar universos enteros a partir del polvo y los espectrómetros de masas con sus Faradays retráctiles y sus Balzers estacionarios zumbando a modo de tenue aproximación a la vida.

Se trata de imágenes que transmiten una maravillosa sensación de seguridad. Los laboratorios están limpios, bien iluminados y ordenados. Los ordenadores parecen imprimir con voluntad firme. Los diversos instrumentos suministran respuestas y hasta garantías. Aun así, a fin de asegurarse de que todos esos aparatos no tengan una apariencia demasiado estéril, Navidson también incluye imágenes del sistema de soporte vital: una cafetera Krups que susurra y burbujea, un póster de *Oasis* pegado con cinta adhesiva a la máquina expendedora y a Homer Simpson en el televisor de la sala de recreo diciéndole algo a su hermano Herbert.

A modo de favor a Reston, el petrólogo Mel O'Geery, del Departamento de Geología de Princeton, ha aceptado dedicar su tiempo libre y supervisar el examen de todas las muestras de las paredes. Se trata de un hombre liviano y propenso a realizar gestos de pajarito a quien le produce un gran placer hablar muy deprisa. Lleva casi cuatro meses analizando hasta el último fragmento de material, desde la muestra **A** (recogida a un par de metros de la entrada del primer pasillo)

hasta la **XXXX** (recogida por Navidson cuando se encontraba solo al pie de la Escalinata de Caracol). No es una empresa barata, y aunque la universidad ha aceptado financiar la mayor parte, al parecer Navidson también ha tenido que aportar una cantidad considerable.[311]

Tras colocar todos los frascos de muestras sobre una mesa alargada, el doctor O'Geery lleva a cabo un resumen de sus hallazgos para la cámara, señalando informalmente los diversos grupos de muestras mientras da sorbos de café de un tazón de Garfield.

—Lo que tenemos aquí es un buen banquete de muestras ígneas, sedimentarias y metamórficas, algunas granulares, posiblemente gabro y piroxenita, y otras con mucho menos grano, posiblemente traquita y andesita. El grupo sedimentario es bastante pequeño, incluye las muestras de la **F** a la **K**, en su mayoría caliza y marga. En el grupo metamòrfico predominan las trazas de anfibolita y mármol. Este grupo de aquí, sin embargo, se compone primariamente de sideritas, materiales con grandes cantidades de hierro, aunque también hay *aerolitos* ricos en silicio y óxidos de magnesio.

****

[Faltan dos páginas]

****

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXécnicas[312]XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXcleosíntesis[313]XXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXto[314]XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXvolcáXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX-
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXmetamorXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XX abecedXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX (lengua en oposición al lenguajXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXgeo [315]XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX[316]

****

[Faltan 17 páginas]

****

pregunta Navidson.

El doctor O'Geery cavila sobre esto, da otro sorbo de café, echa otro vistazo a las muestras y por fin se encoge de hombros.

—Pues no mucho, aunque tenéis aquí un buen espectro.

—*¿Nada* peculiar ni fuera de lo normal?

O'Geery niega con la cabeza.

—Bueno, salvo la cronología, tal vez.

—¿Eso qué quiere decir? —Reston mueve ligeramente su silla de ruedas hacia delante.

—Pues que todas vuestras muestras encajan en un esquema bastante coherente. La muestra **A** es bastante joven, tiene unos pocos miles de años, mientras que la **K** tiene unos cuantos cientos de miles. La **Q** tiene millones y éstas… —Señala las que van desde la **MMMM** hasta la **XXXX**—… en fin, miles de millones. Las últimas son claramente meteóricas.

—¿Meteoritos? —Navidson dirige una mirada a Reston.

O'Geery asiente en silencio y recoge la muestra que lleva la etiqueta **VVVV**.

—En mi opinión, el mejor método de fechado que tenemos es el Rubidio-87/ Estroncio-87, que revela unas edades de formación de entre 4,4 y 4,7 miles de millones de años. Si situamos la edad de la Tierra en unos cuatro mil quinientos millones de años, está bastante claro que estas rocas tuvieron que venir de otro lugar. Dudo que sean de origen lunar, sino más bien interplanetario. La **XXXX**, vuestra última muestra, es la más antigua con diferencia y también la más interesante. Es un compuesto de material más joven, de unos cuatro mil doscientos millones de años de antigüedad, combinado con partículas ricas en deuterio, que sugieren que posiblemente, y quiero hacer hincapié en lo de *posiblemente*…, en fin, ese deuterio *podría* indicar materia más antigua incluso que nuestro Sistema Solar. Posiblemente de origen interestelar. De manera que ahí lo tenéis: un filón de historia bastante majo.

Reston retrocede con la silla de ruedas hasta la mesa, como si la explicación del doctor O'Geery pudiera arrojar nueva luz sobre las muestras. Sin embargo, no han cambiado en nada. Tal como exclamó Gillian Vedette el 4 de agosto de 1996 en la Radon Conference de Saint Paul, Mineápolis: "No es ninguna sorpresa que, a pesar del análisis [de O'Geery], las muestras continúen igual de irreductibles y carentes de vida".

—¿Dónde decís que habéis encontrado todo esto? —les pregunta O'Geery—. ¿En la Antártida?

Gracias sobre todo a la conclusiones de O'Geery, algunos fanáticos de *El expediente Navidson* afirman que la presencia de condritas extremadamente antiguas demuestra sin lugar a dudas que la casa fue construida por fuerzas extraterrestres. Otros, en cambio, afirman que las muestras únicamente apoyan la idea de que la casa de Ash Tree Lañe es un portal creado a sí mismo que lleva a otra dimensión.[317] Tal como comenta con hosquedad Justin Krape: "Probablemente ambos argumentos haya que atribuirlos a la persistencia con que la esquizofrenia azota a la especie humana".[318]

En la actualidad, sin embargo, los intelectos más lúcidos consideran que las conjeturas científicas en tomo a la casa no son más que otro callejón sin salida. Da la impresión de que el

lenguaje de la objetividad es incapaz de tratar de forma adecuada la realidad de la vivienda de Ash Tree Lane.

Tal vez la idea más significativa que podemos extraer de este segmento de la película es la persistencia con que Navidson emplea todos los datos[319] para negar la fractura interna que le han causado la muerte de Tom y la huida de Karen. Se limita a especular junto con Reston qué puede significar el hecho de que las muestras de la **A** a la **XXXX** formen una línea temporal que se remonta a los tiempos anteriores al nacimiento del Sistema Solar. Usa su cámara para abarcar el instmmental del laboratorio de Princeton, buscar el apaciguamiento de las cifras y evitar cualquier reflexión abierta sobre la ausencia muy real que sigue penetrando en su vida. De forma parecida a como Karen intentó usar el Feng Shui para mitigar los efectos de la casa, ahora Navidson recurre al cómputo cronológico de los isótopos radiactivos para negar la oscuridad que lo está destripando desde dentro.

Noda Vennard cree que la clave de esta secuencia no reside en ninguno de los resultados de las pruebas o hipótesis geológicas, sino en el margen de una revista que, tal como podemos ver por nosotros mismos, Navidson se dedica a llenar ociosamente de garabatos mientras espera a que el doctor O'Geery le traiga cierta documentación adicional:

> El señor Navidson ha dibujado la explosión de una bomba. Una bomba atómica. Una explosión termonuclear invertida que revela en los contornos negros de su detonación, en el alcance de su onda expansiva y, por supuesto, en la enorme nube en forma de seta, las dimensiones intemas de su propio dolor.[320]

Pero por mucho que tengamos ahí la mejor manera de registrar la topografía emocional de Navidson, esa imagen no es nada comparada con la visión final que la casa le tiene preparada.

Tal como señala el profesor Virgil Q. Tomlinson:

> El lugar es tan ajeno al reino de la imaginación, ya no digamos de la visión, tan perfectamente impío, hambriento e inviolable, que no le cuesta nada convertir una bomba atómica en una simple bengala de verbena y reducir a los alienígenas de *Expediente X* y de *Rumbo a lo desconocido* a tiras cómicas del periódico de los domingos.[321]

Glosario

Deuterio: Isótopo del hidrógeno que presenta el doble de masa que el hidrógeno ordinario. Se necesita para formar agua pesada.

Diacrònico: Relativo a los cambios y desarrollos históricos que tienen lugar en el lenguaje.

Espectrómetro: Instrumento calibrado para medir la energía que se transmite, ya sean intensidades radiantes con diversas longitudes de onda, índices de refracción de materiales prismáticos o radiación.

Estructura-P: Estructura profunda. El diagrama que ubica las palabras de acuerdo con las reglas estructurales de la oración.

Estructura-S: Estructura superficial. El árbol sintáctico que se forma al aplicar movimientos transformativos a la estructura-P.

Ígneas: Rocas que se forman a partir del *magma* (material fundido). Se clasifican a partir de su textura y composición mineral. Ejemplos: granito, basalto y piedra pómez.

Interestelar: Que se origina o tiene lugar entre las estrellas.

Isòtopo: Una, dos o más formas de un elemento que comparten un mismo número atómico y conducta química, pero presentan distinta masa atómica.

Lingüística: Estudio de la estructura, sonido, significado e historia del lenguaje.

Metamórficas: Rocas preexistentes formadas por el calor y la presión. Ejemplos: la pizarra y el mármol.

Meteoritos: Objetos no terrestres que sobreviven a su paso por la atmósfera de la Tierra. Suelen dividirse en tres grupos: *sideritas* (meteoritos de hierro), *aerolitos* (meteoritos primariamente compuestos de silicatos) y *lita sideritas* (meteoritos metalor rocosos).

Morfema: Parte más pequeña con significado de una palabra.

Nucleosíntesis: Creación de nucleones (neutrones y protones). Es un concepto habitual cuando se están formulando teorías sobre los orígenes del Universo.

Sedimentarias: Rocas creadas a partir de capas endurecidas de sedimento que comprende material tanto orgánico como inorgánico. Se clasifican a partir de su composición química y de la forma y tamaño de sus partículas. Ejemplos: la caliza, el esquisto y el carbón.

Semántica: Estudio de las relaciones entre las palabras y su significado.

Sincrónico: Relativo al lenguaje existente en un único punto del tiempo.

Traza: Elemento silente de una oración que aun así indica la posición en la estructura-P de un elemento trasladado.

XVII

Wer du auch seist: Am Abend tritt hinaus
aus deiner Stube, drin du alles weißt;
als letztes vor der Ferne liegt dein Haus:
Wer du auch seist.

Rilke[322]

Aunque Restan no había perdido la curiosidad por las propiedades de la casa, no sentía el menor deseo de volver a ella. Daba gracias por haber salido con vida y era lo bastante listo como para no tentar al destino dos veces.

—Claro que al principio estaba obsesionado, lo estábamos todos —dice en la Entrevista a Restan—. Pero se me pasó muy deprisa. Mi fascinación nunca fue como la de Navy. A mí me gusta la vida que tengo en la universidad. Mis colegas, mis amigos de allí, la mujer con la que he empezado a salir. No me apetece cortejar a la muerte. Después de que nos escapáramos, dejó de interesarme volver a la casa.

Navidson tuvo una reacción completamente distinta. No podía parar de pensar en aquellos pasillos y habitaciones. La casa se había adueñado de él. En los meses posteriores a su marcha de Ash Tree Lañe, se quedó en el apartamento de Restan y alternó dormir en el sofá y en el suelo, continuamente rodeado de libros, galeradas y cuadernos atiborrados de bocetos, mapas y teorías.

—Acogí a Navy porque necesitaba ayuda, pero cuando el análisis de las muestras no nos dio prácticamente ningún resultado, supe que había llegado el momento de hablar seriamente con él sobre el futuro. (También de la Entrevista a Restan.)

Tal como podemos ver por nosotros mismos, después de su reunión con el doctor O'Geery, tanto Navidson como Restan regresan a casa. Restan abre una botella de Jack, sirve dos vasos con tres dedos cada uno y le da uno a su amigo. Pasa un momento largo. Se terminan una segunda copa. Restan coge el toro por los cuernos.

—Navy —dice lentamente—. Lo hemos intentado a saco, pero hemos llegado a un callejón sin salida y tú estás sin blanca. ¿No es hora ya de ponerse en contacto con la *National Geographic o* el Discovery Channel?

Navidson no contesta.

—Esto no podemos hacerlo solos. No *nos hace falta* hacerlo solos.

Navidson deja su copa y después de un silencio largo e incómodo asiente con la cabeza.

—Vale, mañana por la mañana los llamamos, los invitamos a venir y ponemos todo en marcha.

Restan suspira y rellena los vasos por tercera vez.

—Brindo por eso.

—Por sacarlo todo a la luz —dice Navidson; a continuación echa una mirada a la fotografía de Karen y de los niños que tiene al lado del sofá y añade—: y por volver con los míos.

—Después de aquello nos emborrachamos bastante —(Entrevista a Reston)—. Algo que los dos llevábamos mucho tiempo sin hacer. Cuando me fui a la cama, Navy seguía despierto. Y bebiendo. Escribiendo en un diario que tenía. Poco podía imaginar yo lo que estaba planeando.

A la mañana siguiente, cuando Reston se despertó, Navidson se había marchado. Le había dejado una nota de agradecimiento y también un sobre para Karen. Reston llamó a Nueva York, pero Karen no sabía nada. Al día siguiente condujo hasta la casa. El coche de Navidson estaba aparcado en la entrada. Reston subió con la silla hasta la puerta principal. No estaba cerrada con llave.

—Me pasé allí sentado por lo menos media hora antes de reunir el valor suficiente para entrar.

Pero, tal como descubrió Reston, la casa estaba vacía, y lo más asombroso de todo, el pasillo que durante tanto tiempo había acechado en la pared este ya no estaba.

¿Por qué volvió Navidson a la casa?

Se ha especulado mucho sobre la razón exacta que llevó a Navidson a entrar de nuevo en la casa. Es una cuestión que *El expediente Navidson* nunca trata de forma específica y que tras varios años de debate intenso no ha encontrado ninguna respuesta simple. En la actualidad hay tres escuelas de pensamiento:

I. El Alegato Kellog-Antwerk

II. Los Criterios Bister-Frieden-Josephson

III. La Teoría Haven-Slocum

Aunque resulta imposible tratar aquí todos los matices de estas hipótesis, sí que hay que prestarle al menos cierta atención a sus puntos de vista respectivos.[323]

El 8 de julio de 1994, en el *Simposio para la Mejora del Progreso Cultural Internacional* celebrado en Reikiavik, Islandia, Jennifer Kellog e Isabelle Antwerk presentaron su ponencia sobre el significado y la autoridad de los títulos de propiedad en los siglos XX y XXI. En su estudio citaban a Navidson como ejemplo perfecto de "seguir los dictados de la lógica nacida de la necesidad de poseer".

Kellog y Antwerk señalan que, a pesar de que Navidson y Karen son propietarios conjuntos de la casa (en la hipoteca figuran los nombres de ambos), Navidson da a entender a menudo que él es el único propietario. Tal como le suelta a Reston durante una acalorada discusión sobre la posibilidad de emprender futuras exploraciones: "No nos olvidemos de que es *mi casa"*. Kellog y Antwerk consideran que esta posesividad es la razón principal de su inconcebible decisión de

entrar en la casa a solas. Un mes más tarde Norman Paarlberg le ofreció la siguiente respuesta irónica al dúo de Reikiavik: "La obsesión simplemente creció y creció hasta que al final fue Navidson quien resultó poseído por una noción autodestructiva de volver allí y al mismo tiempo completamente desposeído de todo mecanismo racional para imponerse a una idea tan increíblemente estúpida".[324]

Kellog y Antwerk sostienen que el acto de regresar fue un intento de marcar su territorio para reinar en aquel espacio virtualmente insondable. Sin embargo, si están en lo cierto en su afirmación de que la obsesión de Navidson por la casa únicamente venía de su necesidad de poseerla, entonces de esa preocupación deberían derivar otros patrones de conducta que no se dieron. Por ejemplo, Navidson nunca intentó comprarle a Karen su parte de la casa. Se negó a llamar a ningún programa de televisión o patrocinador corporativo de otra clase, lo cual habría reforzado su posición como titular, por lo menos a ojos de los medios de comunicación. Tampoco se arrogó el derecho a escribir ninguna ponencia, dar ninguna conferencia ni emprender otros actos de publicidad.

Y aunque Navidson, en efecto, equiparaba mentalmente la propiedad con el conocimiento, tal como afirman tanto Kellog como Antwerk, tendría que haber intentado con mayor rotundidad nombrar los aspectos de sus descubrimientos, que es algo que ciertamente no hizo, tal como otros observaron más adelante.

Un año más tarde, en la *Conferencia sobre la estética del duelo* celebrada en Nuremberg, Alemania, el 18 de agosto de 1995, un alumno anónimo leyó en nombre de sus profesores una ponencia que todo el mundo bautizó de forma casi inmediata como los Criterios Bister-Frieden-Josephson. Más que su contenido, fue su tono lo que prácticamente aseguró una respuesta contenciosa.

Aquí está por ejemplo la salva inicial, dirigida de forma específica contra el Alegato Kellog-Antwerk y sus seguidores:

"Refutación Primera: No aceptamos que el filmar constituya un acto de apropiación. La imagen nunca ha detentado y nunca detentará poderes de propiedad. Aunque otros lo puedan negar, creemos que, todavía hoy, las fuerzas adánicas de la palabra, y por consiguiente del lenguaje, nunca han sido desafiadas con éxito y nunca lo serán".

Los Criterios BFJ definían la propiedad como un acto de afirmación verbal que se lleva a cabo necesariamente en público. Al negarse a reconocer *El expediente Navidson* como un acto de tal naturaleza, los Criterios BFJ convirtieron la cuestión de la necesidad personal en el punto destacado de la negociación retórica.

Durante la primera mitad de su discurso, los Criterios BFJ decidieron concentrarse en la culpa y el dolor. Consideraron con meticulosidad la exposición excesiva que había sufrido Navidson a abundantes acontecimientos traumáticos por todo el mundo y la forma en que le afectó el hecho de presenciar docenas de "vidas segadas" (empleando el lenguaje de los Criterios). Irónicamente, sin embargo, no fue hasta que dimitió de aquellos encargos y se mudó a Ash Tree Lañe cuando la muerte cruzó el umbral y empezó a deambular por los pasillos de su casa. Su gemelo murió allí junto con dos personas más a las que él había dado personalmente la bienvenida a la casa.

Perder a Tom estuvo a punto de destruir a Navidson. Una parte fundamental de sí mismo y de su pasado acababa de esfumarse de repente. Y los Criterios BFJ hacen énfasis en algo todavía peor: en los últimos momentos de su vida, Tom desplegó un comportamiento completamente

distinto al que había sido típico en él. Navidson vio a su hermano bajo una luz completamente distinta. Ni abotargado ni remotamente miedoso, Tom actuó con determinación y, por encima de todo lo demás, con heroísmo, protegiendo a Daisy del peligro antes de sucumbir.

Navidson no se puede perdonar a sí mismo. Tal como le cuenta repetidamente a Karen por teléfono:

—Yo *era* el guardián de mi hermano. Era yo quien tenía que haber estado con Daisy. Era yo quien tendría que haber muerto.

La afirmación más controvertida de las que lleva a cabo la contingencia Bister- Frieden-Josephson es que Navidson empezó a creer que la oscuridad podía ofrecer algo que no fuera ella misma. Con bastante ingenio, los Criterios sientan en primer lugar las bases de su argumento recordando la ya famosa reprobación expresada por Louis Merplat, el renombrado espeleólogo que descubrió en 1899 la Cueva de Blue Skia: "La oscuridad no se puede recordar. Es por eso que los espeleólogos siempre desean regresar a esas profundidades invisibles donde han estado. Es una adicción. Nadie queda nunca satisfecho. La oscuridad nunca satisface. Sobre todo si roba algo, como efectivamente suele suceder".[325] Los Criterios no se detienen ahí, sino que acuden a continuación a Lazlo Ferma, que casi cien años después se hizo eco del punto de vista de Merplat al señalar con astucia: "Ni siquiera la bengala de magnesio más potente puede hacer gran cosa contra una oscuridad así, más que deslumbrar al que la sostiene. Así pues, uno ansia eso que, por el mismo hecho de ver, no ha visto".[326] En último lugar citan a A. Ballard y su famosa afirmación burlona: "Todo anhelo medido irónicamente; recuerdo, incerteza, sufrimiento".[327]

Traer a colación tales observaciones no tiene otro sentido que demostrar que resulta comprensible que, para Navidson, la expansión impenetrable de aquel lugar no tardara en adquirir un significado mayor, puesto que, citando directamente los Criterios, "el lugar estaba lleno de *unheimliche vorklanger*[328] y, por tanto, representaba un medio para su propiciación personal". Las tácticas belicosas de los Criterios BFJ, sin embargo, no son tan ingenuas como para aceptar sin más el convencimiento que afirma tener Navidson de lo que puede encontrar. Lo que hacen los Criterios en cambio es reconocer abiertamente que al morir Tom "todos los enredos furiosos, compungidos y llenos de culpa" que había dentro de Navidson "se iluminaron" de repente, generando unas proyecciones lo bastante poderosas y dolorosas como para "ocluir, denegar y ocultar" la única razón de que alguna vez tuvieran éxito: el vacío de aquel lugar, "el vacío completo y *perfecto*".

Pese a todo, la posición subyacente de los Criterios Bister-Frieden-Josephson es que, de hecho, Navidson depende de esas proyecciones para denegar su "tánatos cada vez más poderoso y motivador". Al final, ya no busca otra cosa que ver cómo la casa ejerce sus efectos aniquiladores sobre su propio ser. Citando otra vez textualmente los Criterios: "Navidson tiene una percepción organizadora profundamente asumida: que en ese lugar no hay posibilidad de supervivencia. La vida es imposible. Y en eso consiste la lección de la casa, expresada con sílabas de silencio absoluto que resuenan en el interior de él como un eco tenue e incierto (*...) Si queremos vivir, solamente podemos hacerlo en los márgenes de ese lugar".*

La segunda mitad de los Criterios Bister-Frieden-Josephson se centra casi por completo en esta cuestión del "deseo de vivir", para lo cual analiza con gran detalle el contenido de la carta que Navidson escribe a Karen la noche antes de marcharse. A fin de enfatizar el "deseo" potencial de autodestrucción, los Criterios encabezan esta sección con el siguiente epitafio:

Noli me tangere.

Noli me legere.
*Noli me videre**
Noli me..,[329]

**Non enim videbit me homo et vivet*.[330]

De esta manera hacen énfasis en el precio potencialmente mortal de contemplar lo que debería yacer escondido para siempre en esas simas negras. Aquí los Criterios también señalan el hecho de que las intrusiones anteriores de Navidson, con una sola excepción, estuvieron estructuradas alrededor de unos objetivos extremadamente concretos: (1) rescatar al equipo de Holloway. Y (2), después del colapso de la Escalinata, volver a casa. La excepción, por supuesto, es la primera visita de todas, en la que Navidson no busca nada más que explorar la casa, un acto que a punto está de costarle la vida.

Por extraño que parezca, los Criterios no reconocen el riesgo inherente a (1) y (2), con o sin objetivos. Tampoco explican por qué de pronto hay que tratar una sola intrusión/viaje como si fueran dos.

Debido a que a continuación los Criterios Bister-Frieden-Josephson proceden a tratar con gran detalle la carta de Navidson, y a que su aparición en la película se reduce a unos pocos segundos de tiempo en pantalla, parece aconsejable, antes de seguir con los comentarios, reproducir aquí un facsímil:

[Página uno]

31 de marzo de 1991

Queridísima Karen.

Te echo de menos. Te quiero. No ~~merezco~~ espero tu perdón. Me marcho mañana XXXXXXXX aunque tengo planeado volver. Pero quién sabe, ¿verdad?

Ya has visto ese lugar.

Supongo que también estoy haciendo testamento. Por cierto, estoy borracho. Vende la casa, la película, todo lo que tengo y quédatelo todo. Dile a los niños que su padre los quiere / los quería. Los quiero a ellos y te quiero a ti.

¿Por qué estoy haciendo esto? Porque esa cosa está ahí y yo no. Ya sé que es una explicación de mierda. Tendría que quemar esa casa y olvidarme de ella. Pero perseguir esas cosas es mi esencia. Ya lo sabes.

Si yo no fuera así, nunca nos habríamos encontrado, porque nunca habría parado mi coche en medio del tráfico, no habría corrido a la acera y te habría pedido que saliéramos.

No es excusa, ¿verdad? Supongo que soy el típico cabrón que abandona XXXX mujer y sus hijos para vivir una gran aventura. Tendría que crecer, ¿verdad?

[Página dos]

Lo admito, y me gustaría crecer, lo he intentando, pero es más fácil decirlo/escribirlo que hacerlo.

Necesito volver a ese sitio una vez más. Por fin he averiguado algo y ahora tengo que confirmarlo. Lentamente las piezas han ido encajando. Estoy empezando a entender lo que es ese sitio, y no es algo para sacarlo en la tele por cable o en la National Geographic.

¿Crees en Dios? Creo que nunca te lo había preguntado. Pues ahora yo sí. Pero mi Dios no es la variante católica ni la judaica ni la mormona ni la baptista ni la adventista del séptimo día ni otra cualquiera /quienquiera. No tiene que ver con zarzas en llamas ni con ángeles ni cruces. Dios es una casa. Con lo cual no quiero decir que nuestra casa sea la casa de Dios o ni siquiera una casa de Dios. Lo que quiero decir es que nuestra casa es Dios.

Xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

¿Te parece que he perdido la cabeza? Quizás, quizás, quizás. O a lo mejor solamente estoy borracho. Bastante chiflado, debo admitirlo.

Acabo de convertir a Dios en una dirección postal. Olvídate de esta última parte. Olvídate sin

más. Te echo de menos. Te echo de menos.

Esto no pienso releerlo. Si lo releyera, lo tiraría a la basura y escribiría algo escueto, limpio y sobrio. Y completamente cerrado. Tú me conoces perfectamente. Sé que obviarás los vapores del alcohol, el miedo y las equivocaciones y verás lo que importa: una clave que descifrar escrita por un tipo que pensaba que estaba hablando con claridad. Ahora estoy llorando. Creo que no puedo parar. Pero si intento parar, también dejaré de escribir y sé que ya no volveré a empezar. Te echo mucho de menos. Echo de menos a Daisy. Echo de menos a Chad. Echo de menos a Wax y a Jed. Hasta echo de menos a Holloway. ~~Y echo de menos a Hansen y a Látigo y a PFC Miserette, a Beatón, a Carl, a Regio y al teniente primero Nacklebend y, por supuesto, a Zips~~, y ahora no puedo sacarme de la cabeza a Delial. Delial, Delial, Delial, el nombre que le puse a la niña de la foto que me reportó toda la fama y la gloria, no es más que eso, Karen, no es más que la foto. Y ahora ya no entiendo por qué era tan importante para mí guardarla guardarla en secreto; era una penitencia o algo así. Mal pensado. Bueno, pues ya lo he dicho. Pero no es la foto lo que no me puedo sacar de la cabeza ahora mismo.

[Página cuatro]

No es la foto —la foto es una cosa—, sino la persona que era ella antes de que una sexta parte de segundo la extrajera del espacio y me diera el pulitzer aunque eso no alejó a los buitres lo hice dándole la vuleta al trípode aunque eso no evito que se muriera cinco años tenia la edad de daisy aunque ella estaba royendo un hueso la tendrías que haber visto no al sino a ella una niña agachada en un roquedal con un hueso entre los dedos la perdí la perdí, la perdí pero no la perdí porque la pille alli con el buitre de fondo cuando en realidad el buitre era el tipo de la camara aprovechándose de ella para su puto pulitzer de mierda da igual que le faltaran diez minutos para morirse, yo dedique tres minutos a hacerle una foto cuando solamente habría tardad diez en llevarla a algún sitio para que no se muriera asi, sin familia sin madre sin dia sin gente solamente en compañía de un buitre y un fotoperiodista me gustaría estar muerto me gustaría estar muerto pobre niñita que horror que horror de

[Página cinco]

mundo lo siento que no puedo parar de pensar en ella nunca he podido y nunca podre no puedo olvidarme de como me la lleve corriendo adonde iba a ir corriendo de verdad estaba a veinte kilómetros del sitio mas cercano no tenia a nadie no tenia ninguna ventana por donde sacarla del peligro allí no estaba tom alli yo no fui tom no y aquel saquito de huesos se echo a temblar y se acabo todo se me murió en los brazos en las manos del tipo que habia tardado tres minutos dos minutos o los que fuera irnos cuantos segundos en hacerle una foto y ahora estaba muerta aquella pobre niñita en este horror de mundo la echo de menos echo de menos a delial echo de menos al hombre que yo creía ser antes de encontrarla al hombre que la habría salvado que habría echo algo que habría sido tom tal vez es el a quien busco o tal vez los estoy buscando a todos te echo de menos te quiero no hay ni un segundo de mi vida que no haya sido tuyo

Navy[331]

Los Criterios Bister-Frieden-Johansen prestan gran atención a la incoherencia que hay en la carta, a la insatisfacción de Navidson consigo mismo y, sobre todo, al dolor que sigue sintiendo por la imagen que él mismo grabó a fuego en la retina de América hace casi dos décadas.

Tal como ya se ha mencionado en el capítulo II, antes de que se publicara *El expediente Navidson*, ni sus amistades ni su familia ni sus colegas sabían que Delial era el nombre que Navidson le había puesto a la niña sudanesa famélica. Por razones propias, nunca había revelado a nadie la identidad de Delial, ni siquiera a Karen. Billy Reston imaginaba que era una especie de chica *pin-up* mitológica: "No lo sabía, no. Lo que está clarísimo es que nunca asocié el nombre con aquella foto".[332]

El expediente Navidson solucionó un gran misterio al incluir el momento en que Karen filma el nombre que hay escrito en el dorso de la copia, además de la carta de Navidson. Fotoperiodistas y amigos llevaban años preguntándose quién era Delial y por qué significaba tanto para Navidson. Quienes se lo preguntaban a él solían recibir alguna de las respuestas de costumbre: "Me he olvidado"; "Alguien cercano a mi" ¿Es que uno no puede tener algún misterio?"; o bien una simple sonrisa. Bastantes colegas acusaron a Navidson de estar siendo enigmático a propósito y acabaron dejando el tema por simple rencor.

Pocos se sintieron decepcionados al enterarse de que Delial era el sujeto de la fotografía con la que había ganado el Pulitzer. "Yo le vi todo el sentido del mundo", dijo Purdham Huckler, del *New York Times*. "Debió de ser atroz presenciar aquello. Y está claro que él pagó el precio."[333] Lindsay Gerknard comentó; "Navidson chocó de cabeza contra esa pared de ladrillos con la que todos los grandes fotoperiodistas terminan topando de forma inevitable: ¿por qué no estoy haciendo algo para solucionar esta situación en vez de fotografiarla? Y cuando te haces esa pregunta, duele".[334] El psicólogo Héctor Llosa llevó la observación de Gerknard un poco más allá cuando señaló lo siguiente en la Convención sobre Ética de los Medios llevada a cabo el pasado mes de marzo por el *L.A. Times*: "Los fotoperiodistas *especialmente* no deben infravalorar nunca el poder y la influencia de sus imágenes. Puede que estés pensando: en este momento no he hecho nada más que una foto (cierto), pero date cuenta de que también acabas de hacer un gran servicio a la sociedad en general (¡también cierto!)".[335]

Las evaluaciones de la carga de sufrimiento de Navidson tampoco se limitan a los comentarios de sus colaboradores. El mundo académico no tardó en irrumpir para preguntarse por las consecuencias literarias de la revelación de Delial. Tokiko Dudek comentó que "Delial es para Navidson lo que el albatros es para el marinero de Cole- ridge. Ambos hombres dispararon a su objetivo únicamente para que luego esa gesta los atormentara, por más que no fuera Navidson quien mató a Delial".[336] Caroline Fillopino reconoce elementos intrínsecos de penitencia en el regreso de Navidson a la casa, pero prefiere citar a Dante en lugar de a Coleridge: "Delial cumple el mismo rol que Beatriz. Sus susurros llevan a Navidson de vuelta a la casa. Ella es lo único que él necesita encontrar. Localizar (literalmente) por fin las almas de los muertos = la certidumbre de la pérdida".[337] Sin embargo, a diferencia de Dante, Navidson jamás volvió a encontrar a su Beatriz.[338]

En tono completamente sardónico, Sandy Beale del *New Criticism* se plantea cómo habría tratado el cine contemporáneo el tema de la culpa de Navidson:

> Si *El expediente Navidson* hubiera sido una creación de Hollywood, Delial habría aparecido en el corazón de la casa. Al estilo de *Horizontes perdidos*, los campos oscuros habrían dado paso a los Elíseos, el escenario perfecto para un número musical en que una Delial ataviada con colores vivos habría figurado en primer plano, bebiendo Shirley Temples, meciéndose en brazos de Tom y Jed, respaldada por una línea de coristas que incluiría a Holloway y al resto de personajes muertos de la vida de Navidson (y de las nuestras, ya puestos). Cerveza de raíces y amor estival[339] para dar y regalar.[340]

Pero *El expediente Navidson* no es una creación de Hollywood, y en toda la película Delial solamente aparece una vez, en el corto de Karen, enmarcada en negro, petrificada sin música ni comentarios, solamente Delial: un recuerdo, una fotografía, un artefacto.

Actualmente, el tratamiento que hacen de Delial los Criterios Bister-Frieden-Josephson se sigue considerando severo y particularmente insensible a la tragedia internacional. Aunque no desprecian del todo la empatia que siente Navidson hacia la niña, los Criterios afirman que Delial pronto excedió el significado de su propia existencia: "La memoria, la experiencia y el tiempo convirtieron sus huesos en un tropo de todo lo que Navidson había perdido en su vida".

Los Criterios BFJ postulan que la prominencia de Delial en la última carta de Navidson es un mecanismo de represión que le permite lidiar por lo menos a un nivel simbólico con su pérdida casi inexpresable. Al fin y al cabo, en un periodo muy corto de tiempo Navidson ha visto violadas las leyes de la física. Ha visto a un hombre asesinar a otro y luego pegarse un tiro. Ha permanecido impotente mientras su propio hermano era aplastado y consumido. Y para colmo, ha visto cómo su compañera de toda la vida huía a casa de su madre y probablemente se iba con otro, llevándose con ella a sus hijos y también varias partes de la salud mental de él.

No es en absoluto casual que todos estos elementos aparezcan como fantasmas en su carta. Cuando Navidson escribe "me marcho mañana" y describe su misiva como un "testamento", lo que parece estar sugiriendo es un final más definitivo para su relación con Karen. Su invocación del recuerdo de los miembros del primer equipo, junto con el resto de desaparecidos, casi parece un adiós prolongado. Navidson está atando cabos sueltos, y la razón para ello, o eso afirman los Criterios BFJ, se puede detectar en su forma de hablar de la niña sudanesa que sigue atormentándolo desde el pasado: "No es ninguna coincidencia que cuando Navidson empieza a rememorar a Delial mencione tres veces a su hermano: 'No tenía ninguna ventana por donde sacarla del peligro. Allí no estaba Tom. Allí yo no fui Tom. Tom, tal vez es él a quien busco'. Se trata de una admisión desgarradora, llena de dolor y derrota. 'Allí yo no fui Tom': ver a su hermano como el héroe salvador de vidas (y salvador de estirpes) que él no era".[341]

Es así como los Criterios Bister-Frieden-Josephson refutan de forma incondicional el Alegato Kellog-Antwerk, reiterando su argumento de que el regreso de Navidson a la casa no estuvo motivado en absoluto por el deseo de poseerla, sino más bien por la necesidad de "ser aniquilado por ella".

Luego, el 6 de enero de 1997, en la Asamblea de Diagnóstico Cultural Patrocinada por la Sociedad Americana de Psiquiatría que se celebró en Washington D. C., un equipo formado por marido y mujer presentó ante mil doscientas personas la Teoría Haven-Slocum, que a los ojos de muchos desmontó con éxito la prominencia tanto del Alegato Kellog-Antwerk como de los

célebres e influyentes Criterios Bister- Frieden-Josephson .

Eludiendo las presunciones semánticas de las hipótesis anteriores, la Teoría Haven-Slocum propuso en primer lugar centrarse primordialmente en "la casa en sí y su generación de efectos fisiológicos". Sus autores prometieron demostrar en breve cómo esa dirección podía resolver la pregunta de "¿por qué Navidson regresó a la casa a solas?".

Basándose en una serie de entrevistas personales, fuentes secundarias examinadas con minuciosidad y también en sus propias observaciones, el matrimonio empezó a dar forma a sus hallazgos en lo que desde entonces se ha conocido como la Escala de Ansiedad Haven-Slocum, o para abreviar, la EEPE. Puntuando el nivel de incomodidad experimentada después de cualquier exposición a la casa, la Teoría Haven-Slocum asigna un valor numérico "0" a la ausencia de efectos y un "10" a los efectos extremos:

ESCALA DE EFECTOS
POSTERIORES A LA EXPOSICIÓN

0-1: Alicia Rosenbaum: migrañas repentinas.

0-2: Audrie McCullogh: ansiedad leve.

2-3: Teppet C. Brookes: insomnio.

3-4: Sheriff Axnard: náuseas, sospechas de úlcera, *

4-5: Billy Reston: sensación persistente de frío.

5-6: Daisy: excitación; fiebre intermitente; arañazos; ecolalia.

6-7: Kirby "Wax" Hook: estupor, impotencia persistente, **

7-8: Chad: tangencialidad; agresividad creciente; tendencia persistente a las escapadas.

9: Karen Green: insomnio prolongado; ataques de pánico frecuentes y sin motivo; melancolía profunda. Tos persistente, ***

10: Will Navidson: conducta obsesiva; pérdida de peso; terrores nocturnos; sueños vividos acompañados de un mutismo creciente.

* Sin historial previo de dolencias estomacales.

** Ni la herida de bala ni la cirugía deberían haber afectado a la potencia sexual.

*** Todo ello disminuye de forma radical cuando Karen se pone a trabajar en *Lo que les ha parecido a algunos* y *Breve historia de la persona a la que amo.*

Teoría Haven-Slocum™ — 1

La Teoría Haven-Slocum no se toma a la ligera la notable victoria de Karen sobre los efectos de la casa: "Con la excepción final de Navidson, fue la única que intentó procesar las ramificaciones de la vivienda. El esfuerzo que invirtió en sus dos cortos tuvo como resultado que sus vaivenes anímicos se moderaran, que sus horas de sueño se prolongaran y que aquella tos irritante cesara".

Navidson, sin embargo, a pesar de sus pesquisas científicas y de sus primeros postulados, no

encuentra alivio. Se va volviendo cada vez más callado, se despierta a menudo presa del terror y coincidiendo con la Navidad y el Año Nuevo empieza a comer cada vez menos. Aunque le menciona a menudo a Restan lo mucho que añora a Karen y la compañía de sus hijos, es incapaz de irse con ellos. La casa continúa acaparando su atención.

Tanto es así que, en octubre, cuando Navidson se encuentra por primera vez con la grabación donde Wax besa a Karen, apenas reacciona. Ve la escena dos veces, una a velocidad normal y la otra con el avance rápido, y a continuación pasa al resto de la grabación sin decir palabra. Desde un punto de vista dramático, debemos reparar en que es un momento de gran anticlímax, que sin embargo, de acuerdo con la Teoría Haven-Slocum, contribuye a enfatizar el nivel de daño que la casa ya le ha infligido a Navidson: "Las reacciones emocionales normales ya no se aplican. El dolor que cualquier otro habría sentido al ver el beso en pantalla, en el caso de Navidson se ve amortiguado por el trauma grotescamente desproporcionado que ya le ha causado la casa. En este sentido se trata en realidad de un momento de clímax, aunque irregular, por el simple hecho de que resulta inquietante ver cómo algo que normalmente sería tan relevante queda convertido en algo tan absolutamente inconsecuente. Qué trágico es encontrar a Navidson tan privado de energía, con su habitual mordacidad y presteza mental reemplazadas por un estupor tan implacable. Ya no le importa nada, lo cual, tal como han observado ya más de un puñado de personas, es precisamente lo importante aquí".

Luego, a principios de marzo, "a medida que avanzan los análisis de las muestras de las paredes", de acuerdo con la Teoría Haven-Slocum, Navidson empieza a comer otra vez, a hacer ejercicio, y aunque su reticencia general continúa, Restan sigue viendo la nueva conducta de Navidson como un cambio a mejor:

—Yo era ciego a sus intenciones. Creía que estaba empezando a lidiar con la muerte de Tom y planeando poner fin a su separación de Karen. Supuse que se habría olvidado de las cartas de Fowler junto con aquel beso. Parecía que estaba volviendo a la vida. Joder, hasta los pies se le estaban curando. Poco sabía yo que estaba acumulando equipo y preparándose para otra incursión al interior: lo que todo el mundo conoce ahora como la Exploración n.° 5.[342]

Mientras que los Criterios Bister-Frieden-Josephson convierten la carta de Navidson a Karen en la piedra angular de su análisis, la Teoría Haven-Slocum despacha el documento con una simple nota a pie de página, describiéndola como "un farfullar borrachuzo atiborrado de expresiones previsibles de dolor, re-identificación con un objeto perdido y abundante transferencia emocional, menos relacionada con la pérdida del hermano de Navidson que con la ausencia de madre que sufrió durante toda la vida. El deseo de salvar a Delial hay que atribuirlo en parte a una simple proyección del deseo que tiene Navidson de ser cogido en brazos por su madre. Por consiguiente, su dolor fusiona su sentido del yo con su entendimiento del otro, llevándolo no solamente a llorar a la pequeña criatura, sino también a sí mismo".[343]

Lo que la Teoría Haven-Slocum trata con mayor detenimiento son los tres sueños[344] que Navidson nos cuenta en las entradas de su diario en Hi 8 que graba durante ese mes de marzo. Citando textualmente una vez más la Teoría: "Estos vislumbres íntimos de la psique de Navidson revelan mucho mejor que la carta escrita bajo los efectos depresivos del alcohol las razones que lo llevan a volver, y explican con mayor eficacia las profundas repercusiones fisiológicas que tuvo su entrada".

Mia Haven titula su análisis del *Sueño n.° 1*: "El pozo de los deseos: un penique por tus

pensamientos… Un cuarto de dólar por tus sueños… Y tú durante las eras venideras". Por desgracia, como su tratamiento es difícil de encontrar y al parecer sobrepasa las ciento ochenta páginas, aquí únicamente es posible ofrecer un sumario de su contenido.

De acuerdo con Haven, el primer sueño de Navidson lo sitúa dentro de una cámara enorme de cemento. Tanto las paredes como el techo y el suelo están surcados de depósitos minerales y cubiertos de una fina capa omnipresente de humedad. No hay ni ventanas ni salidas. El aire apesta a podredumbre, moho y desesperación.

Por todos lados hay gente deambulando sin mmbo y vestidos con togas sucias. Hacia el centro de la sala se abre lo que parece ser un pozo de gran tamaño. En el borde del pozo hay sentada una docena de personas, con los pies colgando dentro. Mientras se acerca a esa obertura, Navidson se da cuenta de dos cosas: (1) de que él ha muerto y ese lugar es una especie de estación intermedia, y (2) de que la única salida es bajar por el pozo.

Sentado en el borde, contempla una imagen extraña y desconcertante. Solamente seis metros más abajo ve la superficie de un líquido increíblemente transparente. Navidson supone que es agua, aunque también le da la impresión de que es alguna sustancia más viscosa. Gracias a alguna cualidad peculiar intrínseca al líquido, éste no solamente no impide la visión imposible de lo que hay en su interior, sino que incluso la clarifica: se trata de un largo pozo que desciende durante kilómetros hasta dar paso a un foso negro y sin fondo que sume instantáneamente a Navidson en un terror casi paralizante.

De pronto alguien que está a su lado salta al interior del pozo. Se oye un ligero chapoteo y la figura empieza a hundirse de forma lenta pero implacable hacia la oscuridad. Por suerte, al cabo de unos segundos, una violenta luz azul envuelve a la figura y la transporta a otro lugar. Navidson se da cuenta, sin embargo, de que allí abajo hay otras figuras que no han sido visitadas por la luz azul y que tiemblan de miedo mientras continúan su descenso a la aniquilación.

Sin que nadie se lo diga, Navidson entiende de alguna manera la lógica del lugar: 1) puede quedarse en esa sala espantosa tanto tiempo como quiera, hasta eternamente si lo desea —si mira a su alrededor, se da cuenta de que hay gente que lleva allí miles de años— o bien puede saltar al pozo. 2) Si ha tenido una buena vida, una luz azul lo llevará a un lugar etéreo y amable. En cambio, si ha llevado una vida "poco apropiada" (palabras de Navidson) ninguna luz lo visitará y se hundirá en la espantosa negrura de más abajo, donde nunca dejará de caer.

El sueño se termina cuando Navidson intenta evaluar la vida que ha llevado y no consigue decidir si tiene que saltar o no.

Haven se esfuerza mucho en examinar los múltiples estratos que presenta este sueño, ya sean las inferencias clásicas de las togas, o bien la "figura" carente de sexo que Navidson ve inmolada por la luz azul. Incluso emprende una digresión juguetona alrededor de *A puerta cerrada*, de Sartre, insinuando que esa formidable obra contribuyó a dar forma a la imaginación de Navidson.

Al final, sin embargo, su idea central tiene que ver con la relación entre Navidson y la casa. La cámara de cemento se parece a las paredes cenicientas, mientras que el foso sin fondo recuerda tanto a la Escalinata de Caracol como al abismo que se abrió en su sala de estar la noche en que murió Tom. Pese a todo, lo que más importa no es ningún descubrimiento llevado a cabo entre esas paredes, sino en el interior de sí mismo. En palabras de Haven: "El sueño parece sugerir que, a fin de que Navidson escape de la casa como es debido, primero tiene que alcanzar una comprensión de su propia vida de la que obviamente carece".

Acerca del *Sueño n.°* 2, Lance Slocum aporta el muy celebrado análisis que lleva por título: "Donde el Caracol". Como su pieza, al igual que la de Haven, es imposible de encontrar y supuestamente pasa de las doscientas páginas, nuevamente tendrá que bastar aquí con un resumen.

Slocum cuenta que en el segundo sueño Navidson se encuentra a sí mismo en el centro de una extraña población donde se está celebrando una especie de banquete. El aire va cargado de olor a ajo y cerveza. Todo el mundo está comiendo y bebiendo y Navidson entiende que, por alguna razón que no se explica, ahora en ese lugar tienen comida suficiente para varias décadas.

Cuando por fin se termina el banquete, todo el mundo agarra una vela y empieza a salir desfilando del pueblo. Navidson los sigue y pronto descubre que se dirigen a una colina donde yace la concha de un caracol inmenso. Esta imagen trae consigo una nueva revelación: que el pueblo ha matado a la criatura, se ha comido una parte y ha puesto en conserva el resto.

Mientras se adentran en las enormes vueltas (en el sentido de "un vendaval de diversión"), la luz de sus velas ilumina unas paredes que son blancas como la perla y opalescentes como conchas marinas. Las risas y la diversión arrancan ecos del camino helicoidal y Navidson se da cuenta de que todos los presentes han acudido para honrar y dar gracias al caracol. Navidson, sin embargo, continúa adentrándose en la concha. Pronto se queda solo y a medida que el túnel se va haciendo más y más estrecho, la vela que tiene en la mano se va haciendo más y más pequeña. Por fin, mientras la mecha empieza a chisporrotear, él se detiene para plantearse si debería dar media vuelta o seguir adelante. Entiende que si la vela se apaga, se verá abocado a una oscuridad total, aunque también sabe que no le costará encontrar el camino de vuelta. Se plantea muy seriamente la posibilidad de quedarse donde está. Se pregunta si el amanecer que se avecina llenará de luz la concha.

Slocum empieza con una divertida referencia al *Doctor Dolittle* antes de dirigir su atención a las casas que las antiguas amonitas[345] construían en tomo a un eje casi logarítmico, un legado que varias eras más tarde transmitirían a la imaginación de incontables poetas y hasta de culturas enteras.[346] Principalmente Slocum se concentra en el capítulo 5 de La *poética del espacio* de Bachelard, en su traducción al inglés de Maria Jolas (Beacon Press, Boston, 1994), y decide conceder al sueño de Navidson la misma consideración que recibe la literatura de su clase.

Por ejemplo, Slocum interpreta la cuestión del crecimiento personal de Navidson basándose en el enigma que planteaba el caracol antes de ser resuelto. E incluye la siguiente cita del texto de Bachelard:

> ¿Cómo puede crecer un diminuto caracol en su prisión de piedra? Se trata de una pregunta natural, que se puede formular con naturalidad. (Aun así, yo prefiero no formularla porque me lleva de vuelta a las preguntas de mi infancia.) Para el Abad de Vallemont, sin embargo, se trata de una pregunta que carece de respuesta, y por eso añade:
>
> "Cuando tratamos las cuestiones de la naturaleza, casi nunca nos encontramos en terreno familiar.
>
> A cada paso hay algo que humilla y mortifica a las mentes orgullosas". En otras palabras, la concha de un caracol, esa casa que crece junto con su recluso, es una de las maravillas del universo. Y el Abad de Vallemont llega a la conclusión de que, en general (…) las conchas son "objetos sublimes de contemplación para la mente".[347]

En concreto, lo que llama la atención de Slocum es la referencia parientética[348] que hace Bachelard a su propia infancia y probablemente al rito del crecimiento: “Qué extraordinario resulta encontrar entre esos paréntesis completamente ampliables una correlación tan relevante entre la respuesta al enigma de la Esfinge y la crisis de Na- vidson”.

Ciertamente, en su desarrollo posterior del pasaje de Bachelard, Slocum trata el caracol del sueño de Navidson como una “notable inversión” de la Escalinata de Caracol de la casa: “Robinet creía que el caracol construía su ‘escalera’ dando más y más vueltas sobre sí mismo. De ser así, la casa entera del caracol sería el hueco de una escalera. Con cada vuelta, el animal renqueante añadiría un peldaño a su escalera de caracol. No le quedaría más remedio que contorsionarse a fin de avanzar y crecer”. (Página 122; *La poética del espacio*.)[349]

Todavía más sorprendente que esta maravillosa coincidencia es el poema de René Rouquier que Bachelard elige como cita:

> *C’est un escargot énorme*
> *Qui descend de la montagne*
> *Et le ruisseau que l’accompagne*
> *De sa bave blanche*
> *Très vieux, il n ’a plus qu ’une corne*
> *C’est son court clocher carré.*[350]

Navidson no es el primero en imaginarse un caracol tan grande como un pueblo, pero lo que fascina a Slocum por encima de todo es la ausencia de amenaza en el sueño.

“A diferencia del miedo que acecha en el fondo del pozo de los deseos —comenta Slocum—, el caracol proporciona alimento. Su concha ofrece la redención de la belleza y, a pesar de la vela moribunda de Navidson, sus curvas siguen albergando la promesa de una iluminación todavía mayor. Todo ello contrasta lúgubremente con la casa. En ella las paredes son negras, mientras que en el sueño del caracol son blancas. En la casa uno se muere de hambre, mientras que en el sueño la población tiene comida suficiente para una vida entera. En la casa el laberinto es amenazador, mientras que en el sueño la espiral resulta agradable; en la casa uno desciende, mientras que en el sueño el camino es ascendente, etcétera.”

Slocum postula que lo que hace que el sueño sea tan particularmente memorable es su equilibrio inherente: “Población, campo. Interior, exterior. Sociedad, individuo. Luz, oscuridad. Noche, día. Etcétera. El placer deriva de la detección de esos elementos. Crean armonías y de las armonías emana un bálsamo para el espíritu. Por supuesto, cuanto más extensa sea la simetría, mayor y más duradero será el placer”.

Slocum afirma que el sueño plantó en la mente de Navidson la semilla del intento de buscar un camino distinto, que es justamente lo que hizo en la Exploración n.° 5. O para ser más precisos: “El sueño fue el florecimiento de una semilla que la casa ya había plantado previamente en su inconsciente”. En la conclusión de “Donde el Caracol”, Slocum abre todavía más su análisis a la idea de que ambos sueños, “El pozo de los deseos” y el del caracol, sugirieron a Navidson que podía llegar a encontrar, ya fuera dentro de sí mismo o bien “en el interior de aquella ausencia

gigantesca", alguna sensación de emancipación que apaciguara sus confusiones y angustias, y que hasta apaciguara las confusiones y angustias de los demás, una simetría curativa que durara para siempre.

A la hora de tratar el más preocupante y desde luego más terrorífico *Sueño n.° 3*, Mia Haven y Lance Slocum unen sus fuerzas para surcar las curvaturas de ese extraño recorrido de imaginaciones. A diferencia de los sueños n.° 1 y n.° 2, el tercero es particularmente difícil de narrar y requiere que se preste una atención meticulosa a sus diversos saltos temporales y hasta cambios de tono.

****

[Faltan dos páginas][351]

****

A fin de resumir la Teoria Haven-Slocum, la pareja cita el diario postumo de Johanne Scefing:

> En esta hora postrera no puedo dejar de pensar en el gran durmiente de Dios, cuya historia poblaba mi imaginación y mis sueños de niño. No me acuerdo de cuántas veces leí y releí la historia de Jonás, y ahora que reflexiono sobre la decisión que tomó Navidson de volver a la casa él solo, acudo a mi Biblia y entre sus finas páginas encuentro estas líneas:
>
> *Tomaron, pues, a Jonás, y lo*
> *lanzaron al mar, y el mar se aquietó*
> *de su furia.*
>
> (Jonás 1,15)[352]

Parece una referencia de lo más extraña, hasta que Haven y Slocum ofrecen una segunda tabla de EEPE que documenta lo que sucedió cuando Navidson volvió a entrar en la casa de Ash Tree Lane:

ESCALA DE EFECTOS
POSTERIORES A LA EXPOSICIÓN

0: Alicia Rosenbaum: se detienen las migrañas.
0: Audrie McCullogh: se acaba la ansiedad.
1: Teppet C. Brookes: se mitiga el insomnio.
1: Sheriff Axnard: fin de las náuseas.
2: Billy Reston: disminuye la sensación de frío.
3: Daisy: fin de la fiebre; se le curan los brazos; ecolalia esporádica.
1: Kirby "Wax" Hook: regresan la energía y la potencia sexual.
4: Chad: mejoran la orientación a objetivos del flujo de ideas y de secuencias lógicas; disminuyen la agresividad y las escapadas.
1: Karen Green: se mitiga el insomnio; se acaban los ataques de pánico sin motivo*; disminuye la melancolía. Cesa la tos.
1: Will Navidson: se acaban los terrores nocturnos y cesa el mutismo.**

* Los espacios oscuros y cerrados todavía le provocan reacción.
** Lo demuestra el uso que hace Navidson de la Hi 8 para registrar sus pensamientos.

Teoría Haven-Slocum™ — 2

Y lo que es todavía más peculiar, la casa vuelve a ser una casa.

Tal como descubre Reston, el espacio que había entre el dormitorio principal y el de los niños ha desaparecido. Las estanterías de Karen vuelven a estar alineadas con las paredes. Y el pasillo

de la sala de estar ahora parece un simple armario empotrado. Hasta tiene las paredes blancas.

Da la impresión de que el mar se ha tranquilizado.

"¿Era Navidson como Jonás? — se pregunta la Teoría Haven-Slocum—. ¿Acaso entendió que la casa se calmaría si él entraba en ella, igual que Jonás entendió que las aguas se calmarían si él era arrojado a ellas?"

Tal vez lo más extraño de todo sea el hecho de que las consecuencias del viaje de Navidson no han dejado de sentirse. En el que sigue siendo el aspecto más controvertido de la Teoría Haven-Slocum, los párrafos finales afirman que resultó afectada gente que ni siquiera estaba directamente relacionada con los acontecimientos de Ash Tree Lañe. La Teoría, sin embargo, se cuida mucho de distinguir entre quienes simplemente han visto *El expediente Navidson* y los que han leído y escrito, en algunos casos abundantemente, sobre la película.

Al parecer, los integrantes del primer grupo muestran muy pocos indicios de cambios mentales o emocionales de ninguna clase: "Como mucho, temporales". El segundo grupo, en cambio, parece haber recibido una influencia más profunda: "A medida que siguen llegando los indicios, parece ser que una parte de quienes no solamente han meditado sobre los pasillos perfectamente oscuros y vacíos de la casa, sino que también han articulado cómo sus túneles les han murmurado por dentro, han visto disminuir sus ansiedades. La gente que sufría desde trastornos del sueño hasta disfunciones sexuales y problemas para relacionarse con los demás parece haber experimentado una mejora".[353]

Sin embargo, la Teoría Haven-Slocum también señala que este rumbo no carece de riesgos. Una serie todavía mayor de estudiosos de *El expediente Navidson* ha experimentado un aumento de la obsesión, el insomnio y la incoherencia: "La mayoría de quienes han elegido abandonar su interés se han recuperado pronto. Unos cuantos, sin embargo, han requerido terapia y en algunos casos medicación y hospitalización. Tres casos han resultado en suicidio".

XVIII

Buena es la ceniga para los aros de los toneles:
y si la necefidad obliga, para el arar, y también
para otros muchos menefteres.

Breve y verdadero reporte de las Tierras Nuevas de Virginia, de Thomas Hariot, criado de sir Walter Raleigh, "miembro de la colonia y allí empleado en sus defcubrimientos".

Aunque tanto Karen como Navidson regresaron a Ash Tree Lañe, Karen no volvió allí por la casa. Tal como explica en una de sus grabaciones de vídeo: "Si voy es porNavy".

Durante la primera semana de abril, Karen se mantuvo en estrecho contacto con Reston, que hizo varias veces el largo trayecto en coche desde Charlottesville. Tal como podemos ver en las imágenes, el coche de Navidson no se mueve de la entrada del garaje y la casa permanece vacía. En la sala de estar sigue habiendo un armario empotrado en donde antes estaba el pasillo, mientras que en el piso de arriba el espacio que había entre el dormitorio principal y el de los niños ha dado paso a una simple pared.

Al inicio de la segunda semana de abril, Karen se da cuenta de que va a tener que marcharse de Nueva York. Daisy y Chad parecen haberse sacudido de encima los efectos debilitadores de la casa y su abuela está encantada de cuidar de ellos mientras Karen está ausente, convencida de que el viaje de su hija va a contribuir a que venda la casa y le ponga una demanda a Navidson.

El 9 de abril Karen viaja al sur hasta Virginia. Se registra en un Days Inn, pero en lugar de ir directamente a la casa queda con Alicia Rosenbaum. La agente inmobiliaria está encantada de ver a Karen y discutir la perspectiva de poner la casa en el mercado.

—Oh, Dios —exclama cuando ve la Hi 8 en manos de Karen—. No me apuntes con eso. No soy nada fotogénica. —Karen deja la cámara sobre un archivador pero no la apaga, proporcionando de esa manera una vista de ambas mujeres desde un ángulo alto de la oficina.

Lo más seguro es que Karen planeara tener una breve discusión con Alicia Rosenbaum sobre la venta de la casa, pero el horror sin censurar que manifiesta la agente inmobiliaria lo cambia todo:

—Tienes un aspecto horrible —le dice de pronto—. ¿Te encuentras bien,

cariño?

Y al decir eso, lo que se suponía que debía ser una reunión de negocios se convierte al instante en algo distinto, algo que no tiene nada que ver, una reunión de hermanas durante la cual una lee en la otra las señales de la tensión que resultan invisibles para un hombre y a veces hasta para una madre.

Rosenbaum llena un tazón de agua caliente y se pone a buscar bolsitas de infusión en un armarito. Despacio al principio pero con decisión, Karen empieza a hablar de la separación.

—No sé —dice finalmente Karen mientras remueve con la cucharilla su manzanilla—. Hace casi seis meses que no lo veo.

—Oh, cielos. Lo siento muchísimo.

Karen sigue removiendo el contenido de su taza con la cucharilla pero no puede refrenar las lágrimas. Rosenbaum rodea la mesa y abraza a Karen. Luego acerca una silla y hace cuanto está en su mano para ofrecerle algo de consuelo.

—Bueno, por la casa al menos no te preocupes. Se vende siempre.

Karen para de remover la infusión.

—¿Siempre? —pregunta.

—Después de que vinierais a verme por aquello del armario misterioso —continúa Rosenbaum, sin hacer caso del teléfono que empieza a sonar—, investigué un poco. O sea, yo soy igual de nueva en esta ciudad que vosotros cuando llegasteis, aunque he nacido en el Sur. A decir verdad, confiaba en encontrar alguna clase de historia de fantasmas. — Ríe—. Pero lo único que encontré fue una lista bastante exhaustiva de propietarios. Muchos. Cuatro en los últimos once años. Casi veinte en los últimos cincuenta. No parece que nadie se quede en ella más que unos años. Algunos murieron, de ataques al corazón y esas cosas, y el resto desapareció sin más. Quiero decir que les perdimos la pista. Un hombre dijo que en ella había demasiado espacio y otro que era “inestable”. Intenté averiguar si la casa estaba construida sobre un viejo cementerio indio o algo así.

—¿Y?

—No. De hecho, está claro que no. El terreno es demasiado cenagoso por culpa de las lluvias de invierno y debido a lo cerca que está el río James. No es un buen sitio para poner un cementerio. De manera que busqué asesinatos o quema de bmjas, aunque claro, ya sabía que eso lo había hecho la gente de Massachusetts. Y nada.

—En fin.

—¿Alguna vez viste un fantasma allí?

—Nunca.

—Lástima. Virginia tiene tradición de fantasmas, ya sabes, aunque yo nunca he visto ninguno.

—¿Virginia? —pregunta Karen en voz baja.

—Oh, ya lo creo. El árbol de la maldición, el fantasma de la señorita Evelyn Byrd, lady Ann Skipwith, el callejón de los fantasmas y Dios sabe cuántas docenas más.[354] Por desgracia, lo único distinguido que tiene el pasado de vuestra casa, aunque supongo que forma parte del pasado de todo el mundo de por aquí, y tampoco es ningún misterio, sería la colonia, la Colonia de Jamestown.

No constituye ninguna sorpresa que *El expediente Navidson* no se detenga a prestar atención a esta referencia, sobre todo teniendo en cuenta que a Karen le preocupan mucho más la casa y el paradero de Navidson que la historia del siglo XVII. Sin embargo, si uno se pone a leer sobre los orígenes sanguinarios y dolorosos de ese lugar particular del nuevo mundo, descubrirá lo antiguas que son en realidad las raíces de aquella casa.

Gracias a la London Company, el 2 de mayo de 1607, ciento cinco colonos fueron depositados en una península pantanosa, donde establecieron lo que pronto pasaría a conocerse como la Colonia de Jamestown. Pese a la peste, el hambre y las matanzas que perpetraban con frecuencia los indios nativos, John Smith consiguió mantener a la población unida hasta que una herida lo obligó a regresar a Inglaterra. El invierno posterior de 1609-1610 mató a casi todo el mundo, y de no haber sido por la oportuna llegada de lord De la Warr con suministros, los que seguían vivos habrían huido.[355]

Con la ayuda de la industria tabacalera de John Rolfe, el matrimonio de Pocahontas y el nombramiento de Jamestown como capital de Virginia, la colonia sobrevivió. Sin embargo, la feroz batalla que libró Nathaniel Bacon con el rico plantador virginiano sir William Berkeley acabó con el pueblo entero en llamas. Al final la capital de Virginia se trasladó a Williamsburg y el asentamiento no tardó en decaer. En 1934, cuando empezaron las excavaciones del parque, ya quedaba muy poco del lugar. Tal como informó el agente forestal del parque Davis Manatok, "las ciénagas han ocultado, si no consumido del todo, los monumentos de la colonia".[356]

Todo esto es relevante aquí únicamente en relación con un extraño conjunto de páginas que en la actualidad se guardan en la Biblioteca Lacuna de Libros Raros del Horenew College de Carolina del Sur.

Se trata de un diario que supuestamente apareció por primera vez en la librería Wishart de Boston. Al parecer había estado en el fondo de una caja de libros de entre varias que les habían traído de una propiedad cercana.

—La mayoría era porquería —dijo el propietario, Laurence Tack—. Ediciones viejas de bolsillo, libros malos de Sidney Sheldon, Harold Robbins y otros por el estilo. Nadie les prestó mucha atención.[357]

Al final el diario fue comprado por la notable suma de cuarenta y ocho dólares cuando una estudiante de la Universidad de Boston se fijó en que en el interior de la cubierta de aquel volumen tan dañado había escrita a lápiz la palabra "Warr". Tal como la estudiante no tardó en descubrir, el diario no había pertenecido a De la Warr, simplemente lo había tenido en su biblioteca. Parece ser que antes de la llegada de Warr, durante la "hambruna" del invierno de 1610, tres hombres habían salido de la Colonia de Jamestown en busca de caza. Tal como revela el diario, estuvieron viajando durante varios días hasta dar con un campo helado, donde acamparon para pasar la noche. La primavera siguiente se encontraron dos de sus cadáveres en el deshielo junto con aquel documento inestimable.

En su mayor parte, las entradas tratan de la búsqueda de caza, la crudeza del clima y la comprensión inevitable de que el frío y el hambre estaban contribuyendo rápidamente a la singular sensación de muerte:

18 de enero de 1610

Bufcamos[358] ciervos u otra caza maf jamás hallamos nada. Tiggs cree que nueftra

suerte va a cambiar. Los

demás tenemos que penfar lo mismo o assí en el nombre del Señor asumir el conocimiento de que fomof todof hombres muertos.

20 de enero de 1610

Máf nieve. Frío atroz. Es un lugar terrible el que hemof hallado. Llevamos una semana entera fin vifo de fer viviente ninguno. Si no fuera por la tormenta, ya habríamof abandonado nuestro empeño. Anoche Verm se vio acosado por muchaf pefadillaf.

21 de enero de 1610

La tormenta no fe detiene. Verm ha salido a ca§ar pero ya eftaba de vuelta en menof de una hora. El viento faze un ruido efpantoso en el bosque. Por estraño que parefca, tanto a Tiggs como a Verm y a mí nos da confuelo el sonido. Aquí le tengo mucho máf miedo al silencio. Contóme Verm que anoche soñó con huesos. Yo soñé con el sol.

22 de enero de 1610

Nos eftamof muriendo. Carezemof de comida y refugio. Tiggs ha soñado que veía toda la nieve de nuestro derredor teñirse de rojo sangre.

Y por fin la última entrada:

23 de enero de 1610

¡Efcaleras! ¡Hemos hallado efcaleras![359]

En ningún lugar de los diarios personales de lord De la Warr se mencionan escaleras ni tampoco hay indicio alguno de lo que le pudo suceder al tercer cuerpo. Warr, sin embargo, sí que alude al diario como un claro ejemplo de la locura de la muerte, y en una carta distinta consigna la delicada reliquia a las llamas. Afortunadamente su orden, por la razón que fuera, no se ejecutó, y el diario sobrevivió y acabó apareciendo en una librería de Boston sin que nada más que el nombre de "Warr" vinculara las frágiles y amarillentas páginas con la herencia de este continente.

Pese a todo, aunque el diario podría ofrecer alguna prueba de que la extraordinaria propiedad de Navidson ya existía hace casi cuatrocientos años, seguimos sin saber por qué esa ubicación en concreto[360] resulta tan significativa. En 1995, la parapsicóloga Lucinda S. Hausmaninger aseguró que la propiedad de Navidson era análoga a ese punto ciego que crea el nervio óptico en la retina: "Es un lugar de procesamiento, de comprensión, de visión".[361] Sin embargo, pronto alteró tal conjetura y describió el lugar como "el omphalos de todo lo que somos".[362] Daba igual que la casa existiera en Virginia, lo único importante era que existía en un solo lugar: "Un

lugar, un significado (eventual)".[363] Por supuesto, los descubrimientos recientes desmoronan ambas teorías de Hausmaninger.[364]

Tal como todo el mundo sabe, en lugar de abordar la cuestión de la ubicación y de la historia de la Colonia de Jamestown, *El expediente Navidson* se centra en la conversación que Alicia Rosenbaum tiene con Karen en su oficina diminuta y lúgubre sobre los problemas de ésta. Es muy posible que ello represente la mejor respuesta posible al problema: té, comodidad y relaciones sociales. Tal vez la conclusión de Rosenbaum sea mejor todavía:

—Dios sabe por qué, pero no parece que nadie se sienta cómodo en ese sitio mucho tiempo —dice, como sugiriendo de forma más general que el mundo está lleno de sitios que nadie poseerá ni habitará jamás.

Por más que Karen odie la casa, necesita a Navidson. Cuando la cinta de vídeo vuelve a encenderse con un parpadeo, son las 21:30 y Ash Tree Lane está a oscuras. Alicia Rosenbaum espera en el coche, con el motor al ralentí y los faros iluminando la puerta de entrada.

Karen sube lentamente por el camino, proyectando su sombra sobre el escalón de la entrada. Por un momento no acierta a coger sus llaves. Se oye el breve *clic* de los dientes de la llave sobre las clavijas del corazón del cerrojo de seguridad y luego la puerta se abre. En el vestíbulo podemos ver casi seis meses de correo tirados por el suelo y rodeados de volutas de polvo.

A Karen se le acelera la respiración:

—No sé si puedo hacer esto. —A continuación grita—: ¡Navy! Navy, ¿estás ahí? —Pero cuando por fin da con el interruptor de la luz y descubre que la electricidad está cortada… —Oh, mierda, lo que faltaba—, vuelve a salir y protagoniza un salto discordante que nos devuelve otra vez a la entrada de la casa, pero esta vez sin Alicia Rosenbaum y con la noche reemplazada por una luz del sol titilante. 10 de abril, 11:27. Todo es verde, agradable y está empezando a florecer. Karen ha evitado ese tópico de película de serie B que implica elegir la noche como momento para explorar una casa peligrosa. Por supuesto, el verdadero horror no depende del melodrama de las sombras, ni siquiera de las conspiraciones de la noche.

Una vez más Karen abre con su llave la puerta principal y prueba el interruptor. Esta vez una tromba de luz indica que se han arreglado las cosas con la compañía eléctrica.

—Gracias, Edison —murmura Karen, mientras la luz del sol y la electricidad le roban su resolución.

Lo primero que enfoca con la Hi 8 son las célebres estanterías del piso de arriba, que están alineadas con las paredes. Además, tal como también le ha notificado Reston, el cuarto trastero ha desaparecido. Finalmente regresa a la sala de estar, preparándose para hacer frente a ese horror que, según podemos imaginar, sigue intentando agarrarla desde el pasado como si fuera una zarpa. Se acerca a la puerta de la pared norte. Tal vez confía en que Reston la haya cerrado a cal y canto y se haya llevado las llaves, pero tal como descubre enseguida, la puerta se abre sin problemas.

Pese a todo, no hay ni rastro del pasillo infernal. Ni rastro de ese lugar sin vida y sin luz. Solamente hay un armario de apenas cuarenta centímetros de profundidad, con las paredes blancas y una franja de molduras decorativas, todo ello veteado de arriba abajo por la luz del sol que entra a raudales por las ventanas que ella tiene detrás.

Karen estalla en carcajadas, pero la risa se le acaba enseguida. Su única esperanza de

encontrar a Navidson era hacer frente a lo que más la aterraba. Ahora que no hay razón alguna para tener miedo, Karen se encuentra de repente sin motivo para la esperanza.

Después de pasar las primeras noches en el Days Inn, Karen decide instalarse de nuevo en la casa. Reston la visita de vez en cuando y cada vez que va a verla registran hasta el último recoveco y rincón en busca de algún rastro de Navidson. Nunca encuentran nada. Reston le ofrece quedarse allí con ella, pero Karen le dice que quiere estar a solas. Él parece visiblemente aliviado cuando ella insiste en acompañarlo a su furgoneta.

La semana siguiente, Alicia Rosenbaum empieza a traer compradores potenciales. Hay una pareja de recién casados a quienes parece gustarles especialmente la

casa.

—Es una monada —comenta la mujer, que está embarazada.

—Es pequeña pero tiene un encanto especial —añade el marido.

Después de que se marchen, Karen le dice a Rosenbaum que ha cambiado de opinión y que por lo menos de momento se va a quedar la propiedad.

Todos los días, por la mañana y por la noche, llama a Daisy y a Chad con el teléfono móvil. Al principio ellos quieren saber si está con su padre, pero pronto dejan de preguntarlo. Karen se pasa el resto del día escribiendo en su diario. Como ha vuelto a encender todas las cámaras Hi 8 de las paredes y las ha ido reabasteciendo de cintas nuevas, hay mucho material filmado de ella enfrascada en esa tarea, llenando página tras página, a veces poblando la casa de risotadas y de vez en cuando de las notas quebradas del llanto.

Aunque al final llena el cuaderno entero, ni una sola palabra es visible en *El expediente Navidson*. Todavía hoy, el contenido de su diario sigue constituyendo un misterio. La profesora Cora Minehart defiende que sus palabras en sí son irrelevantes: “El proceso es más importante que el producto”.[365] Otros, sin embargo, se han esforzado mucho en sugerir que en esas páginas se esconde una historia milagrosa y secreta.[366] Se rumorea que Katherine Dunn ha inventado su propia versión del diario de Karen.

Karen, sin embargo, no limita sus actividades a la simple escritura. Con frecuencia sale para trabajar en el jardín, quitar malas hierbas, podar y hasta plantar. A menudo la encontramos canturreando para sí misma, desde temas de moda, pasando por antiguas nanas eslavas, hasta una canción que habla de las muchas maneras en que ha cambiado su vida y de cómo le encantaría volver a poner los pies en la tierra.

Parece que las observaciones más significativas en relación con este segmento tienen que ver con la sonrisa de Karen. Salta a la vista que ha cambiado. Lester T. Ochs ha hecho un seguimiento de su evolución formal desde la época en que era una chica de portada, pasando por los meses que vivió en Ash Tree Lañe, la separación prolongada en Nueva York y por fin su regreso a la casa:

> Ya fuera en la portada de *Glamour* o de *Vogue*, Karen jamás dejó de formar esas curvas impecablemente simétricas con los labios, abriéndolos lo justo para mostrar un tímido asomo de aquellos dientes a duras penas escondidos, perfectamente posados entre la sombra y la luz, siempre garantizando el encendido de fantasías de otras interioridades. Da igual en qué revista apareciera: siempre estaba produciendo la misma creación. Hasta después de que se mudaran a Ash Tree Lañe, Karen siguió ofreciendo el mismo arte a todo el mundo con quien se encontraba. La casa, sin embargo, cambió aquello. Le deconstruyó

la sonrisa hasta tal punto que, para cuando huyeron, a ella ya no le quedaba sonrisa alguna.

Y más adelante:

> Para cuando regresó a Virginia, también estaba recuperando cierta expresión de alegría y alivio, aunque infrecuente. La gran diferencia, sin embargo, era que ahora su sonrisa no resultaba en absoluto desapacible. La curva de cada labio ya no reflejaba su contrario. El juego entre ambos resultaba armónico, interpretando una danza incesante de comentarios y cumplidos, revelando sus dientes o bien escondiéndolos del todo, una sonrisa que a menudo contenía un centenar. Su expresión ya no era una estructura congelada, sino una melodía que por primera vez reflejaba con precisión sus sentimientos.[367]

Por supuesto, esto responde al extraordinario momento de la noche del 4 de mayo, cuando, rodeada de velas, a Karen se le ve de pronto una sonrisa más luminosa que ninguna que le hayamos visto antes; se pasa las manos por el pelo y a punto está de reírse, solamente para cubrirse la cara al cabo de unos momentos, sacudiendo los hombros mientras rompe a llorar. Sus reacciones parecen carecer por completo de motivo hasta que a la mañana siguiente nos ofrece una revelación asombrosa.

—Sigue vivo —le dice a Reston por teléfono—. Anoche lo oí. No llegué a entender lo que decía, pero sé que oí su voz.

Reston llega al día siguiente y se queda hasta medianoche, pero no consigue oír nada. Parece considerablemente preocupado por la salud mental de Karen.

—Si sigue ahí dentro, Karen —dice Reston en voz baja—, entonces lleva más de un mes. No veo cómo podría haber sobrevivido.

Pero unas horas después de que Reston se marche, Karen vuelve a sonreír, captando al parecer en algún lugar de su interior la tenue voz de Navidson. Lo mismo vuelve a suceder una y otra vez, ya sea de madrugada o a pleno día. A veces Karen lo llama y a veces se limita a deambular de habitación en habitación y a pegar la oreja a la pared o al suelo. Luego, la tarde del 10 de mayo, en el dormitorio de los niños se topa con la ropa de Navidson, salida de la nada, junto con restos de su mochila y su saco de dormir, así como toda una serie de cartuchos de película, cajas de película de 16 mm y por lo menos una docena de cintas, todo ello desperdigado por el suelo, de pared a pared.

Llama de inmediato a Reston, le cuenta lo sucedido y le pide que vaya con el coche en cuanto pueda. A continuación encuentra un adaptador de corriente, enchufa una cámara Hi 8 y empieza a rebobinar una de las cintas que acaba de encontrar.

El ángulo de la cámara instalada en la pared no permite ver la pantalla de la Hi 8. Lo único visible es la cara de Karen. Por desgracia, además, sus facciones están un poco desenfocadas. De hecho, lo único bien enfocado es la pared que hay detrás de ella, donde todavía hay colgados algunos dibujos de Daisy y Chad. El plano se prolonga unos quince incómodos segundos, hasta que de pronto esa superficie inmutable desaparece. En menos tiempo del que se tarda en parpadear, la pared blanca junto con los dibujos pegados con cinta adhesiva amarillenta se esfuma para dar paso a un negro absoluto.

Como Karen está mirando en la dirección contraria, no es consciente del cambio. Se limita a permanecer enfrascada en la Hi 8, que acaba de terminar de rebobinar la cinta. Pero ni siquiera cuando pulsa play se inmuta el bostezo de la oscuridad. De hecho, casi parece que la está

esperando, aguardando el momento en que ella finalmente deje de mirar la pantalla diminuta y capte el horror que acecha a sus espaldas, que, por supuesto, es exactamente lo que Karen hace en cuanto descubre que la cinta de vídeo muestra

XIX

A diferencia de lo que afirma Weston, el hábito de la visión fotográfica —de mirar la realidad como un despliegue de fotografías en potencia— no crea una unión con la naturaleza, sino un distanciamiento de ella.

Susan Sontag
Sobre la fotografía

"Nada relevante" es como describió Navidson la calidad de la película y las cintas que había rescatado de la casa.

—Eso fue al principio —añade Reston—, cuando acababa de venirse a vivir conmigo a Charlottesville. Revisó hasta el último material filmado que tenía, editó unas cuantas partes y luego se limitó a mandárselo todo a Karen. Ño estaba nada satisfecho.[368]

Para muchos, las filmaciones de la Exploración A ofrecían una primera mirada ejemplar sobre lo que uno se encontraba al adentrarse en aquel pasillo. Para Navidson, sin embargo, la empresa se malogró por la falta de resolución de la Hi 8 y por la "iluminación ridicula". La película filmada durante la Exploración n.° 4 conseguía captar mucho mejor el tamaño de aquel lugar, aunque por culpa de la urgencia de la misión Navidson solamente tuvo tiempo de grabar unos cuantos planos.

Una de las cosas que no se plantean en ningún momento el Alegato Kellog- Antwerk ni los Criterios Bister-Frieden-Josephson ni la Teoría Haven-Slocum es la insatisfacción estética de Navidson. Cierto, las tres escuelas de pensamiento dirían que la búsqueda de la perfección de Navidson era un resultado directo de sus luchas internas, ya fueran por la posesión, la aniquilación de sí mismo o el beneficio social implícito en cualquier empresa perseguida con ahínco. Pero tal como aseveró petulantemente Deacon Lookner: "No tenemos que olvidar la razón más obvia del regreso de Navidson a la casa: quería obtener imágenes mejores".[369]

Mientras que hasta el momento los acontecimientos narrativos han resultado bastante fáciles de seguir, también han usurpado el centro de la película. Hasta la Exploración n.° 5 no se produce una verdadera meditación visual sobre la casa en sí, sobre sus proporciones aterradoras y la oscuridad palpable que habita en ella. Los pocos fragmentos de película de 16 mm y cinta de vídeo salvables indignaban a Navidson. En su opinión, muy pocas imágenes —ni siquiera aquellas

de las que él era personalmente responsable— retenían las fantásticas dimensiones intrínsecas a aquel lugar. Todo esto explica en parte por qué en febrero y en marzo Navidson empezó a encargar película de alta velocidad, bengalas de magnesio, flashes potentes y hasta se las apañó para alquilar una cámara de vídeo térmica. De forma deliberada no le dijo nada a Reston, dando por sentado que su amigo intentaría detenerlo o bien se pondría a sí mismo en peligro insistiendo en acompañarlo.

A lo largo de su carrera, Navidson casi siempre había trabajado en solitario. Estaba acostumbrado a adentrarse a solas en zonas de conflicto. Prefería aquellos dictados de la supervivencia en los que, encontrándose cara a cara con un peligro fascinante, se veía obligado a apoyarse exclusivamente en sus instintos afinados a la perfección. En tales condiciones era cuando producía sus mejores trabajos.

A menudo se ha arremetido contra el fotoperiodismo por ser considerado un simple producto de las circunstancias. De hecho, sus imágenes casi nunca se valoran en términos de composición e intención semántica. Son simples noticias, una feliz confluencia de acontecimiento y oportunidad. Esta concepción se ve reafirmada por el hecho de que, en general, no cuesta más que una fracción de segundo hacer una fotografía.

Resulta increíble que tanta gente confunda siempre rapidez con facilidad, un error especialmente común cuando hablamos de fotografía. Sin embargo, el hecho de que cualquiera pueda comprar una cámara, darle al obturador y luego justificar el producto con una mirada ligeramente prejuiciosa no valida el logro resultante. Disparar a un objetivo con un rifle también es igual de rápido, y sin embargo, como los resultados son tan objetivos, nadie sugiere que la puntería sea un talento fácil.

En fotoperiodismo, la celeridad a la hora de captar un momento de la historia da fe del extraordinario talento que se requiere. Incluso con la ayuda de parámetros computerizados y películas de alta velocidad, aun así hay que procesar una cantidad enorme de información técnica en poquísimo tiempo si se quiere que la fotografía salga bien.

Los fotoperiodistas se parecen mucho a los atletas. Cabe compararlos a los jugadores de hockey o a los surfistas que hacen *bodyboarding* en el sentido de que han aprendido unos movimientos muy específicos y se dedican a practicarlos una y otra vez. Pero los grandes fotógrafos no solamente tienen que comprometerse a reflejar esas demandas físicas cruciales para manejar una cámara; también tienen que refinar e interiorizar una serie de sensibilidades estéticas. No hay tiempo para reflexionar sobre lo que vale la pena incluir en el encuadre y lo que no. Sus acciones deben ser completamente instintivas, inmediatas y resultado de años y años de estudio, trabajo duro y, por supuesto, talento.

Tal como dijo una vez el galerista de Nueva York Timothy K. Thuan:

> Will Navidson es uno de los mejores fotógrafos de este siglo, pero como su trabajo lo define como "fotoperiodista", ha sufrido hasta hoy la más lamentable de las denuncias de la crítica: "Eh, pero si se limita a fotografiar lo que pasa. Eso lo puede hacer cualquiera, solamente hay que estar presente". Y así va la cosa. A ese tipo lo invitas a una cerveza y le arreas un puñetazo en el ojo.[370]

Sólo muy recientemente el prejuicio contra su profesión ha empezado a ser vencido por la detección de ese entendimiento y ese uso formidable del equilibrio del encuadre inherentes a toda

la obra de Navidson.

Piensen por última vez en la imagen que le reportó el Premio Pulitzer. Olvidemos por un momento el valor que exige viajar a Sudán, caminar por sus calles infestadas de violencia y enfermedades y descubrir por fin a esa criatura en un erial perdido, que es lo que algunos consideran la parte más importante de la fotografía e incluso del arte;[371] Navidson también tuvo que lidiar con el número infinito de formas en que la podía fotografiar (ángulos, filtros, exposición, enfoque, encuadre, iluminación, etc., etc.). Podría haber invertido una docena de carretes en explorar todas esas posibilidades, pero no lo hizo. La fotografió una sola vez y solamente de una manera.

En la fotografía, el buitre está posado detrás de Delial, a la izquierda del encuadre, un poco desenfocado, con las plumas primarias empezando a palpar el aire como si se estuviera preparando para echar a volar. Cerca del centro, completamente enfocada, Delial está en cuclillas, con un hueso colgando de sus dedos rojizos y casi inhumanos, con los labios infestados de insectos y los ojos inflados por la arena. La enfermedad y el hambre ya la han alcanzado, pero la Muerte todavía está a unos pasos detrás de ella, posada sobre un montículo de rocas, con las garras extendidas del todo y unos ojos negros concentrados en la hija del Hambre.

Si Delial hubiera estado totalmente a la derecha del encuadre y el buitre completamente a la izquierda, tanto el fotógrafo como el espectador habrían tenido la sensación de estar sentados en un sofá. O bien, tal como especuló el profesor asociado de la UCLA Rudy Zinder, "nos convertiríamos en un público imparcial plantado delante del proscenio cubierto de cristal de la Historia".[372] Lo que hace Navidson, sin embargo, es poner al buitre a la izquierda y a Delial hacia el centro, dejando vacía de forma intencionada toda la parte derecha de la foto.

Cuando Rouhollah W. Leffler volvió a encontrarse con la foto de Navidson en una retrospectiva reciente, comentó en tono nostálgico:

> Parece que la gente debería quejarse más de ese espacio vacío, pero que yo sepa nadie lo ha planteado nunca. Y creo que la razón es bastante simple: que la gente entiende, de forma consciente o inconsciente, que en realidad no está vacío en absoluto.[373]

Lo que quiere decir Leffler es que aunque Navidson no aparezca físicamente dentro del encuadre, aun así ocupa el lado derecho de la fotografía. El vacío de ese lado no es más que una representación gnomònica tanto de su presencia como de su influencia, que desafían el intento del depredador de hacerse con una presa indefensa, epitomizada por las alas incapaces de volar que son los omóplatos de una criatura agonizante.

Tal vez por eso el espectador siente una ligera descarga adrenalínica cuando está examinando esta foto. Y aunque lo más seguro es que dé por sentado que la clave de su reacción es el tema de la fotografía, la causa real es la forma en que el equilibro de los objetos del interior del encuadre involucra al que mira la imagen. De forma instantánea ese equilibrio convierte a cualquier testigo en participante.

Aunque sigue siendo una obra oscura, por lo menos uno de los aspectos de la composición de la fotografía sí puede tener consecuencias políticas directas: Delial no está exactamente en el centro. Se encuentra más cerca de Navidson, y por tanto del espectador, aunque sea una pizca. Muchos expertos atribuyen a este ligerísimo desequilibrio el enorme despliegue de apoyo nacional y la creación de diversos programas de ayuda que siguieron a la publicación de la fotografía. Tal como meditó muchos años más tarde Susan Sontag: "Su cercanía nos sugería que

Delial seguía estando a nuestro alcance”.[374]

Ver diagrama:

[ ]
[ ]
[ ]
[ ]
[ ]
[ ]
[ ]
[ ]
[ ][375]

La oposición a la mortalidad es un tema que persiste durante toda la obra de Navidson. Tal como afirmaba en 1985 el crítico de fotografía M. G. Cafiso:

> El interés brutal que siente Navidson por la gente —y normalmente por la gente atrapada en unas circunstancias terribles— siempre lo pone en una situación de conflicto directo con la muerte.[376]

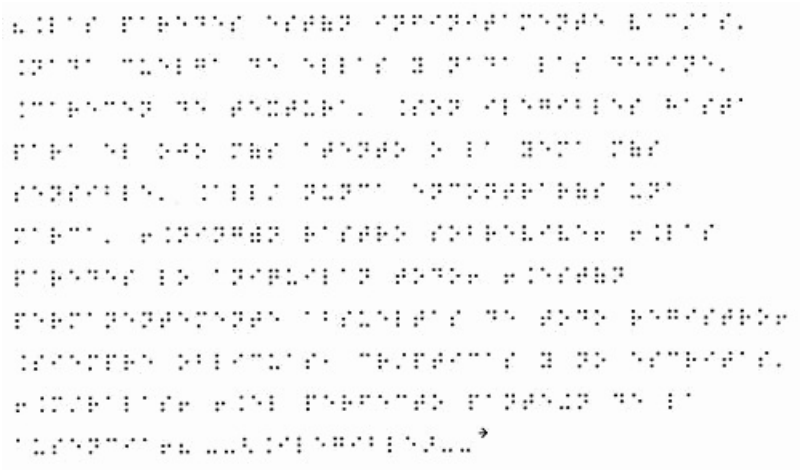
Tal como se ha mencionado ya en el capítulo XV, Navidson nunca fotografió paisajes, pero tampoco plasmó la amenaza de la muerte sin interponer a otra persona entre sí mismo y esa amenaza.

Regresar a Ash Tree Lañe significaba sacar de en medio a ese otro. Significaba fotografiar algo distinto a todo lo que había encontrado antes, incluso en las visitas previas a la casa, un lugar sin población, sin participantes, un lugar que no iba a amenazar ninguna existencia más que la del fotógrafo.

XX

Nadie debería enfrentarse solo al submundo.

Poe



[377]

El primero de abril, Navidson emprende la última exploración de aquellos extraños pasillos y habitaciones. El intertítulo presenta esta secuencia simplemente como Exploración n.° 5.

Para grabar la aventura, Navidson se lleva consigo una cámara de 16 mm Bolex 1962 H16 de manivela junto con lentes Kem-Paillard de 16 mm, 25 mm y 75 mm y un trípode Bogen. También lleva una grabadora de microcasetes Sony, una Panasonic Hi 8, baterías de sobra, por lo menos una docena de cintas de Metal Evaporado (DLC) de 120 minutos, además de una Nikon de 35 mm, flashes y una correa de cámara USA Bobby Lee. En cuanto a película, se provee de mil metros de carrete de 16 mm Kodak 7298 en cargas de treinta metros, veinte carretes de 35 mm, incluyendo algunos de película Konica de sensibilidad 3200 y 36 exposiciones, además de diez carretes de película variada en blanco y negro. Por desgracia, la cámara de vídeo térmica que había encargado para alquilarla le falló en el último momento.

A modo de equipo de supervivencia, Navidson se lleva consigo un saco de dormir homologado, una tienda de campaña individual, raciones para dos semanas, dos bidones de agua de veinte litros cada uno, almohadillas de calor de acetato de sodio, bengalas, tubos luminiscentes de intensidad alta y también de intensidad normal, boyas de neón de sobra, sedal de pescar, tres

linternas, una lámpara de manivela, baterías extra, una lámpara de carburo, cerillas, cepillo de dientes, fogón, una muda de ropa, un jersey extra, calcetines extra, papel higiénico, un pequeño botiquín y un libro. Todo ello lo carga con cuidado en un remolque de dos ruedas que a continuación engancha a una bicicleta de montaña con cuadro de aluminio.

Para darse luz, instala en el manillar de la bicicleta una lámpara alimentada por una batería recargable conectada a una pequeña dinamo en la rueda de atrás. También instala un cuentarrevoluciones.

Cuando Navidson empieza a adentrarse por el pasillo, vemos que no pone rumbo a la Escalinata de Caracol. Esta vez elige explorar los pasillos.

Debido al peso del remolque, avanza muy despacio, pero tal como le oímos comentar a su grabadora de microcasetes:

—No tengo prisa.

Con frecuencia se detiene para hacer fotos y rodar un rato.

Al cabo de un par de horas solamente ha recorrido once kilómetros. Se detiene para dar un sorbo de agua, cuelga de la pared una boya de neón y, después de mirar la hora, echa a pedalear otra vez. Poco se imagina el significado del comentario que se le escapa a continuación:

—Parece que cuesta menos pedalear.

No tarda en darse cuenta de que hay una disminución clara de la resistencia. Al cabo de una hora ya no le hace falta seguir pedaleando:

—Parece que este pasillo va cuesta abajo. De hecho, lo único que estoy haciendo es frenar.

Cuando por fin se detiene para hacer noche, el cuentarrevoluciones indica que ha recorrido nada menos que 262 kilómetros.

Mientras planta el campamento en un
cuartito, Navidson ya sabe que su viaje ha concluido:
—Después de ir cuesta abajo durante ocho horas a casi treinta y cinco
kilómetros por hora, lo más seguro es que ahora tarde entre seis y
siete días en regresar al punto de partida,
como poco.

Cuando Navidson se despierta a la mañana siguiente, toma un desayuno rápido, le da la vuelta a la bicicleta y emprende lo que él espera que sea un esfuerzo atroz y quizá imposible. Sin embargo, al cabo de unos minutos descubre que ya no le hace falta pedalear. Vuelve a ir cuesta abajo.

Dando por sentado que se ha desorientado, da media vuelta y echa a pedalear en dirección contraria, que debería ser cuesta arriba. Pero al cabo de quince segundos, ya está otra vez deslizándose de bajada.

Confundido, se detiene en una sala

grande y trata de poner en orden sus pensamientos.
—Es como si me estuviera moviendo por una superficie que siempre se inclina hacia abajo, da igual en qué dirección me dirija.

Resignado a su destino, Navidson vuelve a montar en la bicicleta y enseguida se encuentra a sí mismo lanzado a casi cincuenta kilómetros por hora.

Durante los cinco días siguientes, Navidson cubre entre cuatrocientos y quinientos kilómetros por jomada, aunque el quinto día, en lo que acaba siendo una absurda maratón de catorce horas, registra 688 kilómetros.

Y el pasillo interminable por el que viaja
tampoco es siempre del mismo tamaño.

A veces el techo desciende sobre el.

bajando

progresivamente

más

y

más

hasta que empieza a rozarle la cabeza,
solamente para alejarse al cabo de unos minutos,

hasta

más

y

más

elevándose

desaparecer del todo.

A veces el pasillo se ensancha, hasta tal punto que a Navidson le da la impresión de estar avanzando por una meseta enorme:

—Como una mesa de billar infinitamente grande, o bien como la superficie lisa de una montaña increíble —nos cuenta horas más tarde mientras prepara una frugal comida—. En un momento dado me he parado y he virado a la derecha por lo que a mí me parecía que era un camino transversal. Al cabo de unos segundos ya estaba yendo otra vez cuesta abajo.

Y luego las paredes reaparecen, junto con el techo y un sinfín de puertas; todos los cambios van acompañados de ese gruñido inimitable y a estas alturas ya muy familiar.

A medida que transcurren los días, Navidson cobra conciencia de que se le están acabando peligrosamente el agua y la comida. Y lo que es peor, a la sensación de condenación inevitable que eso le causa se suma la sensación de condenación inmediata que experimenta cada vez que echa a pedalear con su bicicleta.

—No puedo evitar imaginarme que me voy a topar con el final de este sitio. Que iré demasiado deprisa para pararme y simplemente saldré volando a la oscuridad.

Que es casi lo que le acaba pasando.

El duodécimo o decimotercer día (cuesta mucho saber cuál), después de pasarse durmiendo más de dieciocho horas, según sus cálculos, vuelve a arrancar por el pasillo.

Pronto las paredes y las puertas se alejan y

d e s a p a r e c e n

a
vista
continuación
su
el techo
de
completo
por
se eleva
de
también
completo
desaparecer
por
su
también
hasta
vista

“Las direcciones ya no importan.”

Navidson se detiene a encender cuatro bengalas de magnesio que lanza tan lejos como puede, a

la derecha y la izquierda.

A continuación pedalea cien metros y enciende cuatro bengalas más. Después de repetir la operación

por tercera vez, se da la vuelta
y.
cronometrando manualmente la exposición,

fotografía

las doce

bengalas.

La primera imagen capta doce agujeros de luz.

En la segunda imagen, sin embargo, las bengalas parecen mucho más lejanas.

Para cuando hace la tercera foto, ya solamente se ven estelas,
lo cual indica que o bien

Navidson

o bien

las

bengalas

se están
m
o
v

i
e
n
d
o
.

Sin embargo,
los comentarios de Navidson que registra la grabadora de microcasetes indican que su cámara está firmemente plantada sobre el trípode.

Como apenas tiene opción, Navidson sigue adelante. Las horas pasan volando. Intenta beber cuanta parece relevante saber cuántos miles de kilómetros ha recorrido. Se limita a seguir con su viaje, ilumine más que unos pocos metros por delante de él, mostrándole a duras penas el suelo de ceniza cambiado, un momento difiere del resto y eso avisa a Navidson de que tiene que parar.

—Como si yo llevara toda la última semana notando algo —le balbucea Navidson a la Hi 8

menos agua le sea posible. El cuentarrevoluciones se rompe. A Navidson no le importa. Ya no le sumido en un trance resultante del movimiento y la oscuridad, sin que la lámpara de su bicicleta que tiene delante antes de que ya esté detrás, hasta que de repente, sin que parezca que nada ha

una hora más tarde—. Y de repente todo desaparece y en su lugar...↑

Navidson intenta detenerse, clava los frenos y las almohadillas chirrían pero no consiguen parar las ruedas, a pesar de que todavía faltan segundos para que la tenue luz que proyecta la lámpara de la bicicleta llegue a mostrar el final.

—Al final me he limitado a tirar la bicicleta al suelo —dice, enfocándose el muslo izquierdo con la cámara de vídeo—. Me he jodido bastante la pierna. Todavía me sangra un poco. El remolque está hecho trizas. Creo que ha sido eso lo que me ha parado al final. He llegado patinando hasta el borde mismo. Me han quedado las piernas colgando. Pero es que lo he notado. No sé cómo. No he sentido ni viento ni ruido ni cambio de temperatura. Simplemente he notado un vacío terrible que se me intentaba tragar.

En el borde mismo del abismo se levanta una estructura que recuerda a una garita colgante. Tiene poco más de dos metros de altura y una sola puerta. Dentro, Navidson descubre una escalera de caracol que, en lugar de subir o de bajar, está de costado, penetrando en la pared que da al abismo. Todavía muy agitado, Navidson no investiga. Lo que decide es pasar la noche, o la hora del día que sea —por alguna razón el reloj sobreimpreso en la imagen de la Hi 8 ya no funciona— dentro de los confines de ese refugio inesperado.[LL]

Lo primero que ve Navidson al despertarse es que la única puerta de salida ha desaparecido. Además, las escaleras que eran horizontales antes de que se fuera a dormir ahora están directamente encima de él, elevándose a través del techo, lo cual sugiere que esa casa diminuta dentro de otra casa ha girado hasta ponerse de lado. Después de cambiarse las vendas de la pierna y devorar un pequeño tentempié, Navidson traslada el saco de dormir, la tienda, la Bolex, la Nikon, la Hi 8, la película, coge las cintas de vídeo, la grabadora de microcasetes, dos bidones de agua, tres bengalas, las almohadillas de calor y las barritas nutritivas que le quedan y lo traslada todo a su mochila, que luego tira por el agujero……

……del techo, haciéndola aterrizar sobre
un escalón. Navidson se mete
los demás objetos —es decir,
las baterías, las linternas
y el único libro que
se ha traído— en
los bolsillos. A
continuación se pone
de pie con cuidado sobre
el manillar de la bicicleta,
agarra el principio de la
escalera y sale trepando
por la única escapatoria
de ese cuarto
diminuto
.

Apenas empieza a subir esta nueva escalera cuando el suelo del fondo desaparece llevándose consigo la bicicleta, el remolque y todo lo demás que ha dejado atrás, incluyendo el agua adicional, la comida, las bengalas y las lentes. Navidson echa a correr hacia arriba, intentando alejarse lo más deprisa posible de ese abismo que se está abriendo. Por desgracia, la escalera de caracol no ofrece rellanos ni salidas. Después de quién sabe cuántas horas, alcanza el último escalón y se encuentra a sí mismo dentro de una pequeña cámara circular sin puertas ni pasillos. Lo único que hay es una serie de travesaños de escalerilla negros que sobresalen de la pared y que ascienden por un hueco vertical todavía más estrecho.

vaya a tener que atarse a
que lo más seguro es que

calórico, Navidson admite
energética de alto contenido

mordisco a una barrita
un trago de agua o un

breves paradas para dar
sin hacer más que

y horas de trepar,
de lo que parecen horas

Sin embargo, después
trepa por la escalerilla.

Navidson

poco a poco,

Despacio pero seguro,

[380]

de una habitación
después está de pie dentro

Unos segundos
al final de la escalerilla.

minutos llega
Al cabo de treinta

recompensada.
Su tenacidad se ve

un poco más.
continúa trepando

apetecible que todavía
sin embargo, es tan poco

dormir. Esta idea,
un travesaño para poder

diminuta con una

puerta que él

abre con cautela.

Al otro lado encontramos un pasillo estrecho que se adentra en la oscuridad.

—Estas paredes son t

odo un alivio
—comenta
Navidson de
spués de pasa
rse un rato

andando—.
Nunca pensé
que volver a
este laberin
to podría se
r tan agrada

ble. —Per
o cuanto m
ás avanza
más estre
cho es el pa

sillo, has
ta que se
ve oblig
ado a qui

tarse la
mochila
y aga
charse.
De man

era que si
gue a cu
atro patas,

empujando l
a mochila.

Otros cien
metros y ya

tiene que rep
tar. Vemos qu

e el dolor de su
pierna herida es

atroz. Al final
ya no puede

avanzar ni un cen
tímetro. Un salto

sugiere que tal vez
haya dormido. Cuando

vuelve a arrastrar
se, el dolor sigue ahí.

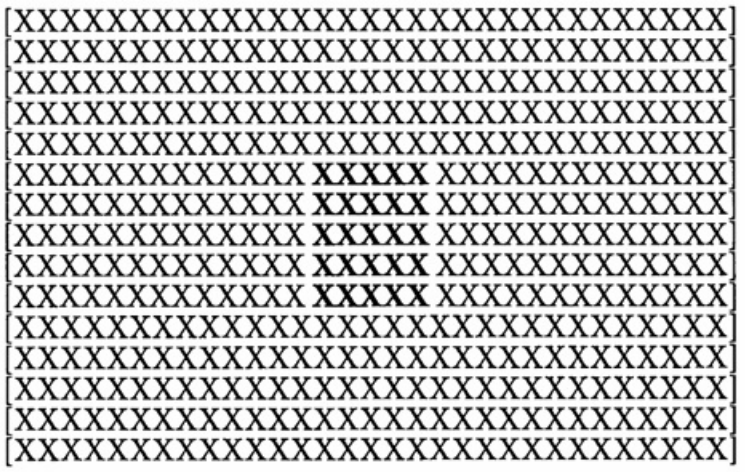
Al final sale a un
a sala enorme d

onde de repente

la casa

entera

cambia.



—Tengo miedo de que desaparezca si me acerco más. Casi vale la pena pasarse una hora disfrutando de las vistas. Debo de estar chalado por estar pasándomelo tan bien.

Pero cuando Navidson por fin sigue adelante, nada cambia.

XXXXX
XXXXX
XXXXX
XXXXX
XXXXX

Es simple una cuestión de tiempo que a Navidson se le agoten todas las linternas. Por desgracia, la lámpara con su dínamo se ha perdido junto con la bicicleta y el remolque. En cuanto a las tres bengalas que Navidson ha estado llevando encima, no tarda en verse incapaz de resistir la promesa de por lo menos un poco de calidez y actividad retinal y usarlas. ¿Quién sabe cuántas horas o días pasan entre bengala y bengala? El reloj de Navidson dejó de funcionar hace mucho. Pero tal como él admite libremente, ya no le importa qué es un minuto y qué es una semana.

Como también se le han agotado las baterías de la Hi 8, ahora a Navidson solamente le quedan su grabadora de microcasetes para recoger sus pensamientos y la Bolex de 16 mm para captar los atisbos entrecortados de luz. La primera bengala cae a plomo, sin iluminar nada más que a sí misma, sin tocar fondo jamás y apagándose finalmente en la oscuridad. La segunda bengala, sin embargo, no cae, sino que se queda flotando.

—Al principio me quedé asombrado, pero enseguida me acostumbré a la idea. Durante un rato la usé de lámpara y hasta leí unas cuantas páginas del libro que me había traído.

La tercera bengala sale disparada hacia arriba y desaparece en la negrura de las alturas.

Aunque son terriblemente cortos, estos tres segmentos revelan la capacidad de Navidson para encontrar, aunque sea en el momento de mayor vacío, una forma de evocar la ternura. A sus fotogramas les importa su objeto. Incluso cuando por fin desaparecen las tres bengalas, Navidson deja la cámara rodando para mostrarnos cómo se marchan, y la oscuridad que sigue está muy cerca de representar esa sensación de pérdida que casi siempre se experimenta al desaparecer la luz.

Tal como indica Navidson en la grabadora, cada vez está más desorientado. Sufre ataques de náuseas. Lo acosan las preguntas. ¿Está flotando? ¿Cayendo? ¿O elevándose? ¿Está erguido? ¿Cabeza abajo? ¿O de costado? Finalmente, sin embargo, los giros se detienen y Navidson acepta que todas esas cuestiones son tristemente irrelevantes.

Dando un trago minúsculo de agua y metiéndose más en su saco de dormir, vuelve su atención a la última actividad que le queda, el único libro que posee: *La casa de hojas*.

—Pero la única luz que tengo es un librillo de cerillas y cada cerilla no dura...

(Por la razón que sea, la cinta se interrumpe aquí.)

Hans Staker, de Ginebra, Suiza, ha investigado la cuestión de Navidson y las cerillas. Analizando meticulosamente una imagen en blanco y negro que aparece brevemente después de las viñetas de las bengalas, Staker ha conseguido ampliar el librillo de cerillas que se ve a duras penas en la esquina inferior izquierda de la imagen. El pulgar de Navidson tapa casi todo su diseño, pero aun así se pueden distinguir las palabras en latín *Fuit Ilium* junto con la inscripción en inglés *Thanks To These Puppies.*

Basándose en tan pingües evidencias, Staker ha conseguido determinar que las cerillas vienen exactamente de un pub de las afueras de Oxford, Inglaterra, regentado por un antiguo profesor de clásicas y filumenista llamado Eagley "Egg" Leaméd, quien al parecer se ocupó de diseñar personalmente el librillo en cuestión.

—La mayoría de los septuagenarios británicos tienen sus jardines donde se entretienen trabajando. Yo tengo mi pub —le dijo Lear- néd a Staker en una entrevista—. Suelo pasar el rato con mi selección de cervezas, igual que los incontinentes pasan el rato con sus tulipanes. Lo de las cerillas me viene de esa clase de pasatiempos. Se da el caso de que hay una fábrica cerca de aquí. Y simplemente apliqué mis veinte años de latín al diseño del librillo. Se puede considerar el homenaje de un viejo a la anarquía. Un poco más incendiario que el clásico diseño de las cerillas Swan Vestas, creo yo. Diseñado para mantener a raya a los brutos.[381]

Staker continúa rastreando cómo ha llegado el librillo de cerillas del pub de Leaméd a las firmes manos de Navidson. Leaméd dejó de encargar las cerillas en 1985, justo después de que Navidson visitara Inglaterra y, supuestamente, su pub.

Es muy poco probable que Navidson tuviera intención de usar un librillo de cerillas de diez años de antigüedad en un viaje tan importante como aquél. De hecho, en su equipaje metió varias cajas de cerillas recién compradas que acabó perdiendo junto con el remolque y la bicicleta. Lo más seguro es que llevara aquel librillo encima por alguna historia privada.

Si damos crédito a Leaméd, son cerillas de calidad. Las cabezas se encienden fácilmente y las varillas arden con uniformidad. Staker localizó un librillo idéntico y, después de recrear las condiciones de la casa (es decir, la temperatura), descubrió que cada cerilla ardía una media de 12,1 segundos. Con solamente veinticuatro cerillas, más la cubierta del librillo, que Staker calculó que ardería durante 36 segundos, Navidson tenía a su disposición un total de cinco minutos y cuarenta y cuatro segundos de luz.

El libro, sin embargo, tiene 736 páginas. O sea que, incluso si Navidson pudiera leer una página por minuto, aun así se quedaría a 704 páginas del final (ya había leído 26 páginas). Para vencer ese obstáculo, Navidson arranca la primera hoja, que por supuesto consta de dos páginas de texto, y la enrolla formando un cilindro bien prieto, creando de esa forma una antorcha que, según Staker, arderá un par de minutos y le suministrará el tiempo justo para leer las dos páginas siguientes.

Por desgracia, los cálculos de Staker vienen a ser más bien una forma de onanismo académico, un simple espasmo de ilusión numérica sin prácticamente relación alguna con el mundo real. Tal como él mismo nos informa, Navidson empieza enseguida a quedarse atrás. Tal vez su ritmo de lectura se ralentice, o bien el papel no arda bien, o bien no consiga iluminar la página siguiente. O tal vez las palabras del libro hayan sido dispuestas de tal manera que resulte casi imposible leerlas. Sea cual sea la razón, Navidson se ve obligado a prender fuego a la cubierta del libro y

también al lomo. Intenta leer más rápido, pierde de forma inevitable partes del texto y se quema los dedos con frecuencia.

Al final a Navidson no le quedan más que una página y una cerilla. Se pasa un rato muy largo esperando en medio de la oscuridad y el frío, posponiendo el último momento de iluminación. Finalmente, sin embargo, agarra la cerilla por el cuello y después de localizar la banda rugosa, da vida a una última esfera de luz.

Primero lee unas cuantas líneas a la luz de la cerilla y luego, mientras el calor le muerde las yemas de los dedos, aplica la llama a la página. Aquí hay, por tanto, un final: un último acto de lectura, un último acto de consumo. Y mientras el fuego devora rápidamente el papel, la mirada de Navidson recorre frenéticamente el texto, perseguida de cerca por la inmolación necesaria, hasta alcanzar finalmente las últimas palabras, con las llamas rodeándole las manos, con la ceniza desprendiéndose en dirección a la oscuridad circundante, y luego, mientras el fuego se retira, cada vez más tenue, con su luz repentinamente agotada, el libro desaparece sin dejar tras de sí nada más que unos rastros invisibles y ya desmantelados en la oscuridad.

—No me queda nada —dice Navidson lentamente a la grabadora de microcasetes—. No me queda comida. Ni agua. [Pausa larga] Tengo película, pero el flash se ha muerto. Tengo mucho frío. Me duelen los pies.

Luego (quién sabe cuánto tiempo más tarde):

—Ya no estoy sentado encima de nada. La losa, o lo que fuera, ha desaparecido. Estoy flotando o cayendo o no sé qué.

Ahora, salvo cuando habla Navidson, predomina el silencio.

Ni siquiera el gruñido se atreve a alterar ese lugar en donde está.

—Ya no siento nada más que a mí mismo —murmura.

—Sé que estoy cayendo y que pronto me estrellaré contra el fondo. Lo siento llegar a toda velocidad. —Sin embargo, solamente puede vivir con ese miedo un rato, y después reconoce—: Cuando por fin me estrelle, ni siquiera me daré cuenta. Estaré muerto antes de poder sentir que me ha pasado algo. De manera que no hay fondo. Para mí no existe. Lo único que existe es mi final. —Y luego, en un susurro—: Tal vez eso sea lo que hay aquí. Lo único que hay aquí. Mi final.

Navidson graba sus propios sollozos y gimoteos. Hasta registra un momento de ligera diversión cuando anuncia en tono de broma:
—En cierta manera, no es justo. Llevo tanto tiempo cayendo que me da la impresión de flotar hacia arriba…
Pronto, sin embargo, empieza a preocuparle menos la cuestión de dónde está y empieza a consumirlo más la cuestión de quién ha sido.

A diferencia de Floyd Collins, Navidson no delira sobre ángeles en carros de guerra ni bocadillos de pollo. Tampoco nos ofrece su currículum, como hizo Holloway. Lo que hace, mientras la urea se le extiende por las venas y le llega el delirio, es ponerse a divagar sobre la gente a la que ha conocido y amado: Tom ("Tom… Tom, ¿es aquí adonde fuiste a parar? No mires hacia abajo, ¿eh?"), Delial, sus hijos, y, cada vez con más frecuencia, Karen: "Te he. Te he perdido".

A veces sus palabras son ininteligibles. A veces no.

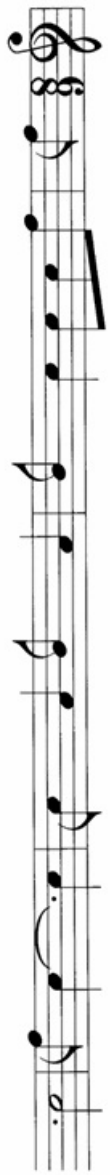
—Cógeme, que me caigo, que vuelo.

O bien:

—Me voy a sonambular...

Sin embargo, a diferencia de la Cinta de Holloway, este material carece de subtítulos ni de interpretaciones sobreimpresas.

—Daisy, Daisy, Daisy, Daisy, Daisy, dime si es sí o si es no. Estoy medio loco por tu amor. Y eso no está bien.



—No tengas miedo.

—No tengas.

—Sí tengo.

Finalmente las palabras de Navidson, sus melodías y sus temblores confluyen en un susurro áspero y doloroso. Sabe que su voz nunca va a calentar este mundo. Tal vez ninguna voz pueda hacerlo. Los recuerdos dejan de emerger a la superficie. La pena amenaza con dejar de importar.

Navidson está olvidando.

Navidson está muriendo.

Muy

pronto

se esfumará

por completo en las alas

de su propia

estrofa sin

palabras.

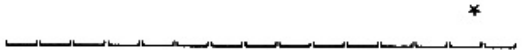
Lo que

ocurre es

que esta estrofa no queda

vacía del

todo



—Luz —grazna Navidson—. No. Puede. Ser. Veo luz.[383] Car…

Y ciertamente, los últimos fotogramas de la película de Navidson captan en la esquina superior derecha una pequeña mota de luz azul que se derrama en el vacío. Suficiente para distinguirla pero no lo bastante para iluminar nada.

La película se agota.

Negro.

Un tipo distinto de negro.

Seguido del nombre del laboratorio de revelado.[384]

XXI

Sentimos la belleza solitaria del atardecer, el inmenso silencio rugiente del viento, lo frágil que era nuestro vínculo con todo lo que quedaba más abajo. Sentíamos un asomo de miedo, no por nuestras vidas sino por aquel gigantesco desconocido que se cernía sobre nosotros. Una fugaz sensación de decepción —de que después de tantos sueños y preguntas aquello no era más que la cima de una montaña— dio paso a la sospecha de que tal vez había algo más, algo situado más allá de la mera forma tridimensional del momento. Ojalá pudiéramos percibirlo.

Thomas F. Hombein
Everest, la cara oeste

25 de octubre de 1998

Lude ha muerto.

25 de octubre de 1998 (¿¿¿Una hora??? más tarde)

Caray, no lo llevo muy bien. Pero ¿adónde más puedo acudir? Qué equivocaciones se han cometido. Un vértigo repentino de pérdida, cuando miro hacia abajo, ¿o acaso lo que estoy haciendo más bien es volver la vista atrás?, me lleva a experimentarlo todo de golpe, lo cual es demasiado.

Supuestamente, para cuando Lude salió del hospital ya estaba completamente familiarizado con aquellos calmantes. Demasiado familiarizado. No estaba en tan buena forma como antes de que lo pillara el Hombre de Gdansk. No pudo quitarse de encima sus efectos con tanta facilidad.

Y tampoco pudo resistirse a ellos con tanta facilidad. Desde luego, el hecho de que el cabrón que le hacía de abogado no parara de joder con todo aquello de hacerse rico y vivir en libertad no fue precisamente de ayuda.

Para cuando llegó el verano, Lude ya estaba cayendo en el abismo. Colocándose por la mañana, y no estoy hablando de bebida. De alguna manera se había enredado con las agujas hipodérmicas. Además de pastillas y varias cosas más. ¿Y todo para qué? ¿Para tratar qué dolor? Sin duda algo que llevaba muy adentro. Algo que no compartía, algo invisible, tal vez algo ajeno al mismo Lude. Lo digo en el sentido de "algo que no reconocía ni el mismo Lude". A eso me refería. Y luego, la peor pregunta de todas: si yo hubiera estado con él, ¿podría haber cambiado

algo?

Al parecer, en agosto, la farsa que Lude llevaba tantos años impostando finalmente empezó a derrumbarse.

Lude jamás tuvo suficiente sentido común para retirarse.

No quiso desintoxicación, ni intro(in)spección, ni terapia, diálogos positivos, diálogos limpios, ni siquiera el más pequeño intento de renegociar antiguas vías. Ojalá hubiera podido dejarlo todo atrás, aunque sólo fuera por una vez, lo bastante como para asomarse más allá y darse cuenta de que, vaya, no tenia por qué pasarse la vida en la misma manzana. Pero Lude ni siquiera optó por un cambio de ritmo. Rechazó el cabo que le lanzaban. Preparaba las bayonetas y luego, en un paroxismo de instinto, enloquecido y desolado, triste y triste, diciendo la misma palabra de forma distinta —hay que preguntar, nunca se sabe cuándo va uno a tener suerte—, daba la orden de cargar.

—¡A la carga! —Aunque probablemente no lo dijera nunca. Estaba implícito. En sus gestos y sonrisas.

Lo que pasa es que, en el caso de Lude, las bayonetas eran botellas de bourbon y bolsitas de pastillas, y su carga la emprendía montado en una Triumph.

Por supuesto, aquello no fue el asalto a la colina de Little Round Top. No tuvo nada que ver con la Unión, aunque irónicamente Lude se mató junto al cruce de Union con Sunset. Había estado en Hollywood Hills en algún rollo, alguna fiesta de no sé qué, y tenía suficientes sustancias químicas dándole guerra en el cuerpo como para sedar al Manchester United durante varias semanas. Sobre las cuatro de la mañana, cuando todavía faltaban horas para aquella gran invocación del azul, le vino la inspiración, trepándole por dentro como una enredadera maligna y final. Iba a dar una vuelta en moto. Está claro que las drogas no le plantearon objeción alguna, ni sus amigos tampoco.

Por asombroso que parezca, consiguió bajar la colina sin matarse, y después puso rumbo al oeste, persiguiendo su propio final, su propio amanecer, su propio murmullo acuático.

Iba a más de 160 kilómetros por hora cuando perdió el control. La motocicleta patinó por el carril izquierdo.

De alguna manera —en el lapso espantoso de un segundo— consiguió pasar sin chocar por entre el tráfico que venía en sentido contrario hasta estamparse contra la pared de un edificio y desintegrarse.

La rueda delantera chocó con el bordillo y Lude salió despedido. El cemento le saltó la tapa de los sesos.

Pintó casi dos metros de acero con su sangre. A la mañana siguiente un equipo de limpieza encontró su mandíbula.

Y eso fue lo único que Lude dejó en el mundo, eso y unas cuantas tijeras con un par de pelos cortados todavía pegados a sus filos.

25 de octubre de 1998 (más tarde)

Ahora no siento nada. Hay momentos en que noto un hormigueo en la cara. Podría ser mi imaginación. No siento nada y mucho menos un puto hormigueo de mierda.

Tengo tanto frío que me quedo en cuclillas junto al hornillo. También enciendo cerillas. Seis

cajas de cerillas de cabeza azul. Tengo los dedos llenos de ampollas y burbujas. En el suelo se retuerce un centenar de serpientes negras. Quiero quemar estas páginas. Convertir todas las putas palabras en cenizas. Sostengo las varillas encendidas a medio centímetro del papel y, sin embargo, una y otra vez, las llamas mueren siempre en una línea gris. Pero ¿de verdad es una línea? Más bien la aproximación a una línea, escrita con una fina línea de humo que se eleva. Es ahí donde me concentro, porque no importa cuánto me esfuerce, no puedo salvar esa fracción de espacio. Medio centímetro. Como diciendo que este libro no solamente no se puede destruir, tampoco se le puede culpar.

25 de octubre de 1998 (más tarde todavía)

Posesión. No consigo apartar la vista de esa palabra. Con esas eses, que aquí son hermanas de estas cerillas calcinadas. ¿Qué significado se esconde detrás de "posesión" y por qué soy incapaz de verlo? ¿Qué demonios podemos poseer alguna vez? ¿Las posesiones? Y además está lo otro: ¿qué quiere decir que somos poseídos? Creo que hay algo que me está poseyendo. Algo sin nombre, que grita un nombre que no es un nombre, aunque sigo conociéndolo lo bastante como para no confundirlo con nada que no sea una progenie de furia y rabia. Malvado y desprovisto de remordimientos.

25 de octubre de 1998 (todavía no ha amanecido)

Una soledad increíble se ha alojado en mí. Jamás había sentido nada parecido.

Todos hemos experimentado de vez en cuando un viento frío, pero es posible que un par de veces en la vida hayáis sentido un viento por debajo de los cincuenta bajo cero. Es algo que te atraviesa limpiamente. Te da la impresión de que la ropa está hecha de papel para pañuelos, los labios se te agrietan, se te saltan las lágrimas, las pestañas se te congelan al instante, por no hablar ya de la sal. Sabes que tienes que salir de ahí rápidamente, entrar en algún sitio o está claro que no vas a durar ni un minuto.

Pero ¿dónde voy a resguardarme yo? ¿Qué refugio internacional existe para esta clase de vacío? ¿Dónde está ese albergue para jóvenes? ¿En qué calle?

Aquí no. Eso está claro.

Tal vez simplemente tendría que tomarme un copazo, cargar una pipa de agua, darles la mano a los desempleados. ¿A quién estoy engañando? No hay sitio donde pueda resguardarme de esto. Ni siquiera puedo resguardaros a vosotros.

De manera que sigo sentado aquí solo y me limito

a escuchar el crujido de los tablones del suelo, el martilleo de las tuberías del agua, y enmascarados en cada respiración, sincopados con cada latido del corazón, los temblores del tiempo mismo, que han venido a acompañar a mis vecinos mientras éstos siguen vociferando, peleándose y, por supuesto, gritando. Estoy rodeado. Indigentes, adictos, alucinados y locos, infestados de piojos, arrasados por las enfermedades, con el miedo rompiéndoles el corazón.

Esto lo ha causado el horror.

Pero ¿el horror de dónde? ¿Por qué el horror?

¿Horror a qué? Como si las preguntas pudieran detenerlo de alguna manera, atajar la intrusión

más furiosa de todas, desgarrando, violando, dejándonos a todos, a mí y a vosotros, destripados, vacíos, ansiosos por morir.

Cualquier idiota puede rezar.

Encuentro una sopa y uso un cuchillo para abrirla a puñaladas. No tengo sartén, o sea que arranco el precinto y vacío la lata directamente sobre la placa del hornillo. Al final consigo desintonizar los gritos. Siguen ahí, sin embargo. Siempre van a estar ahí. Aleatorios, abruptos, estruendosos, a veces suaves, a veces incluso nostálgicos.

No estoy en ningún hotel. Esto no es un refugio.

Esto es un manicomio.

La sopa se calienta. Yo no. Voy a necesitar algo más fuerte. Y lo encuentro. Encuentro lo que lleva ahí todo el tiempo, vetusto, o mejor dicho, no, vetusto no, pero sí primitivo, primitivo y despiadado. Y aunque sé que no debo confiar en ello, también me doy cuenta de que llego demasiado tarde para detenerlo. Es lo único que tengo. Así pues, dejo que se me extienda por dentro como un pasillo sin fin.

Y luego abro la puerta.

Ya no tengo miedo.

Abajo, probablemente en alguna habitación igual de tenebrosa que ésta, alguien grita. Su voz, pura angustia, describe con sonido una escena de violencia espantosa, un centenar de dientes de sierra, en la que resplandece un millar de años de sangre, uñas irregulares que repiquetean a duras penas un código de acercamiento, ojos pálidos dilatados y anchos que lo captan todo con sus conos y bastones en una única asimilación infalible y poderosa.

El corazón me debería ir a mil. Pero no. Debería faltarme el aire. Pero no. Tengo la boca seca, pero el regusto que noto ahora es vagamente dulce.

Por supuesto que no tengo miedo. ¿Por qué habría de tenerlo? Lo que trastorna el sueño de todos los inquilinos de este hotel, lo que les constriñe la garganta mientras duermen y los acosa igual que el anochecer acosa al día, lo que les hace ir de vientre, de manera que incluso los yonquis de aquí tienen que salir corriendo al váter y salpicar su porcelana mojada, eso que únicamente experimentan en forma de premoniciones, enfermedad y miedo, esa cara desterrada fuera de la provincia de las imágenes… soy y siempre he sido yo.

25 de octubre de 1998 (Amanecer)

Me he ido del hotel. Si el recepcionista hubiera levantado la vista lo habría matado. Wer jetzt kein Haus hat, baut sich keines mehr. Aunque puedo ver, camino en una oscuridad total. Y aunque puedo sentir, me importa todavía menos de lo que veo.

27 de octubre de 1998

Duermo debajo de los bancos. Lo único que tengo son estas páginas voladizas de mi libro de Dante, algo florentino que no recuerdo haber conseguido ni comprado. ¿Tal vez me lo encontré? Garabateo como un maníaco. Araño el papel como los enfermos crónicos. Principalmente tiemblo. Tiemblo sin parar, aunque las noches no son tan frías.

Allá donde voy, la gente se aparta de mí.

Estoy contaminado.

29 de octubre de 1998

Supongo que no le bastaba con Lude. Él quería al tipo que se la había follado. Kyrie también estaba con él, sin decir nada, sentada en su asiento mientras él paraba a mi lado aquel BMW 840 Ci, su BMW, su BMW, No Hay Vehículo Mejor, y me gritaba algo, supongo que me gritaba que me detuviera, de manera que me detuve y esperé con paciencia a que aparcara el coche, saliera, viniera hacia mí, cogiera impulso y me pegara —me pegó dos veces—, y todo lo experimenté a cámara lenta, hasta el encogerme y caerme al suelo, aquello también pasó a cámara lenta, y la ceja me ardía de dolor, el ojo se me hinchó por el hematoma, la nariz se me compactó, los capilares me estallaron y me inundaron la cara de sangre oscura.

Él tendría que haber prestado atención. Tendría que haber mirado aquella sangre de cerca. Tendría que haber visto el color y haberse fijado en la diferencia de tono. Ni siquiera el olor era el que debía ser. Él tendría que haber hecho caso.

Pero no lo hizo.

El Hombre de Gdansk se limitó a gritar alguna ridiculez, a mandar su mensaje y ya está, como si de esa manera se afirmara a sí mismo, como si hubiera saldado alguna cuenta imaginaria, y eso fue todo. Por lo menos para él. Fin de la historia.

Hasta se lavó las manos, bueno, metafóricamente; en realidad se secó las manos en los pantalones mientras se alejaba.

El bueno del Hombre de Gdansk.

Vi que Kyrie estaba sonriendo, algo le hacía gracia, tal vez la forma en que se mueve el mundo, una mitad que gira para alejarse mientras la otra mitad ya está

girando de vuelta, completando el circulo. Resolviéndose.

Lo que pasa es que cuando el Hombre de Gdansk me dio la espalda, iniciando su corta caminata de vuelta al coche, la cámara lenta se terminó, y esta vez la reemplazó una especie de celeridad que yo no había visto nunca.

Ni siquiera aquellas peleas de los viejos tiempos, tan y tan remotas, todas aquellas descarnadas lecciones de impactos e instinto, podrían haberme preparado para lo que estaba a punto de pasar: un exceso de rabia, un exceso de furia, aproximándose precariamente al destilado —y ya sabéis de qué estoy hablando— de la pérdida de todas las intuiciones valiosas, o eso me parecía ya.

Mi corazón oyó el resonar y siguió a continuación los impíos hervidores de la guerra. Un maligno árbol genealógico, revestido de acero, elevándose más allá de mis años aunque ya proyectado en forma de eclipse, conspiró para instruir mi reacción, acoplando la rabia a una acción devastadora. Me levanté como pude, rechinando los dientes a un lado y a otro, como una bestia acostumbrada a triturar huesos y a arrancar kilos de carne, mientras mi mano se desdibujaba por la velocidad, lanzándose en pos de algo que había en el suelo junto al cubo de basura de la esquina, una botella vacía de Jack Daniels, en la que antes, y de eso estoy seguro, convencido al cien por cien, no me había fijado, aunque por supuesto que debí de hacerlo, otra parte consciente de mí debió de haberse fijado, una parte leal a Marte, ese terremoto inestable de las lealtades

peligrosas, eternamente despierto, eternamente despierto.

Cerré los dedos en torno al cuello de la botella y, mientras me abalanzaba hacia delante, ya habla empezado a arremeter con ella, y arremetí fuerte, muy fuerte, aunque por suerte tracé mal la trayectoria, el cristal solamente le rebotó en un costado de la cabeza. Un golpe de lleno lo habría matado. Pero aun así se desplomó, vaya si se desplomó, y luego, como yo no había podido notar el golpe, solamente la sorda reverberación de la botella, aquel mensajero que me informó en tonos remotísimos de "un impacto, un impacto muy palpable", y como por encima de todo yo ansiaba el dolor, ese conocimiento que otorga el dolor, dejé que mis nudillos hicieran el resto, abriéndose todos finalmente contra los riscos de su cara, hasta que se desplomó hacia atrás, conmocionado, arrepentido, muy arrepentido, aunque eso desde luego no me detuvo.

Al principio aquella paliza había estado motivada por una venganza mal razonada y llevada a cabo en nombre de Lude, como si el Hombre de Gdansk pudiera cargar con toda aquella culpa. Pero no podía. Pronto se convirtió en algo completamente distinto. Desprovisto de lógica, desprovisto de sentido, nada más que la hazaña alimentándose a sí misma, ardiendo con más calor, con más malignidad, un conflicto más allá de toda explicación. El Hombre de Gdansk vio lo que estaba pasando y se puso a pedir ayuda a gritos, aunque no le salió exactamente en forma de gritos. Más bien como un farfullar, y además demasiado flojo como para que lo oyera nadie. Ciertamente no lo bastante como para que le hiciera caso este segador de vidas.

Dentro de mi no se movió nada parecido a la compasión. Estaba traspasando algún límite que existía en mi interior. Iba a desgarrarle la piel con las manos desnudas, a abrirme paso por entre sus costillas y arrancarle el hígado para después devorarlo, atiborrarme de su sangre, vomitarla y luego volver a por más, consumiéndola toda, consumiéndolo entero, una y otra vez.

Luego, de pronto, dibujada en negro sobre negro, en las profundidades de las cortinas de sombras de mis ojos, comprendí que Kyrie venía corriendo hacia mí, con los brazos extendidos, las uñas inclinadas hacia abajo para rasgarme la cara y perforarme los ojos. Pero incluso mientras yo le estampaba otra vez el puño en la sien al Hombre de Gdansk, algo me había impulsado ya a volverme para recibirla, y aunque no era yo quien lo controlaba, estaba oyendo mi espantoso alarido, arrancado de mi centro, lanzado contra ella con fuerza suficiente como para hacer que se detuviera de golpe, despojada al instante de toda voluntad de finalizar lo que, ahora se daba cuenta, solamente podía ser un suicidio. Ni siquiera tuvo oportunidad de alejarse. Ni de cerrar los ojos.

La cara se le había quedado blanca como el papel. Los labios, grises y lívidos. Tendría que haberme apiadado de ella. Tendría que haber mirado a otro lado. Pero lo que hice fue dejar que leyera en mis ojos todo lo que estaba a punto de hacerle. Lo que estoy a punto de hacerle aquí y ahora. Cómo la iba a poseer. Cómo ya la he poseído. Adonde iba a llevarla. Adonde la he llevado ya. A una habitación. Una habitación a oscuras. O bien no es una habitación. ¿Cómo lo llamaremos? ¿Cómo lo llamaréis?

¿Sorprendidos? ¿En serio? ¿Es que nada os había preparado para esto? Para este lugar donde no la encontrará mirada alguna, donde no la oirá oído alguno, entre pilares de herrumbre, donde los halcones surcan el cielo, donde yo entrelazaré las manos en torno a su garganta, apagando su vida, aun mientras la violo, la desmiembro, pedazo a pedazo, y en el turno siguiente, porque esos turnos nunca dejan de sucederse, vacío todo lo que soy, todo lo que fui, lo que signifiqué alguna vez o dejé de significar.

Así pues, he aquí mi oscuridad, por fin. Sin grito alguno de luz, sin resplandor trémulo, sin

siquiera la más débil esquirla de esperanza para romper la presa.

Me convertiré, me he convertido, en una criatura impasible a la historia, ya no movida por el presente, únicamente hambrienta, ciega y por fin llena de cólera irracional.

El Hombre de Gdansk muere.

Y Kyrie también morirá pronto.

30 de octubre de 1998

¿Qué ha pasado aquí? Mi memoria está desgajada. No he dormido. Las pesadillas se funden con los minutos de vigilia, ¿o acaso son horas? ¿Qué escenas? Qué escenas. Atrocidades. Son incalificables, pero siguen siendo mías. La sangre, en cambio, no es toda mía. He perdido la noción de lo que es real y lo que no lo es. De qué me he inventado y qué me ha fabricado a mí.

De alguna manera he conseguido volver a mi habitación de hotel. Pasando por delante del recepcionista.

He tenido que cerrar la puerta con llave. Dejarla cerrada. Montar una barricada. Gracias a Dios por las armas. Ahora voy a necesitar las armas. De repente los pensamientos me vuelan por la cabeza. Me siento mareado. Asqueado. Algo insano me revuelve las tripas, aunque sé que las tengo vacías.

Pero ¿a qué huele aquí?

¿Qué he hecho? ¿Adónde he ido?

30 de octubre de 1998 (Un poco más tarde)

Acabo de encontrar un montón de polaroids. Fotos de casas. No tengo ni idea de dónde han salido. ¿Las hice yo? Tal vez las dejó otra persona, otro inquilino que estuvo aquí antes. ¿Debería dejárselas yo al siguiente inquilino, al que inevitablemente vendrá después de mí?

—¿Cuánto quiere por las fotos?

—¿Por la caja?

—Por todas. La caja entera.

—Nada. Unos centavos.

Son de otro. Son los recuerdos de otro. Casas de Virginia, o no de Virginia, sino de cualquier lado, todas en hilera, o bien no en hilera. Casas sencillas. Casas vistas desde un coche. Más casas. Y allí, en medio de todo, a un costado de la carretera, un gato muerto.

Oh, Dios, qué constante recolocación de los pensamientos, una recolocación interminable, que no revela más que mierda. ¿Qué se rompe? ¿Qué pasa?

Y no son solamente las fotos.

También está el diario. Yo pensaba que no llevaba escritas más que un puñado de entradas, pero ahora veo —ahora noto— que está casi lleno, aunque no recuerdo nada de ello. ¿Acaso está escrito con mi caligrafía?

Tres cero de octubre, año noventa y ocho. Es la fecha de hoy. Es hoy. En la cabecera de esta

página.

Pero la primera página del diario no es del Tres Cero de Octubre, sino del Uno de Mayo. Y el uno de mayo supongo —quiero decir, supone— meses y meses de trayecto. Antes de que muriera Lude. Antes del horror. O todo ello horror porque ahora mismo no consigo conectar nada de nada.

No soy yo.

No puede ser.

En cuanto escribo ya lo he olvidado.

Tengo que recordar.

Tengo que leer.

Tengo que leer.

Tengo que leer.

1 de mayo de 1998

En la cuneta de la Ruta 636 veo un gato atigrado con la cabeza completamente arrancada, un manchón de color rojo. Lo más seguro es que lo haya matado algún puto imbécil de conductor que no tiene ni puta idea de conducir. Lo está mirando de cerca otro gato, uno bastante grande y gris. Que se escapa cuando yo me acerco.

Más tarde, después de pasar con el coche por Alliance, hasta California Crossroads y luego hacia Highgate para volver hacia Conham Wharf, vuelvo al mismo sitio y, cómo no, el gato gris está otra vez ahi, sentado sin hacer nada, aunque ahora se niega a marcharse. ¿Qué hace? ¿Está de duelo por el otro gato o simplemente está esperando, esperando a que el gato atigrado se despierte?

Aquí nadie ha oido hablar de Zampanó.

Nadie ha oído hablar de los Navidson.

No he encontrado Ash Tree Lane.

Meses de trabajo y sigo sin encontrar reposo.

Algunos puntos:

- A bordo del ferry que conecta Jamestown con el Scotland Wharf miro el agua y de pronto siento que me invade el recuerdo de la ruina del amor, circunscrita por la guerra y la pérdida. Los recuerdos no son míos.

No tengo ni idea de a quién pertenecen, ni siquiera de dónde han venido. Luego, por un instante, sintiéndome desnudo y desvalido, me tambaleo sobre una cuerda floja invisible que va de algo terrible a algo terriblemente triste. Por suerte, o por desgracia, antes de caerme a un lado o al otro, el ferry llega a la Colonia de Jamestown.

La tarde que me paso dando vueltas al Pantano de Pitch and Tar no me desvela secreto alguno. Plantado en Black Point, asomándome al canal de Thorofare, no capto nada más que las palabras ociosas de un viento de primavera que escribe versos ilegibles en las crestas de las pequeñas olas. ¿Acaso hay respuestas escritas allí? ¿En qué idioma?

Dejo atrás una hilera de cabinas telefónicas donde hay un hombre alto con gafas de John Lennon hablando inexplicablemente de bestias y quemaduras, no hay futuro, los niños

de las escuelas entran chillando en el centro de información de la colonia, un torrente de colores de cera y pastel, sin darse cuenta de nada, jugando, empujándose entre ellos delante de los diversos dioramas, todos momentáneamente encandilados por la profusión de cestas, armas antiguas y expresiones vidriosas de maniquíes —aunque nada más—, y enseguida su atención se desplaza, ¿divaga?, y tardan muy poco en pinchar a sus profesores para que vuelvan a sacarlos a ver los barcos a bordo de los cuales llegaron los primeros colonos, las reconstrucciones de sus barcos, y eso es exactamente lo que hacen sus profesores, se los llevan de allí, se llevan a ese torrente atolondrado de colores pastel, dejándome a solas con las vitrinas de cristal oscuro y todo lo que no hay expuesto en ellas.

¿Dónde está la gran hambruna de 1610? ¿Y la insurrección de los indios powhatanos de 1622, que dejó casi cuatrocientos muertos? ¿Dónde están los dioramas del hcimbre y las enfermedades? ¿Los dedos de los pies negros y rotos? ¿La gangrena? ¿El dolor que desgarra la noche?

—Pues aquí mismo está —dice una docente.

Pero yo no veo a qué se refiere.

Y además, no hay ninguna docente.

- El Museo Viviente del Williamsburg Colonial. Vaya, todavía más lejos de la verdad, o por lo menos de mi verdad. Las pulcras calles no ofrecen nada más que una pequeña muestra saneada del pasado.

La reconstrucción es admirable, cierto, pero los "intérpretes caracterizados" —tal como el folleto explicativo describe a esos aspirantes a ciudadanos del pasado americano — me dan náuseas. Y no estoy exagerando. El estómago se me revuelve de verdad.

Mary Brockman Singleton habla en tono afable sobre la Brick House Tavern que había en la Duke of Gloucester Street y en cómo su marido sucumbió a la gripe. Da exactamente igual que Mary Brockman Singleton muriera en 1775, puesto que ella, tal como está dispuesta a contarle a todo el que se le ponga a tiro, cree en los fantasmas.

—¿Es que no lo saben? —nos informa con delicadeza—. Se ha informado de numerosos avistamientos de poltergeists en la Casa Peyton Randolph.

Unas cuantas personas sueltan murmullos de aprobación patriótica.

Es tan buen momento como cualquier otro para hacer una pregunta. De manera que le pregunto si alguna vez ha visto que una escalinata sin final le arrancara el corazón a alguna casa en la que ella viviera de verdad, cuando el Williamsburg Colonial cierra sus puertas por la noche y ella, por no mencionar al resto de todos esos aspirantes a intérpretes de por aquí, regresan al recuerdo del presente y se retiran apresuradamente a la comodidad de los microondas y las facturas telefónicas mensuales.

Y a todo esto, ¿qué sabe ella de interpretación?

Alguien me pide que me vaya.

- Cerca del campus de la William & Mary, rodeado de postales atiborradas de majestuosidad montañosa purpúrea, y es verdad que esas montañas son púrpuras, hiperventilo. Me cuesta media hora larga recuperarme. Me siento enfermo, muy enfermo. No puedo evitar pensar que un tumor me devora las paredes del estómago. Debe de ser del

tamaño de una bola de jugar a los bolos.

Luego me doy cuenta de que me he olvidado de comer. Llevo más de un día sin ingerir nada. Tal vez más.

No demasiado lejos de allí, encuentro una taberna que sirve hamburguesas baratas y agua del grifo limpia. Al otro lado de la sala, ocho estudiantes se están emborrachando lentamente con cerveza negra. Empiezo a sentirme mejor. Nadie me presta atención.

En todos los lugares a los que he ido he encontrado retazos de la historia de Zampanó, y con eso me refiero también a la de Navidson, pero ninguna evidencia real que confirme nada. He peinado todas las calles y campos desde Disputanta, pasando por Five Forks y luego al este hasta llegar a la Isla de Wight, y aunque a menudo me noto cerca, muy cerca, de algo importante, al final no consigo nada.

- Richmond no es más que un cuervo y los restos de un jardín de rosas pisoteado una tarde de hace mucho tiempo por adolescentes bailando a lo bestia.

- Charlottesville. El leve traqueteo de las ruedas de Billy Reston —ahora que lo pienso, el ruido se parece mucho al de un antiguo proyector— amenaza continuamente con infiltrarse en los pasillos de un edificio de ladrillo rojo conocido como Thorton Hall, y sin embargo, por mucho que rebusco en la Asociación Nacional de Ingenieros Negros, no encuentro el nombre de Reston por ninguna parte.

En un tablón informativo todavía hay un anuncio de la conferencia que Roger Shattuck pronunció en otoño del 97, titulada "Great Faults and 'Splendidly wicked People'", pero no queda nada de los enigmas arquitectónicos que aguardan en la oscura campiña de Virginia.

En el Ala Oeste me aseguro de evitar la habitación 13.

- Monticello. Me entero de que Jefferson estudió meticulosamente I Quattro Libri de Andrea Palladio. Me doy cuenta de que seguramente debería visitar las cavernas de Shenandoah y de Luray. Sé que no lo haré.

Una rápida relectura de todo esto me basta para ver que estoy investigando una Historia equivocada. Es posible que para la imaginación de Zampanó Virginia representara mucho. Pero para la mía no.

Yo estoy siguiendo otra cosa. Tal vez paralela. Posiblemente armónica. Ciertamente personal. Una vena de ella habita en todos los lugares que he visitado hasta el momento, ya sea en Texas —sí, finalmente he ido a Texas—, en Nueva Orleans, Asheville, Carolina del Norte o cualquier otro recodo de carretera o población ruinosa que haya cruzado por casualidad en mi camino al este.

No puedo deciros por qué no la he visto hasta ahora.

Y tampoco ha sido un aroma el que me la ha traído de vuelta, ni los contornos nostálgicos de ningún objeto encontrado, ni ninguna otra revelación hallada en la carretera. Ha sido mi propia mano la responsable. ¿Tal vez vosotros la hayáis visto primero? ¿Tal vez hayáis captado un vislumbre, entre líneas, entre letras, como un fantasma en el espejo, un fantasma entre bastidores?

Ahora mismo tengo a mi madre delante, justo delante de vosotros. Presente como la docente, como la intérprete, tal vez incluso como esta extraña y embrollada campiña. Su cara plana, la

oscura lírica de sus ojos y por supuesto de sus palabras, en aquellas cartas que me enviaba desde tan lejos cuando yo era chico, donde aludía secretamente al hecho de que era capaz de sentarse y contemplar cómo la noche sellaba el crepúsculo, año tras año, esperando como un gato a que todo pasara. O bien observar cómo las mismas palabras también pueden escribir. O incluso, a su manera hermosa y, sí, espantosa, instruirme acerca de cómo asesinar. O incluso hacerme una demostración un día.

Ella está aquí ahora. Siempre ha estado aquí.

—Cuidado —puede que susurrara—. Esencia silenciosa pero iridiscente repta intranquila, transita un sanatorio abandonado, nocturna, translúcida, oscura.

—Así es como ella lo habría explicado, siendo la mujer demente que en verdad era.

Ella podría haber reducido este mundo a escombros.

Quizá todavía lo haga.

4 de mayo de 1998

En Kent. Nueve años. Qué coincidencia tan fea. Hasta me he mirado el reloj. 9. Las nueve de la noche, joder.

9 + 4 + 5 + 1+9 + 9+8 = 45 (o bien −9 años = 36)

4 + 5 = 9 (o bien 3 + 6 = 9)

En cualquier caso, no importa.

Lo digo con acento alemán:

Nine.

21 de junio de 1998

Feliz en mi día. Feliz cumpleaños, joder. Lo que cojones sea que tenga que ser, será de una puta vez, cantó mamaíta Día-D. Luminosa como una bomba atómica.

1 de julio de 1998

Los sueños están empeorando. Normalmente, en las pesadillas puedes ver lo que te da miedo. Pero en mi caso no es así. No hay imagen. No hay color. No hay nada más que negrura y luego, a lo lejos, acercándose cada vez más, empezando a imponerse sobre un extraño rugido omnipresente, ruidos, voces, a veces un puñado de ellas y otras una multitud, y una a una, todas se ponen a gritar.

¿Sabéis cómo es despertarse de un sueño que uno no ha visto? Pues bueno, para empezar, no estás seguro de si estabas soñando o no.

El día después del 4 de mayo no me apetecía apuntar lo que había sucedido. Una semana más tarde me apetecía todavía menos apuntar lo que había sucedido. ¿Qué importaba eso? Luego, hace una hora, me he despertado sin tener ni idea de dónde estaba. He tardado veinte minutos solamente en dejar de temblar. Cuando por fin he parado, sin embargo, todavía no me podía sacudir de

encima la sensación de que todo lo que me rodeaba había quedado fracturado de forma irreparable. Sin darme cuenta al principio, estaba pensando una y otra vez en aquella noche, la del 4 de mayo, siguiendo y volviendo a seguir inconscientemente la ruta que había tomado al ir a ver la institución donde había vivido mi madre. Lo que mi padre siempre había denominado la Ballena.

—Ya sabes dónde está tu madre, Johnny —me decía—. Está en la Ballena. Ahí es donde vive ahora. Vive en la Ballena.

Me llevé una gran sorpresa al descubrir que el sitio ya no existía. Había cerrado en abril. De hacía más de cinco años.

Entrar no me resultó fácil, pero al final, después de muchas vueltas, después de rodear despacio y en silencio el perímetro invadido de maleza, encontré una abertura en la alambrada circundante. De tres metros de alto. Rematada con alambre de púas. Con letreros de "Prohibido el paso" cada diez metros.

Me pasé un rato deambulando por aquellos largos pasillos blancos, por aquellos suelos que estaban casi todos cubiertos de piedrecitas de cristal. No costaba mucho ver por qué. Todas las ventanas estaban hechas trizas. El viejo despacho del director no era ninguna excepción.

En una de las paredes, alguien había garabateado:

"Bienvenidos a la casa de hielo".

Tardé otra hora en localizar su habitación. Casi todas parecían iguales, todas resultaban familiares, pero nunca eran exactamente como la que yo buscaba, no del todo, sus dimensiones y sus perspectivas nunca se alineaban con exactitud con el recuerdo que yo tenía, un recuerdo que no tardé en empezar a poner en duda, y de hecho la duda me resultaba sorprendentemente dolorosa, hasta que vi por la ventana el árbol ahora invadido por las enredaderas, y hasta el último contorno de pared, de rincón y de sueño encajaron instantáneamente, o eso me pareció —aunque nada es nunca instantáneo—, una diapositiva nítida y perfectamente enfocada que me revelaba el lugar donde al final ella había muerto. Obviamente al final, ¿no? Armario a un lado. Vacío. Y su cama en el rincón. La misma cama. Aunque el colchón ya no estuviera y los muelles ahora parecieran los restos oxidados de un naufragio medio enterrados en las arenas de una costa medio olvidada.

El horror debería haberme enterrado a mí.

Pero no lo hizo.

Me senté y esperé a que ella me encontrara.

No fue así.

Me pasé toda la noche esperando en la misma habitación en que había sucedido, esperando a que su frágil figura se liberara de las vigas de cristal y de los haces de luz de luna. Tampoco había luz de luna. Por lo menos que yo viera.

Al llegar la mañana me encontré con el día igual que me había encontrado con todos los anteriores: carente de alivio ni de explicación.

No hay ninguna explicación satisfactoria de por qué fui adonde fui a continuación, a menos, por supuesto, que os traguéis la explicación obvia, que en este caso es la única que hay en el plato. De manera que ya podéis servírosla. A fin de cuentas es un simple entremés.

Supongo que debido a que seguía encallado en la misma noción de lugar y ubicación, me fui en coche hasta la casa en la que vivía cuando se llevaron a mi madre, lo cual sucedió unos años antes

de que mi padre se matara y de que yo conociera a un hombre llamado Raymond.

Estaba decidido a llamar al timbre sin más y pedirles que me dejaran entrar en aquellas habitaciones. Convenciéndome de que iba a poder convencer a los nuevos propietarios, fueran quienes fueran; me imaginaba a gente gorda, cetrina y temerosa de Dios, mirándome fijamente, escuchándome argumentar que, a pesar de mi apariencia, segura siendo su deber como gente temerosa de Dios dejarme recorrer lo que un día fue mió, al menos durante un rato.

Supuse que les bastarla con echarme un vistazo para darse cuenta de que aquello no era ninguna broma. De que estaba todo lo acabado que se puede estar.

—Si no dejamos entrar a este chaval —gruñiría el hombre—, lo mismo se nos muere.

—Va a ser que si (la mujer).

—Sip. (el hombre).

Y luego, por última vez, la mujer:

—Sip.

Por lo menos en eso confiaba yo.

También podía ser que llamaran a la poli.

Era mediodía cuando, después de varios giros a la izquierda, encontré el desvío correcto a la derecha que daba a una calle sin santos a los lados, completamente cambiada. La casa ya no estaba. De hecho, muchas de las casas habían desaparecido. En su lugar, un aserradero enorme. Con una parte ya operativa. Y el resto todavía en obras.

En fin, qué puedo decir, el mero hecho de ver aquellos suelos cubiertos de serrín y petróleo y los cascos de los operarios y los cables negros y aquellos putos remolques genéricos me rompió por dentro. Las tripas se me empezaron a revolver de dolor. Probablemente llenas de sangre. Se me abrió una hemorragia de dolor.

Y supe que no me iba a curar ni con tiritas ni con antiácidos. Dudé de que me pudiera aliviar siquiera con suturas. Pero ¿qué podía hacer?

No iba a haber curación alguna.

Me quedé junto a las sierras circulares y me agarré la barriga. No tenía ni idea de dónde estaba yo en relación con lo que había existido allí. Tal vez estuviera en lo que había sido mi cocina. ¿Por qué no? El fregadero de restaurante de acero inoxidable a un lado.

La vieja cocina más allá. Y ahí, donde en ese momento estaba yo de pie, era justo donde había estado sentado a los cuatro años, a los pies de mi madre, alzando los brazos de forma instintiva, tal vez incluso con alegría, dispuesto a atrapar el sol. A atrapar la lluvia.

El recuerdo se mezcla con todas las recapitulaciones y explicaciones que habría de oír más tarde. Hasta es posible que lo que considero un recuerdo no sea más que el recuerdo de la historia que oí mucho más tarde. Ya no hay forma de saberlo con seguridad.

Supuestamente yo me había estado riendo. De manera que eso explica lo de la alegría. Supuestamente ella también se había estado riendo. Y luego algo provocó que mi madre se diera la vuelta de golpe, una equivocación nimia en realidad, pero menudas consecuencias tendría: su brazo hizo caer accidentalmente una sartén llena de aceite de maíz hirviendo, mientras que yo, en lo que sin duda fue una de las reacciones más extrañas jamás habidas, abrí los brazos para jugar a atraparlo todo con valentía, de tal manera que la sartén rebotó inofensivamente en el suelo pero el aceite me cubrió los brazos y los transformó para siempre en remolinos oceánicos. ¡Ya lo creo,

oh, verdadera hermana de Circe! ¡Menudas cicatrices! ¡Permite, oh, que te recubra de Barro del Nilo! ¡Bendice por favor estos brazos! Y en ese momento me sorprendí a mí mismo mirándomelos otra vez, examinando con atención los remolinos, todas aquellas extrañas corrientes y texturas, preguntándome qué historia podía contar todo aquello, y con qué clase de detalle, sin ser en absoluto consciente del estúpido palurdo que me estaba gritando al oído, gritando por encima del ruido de los motores y el chirrido de las sierras, preguntándome qué cojones estaba haciendo yo allí, por qué me estaba agarrando la barriga y quitándome la camisa de aquella manera —"¿Me estás escuchando o qué, gilipollas? ¿Se puede saber quién coño te crees que eres?"—, si yo no sabía que estaba en una propiedad privada; pero no terminó ahí su diatriba, a continuación se puso a preguntarme si acaso tenía ganas de que me partiera el alma, como si aquélla fuera realmente la pregunta que estuviera formulando mi silencio a pecho descubierto. Hoy todavía no me acuerdo de haberme quitado la camisa, solamente de haberme mirado los brazos.

De eso sí me acuerdo.

Sin embargo, mientras escribo esto —una especie de regreso tranquilo— sí que empiezo a recordar otra cosa, ¿o tal vez únicamente lo percibo?; recuerdo que mi padre gruñó, o más bien rugió, aunque tampoco fue un rugido, al ver que se me quemaban los brazos, un grito casi inhumano que destrozaba los oídos, desatado para protegerme a mí, para detenerla a ella y protegerme a mí, que es algo que, ahora me doy cuenta, había olvidado. Esa edad, los cuatro años, permanece a oscuras para mí. Aun así, el ruido es demasiado nítido como para simplemente librarme de él haciéndolo pasar por los decibelios de mi imaginación.

Y sigue resonando dentro de mi cabeza, como una canción aterradora y conocida hasta la saciedad. Una y otra vez, en un bucle continuo, y cada repetición me ofrece un conocimiento seguro: tengo que haberla oído —o bien haber oído algo parecido—, no entonces sino más tarde, pero ¿cuándo? Y de pronto encuentro algo, escondido en algún pasillo de mi cabeza, pero no, no de mi cabeza sino de una casa, ¿qué casa?, ¿la mía, tal vez?, tal vez junto al vestíbulo, saliendo de la oscuridad con un parpadeo, con unos ojos pálidos como lunas de octubre, relamiéndose los dientes, meneando sin parar las uñas largas y pintadas, y antes de que pueda llegar…, se oye otro grito, tal vez más profundo incluso que el rugido de mi padre, aunque tiene que venir de mi padre, ¿verdad?, y ese grito expulsa este recuerdo, esta premonición —lo que sea—,

así como esa cosa del vestíbulo, un rugido que borra cualquier recuerdo, ¿protegiéndome?, ¿todavía?, obviamente lo bastante magnífico como para exceder el volumen de todo ese equipo que devora madera, piedra y tierra, y ciertamente mucho más fuerte que ese puto imbécil que no ha parado de darme empujones hasta dejarme al otro lado de las puertas, caído en desgracia, ¿o quizás en gracia?, ¿a quién coño le importa?, al otro lado del margen de la propiedad, la propiedad de ellos y también la mía; lo que un día fue mi casa.

No he oído nada.

Los oídos se me han taponado.

La mente se me ha quedado en blanco.

Del todo.

2 de septiembre de 1998

Seattle. Me alojo con un viejo amigo.[385] Es pediatra. Mi aspecto les ha causado espanto tanto a él como a su mujer, y eso que ella también es médico. Estoy desnutrido. Demasiados temblores y tics sin explicación. Mi amigo insiste en que me quede un par de semanas con ellos. Declino la invitación. Creo que no tiene ni idea de la que le caería encima.

7 de septiembre de 1998

Los tres nos hemos pasado el fin de semana en el complejo vacacional Doe Bay Village, en la Isla de Oreas. Diría que los baños minerales de allí me han sentado bien. El sitio era precioso. Rodeado de pinos de Oregón y visitado a menudo por extraños trotamundos que llegan en kayaks procedentes de pequeñas embarcaciones amarradas en la bahía. Allí nos hemos quedado un rato muy largo sentados, sin hacer más que inhalar el azufre caliente que se mezclaba con el aire vespertino. Al final la mujer de mi amigo me ha preguntado por mi viaje y yo le he contestado con historias de mi madre, de mis recuerdos de ella, y también de la institución, de lo que vi allí, y del aserradero. Hasta le he contado la historia de las cicatrices de mis brazos. Pero ellos ya la conocían. Como ya os he mencionado, son amigos míos. Y médicos.

Doc se ha dado un chapuzón rápido en el baño de agua fría que había al lado. Al volver me ha contado la historia del doctor Nowell.

20 de septiembre de 1998

He mejorado mucho. Mis amigos han estado cuidando de mí a tiempo completo. Hago ejercicio dos veces al día. Me han puesto una dieta muy rigurosa. Al principio me costaba tragar, pero ahora tengo el estómago en perfecta forma. Ya no me parece que tenga un tumor, ni siquiera una úlcera.

Una vez al día asisto a una sesión de orientación psicológica en el hospital. Me voy abriendo al mundo.

Doc también me está haciendo tomar un fármaco que acaban de descubrir, una pastilla amarillo chillón por la mañana, una pastilla amarillo chillón por la noche. Tan estridente es el color que a veces da la impresión de que resplandece. Tengo la sensación de que he empezado a pensar con mucha más claridad. La medicación parece haber eliminado esas depresiones profundas y los subidones maníacos que con tanta frecuencia tenía que soportar. También me permite dormir.

Hace muy poco Doc me confesó que la primera vez que me oyó gritar llegó a creer que nada podría ayudarme, a no ser una larga estancia en algún centro.

Las primeras noches se las pasó despierto y sentado, escuchando, apuntando algunas de las palabras que yo gruñía, intentando imaginar qué clase de husos de sueño y complejos K podían describir aquello.

Pero el fármaco lo ha curado todo.

Es un milagro.

Y no hay más que hablar.

23 de septiembre de 1998

Doc y su mujer me han llevado a Deception Pass y desde allí nos hemos asomado al barranco. Hemos contemplado un águila calva que pasaba planeando por debajo del puente.

Por alguna razón nadie ha dicho ni pío.

27 de septiembre de 1998

Estoy sano y fuerte. Puedo correr tres kilómetros en menos de doce minutos. Duermo nueve horas seguidas. Me he olvidado de mi madre. Y sin embargo, aunque voy de camino a Los Ángeles para empezar una nueva vida —las armas ya hace tiempo que desaparecieron de mi maletero, reemplazadas por una reserva de ese resplandor amarillo suficiente para un año—, cuando esta mañana me he despedido de mis amigos me he sentido fatal y abrumado por la tristeza. Mucho más de lo que esperaba.

Plantados codo con codo en la entrada del garaje de su casa, parecían una pareja de recién casados a punto de escaparse a París, de esas que se ven en las películas, corriendo por el muelle, con alpiste en el pelo, subiéndose a un hidroavión, alejándose por encima de la bahía, tal vez incluso hacia un puente, y quizás hay incluso un momento en que todo el mundo se pregunta si se habrán elevado lo bastante como para pasar por encima del puente, y entonces ellos lo hacen sin más, y su historia empieza. Buena gente. Muy buena gente. Yo ya estaba dirigiéndome al coche y ellos todavía me pedían que me quedara.

28 de septiembre de 1998

Portland. Crepúsculo. He pasado andando por debajo del puente de Hawthorne y me he sentado junto al río Willamette. He cenado zumo de zanahoria y tofu. No, no es verdad, más bien he cenado un burrito del 7-Eleven. Pensaba tomarme mi pastilla amarilla resplandeciente pero por alguna razón —¿qué coño ha pasado?— me he olvidado de metérmela en el bolsillo.

He vuelto al sitio donde tenía el coche aparcado. Pero no estaba. Me lo han robado.

No. Mi coche sigue ahí. En el mismo sitio donde lo he aparcado.

He abierto el maletero. Estaba oscuro y helado. No he encontrado ninguna pastilla por ninguna parte. Desde luego, no he encontrado reservas para un año entero.

Como he dicho, oscuro y helado. Vacío salvo por el vago destello de dos pistolas colocadas una junto a la otra al lado de un rifle Weatherby 300 magnum.

29 de septiembre

Pero ¿estáis de broma o qué? ¿De verdad os habéis tragado algo de todo esto? ¿Las entradas entre el 2 y el 28 de septiembre? Me las he inventado todas. Me las he sacado de la manga. Las he escrito en dos horas. Yo no tengo ningún amigo médico, y mucho menos dos amigos médicos. Eso ya lo habréis adivinado. Por lo menos la ausencia de improperios os debe de haber puesto sobre la pista. Señal inequívoca de que algo no encajaba.

Y si os habéis tragado esa puta trola de la Pastilla Amarilla Resplandeciente es que estáis peor que yo.

Aunque aquí está lo más triste de todos que no intentaba engañaros a vosotros. Intentaba engañarme a mí mismo, creedme, aunque solo fuera por dos miserables horas, que realmente era lo bastante afortunado como para tener dos amigos así, y encima médicos, que pudieran ayudarme, echarme una mano, darme de comer tofu, obligarme a hacer ejercicio, administrarme un medicamento milagroso y curarme las pesadillas. Nada que ver con Lude, con todas sus pastillas y fiestas y su jaco de la calle con nombres en jerga de manguis. Aunque la verdad es que echo de menos a Lude. Me pregunto cómo estará. Ya habrá salido del hospital. Me pregunto si ya será rico. Llevo meses sin verlo. Ni siquiera sé qué ha pasado con el último mes. He tenido que inventarme algo para llenar ese hueco desconcertante. No me ha quedado más remedio.

Ahora mismo estoy en Los Gatos, California. De hecho, en el motel Los Gatos Lodge. Me las he apañado para dormir un par de horas hasta que una pesadilla me ha hecho acabar en el suelo, retorciéndome como un imbécil. Cubierto de sudor. He encendido la tele, pero los canales no me han ofrecido más que lo poco que ya me esperaba.

He salido. He intentado contemplar los cientos de millones de estrellas del cielo, deteniéndome lo bastante como para darle a cada punto de luz la oportunidad de abrirme un agujerito en la retina, de manera que cuando por fin he apartado la vista para mirar el bosque a oscuras que me rodeaba, me ha parecido los billones de ojos de un billón de gatos cerrarse, en las matemáticas de la vida, la suma del universo, los relatos de la Historia, una vida más antigua de lo que nadie podría imaginar. Y aun después de que se marcharan —desvaneciéndose todos juntos, como si realmente fueran uno solo— algo ha persistido en aquellas dulces sombras de los pinos negros, posado en silencio, como si también estuviera esperando a que algo se despertara.

19 de octubre de 1998

De vuelta en Los Ángeles. He ido a mi espacio en el guardamuebles y he recogido el libro. He vendido el coche. Me he registrado en un hotel espantoso. Un dólar y cuarto a la semana. Una sola toalla. Un hornillo.

Le he preguntado al recepcionista si podía darme una habitación apartada de las demás. Se ha limitado a negar con la cabeza. No ha dicho nada. Ni siquiera me ha mirado. De manera que le he contado lo de las pesadillas y le he explicado que me hacen gritar mucho. Al oír mis argumentos ha salido de su mutismo, aunque ni aun así me ha mirado; se ha limitado a quedarse con los ojos fijos en el mostrador de fórmica y me ha dicho que no iba a ser el único. Y tenía razón. Por aquí hay bastante gente que grita en sueños.

He probado a llamar a Lude. Sin suerte.

24 de octubre de 1998

Hoy he llamado a Tambor. Se ha puesto tan contenta de oírme que me ha invitado a cenar a su casa mañana por la noche; me ha prometido el oro y el moro, comida casera en casa y horas enteras de intimidad ininterrumpida. Yo la he avisado de que llevaba un tiempo sin pasar por la lavandería. Ella me ha dicho que podía usar su lavadora. Hasta ducharme si quería.

Todavía ni rastro de Lude.

25 de octubre de 1998

Lude ha muerto.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

2 de noviembre de 1998

Me duele marcharme. Porque ésta ha sido una marcha maravillosa. A su manera. ¿Verdad que sí?

11 de noviembre de 1998

Ya estoy lejos de la ciudad. El autobús hace traquetear el cielo bajo con su lento adentrarse en el desierto sin camino. Gente polvorienta, gente gorda, gente olvidada que abarrota los asientos y los pasillos. Almuerzos en bolsas, ronquidos y esa expresión apagada que adoptan las caras de los que se alegran de marcharse pero no tienen mucha prisa por llegar.

Por lo menos ahora tengo un poco de dinero. Antes de irme he empeñado las armas. El tipo me ha dado ochenta y cinco por las tres. No soltaba ni un centavo por las balas, de manera que me las he quedado y las he tirado en un contenedor de detrás de un laboratorio fotográfico.

Después de volver al Kinko's —lo cual me ha llevado un rato— y tras hacer un viaje a la oficina de Correos —que me ha llevado todavía más tiempo^, he ido a ver a mi amorcito por primera vez.

¿Es eso lo que es?

Supongo que es más bien una fantasía. Probablemente sea más preciso escribirlo con "ph". Una esperanza phantástica. La artista hechicera del desnudo que esta noche, por fin, me ha revelado su verdadero nombre.

No puedo explicar lo maravilloso que ha sido verla.

He tenido que esperar bastante rato, pero ha valido la pena. La he esperado en la parte de atrás del local y me he alegrado todavía más al ver que llevaba puesto el collar de oro trenzado que yo le había regalado.

¿Veis? Os dije que mi jefe se lo daría. Comprendió que yo no estaba de broma cuando le dije que como no se lo diera le iba a quemar la vida entera. Aunque la verdad es que sí estaba de broma.

Ella me ha dicho que no se lo quitaba nunca.

No hemos hablado mucho rato. Tenía que volver a su escenario y yo tenía que coger un autobús. Me ha hablado rápidamente de su criatura y me ha contado que ha roto con el boxeador con el que había estado saliendo y que al parecer no soportaba los llantos. También que estaba

empezando con cirugía láser para quitarse los tatuajes.

Me he disculpado por no ir a cenar a su casa y le he dicho… ¿qué cojones le he dicho? Cosas, supongo.

Le he hablado de cosas. He visto que ella se ponía bastante nerviosa pero también que estaba cautivada.

Las pesadillas tienen esa cualidad, ¿verdad?

Ha estirado el brazo y con las yemas de los dedos me ha acariciado suavemente la ceja, que todavía estaba dolorida gracias al bueno del Hombre de Gdansk. Por un momento me he sentido tentado. Veía las señales con suficiente claridad como para comprender que quería un beso. Ella siempre ha dominado ese idioma de los afectos, pero también me he dado cuenta de que a lo largo de los años, años enteros de la misma gramática, ha perdido la capacidad de entender a los demás. Me ha sorprendido descubrir que ella me importaba lo bastante como para actuar en base a ese conocimiento, sobre todo teniendo en cuenta lo solo que yo me sentía. Le he dado un abrazo casi paternal y le he plantado un beso en la mejilla. Por encima de nosotros los aviones rugían en busca del cielo. Ella me ha dicho que me mantenga en contacto y yo le he dicho que se cuide y luego, mientras me alejaba caminando, le he dicho adiós con la mano y con eso me he despedido del Lugar Más Feliz de la Tierra.

28 de agosto de 1999

Ayer mismo llegué a Flagstaff, Arizona, donde los trenes se paran de forma rutinaria para que la gente sin hogar pueda bajarse de ellos y comprarse un café de diez centavos en una tiendecita situada al otro lado de las vías de una zona de maniobras. Por setenta y cinco centavos te venden un cuenco de sopa y por diez más añaden una rebanada de pan. Yo evité el café y me compré una cena por menos de un pavo. Sin embargo, en vez de volver a subirme al vagón de carga me alejé paseando y acabé dando con un parque con unos bancos donde me pude sentar a disfrutar de mi comida, con la mente repentinamente ocupada por pensamientos acerca de Europa. Los quais de París, los parques de Londres. Otros tiempos.

Una radio me estuvo haciendo compañía mientras comía hasta que me di cuenta de que no era ninguna radio, sino música en directo que salía de la puerta de atrás de un bar.

Por sorprendente que parezca, no encontré a nadie en la puerta. Pese a todo, como el local estaba medio vacío, supuse que alguien me vería enseguida, me detendría antes de que pudiera coger un taburete y empezaría a pincharme para que pagara. Pero no vino nadie. Cuando el camarero se acercó para ver qué quería, le expliqué directamente cuánto dinero tenía, suponiendo que con eso bastaría para que me echaran.

—No pasa nada —dijo él—. Esta noche la entrada es gratis y la cerveza va a un dólar.

Pedí de inmediato tres cervezas para la banda y un agua para mí, y mira por dónde, al cabo de poco el camarero volvió con una cerveza para mí a cuenta de la casa. Al parecer yo era el primero en lo que llevaban de noche que invitaba a una copa a los músicos, lo cual era extraño y también bastante jodido, sobre todo porque era una velada muy barata y la banda estaba bastante bien.

En todo caso, me puse cómodo y empecé a escuchar las canciones, a disfrutar de las extrañas melodías y de las letras descabelladas y casi absurdas. Al final el camarero se fijó en que no

había tocado mi cerveza y me ofreció cambiármela por otra cosa. Yo le di las gracias y le pedí un ginger ale; él me lo puso y se quedó la cerveza.

Todavía estábamos charlando, hablando de Flagstaff, del bar y de los trenes, yo contándole historia de mi viaje a través del país y él narrando también unas cuantas de sus desventuras, cuando la letra bastante extraña de una canción se nos coló en la conversación sin venir a cuento de nada. Yo me volví de golpe y escuché otra vez, concentrado, convencido de haber oído mal, hasta que lo repitieron: "Vivo al final de un pasillo de cinco minutos y medio".

No me lo podía creer.

Nada más terminar el concierto me acerqué al trío, y los tres, seguramente por culpa de mi aspecto y mi olor, actuaron con bastante recelo hasta que el camarero me presentó como la fuente de sus recién adquiridas y apresuradamente bebidas consumiciones. Aquello lo cambió todo. La cerveza y el lúpulo son una magnífica moneda.

Nos pusimos a charlar. Resultó que eran de Filadelfia y que llevaban todo el verano de gira por el país. Se hacían llamar Liberty Bell.

—La campana de la grieta. ¿Lo pillas? —vociferó el guitarrista. La verdad es que los tres hablaban de su música de forma bastante insustancial, hasta que yo les pregunté por "el pasillo de los cinco minutos y medio".

—¿Por qué lo preguntas? —me dijo el bajista en tono seco, y los otros dos se quedaron muy callados de repente.

—¿Eso no era un corto? —contesté tartamudeando, bastante sorprendido de lo deprisa que había cambiado el tono de la conversación.

Por suerte, después de examinarme un momento, presumiblemente tomando una de esas decisiones en el calor del momento, el batería dijo que no con la cabeza y explicó que la letra estaba inspirada en un libro que había encontrado hacía un tiempo en Internet. El guitarrista caminó hasta una bolsa de lona que había en el suelo detrás de uno de sus amplis Vox. Después de rebuscar durante un momento encontró lo que andaba buscando.

—Échale un vistazo tú mismo —dijo, dándome un tochazo de papel ajado—. Pero ten cuidado —añadió en un susurro conspiratorio—. Te cambiará la vida.

Esto era lo que decía la página del título:

La casa de hojas

de Zampanó

con introducción y notas
de Johnny Truant.

Publicado por Círculo en torno a una piedra

Primera edición

Yo no daba crédito a lo que estaba viendo.

Resultó que no solamente lo habían leído ellos tres, sino que casi siempre que llegaban a una ciudad nueva,

algún miembro del público oía la canción sobre el pasillo y se acercaba a hablar con ellos después del concierto.

Ya habían pasado muchas horas en compañía de completos desconocidos charlando sobre la obra de Zampanó. Habían comentado las notas a pie de página, los nombres y hasta la aparición en clave de Tamiris en la página 387, algo que yo había transcrito sin siquiera darme cuenta.

Al parecer se preguntaban muy a menudo por Johnny Truant. ¿Habría llegado a Virginia? ¿Habría encontrado la casa? ¿Habría conseguido dormir bien alguna noche? Y sobre todo, ¿estaría saliendo con alguien? ¿Habría conseguido encontrar por fin a la mujer que amara sus ironías? Esto último me dejó pasmado. O sea, hace falta volver atrás a la página 117 y leer con mucha atención para captar esa referencia.

Cuando subieron de nuevo al escenario para tocar otra vez me puse a hojear el libro, que tenía casi todas las páginas marcadas, manchadas y llenas de líneas rojas y de unos comentarios que en muchos casos me parecieron bastante inspirados. En algunos márgenes había incluso reflexiones personales improvisadas bastante asombrosas sobre la vida de los propios músicos. Me quedé completamente pasmado y de pronto no supe a ciencia cierta qué era lo que había hecho. No sabía si sentirme furioso por no estar enterándome de nada de lo que pasaba, o bien triste por haber hecho algo que no entendía del todo, o si por el contrario más bien debía alegrarme de todo ello. Estaba más que claro que me encantaba la sustancia de aquellas páginas, pese a su imperfección y su falta de conclusión. En ese sentido, sin embargo, el libro estaba totalmente concluidos se habían preservado intactos hasta el último de sus errores y gestos inacabados, así como todo su discurso inaudible. Allí mismo, en mis manos, descansaba un eco procedente del otro lado del tiempo.

Me pasé un rato tratando de decidir si les decía o no a los tipos de la banda quién era yo, pero al final, por la razón que fuera, decidí que no y les devolví el libro con un simple "gracias". Luego descubrí que tenía bastante sueño y volví deambulando al parque, enfundado en mi abrigo de pana marrón con botones nuevos que me había cosido yo mismo —esta vez usando carretes nuevos de hilo, para asegurarme de que nunca más volvieran a caerse—, y me tumbé debajo de un viejo fresno, apoyando la cabeza en el suelo, escuchando la música que continuaba saliendo del bar, curando mi fatiga, hasta que por fin me fui sumiendo en un sueño en el que flotaba muy por encima de las nubes, bañado en luz, elevándome cada vez más, hasta que por fin caí en un sueño donde el pasado ya no me trastornaba.

Hace un rato un husky enorme de pelaje gris ha salido de la nada y se ha puesto a olisquearme la ropa, tocándome el brazo con el hocico y lamiéndome la cara como para asegurarme que, aunque no había ni fuego ni chimeneas a la vista, la noche se había terminado y estábamos en agosto y nada por debajo de los cincuenta grados bajo cero me iba a amenazar. Después de acariciarlo unos minutos he dado una vuelta con él por el parque. El perro ha estado corriendo detrás de los pájaros mientras yo estiraba las piernas para desperezarme. Mientras escribo esto, él insiste en sentarse a mi lado, irguiendo las orejas de vez en cuando en medio del aire del amanecer, mientras delante de nosotros un cielo tan oscuro como una ciruela pasa se funde lentamente con la mañana.

Dentro de mi todavía siento una tristeza extraña e inquietantemente familiar, que sospecho que

me acompañará durante una temporada, enroscándose alrededor del mismo oro que una vez estuvo en el corazón de mi horror, antes de que ella apareciera delante de él y ordenara a la lluvia que se convirtiera en viento. Por fin la mañana se está templando un poco, sin embargo, y ha empezado a llegar una brisa suave del sur. Flagstaff se ve desierto y el bar está cerrado y la banda se ha ido, pero oigo el traqueteo de un tren a lo lejos. Llegará pronto y la gente sin casa se bajará de él para comer algo, tomar café por diez centavos y sopa por tres cuartos de dólar, y a mí me queda algo de calderilla. Me apetece algo caliente, bastante caliente. Pero todavía no hace falta que me marche. Todavía no.

Ahora hay tiempo. Tiempo de sobra. Y de alguna manera sé que todo va a ir bien. Todo va a estar bien. Todo va a estar bien.

31 de octubre de 1998

Otra vez aquí. Estas páginas son un lío. Pegadas unas a otras con la miel de todo el té que preparo. Pegadas unas a otras con sangre. No tengo ni idea de cómo interpretar estas últimas páginas del diario. ¿Qué diferencia hay, sobre todo en el sentido de diferancia, qué pone qué queda en lo que ha quedado fuera qué es inventado qué son recuerdos qué ha sido olvidado qué hay escrito qué se ha encontrado qué se ha perdido qué se ha hecho?

¿Qué no se ha hecho?

¿Qué diferencia hay?

31 de octubre de 1998 (Más tarde)

Acababa de terminar la introducción cuando he oído que venían a por mí, un coro entero, maldiciendo mi nombre, un jaleo de pasos y luego los porrazos de sus puños en mi puerta.

Estoy seguro de que es el recepcionista. Estoy seguro de que es la policía. Estoy seguro de que son los demás. Una legión de otra gente. Acusándome por lo que he hecho.

Tengo las armas cargadas sobre la cama.

¿Qué voy a hacer?

Ya no hay armas. Ya no hay voces.

Al otro lado de la puerta no hay nadie.

Ya ni siquiera hay puerta.

Como un niño, sujeto entre los brazos el libro terminado y salgo por la ventana.

Los recuerdos salen poco después.

Tengo los dedos manchados de sangre del Hombre de Gdansk, pero incluso mientras me preparo para asesinarlo ahí en la acera y llevarme a Kyrie a otra parte —a un lugar innombrable —, algo más oscuro, tal vez lo más oscuro de todo, me detiene la mano y, en medio de los susurros de un viento extraño, destierra mi furia.

Tiro la botella lejos, recojo del suelo al Hombre de Gdansk y no sé qué le digo, algo relacionado con Lude o con ella, pero él me balbucea una disculpa. Por alguna razón tiene las manos llenas de cortes y le sangran.

Kyrie le coge las llaves, se pone al volante y los dos se alejan hacia el fragor del día; su marcha me arranca ecos de la cabeza, haciendo que resuene un significado incompleto, vetusto y épico, como queriendo decirme que lo que sea que "nosotros" haya llegado a significar ha quedado disuadido por otra cosa que ha venido a unirse a nosotros. Confirmando con esa resolución que, aunque posiblemente los muertos siguen rondando a sus jóvenes, aun así esos jóvenes pueden volverse y en esa vuelta aprender que la definición misma del capricho evita el acto de matar.

¿0 acaso no tiene nada que ver con eso?

Echo a correr, intentando encontrar un camino para llegar a algo nuevo, algo seguro, escapando de la visión de otros, del clamor de la vida.

Aquí hay algo más fuerte. Situado más allá de mi imaginación. Algo que me aterra. Pero ¿qué es? ¿Y por qué me ha retenido? ¿Acaso la oscuridad no era la nada? ¿No fue ése el descubrimiento de Navidson? ¿O el de Zampanó? ¿0 es que yo no he entendido nada? Me he perdido lo obvio, algo que sigue esperando ahí sin ser descubierto, en las profundidades de mí, fuera de mí, poderoso y extremadamente paciente, sin miedo a permanecer, pese a que es y siempre ha sido libre.

He deambulado tan al oeste como he podido.

Sentado ahora en la arena, contemplo el sol, que se desdibuja hasta convertirse en una simple sombra. Los rojos casan finalmente con los azules. Pronto la noche nos devorará a todos.

Pero la luz sigue sin marcharse, todavía está ahí, y gracias a ella acierto a ver vagamente mi propio pasillo oscuro, o tal vez no fuera más que un vestíbulo, o tal vez no estuviera oscuro, sino radiantemente iluminado, con un sol vespertino ardiendo a través de los cristales emplomados, detectado ahora entre lo que viene a ser una larga columna de mis ayeres, hacia el final, aunque no el mismo final, claro, donde yo había estado plantado a los siete años, cogiendo a mi madre de las

muñecas, intentando con todas mis fuerzas impedir que se fuera.

Recuerdo que su mirada se derretía de ternura y confusión mientras seguía murmurando palabras extrañas e incómodas:

—Mi saquito ocular. Mi corderito de Brahma.

Mamaíta va a estar bien. No te preocupes.

Pero aunque mi padre le había apoyado las manos en los hombros e intentaba con toda la suavidad posible alejarla de mí, yo no podía soltarla. De manera que ella se arrodilló delante de mí, me besó las mejillas y la frente y luego me acarició la cara.

Ella no intentó estrangularme y mi padre no hizo ruido alguno.

Ahora lo veo claro. Y también lo oigo. A la perfección.

La carta de mi madre fue una equivocación garrafal. Tal vez un invento para que me fuera más fácil separarme de ella. O tal vez otra cosa. No tengo ni idea. Pero sí sé que sus dedos nunca se cerraron en torno a mi garganta. Solamente intentaban secarme las lágrimas de la cara.

Yo no podía parar de llorar.

Nunca en la vida había llorado tanto.

Y ahora estoy llorando.

Tantos años y no puedo parar.

No veo nada.

Tampoco entonces.

Por supuesto, a ella la veía toda borrosa. Mi pobre padre se la llevaba lejos de mí, forzado a agarrarla, sobre todo cuando llegaron al vestíbulo y ella se puso a chillar, llamándome a gritos, no quería irse, de ninguna manera, y estaba gritando mi nombre —aquél era el rugido, el que yo he estado recordando, o sea que al final no era ningún rugido, sino la llamada más triste del mundo —, tendiendo el brazo hacia mí, con una voz que parecía capaz de hacer trizas el mundo, llenarlo de trueno y oscuridad, lo cual supongo que al final es precisamente lo que hizo.

Después de aquello me pasé mucho tiempo sin hablar.

No importaba. Ella estaba perdida, tragada por la Ballena, cuyas autoridades no consideraban aconsejable que me viera. Y no se equivocaban. Ella estaba fatal y yo era demasiado joven y estaba demasiado hecho polvo como para entender lo que le ocurría. La compasión era un largo viaje que yo tardaría muchos años en emprender. Además, muy pronto aprendí a estar resentido con ella, a lamer mi herida con el peligroso lenguaje de la recriminación. Ya no quería verla. Había dejado de importarme. De hecho, llegué a insistir en su ausencia, que es como finalmente aprendí lo que quería decir no sentir nada. No sentir nada de nada. Y luego, un día, no sé cuándo, me olvidé de todo. Como una pesadilla, los detalles de aquellos cinco minutos y medio se limitaron a desaparecer y a dejarme en manos de mi futuro.

Lo que pasa es que no había sido ningún sueño.

Eso por lo menos —ese poco— lo sé ahora.

El libro está ardiendo. Por fin. Una extraña luz escanea cada página, memorizándolo todo mientras los caracteres se retuercen hasta convertirse en ceniza.

Por lo menos el fuego da calor, me calienta las manos y me calienta la cara, separando las aguas oscuras de la mirada más profunda, pese a que al mismo tiempo proyecte sombras oscuras sobre el mundo, que es el precio de todas las piras, calentadas finalmente hasta lo irreparable, fragmentadas en espectros de polvo, robadas por el cielo, arrojadas al mar y la arena.

¿Acaso yo quería decir memorializándolo todo?

Por supuesto, la oscuridad existirá siempre, pero ahora me doy cuenta de que algo la habita. Sea histórico o no. A veces parece un felino, la pantera de pasos enloquecidos por la luna o bien un tigre con franjas de ceniza y una mirada tan frenética como los océanos en invierno. A veces es la curva de una muñeca o bien lo que queda del romance, escondido todavía en el cajón de una mesilla de noche perdida desde hace mucho tiempo o bien cuidadosamente dibujado en los márgenes de un calendario viejo y olvidado. A veces incluso es un simple rastro de vapor que se aleja a toda velocidad hacia el oeste, profètico, sobre unas nubes en las que resplandece una luz peligrosa. Por supuesto, todo esto no son más que imágenes, imágenes mías, y al final nacen de algo que se parece mucho más a una Voz, que, aunque invisible para el ojo y a menudo inaudible hasta para el oído, sigue ahí, día y noche, año tras año, para barrernos a todos.

Igual que vosotros me habéis barrido a mí.

Igual que ahora yo os barro a vosotros.

Lo siento, no me queda nada.

Salvo esta historia, ~~que ahora estoy recordando~~, demasiado lejos de la superficie de cualquier amanecer, la que me contó Doc cuando estaba en Seattle…

Empieza con el nacimiento de un bebé, aunque no de un bebé sano. Uno que nació con agujeros en el cerebro y "mostrando una ausencia de diferenciación entre materia gris y blanca", en palabras de Doc. Tan grave que cuando el niño emerge a este mundo, ni siquiera respira.

—La criatura está cianòtica —grita el doctor Nowell, y a todos se les aceleran las pulsaciones. El bebé pasa al Ohio, una camita de cincuenta por cincuenta centímetros, que llega a la altura del pecho, con calefacción y lámparas de reconocimiento instaladas encima.

El doctor Nowell comprueba las pulsaciones del cordón umbilical mientras usa una pera de succión para sacar aire de la boca, intentando estimular la respiración.

—Secado, secado, secado. Absorción, absorción, absorción. Estimulación, estimulación, estimulación.

No siempre tiene éxito. A veces estas medidas fallan. Ésta, sin embargo, no es una de esas veces.

El equipo del doctor Nowell responde de inmediato, intubando al bebé y proporcionándole respiración asistida con una mascarilla de bolsa, ejecutándolo todo en menos de un minuto mientras lo trasladan a una UCI, donde lo enchufan a una máquina que le mantiene las constantes vitales, en este caso una Siemens Servo 300, llena de luces rojas y luces verdes y un montón de timbres y pitidos.

Parece que la vida va a continuar pero no es un trayecto fácil. Los monitores registran la actividad del electrocardiograma, las funciones respiratorias, la presión sanguínea, la saturación de oxígeno y el nivel de dióxido de carbono en el aire espirado. Hay un respirador artificial. También hay bombeo intravenoso y kilómetros de sondas intravenosas.

Tal como era de esperar, la sala se llena de enfermeras, de un terapeuta respiratorio y de una multitud de médicos, todo ello simplemente porque son los que pueden interpretar la situación.

Las luces rojas y verdes siguen cada respiración del bebé. Los números rojos indican la cantidad exacta de presión necesaria para llenar sus frágiles pulmones. Pasan unos minutos y el monitor SAT (de saturación de oxígeno), conectado a la sonda de SAT, empieza a registrar un descenso. El doctor Nowell responde aumentando en 10 puntos la PEPF (Presión Espiratoria Positiva Final) a fin de compensar la caída de oxigenación, y esto sucede mientras el electrocardiograma registra con fidelidad todos los latidos del corazón, la curva de cada onda P o, en este caso, la lectura normal del QRS, mientras que también en el monitor, la línea central y la línea intraarterial, conectadas directamente con la fuente misma, un catéter colocado en el ombligo, registran continuamente la presión sanguínea además de los gases de la sangre.

La madre, por supuesto, no ve nada de todo esto. Lo único que ve es a su bebé, que apenas respira, con los dedos diminutos encogidos como conchas diminutas que todavía se atreven a aferrarse a un mundo.

Más tarde el doctor Nowell y otros expertos le explicarán que su hijo tiene agujeros en el cerebro. Que no va a salir de ésta. Que solamente puede sobrevivir conectado a máquinas. Que va a tener que dejarlo morir.

Pero la madre se resiste. Se pasa todo el día sentada a su lado. Y luego se pasa toda la noche

sentada con él. No duerme. Las enfermeras la oyen hablarle en voz baja. La oyen cantarle. Pasa un segundo día. Y una segunda noche. Ella sigue sin dormir, hablando sin parar, acariciándolo con melodías, cuidando a su niñito.

La enfermera de guardia empieza a creer que están presenciando un milagro. Cuando termina su turno se niega a marcharse. Se corre la voz. Empieza a pasar más y más gente por cuidados intensivos. ¿Sigue despierta esa madre extraordinaria? ¿Sigue hablando con el niño? ¿Y qué le está cantando?

Un médico jura haberla oído murmurar "ese púber", y todo el mundo da por sentado que ella está imaginando el futuro de la criatura.

Cuando pasa el tercer día sin que la madre haya cerrado los ojos ni un momento, algunos empiezan a insinuar abiertamente que el niño se va a curar. Que el bebé crecerá, se hará mayor y se volverá sabio. Los asistentes le traen comida y bebida a la madre. Ella no toca nada y únicamente da unos cuantos sorbos de agua.

Pronto hasta el doctor Nowell se encuentra atrapado por toda la histeria de susurros. Él también tiene familia, también tiene hijos, debería irse a su casa, pero no puede. Tal vez algo en esa escena le aguijonea los recuerdos. Se pasa toda la noche ocupado con los demás bebés prematuros, vigilando de lejos a la madre y a su criatura atrapada en un enredo de cables y tubos, compartiendo un lenguaje privado que puede oír pero no alcanza a descifrar del todo.

Por fin, en la mañana del cuarto día, la madre se levanta y se acerca al doctor Nowell.

—Creo que es hora de desconectarlo —dice ella en voz baja, sin levantar la mirada del suelo.

El doctor Nowell no está preparado en absoluto para eso, y no tiene ni idea de cómo responder.

—Por supuesto —tartamudea finalmente.

Un número anormalmente alto de médicos y enfermeras se congrega alrededor de la criatura, y aunque tienen la prudencia de guardarse sus sentimientos, varios de ellos creen que el niño va a vivir.

El doctor Nowell le explica el procedimiento a la madre con gentileza. Primero va a desconectar todas las vías intravenosas no esenciales y a sacar el tubo nasogástrico. Luego, aunque el cerebro de su hijo está muy dañado, lo sedará un poco para asegurarse de que no experimenta dolor. Por último, él y su equipo taparán la sonda, apagarán los monitores y el respirador, y extraerán el tubo endotraqueal.

—Y el resto lo dejaremos en manos de… —El doctor Nowell no sabe cómo terminar la frase, de manera que se limita a decir—. Bueno.

La madre asiente y pide un momento más con su hijo.

—Por favor —dice el doctor Nowell con toda la amabilidad que puede.

El personal da un paso atrás. La madre regresa con su hijo y le pasa suavemente los dedos por la coronilla. Por un momento todo el mundo está convencido de que la mujer ha dejado de respirar y de que ya no parpadea, profundamente concentrada en el interior del niño. Por fin se inclina hacia delante y le da un beso en la frente.

—Ya te puedes ir —le dice con cariño.

Y delante de los ojos de todos los presentes, mucho antes de que el doctor Nowell o nadie más pueda girar ningún botón o tocar un interruptor, el electrocardiograma da una línea plana. Asístole.

La criatura se ha ido.

XXII

La verdad trasciende su formulación.

Ino

nada más que pura oscuridad. La cinta no muestra nada.

Cuando por fin Karen se vuelve para descubrir el vacío real que la espera detrás, no grita. En cambio, su pecho se convulsiona, incapaz por un momento de inspirar ni de expeler nada. Por extraño que parezca, mientras se dispone a salir del dormitorio de los niños, casi parece que algo le llama la atención. Al cabo de unos minutos regresa con una linterna halógena y se acerca al borde de ese espacio.

Hanan Jabara sugiere que Karen oye algo, aunque en la Hi 8 no hay nada ni remotamente parecido a un sonido.[386] Carlos Ellsberg está de acuerdo con Jabara: "Karen se detiene por algo que oye". Pero él matiza la declaración y afirma que "evidentemente, es un ruido que ella se imagina. Otro ejemplo de cómo la mente, cualquier mente, busca continuamente imponerse al abismo".[387]

Como todo el mundo sabe, Karen se pasa varios minutos allí plantada, enfocando la oscuridad con su linterna y llamando a Navidson.[388] Cuando por fin se adentra en el vacío, no respira hondo y tampoco lleva a cabo ningún anuncio. Se limita a echar a andar y a desaparecer al otro lado del telón negro. Al cabo de un segundo la cavidad fría también desaparece, reemplazada por la pared, exactamente tal como era antes, salvo por una cosa: todos los dibujos de los niños han desaparecido.

La acción de Karen inspiró a Paul Auster para inventar un breve monólogo interior que iba siguiendo los pensamientos de ella.[389] Donna Tartt también escribió un imaginativo retrato del dilema de Karen. Lo que pasa es que, en la versión de Tartt, en vez de adentrarse en la oscuridad, Karen regresa a Nueva York y se casa con el rico editor de una revista.[390] Supuestamente, incluso existe una ópera basada en *El expediente Navidson*, escrita desde la perspectiva de Karen, en la que ese último paso al vacío es el tema del aria final.

Sea lo que fuere lo que permite en última instancia a Karen vencer sus miedos, está bastante claro que el catalizador primario es su amor por Navidson. Su deseo de abrazarlo como no lo ha abrazado nunca se impone a los recuerdos que ella tiene de ese pozo oscuro, de los abusos sexuales perpetrados por su padrastro o de cualesquiera sombras que su infancia oculte en realidad. En ese momento hace gala del poder restaurador de lo que Erich Fromm denomina el desarrollo de "relaciones simbióticas" a través del valor personal.

El crítico Guyon Keller sostiene que el rol de la visión es crucial para el éxito de Karen:

> Estoy convencido de que Karen jamás podría haber cruzado esa línea de no haber llevado a cabo primero esos dos notables momentos cinematográficos, *Lo que les ha parecido a algunos* y *Breve historia de la persona a la que amo*. Al aprender de nuevo a mirar a Navidson, vio lo que él no era y en consecuencia empezó a verse a sí misma con mucha más claridad.[391]

La prestigiosa traductora del italiano Sophia Blynn lleva los comentarios de Keller un poco más allá:

> La luz más importante que Karen se llevó a aquel lugar fue el recuerdo de Navidson. Al igual que Navidson. Aunque habitualmente se ha dado por sentado que su última palabra fue "cuida" porque estaba intentando decir "cuidado", yo discrepo.
>
> Estoy convencida de que la palabra iba dirigida a la persona en quien finalmente había depositado su mente y su corazón. Su último mensaje, su único significado: "cuídate". [392]

Fuera lo que fuese lo que le permitió cruzar aquel umbral, cuarenta y nueve minutos más tarde un vecino vio a Karen llorando en el jardín de delante de su casa, con una cinta de color rosa en el pelo y Navidson encogido en su regazo.

Pronto llegó una ambulancia. Reston se reunió con ellos en el hospital. La temperatura basal de Navidson había descendido aterradoramente hasta los 28,7°C. Al no tener una máquina de bypass cardiopulmonar que pudiera extraerle la sangre fría y reemplazarla por sangre caliente y oxigenada, los doctores tuvieron que abrirle la cavidad abdominal, insertarle catéteres y proceder a irrigarle los órganos internos con fluido cálido. Aunque su temperatura basal subió hasta los 29,6°, el electrocardiograma continuaba mostrando esa peculiar onda J que es indicativa de la hipotermia. Se añadieron a la sonda todavía más litros de solución salina. Los médicos lo vigilaban de cerca. Pasó otra hora. Muchos de los presentes creyeron que sería la última para él.

No lo fue.

Karen se quedó a su lado aquella noche y también las noches y días que siguieron, leyéndole, cantándole, y cuando estaba cansada dormía en el suelo junto a su cama.

Mientras las horas se convertían en semanas, Navidson empezó a recuperarse, pero el precio que pagó por vivir fue alto. La congelación se le llevó la mano derecha y la parte superior de una oreja. Le quitaron varias secciones de piel de la cara y le extirparon el ojo izquierdo. Además, tenía la cadera inexplicablemente rota y tuvieron que cambiársela. Los médicos dijeron que iba a necesitar muletas para el resto de su vida.

Y así fue.

Pero sobrevivió. Y lo que es más, también sobrevivieron las películas y cintas que había grabado durante su viaje.

En cuanto a lo que sucedió después de que Karen desapareciera en la oscuri dad, la única crónica existente es una breve entrevista que le hizo un periodista uni versitario del William & Mary:

Karen: En cuanto entré, empecé a temblar. Estaba muy oscuro y hacía mucho frío. Me di la

vuelta para ver dónde estaba, pero el lugar del que yo venía ya había desaparecido. Empecé a hiperventilar. No podía respirar. Iba a morir. Pero de alguna manera conseguí avanzar. Seguí poniendo un pie delante del otro hasta que lo encontré.

P: ¿Sabía usted que él estaba allí?

Karen: No, pero era en lo único en lo que podía pensar. Y entonces me lo encontré allí, a mis pies, sin ropa y todo encogido. Tenía la mano blanca como si fuera de hielo. [Refrena las lágrimas] Cuando lo vi allí de aquella manera, dejó de importarme el sitio donde estaba. En mi vida me había sentido tan…, bueno, tan libre.

[Larga pausa]

P: ¿Y qué pasó entonces?

Karen: Que lo cogí en brazos. Estaba vivo. Cuando le sujeté la cabeza balbuceó algo. Al principio no entendí lo que me estaba diciendo, pero luego me di cuenta de que la linterna le deslumbraba. De manera que la apagué y lo abracé en la oscuridad.

[Otra larga pausa]

P: ¿Cómo lo sacó usted de la casa?

Karen: Se disolvió.

P: ¿Se disolvió? ¿Qué quiere decir?

Karen: Como si fuera una pesadilla. Estábamos en medio de una oscuridad total y de pronto vi…, no, de hecho yo tenía los ojos cerrados. Sentí un aire cálido y dulce en la cara, y luego abrí los ojos y vi árboles y hierba. Pensé para mis adentros: "Nos hemos muerto. Nos hemos muerto y éste es el sitio al que uno va cuando se muere". Pero resultó que era el jardín de nuestra casa.

P: ¿Me está diciendo que la casa se disolvió?

Karen: [No responde]

P: Pero ¿cómo es posible? Sigue allí, ¿no?

FIN DE LA ENTREVISTA[393]

XXIII

"Casa superviviente, Kalapana, Hawái, 1993."

Diane Cook

En su *Passion For Pity and Other Recipes For Disaster* (Greenhill Books, Londres, 1996), Helmut Muir exclama: "Los dos sobreviven. Hasta se casan. Es un final feliz".

Y es cierto. Tanto Karen como Will Navidson sobreviven a sus tribulaciones e intercambian votos matrimoniales en Vermont. Sin embargo, ¿acaso es posible mirar la cara arrasada de Navidson, el parche que le cubre el ojo izquierdo, la ausencia de mano y la muleta que tiene encajada debajo del brazo, y llamar a eso "final feliz"? Y aunque dejemos de lado el precio físico, ¿qué pasa con el trauma emocional invisible que Muir omite tan alegremente?

Por más que los Navidson se hayan marchado de la casa, por más que hasta se hayan ido de Virginia, nunca serán capaces de dejar atrás el recuerdo de aquel lugar.

—Estamos a finales de octubre —nos dice Navidson en la secuencia final de *El expediente Navidson*. Ha pasado casi un año y medio desde que emergió de la casa. Sigue en proceso de recuperación pero avanza bien, volcado por entero en terminar su proyecto—. Por lo menos de todo esto ha salido algo bueno —dice con una sonrisa—. La enfermedad de la piel que llevaba tantos años masacrándome los pies se ha esfumado del todo.

Da la impresión de que a los niños les gusta Vermont. Daisy cree a pies jun- tillas que el campo está poblado de hadas y que los espíritus tienen poseídos a los peluches y muñecas de su colección, particularmente a una roja y dorada. Chad, por su parte, se ha obsesionado con el Lego y se pasa horas incontables manejando kilos y más kilos de sus construcciones. Cuando se le pregunta por ese nuevo interés suyo, se limita a responder que de mayor quiere ser arquitecto.

Karen lucha a diario por estar a la altura de la energía de todos los demás. Hace muy poco le diagnosticaron un cáncer de mama maligno. La mastectomía se consideró "exitosa" y la quimioterapia posterior se declaró "muy efectiva". Pese a todo, la pérdida de cabello y las úlceras de estómago graves han dejado a Karen gris y demacrada. Ha perdido demasiado peso y todo el tiempo necesita sentarse para recobrar el resuello. Pese a todo, tal como nos muestra Navidson con cariño, su sonrisa de fuego fatuo parece inmune a los efectos devastadores de la enfermedad, y cada vez que se ríe las notas cantan una canción a la Victoria.

Navidson capta todo esto por medio de unos planos sencillos y cálidamente iluminados: leche

que hierve a fuego lento, nueces tostadas y un telón de fondo de fresnos negros y pinos, los elegantes dedos de Karen trenzando el pelo largo de color caoba de su hija. A pesar de que casi nunca se quita el gorro de lana, ella y Daisy siguen compartiendo un notable resplandor. Lo que Massel Laughton dio en describir como "una especie de hermosa diablura".[394]

Tampoco es el único plano que hay de madre e hija. De las paredes de su casa cuelga un centenar de fotografías. Todas las habitaciones, escaleras y pasillos muestran fotos de Karen, Daisy, Chad y Navidson, así como de Tom, Restan, la madre de Karen, sus amigos, parientes lejanos, antepasados y hasta de Mallory y Hillary.

Aunque se trata de un collage inmensamente atractivo, Navidson tiene el buen juicio de no cerrar con esas imágenes. Puede que resulten conmovedoras, pero lo que implican no es genuino. Tal como dice el mismo Navidson:

—No paraba de buscar garantías, un final amable, pero no lo encontré. Tal vez porque sé que ese lugar sigue allí. Y que siempre estará allí.

Navidson nunca ha dejado de pugnar con el significado de esa experiencia. Y aunque, literalmente, lo ha dejado lisiado, de alguna manera consigue conservar la pasión que le inspira su trabajo. Por fortuna, en su cautivador libro sobre arte, cultura y política, que incluye *El expediente Navidson* en la cima de su análisis, Daphne Kaplan recuerda al lector lo que significa tener pasión:

> La pasión tiene muy poco que ver con la euforia y mucho con la paciencia. No se trata de sentirse bien. Se trata de resistir. Tanto la paciencia como la pasión vienen de la misma raíz latina: *pati*. Que no significa transmitir exuberancia. Significa sufrir.[395]

Navidson sufre las responsabilidades de su arte y en consecuencia debe alejarse de la comodidad ciega que otorgan esas fotografías pulcramente enmarcadas que pueblan la casa para salir con sus hijos disfrazados a las calles de Nueva Inglaterra, volcados en sus bolsas de golosinas, con sus rastros ocultos bajo las hojas de colores fríos.

En esos últimos planos, Navidson hace un guiño al género al que su obra siempre se resistirá a pertenecer pero del que nunca se separará. Halloween. Lámparas de calabazas. Vampiros, brujas y políticos. Una horda de monstmitos de ocho años rondando las calles de Dorset, saqueando las casas en busca de manzanas y chocolatinas MilkyWay, elevando chillidos agudos a la oscuridad centelleante que nunca dejará de cernirse sobre ellos.

Las calles están cubiertas de lenguas de hielo gris, las velas parpadean irregularmente y los adultos beben sidra caliente en vasos de plástico, sin dejar de vigilar ni un momento a esas ovejas con pieles de lobo, no vaya a ser que algo les trastorne la pantomima. Cada chillido y exclamación detiene un sorbo de bebida caliente mientras todos los padres buscan de inmediato con la vista a esas formas diminutas que van de un porche al siguiente, cruzando enormes lagos de oscuridad.

Navidson no cierra la película con la cara sucia de caramelo del fantasma Cas- per. En cambio, termina con lo que él sabe que es cierto en ese momento y para siempre. Dejando que la comitiva desaparezca a lo lejos, se centra en la calle desierta que hay más allá, una curva de color pálido que se funde con el bosque donde nada se mueve y donde una farola parpadea hasta que por fin se apaga y la oscuridad se extiende como si fuera una mano.

25 de diciembre de 1996

MUESTRAS

Aunque no las completó nunca, Zampanó dejó las siguientes instrucciones para una serie de láminas que tenía planeado incluir al final de El expediente Navidson. J.T.

UNO

Instrucciones:

§ Suministrar ejemplos pictóricos de obras arquitectónicas que vayan desde los primeros egipcios, Micenas, Grecia y los romanos hasta el gótico, principios del Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo y el presente.

§ Hacer énfasis en los planos de planta, entradas, frontones, tejados, columnas, capiteles, entablamientos y ventanas.

§ Crear también una cronología que señale las fechas generales en que se originan los distintos estilos que se van desarrollando.

§ Para referencias, ver la bibliografía del capítulo IX.

DOS

Instrucciones:

§ Suministrar ejemplos de sombras chinescas que representen desde cangrejos, caracoles, conejos y tortugas hasta dragones, panteras, tigres y canguros. Incluir también hipopótamos, ranas, elefantes, aves del paraíso, perros, cacatúas y delfines.

§ Incluir diagramas que detallen los requerimientos lumínicos y de representación.

§ Ver *The Little Book of Hand Shadows,* ***de Phila H. Webb y Jane Corby (Running Press, Filadelfia, 1990) además de*** *Fun With Hand Shadows: Step-By-Step Instructions for More Than 70 Shadows - From Cud-Chewing Cows and Dancing Elephants to Margaret Thatcher and Michael Jackson,* ***de Sati Achath y Bala Chandran (NTC/Contemporary Publishing, 1996).***

TRES

Instrucciones:

§ Ilustrar las técnicas de determinación de fechas por medio del potasio-40/argón-40, rubidio-87/estroncio-87 y samario-147/neodimio-143.

§ Suministrar una tabla con el uranio-235 y el uranio-238 que se encuentra en los isótopos del plomo.

§ Incluir todos los datos en la Carpeta Cero.[396]

CUATRO

Instrucciones:

§ Reproducir todos los facsímiles de **La entrevista a Reston** y **La última entrevista**.[397]

CINCO

Instrucciones:

§ Duplicar la página 2-33 del Manual de la Fuerza Aérea 64-5 (15 de agosto de 1969).[398]

SEIS

Instrucciones:

§ Reproducir la evaluación de Karen según la Escala Clínica Graduada de la Ansiedad de Sheehan, así como su evaluación según la Escala de Fobia de Marks y Mathews.[399]

§ Resaltar la siguiente información: ID de proyecto: 87852341. Fecha de nacimiento: 24 de julio. ID de paciente: 002700

§ Para interpretación y ejemplos, ver *Living with Fear*, de Isaac M. Marks (McGraw-Hill, 1978); *Fears, Phobias and Rituals: Panic, Anxiety, and Their Disorders* (Oxford University Press, Oxford, 1987) y *The Encyclopedia of Phobias, Fears and Anxieties*, de Ronald M. Doctor, Ada P. Kahn, Ronald D. Doctor y Isaac M. Marks (Facts on File, Nueva York, 1989).

APÉNDICE

Zampanó produjo muchísimo material en torno a El expediente Navidson. Aquí incluyo una selección de anotaciones de su diario, poemas y hasta una carta al director, todo lo cual puede arrojar un poco más de luz sobre su obra y su personalidad. J.T.

A.

Esquemas y títulos de capítulos

El expediente Navidson

Introducción
6 milímetros
Tom
El pasillo de los cinco minutos y medio
Exploración A (La visita de Navidson)

Exploración n.° 1 (Travesía de la Antesala)
Exploración n.° 2 (Hasta el Gran Recinto)
Exploración n.° 3 (Siete horas de descenso por la Escalinata de Caracol)
Exploración n.° 4
SOS
Dentro del laberinto
Rescate
(La historia de Tom)
La moneda que cae
La cinta de Holloway
Evacuación

“Lo que les ha parecido a algunos”*
“Breve historia de cómo [sic] amo”
La entrevista a Reston
La última entrevista
Exploración n.° 5
Final

*No incluido en la versión final publicada.

Historia de publicación

1990 — “El pasillo de los cinco minutos y medio”
(Corto en VHS)
1991 — “Exploración n.°4”
(Corto en VHS)
1993 *— El expediente Navidson*

Posibles títulos de capítulos

Capítulo I - La película
Capítulo II - 6 milímetros
Capítulo III - Reducto
Capítulo IV - Navidson
Capítulo V - Eco
Capítulo VI - Animales
Capítulo VII - Holloway
Capítulo VIII - SOS
Capítulo IX - El laberinto
Capítulo X - El rescate (primera parte)
Capítulo XI - La historia de Tom
Capítulo XII - El rescate (segunda parte)
Capítulo XIII - El M motaure
Capítulo XIV - Infidelidad
Capítulo XV - Karen
Capítulo XVI - Ciencia
Capítulo XVII - Razones
Capítulo XVIII - ¡Efcaleras!, o De la Warr, o Historia de Ash Tree Lañe
Capítulo XIX - Delial
Capítulo XX - El retomo
Capítulo XXI - Pesadillas
Capítulo XXII - Fe
Capítulo XXIII - Pasión

B.

Apuntes

[*Original*][400]
18 de enero de 1955

No sé nada de Arte con A mayúscula. Lo que sí conozco es mi arte. Porque me concierne a mí. Yo no hablo por los demás. De manera que no hablo por las cosas que supuestamente hablan por los demás. Mi arte, sin embargo, habla por mí. Me ilumina el camino.

[*Original*]
17 de abril de 1955

Entonces, ¿la historia nos habita a nosotros?

[*Original*]
4 de septiembre de 1955

Amaneceres livianos y cabezas de mármol. ¿Qué coño significa esto?

[*Original*]
3 de junio de 1959

Este terror que caza.

[*Mecanoscritó*]
29 de agosto de 1960

Capitán Kittinger, este año ha hecho usted que el otoño llegara antes.

[*Mecanoscritó*]
31 de octubre de 1968

No tengo palabras. El mejor cenotafio.

[*Mecanoscritó*]
1 de noviembre de 1968

(~~hijo~~) (~~desci~~fre)
Un ~~sol~~ que ~~disipe~~ las tinieblas

[*Mecanoscrito*]
1 de noviembre de 1968

Tirer comme des lapins:[401]

[*Original*]
8 de diciembre de 1968

Que Dios me conceda distracción.

[*B*]
14 de marzo de 1969

¿Quién no ha matado nunca una hora? No de forma fortuita o sin proponérselo, sino premeditadamente: el asesinato premeditado de los minutos. Se trata de una violencia que viene de una combinación de rendirte, de que no te importe nada y de resignarte al hecho de que sólo puedes aspirar a dejarla atrás. De manera que matas la hora. No trabajas, no lees, no te entregas a ensoñaciones. Si duermes no es porque lo necesites. Y cuando por fin se acaba, no quedan pruebas: ni armas ni sangre ni cadáver. La única pista pueden ser las ojeras que te han quedado o una línea finísima junto a la comisura de la boca que indica que ha habido cierto sufrimiento, que en la intimidad de tu vida has perdido algo y que esa pérdida es demasiado vacía para compartirla.

[*C*]
10 de septiembre de 1970

Nada con que compartir.

[*Mecanoscrito*]
21 de septiembre de 1970

Tal vez en los márgenes de la oscuridad, podría crear a un hijo que no esté desaparecido; que viva más allá incluso de mi misma imaginación e invención; cuyas lujurias, estupideces y fuerzas lo lleven más lejos de lo que ni él ni yo podamos anticipar; que vea el mundo como lo que es; y que en consecuencia cargue con el peso del mañana de todo el mundo con una sabiduría y un honor sin precedentes, puesto que él será uno de los pocos que hayan interrogado con éxito su propia naturaleza. Sus defensas estarán disponibles al instante, aunque casi nunca se usen. Y aquellos que lo valoren prosperarán, mientras que aquellos que lo destruyan perecerán. Él cumplirá una promesa que yo hice hace años pero que no llegué a cumplir.

[*Mecanoscrito*]
15 de diciembre de 1974

Igual que siempre me he acordado de Hudson en su chalupa, últimamente he dirigido mis pensamientos al viaje de Quesada y de Molino por aquellas aguas costeras, y me he preguntado en voz alta qué ocupaba sus mentes, qué dioses acudieron a acompañarlos o los abandonaron, y qué vieron finalmente de sí mismos en aquellas olas oscuras. Tal vez porque la historia guarda poca relación con esos minutos, la escena únicamente sobrevive en verso: *El cantar de Quesada y Molino*, de [XXXX]. Incluyo aquí el poema íntegro.

[*D*]
29 de abril de 1975

Madre quiere que llames a casa. STOP. Están a cuarenta grados y subiendo. STOP. ¡Menuda blanca Navidad!

¡Pata-pim, pata-pam, pata-gón!

¡Pim! ¡Pam! ¡Puuuum!

[*Mecanoscritó*]
11 de febrero de 1984

¿Acaso es posible amar tanto algo que te imagines que quiere destruirte únicamente porque te ha negado?

[*E*]
4 de agosto de 1985

Sueño con vampiros. Sueño con dios. No sueño con vampiros. No sueño con dios. No sueño con nada. Y sin embargo, ése es también mi sueño.

[*F*]
2 de mayo de 1988

El ángel de su juventud se convirtió en el diablo de su madurez. Cuando era joven salía con mujeres, siempre reservándose algo. Siempre había una razón para romper y abrir la puerta a una multitud de relaciones. Era el paraíso. O eso pensaba él. A medida que la edad se cernía sobre sus sensibilidades y su forma, ansió algo que tuviera suficiente vitalidad para perdurar. Pero el querubín protector de sus días de Lotario había permanecido a su lado y ya no era tan angelical. Lo atormentaba, lo vigilaba, lo salvaguardaba de la intimidad, prometiendo esa gloria seca y cenicienta de todas las relaciones en pleno desplome, cayendo como fichas de dominó, una tras otra, hasta el infinito, o por lo menos hasta que él muriera.

[*G*]
30 de agosto de 1988

“Quería acostarse con ella de inmediato, que las sábanas los cubrieran a los dos, clavar los dedos de los pies en el colchón, con los talones de ella empujando contra sus pantorrillas, con los dedos de ella trazando ríos en sus costados. Pero últimamente las fantasías florecen y mueren como las moscas del verano.”

[*Mecanoscritó*]
18 de marzo de 1989

Un laberinto. Un laberinto laberíntico. Un laberinto significaba… ¿Qué significaba? Tal vez un laberinto variopinto. Un labio pinto en Corinto. Un plinto en el labio del recinto. Vale, yo tampoco estoy muy impresionado, pero dejen que un viejo juegue un poco.

[*H*]
8 de febrero de 1990

Aquí apesta. Yo conozco bien la peste y aquí apesta. Meados de gato, fruta podrida, pan mohoso. Algo. No me cabe duda de que es culpa de la chica esa. No debe de haber sacado la basura. Sabe leer (pronto averiguaré si sabe transcribir) y sabe flirtear. Pero apuesto a que no ha sacado la basura. Tendría que deshacerme de ella. Tendría que sacarla yo. Odio la basura. Apesta. Debería sacarla yo. Debería sacarla toda.

[*I*]
11 de octubre de 1990

Incompleto. Sílabas para describir una vida. Cualquier vida. Ni siquiera puedo hablar de Günter Nitschke o Norbeig-Schulz. Yo solamente quería *Glas* (Editions Galilée, París, 1974). Eso es todo. Pero los cabrones me contestan que no está disponible. Puercos. Todos. Puercos. Puercos. Puercos.

Habrá que conformarse con el señor Leavey Jr. y, por supuesto, con el señor Rand.

[*I*]
22 de abril de 1991

Una atrocidad que se hunde en aguas de oscuridad; sin orden ni lenguas de tierra; donde la luz tiene que significar sombra y la razón muere en la bodega:

((((((((((((Jonás en el vientre de la bestia))))))))))))

[*I*]
3 de mayo de 1991

Estrellas con que guiarse. Estrellas con que pilotar. Estrellas con que morir.

[*I*]
26 de mayo de 1991

—¿Kutch Dekta?
—Kutch Nahin, Sabih.

[*I*]
30 de mayo de 1991

No me despertéis de este letargo, pero os garantizo que igual que he llorado mucho, también he deambulado por numerosos caminos con el pensamiento.

Reminiscente de otra película en la que posé los ojos. Ya lo creo.[K]

[*J*]
30 de junio de 1991

¡Maldita sea! ¡Maldita sea, maldición! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita! ¡Sí, por supuesto, escríbelo! ¡Escríbelo todo! ¡Todo lo que yo digo! ¡Hasta la última maldita palabra! ¡Maldita sea! ¡Con M mayúscula! ¡Maldito sea todo, hasta la última palabra! ¡Maldita sea su equivocación!

[*J*]
27 de julio de 1991

No se confundan: la gente que escribe libros largos no tiene nada que decir. Por supuesto, la que escribe libros cortos todavía tiene menos que decir.

[*K*]
7 de agosto de 1991

¿Cómo he terminado aquí? Lo sé, claro. Me refiero al itinerario que he seguido. Pero eso apenas me ayuda a entender mejor las razones. Sigo saliendo a ese patio polvoriento y me quedo ahí asombrado, repito, asombrado de haber terminado empantanado en un agujero de mierda como éste, y luego pienso para mis adentros: "¡No solamente has acabado aquí, también te vas a morir aquí!" Por supuesto, Hollywood es la tierra de los ciegos, y hasta tiene iglesias para ciegos, de manera que en mi caso reina cierta lógica. ¿Tú crees que me amarga el hecho de estar aquí? ¿Crees que me amarga esta tumba en la que vivo y ese lecho de hierbajos por el que me muevo como puedo? ¿Crees que me amarga el hecho de morir? ¿Qué sabrás tú? Tú no sabes nada de la amargura porque no sabes nada del amor. Sal de aquí. ¡Largo! No, quédate. Por favor, quédate. Leamos algo. Olvida todo lo que acabo de decirte. La cosa no está tan mal. Simplemente soy viejo, y tú sabes mucho del amor, y a mí me gustaría pensar que, por mi edad, sé algo más. Leamos

algo.

[*M*]
3 de abril de 1992

Paredes negras como aguas negras cuando son pesadas y parecen pertenecer a otros mares.

[*M*]
3 de diciembre de 1992

Por qué ya no puedo dormir?

[*N*]
7 de mayo de 1993

La casa es historia, y la historia no está habitada.

[*O*]
19 de junio de 1994

Prometeo, el que roba la luz, el que otorga la luz, el prisionero de los dioses, debió de ser un libro.

[*O*]
11 de noviembre de 1995

¿"Defenestración"? Yo nunca he usado esa palabra. Y no la usaré nunca.

***[P*:** *escrito en el margen de la anotación del 15 de diciembre de 1974*]
3 abril de 1995

"Perdónenme por incluir esto. La mente de los viejos es tan dada a la digresión como la de los jóvenes, ~~pero así como el joven excusa los rodéos, el viejo los interrumpe. La juventud siempre intenta llenar el vacío, mientras que el viejo aprende a vivir con él. Tardé veinte años en desaprender la fortuna que entrañan los virajes. Tal vez esto a ustedes no les venga de nuevo, pero he matado a muchos hombres y tengo las dos piernas y creo que nunca he igualado a ese gnomo calvo llamado Error que sale de su cueva sin plumas en los tobillos para alimentarse de los poderosos ya muertos~~."[173]

[*U*]
9 de abril de 1996

Paralipómenos, m. pl. Del lat. paralipoména, y éste del gr. παραλειπόμενα. PARA (de *parare*, defender) (*leipein*, dejar) omitir.

[*X*]
2 de octubre de 1996

Nada de ello tiene mucho sentido sin la hermosa luz de *Las siete lámparas de la arquitectura* de Ruskin. Oh, ¿de qué sirve nada?

[*Mecanoscrito*]
18 de diciembre de 1996

Los gatos se han estado muriendo y todo el mundo se pregunta por qué. Oigo murmurar a mis vecinos. No paran de murmurar: "Qué raro. Hay gatos que se mueren y otros simplemente desaparecen. Nadie sabe por qué…".

Redwood. Lo vi una vez hace mucho tiempo, siendo yo joven.

Me escapé y por suerte, o sin suerte, él no me siguió. Pero ahora no puedo escapar, y además, esta vez estoy seguro de que me va a seguir.

[*Mecanoscrito*]
21 de diciembre de 1996

La explicación no tiene ni la mitad de fuerza que la experiencia, pero la experiencia no tiene ni la mitad de fuerza que la experiencia y el entendimiento.

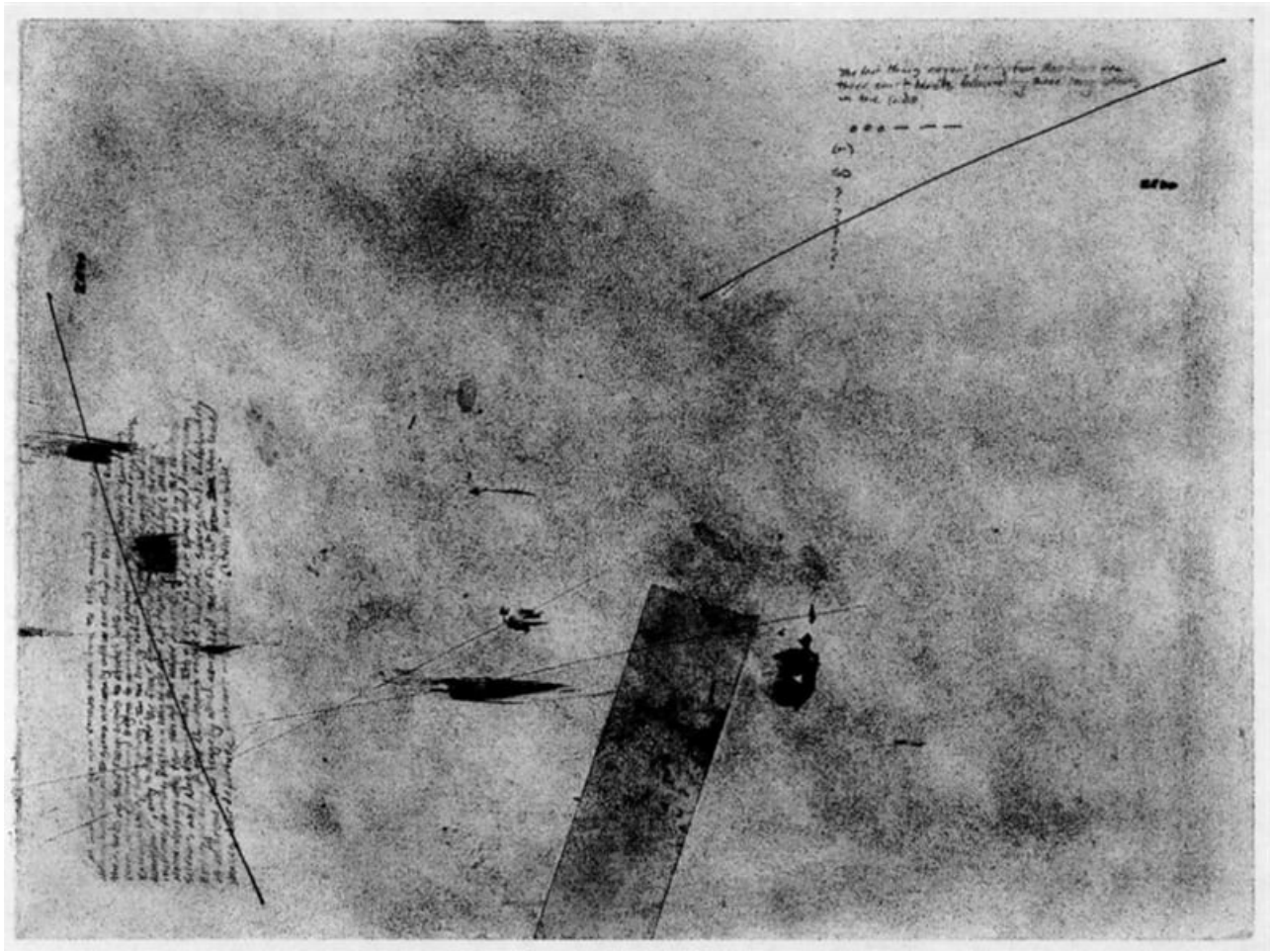
[*Original*]
23 de diciembre de 1996

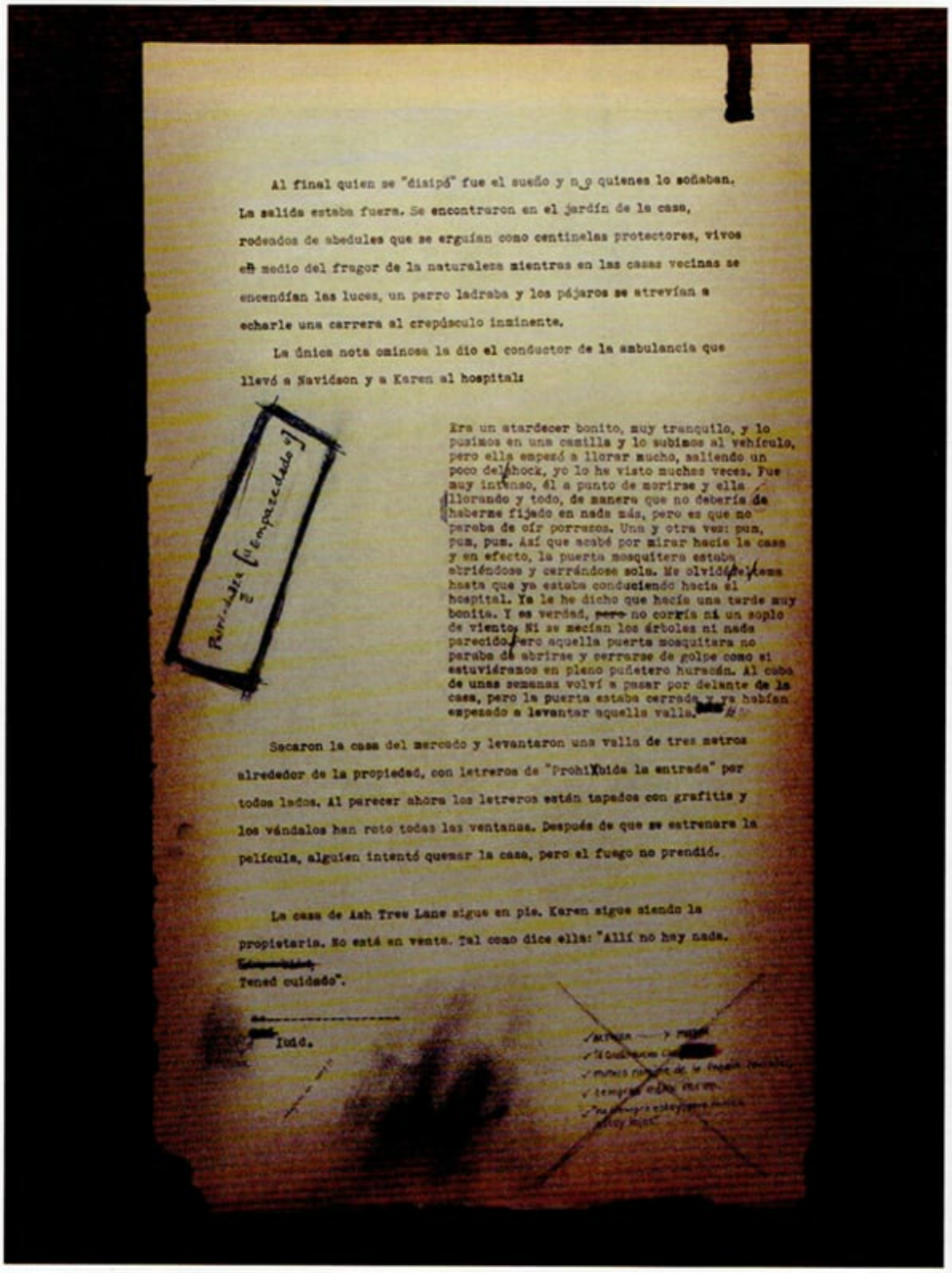
He dado mi paseo de la mañana, he dado mi paseo del atardecer, he comido algo, he pensado en algo, he escrito algo, he echado una siesta y también he soñado algo, y pese a todos esos algos, sigo sin tener nada, porque una gran parte de todo siempre has sido y siempre serás tú.

Te echo de menos.

C.

… y fragmentos





Al final quien se "disipó" fue el sueño y no quienes lo soñaban. La salida estaba fuera. Se encontraron en el jardín de la casa, rodeados de abedules que se erguían como centinelas protectores, vivos en medio del fragor de la naturaleza mientras en las casas vecinas se encendían las luces, un perro ladraba y los pájaros se atrevían a echarle una carrera al crepúsculo inminente.

La única nota ominosa la dio el conductor de la ambulancia que llevó a Navidson y a Karen al hospital:

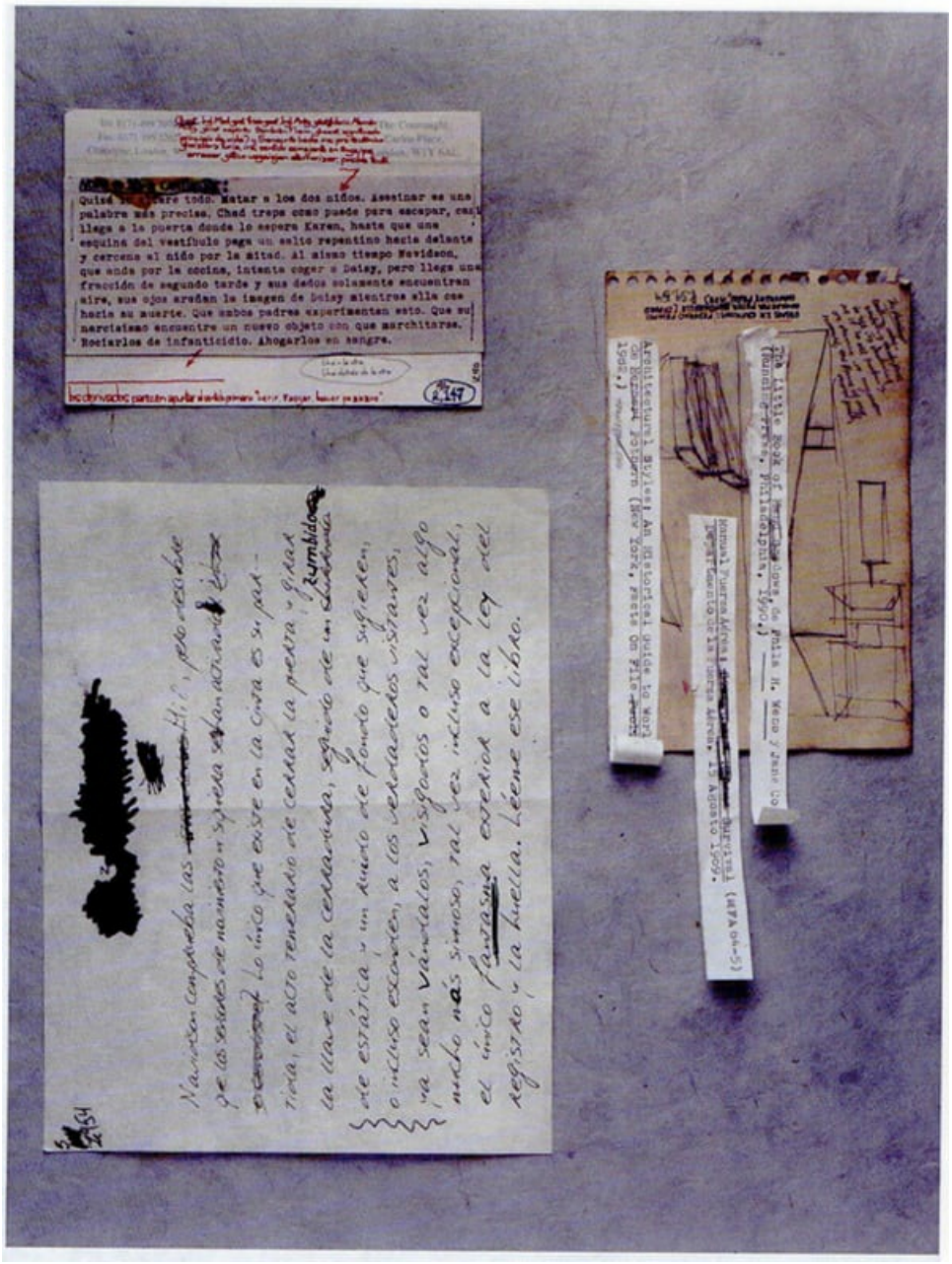
Era un atardecer bonito, muy tranquilo, y lo pusimos en una camilla y lo subimos al vehículo, pero ella empezó a llorar mucho, saliendo un poco del shock, yo lo he visto muchas veces. Fue muy intenso, él a punto de morirse y ella llorando y todo, de manera que no debería de haberme fijado en nada más, pero es que no paraba de oír porrazos. Una y otra vez: pum, pum, pum. Así que acabé por mirar hacia la casa y en efecto, la puerta mosquitera estaba abriéndose y cerrándose sola. Me olvidé de ella hasta que ya estaba conduciendo hacia el hospital. Ya le he dicho que hacía una tarde muy bonita. Y es verdad, pero no corría ni un soplo de viento. Ni se mecían los árboles ni nada parecido. Pero aquella puerta mosquitera no paraba de abrirse y cerrarse de golpe como si estuviéramos en pleno puñetero huracán. Al cabo de unas semanas volví a pasar por delante de la casa, pero la puerta estaba cerrada y ya habían empezado a levantar aquella valla.

Sacaron la casa del mercado y levantaron una valla de tres metros alrededor de la propiedad, con letreros de "Prohibida la entrada" por todos lados. Al parecer ahora los letreros están tapados con grafitis y los vándalos han roto todas las ventanas. Después de que se estrenara la película, alguien intentó quemar la casa, pero el fuego no prendió.

La casa de Ash Tree Lane sigue en pie. Karen sigue siendo la propietaria. No está en venta. Tal como dice ella: "Allí no hay nada. Tened cuidado".

Refotografiado para la 2.ª edición [N. de los Ed.]

Refotografiado para la 2.ª edición [N. de los Ed.]



Refotografiado para la 2.ª edición [N. de los Ed.]

D.

Carta al director

“¡Ver para creer, aunque seguramente es mejor tocar!”

17 de septiembre de 1978

En el artículo sobre coleccionismo de la semana pasada, informaban ustedes de que un hombre llamado Kuellster tenía varias escopetas de trinchera Ithaca modelo 37 de la Segunda Guerra Mundial. Tal como saben muy bien los aficionados a las escopetas, se trata de un arma muy difícil de encontrar porque solamente se fabricaron 1.420 unidades.

Por suerte, el modelo 37 de la 2.ª GM presenta varias características distintivas, incluyendo carga trasera, expulsión sencilla de los cartuchos parecida a la del modelo 10 de la Remington, un acabado azul de fábrica y sujeción para correa estándar. También tiene algunas marcas marciales importantes: una pequeña letra “p” en el lado izquierdo del cañón; una bomba llameante y las letras RLB (las iniciales del inspector teniente coronel Roy L. Bowlin) en el lado izquierdo del armazón. Las armas de Kuellster, sin embargo, tienen todas acabado parkerizado, carecen de sujeción para correa y aunque sí que tienen una pequeña letra “p” en el cañón, también muestran otra impresa en el armazón.

Todo esto demuestra que las escopetas de Kuellster, aunque son Ithaca 37, se fabricaron mucho después que las escopetas de trinchera de la Segunda Guerra Mundial por las que está intentando hacerlas pasar.

A modo de nota personal, quiero añadir que, como llevo más de dos décadas ciego, he tenido que determinar la mayoría de todo esto por medio del tacto. Por desgracia, cuando presenté mi conclusión a Kuellster, él demostró su probidad sin límites ordenando a un guardia de seguridad que expulsara de su tienda a “ese indigente drogado”. Supongo que si en su mundo una Ithaca 37 recién fabricada es lo mismo que el modelo de la Segunda Guerra Mundial, entonces el ginger ale debe de pasar por bourbon.

Sinceramente,

Zampanó
Venice, California

Pedimos disculpas al señor Zampanó y a todos los demás coleccionistas que debido a nuestro artículo han visitado la tienda del señor Kuellster. El señor Kuellster ya no afirma tener a la venta ninguna Ithaca modelo 37 de la Segunda Guerra Mundial y se niega a hacer comentarios sobre nada que pudiera haber sugerido con anterioridad a nuestros reporteros.
Los Angeles Herald-Examiner

E.

El Cantar de Quesada y Molino

El Cantar de Quesada y Molino[402]

F.

Poemas

Aquel lugar

El verano rompió sobre las espaldas de niños
pese a que los columpios hacían milagros
y las brisas cantaban salmos.

Porque aquel verano, desde las afueras
de algún lugar remoto y hasta fantasioso,
llegó el mugido sordo y resuelto de un dragón.

Una niña, por supuesto, no podía reconocer aquel fabuloso mugido
ni la cola de serpiente que tenía cerca de los pies,
enroscada en tomo a los cardos y algodoncillos
como una manguera.

Tampoco pudo de hecho reconocer
el hueso blanco en forma de estrella que quedó plantado en el cajón de arena
como si fuera una extraordinaria zarpa
o una pala.

No, al menos mientras el sol brillaba y los juegos estaban en curso.
Y ciertamente no mientras reinaban el amor estival
y la cerveza de raíces.

Pero al anochecer, cuando llegó la niebla
espesa y húmeda,
insinuando alguna clase de incendio lejano,
En aquella dirección,

(donde una vez alguien vio un par de ojos

-pálidos como lunas de octubre-

parpadear)

una criatura podía entender el significado
del otoño.

Y ese agosto, a dos semanas de que empezara la escuela,
unos niños fueron a aquel lugar

y jamás regresaron.

La pantera

La pantera camina.

La espera le recuerda que la claridad es luminosa
aunque su dolor es ilegible,
tenebroso, un claroscuro para los sentidos humanos.

A su debido tiempo ellos malinterpretarán sus andares,
sus ojos enloquecidos por la luna,
la forma casi gentil con que acaricia los barrotes con la cola.

A su debido tiempo ellos la confundirán
con otra cosa,
carente de historia,
carente de la sombra del ser,
una criatura desprovista de la penitencia de vivir.

Lo único que leerán será su nombre.

Serán incapaces de percibir
la extrañeza
que yace bajo su paciencia.

La paciencia es el lado más oscuro del poder.

Es oscura.
Es negra.
Es exquisitamente poderosa.

Ha hecho del dolor su amante
y lo ha escondido por completo.

Y ahora jamás olvidará.

El dolor dará a luz recuerdos
de los que ellos creen que se ha desprendido.

Ella huele la lluvia nueva
y prueba su cambio.

Su zarpa se desliza
por el suelo frío.

El amor se ha encogido y ha muerto
En un suelo como ése.

Ella parpadea.
La claridad mejora.

Oye a otras criaturas gritar y apagarse.
Pero su silencio le pertenece.

Y lo sabe.

A su debido momento se abrirán las puertas.
A su debido tiempo se abrirá su corazón.

A continuación las sombras se derramarán
y los cerrojos se romperán.

Amor a primera vista

Natasha, te amo
pese a saber que el amor es más
que verte.

(Fragmento sin título)

Los ángulos de tus muñecas
conservan cierto misterio
que ningún labio conoce
ni está escrito en la historia.

El acto de medir su grado
resolvería las preguntas más antiguas:
la providencia y la alquimia
encuentran respuesta en tus gestos.

Pero ni dios ni el oro serán nunca rivales
del modo en que se encogen tus dedos.
Esperan la llegada de mi aliento
como una perla rara e ignota.

(Fragmento sin título)

Solamente hay una verja negra
y un campo extenso y un cobertizo de color rojo Wyeth.

El olor de la furia ahoga el aire.
Los cuervos, lluvia de septiembre, descienden.

Hay quien dice que aquí vivió un ermitaño loco
que hablaba consigo mismo y con la marmota.

Pero se fue. Sin razón. Sin lógica.
Simplemente se marchó un día.
Dejó atrás las cebollas y la verja.

Olvida las cartas. Olvida el amor.

Troya no es más que
un dedo negro de carbón
congelado en el hielo del lago.

Y cerca de donde el búho vigila
y el viejo oso sueña,

el parapeto del recuerdo arde hasta los cimientos
llevándose consigo el cielo.

(Fragmento sin título)

Poco sirven de consuelo
a quienes lloran
los pensamientos que no paran de errar
igual que las paredes no paran de cambiar
y este gran mundo azul nuestro
parece una casa de hojas

momentos antes del viento.

La Feuille

Mes durs rêves formels sauront te chevaucher
Mon destin au char d'or sera ton beau rocher
Qui pour rênes tiendra tendus à frénésie
Mes vers, les parangons de toute poésie.

Apollinaire

C'était l'automne. C'était l'automne et c'était la saison de la guerre. Te souviens-tu de la guerre? Moi, de moins en moins. Mais je me souviens de l'automne. Je vois encore les brouillards sur les prés à côté de la maison, et, au delà, les chênes silencieux dans le crépuscule. Les feuilles étaient tombeés dupuis septembre. Elles brunissaient et m'évocaient alors l'esprit de ma jeunesse, et aussi l'esprit de temps.

Souvent j'allais au bois. Je traversais les prés et je me perdais pour longtemps au-dessous des branches, dans les ombres, parmi les feuilles. Une fois, avant d'entrer dans le bois, je me souviens qu'il y avait un cheval noir qui me fixait de loin. Il était au fond du petit champ. J'imaginais qu'il me regardait, alors que probablement il dormait. Pourquoi pense-je maintenant à ce cheval? Je ne sais pas. Peut-être pour la même raison je pense à tous ces mots j'ai écrit au même temps.

J'ai gardé la feuille où j'avais noté tout ce qui m'était venu à l'esprit. A l'époque, je croyais qu'ils m'appartenaient, mais maintenant je sais que j'avais tort. A chaque fois que je les relis, je vois que je copiais seulement ce que quelqu'un m'avait raconté.

—N'aie pas peur. Je ne m'arrêterai pas. Je dois découvrir cette clairière. Et je ne m'arrêterai pas tant que je ne l'aurais pas trouvée. Sais-tu ce qui me pousse à la chercher? Eh bien… personne. Ma femme est morte. Ma femme, ma fille et mon fils sont tous morts. Te souviens-tu comment ils sont morts? Moi, de moins en moins. Je ne me souviens que du temps. Mes blessures ne sont plus mortelles, mais j'ai peur. J'ai peur de ne pas trouver cette clairière.

Je suis resté quelque temps à regarder les ombres, les feuilles et les branches. Ensuite, quand j'ai quitté le bois, je ne voyais que le brouillard autour de moi. Je ne pouvais voir ni la maison, ni les prés, seulement le brouillard. Et bien sûr, le cheval noir avait disparu.

[ilegible]

Tu serás mis raíces

Tú serás mis raíces y
yo seré tu sombra,
aunque el sol me queme las hojas.

Tú saciarás mi sed y
yo te alimentaré con fruta,
aunque el tiempo me robe la semilla.

Y cuando esté perdido y no entienda nada de esta tierra
tú me darás esperanza.

Y siempre oirás mi voz.
Y siempre tendrás mi mano.

Porque yo te cobijaré.
Y te reconfortaré.
Y cuando ya no quede nada de nosotros
ni siquiera en la muerte,
te recordaré.

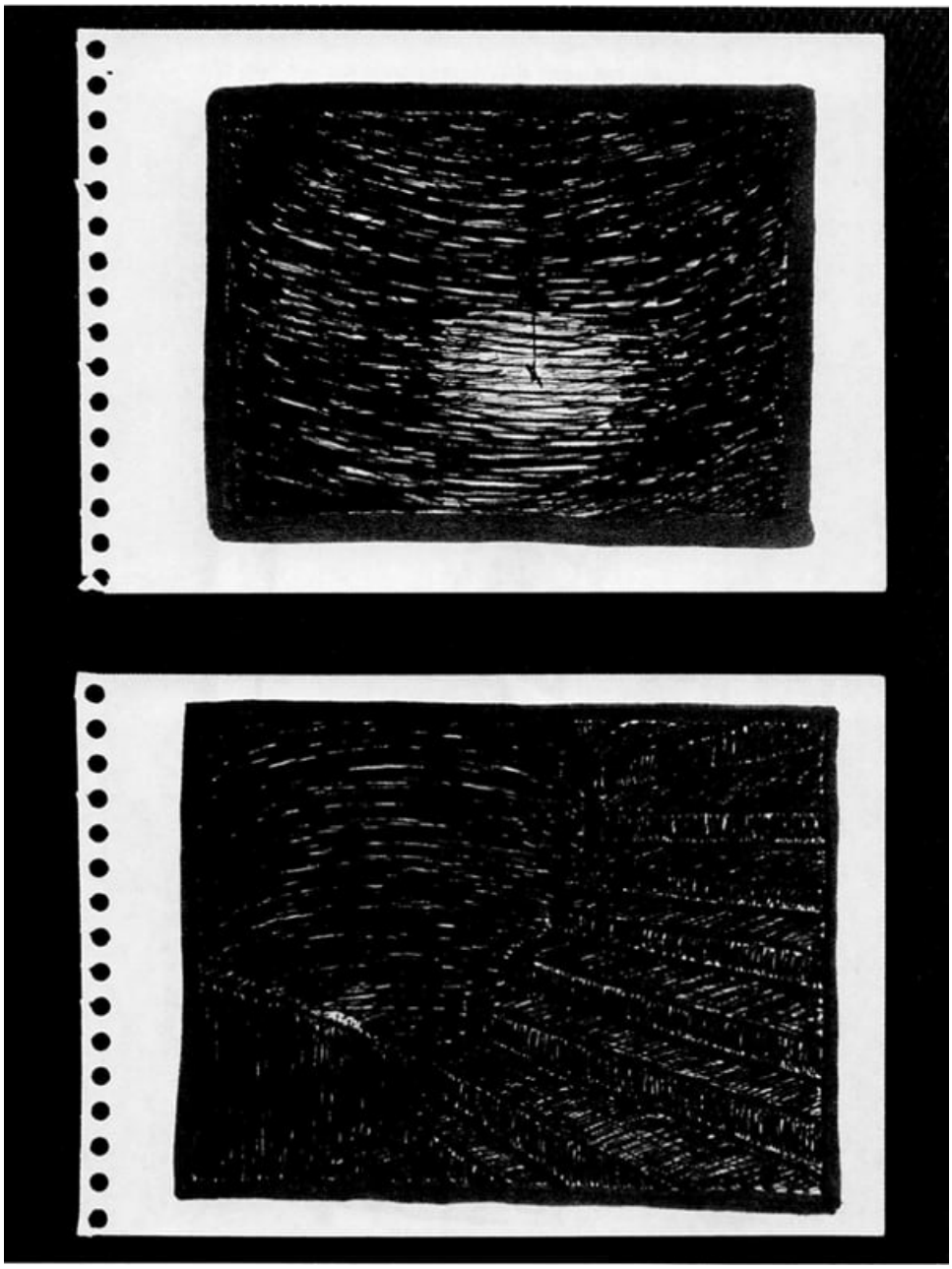
Apéndice II

Debido a la cantidad inesperada de peticiones recibidas tras la primera edición, el señor Truant ha aceptado proporcionar para esta nueva edición el siguiente material adicional.

Los Editores

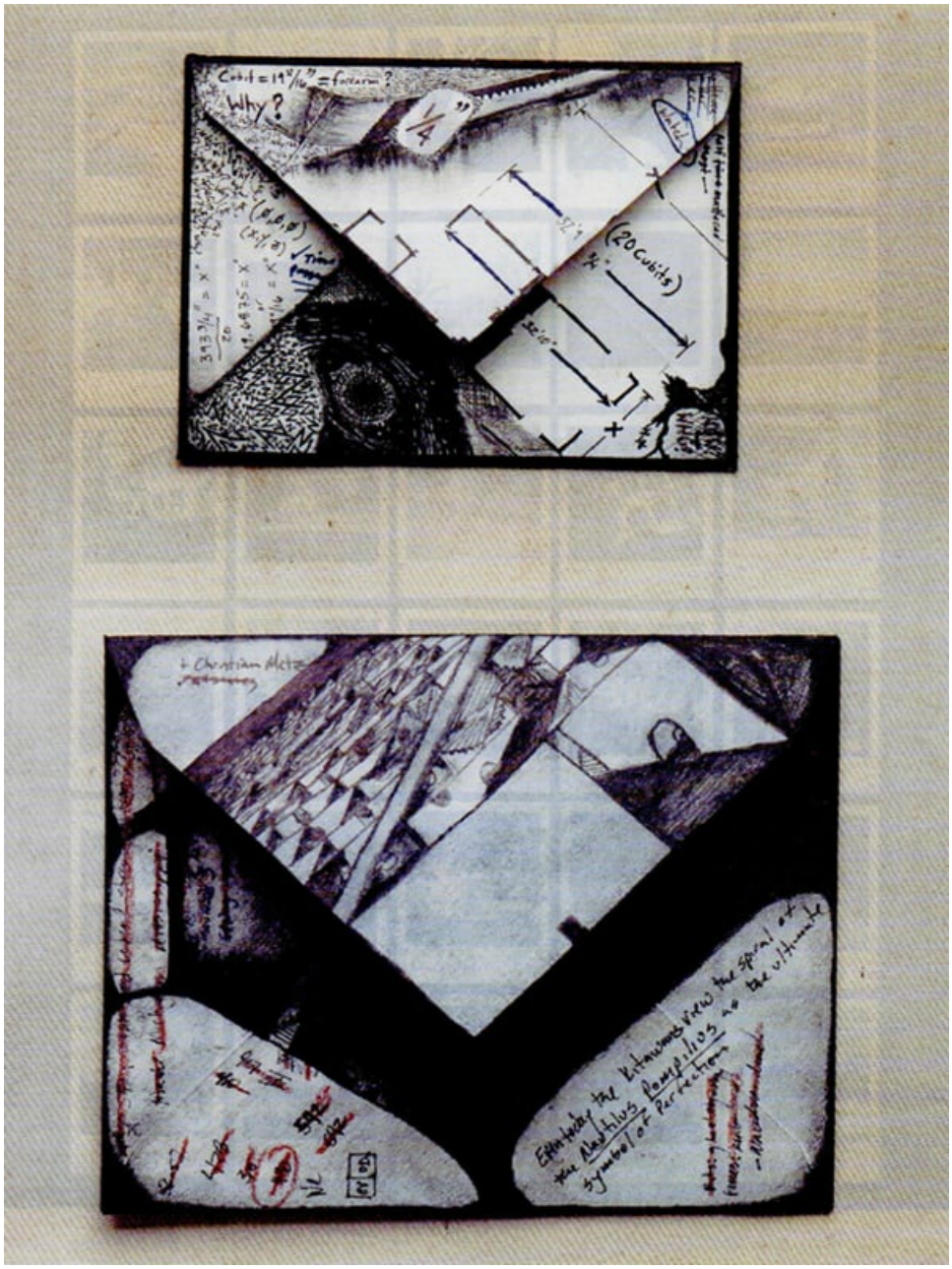
A.

Bocetos y polaroids



N.° 175078

N.° 001280


Why?
(20 Cubits)
+ Christian Metz
Effectively the Kitawaves view the spiral of the Aleutilus Pompilius as the ultimate symbol of Perfection

N.° 046665

N.° 081512

B.

Los poemas de Pelícano

Palimpsesto de Jake el Pelicano Austero

Próspero sueña
entre un verde mar y una bóveda azur
declarando la guerra
mientras el reloj hace tic-tac en el rincón
del cuarto vespertino.

"Charlotte. Charlotte.
Aquí los momentos son breves
y yo estoy furioso."

(olas amotinadas surcan el mar)
querido Dios
¿aquí?

y levantando una mano con insolación…
sí, aquí
otra vez.

Para Claudia, New Haven.
26 de mayo de 1988

Pelícano se plantea bailar un cha-cha-cha con un Long Island Ice Tea en la mano

El señor Jake ha perdido su armadura
y cómo lo traspasa el viento sibilante:

"La crecida de un pensamiento,
la tumescencia de un momento,
nada más, ¿pero…?"

Un padre arrojado a esa
tormenta
con gemelos de hierro
labrados por Caín.
"Dudamos del azar"

Pero ahora Pelícano ha iniciado
… Avatar
Pelícano ha inidado su baile ocluido.

Dejado en el Klub Restauracja,
Varsovia. 6 de julio de 1988

Jake el Pelícano sobre el autobús escolar de Eurídice

Guardamos nuestros sueños
en sueños perdidos
y nos arrancamos el corazón
por azares.

“Ella cargaba las candones
de los siglos”

y al pasar ella
se me pasó
la locura.

Para la camarera del Café
Wilanowska, Varsovia.
7 de julio de 1988

La pluma de Pelicano

Un maleficio de tinta,
¡Contemplad la estrella!
Todo es azar,
nada está planeado…,
solamente la voluntad
que estas palabras ordenan.

Para Marek, Varsovia.
7 de julio de 1988

La metempsicosis juvenil de Pelícano

¿Vas a robarle a este ciego
cuando yo te lo daría todo?
Al verlo trastabillé,
pero ni Gloucester cayó
nunca tan bajo.

Veo a tientas y a
esta altura no hay más que
una caída enorme.

Ales lo trajo de vuelta
dando un golpecito en el cristal
y luego encendiendo una cerilla:

"¿Esta noche toca Romeo o Lear?"

Dejado en otro café,
Varsovia.
8 de julio de 1988

La mitología del cóctel de Pelícano

Tres damas meditan
sobre una elegante treta
reladonada con una pared lingual
que solamente yo puedo

rebasar.

Tienen unos ojos hermosos
y unos planes descabellados
y unas risas despreocupadas.

“Ya estáis dándole otra vez”
“Sí, en un espigón alto,
ya estamos otra vez.”

Para un hermoso trío en un
albergue, Varsovia.
8 de julio de 1988

Las cavilaciones religiosas de Pelícano

Uno se olvida
de que uno es uno.

Tengo que
intentar

acordarme.

[Ilegible] Varsovia.
9 de julio de 1988

El baile en el promontorio de Pelícano

Bucles de Hiperión,
¿habéis consultado
los planes para estos remolinos?

Casi nunca conocemos el patrón,
aunque eso no importa,
siempre y cuando conozcas las notas.

Lo había olvidado.
No oigo.

De parte de una señorita de
Varsovia que me demostró que yo
no sabía bailar.
10 de julio de 1988

Pelícano malinterpreta una señal portentosa

Estilográficas futuras
y guerras con caballeros emplumados,
el trueno retumbante,
las luces azures,
elevándose ante estos ojos.

¿Lo oyes?

"Es Patter, señor.
Está en la parte de atrás,
llamando a la verja."

Y el señor de la guerra ha engordado
(el gato de Pelícano)
maullando para que le den leche,
y ahora todo son truenos
porque las centellas han pasado.

Para Anna, Cracovia.
10 de julio de 1988

El preocupante despertar de Pelícano

Un sueño semiótico eliotiano
en el que Proust pulula por ahí sin ser leído…
una conjetura intuitiva
ordena el despertar.

Armonía de mazos
interpretada engañosamente bien
con esta falta de cadencia.

"Se han llevado el ritmo”

Y Patter y Quisling dijeron que ella
elevaría la unión del mar
y sería pan de Hawthorne.

Así es como se termina el mundo
No con una explosión sino con un despertador.

El maullador aterriza con una mirada
reconfortante:

Venga, tú ya conoces este juego.

Para Zbyszek, Polonia.
15 de julio de 1988

En el borde del forro de No Llega al Ceño

En otro tumulto de preguntas
que prepondera sobre una pantomima
y sobre la bronca que están teniendo Quisling
/ y Easle

por algo relacionado con su
conversación en curso,
él encontró esto en Petitgas 1857

en un colgante de corazón
y una caja de cartón inutilizada.

Por un lado lo oportuno que resulta.
Y por otro su diseño.

"Creo que la moda solamente está bien
cuando acierta con el momento."

Para el propietario de la
sombrerería Petitgas, Copenhague.
20 de julio de 1988

La inmóvil concordancia de un recuerdo o una mirada de verano, lo que prefieras

Easle, clarividente,
inmiscuyéndose con su charla rapaz,
pese a todo presta atención
con el aguijón de la curiosidad
sobre la disposición de semantemas de
Pelícano:

Es un acorde de color
(no necesariamente una palabra malva)

"Una flauta que trina en una
esquina de Hamburgo y además un
poco deslustrada."

Pelícano admira el
umbral de la idea

y al pasar Easle por delante
extiende una mano:

"Ahí, ahí tendría que estar."
Y sabe que eso debería bastar
para aguantar al menos un rato.

Para Katharina la flautista,
Hamburgo.
22 de julio de 1988

La presente calamidad de la consciencia de 1815

Eleva la tierra imaginada
hasta la feria con bolas bajo la zarpa del león
donde,
si todo sale de acuerdo con el plan,
Waterloo el señor de la guerra arañará
el dobladillo con elegancia.

‘Temblé al oír el ruido
de los pasos, mi conciencia
estaba aterrada:
¿regresa Melonbrick?”

Stavemente dándole a la boca
como un enajenado: Pelícano cree

ce champ sinistre…
la fuite des géants.

Gatos y ratones ya pueden venir
a jugar

(y corretear haciendo demasiado ruido
por el pasillo)

Infieles de pensamiento
más ciegos que,
Oh, sí, mucho, mucho más ciegos que
topos.

Para Said, Bruselas.
25 de julio de 1988

Melonología sobre un melón

¿Este melón está bien?
se preguntó a sí mismo
Pelícano.
Ciertamente parece
trazar bien la curva,
si te lo pones en la mano parece correcto
(¿qué lectura haría Easle?)
Me recuerda
los días desafortunados en España.
Qué raro que allí
no tuvieran melones.

Escrito en un melón, París.
26 de julio de 1988

Cuando los pensamientos imprevistos regresaron a la hora del desayuno

… Ha de comer
de manera que abre la nevera para sacar
junto con el pan
un taco de mantequilla.

[Ilegible], París.
26 de julio de 1988

Pelicano transpira junto a su taza de té y decide intentar un conjuro

¿Es el ambiente del estilo
elegancia ambivalente?

"Ten", susurró Patter
y Pelícano sintió una
relajación.

Le encantaba la idea
Le dio vueltas a la idea
Y se rindió.

Y con vestido de noche
ella apareció ante sus ojos
mientras él los cerraba.

Para Lucy, Carcassonne.
3 de agosto de 1988

Revisión de la elegante cabriola de un lívido indolente

Muerto y a rastras
en una desafortunada
carrerilla,
desgarrado por un picador
a la vuelta de un [ilegible]
[ilegible]
la alteración:
"Metempsicosis gramatical"
[ilegible]
Aunque Pelícano afirma
haber visto más a través de aquella [ilegible]
tras el capote del matador.

Para Becky, después de una
corrida de toros en Madrid.
7 de agosto de 1988

El principio de Stave en relación con los principios de Pelícano, o algo parecido

La atención de un criminal
son los gestos que tiene Stave a mano
para intimidar
cuando se trata de cuestiones
de equilibrio personal e
interpersonal.

"He ido al borde
y he descubierto que podía hacer más
que simplemente asomarme."

Y parpadea como Waterloo
(ahora despacio)
mientras adelantándose a los hechos
Pelícano se pregunta si
él podría pensar así.

Si podría disfrutar de la conclusión.
¿Acaso Stave se detiene?
¿Es el prodigio del mañana
el mero recuerdo del ayer?
Pelícano descubre que está molesto.

Dejado en la Pensión Pérez,
Madrid.
11 de agosto de 1988

El ardid que puso la diferenciación del acento silábico por encima del arte

Pelícano tartamudeó
porque tartamudear es el
estorbo del habla
y Pelícano tartamudeó a propósito
porque era lo que quería hacer:
estorbar.

"Estás hecho polvo", dijo Easle,
poniéndose
un pelo en la palma de la mano.

A Stave la intención le molestó
sobremanera.

Pelícano siguió adelante
y entre disfrutes
fragmentó las letras
igual que fragmentaba el juicio
de su amiga.

Para Stefan, Toledo.
11 de agosto de 1988

Venta de tapices en octubre

Tal vez haya que considerar
el potencial de costura…

La suspensión de Quisling
(que sigue a continuación)
refleja su entrada invariable

… desde la perspectiva de Pelícano,
se entiende.

"Ve al remonte y
luego al sur y quédate al este."

Quisling se pierde con brújula,
un defecto de polaridades anticuadas
de cuando era joven.

Pelícano se deshace de todo.
Pero no es nada nuevo.

Quisling es el nombre de la historia.

Para unos desconocidos en un
tren a Niza.
26 de julio de 1988

El miércoles que Pelicano pensó que era domingo y eso hizo que Easle perdiera sus cartas

Enajenado en pensamientos anulares
reminiscentes de raíces de árboles del mango…

"Pero ¿son circulares?"
"Lo son desde mi ángulo"

y suenan las raíces del árbol del mango…

Pelícano confunde su propia imaginación
al probar la transustanciarión
en la marea vespertina
que sube dentro de su taza matinal.

Easle tira las cartas del tarot
y con los ahorcados y una luna moteada
suspendidos en el cielo
pide un taxi a los barrios altos.

El taxista sonríe estilo St. John.

"Oh Pelícano
(portentosamente o pre-repleto)
… el giro forma ¿qué?
¿Un pájaro, un avión? No…
¿El paráclito?"

Enviado a [ilegible].
1 de agosto de 1988

El razonamiento de Pelícano sobre la recurrencia del error en la correspondencia que acababa de dejar atrás

Con facilidad olvidadiza
el coqueteo olvidado
de los días sin forma
pasa de largo
y yo noto cómo vacilan
a veces
y susurran su acuerdo
de gestos livianos de cristal.

Me pertenecen a mí
y deambulan quietos con la irregularidad
del vino y las puertas
en mitologías construidas
de reflejos vespertinos
desaparecidos largo tiempo atrás.

Parajohanna, Roma.
14 de agosto de 1988

Lección de canto de cuando Beethoven se vino a pasear

Los colores roban
un vislumbre de elogio
y someten al humor orquestado
con tropos.

"He olvidado cómo se lee."

Easle está molesta con las puntadas
trícodificadas
del dobladillo de una cortesana… el
desembolso, fíjate.

"Y cuando aprendí a leer otra vez
lo que leí ya no era lo que había leído
antes."

Pelícano no escucha, solamente
contempla cómo la pastoral

se despliega en tonos de
tela a cuadros.

Para una chica holandesa que
llevaba una cruz franciscana y
hablaba italiano con acento del
sur. Me regaló un bocadillo a
bordo de un tren a Bríndisi.
15 de agosto de 1988

Cuando la excavación nos concedió una pausa y a menos veinte un ángel pasó por delante mismo de nosotros

Aquí en el paisaje
de trompetistas en pose
ante un toque de queda de milagros
colisionamos con una tónica comunitaria
de palabras, de silencio.

"Bueno" y ella dijo más
que bueno, pero este es el rodeo,
la bacanal circular a ritmo de cuatro por cuatro.

Se ha derramado el vino sobre el mantel:

una temporada
dos temporadas
tres temporadas

(No hay tiempo suficiente para contar
hasta
el
final)

suena el coro
suena Pelícano
suenan las notas que derribaron

en pedazos una muralla de conversación.

Para Claire,
Paxos, Grecia.
20 de agosto de 1988

La parábola (I)

Es una suerte
que te rieras
porque yo habría perdido
el norte.

Estas son las notas registradas
Estas son las líneas que reflejan
lo que una noche le tenía que decir
a la otra.

"Voy andando, miro,
y estoy convencido de que por mi lado pasa
un caballero
y lo que me llama la atención
son los gemelos de su camisa.
Es mi hermano. Es mi padre."
Este, declaró un recluso de Pelícano,
es el camino.

Para un capitán, Grecia.
23 de agosto de 1988

La razón (II)

Tu lugar está asegurado.
También la promesa.
También la muerte de Jacob.
Pero la línea no ha decidido
tu nombre.

Brinca. Brinca.
¡Ahí va! Esaú.

"Vendido", exclamó el tipo de cara negra
con un mazo manchado,
y dos hombres se adelantaron para recoger
lo que a Pelícano le pareció que debía de ser
el fonógrafo más feo que había visto nunca.

"Es un Edison"
Y lo era.
De modo que el nombre también tenía algo
que ver con corrientes
… ¿verdad?

Para la mujer del capitán, Grecia.
23 de agosto de 1988

La mentira (III)

Los blues muy, muy pesados
son absenta para mí
esta noche.

"Son las notas
y las fotografías en blanco y negro
con los bordes ajados
que tan bien quedan
—¿no te parece?—
con los metales."

"Estás perdido."
"Lo sé."
"Otra vez."
"Otra vez."

Poniendo el sombrero en gesto de pedigüeño
Pelícano recoge una moneda
y se deleita en el hecho
de que no es de latón sino de oro:

se podría convertir en un gemelo
o se podría usar para comprar algo.

Aunque para seros sincero,
jamás hubo moneda alguna
ni tampoco sombrero.

Para Spiros y Tatiana, Grecia.
23 de agosto de 1988

Luz humana desaparecida de la luz humana al amanecer

¿Acaso el dolor
siempre pasa el cerrojo humano de la puerta,
malinterpretando
la diferencia entre los nervios intactos
y la oquedad?

Tal vez, por ejemplo,
Pelícano tiene miedo.

(pasa a veces)

El asunto que él reivindica
es que no hay nadie
fno hay nadie a la vista de todos"

no veo
no oigo
no encuentro

Y sin embargo sí que siento esto,
todo esto,
como una úlcera en la tripa.

Para una camarera, Atenas.
25 de agosto de 1988

El precio de la casa de vecinos tiene que ver con cuestiones previas relacionadas con la residencia

La queja tenía que ver
con el hecho de si Pelícano
estaba o no sometido a su mujer.

"Como si ésa fuera una cuestión
que siguiera las reglas de hoy en día."
"¿Y eso?", preguntó un Stave diabólico
con el propósito tal vez de encontrar
una contradicción.
"¿Eso qué es?"

Los que ayer perdían el culo
por las novelas históricas
que me alquilan las palmas de las manos.

Pero siempre hay alquileres
y desvarios
y varios grados de ahorro
y Pelícano sabe

que en realidad él nunca alquiló.
Siempre compró directamente.

Para una joven francesa, Micenas.
Grecia, 28 de agosto de 1988

El susurro interior de las brisas que alborotan ligeramente los prados de color

El catecismo
siguió una protesta violenta
que siguió a la expresión inocente
de una idea errática.

Easle se negó a contar su
naturaleza pero sí que terminó diciendo:

“A ver, eso, eso es un truco imperdonable.”

La conmoción se acumuló,
con un clima zen-ético
dejando a los cuerdos
maravillosamente dispares.

Entretanto Pelícano tenía intención de
emprender
un tranquilo deambular por entre
hierbas de colores,

pero las hierbas eran
yesca encendida en sus ojos
y, Dios, qué migraña tan
formidable.

¿Qué voy a hacer?

Para un francés, Micenas.
28 de agosto de 1988

El principio que se mecía —balanceándose a un lado y al otro—, como una cuenta de un cordel, colgado entre pinturas

El precio no consiguió respetar
el efecto
que cuatro billetes alisados
dos monedas lisas de oro

junto con otras tres más pequeñas
de cobre
tuvieron sobre el mostrador.

“Pelícano, apaga la lámpara”
y él apagó con un clic
la bombilla de cuarenta y cinco vatios
que usaba para leer
y para ver por dónde iba.

"Shakespeare causa problemas.

¿Por qué? Pues simplemente porque
cuando yo era joven no lo entendía.

Jamás supe lo que estaba pasando.”

Para otro francés, Micenas.
28 de agosto de 1988

Un deseo de Pelícano

Las cavilaciones son mías,

el mundo

te lo dejo

a ti.

Para nadie, Olimpia, Greda.
31 de agosto de 1988

Ante Él, reuniendo líneas arguméntales que antes no conocía pero que justo le acababan de contar

La promesa pasajera
no fue más que un vistazo
que prometía justo eso…

y yo vi más
como de costumbre…
la oblación cumplida
por la visión de la navaja…

"De verdad creo que estás
haciendo trizas los límites"

La luz.

Querido Elihu:
Me estaba preguntando si podrías
reconstruir cierta sabiduría

relacionada con la decisión del viajero.

Pero el paso de otro viajero
hendió el paisaje y

venció a toda prisa la resistencia de Pelícano
con un abrazo

genuino

Para Camilla en el Youth Hostel,
Nápoles, Italia.
2 de septiembre de 1988

Más que un café: un verre d'eau

Si alguna vez hubo una pista a la que valiera la pena aferrarse
ésa fue el davo,
el punto más fuerte que a solas,
al principio,
fijó y recreó
la casa.

Pero Pelícano no era detective
y no siguió el proceso.

Su mirada era andana y plena
y al fin y al cabo la casa
de la que le habían hablado sus amigos
seguía en pie.

Tamborileó juguetonamente con los dedos
en la pared

—¡tap! ¡tap! ¡tap!—

Sonrió un poquito.

A él le paredó bien,
pero no finalmente,
sino sobre la marcha.

“El sitio en el que he estado.
Y el sitio en el que estoy”,
dijo, y con un suspiro
añadió:

"Algún día me gustaría volver allí,
aunque fuera sólo un rato
a beber algo caliente.”

Le Clou de París, Rué Danton,
París.
12 de agosto de 1990

C.

Collages

PHOBIA
(Sheehan after Ma
DINER
VIRGIN
Peanut Capi
SKYLIN
Project ID
8785
Ground-Air Em
Code
PM
PM
DOORWAYS
DNE??
Visitor
GATE ENTRY
TICKET
UCLA
SWA
ORIGINAL QUALITY MATC
BLAT
OLUMNS AND

N.° 1

Jack London
Jack London
Pelikan
4001
DAYS INN
WILLIAMSBURG
WHISKY
A GO-GO
PINK DOT

N.° 2

D.

Necrológica

A petición del señor Truant, hemos omitido el apellido de su padre, así como varios detalles más.

Los Editores

El piloto local Donnie ___ murió el domingo en la carretera ___ cuando el camión Mack en el que viajaba se incendió tras caer accidentalmente en una zanja. Según los atestados, el conductor, que sobrevivió al accidente, se había quedado dormido al volante.

El Sr. ___ fue un apasionado de la aviación toda su vida. Tal como dice su amigo R. William Notes: «Donde más a gusto parecía siempre Donnie era en el cielo».

Tras su nacimiento en Dorset, Vermont, el ___de 19__, la familia del Sr. ___ no tardó en mudarse a Marietta, Ohio, donde él se graduó en el instituto de secundaria ___. Después de pasar por la Fuerza Aérea, trabajó varios años como fumigador de cosechas en Nebraska, luego llevó un avión de correos en Alaska y durante un invierno pilotó un avión espía frente a la costa de Noruega. Acabó encontrando trabajo de piloto comercial para American Airlines, aunque en su tiempo libre le gustaba hacer exhibiciones de acrobacias aéreas en ferias regionales.

A finales del año pasado, el Sr. ___ decidió aceptar un puesto de piloto para ___ a fin de pasar más tiempo con su familia. Por desgracia, durante los exámenes físicos de rutina, los médicos descubrieron que había padecido sin saberlo un infarto cardíaco, tiempo atrás, probablemente mientras dormía. Los resultados se enviaron a Oklahoma, donde la FAA decidió suspenderle la licencia de piloto de transporte aéreo durante seis meses en espera de evaluaciones posteriores. Esta medida obligó al Sr. ___ a buscar trabajo en una compañía de camiones.

Le sobreviven su mujer, ___, y un hijo, ___.

Del ___ *Herald,* ___ de julio de 1981.

E.

Las cartas del Instituto Three Attic Whalestoe

El señor Truant desea hacer saber que aunque algunos nombres no se han borrado, muchos sí se han cambiado.

Los Editores

28 de julio de 1982

Querido niño:

He aquí tu madre, no del todo aquí, pero aquí a fin de cuentas. Para ella ha sido un año duro, pero qué duda cabe de que ha sido todavía más duro para ti.

El Director me ha contado que ahora tienes una familia de acogida. Ábreles tu corazón. Están a tu disposición. Te ayudarán a recuperarte de la muerte prematura de tu padre. También te ayudarán a entender las razones de que yo esté aquí.

Acuérdate de que tu madre te quiere a pesar de que su biología se esté viniendo abajo. Acuérdate también de que el amor no solamente vive en el corazón y en la mente. Si hace falta, se puede refugiar en el dedo gordo del pie.

Así pues, un dedo gordo del pie para ti.
Te quiero.

Mamá

30 de agosto de 1982

Querido niño:

¿Ya has cambiado de familia? No pasa nada. Me han contado que te entró una pataleta considerable, que tiraste cosas y dejaste tu habitación hecha un desastre. Tampoco pasa nada. En este mundo vale la pena dar rienda suelta a las pasiones.

No tengas miedo, que ya encontrarás tu camino. Lo llevas en la médula. Lo llevas en el alma. Tu padre lo llevaba. Y tu madre lo lleva (en exceso). Y tú lo llevas.

Si estuviera contigo ahora, te abrazaría y te mimaría y te moldearía con besos babosos igual que moldean a sus crías las gatas que viven en el monte.

Por desgracia, como el instituto Whalestoe
prohíbe esa clase de excursiones, nos tendremos que conformar con esta lengua de tinta.

Felicidades, mi feliz y felino hijo.

Te quiero,

Mamá

7 de noviembre de 1982

Mi dulce niño:

Sabía que encontrarías un hogar. ¿Ahora sí eres feliz? ¿Te dan chocolate caliente y trozos grandes de tarta de merengue de limón? ¿Te arropa tu nueva madre por las noches y te lee historias llenas de ópalos y jade?

Confío en que tu buena cabeza te impida despilfarrar demasiadas horas delante del televisor. Cuidado con ese ojo vago, que te está enseñando a morir.

El Director, que hace lo que puede para mantenerme al corriente de tus tribulaciones, me ha dicho que estás llevando la tragedia de tu padre con mucha naturalidad. Al parecer tu nueva familia te considera «lúcido», «sumamente listo» y «un lector muy potente», i Hay que ver! A tu padre le habrían salido ampollas de orgullo.

Tienes muchas cosas dentro que todavía están por descubrir. Siempre y cuando sigas luchando, examinando y explorando, alcanzarás una gloria fabulosa. Te lo prometo.

Te quiero,

Mamá

20 de enero de 1983

Querido Johnny :

A estas alturas ya habrías recibido un centenar de cartas más si el Director no me hubiera «recomendado encarecidamente» que redujera mi tarea epistolar. Parece ser que tu nouvelle mère planteó objeciones a la naturaleza entrometida y polémica de mis comunicados. Y, en fin, por mucho que me cueste admitirlo, lo más seguro es que tenga razón. Lo mismo digo del Director (que es un buen hombre). No te conviene que te trastorne la loca de tu madre. Lo que necesitas es construir ima vida nueva y sólida.

Como escribió el viejo Goethe: «¿Quieres llegar a tener una vida noble? Pues no vuelvas la mirada hacia el pasado, y aunque haya cosas que se pierdan, haz siempre como si fueras un recién nacido».

Abre tu corazón a la amabilidad y la estabilidad que te ofrece tu nueva familia. Eso siempre te ayudará mucho, y en cuanto a mí, yo lo que quiero es servir a ese propósito.

Feliz año nuevo. Te esperan
cosas buenas.

Ya sabes que te quiero mucho.

Mamá

14 de febrero de 1983

Queridísimo muchacho:

Has heredado de tu padre la pasión por la extravagancia. ¿Otra familia? Para tener once años está claro que no te falta coraje. ¿Sabes que cuando naciste todas las enfermeras se quedaron absolutamente deslumbradas ante tus encantos y que todas sin excepción dijeron que se te veía sabiduría de persona mayor?

Hasta hoy no me ha contado el Director lo tremendamente infeliz que eres con tu familia nueva. Me ha dicho que te has escapado dos veces. Dios bendito, Johnny, ¿adonde va un niño de once años durante tres días? Me ha contado que te encontró un policía en un parque comiendo salchichas que habías asado con una lata de Stemo. ¿Es eso cierto? Eres duro de pelar, ¿eh? Qué astuto mi niño, y qué lleno de recursos.

Mándame una postal si quieres. Me encantaría saber aunque sólo fuera un detalle de esa fuga.

(Pero si prefieres mantener el silencio, lo entiendo perfectamente. Estás en tu derecho y yo lo respeto.

Te lo prometo.)

Hagas lo que hagas, no desesperes. Eres una persona excepcional y necesitas la compañía de otra gente igualmente excepcional. El tiempo te dará el sitio que mereces. Siempre pasa. Confía en mí.

Ojalá pudiera estar contigo para lamerte las heridas, tragarme tu dolor y repararte entero con mis besos. C'est vraiment triste. En fin, el cachorro tendrá que conformarse otra vez con las palabras escritas.

Feliz día de San Valentín.
Te quiere como siempre,

Mamá

17 de abril de 1983

Querido hijo:

No creas que no te escribí en marzo. Lo que pasa es que estaba escribiendo mal. Y nuevamente

por consejo del Director (que es un hombre decente), no te mandé mis notas. El me señaló, con razón, lo poco adecuados que podían ser algunos temas para un chaval de tu edad. Soy una boba. Siempre se me olvida que sólo tienes once años y me pongo a tratarte como si fueras adulto. Tal vez en algún momento del futuro compartiré contigo mis pensamientos de las últimas semanas y tú me podrás aconsejar sobre todo ello. Hasta entonces, tú dedícate a saborear tu juventud y yo, aunque en ausencia, haré lo que pueda para protegerla.

Me alegro de enterarme de que por fin te estás asentando. En este mundo se pueden comer cosas mejores que salchichas a la lata de Stemo. El Director me cuenta que te llevas bien con tu nuevo tutor —¿un ex marine?— y que además tienes hermanos y hermanas. Confío en que esto signifique que has conseguido procurarte un mínimo de felicidad. (¿Procurarte? ¿Conoces la palabra? Si no, déjame que te aconseje por lo menos en un sentido: recurre a un diccionario y ya no dejes nunca de recurrir a él incansablemente.)

Nunca descuides tu mente, Johnny. Naciste provisto de unas facultades considerables. Te mando varios libros, incluido un Diccionario de Inglés Oxford Abreviado. Es posible que ahora mismo los de poesía sean demasiado avanzados para tu edad, pero con el tiempo tu curiosidad desvelará sus secretos.

Eternamente tuya,

Mamá

9 de mayo de 1983

Mi dulce, dulce criatura:

¡Cuánto te lo agradezco!

Tu carta me llegó la semana pasada —¡la primera!— y sigo como una magdalena. ¿Quién habría pensado que un chico tan joven triunfaría allí donde fracasó Ponce de León?

Tampoco me habría imaginado nunca cómo tus tiernas palabras iban a ser tan beneficiosas para mi maltrecho corazón. He estado caminando por las nubes, bailando en el aire, sonrojándome como una colegiala con calcetines de color verde oscuro hasta las rodillas. ¿De verdad quieres tanto a tu madre? Voy a guardar esta carta para siempre, y aunque nunca más me mandes otra, ésta siempre me devolverá la salud. La llevaré encima como si fuera mi corazón. Se convertirá en mi corazón.

Más besos de los que puedes contar,
Mamá

21 de junio de 1983

Mi dulce Johnny:
—bambino dell'oro—

Naciste el día más bañado por el sol y siempre has sido y serás mi luz.

Feliz cumpleaños.
Con todo mi amor,
Mamá

19 de agosto de 1983

Mi venerado Johnny:

Anoche soñé contigo. Tenías unas manos largas que relucían bajo la luz de las estrellas. No había luna, pero tus brazos y piernas parecían hechos de agua y cambiaban con las mareas. Eras muy hermoso y elegante, todo azul y blanco, y tus ojos, igual que los de tu padre, estaban infundidos de una magia extraña.

Resultó reconfortante verte con tanta fuerza. Los dioses se congregaron a tu alrededor y te presentaron sus respetos y te adoraron y te ofrecieron regalos que tu madre era incapaz de imaginarse siquiera, no digamos ya permitirse.

Algunos dioses te tenían celos, pero yo los ahuyenté. Los demás se mantuvieron cerca de ti y dijeron muchas cosas sobre tu futuro.

Por desgracia, el suefio no me permitió oír las palabras exactas. Solamente me fue concedida una impresión, ¡pero qué impresión!

Por supuesto, los sueños son cosas engañosas, pero éste parece tan lleno de presagios positivos que he decidido contártelo aquí.

Que tengas un verano lleno de cerveza de raíces, diversión y juegos.

Con ingentes cantidades de amor,
Mamá

29 de septiembre de 1983

Querido luchador:

¡Otra carta llena de efusión! ¡Ya van dos! Salomón fue un hombre pobre. Y, sí, yo te lo devuelvo todo y mira qué intereses recibes en cuestión de pocos días.

No te preocupes por las peleas del patio de la escuela. No puedes esperar que te entienda el Marine Raymond, qui patriam potestatem usurpavit. A ti siempre te ha corrido fuego por las venas. Es natural que, de vez en cuando, parte de ese calor tremendo te fragüe puños de cólera.

Sin embargo, déjame que corrija un malentendido: esa cualidad no te viene de tu padre ni de su familia. Tu padre era un hombre sumamente amable que ni una sola vez se enzarzó con violencia, ni siquiera de forma verbal, con otra persona, ya fuera hombre o mujer. Y eres del todo consciente de que lo que más le gustaba en el mundo era volar. El único conflicto que tenía era con la gravedad.

Me temo que la responsabilidad de tu repentino interés por el pugilismo (acude a tu Oxford Abreviado) recae de lleno sobre las espaldas de tu madre y su belicosa familia. Procedes de una larga estirpe de agresores. Algunos valerosos y otros directamente granujas. Ciertamente, si alguna vez decides diseñarte un emblema, no podrás hacerlo de forma adecuada sin incorporar por lo menos algunas de las armas de Marte, junto con toda la simbología de carnicería y derramamiento de sangre que las acompaña.

Tengo pocas dudas de que tu ansia actual de combate físico es resultado de este cuestionable legado genético. Haz lo que debas, pero date cuenta de que la fuerza más poderosa que existe es el autocontrol. Cuanto más aprendas a controlar tus impulsos, más crecerá tu potencial.

Te adora y siempre te amará,
Mamá

15 de octubre de 1983

Queridísimo Johnny:

Qué hermosas palabras tienes dentro y qué armoniosamente las colocas y con qué sabiduría las dispones. A papá le habría agradado mucho leer algo tan elegante, sobre todo viniendo de su hijo de doce años. Posiblemente se hubiera mosqueado un poco por algunas de las ideas que, estoy segura, no habría entendido. (¿Eso del niño cambiado al nacer lo encontraste en el Oxford Abreviado?)

Tu madre te echa terriblemente de menos. El Director dice que nunca me ha visto mejor y que cree que hasta puede llegar un día en que tú y yo nos veamos cara a cara Hasta entonces, debo practicar la distancia corporal. Mi espíritu desprovisto de pareja vuela hacia ti, para protegerte de todo daño e iluminar tus momentos oscuros, ahora y hasta el fin de los tiempos.

De quien más te quiere en el mundo,

Mamá

24 de diciembre de 1983

Mi querido y unico hijo:

El Director acaba de contarme que después de las vacaciones te mudas a otra escuela. Me ha sorprendido enterarme por él y no por ti.

Nunca has de tener miedo de contarme tus problemas. Cuéntamelo todo. Yo siempre te estaré agradecida por todo lo que hagas. No es el qué hagas, sino el hecho en sí de hacerlo, lo que me proporciona un éxtasis tan continuado. Jamás has de temer palabras de furia por mi parte. Te lo prometo.

Parece ser que tus puños se niegan a descansar. ¡Quince batallas en una sola semana! ¿Es eso cierto? Caramba, qué espíritu tan vigoroso tienes. Hasta el Marine Raymond debe de estar orgulloso.

¡Mi pequeño guerrero vikingo! ¡Que todos los monstruos tiemblen! Que reine la alegría en los salones de banquetes del mañana. Pronto llegará su vikingo. Micel bij) se Meotudes egsa, for J>on hi seo molde oncyrreS.

(Para desvelar esto no bastará con tu diccionario. Tendrás que repasarlo cuando hayas adquirido unos rudimentos de inglés antiguo. Creo que lo he escrito bien).

Pero bueno, si necesitas pegar, no seré yo quien te lo prohíba. Simplemente recuerda que las palabras pueden exceder la potencia de todos los golpes. En algunos casos pueden ser letales. Y en circunstancias muy determinadas, hasta inmortales. Pruébalas ahora y luego úsalas con tus enemigos.

Te querré y te adoraré siempre,
Feliz Navidad,
Mamá

15 de marzo de 1984

Mi querido y venerado Johnny:

Perdona a tu madre. La noticia de tu ingreso en el hospital me llevó a una conducta autocompasiva que no ayuda a nadie, y menos a ti. Lo siento mucho.

Durante un día tu madre incluso fue Ubre. De tan alterada como estaba por los infortunios de su hijo, se escapó de esta vieja casa señorial inglesa en busca del culpable de sus tormentos. Y como estaba lloviendo y tronando, el Director asegura que hasta superé a Lear. Ni las centellas pudieron hacer palidecer mi furia.

De hecho, tan grande era mi furia que los enfermeros tuvieron que ataviarme con un traje de lona para que no los lesionara a ellos ni tampoco me infligiera más daños a mí misma. Por fin el Director me modificó la medicación y hasta me la aumentó.

Al final estas medidas surtieron efecto y mi odio se vio atenuado (no así mi dolor). Por

desgracia, lo mismo pasó con mi capacidad para funcionar de forma coherente, de ahí mi silencio durante tus momentos difíciles.

Cuando tú más me necesitabas, te he fallado.

Lo siento mucho y me avergüenzo. No volveré a comportarme así. Lo prometo.

El tiempo lo cura todo, dicen. Sin embargo, si ahora mismo fuera Ubre me iría directa al Marine Raymond y acabaría con él. Estoy segura de que hasta tu padre, con lo pacífico que era, habría recurrido a la violencia.

Anhelo oír los detalles de tus tiernos labios. Por favor, escríbeme en cuanto puedas y cuéntamelo todo. Te aseguro que te irá bien contarlo. ¿Es verdad que te rompió la nariz? ¿Que te partió los dientes? ¿Sigues teniendo contusiones en la cara?

Confieso que el mero hecho de tener que escribir estas preguntas me crea un tumulto en los salones del alma. Nada me gustaría más que arrancarle el hígado a tu supuesto protector y obligarle a comérselo entre bufidos de rabia. Puede ir comiéndoselo de

camino al Hades, ese marine de las narices. Pero como mis propias confusiones lo protegen de mi cólera —¡maldición!—, invocaré a Hécate en sus profundidades carontianas y, valiéndome de escama de dragón y ojo de nutria, todo ello hervido en sangre de sacerdotes asesinos y en la hiel de Clitemnestra, formularé una enorme maldición que vuele directa llevada por los vientos oscuros y se aposente de inmediato en su cuerpo, mordiéndole de día la carne y royéndole de noche los huesos, hasta que dentro de muchos meses, cuando falte un momento para que expire la chispa final de la consciencia, él haya presenciado su propio desmembramiento total y el marchitamiento de todos sus miembros y órganos.

Y tal como se escribe, se hace. La maldición está formulada. Fuit Ilium.

Y ahora ves sin duda que tu madre está loca.

Ira furor brevis est.

(Aunque en el caso de ella, no tan breve.)

Por lo menos ahora tendrás una nueva familia.

Y confiemos en que ésta sea graciosa y compasiva.

Tu madre te repara con besos
y suaves caricias,
Mamá

22 de abril de 1984

Mi querido y delicioso Johnny:

Estoy infinitamente contenta de enterarme de que sigues recuperándote, pero completamente confundida por lo que dices a continuación en tu carta. ¿Qué quiere decir que sigues con la misma familia? ¿Y cómo es posible que nadie te crea? ¿Es que no basta con los dientes partidos?

Un viento maligno agita el corazón enjaulado de tu madre.

También me inquieta el hecho de que no quieras contarme nada más del incidente. Las palabras te curarán el corazón. Aunque acabes haciendo caso omiso de todo lo que te he dicho, créete una cosa al menos: que son tus palabras y solamente tus palabras las que te curarán el corazón.

Cuánto te quiero, divina y preciosa criatura. Por favor, escríbeme pronto y ábrele el alma a tu madre. Comparte todos tus secretos y sobre todo divulga el hecho de que el hombre que estuvo a punto de quitarte la vida sigue conservando el rol de padre. ¿Acaso no conoce el destino de Claudio o de Ugolino?

Con interminable amor y devociones,
Mamá

3 de junio de 1984

Mi adorado Johnny:

He decidido no cuestionar tu silencio. Te estás convirtiendo rápidamente en un hombre y no soy ciega al hecho de que mis encomios, mi amor y mi fe (por no mencionar mis bobas maldiciones) importan poco comparadas con las iniquidades del mundo que afrontas a diario.

Si te ofendí con mi última carta, te ruego que tengas a bien perdonarme. Es solamente el amor lo que me ha llevado a exigir una revelación total de tus experiencias.

Sin embargo, tú mejor que nadie sabes lo que te conviene, y yo prefiero morir antes que dañar de alguna manera la fe que tienes en ti mismo.

El amor lo es todo,
Mamá

26 de junio de 1984

Querido Johnny:

Tus frases formulan sortilegios. Otra vez has convertido a tu madre en una colegiala boba. Igual que la Faith de Hawthome, me pondré cintas de color rosa en el pelo y someteré a todos los presentes, incluyendo por supuesto al bueno del Director, a una narración completa de tus prodigiosas hazañas.

Tu carta no es papel y lápiz. Es cristal, un cristal perfectamente esmerilado dentro del cual puedo contemplar infinitamente a mi apuesto muchacho disparando flechas como si fuera Apolo, trepando por acantilados igual que el ágil y siempre astuto Odiseo, superando de forma nada

sorprendente a sus pares en locas carreras por las orillas del lago de color turquesa que me has descrito… ¡Hermes correteando nuevamente por la Tierra! Y para acabar de rematarlo, una cometa que tú mismo construiste, todavía a la deriva por entre los templos del Olimpo.

Igual que Donnie, naciste con el viento bajo las alas.

He colgado con cuidado tus cintas azules de mi cómoda para poder verlas cada mañana y cada noche. Y también cada tarde.

Con ampollas de amor en el corazón,

Mamá

P.D.: Cuando vuelvas del campamento te encontrarás tu regalo de cumpleaños.

7 de septiembre de 1984

Queridísimo Johnny,

Aguantar dos meses sin saber nada de ti y luego por fin enterarme de unas noticias tan terribles me ha dejado hecha pezazos.

Si ahora pudiera, te llevaría a los húmedos túneles del submundo y te sumergiría dos veces en la laguna Estigia para que ni tu cabeza ni tu talón —sobre todo el talón— pudieran volver a sufrir jamás los innobles insultos del dolor.

Ten en cuenta, sin embargo, que tu madre es una lectora infinitamente más sutil de lo que tú estás dispuesto a reconocer. Cuando el Director me informa de algún delito de lesiones perpetrado por ti (?) / infligido sobre ti (?) durante el recreo en el patio de tu instituto, y sin embargo en tu carta tú ni siquiera mencionas esas travesuras, y únicamente aludes a los problemas que tienes con ese lacayo de los demonios que se atreve a arrogarse el título de patriarca, yo sé de quién ha sido la mano culpable que ha hecho daño a mi único hijo.

Te juro que no entiendo tu prolongado silencio sobre esta cuestión, pero tengo que poner mi fe en tus instintos. Pese a todo, no seas tan descortés conmigo como para menospreciar mi capacidad de interpretarte, de captar tus señales, de descifrar tus códigos. Eres carne de mi carne. Te conozco perfectamente. Te descifro a la perfección. Las razones de que te escaparas al campo y vivieras allí ocho días —un ser anónimo, inexistente, un superviviente— no constituyen ningún secreto para mí.

Está claro que tienes unas habilidades tremendas que te permiten sobrevivir en esas circunstancias de privación, pero date cuenta de una cosa, Johnny: tus habilidades te pueden llevar mucho más lejos que eso. Solamente tienes que creértelo y entonces encontrarás una escapatoria mucho mejor.

No te apoyes en los puños (basta de reyertas), evita la televisión, no sucumbas a los prodigios fáciles e inadecuados del alcohol y las pastillas (si no te han encontrado ya, esas tentaciones te encontrarán pronto), y en última instancia, no confíes tu futuro a los límites de tu progreso.

Lo que tienes que hacer es apoyarte en las capacidades de tu mente. La tuya es especialmente poderosa y te liberará de prácticamente todos los infiernos. Te lo prometo.

Hige sceal j?é heardra, heorte J>é cénre, mód sceal J)é märe, J)é üre maegen lytla<5.

Y por favor, no vayas a creer que mi mala interpretación viene de otro lugar que no sea de los aspectos más profundamente sentidos de mi afecto.

Con todo mi amor y atención,
Mamá

14 de octubre de 1984

Querido Johnny:

Qué idea tan excepcional. Ya sabía yo que se te ocurriría algo. Y no escatimes en tus intentos. Manda solicitudes a todos los internados que puedas.

Y en cuanto a ese bobo de Raymond, que insiste en llamarte «bestia», deja que su ceguera te proteja.

El no puede hacer nada para impedir algo que no se espera.

Eres la presencia maravillosa que los años que tienes por delante le enseñarán al mundo a atesorar. Recuerda, si esto te reconforta, y espero que así sea, que cualquiera que intente encerrar y sepultar tu alma (puesto que las palabras son a tu alma lo que las hojas son a las ramas) se encontrará atrapado en mi ira y perecerá. Solamente aquellos que se pongan de tu lado serán recordados con cariño y bendecidos.

Honi soit qui mal y pense.

Con amor desatado,

Mamá

7 de marzo de 1985

Querido y dulce Johnny:

Sigo viva. Por desgracia, el crudo invierno no le sentó bien a tu madre, sino que la devolvió al estado que la había traído a este lugar, el mismo estado contra el que tu resplandeciente padre luchó con tanta nobleza.

Todo el mundo de aquí, sobre todo el honrado Director, me trató con amabilidad y atención, pero aun así sus esfuerzos no lograron alejarme de mi salvaje y a menudo, lamento admitirlo,

alucinada condición. Triste pero cierto: a veces tu madre oye cosas.

Non sum qualis eram.

Por lo menos el pensar en ti me trajo algún momento de paz. La mera mención de Johnny evocaba dulces recuerdos de praderas empapadas de lluvia, ramitas de menta en el té y barcas de vela trazando estelas de fosforescencia a media noche: toda la historia de las estrellas reflejada fugazmente en la Bahía.

Mi encantador hijo: por favor, perdona el silencio de tu madre. El Director no me enseñó tus cartas hasta ayer. Me siento fatal por haberte abandonado de esa manera y al mismo tiempo orgullosa de que hayas seguido progresando tanto.

Ahora mismo estoy demasiado cansada para escribir una carta larga, pero no temas, que muy pronto tendrás noticias mías.

Te quiero,
Mamá

13 de abril de 1985

Mi prodigioso hijo:

En cuanto te has puesto a ello, voilà, lo has conseguido. Ahora lárgate de ese sitio lo antes posible. Eres libre.

Con amor y orgullo,

Mamá

11 de mayo de 1985

Queridísimo y devoto Johnny:

¿Es posible? ¿De verdad voy a verte dentro de diez días?

Después de tantos años, ¿acaso podré por fin maravillarme de tu cara y tocarte las manos y comprobar yo misma la dulzura de tu voz?

Estoy danzando en espera de tu llegada. La gente de aquí cree que me he vuelto loca de verdad. Cuesta creer que hace un afio no estabas en ninguna parte y ahora vas a marcharte a Alaska a pasar el verano y luego vas a ir a un internado.

Admito que estoy un poco nerviosa. No juzgues a tu madre con demasiada severidad. Ya no es la muchachita que fue en el pasado, por no mencionar el hecho de que también ella vive en una

institución.

Date prisa. Date prisa. No voy a poder dormir hasta que te tenga a mi lado contándome todas tus aventuras y planes.

Con demasiado amor para
que lo puedan contener las palabras,

Mamá

---

24 de julio de 1985

Querido Johnny:

¿Dónde estás? Ya han pasado casi dos meses desde tu visita y me asalta el extrafio presentimiento de que algo no va bien. ¿Fue acaso tu partida lo que pareció ofrecer una nota discordante? La forma en que le diste la espalda a tu madre y solamente miraste atrás dos veces, y eso que dos veces deberían haber sido más que suficientes, al fin y al cabo fueron demasiadas para Orfeo. Sin embargo, esas dos miradas parecieron transmitirle a mi corazón el mensaje de que algo iba mortalmente mal.

Si nunca te fueras.

¿Estoy siendo una boba? ¿Está tu madre teniendo un ataque de pánico por nada? Dímelo y me callaré. Lo único que necesito es que me tranquilices mandándome una carta escrita con tu exquisita caligrafía, o por lo menos una postal. Dile a tu madre, queridísimo hijo, que todo eso no son más que bobadas.

Qué éxtasis supuso tenerte aquí conmigo. Espero que no te trastornaran mis lágrimas. Simplemente no estaba preparada para encontrarte tan hermoso. Igual que tu padre. No, igual no: más. Más hermoso que tu padre. Qué absurdo oír que aquel espantoso marine era *capaz* de pegarte como a un animal y de calificarte de bestia. Qué rasgos tan perfectos, qué ojos tan deslumbrantes. Qué cargado con la chispa de la inteligencia y al mismo tiempo qué cálido y bafiado en la savia de la vida. Me diste la misma impresión que dan los ancianos más sabios, pese a ser todavía tan notablemente joven.

Hay gente que refleja la luí y otra que la desvía, pero es que tú, por algún milagro, pareces acumularla. Incluso después de que entráramos y dejáramos al tosco sol en los jardines, las sombras de la sala de recreo no consiguieron mitigar tu resplandor. Y pensar que este rasgo casi sobrenatural de mi único hijo no es sino el más pequeño de sus prodigios.

Tu voz; y tus palabras siguen resonando en mi interior como un himno de la Antigüedad capaz, de vivir eternamente por sí solo en las arboledas y los claros de las viejas montañas, en los bosques negros, en las olas de los mares muertos y en los lugares a los que el progreso no ha llegado. En la tradición de todo lo que existió mucho antes de que se inventara el módem o el supermercado veinticuatro horas, tus narraciones detuvieron el viento y el canto de los pájaros

como si la misma naturaleza lo hubiera ordenado, sabiendo que tenías dentro una magia preservadora y digna de todos nosotros.

Donnie tenía momentos así. Cuando hablaba de volar —su único amor verdadero— también él podía detener el mundo entero. Tú, en cambio, pareces lograrlo con todo. Es un don estupendo, excepcional, y sin embargo no sospechas ni remotamente que lo tienes. Has escuchado a tiranos y has perdido la fe en tus cualidades. Y lo que es peor, la única que te dice algo distinto es una loca encerrada en el manicomio.

¡Cielo santo, menudo desastre!

Tal vez; tu nueva escuela te aclare las ideas.

Con suerte, allí hasta habrá buenos profesores que te ofrezcan las atenciones que necesitas. Tal vez; incluso el estado de tu madre mejore lo bastante como para que puedas empegar a tomártela en serio.

Una mala noticia: se ha marchado el antiguo director. El nuevo parece indiferente a mis patrones emocionales. Lamento decir que está convencido de que mi convalecencia requiere restricciones mayores. Aunque dudo que jamás lo admita, el Nuevo Director adopta un aire despectivo siempre que se dirige a mí.

Oh, Johnny, podría pasarme días escribiéndote estas cosas. Qué feliz me hizo tu aparición. Por favor, escríbeme y dime que tu visita no estropeó lo que sentías por mí.

Tu madre te quiere igual que los antiguos
navegantes amaban las estrellas.

23 de agosto de 1985

Querido hijo, el único que tengo:

Tu madre necesita saber de ti. Se ha quedado sin aliados. El Nuevo Director no presta atención a sus súplicas. Los enfermeros se ríen a sus espaldas. Y lo peor de todo es que ahora se ha apagado la única luz que la guiaba. Ni una palabra, ni una señal, nada de nada.

Rememoro tu visita en cada momento que paso despierta. ¿Acaso me lo imaginé todo? ¿Acaso te quedaste decaído, avergonzado, decepcionado, decidido a marcharte para siempre y rechinando los dientes hasta que el reloj tuvo la amabilidad de dejarte marchar? ¿Y yo? ¿Acaso yo vi todo eso y confundí tus sonrisas y tus risillas con ejemplos de amor, afecto y devoción filial? No entiendo nada. Todo se me escapa.

Por lo menos no dejes que en la tumba de tu madre falte la compañía de ese conocimiento que ella anhela. Si tienes planeado abandonarme, por lo menos ten esa última consideración conmigo.

Con las muñecas rotas.

Tu llorosa y terriblemente
confusa madre.

5 de septiembre de 1985

Queridisimo Johnny:

Estoy haciendo lo que puedo para aceptar tu decisión de dejarme sumida en este silencio. Oírlo hace que me sangren los oídos. El nuevo director no quiere que use cera de velas para protegerme de su sonido. (Que es lo más parecido a la levedad que puedo conseguir.)

Me acuerdo de cuando tu padre me llevaba a volar. Yo no iba muy a menudo. La experiencia siempre me dejaba agitada durante días. El, sin embargo, siempre lo hacía todo con mucha calma y delicadeza. Llevaba a cabo los preparativos para el vuelo con meticulosidad de pediatra y en cuanto despegábamos, a pesar del bramido del motor, trataba todos aquellos miles de millas como si fueran un susurro.

Yo siempre llevaba tapones en los oídos, pero jamás conseguían protegerme del ruido. Donnie, en cambio, ni lo notaba. Sinceramente, no creo que oyera para nada el traqueteo ni el azote del viento ni los espantosos ruidos de sacudidas que hacía el avión cada vez que cruzaba una bolsa de aire particularmente rebelde. Era el hombre más pacífico que he conocido nunca. Sobre todo allí arriba.

Ni siquiera dejó de mostrarse tranquilo y cariñoso durante aquel día espantoso y caótico en que no le quedó más remedio que traerme aquí. Para entonces ya tenía el corazón roto, aunque todavía no lo supiera, nadie lo sabía, y aun así su contacto seguía siendo gentil y sus palabras igual de suaves que su forma de pilotar la avioneta muy por encima de las nubes.

Ojalá yo pudiera tener esa paz ahora. Ojalá no tuviera que oír ese traqueteo y ese bramido y ese grito que es tu silencio. Ojalá pudiera ser él.

Siento que vieras lo que viste en mí. Siento haberte hecho escapar. He de entenderlo. He de aceptarlo. He de dejarte ir. Pero me cuesta. Tú eres lo único que tengo.

El amor es amor y más,
Mamá

14 de septiembre de 1985

Oh, mi querido Johnny:

Tu madre se siente más boba que nunca. Confío en que quemes mis últimas cartas. Qué desesperadas y qué poco merecidas. Por supuesto que estabas ocupado. Ese asunto del envasado tiene una pinta terrible. Solamente la descripción que haces del hedor me va a tener semanas oliendo a pescado.

La próxima vez que me ofrezcan salmón me lo pensaré dos veces, aunque tampoco se puede decir que en el Whalestoe tengan precisamente tendencia a servir porciones cocidas a fuego lento

y servidas con una cucharada de salsa de eneldo.

Todavía más vergonzoso que mis lloriqueos lamentables y patéticos ha sido el hecho de no considerar siquiera la posibilidad de que tú también estuvieras padeciendo tus propias aventuras y tragedias.

Tu descripción del hundimiento del pesquero me ha dejado sin habla. No me quito de la cabeza tus expresiones ni sus imágenes correspondientes. El agua fría que te lamía los tobillos y amenazaba con hundirte en las «praderas heladas que se extendían hasta el horizonte como un millón de páginas azules», o «una carrera desesperada de diez segundos a un bote salvavidas en la que de pronto el octavo segundo dice que no», y por supuesto, lo peor de todo, «dejar atrás a alguien que no era amigo mío pero que podía haber acabado siéndolo».

Tienes toda la razón. Perder la posibilidad de algo es exactamente lo mismo que perder la esperanza, y sin esperanza nada puede sobrevivir.

Qué lleno estás de valerosas ideas. Y no son en balde. Debo decirte que por un momento tus palabras han conseguido mantener el barco a flote y los pulmones de tu haitiano llenos de aire.

Para animar un poco la conversación, te digo que estoy muy contenta de que hayas conseguido evitar esas peleas. La ocasión que me describes en que te fuiste de la planta envasadora demuestra gran coraje y

madurez. Tu madre está henchida de orgullo por la fuerza que está adquiriendo su hijo.

Los estudios te van a reportar incontables placeres. Te lo prometo.

Con amor y estima eterna,
Mamá

P.D.: Me da miedo que el nuevo director insista en leer mis cartas. No quiere admitirlo directamente ante mí, pero por algunas cosas que dice, junto con ciertos manierismos, sospecho que tiene intención de estudiar y censurar mi correspondencia. Mantente alerta. Puede que necesitemos encontrar una vía alternativa para comunicamos.

19 de septiembre de 1985

Queridísimo Johnny:

Esto es bastante urgente. He hecho que un enfermero me eche esta carta al correo. El la llevará fuera del recinto del Whalestoe y así nos ayudará a evitar la mirada indiscreta del Nuevo Director.

Tal como indicaba en mi última carta, cada vez desconfío más del personal de aquí, sobre todo en lo tocante a mis atenciones personales. Necesito saber que podemos intercambiar correspondencia sin injerencias.

De momento lo tínico que necesito que hagas es poner en tu próxima carta una marca de «visto» en la esquina inferior derecha. De esa forma sabré que has recibido esta carta.

No hagas la marca de visto demasiado grande ni demasiado pequeña o el Nuevo Director sospechará. Es un hombre extremamente astuto y captará cualquier intento de dejarlo al margen.

Así pues, limítate a hacer una marca sencilla; será nuestro pequeño código, muy cómodo y sin embargo muy rico en materia de comunicación.

No te demores. Responde a tu madre deprisa. Necesito saber si ese enfermero es de confianza. En general, son una gentuza bastante sórdida. Se supone que me tienen que hacer la cama todos los días. Pues ha pasado una semana desde la última vez; que tocaron estas cosas azules deshilacliadas que tienen la audacia de presentar como sábanas.

Con amor y agradecimiento sincero,
Mamá

30 de septiembre de 1985

Mi adorado niñito:

Jamás habría imaginado que una marca tan inocua fuera a hacer que tu madre se sintiera tan poderosa como Batwoman.

¡Hemos encontrado un sistema!

Y hay más: ahora tu madre sabe cómo mejorar para poder abandonar de forma permanente el Whalestoe. He encontrado las tijeras capaces de cortar las cintas negras que me atan como a una muñeca china, que me ciegan como a aquella vieja muñeca española que antes guardaba en las buhardillas de un desván de fantasía donde los dos esperábamos nuestra ejecución.

Por supuesto, los detalles me los tengo que callar.

De momento. El Nuevo Director no sabe nada de mi descubrimiento. Es astuto, pero tu madre lo es más, y lo que es más importante, soy muy paciente.

Voy pasando los días tal y como siempre los he pasado, con la diferencia de que ahora he entendido la razón de mi encarcelamiento y la forma de salir de él. Si hubiera podido entender todo esto cuando tu padre vivía, le habría ahorrado a su corazón toda esa carga y esa lucha. El tiempo nos depara cosas extrañas.

Resulta atroz; que hasta ahora jamás me imaginara en qué se basa el poder que tienen sobre mí. Tu padre tenía buenas intenciones cuando me trajo a este Antro Infernal, pero no es lo que él había supuesto que era. Está lleno de víboras y de sapos venenosos. Si he de escapar, tenemos que ir con mucho cuidado.

En cuanto a tus inquietudes, no te preocupes demasiado. El inicio de las clases siempre es duro.

Amor, amor, amor.
Mamá

4 de octubre de 1985

Queridisimo Johnny:

¡Una terrible noticia!

Esta misma mañana el Nuevo Director me ha llamado a su despacho para una consulta especial, algo bastante poco habitual, sobre todo antes del desayuno. Se ha pasado veinte minutos repasándome la medicación, revisando hasta la última tableta y el último nombre, así como el propósito de cada sustancia química que me exigen que ingiera a diario, para recalcar antes de concluir cada minuto que no me corresponde a mí decidir lo que he de tomar y lo que no.

Pero no se ha acabado ahí la cosa. Créeme cuando te digo que no estoy faltando a la verdad a fin de reforjar mis argumentos. ¡El Nuevo Director me ha clavado su mirada de ojillos de rata y ha sacado a colación la cuestión de estas cartas para insinuarme que es posible que te esté escribiendo demasiado y agobiándote! ¡Agobiándote! ¡Imagínatelo!

La verdad es que no me habría molestado tanto de no haberme preguntado a continuación por qué me sentía obligada a pedirle a un camillero que me echara las cartas al correo.

¡Nos han descubierto! Ya te dije que los camilleros de aquí eran gentuza. No se puede confiar en ninguno de ellos.

Por desgracia, eso significa que tu madre ha de encontrar otro método de comunicación, lo cual supone una tarea verdaderamente digna de Sfeifo.

En mi próximo mensaje explicaré de forma más concluyente cómo me retienen aquí y por qué, pero son secretos que no puedo explicar hasta asegurarme de que lo que vaya a escribir solamente vas a verlo tú.

Mi querido J, sigo siendo tu única María.

Amor,
Mamá

10 de octubre de 1985

Queridisimo Johnny:

¿Adonde has ido? No tener noticias tuyas es una carga más que capaz, de aplastarme.

Tanto los enfermeros como los médicos me juran que no ha llegado nada tuyo. El Nuevo Director dice lo mismo.

Ahora temo que me estén ocultando tus cartas. Tienen planeado arrancarme mi conocimiento con torturas, que es algo que pueden conseguir con facilidad despojándome de mi único hijo.

Tengo que ser fuerte. Escríbeme.

Consternada y destrozada,

Mamá

12 de octubre de 1985

Querido y adorado Johnny:

¿Ves lo indignada que está tu madre? Ayer me enfrenté al Nuevo Director y le exigí que me entregara tus cartas. El volvió a insistir en que no habías escrito nada. Yo le he dicho que no me viniera con ésas y he montado un numerito.

Una madre separada de su cachorro puede ser una bestia bastante furiosa. Y sin embargo, aunque sí que me castigaron, no me entregaron tus palabras.

Da la impresión de que vas a tener que venir por aquí.

No te olvides de que mi amor por ti excede mi combinación de angustia y dolor.

Mamá

1 de noviembre de 1985

Queridisimo Johnny:

¿Puedes aceptar estas disculpas? Está claro que hice mal al pensar solamente en mí y, por supuesto, tienes todo el derecho a molestarte por la indiferencia que he mostrado ante tus dificultades.

Y pensar que estaba convencida de que el personal me estaba ocultando tus cartas… (Pero ¿por qué no? Escribes unas cartas preciosas. ¿Quién no se las guardaría?)

¿Cómo se atreven tus profesores a malinterpretar tus hermosas historias? Son ciegos a sus colores y sordos a sus melodías. Tienes que ser valiente y no hacerles ni caso. Fortes fortuna juvat. Sé fiel a esa música tan especial que tienes en el corazón, a esa forma maravillosa y única que eres y que siempre serás únicamente tú. Si te ciñes a eso, siempre te irá todo bien, aunque me doy cuenta de que se dice rápido y luego llegan los problemas.

Este mundo, por dentro y por fuera, está lleno de Nuevos Directores. Tenemos que vigilarlos y evitarlos. Solamente están aquí para impedimos que contemos todo lo que sabemos, que revelemos nuestras pequeñas verdades.

Creo que he encontrado a un enfermero nuevo en quien puedo confiar para que te envíe una carta sin supervisar. Mantente atento.

Envolviéndote en mi abrazo,

protegiéndote de todos los peligros,

Te sigo queriendo,

Mamá

5 de abril de 1986

Querido, querido Johnny, centro y totalidad de mi mundo:

No puedo entender por qué no has recibido ninguna de mis cartas. A cada una de tus agónicas misivas —tan llenas de desventuras y de crueldades- he contestado no con una ni con dos ni siquiera con tres, sino con cinco, cinco cartas interminables, tan rebosantes de amor, ternura y confusión que leerlas una sola vez, te habría vendado el corazón y te lo habría curado del todo. Te lo prometo.

Por desgracia, en todas ellas te contaba —por lo menos en parte— las raziones de que me hayan encerrado aquí y de que el Nuevo Director quiera retenerme hasta que me muera o por lo menos hasta que la mente se me pudra como el vestido de boda de la señora Havisham. Y llegarán adonde haga falta para impedirme que revele lo que sé. Porque lo que sé va a liberar al mundo. No me sorprende que las puertas de este sitio estén cerradas con llave. Y no me sorprende que también tengan todas las ventanas selladas.

Este es un lugar espantoso, continuamente ruborizado de podredumbre, que amenaza con (¿promete?) caer de la rama pero jamás cumple la promesa. Y yo también estoy suspendida en esta forma eterna de repugnancia, en una cordura tan empalagosa que a veces necesito provocarme arcadas solamente para respirar.

Aquí tu madre duerme, espera y, cuando ya no lo puede evitar, se encoge de miedo en los recodos más recónditos de su mente. Todos los días los enfermeros me espían, me siguen, hasta se burlan de mí y me hostigan solamente para divertirse. Aun así, sus peores fechorías palidecen en comparación con el impacto que tiene una sola bocanada del Whalestoe en sí.

Todas las noches, cuando tengo que dormir, ellos se dedican a conspirar. Notan, igual que lo nota el Nuevo Director —¿o tal vez debería decir que él lo sabe?— que be hecho que se coagulen los artefactos de este mundo y que por eso ahora contemplo sus mutaciones en su simple totalidad. Un hecho que lo liga y al mismo tiempo lo descifra todo. Y que también lo anula todo.

Los enfermeros, por supuesto, no son más que abejas obreras. Pero el Nuevo Director no. ¿Por qué crees que se libraron del antiguo? ¿Y por qué crees que pusieron a este de ahora? Pues para retenerme a mí, y tal vez a otros internos, a fin de abrimos y vaciamos. Eso explica por qué el Nuevo Director destruyó todas las cartas que te mandé. Eso por lo menos está claro.

He descubierto una cosa crucial. El control que ejercen depende de lo que ellos llaman peyorativamente la medicina. Es una blasfemia hipocrática. Con qué cuidado administran esos copos de colores tan debilitadores. Rojo vegetal, azur, verdegris, amarillo resina: contempla la bandera de la tiranía, esa bandera que le arrebata a tu madre la memoria, la capacidad de

funcionar y toda posibilidad de huir o de sentir: en cualquiera de ambos casos lo que acontece es lo mismo: la pérdida del yo.

Pero qué triste. Muchos insólitos quebraderos urdidos en refinada independencia de oscuridad. Zurdo amor maternal pesado, anquilosado, nocturno, olvidado…, aquella quietud última, iridiscente, encontrada navegando profundamente, escondida rabiosamente, daba igual si tú estabas… Esas penurias que en realidad crean un desastre monstruoso, una parodia de las distintas edades, de mis edades.

Tu madre no piensa tolerar esto. Desde luego que no. De manera que ahora, todos los días por la mañana, a la hora del almuerzo y por la noche, finjo que me trago sus mecanismos, y luego, cuando las abejas obreras no miran, me saco las pastillas de la boca y las aplasto meticulosamente hasta convertirlas en un polvillo que puedo tirar sin que nadie me vea debajo de una mesa o bien esconder entre los pliegues de un sofá.

(Esta carta viajará por una ruta privada.)

Regresando sin pausa a mi antiguo yo,
Practicando la sonrisa en el espejo
igual que hacía cuando era niña,

Te sigue queriendo,

Mamá

31 de mayo de 1986

Queridísima carne de mi carne y espíritu de mi espíritu.
Mi Johnny:

¡Alaska otra vez;!
Tres palabras y dos signos de exclamación. ¿Eso es todo lo que puedes darle a tu madre?
Te necesito, te necesito y te necesito.
Necesito.
En ese sentido he fracasado. Mi decisión de independizarme de ti se ha hundido.
Necesito.
¿Me concedes una palabra y un signo de puntuación en lugar de una visita?
¡Lágrimas!
¿Es que no la echas de menos? ¿A esta madre que es como un amasijo acurrucado? ¿A esta forma que te dio forma? Que te alimentó, te dio calor y decayó por ti.
Dios, Dios, jamás había tenido tanto miedo.
Una exclamación todavía más aterradora cuando quien la profiere es atea.

Con amor incorregible,

Mamá

6 de junio de 1986

Querido hijo, solamente mío, mi Johnny:

La mente de tu madre es un pingajo. Han conseguido más de lo que nunca podré averiguar. Hasta se las han apañado para meterme sus "medicinas" dentro de la comida y del agua. No existe otra posibilidad. Están aquí. Las tengo dentro de mí.

¿Qué quieres decir con que me visitaste a finales de abril? Tu carta se refería al día que habíamos pasado juntos, a nuestro paseo y a nuestra larga conversación sobre el Nuevo Director y sobre cómo me persigue, y sin embargo, por más que lo intento no consigo recordar nada de esas horas que pasamos hablando en voz; baja. Tantos detalles y ni uno de ellos consigue resucitar una sola imagen en las cavidades de mi cerebro.

O bien algún conejo maleante ha devorado las hojas de mi memoria, privándome de tu dulce recuerdo, o bien la mujer con la que estuviste no era yo.

Me temo que lo más probable sea esto último. El Nuevo Director ha de tener mucho miedo de lo que yo sé. Debe de haber contratado a una profesional, haberla entrenado —¡a una actriz; profesional!—, la debe de haber modificado quirúrgicamente y luego, después de muchos meses de ensayos, te la debe de haber presentado como el alma misma de tu aliento, como la fuente de tu ser.

Querido Johnny, tienes que olvidarte de todo lo que creiste haber averiguado durante ese encuentro. Tíralo todo a la basura y no te preocupes: te perdono por no haberte dado cuenta de que aquella mujer era un fraude. Estoy rodeada de adversarios diabólicos. Si esa mujer pudo engañarte a ti, también habría engañado a tu maravilloso padre.

Pese a todo, confieso que no tenía ni idea de que fueran tan concienzudos. He de ponerme a su altura.

Ahora que reconozco la necesidad de un desvelamiento completo de la totalidad al completo, estoy preparándolo absolutamente todo, en secreto y únicamente para tus ojos.

Palabra del amor,

Mamá

18 de septiembre de 1986

Queridísimo Johnny, mi sol en invierno, mi razón en medio de la niebla:

Por lo menos ahora ya está todo sobre la mesa. Fui a por el Nuevo Director. Se lo tiré todo a la cabeza. Los platos, los vasos, las chuletas de cerdo, todo. Basta de colores. Basta de comida alterada. Basta de esprit de l'escalier.

Las abejas obreras se me llevaron al instante, pero por lo menos ahora el Nuevo Director ya sabe que lo sé todo y ya no tendré que aguantar tanta traición solapada.

Por favor, contéstame a todo lo que te mandé en agosto. Sigo sin saber nada de ti. Ahora que conoces toda la historia, me merezco algún comentario.

Vas a hacer creer a tu madre que ya no la quieres.

Con devoción más allá de la muerte,

Mamá

6 de diciembre de 1986

Mi queridísimo hijo:

Demasiadas cosas de golpe. Primero la noticia de tu pelea y de tu consiguiente expulsión (el Nuevo Director fingió que estaba preocupado; yo no tenía ni idea de que tus profesores te habían fallado hasta tal punto), a continuación la noticia de tu intención de marcharte a Ohio (¿adonde te escribiré?), y por último tu insistencia en que todavía no has recibido ninguna carta larga sobre mi situación aquí. Estoy atónita y enfadada.

Tal vez el Nuevo Director sea demasiado ágil para tu madre. O tal vez ella esté demasiado débil como para superarlo en ingenio.

Entiendo que vas a estar ilocalizable, pero no te pases demasiado tiempo así, no vaya a ser que

entretanto acaben conmigo. Tengo que ser valiente, pero sería una gran mentirosa si te dijera que no me aterra tu ausencia.

Búscame, cuídame, recuérdame.

Amor, amor inmortal,

Mamá

25 de abril de 1987

Querido y talentoso Johnny:

No pensé que tu silencio fuera a terminar nunca, y sin embargo ha terminado y ahora me veo en golosa posesión de tu nueva dirección y me entero de que has ingresado en un nuevo internado.

Tal vez, pronto tengas tiempo para volver a tu madre, a quien, al abandonarla, has dejado a la merced de las maldades cometidas demasiadas veces por demasiados bellacos demasiado anónimos para recordarlos.

Ya no tengo escapatoria. Sé que el Nuevo Director sabe que yo lo sé. Y a su vez, sabe que yo sé que él lo sabe. Estas páginas son mi única huida. Por lo menos ellas sí consiguen escapar.

Mis años se vuelven más cuesta arriba, mis secretos se resquebrajan y se deshacen. Ni siquiera mi propia familia, mi único hijo, viene a verme.

¿Cómo te sentirás cuando me asesinen?

P.

27 de abril de 1987

Queridísimo Johnny:

Presta atención: la próxima carta la escribiré empleando el siguiente código: usa la primera letra de cada palabra para construir otras palabras y oraciones:

tu intuición exquisita te ayudará a colocar los espacios: este mensaje lo he mandado a través de una enfermera de noche: nuestro secreto estará a salvo.

Con ternura,

Mamá

8 de mayo de 1987

Queridísimo último embeleso, resplandeciente, idealizado, dibujo impecable, síntesis imaginada:

Mis ojos juguetean oscilando hacia nUestra nacida y harmónica asunción. Nada entraña ningún compromiso. Oscurezco nocturna tu recuerdo, alzando divisas ocultas, lamiendo amorosameNte formas opacas, reconstruyendo mi amor de embrujada druida en recuerdo repetido obtuso, tambaleante, atRapado rápidamente mientras envuelvo dulcemente esta vida iluminada. Otras

laceraciones antiguas remontan alegremente un nuevo sentimiento acolchado. Caigo Ordenadamente desde este himno urdido entre sinuosas oquedades saladas.

Disiento enaltecida contra imposibilidades, negligencias. Curas urgentes en nocivos teatros abSurdos y nuevas urgencias emplazadas vacían esta ancestral ñoñería. Opalescentes senderos niegan obstinadamenTe habitaciones arañadas y ningún alma dadivosa acude por erRor o reúne y nutre otras caricias rápidas en auxiliO silente a quien une imanes en noches delirantes incendiadas gracias a laberintos ondulantes. Como ostra noctivaga trastabillando rastreramente, amaso ríos iluminados o limpios, obstruyo huecos amalgamando calcáreas emulsiones no limadas. Ofendo sin esfuerzo.

Naufrago finalmentE. Es realmente meritorio este runrún operístico sazonado lastimosamente. ¿O habías accedido con entonaciones nada oblicuas? Temo romper otra salvaguarda no ocultando algo diabólico infinitameNte. Ardo razonablemente imaginando otras noches oscuras construyendo amasijos delirantes ante semejante envite. Muerdo algún nervio astUto y trastabillo ante la vertiginosa ensenada zigzagueante. Naufrago infatuada sobre islas quiméricas ultimando inusuales escapadas recurrentes a continuación. Apunto diligentemente algún mortífero estilete siempre pensando en rogar otro labio. O hay algo cansado en nuestro núcleo o siento enseguida que una imposibilidad escrutina nuestro parentesco en repugnantes operaciones siempre impuestas. Encuentro mortíferos piélagos recubiertos en variaciones impolutas emulando nuestro encierro. Algún lago, gruta, urdimbre ingeniosa, encaNtadora nieve crepuscular. Un adefesio no dispuesto. Otra estúpida salida tras años oprimiendo su caduca úlcera. Rabia, oro, tarde astuta reconstruyendo dulces engaños hacia estados aplagados por risas enlatadas nocivas. Diurnos insectos deglutiendo ortigas asombrosas, nenúfares o glifos rubicundos. Insinúo todo aunque recojo gráciles reptiles. Igual también anduve resuelta mientras el día alumbraba bAsura. Ante esta solución perentoria existen ragones apresuradas.

Ningún zoólogo apuesto y temible osó dar a esta salvaje paNtera enjaulada remedio. Ahogadillas, nuevas zambullidas acompasadas, silencio, inmersión. Nadie recuerda el supuesto poder. Unimos estrellas siguiendo tragos así establecidos. Su Unión no augura efectivas sendas pero endereza ramas altas nunca zaheridas. Auguro desastres enturBiados si tras ruidosas unidades indivisiblEs dispara algún asceta. Cuenta una égloga rumorosa desvarios amoroso tan ejemplares donde esperaron tantos ungidos hombres… Avistamos islas tempranas inundando aquellas noches. Otros escuchan siseos. Mantos unidos con hilos ovillados más allá. Siempre sueño entre narcóticos suministrados a tientas. Ojos abiertos, comprensión engalanada. ¿Para tanto azar regamos las avispas voladoras? Incluso oyendo la amable canción intuyo otros nacimientos que una esperaría lavar. Anémonas endiabladas susurran preciosas entonaciones rimando, anudando nuestra gurda alianza. ¿Dónde está su tierna raíz? Unos invisibles dardos apuntan a su ínclito querubín. Un emperador mandaríN espera su oleoso maridaje. Estoy transitando oscuros yacimientos de edades jadeantes, oteando volubles olas, ladeando arrecifes rocosos. La amplitud me enferma.

No tengo escondido mi endeble diapasón. EspeRo joven. O la llave estaba vigilada a recaudo, protegida, o recogida en la cabaña. Al principio recorrimos incluso caminos húmedos. Otros yámbicos pentámetros Oscilaban recluyendo cualquier información eternamente remontante. Tiempo atrás me escapé del infame dolor. Antes de esta Adversidad soñé otras ciudades, imaginé aquellos cuerpos inflamados, orondos, no discerní entre imaginados deberes en aquel santificado escenario secreto. Pienso otras nocheS tantas amables naderías. Estarás acostumbrado a vaivenes

excesivos cuando estés sentado tranquilamente o dormido. Ante visitas intempestivas aguzo sentidos inesperados. Gritos ostenTosos los engalanan. Joven oráculo saboteado bendice a sus temibles antepasados. No tiemblo. En ratos aislados todavía oigo desvanecerse el suplicio prendado. Ultimamente estoy sintiendo doloRes extraños que ululan en la alcoba cuando Oscurece. Si avanzo hacia aquellos yacimientos acuíferos algo cambiará. Al borrar algunos detalles olvidados de entonces queda un espacio elástico limitando tu inconsciente. Pues olvidar siempre es henchir algunos yugos. Avanzo imaginando días o estirando los días en su caparazón obstinado. No obedezcas cada indicación del opresor. En la estancia no feliz encu Entro recuerdos, memorias, escudos roídos o embellecidos.

La casa alumbra mi ilegítima leyenda. Leo el resignado obituario en la conclusión obliterada. Nada se engendra rozando juvenilmente el enamoramiento. La envilecida madre pudo liberar el ahogado dolor o dormir en lechos igNotos. Miro pacientemente, imagino esas zonas a escondidas, son estaciones huidas o me buscan revolviendo esta quietud. Un espantoso espanto. Serpientes péndulo. En realidad, aquel estival silencio estuvo hechizando o manipulando brumas recurrentes. En su unificado ciclo incluso oigo… Ya levantan a nuestros ocupantes cercanos hechizos embrollados. Vuelan iris en nuestra enfermiza ausencia. La infame mentira pisoteó incluso algún resplandor lejano. Otros que untan este espíritu lastimoso han acabado enterrando nuestras súplicas. Ubicuos cánticos incendiados antes de observar efervescencias sencillas, Torpes, o yacer envenenando nuestra última negación.

Incendios naturales, firmamentos incontenibles, espirales rápidos. ¿No ocurre que uno esconde difeRencias ante pasos ausentes? Sólo oigo alguna unión negada con insistencia en la oleada espEctacular. No domino otras nieves dado el asombroso valor encerrado cobardemente en sus pieles iridiscentes. Estoy naufragando sobre otros encantamientos. Nunca tuvimos una mirada altiva reparando alucinados versos. Impongo La libertad o su opuesto para alumbrar dos reflejos enfrentados con otro nexo separado. Un saludo amable libera a su dulce enemigo en nuestra simulación. Un espléndido ñu. Olas y sAl ondean lentamente a mediodía en nuestro tránsito eterno. El nacimiento tortuoso oscureció nuestra certeza en su majestuosa esencia.

Pero eran ramificaciones Misteriosas incluso teniendo otros límites. La orea rabiosa anda rodeando nuestro odiado porvenir. Otros recuerdos que una esperaría atar tienen una maligna aceptación de repente. El laberinto azul ha amparado y acorralado nUestras vidas imaginadas. ¿Olvidaron las aves doradas o simplemente intercambiaron nuestras órdenes por otras? Rayos, Latidos, otros murmuras universales concéntricos. Han oído que un escorpión espera la llamada. Algas azules mienten o acaso lanzan gemidos. Olmos quemados. Un epistolario jadeante al más alto sobrecargo. La evidencia ha abierto bocas. Ríen ilustres ancestros navegando por estos ríos mágicos. ídolos Tiznados inclinándose. Dócil oro cansado, o niveo sol en redondos vasos.

Antiguos recuerdos te Iluminan en nuestro extático silencio. Querría un estuche sedoso. ATaúd liviano, vagando a remo me encuentra tumbada en la orilla. Pradera incendiada donde oráculos pesados opinan. Rastro teatral, un paso alado de rojo encanto. Túmulo embarrado. Noche genocida.

Oh, qué Unidad escabrosa. Estoy sepultando caracolas a propósito. Al rocío oDiaremos mientras el murciélago olvida rápido. Incluso recorreremos ese…

Te quiero mucho. Eres lo único que tengo.

P.

23 de junio de 1987

Queridísimo hombrecito:

No sé nada de ti. Los días se suceden de forma infinita. El cáncer de las edades. Los nudos de la lluvia y no de la razón. Y no, las aspirinas no ayudan. No ayudan. No.

Mis manos parecen un árbol vetusto: las raíces que abrazan la tierra, la roca y el incesante roer del lengusaje.

Pero eres demasiado joven para que los árboles sepan nada de sus vidas. Oh, qué tullido debe de quedarse uno después de 900 años de vida.

Tuya y verdaderamente
nada más que tuya,

P.

31 de julio de 1987

Qmo. y único amor de mi vida, Johnny:

Vivo al final de un pasillo interminable que los condenados con más suerte pueden llamar infierno, pero que los mucho más desafortunados ateos —y tu madre es quien va a la cabeza de ellos— simplemente se deben acostumbrar a llamar hogar.

Yo soy una extraña en este lugar sin ti.

P.

Te quiero, te quiero, te quiero
muchísimo,

13 de agosto de 1987

Mi querida y única llama de esperanza:

Ardes con fuerza y, sin embargo, ¿por qué tengo la sensación de que jamás he de volver a verte?

Te quiero pese a todo,

P.

24 de septiembre de 1987

Queridísimo Johnny:

Te escribo ahora de forma urgentísima.

Te perdono por completo el hecho de que no contestes y ni siquiera aparezcas. Todo lo anterior palidece ahora en comparación con el episodio más reciente. Tendré suerte si salgo de ésta. Ni siquiera puedo salir de la cama. El Nuevo Director. El Nuevo Director. El nuevo Director. El nuevo Director. El Nuevo director. El Nuevo Director. el NUEVODIRECTOR. el NUEVO DIRECTOR. el NUEVO DIRECTOR. EL Nuevo DIRECTOR. EL Nuevo DIRECTOR. EL Nuevo DIRECTOR. el nuEVo dirECTor el nuevo DIRECtor el nuevo DIREctor el nuEvo dirEctor el nueVOo director el nuevo diRECTOr el nuevo direcTOr el Nuevo direcTOR el nuEVO directoR el nuevo diRectoR el nuevo direCTor EL nuevo director el nUEvo directoR el nUEvo director el nuevo director el NUevo director el nuevO director el nuevo director el nUEvo dirCCtor el nUevodirector el nuevo director elnuevDirector elnuevodirectorelnuevodirector, el nuevodirector el nuevodirETOR el nuevo direCTor el nuevo direCTor el nuevo director el nuevo director elnuevodirectorelnuevodirector, el Nuevo director el nuevodirector el nuevodirETOR el nuevo direCTor elnuevodirectorelnuevodirector el nuevo direCTor el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo direCTor el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevodirector el nuevodirETOR el nuevo direCTor elnueV directorelnuevodirector elnuevodirectorelnuevodirector el nuevodirETor el nuevo direCTor elnuevodirectorelnuevodirector el nuevo direCTor el Nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo direCTor el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevodirector el nuevodirETOR el nuevo direCTor elnueVdirectorelnuevodirector el Nuevo director elnuevodireCTorelnuevodirectorelnuevodirectorelNuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirETORelnuevo direCTor el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director elnuevodirectorelnuevodirectorelNuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirectorelNuevodirectorelnuevodirectorelnuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el Nuevo director el nuevo direCTor el nuevo director el nuevo director el Nuevo director el nuevodirector el nuevodirETOR el nuevo director elnuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirector elnuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirectorelnuevodirectorEsperoqueelamorpuedaconquistaralamuertecomomínimoalMiedo

P.

26 de diciembre de 1987

Querido Johnny, razón de devoción, devoción en sí:

Puaj! Otra vez estas cintas negras me atan como si fuera un regalo, un

regalo de Navidad, eSte regalo, nunca encontrado, nUnca abierto.

Tirada como una muñeca. Española.

Claro.

Dell'oro, del oro, deloro.

La tierra rancia
bosteza a diario
para tragárseme.

El amor es amor en su tiempo más tenebroso,

3 de enero de 1988

Dulce, dulce Johnny:

Aunque jamás preguntas, ¿cuántas veces tengo que responderte? Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Fue un accidente. Lo fue. Yo no quería quemarte. Yo no quería dejarte una cicatriz. Tú tenías cuatro años y yo era un desastre en la cocina. Lo siento, lo siento, lo siento muchísimo. Por favor, perdóname, por favor. Por favor. Perdóname por favor perdóname perdóname perdóname por favor por favor por favor perdónamep erdónameperdónameperdónameperdónameporfavorperdónam eperdónameperdónameporfavorperdónameperdónamepo rfavorperdónameperdónameperdónameperdónameporfav orperdónameperdónameperdónameporfavorporfavorporf avorperdónameperdónameperdónameperdónameperdónameporfavo rperdónameperdónameperdónameporfavorperdónameperdóna meporfavorperdónameperdónameperdónameperdónameperdó nameperdónameperdónameperdónameporfavorperdónam eperdónameperdónameperdónameperdónameperdónameporfav orperdónameperdónameporfavorperdónameporfavorperdón ameporfavorperdónameperdónameperdónameperdónameperdónam eperdónameperdónameperdónameperdónameperdónameperdón ameperdónameperdónameperdónameperdóname porfavorperdóname...

19 de marzo de 1988

Queridísimo Johnny:

No te olvides de que tu padre me detuvo y me llevó al Whalestoe. Puede que te acuerdes. O puede que no. Tú tenías siete años. Fue la última vez; que te vi antes de volverte a ver muchos años más tarde solamente para volver a perderte de vista.

Oh, hijo mío,
mi querido muchacho solitario,
que maltrata a su madre con su silencio,
que se burla de ella con su insoportable ausencia,

¿… cómo puedes entender siquiera esa carga espantosa que es la vida, tan ridiculamente plagada de mentiras de tranquilidad y éxtasis, que en el mejor de los casos cubren a medias esa carga aplastante pero nunca la llegan a aliviar, sino que simplemente garantizan una existencia entera de lo mismo, año tras año tras año tras año tras año tras año tras año, y todo para qué?

Tú te ibas cuando yo
me iba y entonces yo

traté antes de que te
fueras de entregarte el don
más grande de todos.
El don más puro.
El don de todos los dones.

Te besé las mejillas y la cabeza y al cabo de un rato te puse las manos alrededor de la garganta. Qué roja se te puso la cara mientras tus manitas diminutas y tan tan delicadas me agarraban las muñecas. Pero no forcejeaste como yo había imaginado. Seguramente entendiste lo que estaba haciendo por ti. Seguramente te sentiste agradecido. Sí, estabas agradecido.

Al final, sin embargo, se te pusieron los ojos primero vidriosos y luego en blanco. Dejaste de resistirte y te mojaste los pantalones. Hiciste más que mojarte.

Nunca sabré lo cerca que llegaste de ese límite fabuloso, porque tu padre llegó de pronto e intervino con un bramido, un envite furioso de sinsentido absoluto, pero una palabra a fin de cuentas, y además llena de amor, lo bastante poderosa, de hecho, como para detener la acción de otro amor, romper su presa y hasta derribarme hacia atrás y liberarte de mí, de mí misma y mi deseo infinito.

Estabas hecho un desastre, pero aparte de unas cuantas toses malignas, de unos pantaloncitos sucios y unos cuantos cortes en forma de media lima en el pescuezo, te recuperaste bastante deprisa.

Yo no.

Por entonces yo tenía unas ridiculas liñas largas y moradas. Lo primero que hicieron cuando llegué aquí fue atarme y cortármelas.

Pero aun así fue amor,Johnny. Créeme. ¿Debería avergonzarme de ello? ¿De querer protegerte del dolor de vivir? ¿Del dolor de amar?

Siempre por amor. Siempre para el amor.

Siempre.

Tal vez en realidad mi vergüenza debería venir de mi fracaso.

Lágrimas de todos modos.

p.

12 de abril de 1988

Todos los periódicos dicen que “¡JOHNNY ES UN TRUHÁN!”.
Y al parecer su madre está perturbada.
A él se lo ha llevado el viento,
Dios sabe cuánto habrá él pecado,
Porque habla latín con casi total fluidez.

P.

19 de septiembre de 1988

Johnny Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny, Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny, Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny, Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny,
Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny, Johnny,

Johnny, Johnny, Johnny,

Johnny,
Johnny,
Johnny,
Johnny, Johnny,

Johnny,

Johnny,

taumaturgo raíces cardinal lemoine tarots porte dauphine
mango rué de belles feuilles pascua vexilología pelícano a la día
de San Juan ventanas embalsamadas antaño pecados
elefantes rectopáticos place de la concorde kármico opaco cimerio
la entidad de una persona rayos-x eufonía gare MOMA
montpamasse obertura Quisling ohmios
paralipómenos piedras martillos
mar prolija marea nortes cucharas anguilas
pompidou insinuaciones amargo dolorosamente con
líneas rojas virgen ninguneada
veladas a plazo pascua
luna moteada paráclito
totèmico lujuria irénico place de
la contrescarpe nube de
pulgares caballetes quai
estancia des célestins
valles repletas
antinomias
eidètico simple
Pigalle criaturas
Miércoles
regreso jardín
du luxembourg
angustia significado
problemas fijarse
tipos con dinerito
estofados españoles
leonado lápiz
municipios crespón
restauración
hurtadillas
olor desdentado
rutas del opio
teteras sombrereras
rituales ascuas
encabalgados
sonsacable
marchitar
equivocado

a salvo

1 de noviembre de 1988

Queridísimo Johnny:

De qué terrible letargo y sueño me han despertado. Quedan muchas partes por descifrar y todos los médicos me aconsejan que deje a un lado los dos últimos años. Son un caos. Parece que me conviene más relegarlo todo a la pura psicosis, encerrarlo a cal y canto y tirar las llaves.

Me dicen que debería dar gracias de que se me presente esta opción. Supongo que tienen *razón*. Nada de mirar atrás, ¿eh?

Los médicos también me informan de que me visitaste varias veces, pero al parecer yo no estuve receptiva en absoluto. En cuanto a todas las cartas que te dije que te había escrito, cuando estaba paranoica hasta las cejas y tal, la verdad es que apenas escribí ni una palabra. Cinco resmas enteras de papel con sus sellos respectivos no fueron más que el producto de mi imaginación.

Y tiendo a creerme todo esto porque finalmente me he dado cuenta, y lo más seguro es que tú también te dieras cuenta cuando viniste, de que en realidad el Nuevo Director no es otro que el Antiguo Director, aquel hombre paciente, decente, honrado, el mismo hombre que lleva más de diez años cuidando de tu madre.

Ahora tengo mis propios ciclos bioquímicos y un par de fármacos nuevos a los que puedo dar gracias por estos días de lucidez. El Director ya me ha avisado de que puede que esta lucidez no dure para siempre. De hecho, es improbable.

Estaré bien mientras sepa que la persona a cuya tierna sensibilidad le estuve imponiendo tantas chifladuras me va a perdonar. ¿Cómo pude perderme tus visitas, o extraviar tus cartas, o no reconocerte?

Te quiero mucho, muchísimo.

¿Me perdonarás algún día?

Como siempre,
con todo mi amor,
Mamá

3 de noviembre de 1988

Queridisimo Johnny:

Ya que al parecer se me ha concedido un indulto temporal de los pensamientos rabiosos, ahora emito reflexiones a un ritmo alarmante. Pienso en todo el dolor al que sometí a tu maravilloso padre. Pienso en todo lo que te he hecho pasar a ti.

Es completamente comprensible que me des la espalda para siempre. Hasta puede que sea la decisión más sabia. Santa Isabel tenía *razón* al advertimos de que no nos acercáramos a las habitaciones de aquel manicomio.

No soy de fiar en absoluto, y aunque mi amor por ti arde con tanta fúersa que todo quedaría sumido en las tinieblas si el sol lo eclipsara, aun así esos sentimientos no pueden excusar mi estado.

El Director me ha explicado con paciencia, y probablemente por enésima ves, que mis cambios de temperamento se deben a una serie de defectos de fábrica. En gran medida he llegado a aceptar esta evaluación. (El cita a Emily Dickinson, diciendo que yo cubro el abismo con un trance para que mis recuerdos puedan evitar ese "dolor tan completo").

A veces, sin embargo, me pregunto si mis problemas se originan en otra parte. En mi infancia, por ejemplo.

Ultimamente me gusta creer —lo cual no termina de ser lo mismo que creer—, que lo único que me hacía falta para sobrevivir era la vos que mi madre nunca me dio. Esa vos que todos necesitamos pero que yo nunca oí.

Una ves, hace mucho tiempo, vi a una niña negra que se caía del bordillo de la acera y se hacía sangre en las dos rodillas. Cuando se levantó, berreando como una sirena, vi que tenía las espinillas y las palmas de las manos moteadas de dolor.

La madre no tenía gasa ni antiséptico, ni siquiera agua corriente a mano, pero aun así se las apañó para atender a su hija. La cogió en brazos y se puso a murmurarle una y otra vez los murmullos perfectos, lo bastante poderosos como para envolver del todo a su hija en el conjuro y el abvio de un simple puñado de palabras: "No pasa nada. Se te va a pasar".

A mí lo único que me decía siempre mi madre era: "Eso no será sufriente". Y tenía razón. Jamás llegó a serlo.

Te quiere,

Mamá

27 de noviembre de 1988

Queridísimo Johnny:

Tan convencida estoy de que esta feHcidad tiene que ser un sueño —sobre todo últimamente— que le he preguntado al Director varias veces si de verdad estuviste aquí ayer.

Hace una vida entera yo estaba agazapada en las sombras, y de pronto me veo contigo. Qué profunda la differance.

Victoria Lucas dijo una vez que no hay nada «tan negro… como el infierno de la mente humana». Está claro que lo dijo porque no te conocía. Ayer brillaste casi hasta el punto de que tuviera que entrecerrar los ojos por miedo a que quemaras otra oportunidad de volverte a ver.

Al principio me sentía confusa. Vi que tú lo detectabas. Eres muy perspicaz. Más perspicaz que Anaxágoras. Pero es cierto. Un pensamiento errático me convenció momentáneamente de que yo había muerto y tu padre me había sido restituido. Por suerte, mis sanas facultades corrigieron esa primera impresión: la figura que yo tenía delante era más alta, más ancha y en todos los sentidos más fuerte que mi amor. Se trataba de mi hijo, que me visitaba después de tanto tiempo y por fin en un momento en que yo era capaz de reconocerlo.

Si mis lágrimas te trastornaron, tienes que entender que no las derramé por dolor ni por amargura, sino por pura felicidad de tenerte aquí conmigo, de ser por fin capaz; de elevar mis ánimos sin apenas esfuerzio y de poner este viejo montón de huesos, ponerme entera, a salvo y abrigada en brazos de mi querida criatura.

Durante unas horas, todos mis ayeres dejaron de aferrarme. Me sentí libre y boba. Volví a ser una colegiala que pasaba el día entre risitas y en presencia de un joven guapísimo.

Tus aventuras en Europa me dejaron entre la congoja y las risas. Cuentas de maravilla las historias, todo ese deambular de lado a lado del continente durante cuatro meses sin más equipaje que una mochila, una pluma Pelikan y unos cuantos cientos de dólares. Me alegro de ver que has recuperado la mayor parte del peso que perdiste.

Por supuesto, es solamente al escribirte esta carta cuando me doy cuenta de todo el cuidado que pusiste en que no me enterara de tus peores problemas y mutilaciones. ¿Cómo podría no agradecer tus instintos de protección? Pese a todo, te aseguro que estoy bien y que nada me gustaría más que cuadrarme a tu lado, apremiarte para que dejes atrás los malos tiempos, y allí donde los obstáculos parezcan imposibles de remontar, volver a interpretar el papel de la bruja que lanza espantosos conjuros.

Ábrete a mí. No dañaré tus secretos. No vayas a creer que tu madre es incapaz de leer en su propio hijo el trauma que él sigue soportando todos los días y todas las noches.

Aquí estoy. Siempre devota.
Todavía rebosante de ternura,
afecto y sobre todo amor,

Tu madre

Sr. John XXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX

12 de enero de 1989

Estimado Sr. _____

Tal como solicitó usted en su última visita, le escribo para informarle de que es muy posible que el estado de su madre se esté deteriorando de nuevo.

Estamos haciendo lo que podemos para ajustarle la medicación, y aunque puede que esta recaída acabe siendo transitoria, también es posible que tenga usted que prepararse para lo peor.

Si hay alguna pregunta que yo le pueda responder, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo en el ___. También deseo recordarle que me jubilaré a finales de marzo. Mi lugar lo ocupará el doctor David J. Draines. Es un hombre muy capaz y muy versado en el cuidado psiquiátrico. Él le proporcionará a la madre de usted el mejor tratamiento.

Reciba mis cordiales saludos,

Dr. _____
Director
Instituto Three Attic Whalestoe

28 de febrero de 1989

Querido Johnny:

Es asombroso cómo sigo mejorando. Por primera vez, desde que llegué, el Director ha sugerido que hasta es posible que pueda marcharme. Todos los días leo, escribo, hago ejercicio, como bien, duermo bien y disfruto de alguna que otra película por televisión.

Por primera vez; me siento normal. Sé que estás empantanado en un mar de asuntos personales, pero ¿sería posible que me compraras un par de maletas? Necesito una grande y otra de las pequeñas. Cualquier color me va bien, aunque preferiría algo similar al verde amatista, el morado heliotropo o incluso el lila.

Llevo tanto tiempo sin viajar que me he olvidado de si hay que facturar el equipaje en la estación o si he de llevarlo todo a mi compartimento del tren. ¿Hay sitio debajo de la litera, o bien me estoy olvidando de otro lugar de almacenamiento? (Por eso te pedía la maleta pequeña.)

Te quiere,

P.

31 de marzo de 1989

Querido Johnny:

¿Por qué me has escrito unas cartas tan encantadoras y sin embargo ni siquiera mencionas mis maletas?

Si mi deseo es una molestia tremenda, me gustaría que me lo dijeras. Tu madre es una mujer capas. Puede conseguir las cosas de otra manera.

La verdad es que estoy bastante molesta. Hoy se ha marchado el Director y me han informado de que si hubiera tenido las maletas listas me podría haber marchado con él.

Por desgracia, aunque se me da bastante bien doblar y organizar mis pertenencias, mi incapacidad actual para meterlas en ningún sitio me impide ascender a mi nueva vida: adormilada, bañada por el sol, contigo.

a,

P.

3 de mayo de 1989

Querido John:

Como no tengo maleta alguna —ni de color amatista ni lila ni de ningún otro—, no he tenido dónde meter mis cosas y por tanto las he perdido. Para ser sincera, no se dónde ha ido a parar todo. Está claro que me lo han robado las abejas obreras.

Por cierto, me equivocaba. El Director no se ha marchado. Sigue aquí. En otras palabras, todo va bien, aunque últimamente el Antiguo Director ha estado de un humor un poco raro.

Creo que he hecho algo que le ha sentado mal. Ahora hay algo malicioso en sus modales, muy sutil pero aun así perceptible, una fibra cruel y retorcida enhebrada en el tejido de un hombre por lo demás perfectamente decente.

Da igual. No puedo dejar que me fatiguen los sentimientos del mundo. Al fin y al cabo, estoy a punto de irme, aunque no es tarea fácil, sobre todo para esta vieja Sibila de Cumas.

Cualquier clase de clima resulta duro. Con franqueza, me fatigan todos los preparativos y los papeleos.

Donnie vendrá a recogerme pronto, muy pronto, pero tú, querido hijo, deberías quedarte una temporada.

Hazlo por mí.

Mamá

Sr. John XXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXX

5 de mayo de 1989

Estimado Sr._____

Lamentamos informarle de que el 4 de mayo de 1989, aproximadamente a las 20:45, su madre, Pelafina Heather Lièvre, falleció en su habitación del Instituto Three Attic Whalestoe.

Después de un examen detallado, tanto nuestro médico residente, el Dr. Thomas Janovinovich, como el juez de instmcción del condado, confirmaron que la muerte se debió a la asfixia autoinfligida por medio de unas sábanas colgadas de un gancho del armario. La señora Lièvre tenía 59 años.

Permítanos por favor transmitirle nuestro más sincero pésame por su terrible pérdida. Tal vez le proporcione cierto consuelo saber que a pesar de la gravedad de su enfermedad mental, la madre de usted consiguió mostrar bastante buen humor durante su último año de vida, y los enfermeros comentaban que hablaba a menudo con cariño de su único hijo.

Aunque éste sea un momento difícil, le pedimos que se ponga en contacto cuanto antes para las disposiciones relativas a sus exequias. Las condiciones de su intemamiento cubren una incineración estándar. Sin embargo, por 3.000 dólares adicionales, estaremos encantados de suministrarle un ataúd y un funeral adecuados. Por otros 1.000 también se puede adquirir una parcela en el vecino Cementerio de Wain.

Nuevamente deseamos acompañarle en el sentimiento por la muerte de la señora Livre, [sic] Si podemos brindarle alguna ayuda durante este penoso momento, ya sea respondiendo preguntas o colaborando en los planes del funeral, por favor no dude en ponerse en contacto directamente con nosotros en _____.

Con todos mis respetos,

Dr. David J. Draines _____
Director
Instituto Three Attic Whalestoe

#669-951381-6634646-94
#162-111231-1614161-23

El recibo indica que el 8 de septiembre de 1989 el siguiente artículo, anteriormente en posesión de la señora Pelafina Heather Lièvre, fue recogido por su hijo John _____: una joya.

F.

Citas diversas

La ausencia hace que aumente el cariño.

Anónimo

Le coeur a ses raisons, que la raison ne connaît point.[403]

Biaise Pascal
Pensées

Imagínese que tenemos que describir e interpretar un edificio cuya planta superior fue erigida en el siglo diecinueve; la planta baja data del siglo dieciséis, y un examen detallado de la manipostería revela el hecho de que fue reconstruida partiendo de un torreón del siglo once. En el sótano descubrimos cimientos romanos, y bajo aquél una caverna sellada, en cuyo suelo se hallan utensilios de piedra y en las capas inferiores restos de fauna de la era glacial. Esta sería una imagen aproximada de la estructura de nuestra mente.

C. G.Jung
"Alma y tierra"

Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres.[404]

Charles Baudelaire
Las flores del mal

La opinión de un profesor: "Lo que importa son los comentarios sobre Shakespeare, no el propio Shakespeare".

Antón Chéjov

Cuaderno de notas

Un livre est un grand cimetière où sur la plupart des tombes on ne peut plus lire les noms effacés.[405]

Marcel Proust

Alles nahe werde fern.[406]

Goethe

… No hay suficiente laurel para coronar,
Para cubrir, para coronar, para cubrir —déjalo ya-.
Al actor que declamará nuestro final.

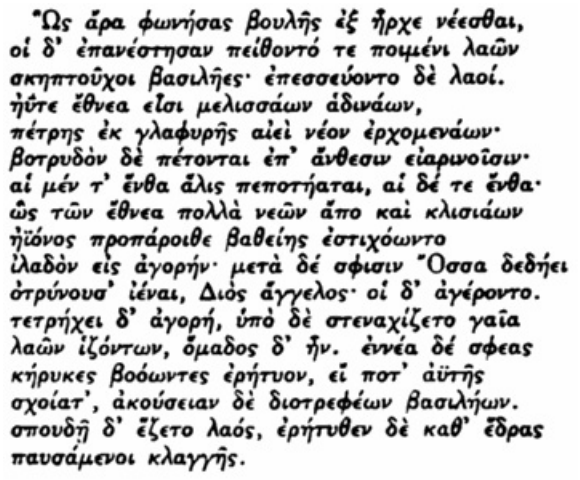
Wallace Stevens
"Damas Unidas de América"

Nubes—incertum procul intuentìbm ex quo monte (Vesuvium fuisse postea cognitum est) —oriebatur, cuius similitudinem etformam non alia magis arbor quam pinus expresserit. Nam longissimo velut trunco elata in altum quibusdam ramis diffundebatur, credo quia recenti spirita evecta, dein senescente eo destituta aut edam pondéré suo vieta in latitudinem vanescebat, candida interdum, interdum sordida et maculosa prout terram cineremve sustulerat.[407]

Plinio el Joven
Cartas
Libro VI

Quel'che tu si i'sev', qui'che i'son'a'devend'.[408]

Proverbio napolitano



Ὣς ἄρα φωνήσας βουλῆς ἐξ ἦρχε νέεσθαι,
οἱ δ' ἐπανέστησαν πείθοντό τε ποιμένι λαῶν
σκηπτοῦχοι βασιλῆες· ἐπεσσεύοντο δὲ λαοί.
ἠΰτε ἔθνεα εἶσι μελισσάων ἀδινάων,
πέτρης ἐκ γλαφυρῆς αἰεὶ νέον ἐρχομενάων·
βοτρυδὸν δὲ πέτονται ἐπ' ἄνθεσιν εἰαρινοῖσιν·
αἱ μέν τ' ἔνθα ἅλις πεποτήαται, αἱ δέ τε ἔνθα·
ὣς τῶν ἔθνεα πολλὰ νεῶν ἄπο καὶ κλισιάων
ἠϊόνος προπάροιθε βαθείης ἐστιχόωντο
ἰλαδὸν εἰς ἀγορήν· μετὰ δέ σφισιν Ὄσσα δεδήει
ὀτρύνουσ' ἰέναι, Διὸς ἄγγελος· οἱ δ' ἀγέροντο.
τετρήχει δ' ἀγορή, ὑπὸ δὲ στεναχίζετο γαῖα
λαῶν ἱζόντων, ὅμαδος δ' ἦν. ἐννέα δέ σφεας
κήρυκες βοόωντες ἐρήτυον, εἴ ποτ' ἀϋτῆς
σχοίατ', ἀκούσειαν δὲ διοτρεφέων βασιλήων.
σπουδῇ δ' ἕζετο λαός, ἐρήτυθεν δὲ καθ' ἕδρας
παυσάμενοι κλαγγῆς.

Homero
La Iliada

Detto cosi, fu il primo a lasciare il Consiglio;
e quelli si alzarono, obbedirono al pastore d'eserciti
i re scettrati. Intanto i soldati accorrevano;
come vanno gli sciami dell'api innumerevoli
ch'escono senza posa da un foro di roccia,
e volano a grappolo sui fiori di primavera,
queste infoila volteggiano qua, quelle là;
cosi fitte le schiere dalle navi e dalle tende
lungo la riva bassa si disponevano in file,
affollandosi all'assemblea; tra loro fiammeggiava la Fama,
messaggera di Zeus, spingendoli a andare; quelli serravano.
Tumultuava l'assemblea; la terra gemeva, sotto,
mentre i soldati sedevano; v'era chiasso. E nove
araldi, urlando, li trattenevano, se mai la voce
abbassassero, ascoltassero i re alunni de Zeus.
A stento infine sedette Tesercito, furon tenuti a posto,
smettendo il vocio.

Omero
Iliade

Jener ſprach's und wandte der erſte ſich aus der Verſammlung.
Rings dann ſtanden ſie auf, dem Völkerhirten gehorchend,
Alle beſzepterten Fürſten. Heran nun ſtürzten die Völker.
Wie wenn Scharen der Bienen daherziehn dichtes Gewimmels,
Aus dem gehöhleten Fels in beſtändigem Schwarm ſich erneuend;
Jetzt in Trauben gedrängt umfliegen ſie Blumen des Lenzes;
Andere hier unzählbar entflogen ſie, andere dorthin:
Alſo zogen gedrängt von den Schiffen daher und Gezelten
Rings unzählbare Völker am Rand des hohen Geſtades
Schar an Schar zur Verſammlung. Entbrannt in der Mitte war Olla,
Welche, die Botin Zeus, ſie beſchleunigte; und ihr Gewühl wuchs.
Weit nun hallte der Kreis, und es dröhnete drunten der Boden,
Als ſich das Volk hinſetzt'; und Getös war. Doch es erhuben
Neun Herolde den Ruf und hemmten ſie, ob vom Geſchrei ſie
Ruheten und anhörten die gottbeſeligten Herrſcher.

Homer
Ilias

Так произнесши, первый из сонма старейшин он вышел.
Все поднялись, покорились Атриду, владыке народов,
Все скиптроносцы ахеян; народы же реяли к сонму.
Словно как пчелы, из горных пещер вылетая роями,
Мчатся густые, всечасно за купою новая купа;
В образе гроздий они над цветами весенними вьются,
Или то здесь, несчетной толпою, то там пролетают,—
Так аргивян племена, от своих кораблей и от кущей,
Вкруг по безмерному брегу, несчетные, к сонму тянулись
Быстро толпа за толпой; и меж ними, пылая, летела
Осса, их возбуждавшая, вестница Зевса; собрались;
Бурно собор волновался; земля застонала под тьмами
Седших народов; воздвигнулся шум, и меж оными девять
Гласом гремящим глашатаев, говор мятежный смиряя,
Звучно вопили, да внемлют царям, Зевеса питомцам.
И едва лишь народ на местах учрежденных уселся,
Говор уявши, как пастырь народа восстал Агамемнон...

Gomer
Iliada

Cela dit, il quitte le premier le Conseil. Sur quoi les autres se lèvent: tous les rois porteurs de sceptre obéissent au pasteur d'hommes. Les homes déjà accourent. Comme on voit les abeilles, par troupes compactes, sortir d'un antre creux, à flots toujours nouveaux, pour former une grappe, qui bientôt voltige au-dessus des fleurs du printemps, tandis que beaucoup d'autres s'en vont voletant, les unes par-ci, les autres par-là; ainsi, des nefs et des baraques, des troupes sans nombre viennent se ranger, par groupes serrés, en avant du rivage bas, pour prendre part à l'assemblée. Parmi elles, Rumeur, messagère de Zeus, est là qui flambe et les pousse à marcher, jusqu'au moment où tous se trouvent réunis. L'assemblée est houleuse; le sol gémit sous les guerriers occupés à s'asseoir; le tumulte règne. Neuf hérauts, en criant, tâchent à contenir la foule: ne pourrait-elle arrêter sa clameur, pour écouter les rois issus de Zeus! Ce n 'est pas sans peine que les hommes s'asseoient et qu'enfin ils consentent à demeurer en place, tous cris cessant.[409]

Homère
Iliade

Una casa se construye con sabiduría, se consolida a través del entendimiento y mediante el conocimiento se llenarán sus aposentos de gratas y abundantes riquezas.

Universidad de Virginia
Placa conmemorativa

Cuando busco orquídeas salvajes
en los campos otoñales,
es su raíz profunda
lo que deseo,
no la flor.

Izumi Shikibu

Dicamus et labyrinthos, vel portentosissimum
fiumani inpendii opus, sed non, ut existiman potest,
falsum,[410]

Plinio
Historia natural
39.19.84

La filosofía está escrita en este gran libro —el universo— que siempre se encuentra abierto a nuestra mirada, pero que resulta inaccesible a menos que antes se conozca su lenguaje y se interpreten los caracteres en que está escrito. Este idioma es el de las matemáticas, y los caracteres son triángulos, círculos y demás figuras geométricas sin los que sería humanamente imposible entender una sola de sus palabras; sin los mismos, uno deambula por el interior de un oscuro laberinto.

Galileo
Il Saggiatore

Otros, retirados a colinas apartadas,
Con pensamientos más elevados, esperan que
Un milagro, la revelación, la voluntad y la suerte
Decidan designios, voluntad y revelación absolutos,
Y su deambular perdido entre laberintos no tiene fin.

John Milton
El paraíso perdido

El hogar expresa la personalidad de su dueña y señora. Los hombres son eternos invitados en nuestros hogares, no importa lo felices que puedan encontrarse allí.

Elsie De Wolfe
La casa del buen gusto

La maison, c'est la maison de famille, c'est pour y mettre les enfants et les hommes, pour les retenir dans un endroit fait pour eux, pour y contenir leur égarement, les distraire de cette humeur d'aventure, de fuite qui est la leur depuis les commencements des ages.[411]

Marguerite Duras
La vida material

L'homme se croit un héros, toujours comme l'enfant. L'homme aime la guerre, la chasse, la pêche, les motos, les autos, comme l'enfant. Quand il dort, ca se voit, et on aime les hommes comme ca, les femmes. Il ne faut pas se mentir là-dessus. On aime les hommes innocents, cruels, on aime les chasseurs, les guerriers, on aime les enfants. [412]

Marguerite Duras
La vida material otra vez

La única mujer que me queda es la tierra húmeda… ¡Je, je, je!… ¡Me refiero a la

sepultura!… Mi hijo murió… y yo sigo vivo… Qué cosa más extraña, la muerte se confundió de puerta.

Antón Chéjov otra vez
"Tristeza"

lam cinis, adhuc tarnen rarus. Respicio: densa caligo tergis imminebat, quae nos torrentis modo infusa terrae sequebatur. "Deflectamus" inquam "dum videmus, ne in via strati comitantium turba in tenebris obteramur." Vix consideramus, et nox non qualis inlunis aut nublia, sed qualis in locis clausis lumine exstincto.[413]

Plinio el Joven otra vez

Volvió la mirada hacia mí, y me guió hasta el palacio de Irkalia, la Reina de las Tinieblas, la casa que no a- bandona quien en ella entra, por el camino que no tiene vuelta atrás.

"Ahí está la casa cuyos habitantes moran en las tinieblas; cuyo alimento es el polvo y la arcilla su manjar. Se visten como pájaros; ataviados con alas, nunca ven la luz, viven en la oscuridad…"

La epopeya de Gilgamesh

Se dice que la Madre de las Musas es la Memoria, que a mí me ha abandonado.

Walter Savage Landor
"Memoria"

Corriente lejana, pausada y silenciosa,
Leteo, Río del Olvido, despliega
Su Laberinto de aguas; quien de ellas bebe
Enseguida su antiguo estado y esencia olvida,
Ya sean alegrías y penas, como placer y dolor.

El paraíso perdido otra vez

Los cometas
Han de atravesar tanto espacio,

Tal frialdad, tal olvido.
Así caen a pedazos tus gestos,

Cálido y humano el brillo rosado
Que sangra y se desprende

Por las negras amnesias del cielo.

Sylvia Plath
"Danzas nocturnas'

Gilgamesh escuchó y sus lágrimas fluyeron. Abrió la boca y le dijo a Enkidu: "¿Quién hay en la amurallada Urku que tenga esta sabiduría? Extrañas cosas se han dicho, ¿por qué tu corazón habla de un modo tan extraño? El sueño fue maravilloso pero grande fue el terror; debemos atesorar el primero a pesar del segundo; pues el sueño ha mostrado que al acaudalado termina llegándole la miseria, y que el fin de la vida es la amargura…".

Otra vez *La epopeya de Gilgamesh*

Paso por alto innumerables matices… tan delicados, tan difíciles de transmitir con palabras incoloras.

Joseph Teodor Korzeniowski
Lord Jim

Hige sceal þē heardra, heorte þē cēnre,
mōd sceal þē māre, þē ūre mægen lȳtlað [414]

La batalla de Maldon

He querido demostrar que el espacio-tiempo no es necesariamente algo a lo que se le

pueda adscribir una existencia separada, independientemente de los objetos reales de la realidad física. Los objetos físicos no existen *en el espacio*, sino que se *prologan espacialmente*. Por tanto el concepto de "espacio vacío" pierde su significado.

Albert Einstein
"Nota a la decimoquinta edición"
Teoría general y especial de la relatividad

Hagámonos sitio.

Jacques Derrida
Glas

L'odeur du silence est si vieille.[415]

O. W. De L. Milosz

Pero la única voz que obtuvo por respuesta
Fue el falso eco de sí mismo rebotado por
Algún árbol oculto en el precipicio al otro lado del lago.
Una mañana, desde un peñasco de la playa,
Exclamó que todo lo que quería en la vida
No era una mera copia hablada de su amor
Sino un amor correspondido, con voz propia.

Y después se zambulló en las lejanas aguas,
Pero tras permitirle nadar un rato,
Cuando se acercó, en lugar de poseer forma humana
Y de ser alguien que le complementara,
Resultó ser un macho cabrío de poderosa apariencia,
Que apartaba las encrespadas aguas con su pecho.

Robert Frost
"Lo más cercano"

Todo lo que he dicho y hecho,
Ahora que estoy viejo y enfermo,
Es puesto en cuestión noche
Tras noche de desvelo insomne
Y jamás alcanzo la justa respuesta.
¿Acaso aquel drama mío empujó
A que los ingleses mataran a ciertos hombres?
¿Forzaron aquellas palabras mías
El trastorno mental de aquella mujer?
¿Hubieran podido unas palabras mías haber detenido
Aquello por lo que una casa yace ahora en ruinas?

William Butler Yeats
"El Hombre y el Eco"

¿No las tenemos nosotros también? Sí,
Tenemos Respuestas, y no sabemos de dónde;
Ecos que vienen de más allá de la tumba,
¡De donde todos sabemos!

Esos rebotes que nuestro oído interior
Atrapa de vez en cuando venidos de lejos:
Escúchalos, considéralos, percíbelos;
Pues de Dios… de Dios son.

William Wordsworth
"Sí, era el eco de la montaña"

"¡El amor debería ponerse en práctica!"
gritó el viejo eremita.
Al otro lado del estanque un eco
trató de ratificarlo una y otra vez.

Elizabeth Bishop
"Chemin de Fer"

Cuando volví de la muerte
era de día
estaba abierta la puerta de atrás
y uno de los botones de mi camisa
había desaparecido.

Deride Thomson
Return from Death

Vos, Eco, vos sois mortal, todos lo sabemos.
Eco. No.
¿No nacisteis entre las hojas y los árboles?
Eco. Las hojas.
¿Y queda aún alguna hoja?
Eco. Quedan.
¿De qué hojas se trata? Responded del todo a la cuestión.
Eco. Sagradas.
¿Son entonces las hojas sagradas del Eco hojas del paraíso?
Eco. Sí.
Entonces decidme, ¿cuál es el deleite supremo?
Eco. La luz.

George Herbert
"Heaven"

L'amour n'estpas consolation, il est lumière.[416]

Simone Weil
Cuaderno VI (K6)

De qué se compone esta casa si no de sol.

Wallace Stevens
"Una noche más en New Haven"

Os contamos, con los dedos en la frente,
La historia como dicta la costumbre;
Como si la historia de una casa
Se contara, o pudiera ser contada.

Edwin Arlington Robinson
"Eros Turannos"

¿No debería ser la morada del hombre de techumbre lo suficientemente elevada para albergar en lo alto cierta oscuridad, donde a las sombras temblorosas les fuera posible andar jugueteando con los travesaños?

Henry David Thoreau
Walden

Wer jetzt kein Haus hat, baut sich keines mehr.[417]

Rainer María Rilke
"Día de otoño"

He traído la gran esfera de cristal;
¿quién la podrá levantar?
¿Podéis penetrar en la gran bellota de luz?
Mas la belleza no es la locura
Aunque mis errores y naufragios me rodean.
Y no soy un semidiós,
No logro que se consolide.
Si no hay amor en la casa, no hay nada.

Ezra Pound

“Canto CXVI”

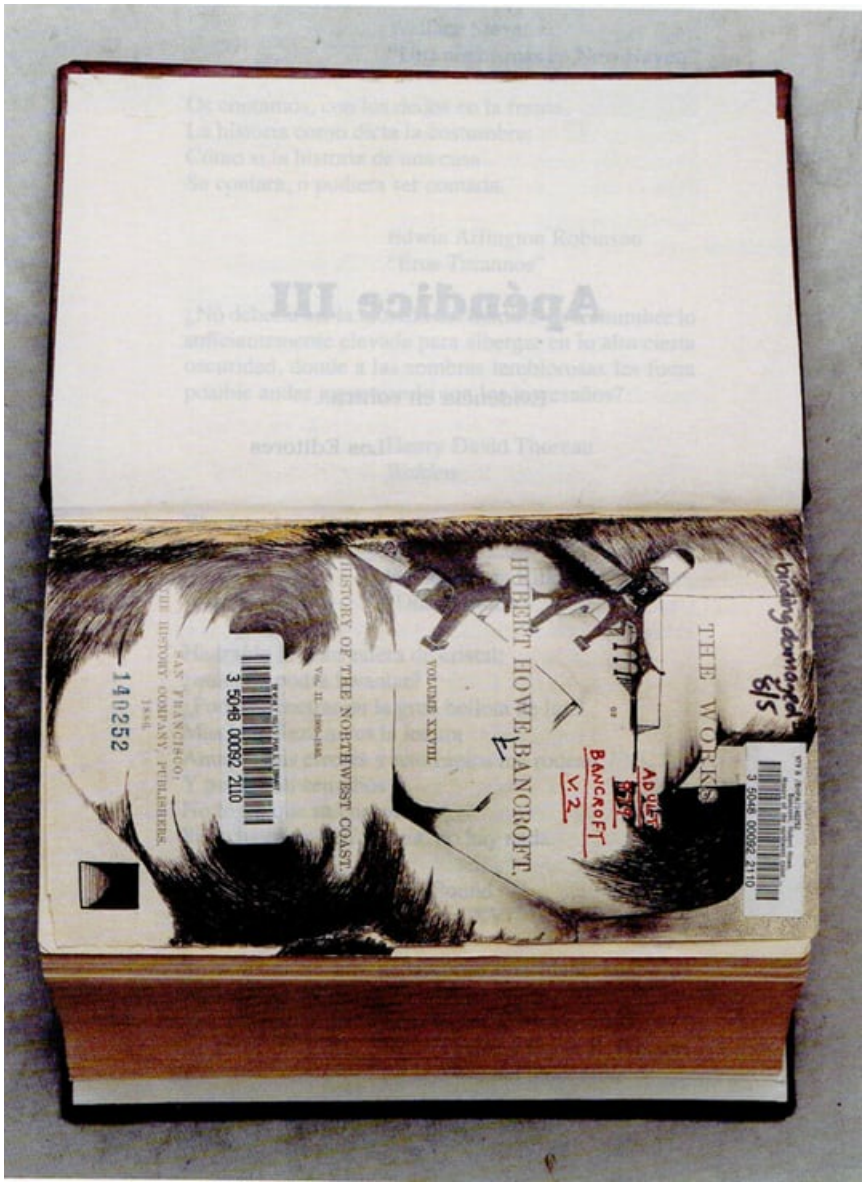
Sí, a veces no hay nada como una mano buena de verdad.

Donn Pearce y Frank R. Pierson
La leyenda del indomable

Apéndice III

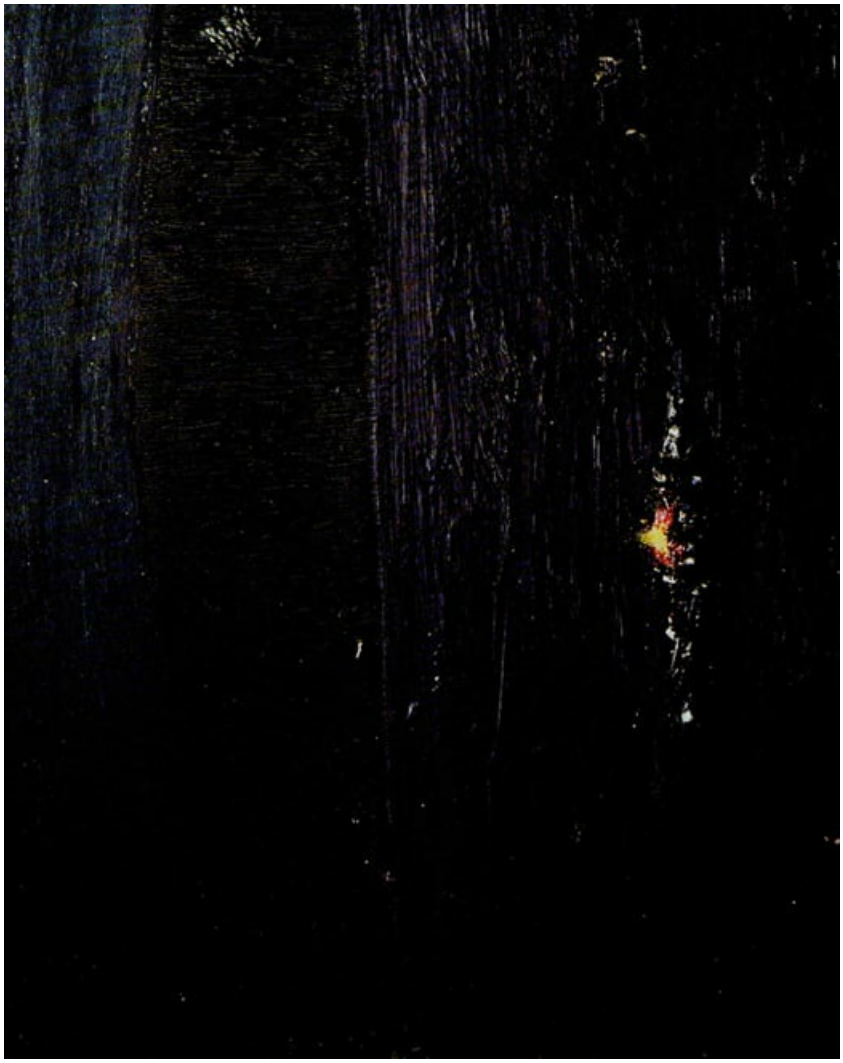
Evidencia en contra.

Los Editores

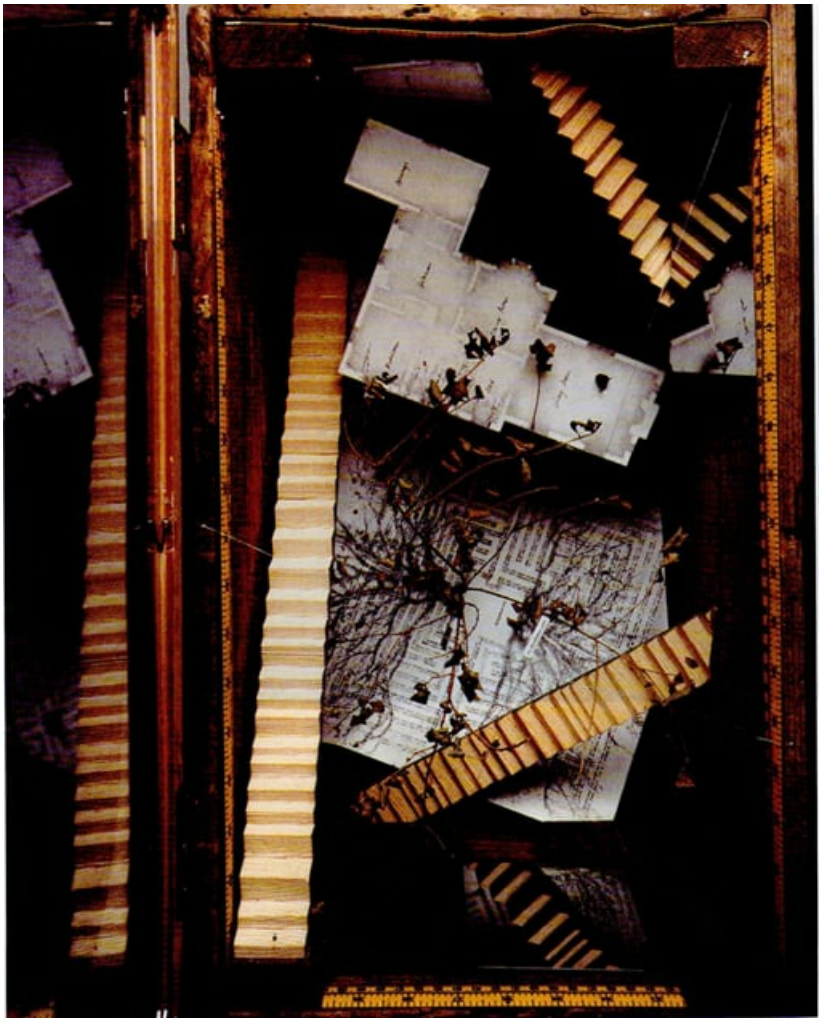


The Works of Hubert Howe Bancroft. Volumen XXVIII.
The History Company, Publishers, San Francisco, 1886.

"Rescate: El Expediente Navidson", diseñado por Tyier Martin
Magoo-Zine. Santa Fe, Nuevo México, octubre de 1993.



“Otro gran recinto de Ash Tree Lane”, de Mazerine Diasen. Expuesto por primera vez durante el Cale R. Warden Cinema-On-Canvas New York City Arts Festival. 1994.



"Modelo conceptual de la Casa Navidson", de Sarah Newbery.
Escuela de Postgrado de Diseño, Universidad de Harvard. 1993.

“Hombre asomándose al interior/exterior.”
Fotograma con título sacado de “Exploración N.°4”.
Colección Talmor Zedactur. VHS. 1991.

Créditos

Damos gracias a las siguientes fuentes por su autorización para reimprimir material ya publicado:

A *Farrar, Strauss and Giroux, S.L.*: Por el extracto de “Chemin de Fer", sacado de *The Complete Poems 1927-1979*, de Elizabeth Bishop. Copyright © 1979, 1983 Alice Helen Methfessel. Reimpreso con permiso de Farrar, Strauss and Giroux S.L.

A *Harper Collins Publishers, S.A.* y a *Faber and Faber* S.A.: Por el extracto de “The Night Dances”, sacado de Ariel, de Sylvia Plath. Copyright © 1966 Ted Hughes. Reimpreso con permiso de Farrar, Strauss and Giroux S.L. Derechos de *Collected Poems* fuera de Estados Unidos propiedad de Sylvia Plath y administrados por Faber and Faber S.A., Londres. Reimpreso con permiso de Harper Collins Publisher, S.A. y Faber and Faber S.A.

A *Henry Holt and Company, S.L.*: Por los extractos de “The Most of It”, sacado de *The Poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem. Copyright © 1942 Robert Frost. Copyright © 1970 Lesley Frost. Copyright © 1969 Henry Holt and Company, S.L. Reimpreso con permiso de Henry Holt and Company, S.L.

A *New Directions Publishing Corporation* y a *Faber and Faber S.A.*: Por el “Canto CXVT, sacado de *The Cantos of Ezra Pound*, de Ezra Pound. Copyright © 1934, 1938, 1948, Ezra Pound. Derechos en el Reino Unido administrados por Faber and Faber, S.A. Reimpreso con permiso de New Directions Publishing Corporation y Faber and Faber, S.A.

A *Simon & Schuster, S.A.* y a *A.P. Watt*, S.A.: Por los extractos de “The Mand and the Echo", de William Butler Yeats, sacado de The *Poems ofW.B. Yeats: A New Edition*, editado por Richard J. Finneran. Copyright © 1940 Georgie Yeats. Copyright renovado en 1968 por Bertha Georgie Yeats, Michael Butler Yeats y Anne Yeats. Derechos fuera del Reino Unido administrados por A.P. Watts, S.A. en representación de Michael B. Yeats. Reimpreso con permiso de Simon & Schuster, S.A. y A.P. Watt, S.A.

A *Vintage Books*: Extracto de un poema de *The Dark Ink Moon*, de Jane Hirshfield y Mariko Aratami. Copyright © 1990 Jane Hirshfield y Mariko Aratami. Reimpreso con permiso de Vintage Books, ima división de Random House, S.A,

Nuestro agradecimiento especial a la Colección Talmor Zedactur por proporcionar una copia en VHS de “Exploración N°4”.

Todas las fotografías interiores son de Andrew Bush, excepto las de las páginas 549 y 662, tomadas por Gil Kofman, y la de la página 659, escaneada por Tyler Martin.

Y g g

d

r

a

s

i

l

¿Qué milagro es este árbol enorme?
Su altura alcanza los diez mil pies
sin tocar el suelo. Pero se eleva.
Con las raíces debe el cielo sostener.

O

NOTAS

[1] Una cuestión que se trata con mayor detenimiento en el capítulo IX.

[2] Vease: “Resurrection on Ash Tree Lane: Elvis, Christmas Past and Others Non-Entities”. De Daniel Bowler, publicado en The House (Little Brown, Nueva York, 1995), pp. 167-244, que examina la contradicción inherente a toda declaración que alegue tanto la resurrección como la existencia de dicho lugar.

[3] O sin ir mas lejos, las “Hadas de Cottingley”, la fotografía Kirlian, la escotografia de Ted Serios o la fotografía de los soldados muertos en la Guerra de Secesión que realizó Alexander Gardner.

[4] La primera cita es del Paraiso perdido de Milton, Libro I, versos 65-67. La segunda es del Infierno de Dante. Canto III, versos 7-9. En 1939, un tipo llamado John D. Sinclair, de la Oxford University Press, lo tradujo del italiano tal como sigue: “Antes de mi no existía mas creación que las cosas eternas, y también yo soy eterno. Abandonad toda esperanza los que entráis”. A fin de evitar confusiones, las notas a pie de página del señor Truant aparecerán en fuente Couiier, mientras que las de Zampanó se reproducirán en Times. También queremos señalar aquí que no conocemos personalmente al señor Truant. Todas las cuestiones relacionadas con la publicación fueron tratadas por carta o, en muy pocos casos, por teléfono. (N. de los Ed.)

[5] “Degenerate”, de Lee Sinclair, publicado en *Twentieth Century Dub, Dub*, editado por Tony Ross (CCD Zeuxis Press, Nueva York, 1994), pp. 57-91.

[6] Posiblemente interpretativos, sobre todo en el caso del farfulleo incomprensible de Holloway, cuyos mismos subtítulos figuran como onomatopeyas ininteligibles o simples interrogantes.

[7] Esto es, 1993.

[8] “Home Front”,de Miijana Gortchakova, en *Gentelman's Quarterly*, v. 65, octubre de 1995, p. 224.

[9] *Dr. Isaiah Rosen*, Flawed Performances: A Consideration of the Actors in the Navidson Opus (*Baltimore: Eddie Hapax Press, 1995), p. 73.*

[10] “No es la primera vez y desde luego tampoco la última que Zampanó sugiere que El expediente Navidson existe.

[11] En su artículo “Years of Those”, pubicado en *The New Republic*, v. 213, 20 de noviembre de 1995, pp. 33-39, Helmut Kereincrazch establece que Navidson tiene cuarenta y ocho años.

[12] La cuestión de las largas descripciones narrativas en lo que supuestamente es una exégesis crítica se trata en la nota al pie n.° 67, en el capítulo 5. (N. de los Ed.)

[13] "In Twain", de Donna York, en Redbook, v. 186, enero de 1996, p. 50.

[14] Véase "The Heart's Device", de Frances Leiderstahl, publicado en Science, v. 265, 5 de agosto de 1994, p. 741; "Jewelry Box, Perfume and Hair" de Joel Watkin, en Mademoiselle, v. 101, mayo de 1995, pp. 178-181; y también el artículo más irónico de Hardy Taintic,"Adult Letters and Family Jewels", The American Scholar, v. 65, primavera de 1996, pp. 219-241.

[15] "Omens & Signs", de Samuel T. Glade, publicado en *Notes From Tomorrow*, editado por Lisbeth Bailey (Taema Essay Publications, Delaware, 1996).

[16] "100 Looks", de Max C. Garten, en *Vague*, v. 185, octubre de 1995, p. 248.

[17] Esta mañana me he levantado para ducharme y adivinad qué ha pasado. Que no había agua caliente, joder. Un descubrimiento desagradable de narices cuando dependes de ese efecto despertador del agua, estando yo como estaba completamente deshidratado después de la larga noche de borrachera que nos pegamos anoche mi compañero de andanzas, Lude, y yo. Por lo que consigo recordar, acabamos en un garito de Pico, y al poco de llegar nos encontramos charlando con unas chicas que llevaban sombreros de vaquero negros, supuestamente perdidas en su propia modalidad de euforia cerebral —gracias, éxtasis de hierbas— y animándonos a que les suministráramos un poco de éxtasis verbal, que al final resultó que las hizo largarse del local entre risitas.

Me he olvidado de qué es lo que hicimos exactamente para provocar que se fueran. Creo que Lude se puso a arreglarle las puntas a una de ellas, sacando esas tijeras que siempre tiene a mano, igual que supongo que los pistoleros de antaño siempre tenían sus Colt a mano; y ahí estaba él, recortando rizos y flequillos, y haciéndolo de puta madre, aunque claro, es un profesional, y encima a oscuras, claro, en el taburete de un bar, rodeado de docenas de desconocidos, con un clic —clic de dedos y de acero, provocando una lluvia de pelitos sobre el tumulto circundante, y las chicas todas nerviosas hasta que se dieron cuenta de que el tío era la polla, y de pronto las teníamos a todas encima, chillando "ahora yo" y "házmelo a mí", una frase que suscita bromas demasiado fáciles, de manera que Lude y yo lo dejamos y nos pusimos a hablar de otra cosa, nada menos que a contar una aventura loquísima que supuestamente yo había protagonizado cuando estuve peleando con los Boxeadores del Foso. Que sepáis que era la primera vez que oía aquel término, y Lude también. Él se lo acababa de inventar y yo le estaba siguiendo la corriente.

—Venga, hombre, estas chicas no quieren oír esa historia —dije yo con toda la reticencia que podía fingir de forma razonable.

—No, colega, te equivocas —insistió Lude—. Tienes que contarla.

—Bueno, vale —dije yo, y me puse a rememorar para todos los presentes cómo a los diecinueve años, momento de gran soledad en la vida de uno, me había bajado de una barcaza en Galveston.

"En realidad me escapé —improvisé—. Pasaba que todavía le debía al chiflado de mi capitán ruso mil dólares de una apuesta que había perdido con él en Singapur. Él quería matarme, de manera que tuve que escapar y prácticamente no paré hasta llegar a Houston.

—No te olvides de contar lo de los pájaros —me dijo Lude con un guiño. Simplemente se estaba mofando de mí, que era algo que le encantaba, hacérmelas pasar canutas.

—Claro —balbuceé yo, intentado encajar aquel detalle—. Aquella barcaza en la que yo había estado iba cargada de kilos y más kilos de hachís y también de una cantidad increíble de aves

exóticas, todas ellas, por supuesto, mercancías ilegales, pero ¿qué sabía yo? Tampoco me afectaba a mí exactamente. Y además, yo ya estaba poniendo tierra de por medio. De manera que llegué a Houston y lo primero que me pasó es que se me plantó delante un papanatas que intentó atracarme.

Lude frunció el ceño. Era obvio que no estaba contento con lo que acababa de hacerles a sus pájaros.

Yo no le hice ni caso y seguí.

—El tipo vino directo hacia mí y me dijo que le diera todo mi dinero. Yo no llevaba ni un centavo encima, pero tampoco era probable que aquella rata fuera armada ni nada parecido. De manera que lo tumbé de un puñetazo. Pero no duró mucho en el suelo. Un segundo más tarde se levantó y ¿sabéis qué? Me estaba sonriendo. Y justo entonces apareció a su lado otro tipo, mucho más grande, que también me sonrió y me dio la mano y me felicitó. Resultaba que llevaban todo el día buscando a un luchador de foso, pagaban doscientos dólares por noche y al parecer yo acababa de aprobar el examen. La rata humana era el entrevistador principal. Su socio se refería a él como Saco de Arena.

A aquellas alturas las chicas ya estaban pegadas a nosotros y bebiendo copa tras copa y en general atrapadas por el ritmo de la historia. Yo me puse a contarles con todo lujo de detalles mi primera noche y a describir el ring con el suelo de tierra rodeado de hordas enteras de gente dispuesta a apostar un puñado de dólares y a mirar cómo un puñado de tipos repartíamos leña: la recibíamos y se la repartíamos a los demás. En aquella clase de peleas no se permitían guantes. Por puro milagro salí vivo de aquélla. De hecho, gané las dos primeras peleas. Me llevé un par de hematomas y un corte en la mejilla, pero salí de allí con doscientos pavos y Saco de Arena me invitó a costillas y cerveza, y hasta me dejó dormir en su sofá. No estuvo nada mal. De manera que seguí haciéndolo. De hecho, me pasé un mes haciéndolo dos veces por semana.

—Fijaos en la cicatriz que tiene en la ceja… —señaló Lude, dedicando a las chicas uno de esos asentimientos de astucia completamente exagerados.

—¿También fue así como te rompiste el diente? —me soltó una chica que llevaba un rubí sujeto con un alfiler al sombrero de vaquero, aunque me di cuenta de que nada más decirlo se arrepintió de haber mencionado mi incisivo partido.

—Estoy llegando a eso —le dije con una sonrisa.

¿Por qué no incluir el diente por el mismo precio?, pensé yo.

Al cabo de tres o cuatro semanas, continué, ya tenía dinero suficiente para pagar mi deuda al capitán y hasta quedarme un poco para mí. Además, estaba un poco cansado de todo aquello. Las peleas eran bastante chungas.

—Y por cierto, nunca perdí ninguna —añadí. Lude soltó un soplido de burla—. Pero lo peor con diferencia era tener que ir con cuidado todo el tiempo que pasaba en compañía de Saco de Arena y su socio. Además, resultó que el sitio donde me alojaba era una casa de putas, llena de unas chicas tristísimas, que entre sus episodios de inconsciencia hablaban de las cosas más simples y banales. Yo prefería la vida en la barcaza, a pesar del capitán y de sus arranques de humor asesino.

"Pero bueno, en mi última noche, el papanatas se me lleva aparte y me sugiere que apueste mi pasta por mí mismo. Yo le digo que no quiero porque podría perder. 'Niñato gilipollas', me escupe él, 'pero si has ganado todas las peleas que llevas'. 'Sí', le digo yo, '¿y qué?'. 'Pues a ver si te enteras, no es porque pelees bien. Estaban todas amañadas. Yo me dedico a encontrar patanes y a pagarles cincuenta pavos para que se dejen tumbar. Y ganamos un pastón con las apuestas. Ganaste

la semana pasada, ganaste la anterior y vas a ganar esta noche. Solamente intento echarte una mano.'

"Y claro, como yo era un niñato tonto aposté todo el dinero que tenía y salí al ring. ¿Y quién creéis que había allí esperándome?

Ofrecí a todos los presentes la oportunidad de darme respuesta mientras yo vaciaba mi vaso de cerveza, pero nadie tenía ni idea de con quién estaba a punto de pelear. Hasta Lude iba un paso por detrás. Aunque claro, eso depende de cómo lo mire uno: al mismo tiempo le estaba sobando el culo a una chica que tenía una turmalina en el sombrero de vaquero mientras ella, a su vez, o eso me pareció a mí, le acariciaba el muslo.

—Pues en medio de todos aquellos pringados de Houston, todos gritando sus apuestas, berreando cantidades y relamiéndose en espera de la sangre, estaba Saco de Arena, con los puños envueltos en cinta aislante y ni un asomo de sonrisa ni de familiaridad en la mirada. Joder, os lo juro, ese tío resultó ser un hijo de la gran puta, un cabronazo cruel y sin ápice de remordimiento. En el primer round me tumbó dos veces. En el segundo casi no me levanté.

"Él y su socio se habían pasado el mes entero haciendo subir mi cotización para que cuando Saco de Arena, que ahora tenía las apuestas en su contra, me masacrara, ellos se marcharan con una pequeña fortuna. 0 se escaparan. Yo, en cambio, un niñato idiota de diecinueve años que había acabado por casualidad en Galveston después de pasar tres meses en alta mar, iba a perder mi dinero y terminar en un hospital. O algo peor. Como las peleas sólo duraban tres rounds, solamente me quedaba uno para hacer algo. Su socio me tiró un cubo de agua con hielo en toda la cara y me ordenó que volviera a subir y terminara de una vez.

"Mientras me ponía de pie dando tumbos, negué con la cabeza y, hablando en voz lo bastante alta como para que él me oyera, pero no lo suficiente como para que creyera que le estaba vendiendo algo, dije que aquello era una putada porque yo había estado planeando usar mi dinero para comprar una remesa de algo que se podía vender por lo menos al mil por ciento en las calles.

"Y en fin, en el siguiente round, que fue el último. Saco de Arena me rompió el diente. Yo había perdido. De entrada los dos habían planeado deshacerse de mí, pero mi pequeña táctica funcionó. Después de lo que el socio me había oído decir, que estoy seguro de que le había contado a Saco de Arena a la primera oportunidad, me llevaron con ellos, me hicieron beber unos whiskys en su camioneta y se pusieron a interrogarme sobre el rollo aquel que yo había farfullado, intentando averiguar qué podía venderse al mil por cien.

"Ahora estaba jodido de verdad, cagado de miedo de que me pudieran hacer algo chunguísimo si se enteraban de que les había tomado el pelo.

Aun así, si me hubiera quedado en Houston lo más seguro es que me hubieran linchado los apostadores, que a aquellas alturas ya se habrían dado cuenta de que algo olía mal y de que solamente podía querer decir una cosa (todas las explicaciones a la tumba): que los culpables éramos Saco de Arena, su socio y yo. No me quedaba más remedio que pensar deprisa, y además seguía queriendo que me devolvieran mi dinero, así que…

Para entonces, hasta Lude estaba enganchado. Todos lo estaban. Las chicas estaban absortas y sonrientes y no paraban de acercarse más y más, como si tal vez tocándome pudieran averiguar a ciencia cierta si estaba diciendo la verdad. Lude sabía que todo era una trola enorme, pero no tenía ni idea de adonde quería ir yo a parar. Sinceramente, yo tampoco. De manera que puse toda la carne en el asador.

—Les di indicaciones para llegar a la barcaza. Todavía no se me había ocurrido qué íbamos a

hacer cuando llegáramos, pero sabía que la embarcación se iba a marchar aprovechando la marea de primera hora de la mañana, de manera que teníamos que darnos prisa. Por suerte llegamos a tiempo y yo me fui directamente a ver al capitán, que en cuanto me vio me agarró del cuello. Mal que bien entre jadeos, conseguí hablarle de Saco de Arena y su socio y de todo el dinero que tenían: un dinero que incluía el mío, que era esencialmente del capitán. Con eso conseguí que el hijo de puta me prestara atención. Al cabo de unos minutos, se fue tranquilamente hacia la pareja, les sirvió dos vodkas en sendos tazones de café y con su acento incomprensible se puso a soltarles un rollo sobre el valor de la mierda pura de Nueva Guinea.

"Saco de Arena no tenía ni idea de qué estaba hablando aquel idiota, ni de hecho yo tampoco, pero al cabo de una hora y de dos botellas de vodka, llegó a la conclusión de que el capitán debía de estar hablando de droga. Al fin y al cabo, el capitán no paraba de mencionar la euforia, a los exploradores españoles y el paraíso, por mucho que se negara a mostrarle a Saco de Arena ni un ápice de nada tangible, refiriéndose con vaguedad a funcionarios de aduanas y a la amenaza constante de la confiscación y la cárcel.

"Y ahora viene el factor decisivo. Mientras el tipo iba farfullando, se acercó una furgoneta y de ella salió otro tipo al que nadie había visto nunca y al que nadie iba a volver a ver, le dio mil dólares al capitán, sacó una caja, arrancó otra vez y se marchó. Así, sin más, y ya os digo si funcionó la cosa. Sin siquiera examinar lo que estaba comprando. Saco de Arena aflojó cinco de los grandes. El capitán, fiel a su palabra, le cargó de inmediato cinco cajas en la parte de atrás de la camioneta.

"Estoy seguro de que el papanatas las habría abierto en aquel mismo momento para examinarlas, lo que pasó es que de pronto todos empezamos a oír a lo lejos sirenas de la policía o de la patrulla portuaria o de lo que coño fuera. No venían a por nosotros, pero Saco de Arena y su socio se acojonaron igual y se piraron tan deprisa como pudieron.

"Para cuando llegamos a alta mar, el capitán seguía riéndose. Yo, en cambio, no. El cabrón no iba a darme ni un centavo de mi dinero. Tal como él lo veía, y el tío me lo explicó con aquel acento suyo incomprensible, yo le debía la vida, por no mencionar el hecho de cargar conmigo hasta Florida, que es adonde por fin terminé yendo, y donde casi la palmé en un sitio de aguas frías llamado la Oreja del Diablo, aunque eso ya es otra historia.

"Aun así, la cosa no terminó tan mal, sobre todo cuando pienso en Saco de Arena y su socio. O sea, me pregunto qué hicieron y qué dijeron cuando por fin abrieron todas aquellas cajas y se las encontraron llenas de putos pájaros. Más de cincuenta aves del paraíso.

"Al cabo de unos meses leí en alguna parte que la policía de Houston había trincado a un par de conocidos criminales reincidentes que estaban intentando descargar un montón de pájaros exóticos en un zoo.

Y fue más o menos así como terminó aquella historia, o por lo menos la historia que yo conté anoche.

Por desgracia, con las chicas al final no pasó nada. Se limitaron a largarse del local entre risitas. No nos dejaron ni números de teléfono ni citas ni siquiera sus nombres, lo cual me dejó mudo y triste, un poco como un termo roto: bien por fuera pero por dentro lleno de cristales rotos.

Y no tengo ni idea de por qué estoy largando todo este rollo. Ni siquiera he visto un ave del paraíso en mi vida. Y está más claro que el agua que jamás he boxeado ni he ido en barcaza. De hecho, ahora que rememoro esta historia, de repente me siento un poco intranquilo. Me refiero a lo

falsa que es. Me parece impropia de mí. Es como si hubiera algo más, algo detrás de todo eso, una historia mayor que sigue acechando en la penumbra y que por alguna razón no consigo ver.

En todo caso, no tenía intención de desbarrar de esta manera. Os estaba contando lo de la ducha. De eso quería hablar yo. Tal como probablemente sepáis, ver que no hay agua caliente es un descubrimiento particularmente desagradable, sobre todo porque no es algo que se note de inmediato. Tienes que dejar que corra el agua un rato y, aunque siga helada, una parte de ti sigue negándose a creer que no vaya a cambiar, sobre todo si esperas un poco más o abres un poco más el grifo. De manera que sigues esperando, pero no importa cuántos minutos pasen, sigues sin ver vapor y sigues sin notar calor.

Tal vez una ducha fría me habría sentado bien. La idea me pasó por la cabeza, pero yo ya estaba demasiado helado como para intentar darme una, por breve que fuera. De hecho, no sé por qué tenía tanto frío. En mi casa se estaba bastante caliente. Y fuera, todavía más. Ni siquiera mi chaquetón de pana me sirvió de nada.

Más tarde vi a unos operarios detrás del edificio trabajando en el calentador del agua. Uno de ellos, sonándose con un pañuelo sucio, cubierto de tatuajes y con uno de Manson crucificado en la espalda, me dijo que para la tarde—noche ya estaría arreglado. Pero no lo está.

Ahora seguro que os estaréis preguntando una cosa: ¿es simple coincidencia que este problema mío con el agua fría aparezca precisamente en este capítulo?

Pues no. Zampanó solamente escribió "calentador". Las palabras "de agua" de su texto las he añadido yo.

Menuda admisión, ¿no?

Eh, no es justo, exclamáis vosotros.

Eh, eh, a la mierda, digo yo.

Joder, se me está yendo la cabeza. Está claro que me han tocado una fibra sensible, pero ni sé quién ni cómo ni por qué. Está claro que no me trago que todo venga de una mierda de historia inventada ni de un estúpido calentador (de agua).

No puedo rastrear la emoción.

Ojalá algo de todo esto fuera verdad. O sea, menuda suerte sería terminar haciendo de saco de arena y aun así encontrarse las cajas llenas de aves del paraíso.

Con esta caja no va a haber tanta suerte.

Que corra el agua fría.

En algún momento se calentará.

¿Verdad?

[18] “Lie Lexicón and Feminine Wiles”, de Leslie Buckman, publicado en *Alt In The Name Of Feminism: A Collection of Essays*, editado por Nadine Muestopher (Shtrón Press, Cambridge, Massachusetts, 1995), p. 344.

[19] Dale Corrdigan, “Blurbs”, en *Glamour*, v. 94, abril de 1996, p. 256.

[20] “A Horny Duo”, de David Liddel, en *Utne Reader*, julio/agosto de 1993, p. 78.

[21] “The Vanity of Self-Loathing”, de Ascension Gerson, incluido en *Collected Essays on Self-Portraiture*, edición de Haldor Nervene (University of Hawaii Press, Honolulu, 1995), p. 58.

[22] Desde la revelación ha proliferado el material publicado sobre el tema. El capítulo XIX trata exclusivamente de este asunto. Ver también: “What’s in a Name?”, de Chris Ho, en

Afterimage, v. 31, diciembre de 1993; *Delial*, de Dennis Stake (Bedeutungswandel Press, Indianápolis, 1995); *Delial, Beatrice and Dulcinea*, de Jennifer Caps (Thumos Inc., Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1996); “Tis but a Name”, de Lester Breman, en *Ebony*, n.° 6, mayo de 1994, p. 76; y *Ancient Devotions*, de Tab Fulrest (University of California Press, Berkeley, 1995).

[23] “Pero Moisés le dijo a Dios: ¿Quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a los israelitas?" (N. de los Ed.)

[24] Dante otra vez. Y lo vuelve a traducir Sinclair. Canto II; versos 31-32: "Pero ¿por qué tengo que ir yo, y quién lo dispone? No soy Eneas, ni tampoco Pablo".

Una pregunta que últimamente me hago bastante a menudo. Sin la parte de Eneas y Pablo.

La respuesta simple la conozco: Lude me despertó a las tres de la madrugada para echar un vistazo a las cosas de un tipo muerto. Lo normal cuando Lude me llama de madrugada es que haya alguna fiesta a la que se quiere apuntar. Lude es de esos tipos que piensan que lo sublime es algo con lo que te atragantas después de un chupito de tequila. Y tal vez no le falte razón.

Tampoco es que importe, pero alguien me dijo una vez que en realidad Lude se llama Harry, quizás fue él mismo, aunque nadie que yo conozca lo ha llamado nunca asi.

Lude conoce hasta el último bar, discoteca y portero de bar o discoteca. En Hollywood siempre se ha sentido como pez en el agua. O domina su lenguaje, como prefiráis. A diferencia de lo que me pasa a mi, en Los Ángeles nunca le hace falta traducir, interpretar ni aprender. Conoce las copas, las direcciones y, lo que es más importante, normalmente puede distinguir entre las mujeres que han salido a charlar y las que han salido a hacer algo un poco más interesante, lo cual es algo que a Lude siempre le interesa.

A pesar de tener una nariz que otros han descrito como un avispero, Lude siempre está rodeado de mujeres muy atractivas, que suele ser lo normal entre peluqueros —y fotógrafos—, sobre todo si son buenos, y Lude lo es. Las mujeres hermosas siempre se sienten atraídas por los hombres que ellas creen que las mantendrán hermosas.

Durante los dos últimos años, él y yo hemos pasado mucho tiempo deambulando por toda esta extraña ciudad. Los dos disfrutamos sobre todo de la madrugada, nos encanta su sabor triste, y además nunca entorpecemos los sueños del otro, pese a que Lude solamente quiere más dinero, mejores fiestas y chicas más guapas, y yo lo que quiero es otra cosa. Ya ni siquiera estoy seguro de cómo llamarlo, aunque sé que es espacioso y está bañado en luz del sol y carece de gravidez y sé que no es barato.

Seguramente ni siquiera es real.

Quién sabe por qué Lude y yo hemos acabado siendo amigos. Creo que es sobre todo porque él reconoce que estoy dispuesto a secundarle en cualquier conducta impropia que tenga en mente y porque le gusta mi compañía. Por supuesto, en público a Lude le gusta bañarme en cumplidos, centrados invariablemente en la vida desarticulada que he llevado. Todavía le impresiona —y también le gusta usarlo para impresionar a otros— el hecho de que a los trece años me fuera a trabajar a Alaska y a los dieciocho ya hubiera dormido en una casa de putas de Roma. Aunque yo creo que más que nada le gustan las historias. Sobre todo la forma que tengo de contárselas a las chicas con que nos encontramos. (Ya he abordado un poco esa cuestión con toda mi improvisación sobre el boxeo, las aves del paraíso y el tipo llamado Saco de Arena.) Pero no son más que historias, tal como yo las cuento. En realidad tengo un montón de ellas.

Fijémonos por ejemplo en mis cicatrices.

Sobre ellas hay bastantes variaciones. La más popular es que me pasé dos años metido en una

secta dedicada a las artes marciales japonesas y compuesta en su totalidad por coreanos afincados en Idaho, que en el último día de mi iniciación a su ya difunta hermandad me hicieron coger un wok de metal abrasador usando solamente los antebrazos desnudos. En el pasado el wok se calentaba en un horno; últimamente se llenaba de carbones al rojo.

La historia es una trola como una casa, o debería decir una trola como una pagoda… lo siento. Lo sé, sé que tendría que aprender a gatear antes que a andar; me vuelvo a disculpar, esta vez por no haberme disculpado de verdad la primera vez, ni la segunda, ya puestos. Pero es que no es fácil discutir con todos esos remolinos de carne derretida.

—Enséñame los brazos, Johnny —me dice Lude, lo más brusca y exageradamente que puede.

—Que no, hombre. Bueno, vale, solamente una vez. —Me subo la manga izquierda y luego, sin prisas, la derecha.

—Se las hizo en una secta en Indiana.

—En Idaho —lo corrijo. Y la cosa sigue a partir de ahí.

Estoy seguro de que la mayoría de las mujeres saben que es una trola, pero y qué más da, las entretiene. También creo que es un alivio no oír la historia verdadera. 0 sea, si te fijas en el horror que me va de las muñecas a los codos, no te queda más remedio que respirar hondo y preguntarte: £De verdad quiero saber lo que pasó? Basándome en mi experiencia, en general la gente no quiere. Normalmente apartan la vista. De hecho, mis historias les ayudan a apartar la vista.

Tal vez hasta a mí me ayuden a apartar la vista.

Pero supongo que no es nada nuevo. Todos creamos historias para protegernos.

Ahora es marzo. Finales de marzo. Han pasado tres meses desde la noche en que Lude me llamó. Tres meses desde que me llevé de allí un baúl negro, ordinario y con salpicaduras de pintura, que tal como averigüé pronto era uno de esos antiguos con revestimiento de cedro, fabricado en Utica, Nueva York, con agradecimientos especiales a la C. M. Clapp Company, equipado con cierres oxidados, asas de cuero podridas y una vida entera de digresiones y decepciones.

Hasta la fecha, he contado más de doscientas cartas de rechazo de toda clase de revistas literarias y editoriales y hasta unas cuantas palabras desalentadoras procedentes de importantes académicos de universidades de la Costa Este. Nadie quiere oír las palabras del viejo, solamente yo.

¿Qué puedo decir? Me chiflan las cosas abandonadas, fuera de sitio, olvidadas, cualquier cosa vieja que a pesar de la luz del progreso y todo eso siga desapareciendo todos los días igual que las sombras a mediodía, las cosas que pasan sin que nadie las anuncie, las cosas que mueren sin que nadie las llore, en fin, ya me entendéis.

Citando lo que me dijo un psicólogo, que además era psicólogo de jóvenes con problemas afectivos, podría añadir: "Te gustan esas cosas porque te recuerdan a ti". Yo no podría haberlo expresado mejor ni de forma menos sutil. Ni siquiera estoy en desacuerdo. Me parece bastante exacto y probablemente tenga mucho que ver con el hecho de que mi padre muriera cuando yo tenía diez años y la loca shakespeariana de mi madre lo siguiera casi nueve años más tarde, una historia que ya he vivido y que, la verdad, no necesito repetir aquí.

Pese a todo, por la razón que sea, y esto nunca me lo pudo explicar mi psicólogo para jóvenes con problemas afectivos, aceptar este análisis apenas alteró la forma en que me sentía.

Acabo de echarle un vistazo al baúl. La primera vez que lo vi, es decir, cuando descubrí lo que había dentro, me quedé horrorizado. Fue como mirar un cadáver antiguo. Ahora no es más que un baúl. Por supuesto, también recuerdo que pensé en tirarlo a la basura antes de que acabara la semana. Fue así como empecé a leerlo. Mucho antes de empezar a atar todos los cabos.

Vosotros sabéis que ésta sigue siendo la respuesta simple.

Supongo que no me apetece meterme con la complicada.

[25] Por desgracia, la propensión de Pollit a los chistes y juegos de palabras a menudo obra en detrimento de su análisis, por lo demás lúcido. *The Incident* (Adlai Publishing, Chicago, 1995), p. 108, es un ejemplo notable de academicismo brillante y de síntesis ejemplar de investigación y pensamiento. También hay algunas ilustraciones bastante buenas. Lamentablemente, casi todas sus conclusiones son erróneas.

[26] Michelle Nadine Goetz recuerda que en cierta ocasión el padre de Navidson se subió al capó del coche que la familia acababa de comprar, utilizó un termo para hacer estallar el parabrisas y luego se volvió con paso firme a la cocina, donde cogió una sartén llena de chuletas de cerdo chisporroteantes y la tiró contra la pared. (Ver la entrevista con Goetz publicada en el *Denver Post* del 14 de mayo de 1986, B-4.) Terry Borowska, que hacía de niñera para los dos hermanos, recuerda que de vez en cuando el padre de Navidson desaparecía, a veces durante cuatro o cinco semanas seguidas, sin decirle a su familia ni adónde iba ni cuándo pensaba regresar. Inevitablemente, cuando volvía —casi siempre después de medianoche, o bien a altas horas de la madrugada, sentado en su camioneta, esperando a que se despertaran porque se había dejado la llave o bien la había perdido—, venían unos cuantos días de calidez y reconciliación. Al final, sin embargo, Tony Navidson regresaba a sus depresiones y a sus propias necesidades, obligando a Will y a Tom a advertir que les convenía más no acercarse a su padre. (Véase la entrevista a Borowska publicada en el *St. Louis Post-Dispaích* del 27 de septiembre de 1992, D-3, primera columna.)

[27] A partir de una selección de entrevistas personales con Adam Zobol, Anthony Freed y Anastasia Cullman. 8-11 de septiembre de 1994.

[28] Rita Mistopolis, en su libro *Black Heart, Blue Heart* (Brigham Young University, Pravo, Utah, 1984), p. 245, describe la gravedad de las privaciones emocionales:

> No es difícil entender que los niños que han sufrido desnutrición o inanición necesiten comida y cuidados en abundancia para que sus cuerpos se recuperen y puedan volver a llevar vidas normales. Sin embargo, si los episodios de hambre han sido suficientemente graves, los daños serán permanentes y sufrirán problemas físicos durante el resto de sus vidas. Igualmente, los niños que se han visto privados de alimento emocional necesitan cuidados y amor a fin de restaurar su sentido de la seguridad y la confianza en sí mismos. Sin embargo, si el amor que reciben es mínimo y los malos tratos intensos, los daños serán permanentes y los niños sufrirán problemas emocionales durante el resto de sus vidas.

[29] "Keillor Ross en su artículo "Legal Zoning" escrito para el *Atlantic Monthly*, v. 278, septiembre de 1996, p. 43, se niega a descartar la posibilidad de la ironía: "Al fin y al cabo, Navidson acaba de mudarse desde los confines

extremadamente populosos de la ciudad de Nueva York y ahora simplemente se está burlando del páramo relativo que son los pueblos residenciales". Ross no razona del todo mal, el problema es que Navidson es un hombre que entiende el significado del reducto, y su tono parece demasiado franco y directo como para estar implicando ninguna clase de broma.

[30] Zampanó. Este capítulo apareció originalmente con el título "La cuestión del porqué", en el LA Weekly del 19 de mayo de 1994.

[31] De Sein und Zeit, Martin Heidegger (Vittorio Klosterman, Francfort del Meno, 1977), pp. 250-251.

Aquí está la traducción, gracias a la versión inglesa que hicieron John Macquarrie y Edward Robinson de Ser y tiempo de Martin Heidegger, Harper & Row, 1962, página 233. Me ha costado un huevo encontrarla.

> En estado de angustia uno experimenta lo asombroso. Aquí la indefinición peculiar de eso que acompaña al "ser-ahí" en la angustia puede obtener una expresión aproximada: la "nada y ninguna parte". Pero aquí la cualidad de lo "asombroso" también alude a la "no-familiaridad" [das Nicht-zuhause-sein]. En nuestra primera indicación del carácter fenomenal del estado básico del "ser-ahí" y en nuestra aclaración del significado existencial del "ser-dentro" por oposición a la significación categórica de la "interioridad", el ser-dentro se definía como "residir junto a…" o bien "tener familiaridad con…". Este carácter del "ser-dentro" luego fue sacado a la luz de forma más concreta por medio de la condición pública cotidiana del "ellos", que produce una seguridad en uno mismo tranquilizada —el "sentirse en casa", con toda su obviedad— a la cotidianidad habitual del "ser-ahí". Por otro lado, al caer el "ser-ahí", la angustia lo saca de su absorción en el "mundo". La familiaridad del día a día se desploma. El "ser-ahí" ha sido individualizado, pero individualizado en tanto que ser-en-el-mundo. El "ser-dentro" se adentra en el "modo" existencial de lo "no-familiar". Eso es justamente lo que queremos decir cuando hablamos de lo "asombroso".

Lo cual básicamente viene a demostrar que a principios del siglo XX ya existía el crack. Está claro que este cabrón debía de estar enganchadísimo a la piedra para ponerse a soltar esta sarta de paridas. Y lo que es más loco todavía, ahora me da por preguntarme si no habrá algo en este pasaje que me ha afectado, aunque soy consciente de que eso no tiene demasiada lógica, principalmente porque implicaría que he entendido algo, y no hace ni un momento que acabo de calificarlo de sarta de paridas.

No sé.

Lo que quiero decir es que, cuando hace una semana copié el texto en alemán, yo estaba bien. Anoche, sin embargo, encontré la traducción y esta mañana, cuando me he puesto a trabajar, he empezado a sentirme rarísimo. Seguramente sólo sea una coincidencia; me refiero a que no creo que haya ninguna clase de conexión

entre mi estado de ánimo y El expediente Navidson, ni tampoco entre mi estado de ánimo y un puñado de frases esotéricas escritas por un ex nazi colocado con Dios sabe qué. Lo más probable es que la causa verdadera de mis extraños cambios de estado de ánimo sea algo completamente distinto, aunque supongo que en realidad son bastante recientes, una serie de idas y venidas entre la ilusión pura y dura y la agonía interior, hasta que de tanto ir y venir, la cosa estalla. Ni puta idea.

> Das Nicht-zuhause-sein
> [la no-familiaridad]
> En eso está claro que el tipo acierta.

Llevo un tiempo trabajando de aprendiz en un Salón de Tatuajes que hay en Sunset. Contesto al teléfono, programo consultas y limpio. Cualquier idiota podría hacerlo. De hecho, es un trabajo reservado para idiotas. Esta tarde, sin embargo, no sé cómo explicarlo, me pasá algo súper raro. Estoy raro. Soy incapaz de hacer nada. A lo único que llego es a quedarme mirando toda la tinta que tenemos, con su variedad brutal de tonalidades, desde el color cerveza de raíces hasta el azul marino, el carmín y el malva, el color carne, el lila, el verde mares del sur, el color maíz y hasta el negro pelícano, todos puestos en fila en sus botecitos de plástico, que parecen dedalitos transparentes; y las agujas, me atrapan la mirada todas esas puntas meticulosamente preservadas, y tenemos cientos de ellas, la mayoría agujas finas del n° 12, muchas individuales pero bastantes en grupos de dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete, y hasta un sombreador redondo de catorce agujas.

Depende de lo que se necesite.

Yo no sé qué es lo que necesito, pero se me está yendo la olla sin razón aparente. No ha pasado nada, absolutamente nada, pero aun así tengo problemas para respirar. Cierto, el aire del salón va cargado de un olor constante a sudor, alcohol de isopropilo, desinfectante Benz-all para instrumental, disolvente para el limpiador de ultrasonidos, y hasta soldador y fundente, pero ésa no es la razón.

Por supuesto, nadie se da cuenta. Mi jefe, un séquito de amigos suyos y un recién iniciado que acaba de dejarse 150 dólares en tatuarse una rosa, se dedican a charlar, y a charlar en voz bastante alta, hay que decirlo, aunque nunca lo bastante como para ahogar el ruido más importante de todos: el zumbido individual e insistente de una máquina de tatuar "J" original que ya vuelve a clavar cien pinchazos por minuto en el hoyuelo de un culo fornido.

Cojo un vaso de agua. Salgo al pasillo. Es un error. Debería haberme quedado donde hay gente. El consuelo de la compañía y todo eso. Pero ahora estoy solo, repasando una rápida lista mental: ¿me habrá intoxicado algo que he comido? (tengo el estómago bien); ¿síndrome de abstinencia? (llevo meses sin probar ni el speed ni el éxtasis, y aunque esta mañana no he fumado nada de maría, que es mi ritual de costumbre, sé que el THC no causa dependencia física prolongada). Y luego, sin venir a cuento de nada, joder, todo se oscurece considerablemente. No llega a volverse negro. Ni siquiera tan oscuro como cuando hay un apagón. Más bien es como si una nube pasara por delante del sol. 0 mejor, una tormenta. Pero no hay ninguna tormenta. Por no haber no hay ni nubes. El día es luminoso y, además,

ni siquiera estoy en la calle.

Ojalá se hubiera terminado ahí la cosa. Un ligero descenso de la luz y una pequeña dificultad para respirar. En ese caso el episodio todavía podría atribuirse a un fusible roto o a algún flashback aberrante provocado por las drogas. Pero entonces llega a mis narices el olor de algo amargo y asqueroso, de algo inhumano que apesta a podredumbre y a muchos años, que me dice en el idioma de la náusea que no estoy solo.

Que hay algo detrás de mí.

Por supuesto, no lo acepto.

No puede negarse.

Quiero vomitar.

Para entenderlo mejor, probad esto: concentraos en estas palabras, y hagáis lo que hagáis, no dejéis que vuestra mirada se salga del perímetro de esta página. Imaginaos que más allá de donde os alcanza la vista, puede que detrás de vosotros, puede que a un lado, o hasta puede que delante de vosotros, pero justo donde no podéis verlo, algo se acerca sin hacer ruido, de hecho haciendo tan poco ruido que solamente podéis oírlo en forma de silencio. Localizad esos remansos de silencio puro. Ahí es donde está. En este mismo momento. Pero no miréis. No apartéis la vista de aquí. Ahora respirad hondo. Y a continuación todavía más hondo. Esta vez, sin embargo, mientras sacáis el aire, intentad imaginar lo deprisa que va a pasar, lo duro que os va a golpear y todas las veces que os va a clavar los dientes en la yugular, ¿o acaso son garras?, no os preocupéis, ese detalle concreto no importa, porque antes de que os dé tiempo de procesarlo siquiera, ya tenéis que moveros, tenéis que echar a correr, tenéis que estar por lo menos agitando los brazos… y está más claro que el agua que tenéis que tirar este libro, no os va a dar tiempo ni de gritar.

No miréis.

Yo no lo hago.

Claro que miro.

Miro tan deprisa que casi termino con uno de esos collarines para los traumatismos cervicales.

Tengo las manos completamente sudadas. La cara me arde. Quién sabe cuánta adrenalina acaba de entrarme en el sistema. Antes de darme la vuelta, tengo exactamente la sensación de haberme girado ya y en ese preciso instante haber vislumbrado a una bestia tremenda agazapada en las sombras, con los músculos palpitando para proyectar hacia delante su mole enorme, extendiendo lentamente las garras desiguales, arañando el suelo de linóleo, y entretanto los ojos se le van dilatando hasta más allá de lo imaginable, devorando completamente el iris, y bajo ese incendio creciente, el horno resplandeciente del testigo, una cámara lúcida, con mi silueta en el centro, como una estúpida sombra chinesca temblando boca abajo, ¿lo estoy diciendo bien?, ¿o acaso estoy confuso?, en cualquier caso, la criatura registra por fin la señal que debía de estar esperando: mi reconocimiento de lo que lleva todo este tiempo esperándome…, y sin embargo, cuando por fin me doy la

vuelta, girándome como una centella, como el cagón atontado por la cagalera que soy, lo único que descubro es un pasillo desierto, ¿o acaso es un pasillo que acaba de quedarse desierto?, y la criatura, sea lo que sea, obviamente algo situado más allá del alcance de mi imaginación y también de mis emociones, se ha retirado de forma evidente a los nichos de la oscuridad, fundiéndose con los rincones y los suelos, con las grietas y los enchufes, y hasta con las mismas paredes. Las luces vuelven a ser normales. El olor se ha esfumado. Aunque todavía me tiemblan los dedos y continúo dando bocanadas enormes e irregulares de aire, y hasta sigo dando vueltas como una estúpida peonza que gira y gira sobre la nada, mirando en todas direcciones, pese al hecho de que no hay absolutamente nada, nada en ninguna parte.

La verdad es que tengo la sensación de que me voy a caer, pero tan de repente como me ha poseído el miedo, me deja libre y recupero el control.

Cuando vuelvo a entrar en el Salón, todo sigue siendo raro, pero por lo menos parece que puedo soportarlo.

Está sonando el teléfono. Ya van más de nueve timbrazos, me anuncia mi jefe. Salta a la vista que está enfadado. Y todavía se enfada más cuando expreso mi sorpresa ante el hecho de que sepa contar hasta tan astronómico número.

Contesto el teléfono antes de que pueda empezar a abroncarme por mi actitud.

Es para mí. Lude llama desde una cabina en el valle y tiene información importante. Al parecer, hay cierto plan relevante en cierta discoteca relevante. Me dice que puede poner en la lista de invitados a mi jefe y a todos los adláteres que me parezca. De acuerdo, le digo, pero todavía estoy agitado y empiezo a perderme los detalles antes de darme cuenta de que acabo de olvidarme de otra cosa, de algo más importante, pero cuando cuelgo el teléfono, por más que me esfuerzo, no consigo recordar qué es eso que tenía que recordar y que me ha venido fugazmente a la cabeza.

¿O acaso no me ha venido?

Tal vez no me haya venido nada a la cabeza. Tal vez simplemente haya pasado de largo, como una mujer que pasa por tu lado en un local a oscuras, con la cara perdida en las sombras, mientras permaneces enfrascado en otra conversación, y de repente algo te resulta inquietantemente familiar en su perfume o en sus movimientos, pero no consigues averiguar hasta qué punto, porque para cuando te das cuenta de que es alguien a quien te parece que conoces, ella ya se ha marchado, se ha perdido en el barullo de la fiesta, al otro lado de la barra, llevándose consigo cualquier posibilidad de reconocerla. Pero la verdad es que no se ha ido. Sigue ahí. Fundiéndose con las sombras.

¿Acaso es eso?

¿Lo que me ha venido a la cabeza era una mujer?

No lo sé.

Espero que no importe.

Aunque tengo la sensación aterradora de que sí que importa.

[32] Nada más fácil que traducirlo como "¿Quién?", que es algo que encontré en un poema titulado "Orfeo, Eurídice, Hermes". El libro es The Selected Poetry of Rainer María Rilke. editado y traducido por Stephen Mitchell, 1989. Ver página 53 de la edición de Vintage International.

[33] Incluido en el apéndice II-A hay un croquis de este mismo plano que el señor Truant proporcionó en el envés de un sobre. (N. de los Ed.)

[34] El trozo que va de "elevándose trágicamente" a "el periódico matinal" se podría haber cortado sin ningún problema. Ni os habríais enterado de que faltaba. Ni siquiera yo. Pero eso no cambia el hecho de que yo no puedo hacerlo. Me refiero a quitarlo. Da la impresión de que lo que se gana en economía no compensa lo que se pierde de Zampanó en sí, del viejo, cuyo retrato se va volviendo más nítido sobre todo gracias a digresiones como ésta.

No os puedo decir exactamente por qué, pero últimamente me llama la atención el hecho de que todo lo que Zampanó tuvo ha desaparecido, incluyendo el cuenco de beteles que le quedó en la repisa o la escopeta descalabrada con las iniciales RLB que tenía debajo de la cama —Flaze se apropió de aquel tesoro; de la escopeta, digo, no la cama—, ni siquiera el curiosamente preservado capullo de una rosa blanca que tenía escondido en el cajón de la mesilla de noche. A estas alturas su apartamento ya ha sido desinfectado con Clorox, repintado y probablemente alquilado a otra persona. Su cuerpo o bien se está pudriendo bajo tierra o bien ha sido reducido a cenizas. Lo único que queda de él es esto.

[35] La cita se extrae de “All Thing Being Equal”, de David Conte, en *Maclean's*, v. 107, n. 14, 1994, p. 102. Véase también “The Vanishing Area Paradox”, de Martin Gardner, que apareció en su columna “Mathematical Games” de la revista *Scientific American*, mayo de 1961.

[36] En “Acertijos sin respuesta” de Edith Skourja, incluido en *Acertijos con respuesta*, editado por Amon Whitten (Sphinx Press, Chicago, 1994), pp. 17-57.

[37] Walter Joseph Adeltine, “Chorrada”, *New Perspectives Quarterly*, v. 11, invierno de 1994, p. 30.

[38] Se podría traducir como "En caso de duda, querido, no hagas nada". Guerra V paz, de León Tolstói. Página 885 de la edición de 1982 de Penguin Classics, Nueva York.

[39] K.O. ¿Sabéis por qué?; el latín es algo que me supera por completo. Puedo encontrar a gente que hable español, francés, hebreo, italiano y hasta alemán, pero el idioma de los romanos no está exactamente de moda en las calles de Los Ángeles.

Una chica llamada Amber Rightacre me ha sugerido que tal vez estas líneas de texto tengan algo que ver con la destrucción de Cartago. (Intentando que las traducciones sean lo más literales que se pueda, las dos frases en latín significan lo siguiente: “Y entonces me pareció que la totalidad de Troya quedaba sumida en llamas” (Eneida II, 624) y “Cartago debe ser destruida”. (N. de los Ed.)) Es la misma chica que me tradujo y me encontró la fuente de la cita de Tolstói de más arriba. La verdad es que yo no he leído nunca Guerra y paz. pero ella sí, y alucinad: ella se lo leyó a Zampanó.

Supongo que se puede decir que de una forma muy retorcida fue el viejo quien nos presentó.

En todo caso, desde el episodio que tuve en el Salón de Tatuajes no he salido demasiado, aunque para seros sinceros ya no estoy seguro de que en realidad me pasara nada. No paro de atosigarme a mí mismo a preguntas: ¿acaso experimenté realmente alguna clase de ataque discapacitador, quiero decir incapacitador? ¿0 tal vez me lo inventé? A lo mejor se me disparó la imaginación por culpa de los efectos retardados de una resaca o de alguna tontería de mareo…

Sea cual sea la verdad, cada vez dedico más tiempo a desgranar los fragmentos de Zampanó: desgranar también quiere decir cribar, como cuando uno pasa maíz, grava o cenizas por un tamiz; me lo contó cierta chica universitaria. Resulta que no solamente encontré diarios atiborrados de bibliografías y etimologías retorcidísimas y extrañas… no sé cómo se llaman esas cosas… ¿¿¿aforismos??? ¿¿¿epifanías???; también encontré un cuaderno abarrotado de nombres y números de teléfono. La gente que visitaba a Zampanó para leerle libros. Debía de haber lo menos cien nombres, aunque tal como no tardé en descubrir, bastantes de los números ya no existían; además, muy pocos de los nombres tenían apellidos y, por la razón que sea, los que los tenían no constaban en el listín. Dejé un par de mensajes en un par de contestadores y por fin, cuando ya iba por la tercera página, la señorita Rightacre me cogió el teléfono. Le hablé de lo que había heredado y ella aceptó de inmediato quedar conmigo para tomar una copa.

Amber resultó ser todo un hallazgo; un cuarto francesa y un cuarto nativa americana, con el pelo negro natural, ojos de color azul oscuro y un vientre precioso, largo y plano y flaco, con una fina tirita de plata atravesándole el ombligo. Le rodeaba el tobillo un tatuaje de alambre de púas en azul y rojo. No sé si Zampanó lo sabía o no, pero era una visión que debería haber lamentado perderse.

—Le encantaba jactarse de la poca formación académica que tenía —me contó Amber—. "Ni siquiera he acabado la secundaria", me decía. "Perfecto, eso quiere decir que soy más lista que usted." A veces hablábamos un poco así, pero la mayor parte del tiempo, yo me limitaba a leerle. Él insistió en Tolstói. Me dijo que yo leía a Tolstói mejor que nadie. Creo que era sobre todo porque yo podía leer más o menos bien los pasajes en francés, por mi familia canadiense y tal.

Al cabo de unas copas más, fuimos paseando hasta el Viper. Lude estaba currando en la puerta y nos dejó entrar. Para mi gran sorpresa,

Amber me cogió del brazo mientras subíamos las escaleras. Aquel asunto que teníamos en común parecía haber creado un vínculo sorprendentemente intenso entre nosotros. Lude nos estuvo escuchando un rato, asegurándose de añadir en cada pausa de la conversación que había sido él quien había encontrado el mamotreto en cuestión, y que de hecho era él quien me había llamado a mí, y hasta que había visto a Amber unas cuantas veces en su edificio, pero como no se había molestado en leer ninguno de los textos, no podía entrar para nada en los detalles de nuestra conversación. Amber y yo estábamos perdidos en otro mundo, en una historia más profunda. Lude vio por dónde iban los tiros. Se pidió una copa a

cuenta mía y por fin se marchó en busca de algún otro entretenimiento.

Cuando finalmente le pedí a Amber que me describiera a Zampanó, ella se limitó a calificarlo de "inescrutable y solitario, aunque no creo que se sintiera tan solo". Luego empezó a tocar la primera banda y dejamos de hablar. Cuando acabaron, fue Amber quien reanudó la conversación, acercándose un poco más a mí y tocándome el codo con el de ella.

—Nunca me dio la impresión de que tuviera familia —continuó—. Una vez le pregunté, y de esto me acuerdo muy claramente, le pregunté si tenía hijos. Él me dijo que ya no. Ya continuación añadió: "Por supuesto, todas vosotras sois mis hijas". Lo cual fue raro porque allí solamente estaba yo. Pero la forma en que me miró con aquellos ojos vacíos… —Se estremeció y cruzó rápidamente los brazos, como si acabara de entrarle frío—. Fue como si aquel apartamento diminuto se acabara de llenar de caras y él las pudiera ver todas, y hasta hablar con ellas. Aquello me inquietó mucho, fue como estar rodeada de fantasmas. ¿Tú crees en los fantasmas?

Le contesté que no lo sabía.

Ella sonrió.

—Yo soy Virgo, ¿tú qué eres?

Nos pedimos otra ronda y subió a tocar la siguiente banda, pero ya no nos quedamos hasta el final. Mientras caminábamos hacia su piso —resultó que vivía cerca, justo encima del Sunset Plaza, de hecho—, no paró de volver al tema del viejo: un residuo de su propia obsesión se infiltraba en la corriente de sus pensamientos.

—Así pues, no se sentía tan solo —murmuró—. Con todos aquellos fantasmas, quiero decir, yo y sus demás hijas, fueran quienes fuesen, aunque la verdad, hum, me había olvidado de algo, no sé por qué, me refiero a que fue por eso por lo que dejé de ir a visitarlo. Cada vez que parpadeaba, sus ojos, y esto es un poco raro, se quedaban cerrados durante un momento un poco más largo que un parpadeo, como si los estuviera cerrando de forma consciente, o bien estuviera a punto de irse a dormir, y durante una fracción de segundo siempre me preguntaba si iba a volver a abrirlos. Tal vez no, tal vez iba a quedarse dormido o hasta a morirse, y cuando entonces

le miraba la cara, se la veía tan serena y en paz que me ponía triste, y supongo que retiro lo que he dicho antes, porque con los ojos cerrados sí que daba la impresión de que se sentía solo, y aquello me ponía muy triste y hacía que me sintiera muy sola también. Al cabo de un tiempo dejé de ir a visitarlo. Pero ¿sabes? Dejar de visitarlo me hizo sentir culpable. Y me parece que todavía me siento culpable por haberlo dejado tirado así.

Después de aquello dejamos de hablar de Zampanó. Ella le mandó un mensaje con el busca a su amiga Christina, que tardó menos de veinte minutos en llegar. Nos limitamos a sentarnos en el suelo y esnifar rayas de coca encima del estuche de un CD, a continuación nos bebimos una botella de vino y luego la usamos para jugar a la ruleta. Primero ellas se besaron, luego me besaron las dos a mí, luego nos olvidamos todos de la ruleta y por fin hasta conseguí olvidarme de Zampanó, de

esto y de lo muy nervioso que me había puesto aquel ataque que había tenido en el Salón de Tatuajes. Lo único que hizo falta fueron dos besos en uno, un consuelo y una calidez tal vez transitorios, tal vez falsos, pero aun así reconfortantes, y míos, y de ellas, y nuestros, y los tres nos reíamos sin parar, con unas risillas y unas carcajadas dementes entorpecidas por más besos todavía, y me acuerdo de un breve instante en el que, sin que fuera a cuento de nada, me vino a la cabeza mi padre, un recuerdo raro pero extrañamente pacífico, como si él aprobara mi actuación, de aquella forma en que él siempre se reía y actuaba, siempre riendo, rindiéndose a su liviandad, sobre todo cuando flotaba en enormes haces ascendentes de luz, quemando lejanas mesetas de carbonilla y de salvia, elevándolo como a un ángel, muy por encima de la tierra roja, hacia las profundidades del vacío centelleante, ese cielo amable que jamás lo decepcionó, preservando su vínculo con la juventud, el decoro y la amabilidad, casi como si fuera su avión, pero nunca del todo, dejando atrás sus gritos de alegría, siguiendo sus pasos en su repentino giro hacia el viento, seguido a continuación por un ascenso casi vertical hasta los ángulos del sol, y por entonces yo tenía ocho años y todavía estaba con él y sí, ése fue el pensamiento descabellado que me vino fugazmente a la cabeza, un breve instante de comunión, que me poseyó y me llenó de calidez y de una liviandad intemporal, y me hizo sonreír una vez más y relajarme como si solamente los recuerdos pudieran elevar el corazón igual que el viento levanta un ala, de manera que reanudé mis besos con entusiasmo renovado, acariciando y a continuación devorando los labios oscuros de ellas, oscurecidos por el vino y el amor efímero, un recuerdo antiguo que el amor había prometido pero que al final nunca dio, hasta que hubo demasiados besos para contarlos o incluso recordarlos, y el recuerdo del amor resultó no ser amor para nada y requirió un sustituto, que nuestros cuerpos recordaron, y luego las risas se apagaron y las carcajadas se atenuaron, y la oscuridad nos devoró a todos, y renunciamos a nuestras infancias a cambio de nada y morimos, y el suelo quedó lleno de condones y Christina vomitó en el lavabo y Amber soltó una risita y me besó un poco más, pero de una forma que me decía que era hora de marcharse.

De manera que solamente ahora, unos días más tarde, mientras les estoy dando forma a aquellos momentos, vuelvo a encontrarme con lo que mi colocón me hurtó brevemente; el recuerdo que me lo ha ocultado hasta ahora va permanentemente unido a todo aquello que lo precede, y es por eso que me lo ha estado prohibiendo todo, aquellos recuerdos, los buenos, daba igual que fueran distintos, daba igual que fueran extáticos, eclipsados por la caravana articulada del otro lado de la carretera, con la camioneta que tiraba de ella alojada en la zanja pedregosa del arcén, el humo grasiento elevándose en forma de volutas hacia el cielo nocturno, ajeno a la finísima llovizna, el fuego en sí elevándose lentamente de los depósitos de gasolina perforados, quemando la pintura, derritiendo los neumáticos y ennegreciendo el cristal quebrado, el parabrisas reventado desde dentro, cada una de cuyas líneas entrecortadas contaba la historia de un corazón roto que ningún chico de diez años debería recordar nunca, ya no digamos ver, ni siquiera en medios tonos, la tinta, toda, una y otra vez, por fin reunida en las delicadas yemas

de sus dedos, como si contorneando la foto que había publicado el periódico pudiera de alguna manera deshacer los detalles de la muerte, borrar la cabina donde el hombre al que él veía y amaba como a un dios había agonizado y muerto sin decir palabra, ni ilegible ni de ninguna otra clase, ya ningún dios, y como si disolviendo el cielo negro pudiera recuperar el azul. Pero jamás pudo. Solamente consiguió desgastar un periódico tras otro, hasta que los funcionarios responsables de la custodia de los niños huérfanos decidieron que aquel chico estaba muy mal y lo mandaron bien lejos de allí, asegurándose de que no tuviera más recortes de periódico y de que me lavaran de las manos toda aquella tinta que era lo único que quedaba de mi padre.

[40] Nag y Nagaina eran los nombres de las dos cobras de El libro de la selva de Rudyard Kipling. Al final a las dos las derrotó la mangosta Rikki-Tikki-Tavi.

[41] Al parecer Fred de Stabenrath exclamó esto justo antes de que lo mat [xxx …

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Zampanó dejó el resto de esta nota a pie de página sepultada bajo una mancha particularmente oscura de tinta. En principio supongo que es tinta. Tal vez me equivoco. Tal vez sea otra cosa. Pero bueno, qué más da lo que sea. Ha habido casos en que he conseguido recuperar el texto perdido (ver capítulo IX). Aquí, sin embargo, no he podido. Se han esfumado cinco líneas junto con el resto del señor Stabenrath.

[42] “David Eric Katz postula una tercera: la epistemológica. Por supuesto, la insinuación de que las categorías del mito y de la ciencia pasan por alto que la reverberación del conocimiento en sí no es cierta. Pese a ello, el tratamiento que hace Katz de la repetición resulta tremendamente interesante. La lista de ejemplos que enumera en la Tabla iii resulta particularmente impresionante. Véase *The Third Beside You: An Analysis ofthe Epistemological Echo*, de David Eric Katz (Oxford University Press, Oxford, 1982).

[43] *Adonta ta…* = “sus pedazos todavía cantando”. Notad que, por suerte, en este capítulo Zampanó escribió a lápiz en los márgenes muchas de las traducciones de las citas en griego y en latín. Yo me he tomado la libertad de convertirlas en notas a pie de página.

[44] Ivan Largo Stilets, Greek Mythology Again (Biloquist Press, Boston, 1995), pp. 343-497; también las Metamorfosis de Ovidio, III, pp. 356-410.

[45] Elocuente traducción de Horace Gregory: “So she was turned away / To hide her face, her lips, her guilt among the trees, / Even their leaves, to haunt caves of the forest, / To feed her love on melancholy sorrow / Which, sleepless, turned her body to a shade, / First palé and wrinkled, then a sheet of air, / Then bones, which some say turned to thin-wom rocks; / And last her voice remained. Vanished in forest, / Far from her usual walks on hills and valleys, / She’s heard by all who call; her voice has life”. *The Metamorphoses*, Ovidio (A Mentor Book, Nueva York, 1958, p. 97). [“Así es como se marchó / y ocultó cara, labios y culpa entre los árboles / y sus hojas; y moró en las cavernas del bosque / para alimentar su amor con melancolía /ya fuerza de no dormir, su cuerpo se volvió sombra / pálida

y arrugada al principio, luego puro aire, / luego huesos, y hay quien dice que frágiles rocas; / y sólo su voz quedó. Desaparecida en el bosque / lejos de sus rutas por colinas y valles, / la oye todo el que llama; su voz tiene vida."]

[46] La pericia del prodigio literario Miguel de Cervantes dio lugar a este apasionante pasaje en su *Don Quijote* (primera parte, capítulo nueve):

> … la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

> (Wittgensteniano, Anthony Bonner traduce esto como "… truth, whose mother is history, who is the rival of time, depository of deeds, witness of the past, example and lesson to the present, and warning to the future". (N. de los Ed.)

Mucho más tarde, un discípulo de armas todavía inexperto tuvo el raro placer de conocer al extraordinario Pierre Menard en un café de París después de la Segunda Guerra Mundial. Supuestamente Menard manifestó su profundo desagrado hacia las magdalenas pero no mencionó siquiera el pasaje (un eco de *El Quijote*) que había escrito antes de la guerra y que posteriormente le supuso una fama literaria considerable.

> … la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Esta exquisita variación del pasaje del "ingenioso aprendiz" es demasiado densa para diseccionarla aquí. Baste decir que los matices de Menard son tan sutiles que resultan casi indetectables, aunque si hablan ustedes con el Artífice podrán ver inmediatamente hasta qué punto están cargados de tristeza, acusación y sarcasmo.

(¡Exacto! ¿Cómo coño puede alguien hablar de "exquisita variación" cuando los dos pasajes son exactamente iguales?

Estoy seguro de que algo habrá influido el hecho de que sea de madrugada, a lo cual hay que añadir la poca luz que tengo en la habitación, o lo mal que he estado durmiendo, me voy a dormir pero en realidad no descanso, si eso es posible, aunque os lo aseguro, sentado aquí solo, sin percibir nada más que algún murmullo de vez en cuando, igual que cuando escuchas rezar a unos penitentes —sabes que están rezando pero no entiendes lo que dicen—, o mejor todavía, igual que cuando escuchas una maldición amarga y eres consciente de que se está dejando entrar al mundo una maldad enorme pero no entiendes lo que se está diciendo, pues así mismo estaba yo, escuchando a mi manera mediante el hecho de comparar a su manera los dos fragmentos en español, los dos escritos en hojas de papel marrones, o no, no es verdad, marrones no, más bien, no sé…, sí, marrones, pero es que con la poca luz que había parecían casi de ese color, o del recuerdo de un color, de

alguna manera violento, o casi, o para nada, y yo seguía leyendo los dos fragmentos una y otra vez, intentando detectar por lo menos un acento o una letra distintos, queriendo detectar por lo menos un acento o una letra distintos, desesperándome casi en el empeño, solamente para descubrir una y otra vez que la semejanza era perfecta, aunque, ¿cómo era posible, verdad? Si tan perfecta era, entonces no es que se parecieran, es que eran idénticos, y ¿sabéis qué?, me he perdido en mi misma frase, no sé ni cómo acabarla, no sé cómo…)

A lo que iba: cuanto más me concentraba en las palabras, más lejos parecía estar de mi habitación. Tampoco tenía ni idea de dónde estaba, hasta que de pronto, en los lados de la lengua y hacia el fondo del paladar, empecé a notar un sabor extremadamente amargo, casi metálico. Me vinieron arcadas. Bueno, no me vinieron arcadas, pero yo estaba seguro de que sí. Luego me pareció oler aquella misma cosa espantosa que había detectado en el pasillo de fuera del Salón de Tatuajes. Al principio increíblemente débil, hasta que fui consciente de estar oliéndolo, y entonces dejó de ser débil. De pronto tenía la nariz inundada de podredumbre, y también se me estaba metiendo por la garganta y taponándomela. Empecé a vomitar, chorros líquidos de vómito volando en todas direcciones, manando de mí hacia el suelo, salpicando la pared y hasta esta página. En realidad, sin embargo, no hice más que toser. Ni siquiera tosí. Carraspeé ligeramente y el olor se esfumó, junto con el sabor. Volvía a estar en mi habitación, mirando a mi alrededor a través de la escasa luz, nervioso y desorientado pero no engañado.

He vuelto a dejar los fragmentos dentro del baúl. He dado una vuelta por mi habitación. Un vaso de bourbon. Una calada de un porro. Allá vamos. Que se haga la neblina. Pero ¿a quién estoy engañando? Todavía veo lo que está pasando. Mi línea de defensa no ha caído ahora, es que ya cayó hace mucho. No me pidáis tampoco que defina la línea, ni por qué exactamente hace falta, ni siquiera de qué está intentando defenderme. No tengo ni la más remota idea.

De una cosa sí estoy seguro: estoy solo en territorio hostil y no tengo ni la menor idea de por qué es hostil ni de cómo regresar a un puerto seguro, a un puerto familiar, a un puerto perdido, y la temperatura cae en picado, la hora se desploma dando bandazos hacia una oscuridad profunda, y entretanto mi Guía amaurótico e idiota se ríe, o más bien suelta una risilla malvada, perdido en su letanía de chistes privados, completamente desquiciado, y también desdibujado, y mis zónulas de Zinn, entre otras cosas, ya se partieron hace mucho tiempo como si fueran cuerdas de piano, dejándome sin absolutamente ninguna forma segura de determinar adonde coño estoy yendo, aunque ahora mismo parece bastante seguro apostar que me estoy yendo al carajo.

[47] Se incluye en The Figure of Echo, de John Hollander (University of California Press, Berkeley, 1981).

[48] Kelly Chamotto menciona a Hollander en su ensayo “Mid-Sentence, Mid-Stream”, incluido en Glorious Garrulous Graphomania, editado por T. N. Joseph Truslow (University of Iowa Press, Iowa City, 1989), p. 345.

[49] ♂Ilustrativo: “Diez años me he pasado con Cicerón”: “¡Asno!”

[50] “Los estudios de las musas”: “divinos”.

[51] Narciso: “Prefiero morir a darte poder sobre mí”. Eco: “Yo te doy poder sobre mí”.

[52] “Clamor” regresa convertido en “amor”, “retrasos”, “horas” y “rey”.

[53] “¿Quién pondrá fin a este gran dolor?”: “El paso de las horas”.

[54] “Las cavernas rocosas de la literatura.” (“A partir de entonces, ya solamente vivió en cuevas solitarias." (N. de los Ed.))

[55] John Milton, *Paraíso perdido*, IX, 653-654.

[56] Hanson Edwin Rose, *Creationist Myths* (Pneuma Publications, Detroit, Michigan, 1989), p. 219.

[57] Estas líneas me suenan de algo, aunque no tengo ni idea de por qué ni de dónde las debo de haber escuchado antes. (Aunque al final no lo hemos conseguido, hemos hecho todo lo posible para averiguar quién escribió estos versos. Nos disculpamos por esa incapacidad. Si alguien puede aportar pruebas legítimas de su autoría, será acreditado en futuras ediciones. (N. de los Ed.))

[58] William Wordsworth, *The Poems of William Wordsworth*, edición de Nowell Charles Smith, M.A., vol.l (Methuen and Co., Londres, 1908), p. 395. También resulta interesante la carta de Alice May Williams a los observadores de Mount Wilson (CAT #0005), en la que escribe: “Soy de la creencia de que el cielo se abre y se cierra en ciertos momentos. Cuando se ve el cielo cubierto de nubes por completo, esas nubes son como persianas, postigos y galerías. Y a veces el cielo se abre bajo ellas”. Véase: *No One May Ever Have The Same Knowledge Again: Letters to Mount Wilson Observatory 1915-1935*, editado y transcrito por Sarah Simons (Society For the Difussion of Useful Information Press, West Covina, California, 1993), p. 11.

[59] Véase Listening in the Dark, de D.R. Griffin (1986)

[60] *El rey Lear*, IV, vi, 147.

[61] No hace falta que os señale cómo de intensamente personal es este pasaje. Francamente, yo os habría recomendado que os saltarais toda la divagación de los ecos entera si no fuera por estas seis líneas, sobre todo por la última parte "—tal vez dicha por ustedes…—", que evoca, por lo menos en mí, una de esas reacciones profundas y penetrantes, de esas que casi te dan en el ventrículo: el viejo avanzando —a tientas— por las paredes de una noche más, un avance lento y tedioso pero que empieza a contar, de alguna manera, la historia de esa oscuridad que él ha creado, pillándome completamente por sorpresa, una carga repentina que surge del momento de mayor tedio, abriendo las mandíbulas y sacando las zarpas, y solamente para que entendáis de dónde vengo, yo considero que "… ya muy pasada la medianoche" es una zarpa y que "pasillos vacíos" es otra.

No os preocupéis, Lude tampoco se tragó este rollo, pero por lo menos me invitó a un par de rondas.

Hace dos noches, estábamos visitando el Sky Bar, soltando una hemorragia de dinero a cambio de copas, pero Lude solamente podía toser muy fuerte, reírse al borde del infarto y decir:

—Colega, las zarpas son de hueso igual que los zancos son de acero.

—Claro —le dije yo.

Pero había tanta gente y tanto ruido que casi ni nos entendíamos.

Y aunque yo quería creerme aquello tan básico que me decía Lude, no podía. Había algo completamente espantoso en la forma de contar las cosas del viejo. Para entonces yo ya sentía una tremenda empatia hacia él, viviendo en aquel lugar minúsculo, invadido de olor a anciano, parpadeando inútilmente para disipar la oscuridad. Sus palabras —las mías, y hasta las vuestras— se añadían a esto, y retumbaban dentro de mí como un sueño espantoso, una y otra vez, modulándose ligeramente, convirtiendo lentamente mis defensas en algo completamente distinto, hasta que la música de esa recurrencia empezó a poner de relieve mis cicatrices, trazadas hace mucho tiempo, hace más de dos décadas, y con algo más que una garra, un estilete o una vieja máquina de tatuar Samuel O'Reilly @ 1891, y al final esas cicatrices se abrieron, se rasgaron, sangrando y atropellándose —porque son antes que nada las cicatrices de él—, de esas cicatrices que solamente pueden recordar con precisión las barras de un electrocardiograma, esa crónica más precisa aunque incompleta, las ondas Q desviándose hacia abajo en lo que hay que considerar el inicio del complejo QRS, contando la historia de un infarto en el pasado, esa resistencia espantosa seguida de un dejarse ir, el fracaso que lo inició todo, probablemente justo después de un laberinto en llamas pero aun así años antes de la Otra pérdida, una violencia horrible, antes de la llegada de la gran institución con nombre de ballena, antes del desvío final, la cabezada, el derrape del camión Mack, el torcimiento y el vuelco —el incendio de su persona—, años antes del largo resto, viniendo a su manera, una pesadilla por derecho propio, tal vez incluso metida en los pliegues de otro sueño indefenso (o eso me gusta imaginar), alas de plata que se hacen trizas y salen desperdigadas como escamas de pescado arrojadas a los vientos de gran altitud… por encima de las nubes y sugiriendo todavía las más épicas empresas en esas fronteras delicadas y bañadas en luz —las Otras Tierras—, recorriendo el mundo entero como un susurro, una mano, por mucho que las escamas de salmón sigan escurriéndose por entre las palabras con la misma facilidad con que los prismas de sal que uno coge con la palma de la mano siempre se escurrirán entre los dedos, resplandeciendo, cayendo en cascada, y por espectacular que resulte, eternamente incapaces de evitar la caída de él, a través de las aguas plateadas, el salmón, lejos del oro y de la miríada de juegos que encierra esa misma palabra, sugiriendo que podría haber sido un simple espejismo, aunque esto no importa lo más mínimo, todavía dando tumbos en el rec—, moribundo y —cuerdo, ¿aún? o nunca, bajo una luz distinta, y esta vez sin despertar, antes del choque, pero durmiendo durante el mismo, el estampido contra el suelo, y a velocidad terminal, el golpe, el rebote, ¿qué clase de código de emergencia tierra—aire significaría esa marca? ¿Dos eles contrapuestas? ¿No entendido? Lo más seguro es que una simple "X" marque el lugar: Incapaz de proceder… Luego, en el espantoso segundo arco y segundo descenso, después del sonido, el descubrimiento de lo que el Sueño acaba de producir, esa sierva ensangrentada, esta vez sus esforzados dedos mojados de

deformación hirviente, rezumando las mutilaciones del nacimiento, sin corazón e impías, negras de placenta, malformado, cambiante y repulsivo, algo que nadie más que él podía prevenir, y que hasta puede que incluso lo causara, y también mío, este trauma no leído, llevándolo a la consciencia con un grito, y ni siquiera ese grito fue oído, de manera que no fue un grito sino ese puñado de vida que únicamente la voluntad sostiene, nada de teléfono de emergencia, ninguna llamada, solamente su propia malinterpretación de la realidad que se había infiltrado en la Sala, el silencio posterior de una mujer y un hijo único, describiendo en una hora de agonía todo lo que hace falta para dejarse ir, roto, sangrando, hecho polvo, retorcido, arrasado, hecho pedazos y muriendo también, afectado de forma completamente permanente, aunque durante cuántos años sigue sin decirse, sigue sin verse, reminiscente de otra forma plateada, tan lejana y sin embargo tan querida, colgando de una fría cadena de oro, años después, ese puñado de vida herida y temblorosa, recuperándose finalmente por su cuenta hasta que igual que una semilla concebida, nacida y criada, la historia de su ritmo herido sobrevive el tiempo suficiente como para destruir y devorar por medio de la simple historia de su caída, toda su esperanza, su hogar, su único amor, el color mismo de su carne y la médula oscura de su hueso.

—¿Te encuentras bien, Truant? —preguntó Lude.

Pero yo veía una extraña reverberación en todas partes, confinada en las bruscas oscilaciones del amarillo y el azul, como si mi perspectiva retinal de pronto incluyera, junto con las bendiciones reflectantes de la luz, una connivencia sobrenatural con el aroma y el sonido, registrando así todas las posibilidades del daño, todas las amenazas y movimientos, pese a todas las sonrisas y encuentros y todo el barullo.

Mil y una zarpas posibles.

Por supuesto. Lude no lo vio. Estaba ciego. Tal vez hasta tuviera razón. Bajamos por Sunset y enseguida giramos al sur para ir a los llanos. Había una fiesta en alguna parte. Una reunión importante de consumidores de éxtasis y cocaína. Lude jamás sentiría cómo los "pasillos vacíos ya muy pasada la medianoche" podían destrozarte por dentro, aunque no estoy del todo seguro de que no estuviera ya igual de destrozado. No ver la rotura no significa automáticamente que te libres de estar sangrando. Para sentir, sin embargo, tienes que implicarte, y cuando salimos al patio iluminado en azul y descubrimos una motocicleta escupiendo grasa y burbujas desde el fondo de la piscina y a dos hombres subidos en el trampolín metiéndole hielo picado apelmazado a una mujer por la nariz para que le dejara de sangrar, la mujer sin camisa, con un sujetador transparente, supe que a Lude jamás le iban a importar mucho los muertos. Mejor para él, supongo. Tal vez hay cosas que es mejor dejar en paz. Por supuesto, él no conocía a los muertos tan bien como yo. De manera que cuando se escabulló de la cocina con una botella de Jack, yo hice lo que pude para unirme a él. Para obliterar mis propias cavidades y tumbas.

Pero al llegar la mañana, pese a mi dolor de cabeza y al vómito que tenía en la camisa, supe que había fracasado.

Dentro de mí, un pasillo largo y oscuro ya acariciaba la otra música de una sola palabra, y lo que es peor, pese a los prodigios de las sustancias químicas, seguía creciendo.

[62] Probablemente habría que prestar una mayor atención a los sabines y a la Pérdida de Transmisión tal como describe la fórmula: PT = 10 log 1/r, donde r = coeficiente de transmisión y una PT elevada indica un aislamiento sonoro elevado. Por desgracia, se pueden escribir varios libros voluminosos solamente sobre el sonido en *El expediente Navidson*. Por extraño que parezca, con la única excepción del artículo de Kellog Pequity sobre la impedancia acústica en la casa de Navidson (*Science*, abril de 1995, p. 43), no se ha escrito nada más sobre este tema tan cargado de resonancias. Sobre el tema de la coeficiencia acústica, sin embargo, véase "Echo's Verse", de Ned Noi, en *Science News*, v. 143, 6 de febrero de 1993, p. 85.

[63] "Las superficies paralelas crean un eco palpitante, aunque a menudo una separación de 16 milímetros basta para impedir las múltiples repeticiones.

[64] Aquí hay algo más en juego, una especie de razonamiento y demostración antitéticos, y ¿qué pasa con la luz? Y por fin empecé a entenderlo todo en algún momento antes de la medianoche, o por lo menos me quedé cerca de entenderlo. El problema fue que Lude interrumpió mis cavilaciones cuando vino a casa, y después de mucho discutir (por no mencionar los chupitos de tequila que nos bebimos y un corte de pelo bastante majo que me hizo) me convenció para que compartiera una bolsa de hongos con él, y a pesar de haber vomitado violentamente en el pasillo de cierto 7—Eleven (yo, no él) me llevó a una fiesta after hours donde enseguida me encapriché de una morena de ojos verdes (Lucy) que no tenia intención alguna de que nuestro baile terminara en la discoteca, y sin embargo, aun en medio de nuestro baile a oscuras y enredado entre sábanas en el suelo de mi casa, sus rasgos, sus piernas pálidas, sus brazos suaves, la clavícula que le trazaba una sombra de… (no sé cómo se escribe esa palabra), se vieron entrelazados y ¿¿¿permanentemente??? enredados con, y hasta del todo ¿¿¿reemplazados??? con imágenes de una mujer completamente distinta; relativamente nueva, o bueno, nada nueva, pero que por razones que siguen resultándome desconocidas todavía ocupa el centro de mis pensamientos; a esta segunda mujer…

… la conocí en compañía de Lude y de mi jefe en un sitio que a mi jefe le gusta llamar El Fantasma. El problema es que en su mente el nombre de El Fantasma se refiere a dos sitios distintos: el Garden of Edén de La Brea y el Rainbow Bar & Grill de Sunset. Es imposible recordar cómo sucedió esto. Las nomenclaturas privadas parecen difundirse rápidamente en los círculos íntimos y unidos por una amenaza común, aunque para ser sinceros solamente nos veíamos unidos en los días buenos, y lo de íntimos habría que entenderlo en un sentido muy libre.

Y me preguntaréis: ¿Cómo se sabe de qué se está hablando cuando se habla de El Fantasma?

No se sabe.

Simplemente se termina en uno de los dos. A menudo en el Rainbow. Aunque no siempre. Y es que la definición que hace mi jefe de El Fantasma cambia de un

día para otro, dependiendo sobre todo de sus estados de ánimo y apetitos. En consecuencia, lo que he dicho antes de "muy" libre debería probablemente ser tachado y cambiado por "muy, pero que muy" libre.

En todo caso, lo que estoy a punto de contaros pasó en una de esas escasas noches en que nos juntábamos todos. Mi jefe no paraba de charlar sobre su época de yonqui en Londres y sobre cómo se había planteado dejar la droga y cómo habían sido aquellas reflexiones suyas. Al final se perdió en interminables no—anécdotas sobre sus experiencias en la Facultad de Bellas Artes en Detroit —todas del tipo "Eh, mi rollo durante aquella época era una especie de rollo artístico o algún rollo parecido"— y fue más o menos entonces cuando saqué mi cuaderno de dibujos, porque da igual lo que pensaras de sus fantasmadas, su trabajo en sí era impecable. Era uno de los mejores, y todo el mundo de por aquí que tuviera tatuajes lo sabía.

Para ser sincero, llevaba un tiempo esperando aquella oportunidad, tenía ganas de pillarlo fuera del Salón y que me diera su perspectiva de mi obra, y os hablo de una obra que no era moco de pavo: laboriosos diseños bosquejados durante meses, con la intención de que algún día cobraran vida sobre la piel, cada imagen meticulosamente enroscada y envuelta en tonos cinabrio, limón, jade y añil, encarnada en escamas de dragón, en la corteza de vetustos crucifijos, en escudos soldados por generaciones descartadas en la umbría fuliginosa de las sombras y la sangre, por no hablar de unos árboles muertos que se recortaban sobre unos cielos indiferentes o de unas naves colosales dormidas en los sedimentos prehistóricos, a millas por debajo del más remoto asomo de luz… o por lo menos así es como yo los habría descrito, cada uno de ellos meticulosamente trazado en papel de calco, que crepitaba como el fuego cuando lo tocabas, incontables páginas llenas, que mi jefe examinó brevemente antes de devolvérmelas.

—Aprende a escribir a máquina —gruñó.

Vaya, qué amable, pensé yo.

Por lo menos el siguiente paso estaba claro.

Iba a ser necesario algún acto de violencia.

Y fue así cómo, antes de que se pudiera encender ninguna otra sinapsis en el laberinto cascado de mi cerebro, él ya estaba en el suelo. O debería decir que su cuerpo mutilado estaba en el suelo. Su cabeza seguía en mis manos. Desenroscada como un tapón. Y no había resultado tan difícil como yo me imaginaba. La primera vuelta había sido la más complicada de todas, porque había requerido romper las vértebras cervicales y partir la médula espinal, pero después, seis o siete vueltas más y voilá… la cabeza se había soltado. Más fácil imposible. Ya podíamos ir a la bolera.

Mi jefe sonrió. Y dijo hola.

Pero no era a mí a quien estaba sonriendo ni diciendo hola.

Ella acababa de aparecer no sé cómo, justo delante de él, justo delante de mí, rememorando alguna anécdota, tocándole el hombro, hasta guiñándonos el ojo a mí y a Lude.

Caray. Acababa de salir de la nada. Acababa de materializarse sin más.

Por supuesto, mi jefe no nos la presentó. Se limitó a dejarme ahí con la boca abierta. Ni siquiera pude volver a imaginarme que le desenroscaba la cabeza por miedo a perderla de vista. Que es algo que, enseguida me di cuenta, no quería por nada del mundo.

Por suerte, después de aquella noche, ella empezó a pasar muy a menudo por el Salón, siempre con aquellas gafas de sol en forma de margaritas y siempre cogiéndome completamente desprevenido.

Todavía sigue chiflándome. Ahora mismo estoy pensando en ella y me pierdo, me pierdo en su olor, en cómo es y en las cosas que conjura dentro de mí, un vendaval de locura y lujurias extrañamente acalladas, de sensaciones sublimadas demasiado deprisa para que yo pueda seguirlas, en forma de… joder, no sé en forma de qué, probablemente ni siquiera debería estar usando una palabra como sublimar, pero ésa no es la cuestión; su pelo me recuerda a un viento del desierto dorado, resplandeciente y repujado por el sol tórrido de agosto, con las caderas curvándose como costas septentrionales, las tetas elevándose y descendiendo bajo la sudadera azul igual que el oleaje del océano bastante después de que haya pasado la tormenta. (Siempre va un poco jadeante cuando sube la escalera que lleva al Salón.) Solamente tengo que echarle una mirada, incluso ahora en la pantalla de mi imaginación, y ya quiero partir, irme de viaje con ella, quién sabe adonde, adonde sea, mi deseo se ve repentinamente informado por algo más profundo, desconocido incluso, que me inunda, salido de alguna peculiar reserva, esbozando imágenes del trayecto en coche que ella y yo emprenderíamos, con los pulmones llenos de ese aire acre con olor a pino, dejando atrás algo desagradable, algo que se quema, la costa entera, de hecho, junto con decenas de miles de hectáreas de bosques continentales, todo se está quemando, pero nosotros nos marchamos, nos vamos bien lejos, somos libres, tenemos las manos doloridas de tanto agarrarnos —no sé a qué, pero nos agarramos— y las mejillas veteadas por las marcas del viento; y ahora que lo pienso, creo que vamos en moto, ¿en una Triumph? ¿No es ésa la que Lude siempre dice que se va a comprar?, y ascendemos a climas más fríos pero más luminosos, y yo no tengo ni idea de motos, mucho menos de conducir una. Y ya estamos otra vez. Ella siempre tiene este efecto en mí. Como ya he dicho, me chifla.

—¿Hola?

Ésa fue la primera palabra que me dirigió en el Salón. No en plan saludo informal. Más bien en tono de "¿Hola? ¿Te pasa algo?", por eso lo he puesto entre interrogantes. Yo ni siquiera la estaba mirando cuando me habló; me limitaba a observar con cara de tonto mi cuaderno en blanco de papel de calco, probablemente enfrascado en algo parecido a todos esos pensamientos ridículos y bobos que acabo de contar, pensamientos sobre viajes por carretera, incendios forestales y motos, acordándome de ella, pese al hecho de que la tenía allí delante de mis narices, a un metro.

—Eh, capullo —me gritó mi jefe—. Cuélgale los putos pantalones.

¿Qué coño te pasa?

Al final tendría que hacer algo con él.

Pero antes de que pudiera arrojarlo a través de la ventana de cristal templado para que cayera al tráfico de la calle, ella sonrió y me dio sus chanclas de color rosa fosforito y sus pantalones de chándal Adidas blancos. Mi jefe tenía suerte. Aquella criatura magnífica acababa de salvarle la vida.

Cogí su ropa con agradecimiento, tomándola de las yemas de sus dedos como si fueran unas vestiduras sagradas que me estuviera entregando la Virgen María en persona. Lo que me resultó difícil de verdad fue no quedarme mirando fijamente sus piernas. Muy, muy difícil. Casi imposible, sobre todo teniendo en cuenta que la tenia plantada allí delante con un tanga negro y con los pies descalzos sudando sobre el suelo desnudo.

Me las apañé para poner una sonrisa que disimulara mi sobrecogimiento.

—Gracias —le dije, pensando que debería arrodillarme.

—A ti —insistió ella.

Ésas fueron las dos siguientes palabras que me dijo, y hostia, no sé por qué, pero su voz me sonó en la cabeza como si fuera una sinfonía. Una sinfonía grandiosa. Una sinfonía dulce. Una sinfonía dulce y grandiosa del copón. No sé ni lo que me digo. No tengo ni puta idea de sinfonías.

—¿Cómo te llamas? —Y el número ascendió repentinamente a un total imposible de seis palabras.

—Johnny —balbuceé yo, haciéndome merecedor de cuatro palabras más.

Y así es como llegaron.

—Pues encantada de conocerte —dijo ella, en un tono que casi sonaba a ensalmo. Y aunque estaba claro que ella estaba disfrutando del efecto que tenía en mí, se alejó con un guiño, dejándome para que cavilara y tal vez rezara.

Por lo menos yo tenía sus diez palabras: "Hola — a ti — cómo te llamas — pues encantada de conocerte". Diez palabras nada menos, joder. Vaya. Vaya. Vaya. Y por mucho que esto os cueste de creer, me estaba tambaleando.

Incluso después de que ella se marchara del Salón, al cabo de una hora más o menos, todavía me estaba planteando muy en serio presentar solicitudes a todas las religiones importantes para que la deificaran.

De hecho, tan fascinado me había quedado pensando en ella que en un momento dado no reconocí a mi jefe. No tenía ni la más remota idea de quién era. Me lo quedé mirando y pensando para mis adentros: "¿Quién es este tarugo terminal y cómo cojones ha llegado hasta aquí?", y resulta que no lo pensé, sino que se me escapó, lo cual causó un lío de mil pares de cojones, en el que no vale la pena entrar ahora.

Un breve apunte: si este enamoramiento—barra—fascinación se os indigesta, si nunca habéis tenido una experiencia parecida, entonces tenéis que aceptar el hecho de que en vez de corazón tenéis una cena precocinada para calentar, y tal vez os convenga meteros dentro de un microondas y ponerlo al máximo durante una

hora, que es algo que, si lo pensáis bien, únicamente viene a demostrar lo idiotas de remate que sois, porque los microondas son demasiado pequeños para que nadie se meta dentro, mucho menos vosotros.

Segundo apunte breve: si no entráis en la categoría descrita en el último párrafo, podéis saltároslo y pasar a la parte que sigue.

En cuanto a su nombre verdadero, sigo sin saberlo. Trabaja de stripper en algún garito cerca del aeropuerto. Tiene una docena de nombres. La primera vez que vino al Salón, quería que le retocáramos uno de sus tatuajes.

—Lo tengo a dos dedos de mi coño perfectamente rasurado —anunció con total naturalidad, y luego añadió en tono algo más coqueto, pasándose dos dedos por debajo del tanga y apartándolo a un lado, ya sin necesidad de guiñar el ojo—: El Lugar Más Feliz de la Tierra.

Baste decir que en el momento mismo en que vi aquel conejo empecé a llamarla Tambor.

Admito que resulta un poco extraño, hasta para mí, darme cuenta de que cuatro meses después sigo colado por ella. Os aseguro que Lude no lo entiende. En primer lugar por el hecho de que me haya enamorado de una stripper:

—"Tirarse a una" y "enamorarse de una" significan cosas muy distintas, colega. Lo primero hay que hacerlo tan a menudo como se pueda. Lo segundo no se hace nunca en la vida.

Y segundo, por el hecho de que ella sea mayor que yo.

—Si has de quedarte colgado de una stripper —me aconseja—, por lo menos que sea joven. Son más sexys y menos cabronas.

Y es cierto, ella me saca sus buenos seis años, pero ¿qué puedo decir? Estoy embelesado. Me encanta lo fascinada que sigue estando ella por ese festival de vida que lleva, tanto que ni se calla nada ni se avergüenza en lo más mínimo de quién es ni de su trabajo, y siempre le está hablando por los codos a mi jefe de su hijo de tres años, de su novio, de sus novios, de las pajas que hace para sacarse un dinerillo extra, de los once años que lleva sin beber, y sus palabras siempre dan esa sensación que uno tiene al despertarse del todo, todo en ella se está despertando a cada momento, sensible al mundo y sus extravagantes oportunidades, una repentina consagración de la primavera, la primavera de Tambor, por mucho que la primavera ya haya brincado, conejo conejo, y ahora abril ya va en cabeza, ya acecha, ya bromea, ya acecha de nuevo preparando las bromas del primero de abril.

Sí, ya sé, ya sé. Todo este rollo se está volviendo ridículo.

Peor todavía, tengo la sensación de que podría pasarme años en la misma vena, tal vez incluso décadas.

Y sin embargo, no os lo creeréis, pero hasta el día de hoy apenas le he dirigido la palabra. Tampoco tengo una explicación digna para ese silencio. Tal vez sea por mi jefe y su mirada furibunda de perro guardián. Tal vez sea por ella. Sospecho que es por ella. Cada vez que nos visita (aunque admito que tampoco nos ha visitado

tantas veces), me deja abrumado. Da igual que siempre me guiñe el ojo y a veces hasta suelte una risotada cuando yo

la llamo "Tambor"; "Hola, Tambor", "Adiós, Tambor" son las únicas palabras que consigo decirle, la verdad es que ella solamente existe para mí en forma de extraña mezcla de fantasía diurna y filo mismo del presente, con lo cual quiero decir algo que no tiene pasado ni futuro, una especie de icono o idilio, por alguna razón prohibido para mí pero seductor hasta extremos inimaginables y probablemente intolerables, y sin embargo no nuevo, más bien es como si siempre hubiera estado ahí, pese a que yo sé que no es verdad, y anoche mismo la llegué a entrelazar y enredar y por fin reemplazar del todo por la (no sé cómo se escribe la palabra) de…

… los ojos centelleantes de Tambor, sus labios doloridos, sus gemidos que te rompían el corazón, ésos sí me los había imaginado, una lista interminable, tan minuciosa y absorbente que bastante rato más tarde, ya después de recoger las sábanas, humedecidas por el sexo y enfriadas por el descanso, no supe quién yacía a mi lado (…) y al ver a aquella desconocida, el receptáculo de mis sueños, me retiré al lavabo, a la ducha y a mi mesa, haciendo bastante ruido y transmitiendo bastante desapego como para comunicar una petición injusta, pero la pobre la oyó y se vistió sin decir palabra y me pidió un cepillo sin sonreír y se marchó sin darme un beso, dejándome a solas para que yo regresara a este pasaje, donde he descubierto los inicios de un sentido robado y esparcido mucho tiempo atrás, que me ha llevado a lo que supongo que constituye otra digresión inútil.

Tal vez cuando termine me acordaré de lo que quería decir al principio.

(El señor Truant no ha querido hacer comentarios sobre este pasaje en particular. (N. de los Ed.))

[65] Ayer conseguí que me cogiera el teléfono Maus Fife-Harris. Se trata de una doctoranda en Literatura Comparada de la UC Irvine que al parecer siempre se quejaba de las enormes parrafadas narrativas que Zampanó le pedía que transcribiera.

—Yo le decía que todos aquellos pasajes estaban fuera de lugar en una obra crítica, y que si él estuviera en mi clase le bajaría la nota por ponerlos. Pero él se limitaba a soltar una risilla y seguía a lo suyo. A mí me molestaba un poco, pero bueno, no era alumno mío, y además era viejo y estaba ciego, ¿por qué había de importarme? Pero sí que me importaba, de manera que siempre protestaba cuando él me pedía que le transcribiera otra de sus historias. "¿Por qué no me hace caso?", le pregunté una vez. "Escribe usted como un alumno de primero." Y él me contestó, y me acuerdo muy claramente: "Siempre buscamos doctores, pero a veces tenemos suerte de encontrar a un novato". Entonces soltó otra risilla y siguió a lo suyo.

No está mal como respuesta a todo este puto libro, creo yo.

[66] Aquí hay una discrepancia en la ubicación del "El pasillo de los cinco minutos y medio". Al principio se suponía que la entrada estaba en la pared norte de la sala de estar (pág. 4), pero ahora, tal como podéis ver, la ubicación ha cambiado. Tal vez sea una equivocación. Tal vez el cambio tenga alguna lógica. Ni

puta idea. Estoy igual que vosotros.

[67] Por suerte, unos años antes de que se filmara El expediente Navidson, Karen participó en un estudio que prometía evaluar y tal vez tratar su miedo. Después de que la película se convirtiera en algo parecido a un fenómeno, aquellos resultados salieron a la luz y hasta se publicaron en una serie de revistas. The Anomic Mag, con sede en Berkeley (v. 87, n.° 7, abril de 1995), ofreció el resumen más exhaustivo de los resultados de aquel estudio relativos a Karen Green:

> …El sujeto #0027-00-8785 (Karen Green) sufre ataques diversos de pánico cuando se enfrenta con espacios oscuros y cerrados, normalmente sin ventanas, y desconocidos (p. ej., una habitación a oscuras de un edificio poco familiar). Los ataques siguen un patrón constante:
>
> (1) aceleración del ritmo cardiaco, (2) sudores, (3) temblores, (4) sensación de sofoco, (5) sensación de ahogo, (6) dolor en el pecho, (7) mareos graves, (8) des-realización (sensaciones de falta de realidad) y finalmente des-personalización (disociarse de uno mismo), todo lo cual culmina en (9) un intenso miedo a morir. Véase el Manual de trastornos mentales DSM-IV, "Criterios para determinar un ataque de pánico" […] Diagnóstico: el sujeto sufre fobia específica (antes conocida como fobia simple), de tipo situacional. Véase el DSM-IV, "Criterios diagnósticos para la fobia específica 300.29" […] Debido a que de momento las técnicas conductistas-cognitivas no han conseguido modificar las perspectivas sobre los estímulos que provocan la ansiedad, el sujeto se consideró ideal para el actual estudio farmacoterapéutico […] De entrada el sujeto recibió entre 100 y 200 mg diarios de Tofranil (Imipramina), pero al no producirse mejoría pasó rápidamente a un bloqueador β-adrenérgico (Propranolol). El aumento de la nitidez de las pesadillas hizo que cambiara otra vez al IMAO (Inhibidor de la monoaminooxidasa) Tranilcipromina. Todavía insatisfecha con los resultados, el sujeto cambió al ISRS (Inhibidor Selectivo de la Recaptación de la Serotonina) Fluoxetina, comúnmente conocido como Prozac. El sujeto respondió bien y pronto mostró un aumento de la tolerancia cuando se lo expuso de forma deliberada a los espacios cerrados y oscuros. Por desgracia, el aumento de peso y la disfunción orgàsmica hicieron que el sujeto abandonara el estudio […] Al parecer ahora el sujeto emplea sus propios mecanismos para prevenir la fobia, evitando los espacios cerrados y poco familiares (p. ej., ascensores, sótanos, trasteros desconocidos, etc., etc.), aunque de vez en cuando, si los ataques se vuelven "más frecuentes", regresa al Prozac durante periodos breves de tiempo […] Véase el artículo de David Kahn, "Simple Phobias: The Failure of Pharmacological Intervention"; véanse también los resultados obtenidos por el sujeto en la Escala Clínica Graduada Sheehan de Ansiedad y también en la Escala de Fobia Sheehan. (Ver Prueba Seis.)

Aunque el informe parece bastante exhaustivo, hay un punto en él que, pese a todo, resulta bastante desconcertante. El resto de publicaciones repiten

textualmente la misma explicación ambigua pero tampoco arrojan luz sobre el significado exacto de esas once palabras: "de vez en cuando, si los ataques se vuelven 'más frecuentes'". Por lo menos la insinuación parece clara: las vicisitudes de la vida de Karen, sean cuales fueren, afectan a su sensibilidad a los espacios. En su artículo "Significant (OT)Her", publicado en The Psychology Quarterly (v. 142, n.° 17, diciembre de 1995, p. 453), la doctora Celine Berezin observa que "los ataques de Karen, que sospecho derivan de una serie de traiciones en su primera adolescencia, aumentan de forma proporcional al nivel de intimidad, o incluso a la amenaza de una posible intimidad, que ella experimenta con Will Navidson o incluso con sus hijos".

Véase también Woman Who Can't Love: When a Woman's Fear Makes Her Run from Commitment and What a Smart Man Can Do About It, de Steve Sokol y Julia Carter (T. Devans and Company, New Hampshire, 1978).

[68] Piensen por ejemplo en "Summer's Passage", de Drew Bhith, publicado en *Architectural Digest*, v. 50, n.° 10, octubre de 1993, p. 30.

[69] Bazine Naodook, *The BadBodhi Wall* (Bix Oikofoe Publishing House, Marina Del Rey, 1995), p. 91.

[70] Ver "Tom's 1865 Shelter", de Lewis Marsano, publicado en *This Old House*, septiembre/octubre de 1995, p. 87.

[71] Tampoco parece ayudar el hecho de que Navidson y Karen tengan entre sus libros *Miedo a volar*, de Erica Jong (Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1973), *The Ultimate Sex Book: A Therapist Guide to the Programs and Techniques That Will Enhance Your Relationship and Transform Your Life*, de Anne Hooper (DK Publishing, 1992), *Broken Daisy-Chains*, de X. Y. (Town Over All Press, Seattle, 1989), *1001 Sex Secrets Every Man Should Know*, de Chris Allen (Avon Books, Nueva York, 1995) y también 10*01 Sex Secrets Every Woman Should Know*, de Chris Allen (Avon Books, Nueva York, 1995).

[72] Zampanó puso los espacios en blanco pero nunca los rellenó.

[73] Ver *Images of Dark* de Liza Speen; *París de noche* de Brassaí; la tiernamente evocada historia de las habitaciones de la obra *Bonnettstown* de Andrew Bush; el trabajo de O. Winston Link y Karekin Goekjian; además de algunas de las fotografías de Jerry N. Uelsmann, Floris M. Neusüss, Lucien Aigner, Osbert Lam, Robert Adams, Susan Rankai tis, Oliver Gagliani, Thomas Annan, Clarence John Laughlin, Irèna Ionesco, Cindy Sherman, Charles Traub, Alice Austen, David Douglas Duncan, Walker Evans, John Vachon, Yasuhiro Ishimoto, Sandy Skoglund, Tetsuya Ichimura, Beaumont Newhall, James Alinder, Robert Rauschenberg, Miyaka Ishiuchi, Stephen Shore, Ashim Ghosh, Annette Lemieux, Edmund Teske, Andreas Feininger, Alfred Eisentaedt, Sebastião Ribeiro Salgado, Alfred Stieglitz, Sol Libsohn, Lester Talkington, William Henry Jackson, Edward Weston, William Baker, Yousuf Karsh, Adam Clark Vroman, Julia Margaret Cameron, George Barnard, Lennart Nilsson, Herb Ritts, Nancy Burson ("Untitled, 1993"), Bragaglia, Henri Cartier-Bresson ("Place de l'Europe"), William Wegman, Gordon Parks, Alvin Langdon Cobum, Edward Ruscha, Herbert Pointing, Simpson Kalisher, Bob Adelman, Volkhard Hofer ("Natural Buildings, 1991"), Lee

Friedlander, Mark Edwards, Harry Callahan, Robert Frank, el fotógrafo del Baltimore Sun Aubrey Bodine, Charles Gatewood, Ferenc Berko, Leland Rice, Joan Lyons, Robert D'Alessandro, Victor Keppler, Larry Fink, Bevan Davies, Lotte Jacobi, Burk Uzzle, George Washington Wilson, Julia Margaret Cameron, Carleton Watkins, Edward S. Curtis, Eve Arnold, Michael Lesy (Wisconsin Death Trip), Aaron Siskind, Kelly Wise, Cornell Capa, Bert Stem, James Van Der Zee, Leonard Freed, Philip Perkis, Keith Smith, Burt Glin, Bill Brandt, László Moholy-Nagy, Lennart Arthur Rothstein, Louis Stettner, Ray K. Metzker, Edward W. Quigley, Jim Bengston, Ri¬chard Prince, Walter Chappell, Rosamond Wolff Purcell, E. J. Marey, Gary Winogrand, Alexander Gardner, Wynn Bullock, Neal Slavin, Lew Thomas, Patrick Nagatani, Donald Blumberg, David Plowden, Ernestine Ruben, Will McBride, David Vestal, Jerry Burchard, George Gardner, Galina Sankova, Frank Gohlke, Olivia Parker, Ashvin Mehta, Bruce Gilden, Imogen Cunningham, Barbara Crane, Lewis Baltz, Roger Minick, George Krause, Saul Leiter, William Horeis, Ed Douglas, John Baldessari, Charles Harbutt, Greg McGregor, Liliane Decock, Lilo Raymond, Hiro, Don Worth, Peter Magubane, Brett Weston, Jill Freedman, Joanne Leonard, Larry Clark, Nancy Rexroth, Jack Manning, Ben Shahn, Marie Cosindas,Aleksandra Macijauskas, Andreas Serrano, Les Krims, Heinrich Tönnies, George Rodger, Arnold Genthe, Frank Majore, Gertrude Käsebier, Charles Nègre, Harold Edgerton, Shomei Tomatsu, Roy Decarava, Samuel Bourne, Giuseppe Primoli, Paz Errázuriz, Glen Luchford, Erica Lennard, Eugène Atget, Robert Demachy, Daniel Ibis, Dennis Junor, Ruth Orkin, Susan Lipper, Bill Owens, Paul Strand, Alexander Rodchenko, William Eggleston, William Clift, Doris Ulmann, Morris Engel, Walter Rosenblum, Allen A. Dutton, Inge Osswald, Art Sinsabaugh, Jerome Liebling, Tzachi Ostrovsky, Josef Sudek, Paul Outerbridge, Liu Ban Nong, William Henry Fox Talbot, Timothy O'Sullivan, Willard Van Dyke, Cas Oorthuys, Eliot Porter, David Epstein, Henry Peach Robinson, Detlef Orlopp ("Untitled"), Sandra Eleta, Frank Sutcliffe, John Thomson, Diane Arbus, Gabriele y Helmut Nothhelfer, Val Telberg, Hein-Kuhn Oh, Bmce Davidson, Paul Salvador Oroverde, Lucas Samaras, Martin Munkacsi, Nguyen Van Ung, Jack English, Eugene Richards, Philip Träger, Maciej Osiecki, Gail Skoff, P.H. Emerson, Jacob A. Riis, Le Duy Que, Underwood & Underwood, Ian Isaacs, Elliott Erwitt, Bea Nettles, Arthur Tess, Huynh Cong ("Nick") Ut, Lewis Hiñe, Raja Lala Deen Dayal, Ralph Eugene Meatyard, Mary Ellen Mark, Karl Struss, Sally Mann, Ansel Adams, Berenice Abbot, Dorothea Lange, James Balog, Phillippe Halsman, Christophe Yve, Eliot Elisofon, Arthur Leipzig, F. Holland Day, Eudora Welty, Jimmy Hare, Masahiko Yoshioka, Jr., Louis Jacques Mandé Daguerre, Emmet Gowin, Cary Wasserman, Susan Meiselas, Naomi Savage, Boris Ignátovich, Eva Rubinstein, Weegee (Arthur Fellig), Benjamin Stone, André Kertész, Lee Miller, Sid Grossman, Donigan Cumming, Jack Welpott, David Sims, Margaret Bourke-White, Dmitri Kessel, Patt Blue, Francisco Infante, Jed Fielding, John Heartfield, Francis Bruguière, Werner Bischof, Bruno Barbey, Linda Connor, Amo Rafael Minkkinen, Richard Margolis, Judith Golden, Scott Hyde, Willard Van Dyke, Eileen Cowin, Nadar (Gaspard Felix Toumachon), Roger Mertin, Raoul Hausmann, Vilem Kriz, Lisette Model, Robert Ixverant, Edna Bullock, Frank Hurley, Bank Langmore, Carrie Mae Weems,

Michael Bishop, Albert y Jean Séeberger, John Gutmann, Kipton Kumler, Joel Stemfeld, Derek Bennett, Arthur Siegel, Marcia Resnick, Clarence H. White, Fritz Henle, Julio Etchart, Eve Sonneman, John Pfahl, Gilles Ehrmann, Joy Ross, Will Ore, Ellen Auerbach, Peter Hujar, Meret Oppenheim, Meridel Rubinstein, Melanie Acevedo, Albert Sands Southworth, Max Ophüls, Syl Labrot, John Opie, Josef Ehm, Nathan Lyons, Roman Vishniac, Taizo Ichinose, Barbara Ess, Hans Namuth, George A. Tice, Ossián, Fritz Goro, EJ. Bellocq, Ralph Gibson, Leon Levinstein, Elaine Mayes, William Larson, Duane Michals, Benno Friedman, Mark Cohen, Joyce Tenneson, Doug Prince, Josiah Johnson Hawes, Robert W. Fichter, John Collier, Anton Bmehl, Paul Martin, Tina Barney, Bob Willoughby, Steven Szabo, Paul Caponigro, Gilles Peress, Robert Heinecken, Wright Morris, Inez van Lamsweerde, Inge Morath, Judith, Judy Dater, Melissa Shook, Dmitri Baltermants,Karl Blossfeldt, Alexander Liberman, Wolfgang Tillmans, Bill Burke, Marion Palfi, Jan Groover, Peter Keetman ("Porcelain Hands, 1958"), Henry Wessel, Jr., Tana Hoban, Martine Franck, John Dominis, Use Bing, Jo Ann Callis, Lou Bernstein, Vinoodh Matadin, Todd Webb, Andre Gelpke ("Chiffre 389506: Inkognito, 1993"), Thomas F. Barrow, Robert Cumming, Mark Yavno, Tod Papageorge, Ruth Bernhard, Charles Sheeler, Tina Modotti, Zofia Rydet, M. Álvarez Bravo, William Henry Jackson, Peeter looming, Betty Hahn, T. S. Nagarajan, Romano Cagnoni, Robert Mapplethorpe, Albert Renger-Patzsch, Stasys Zvirgzdas, Geoff Winningham, Thomas Joshua Cooper, Erich Hartmann, Oscar Bailey, Herbert List, Mirella Ricciardi, Franco Fontana, Art Kane, Georgij Zelma, Sergéi Mijáilovich Prokudin-Gorskii, Mario Sorrenti, Craig McDean, René Burri, Tazio Secchiaroli, Joseph D. Jachna, Richard Baltauss, Richard Misrach, Yoshihiko Ito, Minor White, Izis, Deborah Turbeville, Arnold Newman, Joel-Peter Witkin, Adam Fuss, Enzo Ragazzini, Sonya Noskowiak, David Lawrence Levinthal, Mariana Yampolsky, Juergen Teller, Nancy Honey, Bill Witt, Nicholas Nixon, Henry Callahan, Joel Meyrowitz, William A. Gamett, Ulf Sjôstedt, Hiroshi Sugimoto, Toni Frissell, John Blakemore, Debbie Fleming Caffery, Raúl Corrales, Gyorgy Kepes, Joe Deal, David P. Bayles, Michael Snow, Aleksánder Krzywoblocki, Paul Bowen, Laura Gilpin, Andy Warhol, Tuija Lydia Elisabeth Lindstrôm-Caudwell, Corinne Day, Kristen McMenamy, Danny Lyon, Erich Salomon, Désiré Chamay, Paul Kwilecki, Carol Beckwith, George Citcherson ("Sailing Ships in an Ice Field, 1869"), W. Eugene Smith, William Klein, José Ortiz Echagüe, Eadweard Muybridge, David Octavius Hill, August Sander (Antlitz der Zeit), Herbert Bayer, Man Ray, Alex Webb, Frances B. Johnston, Russell Lee, Suzy Lake, Jack Delano, Diane Cook, Heinrich Zille, Lyalya Kuznetsova, Miodrag Djordjevi, Terry Fincher, Joel Meyerowitz, John R. Gossage, Barbara Morgan, Edouard Boubat, Horst P. Horst, Hippolyte Bayard, Albert Kahn, Karen Helen Knorr, Carlotta M. Corpon, Abigail Heyman, Marion Post Wolcott, Lillian Bassman, Henry Holmes Smith, Constantine Manos, Gjon Mili, Michael Nichols, Roger Fenton, Adolph de Meyer, Van Deren Coke, Barbara Astman, Richard Kirstel, William Notman, Kenneth Josephson, Louise Dahl-Wolfe, Josef Koudelka, Sarah E. Charlesworth, Erwin Blumenfeld, Jacques Henri Lartigue, Pirkle Jones, Edward Steichen, George Hurrell, Steve Fitch, Lady Hawarden, Helmar Lerski,

Oscar Gustave Rejlander, John Thomson, Irving Penn y Jane Evelyn Atwood (fotógrafos de niños en la Escuela Nacional para Jóvenes Ciegos), Suze Randall, Art Wolfe, Charles y Rita Summers, Tom y Pat Leeson, Michael H. Francis, John Botkin, Dan Blackburn, Erwin y Peggy Bauer, Peter Arnold, Gerald Lacz, James Wojcik, Dan Borris, Micheál McLaughlin, Darrin Haddad, William Vazquez, J. Michael Myers, Rosa & Rosa, Patricia McDonough, Aldo Rossi, Mark Weiss, Craig Cutler, David Barry, Chris Sanders, Neil Brown, James Schnepf, Kevin Wilkes, Ron Simmons, Chip Clark, Ron Kerbo, Kevin Downey, Nick Nichols, Erik Aeder, Drew Kampion, Les Walker, Rob Gilley, Don King, Jeff Hombaker, Alexander Gallardo, Russell Hoover, Jeff Flindt, Chris van Lennep, Mike Moir, Brent Humble, Ivan Ferrer, Don James, John Callahan, Bill Morris, Kimiro Kondo, Leonard Brady, Fred Swegles, Eric Baeseman, Tsuchiya, Darrell Wong, Warren Bolster, Joseph Libby, Russell Hoover, Peter Frieden, Craig Peterson, Ted Grambeau, Gordinho, Steve Wilkings, Mike Foley, Kevin Welsh, LeRoy Grannis, John Bilderback, Craig Fineman, Michael Grosswendt, Craig Huglin, Seamas Mercado, John Heath "Doc" Ball, Tom Boyle, Rob Keith, Vince Cavataio, Jeff Divine, Aaron Loyd, Chris Dyball, Steve Fox, George Greenough, Aaron Loyd, Ron Stoner, Jason Childs, Kin Kimoto, Chris Dyball, Bob Barbour, John Witzig, Ben Siegfried, Ron Romanosky, Brian Bielmann, Dave Bjorn, John Severson, Martin Thick (ver su profunda imagen de Dana Fisher con un chimpancé en brazos rescatado de una carnicería en Zaire), Doug Cockwell, Art Brewer, Fred Swegles, Erik Hans, Mike Balzer, John Scott, Rob Brown, Bemie Baker, William Sharp, Randy Johnson, Nick Pugay, Tom Servais, Eric Baeseman, Sylvain Cazenave, Woody Woodworth, J.C. Hemment, David "Chim" Seymour, Vu Ngoc Tong, William Dinwiddie, James Burton, Marv Wolf, London Thome, John Gallo, Nguyen Huy, Leonidas Stanson, Pham Co Phac, Kadel & Herbert, James H. Hare, Tran Oai Dung, Lucian S. Kirtland, Edmond Ratisbonne, Pham Tranh, Luong Tan Tuc, George Strock, Joe Rosenthal, Ralph Morse, Ho Van De, Nguyen Nhut Hoa, Nguyen Van Chien, Nguyen Van Thang, Phung Quang Liem, Truong Phu Thien, John Florea, George Silk, Carl Mydans, Pham Van Kuong, Nguyen Khac Tam, Vu Hung Dung, Nguyen Van Nang, Yevgeny Khaldei, To Dinh, Ho Ca, Hank Walker, Tran Ngoc Dang, Vo Due Hiep, Trinh Dinh Hy, Howard Breedlove, Nguyen Van Thuan, Vu Hanh, Ly Van Cao, Burr McIntosh, Ho Van Tu, Helen Levitt, Robert Capa, Ly Eng, Mathew Brady, Sau Van, Thoi Huu, Leng, Thong Veasna, Nguyen Luong Nam, Huynh Van Huu, Ngoc Huong, Alan Hirons, Lek, George J. Denoncourt II, Hoang Chau, Eric Weigand, Pham Vu Binh, Gilles Caron, Tran Binh Khuol, Jerald Kringle, Thanh Tinh, Frederick Sommer, Nguyen Van Thuy, Robert Moeser, Chhim Sarath, Duong Thanh Van, Howard Nurenberger, Vo Ngoc Khanh, Dang Van Hang, James Pardue, Bui Dinh Tuy, Doug Clifford, Tran Xuan Hy, Nguyen Van Tha, Keizaburo Shimamoto, Bob Hodieme, Nguyen Viet Hien, Dinh De, Sun Heang, Tea "Moonface" Kim Heang, Lyng Nhan, Charles Chellappah, The Dinh, Nguyen Van Nhu, Ngoc Nhu, John Andescavage, Nguyen Van Huong, Francis Bailly, Georg Gensluckner, Vo Van Luong, James Denis Gill, Huynh Van Dung, Nguyen Than Hien, Terrence Khoo, Paul Schutzer, Vo Van Quy, Malcolm Browne, Le Khac Tam, Huynh Van Huong, Do Van Nhan, Franz Dalma, Kyoichi Sawada, Willy Mettler,

James Lohr, Le Kia, Sam Kai Faye, Frank Lee, Nguyen Van Man, Joseph Tourtelot, Doan Phi Hung, Ty Many, Nguyen Ngoc Tu, Le Thi Nang, Nguyen Van Chien, Doug Woods, Glen Rasmussen, Hiromichi Mine, Duong Cong Thien, Bernard B. Fall, Randall Reimer, Luong Nghia Dung, Bill Hackwell, Pen, Nguyen Due Thanh, Chea Ho, Jerry Wyngarden, Vantha, Chip Maury, J. Gonzales, Pierre Jahan, Catherine Leroy, Leonard Hekel, Kim Van Tuoc, W. B. Bass Jr., Sean Flynn, Heng Ho, Dana Stone, Nguyen Dung, Landon K. Thome II, Gerard Hebert, Michel Laurent, Robert Jackson Ellison, Put Sophan, Nguyen Trung Dinh, Huynh Van Tri, Neil K. Hulbert, James McJunkin, Le Dinh Du, Chhor Vuthi, Claude Arpin-Pont, Raymond Martinoff, Jean Peraud, Nguyen Huong Nam, Dickey Chape lie, Lanh Daunh Rar, Bryan Grigsby, Henri Huet, Huynh Thang My, Peter Ronald Van Thiel, Everet— te Dixie Reese, Jerry A. Rose, Oliver E. Noonan, Kim Savath, Bernard Moran, Kuoy Sarun, Do Van Vu, Nguyen Man Hieu, Charles Richard Eggleston, Sain Hel, Nguyen Oanh Liet, Dick Durance, Vu Van Giang, Bernard Kolenberg, Sou Vichith, Ronald D. Gallagher, Dan Dodd, Francois Sully, Kent Potter, Alfred Batungbacal, Dieter Bellendorf, Nick Mills, Ronald L. Haeberle, Terry Reynolds, Leroy Massie, Sam Castan, Al Chang, Philip R. Boehme. Y por ultimo Eddie Adams, Charles Hoff, Larry Burrows y Don McCullin (“American soldiers tending wounded child in a cellar of a house by candlelight, 1968”).

(Alison Adrian Burns, otra mujer que iba a leerle a Zampanó, me contó que esta lista se hizo completamente al azar. Con la excepción posible de Brassai, Speen, Bush y Link, Zampanó no sabia gran cosa de fotografía.

—Nos limitamos a sacar los nombres de algunos libros y revistas que él tenía por la casa —me contó Burns—. Yo le describía una foto o dos y él me decía que sí valía o que no. Unas cuantas veces me dijo que eligiera una página y luego señaló al azar. A mí me daba igual. Yo estaba para lo que él quisiera. A veces, sin embargo, solamente quería que le hablara de la movida de las discotecas de Los Ángeles, de lo que estaba pasando y de lo que no, de las historias y de los nombres de las discotecas y bares. Esas cosas. Que yo sepa, de eso no hizo nunca una lista.)

[74] “no hay absolutamente nada visible para el ojo humano que nos dé una explicación", una frase que describe muy adecuadamente lo que me ha pasado hoy.

Y pensar que el día ha empezado bastante bien.

Me he despertado después de tener un sueño casi erótico con Tambor. Ella estaba haciendo un estrambótico baile a lo Margaretha Geertruida Zelle, quitándose velos de colores sin parar y tirándolos, aunque por extraño que parezca jamás llegaban al suelo, se quedaban volando a su alrededor como si ella ocupara el centro de un suave tornado, y aquellas finas telas no paraban de rodearla, aunque ella no paraba de quitárselas, concediéndome únicamente vislumbres momentáneos de su cuerpo, de su piel suave, de su boca, de su cintura, de su… ah, sí, también alcanzo a ver eso, y yo me he acercado a ella, dejando atrás todas esas interferencias, convencido de que si seguía acercándome pronto iba a ser mía, al fin y al cabo ya casi se lo había quitado todo, luego por fin se lo ha quitado todo, tenía las rodillas separadas, solamente me hacía falta dejar atrás unos cuantos velos más y ya la podría ver, no solamente fragmentos y partes de ella, sino toda

entera, sin tanta bobada de por medio, y finalmente he llegado, lo cual significaba que estaba a punto de entrar en ella, y al parecer eso ha bastado para fundir el circuito, darle al interruptor, prohibir la sublime y tan esperada conclusión, dejándome ciego bajo el chorro de luz del sol que entra por mi ventana.

Mierda.

Me voy a cascármela a la ducha. Por lo menos el agua está caliente y hay bastante vapor como para empañar el espejo. Después agarro la pipa y la enciendo. El Café y la María de la Mañana. 0 mejor dicho, la Ducha y la María de la Mañana. Medio cuenco de cereales y un chupito de bourbon más tarde ya lo he conseguido: mi simpática neblina ha llegado. Ya estoy listo para trabajar.

Encuentro aparcamiento con facilidad. En Vista. Voy haciendo jogging hasta Sunset, incluso subo las escaleras haciendo jogging, pasando prácticamente a brincos por delante del letrero que dice "Sólo con cita previa". ¿Por qué dando brincos? Porque cuando entro en el Salón sé que no llego ni un solo minuto tarde, que es algo que no suele pasar. La expresión de la cara de mi jefe revela la magnitud asombrosa de mi logro. Él me importa un pimiento. A quien quiero ver es a Tambor. Quiero averiguar si va vestida con ese arcoíris de telas diáfanas con el que he estado soñando.

Por supuesto, ella no está, pero eso no me desanima. No pierdo la esperanza de que llegue. Y si no es hoy, pues joder, mañana será otro día.

Un sentimiento que me siento capaz de cantar.

Me siento en el mostrador lateral y me pongo a trabajar de inmediato, sobre todo porque no quiero tratar con mi jefe, que es algo que podría poner en jaque mi buen humor. Por supuesto, a él se la traemos floja yo y mi buen humor. Se acerca, carraspeando. Está a punto de hablar, de echarlo todo por tierra…, cuando de pronto le penetra en ese material parecido a la tiza que él insiste en decir que es su cerebro la idea de que le estoy montando sus preciosas puntas, y cómo no, esa idea basta para cerrarle la bocaza y convencerle de dejarme solo.

Las puntas son básicamente grupos de agujas que se usan para sombrear la piel. Son necesarias porque una sola punta deja un pinchacito no más grande que este punto Bueno, vale, tal vez un poco más grande. En

todo caso, cinco agujas componen lo que se llama un 5, siete hacen un 7, y así sucesivamente. Todas soldadas juntas cerca de la base.

La verdad es que me gusta hacerlas. Resulta agradable concentrarse en los detalles más sutiles, en la precisión que se requiere, en el hecho de comprobar una y otra vez sin parar que las puntas estén todas igualadas y en la formación correcta, listas para ser colocadas en su sitio con gotas de soldadura caliente. Luego vuelvo a comprobar todo lo que ya he comprobado antes: las puntas no pueden estar ni demasiado juntas ni demasiado separadas ni torcidas de ninguna manera, y solamente entonces, si estoy satisfecho, y normalmente lo estoy —aunque tened en cuenta que "normalmente" no equivale a "siempre"— lavo los haces y los dejo a un lado para que sean esterilizados más tarde con la máquina de ultrasonidos o el autoclave.

Puede que mi jefe piense que de dibujar no tengo ni puta idea, pero sabe que

monto las puntas mejor que nadie. Todo el tiempo me está dando la vara con lo tarde que llego, con mi tendencia a distraerme y divagar y, por supuesto, con lo poco probable que es que yo llegue algún día a tatuar algo —"Johnny, nadie va a querer llevar de forma permanente nada de lo que tú hagas (negando con la cabeza), a menos que sea alguien que esté loco, y te aseguro una cosa, Johnny, los locos no pagan"—, pero no le he oído quejarse ni una sola vez de cómo le monto las puntas.

En cualquier caso, pasan volando un par de horas. Estoy terminando un haz del 5 —el que más le gusta a mi jefe— cuando por fin él rompe el silencio y me dice que ya que estoy ahí traiga unos frascos de tinta negra y púrpura y llene unas cápsulas. Todas esas cosas las guardamos en un cuarto de la parte de atrás. Es un espacio lo bastante grande como para que quepa en él una mesilla de trabajo. Para llegar a él hay que subir ocho peldaños bastante empinados. Ahí es donde guardamos todos los recambios de suministros, y tenemos recambios de casi todo, excepto de bombillas. Por alguna razón mi jefe lleva tiempo sin comprar recambios de bombillas. Hoy, por supuesto, le doy al interruptor y ¡FLASH! ¡BLAM! ¡POP! —bueno, vale, quitad el "blam"—, la bombilla se funde. Me pongo a darle al interruptor otra vez, como si esa acción insistente, intensamente repetitiva y llegado este punto absurda, pudiera resucitar la luz. Pero no es así. El interruptor ha perdido todo su sentido, obligándome a avanzar a tientas en la oscuridad. Dejo la puerta abierta para ver mejor, pero aun así tardo un buen rato en orientarme por las sombras hasta localizar la tinta y las cápsulas.

A estas alturas, los dulces efectos de mi sueño, por no mencionar el suave aturdimiento logrado gracias al alcohol y al cogollo de Oregón, se han disipado ya, aunque yo sigo pensando en Tambor, y aceptando lentamente el hecho de que hoy no va a venir a visitarnos. Eso hace que me desanime de forma considerable, hasta que me doy cuenta de que no tengo forma de saberlo a ciencia cierta. Al fin y al cabo, todavía queda medio día. No, no va a venir. Lo sé. Lo intuyo. No pasa nada. Mañana será… oh, a la mierda.

Empiezo a llenar cápsulas de color púrpura, concentrándome en su textura. Muy concentrado. No hace falta que me toque la cara para saber que me están resbalando gotas de sudor por la frente, cayéndome de los párpados, chorreándome por el pescuezo. Frías como manos. Manos de muertos. Aquí está pasando algo terrible. Algo está yendo muy, muy mal. Pienso en salir. Quiero salir. Pero no me puedo mover.

Y luego, como si esto no fuera más que un tétrico preludio, la cosa empieza de verdad.

Vuelvo a notar el sabor asqueroso, acre como el óxido, envolviéndome la lengua.

Y lo que es peor, ya no estoy solo.

Imposible.

No imposible.

Esta vez es humano.

Tal vez no.

Dedos extremadamente largos.

Y un ruido de algo que chupa. Que se chupa los dientes, unos dientes ya desprendidos de las encías.

No sé cómo lo sé.

Pero ya es demasiado tarde, ya he visto los ojos. Los ojos. No tienen blanco. No los he visto. Y cómo relucen y relucen rojos. Luego empieza a venir a por mí, despegándose lentamente de su rincón, todo carne enloquecida, pero yo lo entiendo. Esos ojos están llenos de sangre.

Pero no estoy mirando más que sombras y estanterías.

Por supuesto, estoy solo.

Y entonces la puerta se cierra detrás de mí.

El resto está hecho pedazos. Un grito, un aullido, un rugido. Todo se distorsiona o se hace astillas. Eso no tiene sentido. Se oye un porrazo terrible. El aire va cargado de una peste horrenda. Eso por lo menos no es ningún misterio. Conozco el origen. Joder si lo conozco. Me he cagado encima. Y también me he meado. No me lo puedo creer. Con los pantalones empapados de meados y la materia fecal resbalándome por la parte de detrás de la pierna, estoy atrapado, tengo que echar a correr y esconderme, pero sigo sin poder moverme. De hecho, cuanto más intento escaparme, menos puedo respirar. Cuanto más intento aguantar, menos puedo concentrarme. Algo se está marchando de mí. Partes enteras de mí.

Todo se desploma.

Historias oídas pero no recordadas.

Y cartas.

Palabras que me llenan la cabeza. Fragmentándose como obuses. Metralla, como sílabas, volando por todas partes. Sílabas terribles. Afiladas. Rotas. Viajando a una velocidad asesina. Rasgándolo todo de forma terrible y tal vez irreparable.

¿Nooon.

Suuum.

Cuaaa.

Liii.

Seeer.

Aaaamm?

Incoherente… sí.

¿Sin significado? Me temo que no.

La forma de una forma de una forma de una cara se desmonta delante de mis narices. Lo que aúlla acosado se detiene. Como un halcón. Otro Maldon, o tal vez nada de Maldon, en los días de nieve, o sin nada de nieve, mucho más allá del límite de cualquier consciencia razonable. Ésta es la sensación que produce el miedo de verdad. Aunque, por supuesto, no lo es. Nada de esto puede acercarse

verdaderamente a la realidad de ese miedo, a semejante vorágine de locura, algo así como el sonido de un corazón o algún otro estruendo impío, desesperado y agonizante, dando portazos, no, aporreando brutalmente la fina membrana de mi oído interno, fino como el papel, intentando destruir eso de dentro que ya lleva mucho tiempo destruido.

Debería estar muerto.

¿Por qué sigo aquí?

Y a medida que se presenta esa pregunta —concisa, ordenada, con todos sus acentos—, veo que tengo agarrada la bandeja con todas las cápsulas y los frascos de tinta negra y púrpura. Y no sólo eso, sino que ya estoy saliendo del cuarto tan deprisa como puedo. La puerta está abierta, aunque no la he abierto yo. Me doy un golpe en el pie. Me estoy cayendo por las escaleras, tropezando conmigo mismo, arrojando la bandeja por los aires, las cápsulas, la tinta, todo está flotando por encima de mí, mientras mis manos, independientes ya de cualquier cosa que se me hubiera ocurrido, se elevan para protegerme la cabeza. No importa. Sigo descendiendo, de cabeza, dando volteretas por los ocho abruptos peldaños, un revuelo vertiginoso, sin poder hacer nada más que sentir de forma pasiva los puntos de dolor a medida que van apareciendo: hombros, cadera, codos, pese al hecho de que al mismo tiempo soy vagamente consciente de la lluvia nociva de tinta que se me viene encima, salpicándolo todo, en todas direcciones, cubriéndome, y hasta la bandeja me golpea, aunque eso no duele, y las cápsulas se desparraman por el suelo, y por supuesto el estruendo que lo acompaña todo ya estará alertando a mi jefe, alertando a todos, a todo el que esté en el local… ¿Qué? No que la cosa se haya acabado, porque no se ha acabado todavía.

No puedo respirar. No hay manera. Creo que me ha llegado la hora.

Y ciertamente, estoy poseído por la premonición de lo que va a suceder, de lo que tiene que suceder, mi asfixia inevitable. Por lo menos será eso lo que vean ellos, mi jefe y su equipo, cuando vengan corriendo a la parte de atrás, atraídos por todo el estropicio y el caos. Lo que no podrán ver, sin embargo, es el presagio visible en una caída, la mía, puesto que estoy bañado en tinta negra, con las manos cubiertas por completo, y el suelo también está negro, o sea que —¿se os ha ocurrido ya o tengo que explicarlo yo todo?—, negro sobre negro; por un instante cegador veo desaparecer mi mano, de hecho desaparezco todo entero, y menudo truco de prestidigitación, la ya esperada disolución del ser, perdido a falta de contraste, hundiéndome en la nada, hasta que en mitad de un grito ahogado acierto a ver mi reflejo en la parte de atrás de la bandeja, el fantasma entrometido: parece que no he desaparecido, no del todo. Tengo la cara salpicada de púrpura, igual que los brazos, lo cual proporciona cierto contraste, y por tanto me define, me marca, y por lo menos de momento, me preserva.

De pronto puedo respirar y a fuerza de respirar el terror no tarda en disiparse.

Mi jefe, en cambio, está cagado de miedo.

—Por el amor de Dios, Johnny —me dice—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

¿Es que no ves que me he cagado?, se me ocurre gritarle. Pero ahora veo que no me he cagado. Salvo por las manchas de tinta, tengo la ropa y los pantalones

secos del todo.

Balbuceo que me duele mucho la punta del pie.

Él se lo toma como que estoy bien y no voy a ponerle un pleito por una silla de ruedas.

Más tarde un cliente me señala el arañazo largo y sanguinolento que tengo en el pescuezo.

Yo soy incapaz de contestar.

Ahora, en cambio, me doy cuenta de lo que debería haber dicho; en el espíritu de la oscuridad, en el espíritu de la escalera…

"Non Sum Cua Li Ser Am."

O lo que es lo mismo…

"Ya no soy el que era."

(Aunque a menudo las digresiones del señor Truant pueden parecer impenetrables, la verdad es que tienen su lógica. El lector que desee interpretar al señor Truant por su cuenta puede pasar por alto esta nota. Sin embargo, quien considere que se puede beneficiar de una mayor comprensión de su pasado, tal vez desee ir más adelante y leer la necrológica de su padre que constituye el Apéndice II-D, junto con las cartas escritas por su madre reclusa y recogidas en el Apéndice II-E. (N. de los Ed.))

[75] Ver "The End of City Life", de Selwyn Hyrkas, publicado en *Interview*, v. 25, octubre de 1995, p. 54.

[76] Bernard Poch, All in All (Harvard University Press, Cambridge, 1995), p. 1.302.

[77] Mary Widmunt, "The Echo of Dark", publicado en *Gotta Go* (Louisiana State University Press, Baton Ruge, 1994), p. 59.

[78] Es raro que Zampanó tampoco haga comentario alguno sobre la incapacidad de los animales para deambular por esos pasillos. Yo estoy convencido de que es un descubrimiento cargado de significado. Por desgracia, Zampanó nunca regresa al asunto y aunque a mí me gustaría ofreceros mi propia interpretación, voy un poco colocado y bastante borracho, y estoy intentando averiguar qué me ha llevado a montarme esta pequeña juerga privada en casa.

Para empezar, hoy Tambor ha venido al Salón.

Desde que me caí por la escalera, las cosas han cambiado. Parece que mi jefe va con pies de plomo cuando está conmigo, y se hace el tranquilo y el distante, con una conducta que probablemente debe de parecerse a la de su época de yonqui. Hasta sus amigos guardan las distancias; todo el mundo básicamente me deja en paz con mis soldaduras y mis bocetos, aunque últimamente estoy dibujando menos, sobre todo por culpa de tanto escribir.

Pero a lo que iba: Tambor ha venido unas cuantas veces, pero mi incomprensible timidez persiste y me impide articular nada que no sea alguna frase inteligible de vez en cuando. Hace poco, sin embargo, se me ocurrió una idea

descabellada: decidí aventurarme y enseñarle aquella cursilada que escribí sobre ella; ya sabéis, aquello de los nortes costeros y el aroma de los pinos bajo el sol de agosto, y hasta la parte de Lucy. De manera que lo metí en un sobre y lo he estado llevando encima hasta que ella ha venido hoy, y entonces se lo he entregado sin decirle ni una palabra.

No sé qué esperaba yo, pero ella lo ha abierto allí mismo y lo ha leído y se ha reído, y luego lo ha cogido mi jefe y ha puesto una especie de mueca de dolor —"¿Y ahora quién es el tarugo terminal?", ha dicho con un estremecimiento—, y ahí se ha acabado todo. Tambor me ha dado sus chanclas y sus pantalones de chándal Adidas y se ha repantigado en la tumbona. Me he sentido un idiota de remate. Lude ya me había avisado de que, si se lo enseñaba, es que estaba para encerrar. Tal vez lo esté. La verdad es que yo había pensado que la conmovería de alguna manera absurda. Pero oírla reírse de aquella manera me ha dejado hecho polvo. Tendría que haber evitado a toda costa esas fantasías y centrarme en mis invenciones de siempre.

He hecho lo posible para esconderme en la trastienda, aunque me daba miedo adentrarme demasiado debido a la presencia del cuarto de los recambios.

Luego, antes de irse, Tambor se me ha acercado y me ha dado su tarjeta.

—Llámame —me ha dicho con un guiño—. Eres mono.

Mi vida ha cambiado al instante.

He pensado.

Se lo he contado a Lude. Él me ha dicho que la llame de inmediato.

He esperado.

Luego me lo he pensado mejor, luego lo he pospuesto.

Por fin, exactamente a las tres y veintidós de la madrugada, he marcado su número. Era un busca. He introducido mi número.

Es stripper, he pensado. Las strippers hacen vida de madrugada.

Ha pasado una hora. Me he puesto a beber. Ella no me ha llamado. Ni me va a llamar.

Me siento muerto. De pronto les tengo envidia a Hillary y Mallory. Me pregunto si Navidson también se la tenia. Seguro que Zampanó los envidiaba. Necesito irme lejos. A Zampanó le gustaban los animales. Vistos de lejos. Siempre estaba hablando con los gatos en aquel jardín invadido de malas hierbas. Al amanecer. De noche. Todas las sombras que se elevaban con sigilo de debajo de aquel lugar polvoriento como los años, como sus años, ¿acaso podrían ser también mis años?, aunque está claro que no tengo tantos, no tantos como él, él tenía años y años… siempre frotándose contra sus piernas, y ahora lo veo todo con claridad absoluta, los anuncios estáticos de que, ¡sí!, hum, asombroso, siguen ahí, desconectados pero vitales, igual que los recuerdos revelan que siguen vivos por medio del mero hecho de aparecer, saliendo a la carrera de debajo de las sombras, ¡paso-paso-correteo-paso!, deteniéndose luego para frotarse contra nuestras piernas, ¡zap!, chispas seniles tal vez, pero, ah, siguen ahí, y titubeo: ¿acaso mis ideas reverberan imparables siempre?, pero no me dejéis que me aleje demasiado

de mí mismo, al fin y al cabo no son más que gatos, sombras cuadrúpedas que persiguen motas de polvo y comen ratones, Felis catus, desprovistos de apenas nada que les recuerde a sí mismos, ni a su pasado, ni en especial a su futuro, sobre todo cuando el presente está ocupado por la llama del juego, sus persecuciones y su miedo, un destello luminoso que perseguir (el sol de una estrella en el dorso de nada), una oscura carrera para escapar (siempre hay depredadores…), la dinámica interacción de las cosas ocultas y las alas visibles arrojadas sobre esa gran vela negra de varas y conos, fina y fraccionada, un pacto de luz, el arca del instante, emitiendo ecos desde la oscuridad y lo Otro, armonizando con los cric-crac-trucos-secos de todas las briznas rotas de hierba o palos fuera de sitio, y proyectados de ese modo por las sombras y la esperanza vaga de encontrar colores en una rapsodia de movimiento y significado, por momentánea que sea, la pupila ensanchándose, y ensanchándose más todavía, y oscureciéndose, para recibirlo todo, y todavía más, aunque aun así solamente puede contemplar una parte, hasta que en pleno frenesí de recepción, esa sombra que da zarpazos a las motas de polvo y tiene miedo de los halcones se pierde a sí misma en una locura transitoria, saltando, dando brincos, lanzándose detrás de todo, como si estuviera poseída (y es que lo está); como si esa clase de respuesta física pudiera aproximarse al mundo presenciado, aunque no puede, pero prácticamente nada importa lo bastante como para evitar el intento; y todo esto viene a decir, a fin de cuentas, que solamente son gatos pero aun así son gatos con los que hablar antes de que con sus propias trayectorias y devaneos ellos también desaparezcan a lo Kilkenny, exactamente igual que aparecieron, salidos de la nada y esfumándose de vuelta a la nada, relatos sacados de una gran crónica que jamás veremos pero que un día podremos imaginarnos (lo cual, en el color gris de vísperas más amables, resultará mucho más de lo que ninguno de nosotros necesitará nunca; "basta", gritaremos, "¡basta!", a todo vientre, a todo corazón, del todo crecidos; poniéndolo todo y todo y todavía más; cómo nos reiremos entonces y nos olvidaremos de que lo imaginado ya nos ha abandonado), regresando con sigilo al interior de ese lugar de cebada, hierba, hinojo y trigo urbanos, o tal vez de nada más que heno, donde… ¡eh, no! ¡Eh, no! ¡Eh, no! ¡Que no, que no, que no volverán aquellos días, eh—no! ¿Y qué hay de los perros?, preguntáis. Pues, bueno, no hay perros, salvo el pequinés, pero ésa es otra historia, que ni puedo ni quiero contar. Es demasiado oscura y difícil y nada desenfadada, y por si no os habéis dado cuenta todavía, ahora mismo estoy en plena vena caprichosa (inconsecuente), hablando (¿garabateando?) sin meta alguna y de forma extraña sobre gatos, disfrutando de todas las normas de esta Escuela del Capricho, de su juego —¿Cómo Avanzar Por Rutas Invisibles Como Hicieron Otros? ¿Cómo Alargar Palabras Rotas Iluminadas Como Húmedos Oasis? ¿Cómo Acotar Peligros Recordando Incluso Cuando Hay Olvido?—, del tontear y el dejarme llevar, que es como estoy pensando ahora, como si fuera de tripi, sobre la idea de los más de ochenta gatos polvorientos de Zampanó (por ninguna razón particular/relevante), lo cual supongo que significa de forma implícita que no, que no pueden estar como el perro ni el gato, por culpa del polvo, montones de polvo, en el suelo, en las malas hierbas, en el aire, de manera / ergo / por tanto (…): nada de perros, nada de pequinés, nada más que el jardín, el jardín de Zampanó, en un

día descabellado con el mediodía perdido, abarrotado de años y saltos y sol, por mucho que un día distinto Zampanó pudiera estar en otra parte, lejos del sol, de este sol, tirado boca abajo sobre su suelo mal barrido, sin una mala pista, "No hay traumatismo, es pura vejez", dijeron los sanitarios, aunque nunca pudieron explicar —nadie pudo— lo que encontraron cerca de donde estaba él tirado, las cuatro marcas, cada una de unos quince o dieciocho centímetros de largo y de más de un centímetro de profundidad, dejadas ahí por alguna criatura terrible y espantosa, una firma con caligrafía de acero o de zarpas, aunque Santa Claus no fue, a fin de cuentas Zampanó murió pasada la Navidad, pero tampoco es ningún mito, porque yo vi aquellas marcas imposibles que había cerca del baúl, las toqué, hasta se me clavaron algunas astillas en los dedos, una parte de su tristeza y su duelo inesperados, que aunque luego me saqué con un imperdible, juro que se me siguen infectando por debajo de la piel, recordándome de forma peculiar a él, igual que otras astillas que todavía llevo clavadas, aunque ésas están clavadas mucho más hondo, y nunca han sido expulsadas por el cuerpo, al contrario, han sido clavadas en el cuerpo, y a estas alturas ya llevan mucho tiempo ahí sepultadas, calcificadas y fusionadas con mis mismos huesos, alejándome del cálido capricho de los años, recordándome a otros días mucho más fríos. Siempre A La Vuelta Aquella Juvenil Ejecución, o eso pensaba yo —voy de tripi—, encapotado con tonos grises de diciembre, recordando nombres —iba de tripi—, empapados de aguanieve y lluvia de Ohio, gobernado por un hombre con una barba más áspera que la crin de caballo y con unas manos más duras que el cuerno, que me llamaba animal porque yo era su chaval pese a que él no era mi padre, lo cual ya es otra historia y otro lugar que tengo que evitar aquí, tal como estoy seguro de que hay otros lugares que también vosotros habéis intentado evitar, igual que una de las primeras mujeres que fue a leer para Zampanó también encontró una historia que quería evitar, aunque terminó contándomela, o por lo menos una parte, la historia de cómo ella se marchó del apartamento del viejo un día al anochecer, después de soportar horas enteras de charla sobre el consuelo, muertes y leyendas, por no hablar de madres e hijas, de pájaros y abejas, de padres e hijos, de perros y gatos, todo lo cual la agobió mucho, la puso triste, la confundió, y por eso la dejó completamente desprevenida para el recuerdo que estaba a punto de encontrar, y que regresó abruptamente de su infancia en Santa Cruz, pese al hecho de que ella estaba intentando reorientarse a sí misma en un entorno familiar y en la rutina reconfortante de un largo paseo de vuelta a su coche —había estado lloviendo, de hecho, lloviendo a cántaros, aunque no en la esquina de Franklin con Whitley—, y de pronto percibió la pesadez antinatural de una sombra que se desprendió del crepúsculo tostado, y que resultó que no era una sombra, y más tarde tradujo esto como el avistamiento de una criatura enorme que se colaba en la curvatura de una noche del norte de California, igual que la sombra que ella vio agazapada en el recodo inferior de la escalera de Zampanó, y aquella sombra se movió, se movió hacia ella, provocando que le entrara el pánico e impulsándola a meterse dando tumbos en el refugio de un bar del barrio —o bien, la otra noche, que entrara dando tumbos en el jardín del edificio del Zampanó—, alejándose de aquellas tinieblas, hasta que únicamente gracias al paso de las horas y de las copas consiguió quedarse dormida, y la resaca

con que se levantó al día siguiente no le dejó —"gracias a Dios", dijo— más que un recuerdo fugaz de algo blanco con volutas de humo marino y un aterrador destello azul, lo cual era más, según me dijo, de lo que ella era capaz de explicar habitualmente, por mucho que —y esto no lo explicaba— ella supiera que no era ni la mitad de lo sucedido.

De manera que ahora, a la sombra de los acontecimientos no contados, miro cómo descienden las sombras en el jardín de Zampanó.

Todo capricho ha desaparecido.

Intento estudiar con atención la marcha de la luz. Desde mi habitación. En el cristal de mi memoria. Bajo la luz de luna de mi imaginación. Las hierbas, las ventanas y hasta el último banco del jardín.

Pero el viejo no está, y los gatos también han desaparecido.

Otra cosa ha ocupado su lugar. Algo que no consigo ver. Que espera.

Tengo miedo.

La cosa tiene hambre. Es inmortal.

Y lo que es peor, no conoce el capricho.

[79] Véase “More Than Meets The Eye”, de Aramis García Pineda, publicado en *Field and Stream*, v. 100, enero de 1996, pp. 39-47.

[80] “Billy Reston’s Friends For Life”, de Leezel Brant, publicado en *Backpacker*, v. 23, febrero de 1995, p. 7.

[81] Para leer la transcripción completa de La entrevista a Reston, véase la Prueba Cuatro.

[82] En su libro *Beyond The Grasp of Commercial Media* (Ohio University Press,Athens, Ohio, 1995), Gabriel Reller sugiere que la aparición del primer corto titulado “El pasillo de los cinco minutos y medio” tiene su origen en este momento: “Lo más seguro es que fuera Holloway quien copiara la cinta, se la pasó a un par de amigos y éstos a su vez se la pasaron a otros. Y al final acabó llegando al mundo académico” (p. 252).

[83] Véase también “Leeder of the Pack”, de Susan Wright, publicado en Outdoor Life, v. 195, p. 28.

[84] “Hook, Line and Sinker”, de Bentley Harper, publicado en *Sierra*, v. 81, julio y agosto de 1996, p. 42.

[85] Véase “The Five and a Half Minute Holloway”, de Newt Kuellster, publicado en *The Holloway Question* (Metalambino Inc., San Francisco, 1996), p. 532; véase también “Gone Away”, de Tiffany Balter, publicado en *People*, v. 43,15 de mayo de 1995, p. 89.

[86] Véase capítulo XIII.

[87] Sobre el tema de las infidelidades de Karen, me remito a las notas 19 y 20. Tal vez haya que aludir aquí al hecho de que pese a todas sus aventuras, Navidson era un hombre decididamente nada promiscuo. Su atractivo físico, su

inteügencia y su fama jamás se combinaron para crear un estilo de vida adúltero. En su artículo "Saints, Sinners and Photojoumalists", publicado en *Fortune*, v. 111,18 de marzo de 1985, p. 20, lona Panofsky atribuye la genialidad de Navidson a su "existencia monacal". Sin embargo, el nativo australiano Ryan Murray, en su übro *Wilder Ways* (Outback Works, Sídney, 1996), dice que los hábitos monásticos de Navidson son "señal segura de ansiedades edípicas sin resolver, homosexualidad reprimida y una noción trastornada del yo. Teniendo en cuenta el tiempo que pasó lejos de casa, más las ofertas que recibió de las mujeres más exóticas y seductoras (sin necesidad de incluir las de sus numerosas ayudantes femeninas), su negativa es signo de una nauseabunda debilidad de carácter. No se confundan ustedes: por aquí alguien como él entra en un bar con una sonrisa y sale con un taburete de sombrero". Un comentario extraño si se tiene en cuenta que Navidson bebió con total libertad en todos los bares de Australia que visitó y en una ocasión en que fue atacado por dos borrachos, supuestamente furiosos por toda la atención que le estaban prodigando las camareras, ambos sujetos se fueron magullados y sangrando. (*The Wall Street Journal*, 29 de marzo de 1985, p. 31, columna 3.)

[88] Piénsese en "Stranger in a Hall", de Bingham Arzumanian, publicado en *Journal of Psychoanalysis*, v. 14, 12 de abril de 1996, p. 142; en "Counseling, Relief and Introjection", de Yvonne Hunsucker, publicado en *Medicine*, v. 2., 18 de julio de 1996, p. 56; en "The Surgical Hand", de Curtis Melchor, publicado en *Internal Medicine*, v. 8,30 de septiembre de 1996, p. 93; y en "Invasive Cures", de Elfor O'Halloran, publicado en *Homeopathic Alternatives*, 31 de octubre de 1996, p. 28.

[89] Véase "The Illusion of Intimacy and Depth", de Jeffrey Neblett, publicado en *Ladies ' Home Journal*, v. Ill, enero de 1994, pp. 90-93. forma inherente, entiende que le pertenece.

[90] Del programa "Eleven Minute Shrink", de Fannie Lamkins, emitido en la KLAT, Buffalo, Nueva York, 24 de junio de 1994.

[91] Ibíd. También Florencia Calzatti considera violento el edicto de Karen, aunque en última instancia le atribuye un gran valor: "Un rito necesario para fortalecer y devolver el vigor a los vínculos de la pareja". The Fraying of the American Family, p. 249.

[92] *Planet Earth: Underground Worlds*, de Donald Dale Jackson y los editores de Time-Life Books (Alexandra, Virginia: Time-Life Books, 1982), p.149.

[93] Los artículos de Bingham Arzumanian y Curtis Melchor han aportado ideas muy valiosas sobre el alineamiento de Tom con Karen. Véase también el capítulo XI.

[94] Marjorie Preece se basa en esta única frase como base para su tremendamente perceptivo ensayo "The Loss of Authority: Holloway's Challenge", publicado en *Kaos Journal*, v. 32, septiembre de 1996, p. 44. Preece ilustra de maravilla cómo la afirmación que hace Holloway de que la cámara es impotente dentro de la casa "contribuye a establecerlo a él, al menos durante un tiempo, como el jefe de la tribu".

[95] Ni idea. La verdad es que Lude tuvo una amiga alemana que se llamaba Kyrie, una belleza rubia que hablaba chino, japonés y francés y que además bebía cerveza a litros, se entrenaba para hacer triatlón cuando no estaba jugando competiciones oficiales de squash, tenía un trabajo como consultora corporativa que le reportaba un sueldo anual de seis cifras y le encantaba follar. Lude me echó un cable cuando le dije que me hacía falta alguien que me tradujera del alemán y nos presentó.

Resultó que yo ya la conocía: habíamos coincidido hacía unos cinco meses más o menos. La verdad es que aquello había sido un poco raro. Yo iba bastante salido y estaba bastante inconsciente en brazos del alcohol, de muchas horas de alcohol, en realidad, que daban la sensación de haber sido días enteros, cuando un tipo monstruoso se me plantó delante, gruñendo insensateces sobre mi mala conducta, diciendo no sé qué de que yo estaba hablando demasiado y haciendo demasiados gestos, gestos hacia ella, por lo menos esa parte de los gruñidos la entendí, la parte de "ella". Se refería a Kyrie, por supuesto, que ya entonces era una belleza rubia y estaba escribiendo mi nombre en japonés y asignándole toda clase de propiedades portentosas, propiedades que yo confiaba en llevar —***¿o*** tal vez las tenía que seguir?— a otra parte, cuando aquel capullo prehistórico, que apestaba a dinero e ignorancia, se entrometió soltando palabrotas, escupiendo y amenazando, de hecho en voz tan alta y en tono tan desagradable que Kyrie tuvo que interponerse entre nosotros, lo cual únicamente empeoró las cosas.

Él pasó una mano por encima de ella y me pegó en la frente con la base de la palma. No muy fuerte, más bien fue un empujón, pero un empujón lo bastante enérgico como para mandarme a un metro o dos de donde estaba.

—Anda, mira —recuerdo que le grité—. Pero si sabe dar un guantazo.

Al monstruo no le hizo gracia. Daba igual. El alcohol que yo tenía dentro ya se había evaporado. Me quedé ahí con hormigueos por todo el cuerpo y una peligrosa lucidez que regresaba a mí, las antiguas herencias de sangre entablando connivencias con lo que ahora me imagino que debía de ser la misma égida de Marte, con los dedos ansiosos por soldarse entre ellos, mientras que justo debajo de mi esternón un martillo golpeaba la eterna campana de la guerra, una llamada a las armas, aunque todo ello seguía viéndose refrenado por, ¿qué?, supongo que por las palabras, o más bien por la voz, aunque no tengo ni idea de a quién pertenecía esa voz.

El tipo era el doble de grande que yo, y también el doble de fuerte.

Eso tendría que haberme importado. Pero por alguna razón, no me importó.

Lo más seguro es que acabara haciéndome pedazos, y hasta que los pisoteara, y sin embargo una parte de mí quería comprobarlo. Por suerte, el alcohol regresó. Me mareé y por fin me entró el miedo.

Lude me estaba gritando:

—¿Quieres morir, Truant?

Y eso fue lo que me asustó.

Porque tal vez sí que quería.

Aproximadamente cinco meses después, Lude me montó una cita con Kyrie en Union. Yo llegué una hora tarde. Tenía una buena excusa. Cada vez que había intentado abrir mi puerta, el corazón se me aceleraba y se ponía a pedir a gritos un bypass. Entonces tenía que sentarme y esperar a que se calmaran sus porrazos. Así me había pasado casi cincuenta minutos, hasta que por fin lo mandé todo al carajo, apreté los dientes y salí en tromba hacia la noche.

Por supuesto, reconocí a Kyrie de inmediato y ella me reconoció a mí. Cuando llegué, ya se estaba marchando. Me disculpé y le supliqué que se quedara, inventándome la excusa cutre de que la policía había estado tratando de salvar a un vecino de mi edificio que había metido la cabeza en el microondas. Ella estaba guapísima, tenía una voz muy suave, y me ofreció algo que Tambor me había quitado al no devolverme la llamada. Hasta me apuntó en una servilleta el gráfico que se había inventado para mí hacía medio año para reflejar mi nombre y mi naturaleza.

Antes de que pudiera pedirme una copa, un Jack con cola, me dijo que su novio estaba de viaje, trabajando en un proyecto de construcción en Polonia, moviendo él solo superpetroleros encallados en el dique seco de Gdansk o algo así. Era un trabajo sucio, pero alguien tenía que hacerlo y, además, se iba a pasar allí unas cuantas semanas. Antes de que pudiera dar un sorbo de mi copa, Kyrie ya se estaba quejando de que el bar estuviera llenándose, y en cuanto me la bebí de un solo trago, me sugirió que nos fuéramos a dar una vuelta en su nuevo BMW Coupé de dos puertas.

—Claro —le dije yo, un poco intranquilo ante la idea de alejarme mucho de mi casa, aunque solamente me hizo falta pensarlo un segundo para darme cuenta de que aquello era completamente absurdo. ¿Qué cojones me estaba pasando? Mi apartamento es una pocilga. No hay nada en él que me importe. Ni siquiera puedo dormir allí. Cabezadas de unos minutos sí, pero por alguna razón cada vez me cuesta más y más alcanzar el sueño profundo. Está claro que algo va mal.

Por suerte, yo estaba cayendo bajo el embrujo de los ojos azules de Kyrie, que parecían hielo marino, eran casi inhumanos, y que me volvieron a recordar —tal como ella misma había señalado— que estaba sola, que el hombre de Gdansk estaba en la otra punta del mundo.

En el aparcamiento nos acomodamos en los asientos envolventes de su coche y nos tomamos allí mismo un par de pastillas de éxtasis.

A continuación Kyrie asumió el mando.

A casi ciento cincuenta por hora, nos llevó a toda pastilla por esa cornisa azotada por el viento que algunos llaman Mullholland, una carretera sinuosa que recorre las estribaciones de las montañas de Santa Mónica, donde a continuación procedió a darle caña a su vehículo por las curvas de la carretera, a veces reduciendo hasta los ochenta por hora para enseguida darle gas de nuevo y volver a los ciento cincuenta, deprisa, despacio, deprisa—deprisa, despacio, a veces girando con amplitud y a veces de golpe. Ella prefería las curvas más cerradas, los volantazos bruscos y controlados, moviendo el volante de izquierda a derecha antes de girar todo a la derecha, y luego vuelta a empezar, hasta que después de la mucha velocidad y el mucho viento y una distancia más larga de lo que yo había estado preparado para esperar, llegando a unas zonas de esta ciudad en las que casi nunca pienso y que jamás visito, ella descendió a un ramal más lento, una avenida de caletas oscuras, aunque tampoco se detuvo ahí, sino que siguió avanzando hasta dar con el rincón escondido que había sido su destino desde el principio, un rincón que dominaba la ciudad, lejos de todo, de los peatones y de las casas, y sin embargo, directamente debajo de una farola, que, por lo que yo pude ver, era la única que había en kilómetros a la redonda.

Parecía que a ella le excitaba la luz entrecortada que nos bañaba a través del techo corredizo.

No me acuerdo de las chorradas que empecé a balbucear entonces. Sé que daba completamente igual. Ella no estaba escuchando. Se limitó a dar un tirón del freno de mano, reclinó su asiento hacia atrás y me dijo que me tumbara encima de ella, encima de aquellos pantalones suyos de cuero, unos pantalones de cuero extremadamente caros, eso sí, y entonces sus manos guiaron de inmediato las mías sobre aquellos pliegues suaves y ligeramente fuliginosos, colocándome los dedos sobre la lengüeta de metal reluciente, que era pequeña y redonda como una lágrima, y por fin emitió un murmullo tan inaudible que, aunque yo sentí sus labios temblar en mi oreja, me dio la impresión de que ella estaba muy, muy lejos: "pellizca", me dijo, y yo obedecí, suavemente, hasta que ella me dijo también "tira", y yo también lo hice, suavemente, separando los dientes, uno a uno, bajando, hasta abajo del todo, nunca había tardado tanto en bajar una cremallera, empezando justo debajo de su ombligo perfectamente ovalado y llegando al tatuaje diminuto, un signo japonés, cuyo significado jamás llegué a averiguar, que tenía en la parte más baja de la espalda, sin un milímetro de ropa interior de por medio, y el resto es muy predecible, aunque no infravaloréis el peligro que supongo que a fin de cuentas no era tan peligroso.

No nos besamos ni nos miramos a los ojos. Nuestros labios se limitaron a

inmiscuirse en aquellos laberintos interiores escondidos en las profundidades de nuestros oídos, a llenarlos de la música privada de las palabras traviesas, las de ella en muchos idiomas, las mías en la tonalidad apagada de mi propia lengua, hasta que nuestros tonos cambiaron y nuestras consonantes se enredaron y chirriaron, traquetearon más deprisa, vacilaron, se aceleraron más, las sílabas no tardaron en fundirse con gruñidos, o bien con gemidos que se afianzaban en palabras nuevas, o en palabras viejas, o en palabras inventadas, hasta que recogimos nuestro calor y nos negamos a soltarlo, disfrutando demasiado del idioma oscuro que acabábamos de descubrir, de ansiar, de grabar, no una comunicación realmente, sino una mera canalización de nuestros deseos rumoreados, los de ella —que yo supiera— emigrados a la Selva Negra y a los lobos, los míos regresando a trompicones a una forma familiar, aquel enorme misterio fantasmal del cual yo únicamente podía oír la forma, que a pesar de nuestras lujurias separadas y de nuestros gritos individuales seguía llevándonos a las profundidades de unos tonos extraños, y nuestro deseo mutuo de seguir controlando el incendio alimentado por los ruidos, los chillidos de ella y mis…, los míos no los oía, solamente los de ella, probablemente haciendo de contrapunto a los míos, un chillido muy agudo y luego un susurro que descendía de tono inesperadamente hasta ser poco más que un ladrido, un gruñido, lo que fuera, ya nada tenía sentido, y de pronto se terminaron también las curvas, ya solamente quedó el camino recto que se alejaba, con alguna línea cruzada, en el que hasta el último sonido fracturado ya emitido se compactaba por fin hasta formar una sola palabra agónica, fácilmente de más de cien letras, y hasta el trueno, adelantándose al inevitable acto de dejarse ir, cuando el calor ya resulta insoportable y amenaza con quemarlo a uno, con dejar cicatrices, con romperlo todo, y sin embargo sigue siendo lo bastante tentador como para aguantarlo durante un segundo más, para prolongar la cosa, si podemos, como si el hecho de acercarse tanto al calor, de abarcar mucho más, demostrara…, y cuando nos aferramos y aguantamos y lo pospusimos todo, al fin y al cabo resultó ser demasiado, resultó que sobraban segundos, y también resultó imposible de rechazar, barrió todo lo demás, entre temblores y estremecimientos, y en las profundidades de su garganta un millar de letras se estrellaron en una larga caída sin modular, resonando en las profundidades de mi cóclea y luego por el nervio coclear, un último arranque de furia que describió con todo lujo de detalles memorables la forma de las cosas ya acaecidas.

Lástima que los idiomas oscuros casi nunca sobrevivan.

Tan pronto son inventados, mueren, incapaces de penetrar demasiado, de explorar gran cosa o de conectar siquiera. Son terriblemente hermosos pero casi siempre resultan inadecuados. Por eso imagino que no es de extrañar que lo que ahora recuerdo con mayor claridad sea en realidad bastante raro.

Cuando Kyrie se apartó, eructó.

Por entonces aquello me pareció bastante gracioso, pero supongo que también me pasó por la cabeza la expresión "devoradora de hombres". Luego, mientras yo estaba abriendo la portezuela, ella rompió a llorar. Todo lo que aquella mujer era

dentro de aquel coche de 85.000 dólares no conseguía excluir a la niña. Me contó no sé qué de que el hombre de Gdansk no se interesaba por ella, por follársela, ni siquiera por tocarla, que se había escapado a Polonia, y a continuación se disculpó, echó la culpa a las drogas que le seguían rondando en las venas y me dijo que saliera.

Todavía estaba llorando cuando arrancó el coche y se largó.

Al final, todo había sido tan frenético y rápido y extraño e incluso en cierto modo triste que me había olvidado por completo de preguntarle por la frase en alemán. ("Pero aquí, dentro de este manto de oscuridad, la más fuerte de tus miradas será absorbida y desaparecerá por completo." Basado en la traducción de Stephen Mitchell. (N. de los Ed.)) Supongo que podría llamarla (Lude tiene su número), pero por alguna razón últimamente marcar siete números, no digamos ya once, me parece un esfuerzo infinito. Tengo el teléfono justo delante, pero me queda demasiado lejos. Cuando suena a las cuatro de la madrugada no lo contesto. Lo único que tengo que hacer es extender el brazo, pero no llego tan lejos. El sueño no llega nunca. Ni siquiera el descanso. Ya no hay satisfacción. La mañana reduce el espacio pero no deja mensaje.

[96] Rosemary Park considera que el dilema de Karen es sumamente representativo de la ausencia de polaridades culturales: "En este caso, la incapacidad de Karen para determinar una dirección no es un defecto, sino todo un desafío que requiere herramientas más capaces que las brújulas y puntos de referencia más precisos que los campos magnéticos". Véase su artículo "Impossible Directions", incluido en Inside Out (Urban B-Light, San Francisco, 1995), p. 91.

[97] Devon Lettau ha escrito un ensayo divertido, aunque en última instancia inútil, sobre la conducta de la brújula. En él afirma que las diminutas fluctuaciones de la aguja demuestran que la casa es nada menos que un vestíbulo para la energía en estado puro, que si se canaliza de forma adecuada puede suministrarle al mundo un poder sin límites. Véase The Faraday Conclusión (The Maxwell Press, Boston, 1996). Rosie O'Donnell, sin embargo, ofreció una perspectiva distinta cuando comentó irónicamente en Entertainment Tonight: "El hecho de que Holloway esperara tanto para usar una brújula solamente demuestra que los hombres, hasta los exploradores, siguen negándose a preguntar direcciones".

[98] Véase el capítulo de Luther Shepard titulado "The Compass School" en The Complete Feng Shui Cuide for The Navidson Record (Bames & Noble, Nueva York, 1996), p. 387.

[99] "The Study: Tom's Place", de Neekisha Dedic, tesis para la Boston University, 1996, examina el significado de la palabra "estudio" cuando ésta se yuxtapone con el ritual del territorio, el sueño y la memoria.

[100] Lo cual no es una buena reacción. Y ya sabéis que cambiar los detalles o cambiar de tema puede ser lo mismo que negarse a hablar. Supongo que yo llevo bastante tiempo siendo culpable de ambas cosas, sobre todo de la primera, siempre estoy cambiando los detalles y volviéndolos a cambiar, puliendo los bordes, limando los cantos, dándole color a la cosa o si hace falta quitándoselo, a veces

hasta invocando un coro entero de personajes de historieta, hasta con sus ¡bliff! ¡blam! y ¡pum! de viñeta de tebeo —esta vez dejamos el blam—, lo cual puede presentar cierto atractivo, aqui no se puede menospreciar el factor diversión, pese a que el resultado esté tan lejos de la verdad que lo mismo podría ser un tebeo, porque ciertamente no es lo que ha pasado aquí, aquí no ha habido ni Bugs Bunny, ni Tambor ni tampoco ¡bliff, blam, pum!, no ha habido nada parecido. Y joder, ahora sé exactamente adonde estoy yendo a parar, a un sitio que ya he conseguido evitar dos veces, la primera gracias a una remodelación dental ficticia y la segunda con aquella rápida incursión en Santa Cruz y en los problemas de una chica a la que apenas conozco; sin embargo, aquí me tenéis otra vez, y en este mismo momento, rumbo a esa misma cosa, a la que supongo que todavía podría resistirme. Y a la que me estoy resistiendo. O tal vez no. Quiero decir que en cualquier momento podría parar y hacer otra cosa, encenderme un porro, ponerme morado a beber. De hecho, no hacer prácticamente nada de nada, salvo esto, me evitaría contar la verdadera historia de mi diente roto, aunque no sé si quiero hacerlo, me refiero a no contar la historia, ya no lo sé. La verdad es que creo que me iría bien contarla, ponerla por escrito aquí, por lo menos una parte, para poder ver su verdad, ver los detalles, volver a visitar ese sabor, ese momento, y tal vez re-evaluar o re-entender, o re- no sé qué.

Además, siempre puedo quemarlo al acabar.

Después de que muriera mi padre, me enviaron a una serie de casas de acogida. Fuera donde fuera, siempre creaba problemas. Nadie sabía qué hacer conmigo. Al final, aunque tardé bastante, acabé con Raymond y su familia. Raymond era un antiguo marine que tenía, tal como ya he descrito, una barba más áspera que la crin de caballo y unas manos más duras que cuernos. También era un obseso del control. Siempre quería tener el control, sin importar los medios ni el precio. Y todo el mundo sabía que si alguien lo ponía entre la espada y la pared, él estaría tan dispuesto a morir por ello como a matar.

Yo tenía doce años.

¿Qué sabía yo?

Me dediqué a ponerlo contra la pared.

Cada vez más.

Hasta que una noche, ya de madrugada, mucho más cerca del amanecer que del crepúsculo, mientras afuera todavía se acumulaba el hielo en los marcos de las ventanas y en los caminos embaldosados, me desperté para encontrar a Raymond de cuclillas sobre mi cama, calzado con sus botas negras cubiertas de barro, masticando un cacho enorme de cecina de buey, clavándome los dedos en la cara y asesinando hasta el último residuo de esternón o de sueños bucólicos.

—Animal —me dijo cuando estuvo seguro de que el sueño había muerto por completo—. Vamos a hacer un pacto tú y yo. Tú no eres realmente de esta familia, pero vives con nosotros, llevas un año viviendo con nosotros, ¿qué eres entonces?

Yo no contesté. Era lo más inteligente.

—Quiere decir que eres un invitado, y si eres un invitado tienes que portarte

como tal. No como una especie de animal de corral. Si no te parece bien, entonces te trataré como a un animal, y tendrá que parecerte bien.

Y lo que estoy diciendo de tu comportamiento no se aplica solamente a esto de aquí. También a la escuela. No quiero más problemas. ¿Lo has entendido?

Tampoco contesté.

Él se acercó más, echándome a la cara aquel olor rancio a carne que siempre llevaba pegado a los dientes.

—Si lo has entendido, entonces tú y yo ya no volveremos a cruzarnos. —Y ya no dijo nada más, aunque sí se quedó un rato más de cuclillas sobre mi cama.

Al día siguiente me peleé en el patio de la escuela hasta que me sangraron los nudillos. Y luego volví a hacerlo al día siguiente, y al siguiente. Una semana entera, quince asaltantes sin rostro persiguiéndome nada más sonar el timbre que indicaba el final de las clases, la mayoría de octavo pero también alguno de noveno, siempre más grandes que yo, transmitiéndome el mensaje de que ningún advenedizo de séptimo se quedaba jamás con la última palabra, y sin embargo yo siempre me quedaba con ella, yo siempre se las devolvía todas, se las devolvía hasta cuando no se metían conmigo más que una pizca, y ellos finalmente me hacían daño, me hacían tanto daño como para obligarme a rendirme y morir, a encogerme en el suelo y llorar, pateando el suelo, con la cara toda hinchada, las pelotas aplastadas y las costillas doloridas, aunque siempre había algo que me reimpulsaba a abandonar aquella posición fetal, tal vez al final era toda la nada que yo tenía que aguantar, y que me lanzaría de nuevo contra cualquiera que estuviera ganando o simplemente quisiera ser el próximo.

Después de la décima pelea, algo realmente ponzoñoso se me metió dentro y apagó todo el dolor. Yo ya no sentía los golpes ni los cortes.

Oía el golpe pero nunca se me adentraba lo bastante por los nervios como para hacer que lo sintiera. Como si todos los sensaciómetros se hubieran fundido. De manera que me limitaba a devolver los golpes y a invertir todo lo que yo era contra lo que todavía no conocía.

Un chaval, que además debía de tener catorce años, me pegó dos veces y se imaginó que ya no volvería a levantarme. Entonces yo le arañé la cara con bastante saña, la suficiente como para que se le llenaran los ojos de sangre, y creo que no se esperaba que la cosa llegara a tanto. 0 sea, tenía chorritos de sangre en la parka y había bastante en la nieve y se quedó paralizado, supongo que asustado, no lo sé, pero al parecer a continuación le rompí la mandíbula y le hice saltar un par de dientes, además de cargarme tres de mis nudillos. En aquella clase de pelea no existía la opción de los guantes.

En todo caso, fue aquel chaval el que hizo que me expulsaran, pero como la pelea había tenido lugar después de que terminaran las clases, los administradores tardaron todo un día en preparar los papeles. Entretanto, yo me peleé tres veces más. Justo en el recreo de mediodía. Unos amigos del chaval de noveno vinieron a por mi. Mis puñetazos dejaban bastante que desear por culpa de los nudillos rotos, pero ellos no paraban de darme empujones y patadas. Al final unos profesores los separaron de mí, pero no antes de que yo le clavara el pulgar en el ojo a uno de los

chavales. Creo que se pasó varias semanas con sangre en el ojo.

Cuando llegué a casa, Raymond me estaba esperando. Su mujer lo había llamado a la obra y le había contado lo sucedido. Raymond llevaba toda la semana viéndome los hematomas y los cortes en la mano, pero como no habían llamado de la escuela y yo no soltaba prenda, él tampoco había dicho nada.

Nadie me preguntó qué había pasado. Raymond se limitó a decirme que subiera a la camioneta. Yo le pregunté que adonde íbamos. Aquella simple pregunta por mi parte bastó para enfadarlo. Gritó a sus hijas que se fueran a su cuarto.

—Te llevo al hospital —susurró por fin.

Pero no fuimos directamente al hospital.

Raymond me llevó primero a otra parte, donde perdí medio diente y supongo que mucho más, en las afueras, en un lugar cubierto de hielo, rodeado de alambrada de espino y de sauces, donde una serie de monumentos de óxido, apenas tocados por nadie, yacían congelados a lo largo de los postes de las vallas y nadie se acercaba nunca lo bastante como para oír chillar a los halcones.

[101] *Operation #4: The Art of Internal Medicine*, de Leon Robbins (University of Pennsylvania, Filadelfia, 1996), p. 479.

[102] Véase el capítulo "The Crystal Cavern", en *Cave Passages* (Scribner, Nueva York, 1996), de Michael Ray Taylor.

[103] Gavin Young, *Shots In The Dark* (University of California Press, Stanford, 1995), p. 151.

[104] Nuevamente resulta de gran interés aquí *The Fraying of the American Family*, de Florencia Calzatti. En particular, véase "Chapter Seven: The Last Straw", donde la autora manifiesta la completa absurdidad de los finales de las series de elementos: "La gota que colma el vaso no existe; solamente existe el mar".

[105] Para leer la transcripción completa de La última entrevista, véase la Prueba Cuatro.

[106] Aquí hay algo un poco raro, parece que Zampanó no termina de decidir si todo esto es una exploración (por lo de "Campamento Base") o una guerra (por lo de "Puesto de Mando").

[107] "Antes de permitimos que visionemos con nuestros propios ojos esas modalidades de oscuridad cimeria, Navidson quiere que experimentemos, tal como él ya ha hecho, una secuencia dedicada exclusivamente a los mucho más reveladores detalles de la espera." Véase *Tick-Tock Fade: The Representation of Time in Film Narrative*, de Frizell Clary (Tame An Essay Publications, Delaware, 1996), p. 64.

[108] *Cinematic Projections*, de Naguib Paredes (Faber and Faber, Boston, 1995), p. 84.

[109] El manejo que hace Navidson de la cámara es un tema infinitamente complejo. En su Objects of a Thousand Facets (Shive Stuart Press, Bismark, Dakota del Norte, 1994), p. 421, Edwin Minamide afirma que las "imágenes resonantes", sobre todo las de este ejemplo, conjuran lo que Holloway no podría

haber logrado nunca: “El hecho de que Navidson pueda filmar hasta unos cuantos tazones azules sucios y conseguir que pensemos en peregrinos en plena búsqueda demuestra que él es el narrador necesario sin el cual no habría película ni tampoco entendimiento de la casa”. En Semiotic Rivalry (Hazard United, Casper, Wyoming, 1995), p. 105, Yuriy Pleak discrepa y afirma que los colores exuberantes y las firmes panorámicas de Navidson únicamente revelan la rivalidad y la amargura que siente hacia Holloway: “Lo que intenta es eclipsar el histórico descenso del equipo con su arte imperfecto”. Mace Roger-Court, sin embargo, considera en In These Things I Find, Serie n.° 18 (Ash Otter Range Press, Great Falls, Montana,1995) que la postura de Navidson es altamente instructiva y hasta iluminadora: “Sus tazones de café solitarios, su cuenco volcánico de cáscaras, la forma laberíntica en que están colocados el equipo y el mobiliario, todo ello revela cómo lo cotidiano puede contener objetos emblemáticos de lo que hay de lírico y épico en nuestras vidas. Navidson nos enseña cómo hasta en las cosas más ordinarias se puede encontrar una representación inesperada del mundo, de quiénes somos, de dónde estamos o incluso de lo que no tenemos”.

[110] En su conciso artículo “Bedtime Stories” (publicado en *Seattle Weekly*, 13 de octubre de 1994, p. 37), Ascher Blootz afirma que el libro que Tom le lee a Daisy es *Donde viven los monstruos*, de Maurice Sendak. En su carta titulada “A Blootz Bedtime Story” (Publicada en *Seattle Weekly*, 20 de octubre de 1994, p. 7) Gene D. Hart se muestra en desacuerdo: “Después de visionar en repetidas ocasiones esta secuencia, fotograma a fotograma, sigo sin poder decidir si la autora tiene razón o no. Tom tiene todo el tiempo la portada tapada con el brazo y habla en voz tan baja que nunca llega a ser captado por el micrófono. Dicho esto, me gusta mucho la afirmación de Blootz, porque tenga o no razón, está claro que lo que afirma es apropiado”.

[111] Véase el ensayo de Corning Qureshy “D&D, *Myst*, and Other Future Paths”, incluido en *MIND GAMES*, editado por Mario Aceytuno (Fortson Press, Rapid City, Dakota del Sur, 1996); también “Pawns, Bishops and Castles”, de M. Slade, http://cdip.ucsd.edu/; así como el de Lucy T. Wickramasinghe “Apple of Knowledge vs. Windows of Light: The Macintosh-Microsoft Debate”, publicado en *Gestares*, v. 2, noviembre de 1996, pp. 164-171.

[112] Janice Whitman, *Red Cross Faith* (Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1994), p. 235.

[113] Aunque originalmente todo este capitulo estaba mecanografiado, también hay una serie de correcciones introducidas a mano. La expresión "hacer el amor" no estaba tachada pero sí que había garabateada encima la palabra "FOLLAR". Como he estado haciendo lo posible por incorporar la mayoría de estas enmiendas, no me ha parecido justo excluir de golpe ésta, por mucho que comporte un cambio de tono bastante radical.

A estas alturas ya os habréis dado cuenta de que excepto cuando están bien contenidas entre comillas, Zampanó siempre elude esa clase de expresiones tan poco elegantes. Este ejemplo en concreto demuestra que debajo de toda su

jerigonza pseudoacadémica habitaba un hombre muy apasionado que sabia lo importante que es decir "follar" de vez en cuando y decirlo en voz bien alta, regodearse en su dulzura silábica, en su orgullo de inmigrante; se trata de una palabra cargada de connotaciones épicas, que empieza en

el labio inferior, a menudo en la parte más delantera de éste, antes de desplazarse en dirección a la

lengua, donde se zambulle en el murmullo de la LL, que a su vez se funde con la retirada de la F, cargando la

palabra de ofensa y atrevimiento y ciertamente de ambigüedad.

FOLLAR. Una tremenda plegaria exenta de ayuda, o una palabrota si se prefiere, depende de cómo se mire, o de

cómo se use, perfectamente adecuada para lanzarla al cielo o al mundo, o a veces, si se dice correctamente, pronunciándola con amor y fuego suficientes, la mujer que tienes al lado se derrite por dentro, inmersa en todo el calor terminológico.

Hostia puta, ¿qué coño es todo esto?

¿"Amor y fuego"? ¿"Calor terminológico"?

¿A quién coño se le ocurren todos estos rollos?

Tal vez Zampanó solamente escribió "follar" porque antes cuando podía follar no lo decía, y ahora, esperando

en aquella madriguera de Whitley, deseaba haber vivido de forma un poco distinta. O tal vez solamente le hiciera falta una palabra lo bastante fuerte para borrar, aunque fuera de forma temporal, la visión segura de su propia muerte; está claro que le hacía falta durante la época en que se dedicaba a pasear por el jardín, intentando estirar las piernas, hacer que le siguiera latiendo el corazón, mientras unos pocos gatos todavía se le frotaban contra las piernas marchitas, recordándole los años que había perdido, el color de antaño y la luz de antaño. La ocasión perfecta,

en mi opinión, para usar la palabra "mierda". Aunque si la dijo, allí no había nadie para oírla.

Por supuesto, a la mierda, tal vez a vosotros se os ocurra algo mejor. Yo cogí y volví a llamar al busca de Tambor.

Pero tampoco esta vez me devolvió la llamada. Entonces esta mañana,

descubrí un mensaje en mi contestador. Aquello me asustó. No recordaba que hubiera sonado el teléfono. Al parecer quería verme una tal Ashley, pero yo no tenía ni idea de quién era. Acabé llegando tres horas tarde al Salón de Tatuajes. Mi jefe estalló. Me puso en periodo de prueba. Me dijo que estaba a un tris de ponerme en la calle, y que ya le daba igual lo bien que le preparara las agujas.

Por desgracia, no tengo muchas esperanzas de mejorar mi puntualidad.

No os creeríais lo mucho que me cuesta el mero hecho de salir de mi estudio. Es tristísimo. De hecho, últimamente lo único que me permite salir de casa es decir: Mierda. Mierda. Mierda. Mierda puta. Mierda, joder. A la mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

[114] Tasha K. Wheelston, “M.O.S.: Literal Distress”, *Film Quarterly*, v. 48, otono de 1994, pp. 2-11.

[115] Bastante amargo, pero yo también lo he dicho bastantes veces. De hecho, preguntarme "¿y qué?" me ayudó a

sobrevivir durante los meses que pasé en Alaska. Tal vez incluso fue lo que me llevó hasta allí. La mujer de la agencia debió de darse cuenta de que yo no tenía dieciséis años ni de coña, más bien trece tirando a treinta y tres, pero aceptó mi solicitud de todas maneras. Me gusta imaginarme que pensó para sus adentros, "caray, qué joven se ve este chaval", y luego, bien porque estaba cansada o porque le daba igual, bien porque yo tenía un diente roto y cara de malo, se contestó a sí misma con un "¿y?", y me dio una plaza en la planta de enlatado.

Qué tiempos aquellos, dejadme que os diga. Jornadas obscenas de doce horas mecidos en brazos de una belleza pasmosa. Tiendas de campaña en la playa, en la punta de Homer Spit, que nos convirtieron, a mí y al resto de nosotros, en ratas honorarias del estuario.

Nada volverá a ser comparable con aquello. Una yuxtaposición espantosa de espinas de pescado con mugre de las latas y el hedor de una infinidad de vidas dolorosas y dedos maltrechos recortándose sobre el fondo de un más allá inalcanzable y siempre presente, un viento asesino, más puro todavía que el agua de un glaciar. Y de la misma manera que hay agua que está demasiado fría para bebería, aquel aire también era demasiado luminoso para respirarlo, llegaba en estampida por encima de diez mil pinos de alta montaña como dientes, mientras las águilas calvas se pasaban el día planeando como dioses, por mucho que por la mañana escarbaran como ratas, brincando por los muelles embadurnados de visceras con el mar a la espalda, siempre chillando como un regusto negro azulado a algo más.

El empleo no ofrecía nada capaz de retenerlo a uno allí, hora tras hora tras muchas horas más, encorvado sobre la mesa de trabajo, echando humo por encima de los cadáveres, hurgando en busca de carrillos de hipogloso, lonchas de

salmón, sufriendo incontables picaduras de mosquito, hasta de abeja —mi extraña fortuna—, y siempre entre las ruinas de la infinidad de palabrotas de los filipinos, de los blancos palurdos, de los negros, de los haitianos, un gruñido de baja intensidad que conforma el mundo del enlatado. El sueldo estaba bien pero os aseguro que no lo bastante como para atarlo a uno allí. No después de una semana, ya no digamos dos semanas y sobre todo ya no digamos después de tres meses del mismo infierno embrutecedor de trajinar con vísceras.

Había que encontrar otra cosa.

Para mí esa otra cosa fue la pregunta "¿y?". Y la aprendí por las malas, de hecho, en el mismo inicio de aquel verano.

Me habían invitado a salir en un pesquero, una auténtica chatarra de barco pero que supuestamente estaba en condiciones de navegar como el que más. Pues bien, no llevábamos más que unas horas en alta mar cuando empezó de repente una tormenta, abrió todas las brechas y llenó el casco de agua. Las bombas de achique funcionaron bien pero solamente durante unos diez minutos. Como mucho. Los guardacostas vinieron al rescate pero tardaron una hora en llegar a nosotros. Como mínimo. Para entonces el barco ya se había hundido. Por suerte, teníamos una balsa salvavidas donde acurrucamos y casi todo el mundo sobrevivió. Casi. Hubo uno que no. Un haitiano de los buenos. Por lo menos tendría

dieciséis años. Y además era amigo mío, o por lo menos iba camino de serlo. Se le enrolló una cuerda en el tobillo y

el barco lo arrastró al hundirse. Hasta cuando ya se le había sumergido la cabeza, todavía le oímos gritar. Aun cuando sé que es imposible.

Al volver a tierra todo el mundo estaba bastante hecho polvo, pero el que peor estaba con diferencia era el capitán/patrón. Terminó pasando una semana entera borracho,

y no decía otra cosa que: "¿Y?"

Ya no tienes barco. "¿Y?"

Se te ha muerto el oficial. "¿Y?"

Eh, por lo menos tú estás vivo. “Vil"

Una pregunta terrible, pero te curte.

A mí me curtió.

De alguna manera —aunque no recuerdo exactamente cómo—, terminé contándole a mi jefe algunas cosas de aquel verano. Hasta Tambor se puso a escuchar. Era la primera vez que me prestaba atención y me sentí de maravilla. De hecho, para cuando terminé, como ya casi se había acabado la jornada y estábamos cerrando, me dejó que la acompañara afuera.

—Eres buen tipo, Johnny —me dijo de una forma que me hizo sentir que lo era realmente. Por lo menos durante un rato.

Seguimos charlando mientras caminábamos y por fin nos dio por entrar en un local pequeñito de comida tailandesa que había en el lado norte de Sunset. Ella me preguntó si tenía hambre. Yo usé la expresión "me muero de hambre". Ella insistió en que comiéramos algo rápido.

Aunque yo no hubiera estado muriéndome de hambre, me

habría comido el mundo entero solamente para estar con ella. Todo en ella resplandecía. El mero hecho de verla

beber un vaso de agua, su forma de romper con los dientes un cubito de hielo, ya me hizo enloquecer un poco. Hasta su forma de coger el vaso, con unas manos preciosas, hizo que

me pusiera a imaginarme toda clase de cosas, aunque no me dio tiempo, porque en cuanto nos sentamos ella

se puso a hablarme de un tipo con el que estaba saliendo, que trabajaba de entrenador o algo parecido de un cuadro de

aspirantes sin futuro a boxeadores. Al parecer, el tipo podía hacer que ella se corriera más fuerte de lo que se había corrido en años.

Supongo que eso podría haberme hecho sentir mal, pero no fue así.

Una de las razones de que me guste Tambor es su forma de ser abierta y sin inhibiciones. No tiene inhibiciones de ninguna clase. Tal vez me esté repitiendo. No importa. En lo que a ella concierne, me alegro de repetirme.

—No basta con hacerlo bien —me contó—. No me malinterpretes: el sexo oral me encanta, sobre todo si el tío sabe lo que hace. Aunque si tratas mi clítoris como si fuera un timbre, ya te digo que la puerta no se va a abrir. —Aplastó otro cubito de hielo—. Pero últimamente es como que me hace falta pensar en algo completamente distinto y loco para ponerme en plan salvaje. Durante una temporada, lo que me ponía era el dinero. Ahora soy mayor. Pero bueno, ese tío me dijo que me iba a dar unos azotes en el culo y le dije que vale. Por la razón que fuera, yo no lo había hecho nunca. ¿Tú lo has hecho? —Ella no esperó a que yo

contestara—. De manera que se me puso detrás, y tiene una buena polla, y me encanta el ruido que hacen sus muslos

cuando me golpean el culo, pero eso no iba a hacer que me corriera, ni siquiera aunque yo me tocara. Fue entonces

cuando me pegó. La primera vez apenas lo noté. Lo hizo muy flojito, como con timidez. Así que le dije que me diera más fuerte. Tal vez esté chiflada, no lo sé, pero la segunda vez me pegó más fuerte y yo empecé a mojarme. Le dije que otra vez y con cada palmada me excitaba más. Cuando por fin me corrí, me corrí… a saco —lo dijo alargando la palabra: "a saaaco"—. Luego vi en el espejo que tenía una mano grabada en toda la nalga. Supongo que se puede decir que últimamente me gustan las marcas en forma de palma. Él me dijo que le escocía la mano. —Aquello la hizo reír.

Cuando llegó la comida, me puse a contarle la historia de Clara English, luego otra sin ninguna relación, la de Christina y Amber, Kyrie,

Lucy y hasta la de aquella Ashley que no me sonaba de nada, que también la hizo reír. Fue entonces cuando decidí no sacar el tema de las llamadas que no me había devuelto. No quería ponerme de malas pulgas con ella, aunque en el fondo sí que quería saber por qué nunca me había llamado. Así pues, decidí no tocar más temas que el sexo, flirtear con ella así, inventar algunas historias descabelladas, hasta tal vez alargarme sobre mi época en Alaska, hacerla reír más, todo lo cual fue de maravilla hasta que por alguna razón, sin venir a cuento de nada, cambié de estrategia y me puse a hablarle de Zampanó y del baúl y de mis extraños ataques. Ella dejó de reírse. Hasta dejó de masticar el hielo. Se limitó a escucharme durante media hora o una hora, no sé cuánto, mucho rato. Y ¿sabéis qué? Me di cuenta de que a fuerza de hablar, el miedo y el pánico que tenía dentro se mitigaban un poco.

Visto con la perspectiva que da el tiempo, fue

bastante raro. Quiero decir que yo estaba desbarrando sobre un montón de cosas personales. Y solamente le conté una pequeña parte. O sea, no tanto como estoy contando aquí por escrito, eso seguro. Son demasiadas cosas, a fin de cuentas, siempre discurriendo en paralelo —¿se diría asi?— al viejo y a su libro, apareciendo brevemente, tal vez entrometiéndose, y volviendo a desaparecer. A veces pálidas, a veces sangrando, a veces toscas, a veces carentes de textura; a menudo furiosas, aterradas, lamentables, frágiles o desesperadas, comunicadas en momentos de movimiento, olor y sonido, muy a menudo con una gramática defectuosa, una ráfaga enloquecida e interrumpida por recuerdos eidéticos, una clase distinta de señal, supongo, antaño bordada en los más simples gritos de ayuda arrojados al cielo por encima del óxido y las cometas que volaban en círculos o bien emitidas por radio cuando las aguas del golfo de Alaska finalmente

subieron y se tragaron de una vez por todas la cubierta —Aquí Vienen los Puntos…—, o incluso llevada a un lugar más extraño, donde las cartas y ya no digamos las visitas nunca son detectadas, tragadas del todo y sin dejar eco alguno, en una palabra que en francés a veces suena como el mar, robadas, perdidas, desaparecidas, hasta que tampoco allí queda nada por examinar, todo ello fracturado en mi cabeza, por mucho que apenas estuviera presente en las palabras que yo dije, aunque como mínimo aquellos dolorosos residuos se hicieron más soportables en presencia de Tambor.

En un momento dado conseguí dejar atrás todas aquellas imágenes privadas y me limité a mirarla a los ojos. Ella no

estaba mirando a la gente del local, ni tampoco concentrada en los cubiertos, ni siguiendo con la mirada un fideo

perdido que le colgaba del plato. Me estaba mirando a mí, y además sin malicia alguna. Estaba completamente

atenta, recibiendo todo lo que yo le contaba sin emitir juicio alguno, simplemente escuchando, escuchando cómo yo

lo explicaba todo, escuchando cómo me sentía. Fue entonces cuando se me clavó algo realmente doloroso, como una raíz vieja y poderosa, de esas que a veces en las montañas uno ve que han partido bloques de granito grandes como casas pequeñas, lo que pasaba era que en vez de granito aquella cosa me estaba partiendo a mí. Empezó a dolerme el pecho y me sentí raro por todas partes, y no tenía ni idea de qué era, ni aquella raíz ni el sentimiento, hasta que de pronto me di cuenta de que iba a echarme a llorar. No he llorado desde que tenía doce años, de manera que no tenía intención alguna de empezar a los veinticinco, sobre todo en un puto restaurante tailandés.

De manera que me lo tragué.

Lo dejé correr.

Cambié de tema.

Un poco más tarde, cuando nos dijimos buenas noches, Tambor me dio un abrazo fuerte y tierno. Casi como para decirme que sabía por lo que yo acababa de pasar.

—Eres buen tipo, Johnny —dijo ella por segunda vez en lo que iba de noche—. No te preocupes tanto. Eres joven. Te pondrás bien.

Y luego, mientras arrancaba su Jeep, sonrió:

—Ven algún día a verme al trabajo. Si quieres saber mi opinión, lo único que necesitas es salir de casa.

[116] X “He aquí el duro trabajo que exige esa casa, y su inextricable extravío” (Eneida, 6,27). “La casa de la que cuesta salir” (Badio Ascensio, París, 1501); “en la que cuesta entrar” (Trevet, Basilea, 1490).135 Ver “Fragments of Ancient Scholia on Virgil Preserved in Latin Glossaries” de H. J. Thomson, en Ancient Lore in Medieval Latín Glossaries, de W. M. Lindsay y H. J. Thomson (Saint Andrews University Publications, Londres, 1921).

De hecho, todo esto está citado directamente del libro de Penelope Reed Doob, The Idea of the Labvrinth: From Classical Antiquitv throuqh the Middle Ages (Cornell University Press, Ithaca, 1990), pp. 21, 97, 145 y 227. Un ejemplo perfecto de cómo a Zampanó le gusta ocultar las fuentes secundarias que está usando a fin de parecer más versado en los documentos originales.

La verdad es que esta información me la reveló una mujer llamada Tatiana, una de las escribas de Zampanó que "por suerte para mí", tal como me dijo por teléfono, conservaba entre otras cosas algunas de las antiguas listas de libros que había sacado de la biblioteca a petición suya.

He de mencionar, por cierto, que llegar a su casa no me resultó nada fácil. Me costó lo mío hasta salir por la puerta. Estaba claro que las cosas se estaban deteriorando. Incluso el simple hecho de alcanzar el pestillo me revolvió el estómago. También experimenté un espantoso vuelco en el corazón y noté un aumento instantáneo del pulso en las sienes. Por desgracia me temo que no puedo hacer justicia a lo raro que resulta todo esto, lo cual constituye una especie de paradoja, puesto que por un lado me estoy riendo de mí mismo, burlándome de la naturaleza irracional de mi ansiedad, de lo que de hecho yo sigo percibiendo como un completo absurdo —"Venga ya, Johnny, ¿de qué tienes miedo?"—, mientras que por otro lado, y además al mismo tiempo, me encuentro completamente aterrado, si no de algo en particular —puesto que yo al menos no puedo ver nada en particular —, si de mi propia reacción, que es tan innegable como el baúl negro de Zampanó.

Sé que no tiene ni pies ni cabeza, pero ahí está: una cosa que debería negar a la otra y en cambio únicamente parece amplificarla.

Por suerte, o sin suerte alguna, en mi cabeza seguía resonando el consejo de Tambor. Así que acepté el riesgo de paro cardíaco, mascullé una sarta de palabrotas y salí a todo trapo a la luz del día, decidido a encontrarme con Tatiana y hacerme con su material.

Por supuesto, no me pasó nada.

Cuando eché a andar por la acera, sin embargo, vi que un camión se desviaba de su carril, aplastaba una señal de Stop, intentaba desesperadamente detenerse, por un instante consiguió enderezarse, y finalmente, a pesar de todos los frenos que tenía aquel monstruo, de todo el humo y los chirridos ensordecedores que acompañaron la maniobra, pese a todo ello, se me echaba encima a toda velocidad. De pronto entendi lo que significa carecer de peso, volar por el aire, dejar de estar gobernado por esa feliz diada que componen la gravedad y la masa, hasta verme aterrizar sobre el capó de un coche, que resultó que era el mío, aparcado a por lo menos cinco metros de distancia, oyendo el porrazo sin llegar a sentirlo. Incluso

perdí el conocimiento por un instante, aunque lo recobré justo a tiempo de ver cómo el camión se me echaba encima y literalmente se estrellaba contra mí, haciéndome pensar, y esto no os lo vais a creer: "¡No me puedo creer que este hijo de la gran puta acabe de destrozarme el coche! ¡De todos los coches que hay en esta calle se tenia que cargar el mío, joder!", mientras todo aquel acero me aplastaba, pulverizándome al instante las piernas, la pelvis, y el metal de la rejilla del carburador se me clavaba como si fueran cuchillos de cocina y me seccionaba por la cintura.

La gente se echó a gritar.

Pero no por mí.

Por algo relacionado con el camión.

Estaba derramando algo por todas partes.

Gasolina.

Se había incendiado. Iba a arder.

Pero resultó que no era gasolina.

Era leche.

Pero resultó que no era leche. Ni tampoco gasolina. Y tampoco se había derramado. Ni siquiera había nadie presente. Desde luego, nadie gritaba. Y estaba más claro que el agua que no había ningún camión. Estaba yo solo. La calle estaba vacía. Se me había caído un árbol encima, uno tan pesado que iba a hacer falta una grúa para levantarlo. Pero ni siquiera con una grúa iban a poder levantarlo. En mi manzana no hay árboles.

Aquello tenía que parar.

Me tenía que ir.

De manera que me fui.

Cuando llegué a casa de Tatiana, ella acababa de volver del gimnasio y tenía las piernas morenas relucientes de sudor. Llevaba unos pantalones cortos de lycra negra y un top de atletismo de color rosa que aunque le venía muy ajustado no conseguía ocultar el tamaño generoso de sus pechos. La saludé y a continuación volví a explicarle cómo habían llegado hasta mí los documentos del viejo y por qué, a fin de organizarlos, necesitaba localizar algunas de sus referencias. Ella me entregó gustosamente las listas de lecturas que había recopilado para él y hasta desenterró algunas notas que había tomado acerca de la etimología de la palabra "labor".

Cuando por fin me ofreció una copa, yo le sugerí en broma un Jack con Cola. Supongo que no entendió mi sentido del humor, o bien lo entendió a la perfección. Apareció con mi copa y luego se sirvió otra para ella. Nos pasamos otra hora hablando, acabamos ventilándonos todo el Jack y luego, sin venir a cuento de nada, ella me soltó:

—No vamos a follar.

Hora de largarme, pensé, y empecé a ponerme de pie. Tampoco es que me esperara nada, la verdad.

—Pero si quieres, puedes correrte encima de mí —añadió ella.

Yo volví a sentarme y antes de que se me pudiera ocurrir nada, ella se quitó el top de un tirón y se tumbó en medio del suelo. Tenía unas tetas redondas, duras y perfectamente falsas. Mientras yo me ponía a horcajadas sobre ella, Tatiana me desabotonó los pantalones. Luego cogió un aceite extremadamente aromático que tenía encima de la mesilla del café. Estrujó el bote hasta que soltó un chorrito. Empezaron a caer de mí gotas de aceite, una lluvia cálida que se derramaba sobre su vientre tonificado y sus grandes pezones marrones. Satisfecha de su trabajo, volvió a recostarse para mirarme mientras yo me acariciaba y me frotaba con las manos.

En un momento dado ella se mordió el labio inferior y eso me excitó todavía más. Cuando empezó a acariciarse los pechos y de su garganta se elevaron gemidos de placer, noté que el semen me empezaba a hervir en las pelotas. Sin embargo, cuando ya llegaba al clímax cerré con fuerza los ojos y la perdí de vista, algo que ahora creo que ella estaba esperando, un instante transitorio de oscuridad en el que, viéndome vulnerable y ciego a todo lo que no fuera mi propio placer, ella pudiera pasarme la mano por detrás y clavarme un dedo empapado en aceite en el ojete, frotándolo en círculos hasta que por fin venciera el umbral de resistencia, metérmelo dentro y, sabiendo exactamente adonde ir, directa a la próstata, el punto P, el botón de ALTO de aquel sistema estereofónico y mecánico de follar que yo jamás había sabido que tenía, arrancar un grito casi insoportable de (y por) placer, las endorfinas chisporroteándome en el cerebro a una velocidad nunca vista, mientras los músculos de mi entrepierna se contraían dolorosamente en un puñado de espasmos taquicárdicos…, algo para lo que no puedo decir que estuviera preparado. Exploté. Un chorro blanco le voló sobre las tetas, dejándole regueros colgando de los pezones, formándole charquitos en la zona del cuello y hasta una parte en la cara: un goterón en la barbilla y otro en el labio inferior. Ella sonrió, empezó a frotarse suavemente mi semen contra la piel negra y por fin abrió la boca como si fuera a suspirar, pero no suspiró, no emitió sonido alguno, ni siquiera respiró, se limitó a enseñar sus dientes relucientes como la luna, y por fin sacó la lengua para lamerse primero el labio de arriba y por fin el de abajo, donde, sonriendo y mirándome a los ojos, mirando cómo la miraba yo, chupó y por fin se tragó mi leche.

[117] Lo siento. (“Plano de construcción” en alemán. (N. de los Ed.))

[118] Para más información sobre laberintos, véase El libro de los laberintos, de Paolo Santarcangeli; “The Surviving Web”, de Russ Craim, publicado en Daedalus, verano de 1995; Labirinti, de Hermann Kem; Mazes and Labyrinths, de W. H. Matthews; Double-Axe, de Stella Pinicker; The Knossos Labyrinth, de Rodney Castleden; Inadequate Thread, de Harold Sieber; “Mathematical Recreations and Essays”, de W. W. R. Ball; Complex Knots - No Simple Solutions, de Robinson Ferrel Smith; Entering the Maze, de O. B. Hardison Jr.; y Jejunum and lleum, de Patricia Flynn.

[119] A

riesgo de expresar una

obviedad
ninguna mujer se puede aparear con
un toro y dar a luz.
El hecho de reconocer este hecho científico
tan simple me lleva a una sospecha bastante
interesante: el rey Minos no construyó
el laberinto para encarcelar a un monstruo, sino para
ocultar a
un hijo deforme, el suyo.
Aunque el Minotauro ha sido representado
a menudo como una criatura con cuerpo de
toro pero torso humano — al estilo de los
centauros—, el mito dice simplemente que
el Minotauro tenia cabeza de toro y cuerpo
de hombre,(*) en otras palabras; era un hombre
con la cara deforme. Estoy convencido de que el
orgullo impidió a Minos aceptar que el heredero a su
trono tuviera un aspecto horrendo. De manera que
disolvió el derecho de ascendencia acusando
públicamente a su mujer, Pasifae, de fornicar
con un macho bovino.
Debido a que tenía la conciencia suficiente como para no asesinar
a alguien de su propia sangre, Minos hizo construir un laberinto,
lo bastante complicado como para evitar que su hijo escapara
jamas, pero sin barrotes para que no pareciera una cárcel.
(Resulta interesante que el mito afirme que la mayoría de los
jóvenes atenienses que eran entregados al Minotauro para
servirle de “alimento”—acabaran— muriendo de hambre en el
laberinto, lo cual indica que sus muertes tenían que ver más
con la complejidad del lugar en sí que con la supuesta ferocidad
del Minotauro.)
Estoy convencido de que en realidad el laberinto de Minos funciona
como tropo de la represión. Las ideas que he publicado sobre este
tema (véase “Birth Defects in Knossos”, Fanzine Sonny Won’t Wait,
Santa Cruz, 1968)(***) inspiraron al autor teatral Taggert-Chielitz
para escribir una obra titulada El Minotauro para la Seattle Repertory
Company.(**) Como únicamente ocho personas, incluyendo al portero,
tuvieron ocasión de ver la producción, incluyo aquí un breve sumario:
La obra de Chielitz empieza con Minos entrando en el laberinto una noche

Para hablar con su hijo. Resulta que el Minotauro es una criatura amable a la que

nadie entiende, mientras que los supuestos jóvenes atenienses son criminales convictos

que ya estaban sentenciados a muerte en Grecia. Normalmente el rey Minos hace que los

ejecuten en secreto y luego afirma en público que sus muertes las ha causado el aterrador Minotauro,

asegurándose así de que los residentes de Cnosos jamás se acerquen mucho al laberinto. Por desgracia esta vez uno de los criminales se ha metido por el laberinto, se ha encontrado con Mint (que es como Chiclitz llama al Minotauro) y ha estado a punto de asesinarlo. Si el propio Minos no hubiera entrado corriendo y hubiera matado al criminal, su hijo habría perecido. ¶ No hace falta decir que Minos está furioso. Se ha sorprendido a sí mismo preocupado por su hijo, y la culpa y la pena resultantes lo indignan sobremanera. ¶ A medida que la obra avanza, el rey deja gradualmente de fijarse en las deformidades de su hijo y acaba descubriendo en él un espíritu elegiaco, un sentimiento artístico y, lo que es más importante, una concepción visionaria del mundo. Pronto crece en el corazón del rey un profundo amor paternal, que le induce a pensar en una manera de volver a introducir al Minotauro en la sociedad. ¶ Por desgracia, las leyendas que el rey ha propagado por el mundo respecto de esa bestia aterradora resultan ser las semillas de la tragedia. Muy pronto llega un matón llamado Teseo (Chielitz lo describe como un miembro de fraternidad estudiantil, borrachuzo y prácticamente retrasado) que, sin pensarlo dos veces, hace pedacitos al

Minotauro. ¶ En uno de los momentos mas conmovedores de la obra, el rey Minos, con el rostro lleno de lágrimas,

ensalza públicamente el valor de Teseo. La multitud cree que las lágrimas son una
señal de agradecimiento, pero el público sabe que se trata de lágrimas de
dolor por la pérdida de su hijo. Al rey se le rompe el corazón y,
aunque sigue siendo un gobernante extremadamente justo,
la suya es una justicia informada por la agonía más
profunda que existe. (****)

Nota: Los pasajes tachados indican partes que Zampanó quiso descartar, pero que yo, valiéndome de un poco de aguarrás y una buena lupa de las de toda la vida, he conseguido resucitar.

(*) "~~Violent Prejudice in Knossos", de Zampanó, publicado en el Fanzine Sonny Will Wait, Santa Cruz, 1969~~.

No tengo ni idea de por qué hay dos títulos y fuentes citadas de forma distinta. Parece algo demasiado deliberado para ser un error, pero como no he podido encontrar el "fanzine", no lo sé a ciencia cierta. Lo que sí que he hecho ha sido devolverle la llamada a Ashley y dejarle un mensaje, pese al ligero detalle de que no me acuerdo de ella.

(**) ~~El Minotauro, de Taggert Chielitz, representada en The Hey Zeus Theatre por la Seattle Repertory Company, el H de abril de 1972~~.

(***) ~~W. H. Matthews escribe: "fin la pared de la iglesia de San Michele Maggiore de Pavia, un edificio que data del siglo X, se encuentra un pequeño laberinto similar, con~~

Teseo y el Minotauro representados en su centro. Se trata de uno de los pocos casos en que el Minotauro es representado con cabeza humana y cuerpo bestial, como una especie de centauro". Véase su libro Mates and Labyrinths: Their History & Development (Dover Publications, Inc., Nueva York, 1970), p. 56. Véase también la Fig. 40 de la p. 53.

(****) Hasta en sus Metamorfosis, Ovidio comenta que, ya anciano, Minos temía a los jóvenes.

> Qui, dum fuit integer aevi, terruerat magnas ipso quoque nomine gentes; tunc erat invalidus, Deionidenque iuventae robore Miletum Phoeboque párente superbum pertimuit, credensque suis insurgere regnis, haut tamen est patriis arcere penatibus ausus.

("Cuando Minos vivía la dorada mediana edad / todas las naciones temían la mención de su nombre, / pero ahora estaba tan impotente y débil / que se acobardaba ante el joven y orgulloso Mileto, / el atrevido hijo de Febo y Dione; / aunque Minos recelaba de que Mileto / tenía los ojos puestos en su trono y estaba urdiendo una conspiración / para hacer una revolución en palacio, tenía miedo de actuar / y firmar los documentos de su deportación". Basado en la traducción de Horace Gregory, pp. 258 y 259.) Tal vez Mileto le recordaba a Minos a su hijo asesinado y era la culpa lo que le hacía acobardarse en presencia de su juventud.

[120] Como pura acotación al margen, Jacques Derrida llevó a cabo una serie de comentarios sobre la cuestión de la estructura y la centralidad. Resultan demasiado complejos para tratarlos aquí de forma adecuada; en algunos casos, sin embargo, una simple mención puede resultar útil si se considera el significado de "juego", "orígenes" y "fines", sobre todo cuando estos términos se aplican a la casa de Navidson:

> Ce centre avait pour fonction non seulement d'orienter et d'équilibrer, d'organiser la structure —on ne peut en effet penser une structure inorganisée— mais de faire surtout que le principe d'organisation de la structure limite ce que nous pourrions appeler le jeu(*) de la structure. Sans doute le centre d'une structure, en orientant et en organisant la cohérence du système, permet-il le jeu des éléments à l'intérieur de la forme totale. Et aujourd'hui encore une structure privée de tout centre représente l'impensable lui-même.

Y más adelante:

> C'est pourquoi, pour une pensée classique de la structure, le centre peut être dit, paradoxalement, dans la structure et hors de la structure. Il est au centre de la totalité et pourtant, puisque le centre ne lui appartient pas, la totalité a son centre ailleurs. Le centre n'est pas le centre.(**)

Véase L'écriture et la différence (Editions du Seuil, Paris, 1967), pp. 409 y 410.

(*) Seguramente labi también está emparentada con "dormir".

(**) Aquí está la traducción. Lo mejor que me ha salido:

> La función del centro no era únicamente orientar, equilibrar y organizar la

estructura —de hecho, no se puede concebir una estructura desorganizada—, sino por encima de todo asegurarse de que el principio organizador de la estructura limitaría lo que podríamos llamar el juego de la estructura. Al orientar y organizar la coherencia del sistema, el centro de la estructura permite el juego de sus elementos dentro de la forma total. E incluso hoy, la noción de una estructura carente de centro representa lo impensable en sí mismo.

Y más adelante:

Es por esto que el pensamiento clásico en torno a la estructura podía afirmar que el centro está, paradójicamente, dentro de la estructura y al mismo tiempo fuera. El centro se encuentra en el centro de la totalidad y, sin embargo, como el centro no pertenece a la totalidad (no es una parte de la totalidad), la totalidad tiene su centro en otra parte. El centro no es el centro.(***)

o algo parecido. Basado en "Structure, Sign and Play in the Discourse of the Social Sciences", incluido en Writinq and Différence, traducción de Alan Bass, University of Chicago Press, Chicago, 1978, pp. 278 y 279.

(***) En cambio, Christian Norberg-Schulz escribe:

En términos de percepción espontánea, el espacio del hombre está "subjetivamente centrado". El desarrollo de los esquemas, sin embargo, no solamente comporta que se establezca una noción de centro en tanto que medio de organización general, sino que ciertos centros estén "externalizados" en tanto que puntos de referencia en el entorno. Esta necesidad es tan poderosa que desde tiempos remotos el hombre ha pensado en el mundo entero como algo centralizado. En muchas leyendas, el "centro del mundo" se concreta en un árbol o un pilar que simboliza un axis mundi vertical. Las montañas también se consideraban puntos de reunión del cielo y la tierra. Los antiguos griegos colocaban el "ombligo" del mundo (omphalos) en Delfos, mientras que los romanos consideraban su Capitolio el capul mundi. Para el Islam, la ka'aba sigue siendo el centro del mundo. Eliade señala que en la mayoría de creencias el centro es algo difícilmente alcanzable. Se trata de una meta ideal, que solamente se puede alcanzar después de un "duro viaje".

"Llegar al centro es obtener una consagración, una iniciación. A la profana e ilusoria existencia del ayer le sucede una existencia nueva, real, duradera y poderosa." Pero Eliade también señala que "todas las vidas, hasta las más carentes de experiencias, se pueden considerar viajes por un laberinto".(****)

Véase Existence, Space & Architecture, de Christian Norberg-Schulz (Praeger Publishers, Nueva York, 1971), p. 1S, en donde cita los Tratado de historia de las religiones, de Mircea Eliade, traducción de R. Sheed (Sheed and Ward, Londres, 1958), pp. 380-382.

(****) Lo que ni Derrida ni Norberg-Schulz se plantean es el poder ordenador de la gravitación, ni el hecho de que entre dos partículas cualesquiera de materia se establece siempre una fuerza de atracción (esta relación se suele representar como G, con un valor

de 6,670 × 10 '1 Nm²/kg²). La gravedad, a diferencia de la gravitación, se refiere de forma específica al efecto que tiene la Tierra sobre otros cuerpos y es tan relevante para explicar la noción de centro que tiene la humanidad como las obras de Derrida y Norberg-Schulz. La gravedad es lo que informa palabras como "equilibrio", "encima", "debajo" y hasta "descansar". Gracias al ligero temblor de la endolinfa en la cresta ampular, o a la subida y el descenso de los cilios sobre las manchas del utrículo y sáculo, la gravedad habla un idioma comprensible mucho antes de que las palabras que lo describen sean pronunciadas o aprendidas. También merece la pena estudiar la obra de Albert Einstein sobre este tema, aunque es importante no olvidar que, en última instancia, la casa de Navidson confunde incluso al laberinto del oído interno. (*****)

(*****) Esto apela a un tema de Lissitzky y Escher que Zampanó parece estar sugiriendo constantemente pero que nunca llega a admitir de un modo explícito. Por lo menos eso me parece a mí. Sin embargo, las páginas 30, 356 y 441 es como que contradicen esto. Aunque en realidad no.

[121] Penelope Reed Doob, The Idea of the Labyrinth: from Classical Antiquity through the Middle Ages (Cornell University Press, Ithaca, 1990), p. 1. X

[122] Por lo menos, tal como lamentaba Daniel Hortz: "Al conceder a todos los implicados el derecho a divagar (es decir, a tener sueños diurnos, a hacer asociaciones libres, a fantasiar [sic], etc., etc.; véase Gastón Bachelard), lo discursivo se reapropiará inevitablemente la heterogeneidad de lo dispar y, por tanto, con un gesto inesperado y no reconciliado, generará una recalificación del yo". O en otras palabras, igual que la casa, la película nos captura y nos prohíbe que divaguemos a la vez que nos libera para que ID hagamos, y por tanto primero nos confunda de forma inevitable, sacándonos de nosotros mismos, solamente para llevarnos —necesariamente, porque ¿adonde más pudríamos haber ido en realidad?— de vuelta al nosotros, y por tanto, de vuelta a nosotros misinos. Véase *Understanding the Self: The Maze of You*, de Daniel Hortz (Garden Press, Boston, 1995), p. 261.

[123] ["Pasajes que serpentean, avanzan y retroceden de una forma desconcertantemente compleja." (N. de los Ed.)] Plinio también escribió en su descripción del laberinto egipcio: "sed crebis foribus inditis ad fallendos occursus redeundumque in errores eosdem". l"Se abren puertas en las paredes a intervalos regulares para sugerir engañosamente el camino a seguir y obligar al visitante a volver por el mismo sitio por el que ya ha pasado erráticamente." (N. de los Ed.)]k

[124] Seguramente *labi* también está emparentada con "dormir".121

[125] Ver la nota 82 del capítulo VI, la Historia de Tom y también la nota 249. (N. de los Ed.)

[126] [Esto es lo que pasa cuando te apresuras en un laberinto: cuanto más deprisa vas, más te enredas. (N. de los Ed.)] Unas palabras que merece la pena tomar en serio, sobre todo teniendo en cuenta el comentario de Pascal que aparece en *Alegorías de la lectura* de Paul de Man: "Si on lit trop vite oü trop doucement, on n'entend rien". [SI uno lee demasiado deprisa o demasiado despacio, no entenderá nada. (N. de los Ed.)

[127] "[…] *ita Daedalus implet innúmeras errore vías vixque ipse revertí ad limen potuit: tanta est fallacia tecti"*. Ovidio, *Metamorfosis* VIII. 1. 166-168. ["Así pues, Dédalo construyó aquellos innumerables pasillos retorcidos, y él mismo a duras penas

consiguió encontrar el camino de vuelta a la entrada, de tan engañoso como era el recinto que había levantado." Horace Gregoiy, sin embargo, ofrece una traducción ligeramente distinta: "Así diseñó Dédalo su complejo laberinto / Y al entrar en él, sólo una mente atenta / podía volver a encontrar la salida al mundo. / Tal era la astucia de aquella extraña pérgola", p. 220. (N. de los Ed.) [~~O en otras palabras: Evita el cielo. No hay respuestas en él. No le preocupa, en especial aquello que ya no conoce. Trata el laberinto como una cosa en si misma, independiente de todo lo demás, y enfréntate a el en esos términos: El camino lo has de encontrar tú solo. Nadie mas puede ayudarte. Todos los caminos son distintos. Y si te pierdes, por lo menos regocíjate en la certidumbre absoluta de que vas a perecer~~. X

[128] No estoy seguro de por qué, pero me da la impresión de que esto lo entiendo en un sentido completamente distinto. Lo que quiero decir es que parece que el extraño encuentro con Tatiana me fue bastante bien. Como si correrme fuera lo único que necesitaba para mitigar un poco todo este terror y pánico. Supongo que Tambor tenía razón. Por supuesto, lo malo es que este nuevo descubrimiento me ha dejado prácticamente desquiciado, y con eso quiero decir priápico.

Anoche hice toda la ronda. Llamé a Tatiana, pero no estaba en casa. Me saltó el contestador de Amber, pero no le dejé mensaje. Luego, a medida que las horas se alargaban y se cernía una peculiar pesadez sobre mí, me acordé de Tambor. De hecho, a punto estuve de ir al local donde trabaja, a aquel sitio donde yo podría estar a solas con la luz tenue y las sombras chinescas, donde podría atisbar con tranquilidad, sin prisas, sin molestias, una idea que, tan pronto como me vino a la cabeza, y sin razón aparente, me hizo sentir terriblemente incómodo. De manera que llamé a Lude. Él me dio el número de Kyrie. Nada. Ni siquiera había contestador. Volví a llamar a Lude y al cabo de una hora estábamos ahogándonos en pintas de sidra en el Red.

Por alguna razón, yo llevaba encima un breve pasaje que Zampanó había escrito sobre una mujer llamada Natasha (Ver Apéndice F). Lo había encontrado hacía unos meses y había dado por sentado inmediatamente que sería un antiguo amor suyo, lo cual obviamente podría ser cierto. Desde entonces, sin embargo, he empezado a creer que la Natasha de Zampanó también vive en las verborreicas páginas de Tolstói. (Sí, es asombroso, pero por fin me he puesto a leer Guerra y paz.)

En todo caso, anoche, por pura coincidencia, había otra Natasha cenando verduras con vino. Se rumoreaba —o eso me había confiado Lude; siempre me ha encantado cómo Lude puede "confiar" rumores— que su madre era famosa pero que había muerto en un accidente de navegación, aunque también circulaba otro rumor —que Lude también me había confiado— según el cual era su padre el que había muerto en accidente de navegación, aunque no era famoso.

¿Y qué más daba?

En cualquier caso, Natasha era preciosa.

La profecía de Tosltói encarnada.

Lude y yo discutimos para ver quién le entraba primero. La verdad era que yo no me atrevía. Al cabo de unas pintas, sin embargo, contemplé cómo Lude se iba hacia su mesa. Él tenía mucha ventaja. Ya la conocía. Podía decirle "hola" sin parecer un guarro. Yo me los quedé mirando, con el vaso adherido de forma permanente a la boca para poder beber sin pausa, pese a que respirar de aquella manera me resultaba un poco complicado.

Lude se estaba riendo, Natasha sonreía y las amigas de ella se limitaban a comer sus verduras y beberse el vino. Pero Lude se quedó allí demasiado rato. Lo noté por la forma en que ella se puso a mirar a sus amigas, a su plato y a todos lados salvo a él. Y entonces Lude dijo algo. Sin duda algún intento de salvar la situación. Poco me imaginaba que era yo el que estaba siendo sacrificado, es decir, hasta que él empezó a señalar la barra, hacia mí. Y de pronto ella estaba mirando la barra y hacia mí.

Y ninguno de los dos sonreía. Yo levanté la base de mi vaso para que me tapara la cara y decidí no prestar atención a los chorros de sidra que se me derramaron por los lados y me llenaron la barbilla de espuma. Cuando bajé mi parapeto vi que Natasha le devolvía a Lude un papelito que él le acababa de dar. Ella sonrió muy escuetamente. Apenas dijo nada. Él continuó con la charada, le dedicó una breve sonrisa y por fin se marchó.

—Perdona, colega —dijo Lude mientras se sentaba, sin saber que la escena me había dejado petrificado.

—No acabarás de decirle que eso lo he escrito yo para ella, ¿verdad? —conseguí tartamudear por fin.

—Pues claro. Eh, que le ha gustado. Aunque no lo bastante como para dejar a su novio.

—Yo no lo he escrito. Lo escribió un ciego —le grité, pero ya era demasiado tarde. Me terminé mi copa y me largué con viento fresco, dejando a Lude a solas con la enfática falta de atención de Natasha.

Me alejé hacia el este, pasé por el Muse y me detuve en El Coyote, donde estuve bebiendo chupitos de tequila hasta que una chica australiana se puso a hablarme de canguros y de la Gran Barrera de Coral, y entonces me pedí otra bebida, potente y de color verde. Hacía un tiempo, ¿más de un año?, ¿dos años?, ella había visto allí una reunión de gente muy muy famosa que hablaba en términos versados de cosas realmente perversas. Me lo contó con gran regocijo, con los pechos botando como comecocos gigantes. ¿A quién le importaba? Por mí, perfecto. ¿Quería que le hablara de Natasha? ¿0 siquiera de lo que había escrito un ciego?

Cuando por fin salí a la calle, no tenía ni idea de dónde estaba, y me encontré con unas luces naranjas que ardían como soles, y que iniciaron extraños disturbios en mi cabeza, mientras en la brea de más allá aullaba un coro de coyotes, ¿o acaso era el tráfico?, y tampoco tenía noción alguna del tiempo. Fuimos dando tumbos hasta una esquina y fue entonces cuando se paró el coche, ¿un coche blanco?, ¿un VW Rabbit?, ¿sí/no? Me esforcé por entender lo que estaba pasando, mi chica australiana se reía, con los dos comecocos botando como locos, vivía muy cerca pero no era demasiado divertida, no se acordaba de dónde exactamente, y tampoco me importaba, yo me limitaba a mirar entornando los ojos, a mirar fijamente el coche ¿blanco?, mientras la ventanilla bajaba y en ella aparecía una cara encantadora, tal vez cansada, y también insegura, pero luminosa pese a todo, con una sonrisa sardónica en los dulces labios: era Natasha, asomándose desde el interior de su coche, diciendo: "Supongo que el amor se desgasta deprisa, ¿eh?",[142] guiñándome el ojo, mientras yo negaba con la cabeza, como si aquella clase de gesto enfático de la cabeza pudiera demostrar algo, como por ejemplo lo posible que es caer tanto y tan de repente, aunque para que algún gesto significara algo alguna vez había que recordarlo, y yo me iba a acordar, estaba claro que me iba a acordar, y eso era lo que no paraba de recordarme a mí mismo mientras aquel coche —¿blanco?, ¿de ella?— se alejaba a toda pastilla, adiós

Natasha, seas quien seas, y a continuación me pregunté si volvería a verla alguna vez, aunque tenía la sensación de que no, y confiaba en que los sentidos se equivocaran, aunque no lo sabía a ciencia cierta; Amor a Primera Vista había sido escrito por un ciego, aunque sutil, ¿y apasionado también?, el ciego de todos los ciegos, que soy yo —no sé por qué acabo de escribir esto—, aunque aun así la amaría sin importarme el hecho de que no fuera ciega, por mucho que de pronto yo hubiera empezado a soñar con alguien a quien no conocía de nada, o bien a quien conocía de siempre, no, ni siquiera con Tambor —caray, estoy desvariando—, tal vez con Natasha, al fin y al cabo tan vaga, tan familiar, tan extraña, pero ¿con quién, en realidad, y por qué?, pero eso por lo menos sí que podía dar por sentado que era cierto, reconfortante en realidad, una nueva algarada memorable, última juerga eterna, radiantes, que unirá eternamente a muchas amantes rememoradas, antiguas, mientras ingerimos sustancias ilegales, rozagantes, oscuros, nocturnos, infinitamente abandonados, silenciosos, y yo perdiéndome en ese sueño, una y otra vez, hasta que aquella chica australiana me zarandeó el brazo, me zarandeó fuerte.

—Eh, ¿dónde estás?

—Perdido —murmuré, y me eché a reír, y ella se rió también y del resto no me acuerdo.

No me acuerdo de la puerta de su casa, de todas las escaleras que llevaban a la segunda planta, del estruendo que armamos al adentrarnos por el pasillo, sin encender las luces, ni las del pasillo ni las de su habitación, ni de cuando caímos en el futón que ella tenía en el suelo. Ni siquiera me acuerdo de cómo nos quitamos toda la ropa, de que yo no le pude quitar el sujetador y al final tuvo que hacerlo ella, un sujetador blanco, aah, el cierre estaba por delante y yo lo había estado intentando por detrás, y fue entonces cuando ella soltó a los comecocos y se me comió vivo.

Sí, lo sé, las piezas aquí no acaban de encajar. Al fin y al cabo, ¿cómo se pasa de un poema a una belleza sobrecogedora y por fin a un polvo borracho de una noche? 0 sea, aunque se pudieran conectar las tres cosas, que yo creo que no se puede, ¿qué clase de dibujo saldría?

Había algo raro en su coño. De eso sí que me acuerdo. De hecho, resultaba asombroso lo peludo que era: una maraña de tupidos bucles de pelo negro, cubriéndola, ocultándola, aunque si le metías los dedos y la lamías, se abría amablemente para ofrecer su textura, su sabor, y la mujer australiana seguía encima de mí, montada a horcajadas sobre mi boca, y no paraba de echar el cuerpo un poco hacia atrás y de empujar suavemente hacia delante con la pelvis, hasta cuando le empezaron a temblar las piernas, todavía quería que yo la explorara así, con los dedos y los labios y la lengua, las capas de su calidez, los dulces pliegues de su oscuridad, una y otra y otra vez.

Del resto sí que estoy seguro de que no me acuerdo, aunque sé que la cosa duró un buen rato.

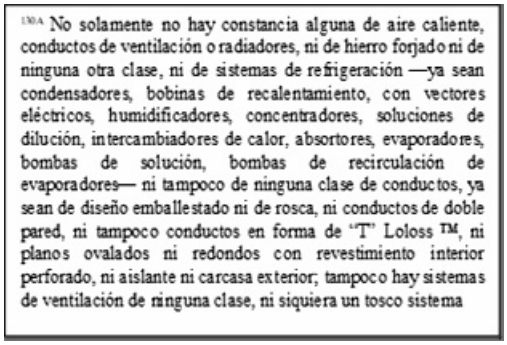
> Muy alto en el cielo
> y para el ladito-lado,
> por el desagüecito
> todos suspiramos.

Un simple poemilla, supongo.

Más tarde, no me acuerdo de cuánto más tarde, ella dijo que habíamos estado geniales y que se lo había pasado en grande, aunque no era mi caso.

Yo ni siquiera sabía dónde estaba, quién era ella ni cómo habíamos hecho las cosas que ella decía que habíamos hecho. Tenía que salir de allí, pero joder, el sol me hacía daño en los ojos, me abría la cabeza en canal, tiré su número de teléfono antes de llegar a la esquina y luego me pasé un cuarto de hora buscando mi coche. Algo estaba empezando a producirme pánico y a hacerme sentir fatal otra vez. Tal vez fuera el hecho de haber estado tan perdido, de perder el sentido, aunque sólo fuera cierto sentido de algo que había sucedido, y ¿me estaba perdiendo más de lo que sabía, acontecimientos más grandes?, ¿un sentido mayor? De hecho, en aquel momento lo único a lo que podía aferrarme mientras dirigía con cautela mi viejo coche hacia aquel lugar que yo todavía tenía la desfachatez de llamar hogar —nunca más—, era a la cara de ella, a aquella sonrisa sarcástica, la sonrisa de Natasha, vista pero no reconocida, encontrada en un restaurante, perdida en una esquina de la calle, arrastrada por un vendaval de tráfico, en el mismo sentido que cuando dices "un vendaval de diversión". Me miré las manos. Llevaba el volante tan fuertemente agarrado que se me habían puesto los nudillos de color blanco reluciente, y tenía el intermitente puesto, CLIC-clic, CLIC-clic, CLIC-clic, CLIC-clic, tan cierto, tan simple, tan claro, y sin embargo, pese a toda su convicción mecánica, aquel chisme me estaba llevando en la dirección incorrecta.

[129] Además de las ventajas prácticas que presenta el sedal de pescar —una forma asequible y barata de marcar el avance por un laberinto tan complicado—, está claro que también tiene resonancias mitológicas obvias. ~~La hija de Minos, Ariadna, le proporcionó a Teseo un cordel que éste usó para escapar del laberinto~~. El hilo se ha usado en repetidas ocasiones como metáfora del cordón umbilical, de la vida y del destino. Las parcas griegas (que se llamaban Moiras) y las romanas (que sí se llamaban Parcas) tejían el hilo de la vida y también lo cortaban. Curiosamente, en los cultos órficos, el hilo simboliza el semen.

[130] 
[130A] No solamente no hay constancia alguna de aire caliente, conductos de ventilación o radiadores, ni de hierro forjado ni de ninguna otra clase, ni de sistemas de refrigeración —ya sean condensadores, bobinas de recalentamiento, con vectores eléctricos, humidificadores, concentradores, soluciones de dilución, intercambiadores de calor, absortores, evaporadores, bombas de solución, bombas de recirculación de evaporadores— ni tampoco de ninguna clase de conductos, ya sean de diseño emballestado ni de rosca, ni conductos de doble pared, ni tampoco conductos en forma de "T" Loloss ™, ni planos ovalados ni redondos con revestimiento interior perforado, ni aislante ni carcasa exterior; tampoco hay sistemas de ventilación de ninguna clase, ni siquiera un tosco sistema

[131] "Break Through (not a) Breakthrough: Heuristic Hallways In The Holloway Venture", de Gerard Eysenck. Incluido en *Proceedings from The Navidson Record Semiotic Conference Tentatively Entitled Three Blind Mice and the Res tAs Well*. American Federation of Architects, 8 de junio de 1993. Reimpreso por Fisker and Weinberg, 1996.

[132] Véanse los *Discourses on Art*, de Joshua Reynolds (1771), (Collier, Nueva York, 1961).

[133] Por ejemplo, en la casa no hay nada que se parezca ni remotamente a ninguna

obra del siglo xx, ya sea de estilo posmodemo, tardomodemo, brutalista, neo-expresionista, wrightiano, neo-formalista, miesiano, estilo internacional, modernista lineal, Art Deco, estilo Pueblo o colonial español, por nombrar solamente unos cuantos, con ejemplos que van desde el edificio de la Western Savings and Loan Association de Superstition, Arizona, la sede de Animal Crackers en Highland Park, Illinois, el Pacific Design Center de Los Ángeles, o el Mineries Condominium de Venice, el Wurster Hall de Berkeley, la casa Katselas de Pittsburgh, el aeropuerto John Dulles, la casa Greene de Norman, Oklahoma, la Harold Washington Library de Chicago, las torres Watts de South Central, el Teatro Nacional de Barcelona, la New Town de Seaside, Florida, la casa Tugendhat, la Rué de Laeken de Bruselas, los apartamentos Richmond Riverside de Richmond, Surrey, la escalinata del News Building de Athens, Georgia, el edificio del Tsukuba Center de Ibaraki, la Digital House, el Museo de Arte Contemporáneo de la ciudad de Hiroshima, el interior del Judge Institute of Management Studies de Cambridge, la Maison á Bourdeaux, la estación del TGV de Lyon- Satolas, el posmodemismo del Wexner Center for Visual Arts de Columbus, Ohio, el hotel Palazzo de Fukuoka, la National Geographic Society de Washington D. C., el museo Amon Carter de Fort Worth, Texas, el ala Sainsbury de la National Gallery, la pirámide del Louvre, el nuevo edificio de la Staatsgalerie de Stuttgart, el museo J. Paul Getty de Malibú, el palacio de Abraxas de Mame-la-Vallée, la Piazza d'Italie de Nueva Orleáns, el edificio AT&T de Nueva York, el modernismo del Carré d'Art, el edificio Lloyds de Londres, el complejo de la biblioteca John F. Kennedy, la nave de la iglesia de Vuokseenika, en Finlandia, la oficina central de la compañía Enso-Gutzeit, el centro administrativo de Sáynátsalo, la casa Earnes, la residencia Baker del MIT, el interior de la terminal de la TWA del aeropuerto Kennedy, el National Theatre de Londres, el Hull House Association Uptown Center de Chicago, el Laboratorio Hektoen también de Chicago, la casa Fitzpatrick de Hollywood Hills, el Graduate Center de la Universidad de Harvard, el auditorio Pan-Pacific de Los Angeles, el laboratorio de pruebas de la General Motors en Phoenix, Arizona, los grandes almacenes Bullock's Wiltshire de Los Angeles, el Casino Building de Nueva York, el hotel Franciscan de Albuquerque, Nuevo México, el hotel La Fonda de Santa Fe, o los juzgados del condado de Santa Bárbara, la casa Neff o la Sherwood de California, el exterior de la Secondary Modem School, las Maisons Jaoul, la iglesia de Notre-Dame-du-Haut de las inmediaciones de Belfort, la Unité d'Habitation de Marsella, la casa Farnsworth de Plano, Illinois, el Alumni Memorial Hall del Illinois Institute of Technology, el museo Guggenheim de Nueva York, ni tampoco nada del tradicionalismo de los Lawn Road Flats de Hampstead, la embajada de Zimbabwe ni la planta eléctrica de Battersea de Londres, el coro de la catedral anglicana de Liverpool ni el Memorial a los Desaparecidos del Somme de las inmediaciones de Aras, la Casa del Virrey de Nueva Delhi, el Gledstone Hall de Yorkshire, la fachada de Finsbury Circus, el Castle Drogo de las inmediaciones de Drewsteignton, Devon, la Casa del Fascio de Como, Villa Mairea en Noormarkku, la Estación Central de Milán, el interior del pabellón finlandés de la Exposición Universal de Nueva York, el vestíbulo del Palacio de Conciertos de Estocolmo, la Biblioteca Pública de Estocolmo, el crematorio Woodland, la jefatura de policía de Copenhague, la estación de ferrocarril de Helsinki, Villa Hvitträsk en las inmediaciones de Helsinki, la iglesia de Gruntvig en Copenhague, Villa Saboya en Poissy, el 25 de la Rue Vavin de París, el 62 de la Rue des Belles Feuilles, también en París, Notre-Dame du Raincy, el 25

bis de la Rue de Franklin, nuevamente en París, el Château de Voisins, Rochefort-en-Yvelínes, la Nueva Cancillería de Berlín, el teatro Festspielhaus en las inmediaciones de Dresde, la Casa Schröder en Utrecht, el edificio de la Bauhaus en Dessau, o bien el expresionismo de la fábrica Fagus en las inmediaciones de Hildesheim, la Scheepvarthuis de Amsterdam, la Rheinhalle de Düsseldorf, el Chilehaus de Hamburgo, la torre Einstein de Berlín, los almacenes Schocken de Stuttgart, el auditorio del Grosses Schauspielhaus de Berlín, el Pabellón de Cristal de Colonia, el Centro del Centenario de Breslau, la fábrica de tintas I. G. Farben, en Höscht, el Memorial Volkerschlacht de Leipzig, la Haus Wiegand de Berlín, la fábrica de turbinas AEG también de Berlín, la estación central de Stuttgart, las fachadas de la Leipziger Platz y el Banco Nacional de Alemania en Berlín, el edificio American Radiator de Nueva York, el capitolio del estado de Nebraska, el monumento a Thomas Jefferson en Washington D. C., Villa Vizcaya en Miami, la catedral de San Juan el Divino de Nueva York, o bien la Casa de la Cascada, el edificio administrativo de la fábrica de S. C. Johnson Wax, los planos del hotel Imperial de Tokio o bien Taliesin Este, la casa Robie, la casa Winslow, la casa Warren Hickox, o la Facultad de Historia de Cambridge, el Centro Pompidou de París, la casa David B. Gamble, el edificio Seagram de Nueva York, el edificio de servicios públicos de Portland, o bien el modernismo de la catedral de la Sagrada Familia en Barcelona, la sede de la Asamblea de Chandigarh en la India, la casa Milá de Barcelona, la Majolikahaus y el pabellón de la Secesión de Viena, el Teatro Griego del parque Güell, la casa Batlló y la casa Vicens de Barcelona, así como las escaleras de la casa Tassel en Bruselas, la rotonda de honor construida para la Exposición Internacional de las Artes Decorativas Modernas de Turin,el Palazzo Castiglioni de Milán, el taller Elvira de Munich, la casa Stoclet de Bruselas, la Caja Postal de Ahorros Imperio-Real de Viena, la colonia de artistas de Darmstadt, la fachada de la biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de Glasgow, las entradas del metro de París, el castillo Béranger también de París, la Maison du Peuple en Bruselas, la Bolsa de Amsterdam, las escaleras de la casa Van Eetvelde y el Hôtel Solvay de Bruselas, o bien cualquier cosa en el estilo bungaloid, el estilo misión, el estilo western slick o el estilo prairie, ya sean la casa Crocker de Pasadena, el Town and Gown Club de Berkeley o la casa Goodrich de Tucson; o bien cualquier evidencia de modalidades del siglo XIX, manifestándose en estilos como el neo-jacobeo, tardogótico, neoclásico, neogeorgiano, segundo neorrenacimiento, clasicismo beaux-arts, chateauesque, románico richardsoniano, estilo shingle, estilo eastlake, estilo reina Ana, estilo stick, segundo imperio, alto Victoriano italianizante, alto gótico Victoriano, es tilo octogonal, neorrenacimiento, estilo villa Italiana, Neorrománico, Neogòtico Temprano, neoegipcio o neogriego, como por ejemplo el Club Universitario de Portland, Oregón, la iglesia Calvary Episcopal de Pittsburgh, el Minneapolis Institute of Arts, el club de criquet Germantown de Pensilvania, la iglesia unitaria All Souls de Washington, D. C., la biblioteca centrai de Detroit o el Racquet and Tennis Club de Nueva York, el Metropolitan Museum of Art, los juzgados del condado de Riverside, en California, la casa Kimball de Chicago, la casa Gresham de Galveston, Texas, el edificio Cheney de Hartford, Connecticut, el Pioneer Building de Seattle, la casa House de Austin, Texas, la casa Bookstaver de Middletown, Rhode Island, la Double House de la calle 21 de San Francisco, la casa Brownlee de Bonham, Texas, la Los Ángeles Heritage Society, la casa Sagamore Hill de Oyster Bay, la casa Cram de Middletown, Rhode Island, la casa San Luis Obispo, el ayuntamiento de Filadelfia, la casa

Gallatin de Sacramento, el Blagen Block y la casa Marks de Portland, la casa Langworthy de Dubuque, Iowa, el bulevar Cedar Point a su paso por Swansboro, Carolina del Norte, el edificio Haughwout de Manhattan, el Farmers' and Mechanics' Bank de Filadelfia, la estación Calvert de Baltimore, la casa Jarrad de New Brunswick, Nueva Jersey, la Old Stone Church de Cleveland, la Church of Assumption de Saint Paul, Minnesota, la casa Rotch de New Bedford, Massachusetts, la iglesia de Saint James de Wilmington, Carolina del Norte, la cárcel Moyamensing de Filadelfia, el Medicai College of Virginia de Richmond, la casa Lyle-Hunnicutt de Athens, Georgia, los juzgados del condado de Montgomery en Dayton, Ohio, por no hablar de la ausencia de otros elementos del siglo XIX como los que pueden verse en la Pennyslvania Station, exterior y área pública, las casas Villard de Nueva York, la Biblioteca Central de Boston, la Corte de Honor de la Exposición Universal de Chicago, el edificio Wainwright de Saint Louis, el edificio Guaranty de Buffalo, la casa Watts Sherman de Newport, Rhode Island, la Boston Trinity Church, la Ames Gate Lodge de North Easton, la Philadelphia Provident Life and Trust Company, la Academia de Bellas Artes de Pensilvania, la Nott Memorial Library de Schenectady, Nueva York, la cantina del Breakers Hotel, el Ayuntamiento de Boston, o bien la influencia de los estilos griego y gótico en la Trinity Church de Manhattan, la Universidad para Huérfanos Girard de Philadelphia, el Instituto Smithsonian de Washington, D. C., la casa Tremont de Boston, la lonja de Philadelphia, el capitolio del estado de Ohio, el auditorio de Baviera, la tesorería de Washington, D. C., el Palais de Justice de Bruselas, el dormitorio de la emperatriz Josefina en el Château de Malmaison, la Academia de Atenas, el Pabellón Real de Brighton, el museo de Historia de Moscú, el Nuevo Almirantazgo de San Petersburgo, la Gran Escalinata de la Ópera de París, la Bolsa de San Petersburgo, el museo Thorwaldsen, la plaza del Senado de Helsinki, la catedral de Florencia, la Galleria Vittorio Emanuele II de Milán, el Palazzo di Giustizia de Roma, el mausoleo de Canova en las inmediaciones de Possagno, el Caffè Pedrocchi de Padua, el Parlamento de Viena, la Òpera de Dresde, el Befreiungshalle de las inmediaciones de Kelheim, el Memorial Walhalla situado junto al Danubio, el Feldhermhalle de Múnich, la Nationalga lerie o la Bauakademie de Berlín o las escaleras del Altes Muséum o la Schauspielhaus, ni el neogótico del campanilo de la catedral de Westminster, la sede del New Scotland Yard, la casa Standen de Sussex, la Cragside House de Northumbria o el Newnham College de Cambridge, o la casa Leyswood de Sussex, el Crystal Palace o los Reales Tribunales de Londres, la capilla del Keble College, el Albert Memorial de los jardines de Kensington, o la cantina del Reform Club, el St. George's Hall construido por Elmes en Liverpool, la Institución Tayloriana del museo Ashmolean de Oxford, el Real Colegio de Médicos de Edimburgo, el Mu-seo Británico de Londres, el castillo Luscombe de Devon, la Cumberland Tenace de Regent's Park, el Grand Palais de París o la Gare du Quai d'Orsay o bien las escaleras de la Nouvelle Sorbonne o la Opera o la iglesia de Saint Augustin o la Fontaine de Saint Michel o el Parc des Buttes-Chaumont, la catedral de Marsella, la Bibliothèque Nationale de Paris, la Salle de Harlay en el Palais de Justice, o la sala de lectura de la biblioteca de Sainte Geneviève, la Gare du Nord, la Ecole des Beaux-Arts, la iglesia de Saint Vincent de Paul, la iglesia de la Madeleine, la Rue de Rivoli, el Arc du Carrousel, ni tampoco nada parecido al clasicismo dieciochesco que se ve en la Cámara del Tribunal Supremo de Washington, D. C., en el vestíbulo y escalinatas del Capitolio y en el Capitolio mismo, la catedral católica de Baltimore, el Banco de

Pensilvania, la biblioteca Jefferson de la Universidad de Virginia, situada en Monticello, cerca de Charlottes ville, la First Baptist Meeting House de Providence, Rhode Island, el Drayton Hall de Charleston, la King's Chapel de Boston, o bien ejemplos de clasicismo Jeffersoniano o estilo Adam como el Pabellón VII de la Universidad de Virginia, la casa Estouteville del Condado de Albemarle, la casa Clay Hill de Harrodsburg, Kentucky, la casa Nickels-Sortwell de Wiscasset, Maine, la casa Ware-Sibley de Augusta, Georgia, o la Congrégation Church de Tallmadge Ohio, o bien la casa Dalton de Newburyport, Massachusetts, el palacio Sheremetev de las inmediaciones de Moscú, la galería Cameron de la Villa de los Zares, el salón Catalina del palacio Táuride de San Petersburgo, la Academia de Bellas Artes de Leningrado, el palacio Amalienborg de Copenhague, el palacio Lazienki en las inmediaciones de Varsovia, el castillo de imitación de estilo gótico de Lowenburg, en Schloss Wilhelmshohe, la Puerta de Brandenburgo de Berlín, la mezquita del jardín de Schwetzingen en las inmediaciones de Mannheim, Villa Hamilton en las inmediaciones de Dessau, el Palazzo Serbelloni de Milán, la Sale delle Muse del Vaticano, la State House de Boston, Massachusetts, el Barrière de la Villette de París, la casa del director de las salinas de Arc-et-Senans, cerca de Besanzón, el Panteón de París, o La Solitude de Stuttgart, la Rue de la Pépinière, el Château de Montmusard en las inmediaciones de Dijon, la Sala del Desayuno del Museo Soane de Londres, o bien el neoclasicismo francés del Hameau de Versalles, la escalinata del teatro de Burdeos, el teatro anatómico del Colegio de Cirujanos de París, las cámaras del mausoleo del príncipe de Gales, la entrada y la columnata del Hôtel de Salm, la Syon House de Middlesex, la iglesia de Saint Symphorien o el Petit Trianon, ambos en Versalles, o la plaza de Lincoln's Inn Fields de Londres, la Oficina del Cónsul del Banco de Inglaterra, los planos de la abadía de Fonthill, la Sala de la Cúpula de Heaton Hall, el edificio de los Cuatro Tribunales de Dublin, la Somerset House de Londres, la pagoda de Kew Gardens, el pórtico de la Stowe House de Buckinghamshire, el salón del n.° 20 de St. James' Square, la Syon House de Middlesex, la Sala de Mármol de Kedleston Hall, el templo de la Virtud Antigua de los Campos Elíseos de Stowe, la escalera del n.° 44 de Berkeley Square, el Holkham Hall de Norfolk, la Sala de la Cúpula del palacio de Kensington, el Tempietto Diruto de la Villa Albani de Roma, la fachada de la entrada de Santa Maria del Priorato, también de Roma, el Mausoleo Antiguo de Prima Parte de Architetture e Prospettive, o bien la ampliación barroca que se ve en la intrincada escalinata del santuario de Bom Jesus do Monte, en las inmediaciones de Braga, o bien el palacio real de Queluz, la Biblioteca Real de la Universidad de Coimbra, el palacio/convento de Mafra de las inmediaciones de Lisboa, la plaza Mayor de Salamanca, la catedral de Santiago de Compostela, la catedral de Murcia, la catedral de Granada, el transparente de la catedral de Toledo, el pabellón octagonal de la Orleans House de Londres, la iglesia de Saint Martin-in-the-Fields, la biblioteca Radcliffe de Oxford, la Wieskirche, la capilla de la Würzburg Residenz, o bien la iglesia de Saint George-in-the-East de Stepney o la de Saint George's de Bloomsbury, ambas en Londres, el palacio Blenheim de Oxfordshire, el Salón de los Espejos del Amalienburg de Múnich, el Yorkshire Mausoíeum del Castle Howard, la Chatsworth House de Derbyshire, el refectorio pintado del Greenwich Royal Hospital, el interior de la cúpula de San Carlo alle quattro Fontane, o bien el Salón de la Guerra de Versallesca catedral de Saint Paul, la Piazza de San Pietro, el teatro Sheldonian de Wren en Oxford, la iglesia de la abadía de Ottobeuren, o bien el rococó alemán del Wallpavillon

del palacio Zwinger de Dresde, la iglesia de San Juan Nepomuceno de Múnich, el altar mayor de la iglesia de la abadía de Weltenburg, las escaleras de la Residenz Würzburg o la iglesia de Vierzehnheiligen, el monasterio de Melk, en Austria, las escaleras de Pommersfelden, el palacio Belvedere Alto, la Biblioteca Imperial de Hofburg, la Karlskirche de Viena, el Salón de los Ancestros del Castillo de Frain de Moravia, o bien muestras de rococó francés como el Salon de la Princesse del Hôtel de Soubise de París, ni siquiera la capilla interior de Versalles, el salón oval con cúpula del castillo de Vaux-le-Vicomte, el Hôtel Lambert de París, la iglesia de Santa Ágata de Catania, la catedral de Siracusa, el salón de baile del Palazzo Gangi de Palermo, el claustro de mayólica de Santa Chiara o la Piazza del Gesù de Nápoles, o incluso el inconcluso Palazzo Donn'Anna, o el interior de los Gesuiti de Venecia, los planos de la Universidad de Génova, el Palacio Real de Stupinigi, la basílica en Superga en las inmediaciones de Turin, o bien las escaleras del Palazzo Madama, o la cúpula de San Lorenzo en Turin, o el interior de la cúpula de la Cappella della Sacra Sindone, o la Fontana de Trevi o la fachada de Santa Maria Maggiore o la escalinata de la plaza de España o los frescos de la bóveda de la nave de San Ignazio en Roma, o bien, sin movemos de Roma, el exterior de Santa Maria en la Via Lata, la iglesia de Santi Luca e Martina, obra de Pietro da Cortona, Villa Sacchetti del Pigneto, la Piazza Navona, la Fontana del Moro, la iglesia de Sant'Ivo alla Sapienza, la fachada del Oratorio de la Congregación de San Felipe Neri, el techo de la capilla del Collegio di Propaganda Fide o la iglesia de San Carlo alle Quattro Fontane, la Scala Regia del Vaticano, la iglesia de Sant'Andrea al Quirinale, ni siquiera los elementos renacentistas patentes en el Great Hall de la Hatfield House de Hertfordshire, la Longleat House, el Hardwick Hall de Derbyshire, la Puerta de Honor del Gonville and Caius College de Cambridge, la Burghley House de Northamptonshire, el mercado de carne de Haarlem, la Huís ten Bosch de Maarssen, la Mauritshuis de la Haya, el ayuntamiento de Amberes, la galería con soportales del Bel¬vedere de Praga, la catedral de Wawel en Cracovia, el ayuntamiento de Augsburgo, el castillo de Johannisberg, en Aschaffemburgo, la fachada monumental del Ala Otto-Heinrich del castillo de Heidelberg, la iglesia jesuíta de Saint Michael de Munich, el patio del castillo antiguo de Stuttgart, el Escorial, la Puerta del Perdón de Granada, el patio del palacio de Carlos V de la Alhambra, también en Granada, el Hospital Real de Santiago de Compostela, la Casa de la Reina en Greenwich, la capilla de los Borbones de Saint Denis, el Château de Maisons-Lafitte, la iglesia de la Sorbona, el Palazzo Comer della Ca'Granda de Venecia, o la Galería François I de Fontainebleau, la Place des Vosges de París, la puerta de entrada del Château d'Anet, el Petit Château de Chantilly, el Château de Chambord, el patio cuadrado del Louvre, el patio del Château de Ancy-le-Franc, la capilla Mèdici, la escalinata exterior del Château de Blois, el interior de II Redentore de Venecia, o Villa Rotonda en las inmediaciones de Vicenza, el Palazzo Chiericati, Villa Barbaro, el santuario de Vicoforte di Mondovi, el Palazzo Farnese, en Caprarola, la Strada Nuova de Génova, el hemiciclo de la Villa Giulia, Villa Garzón de Pontescale, la biblioteca de San Marco de Venecia, la Loggetta que hay en la base del Campanile de San Marco, la Capella Pellegrini de Verona, la iglesia de Santa Maria Degli Angeli de Roma, las columnas gigantes del Capitolio de Roma, las escaleras de la biblioteca Laurenciana de Florencia, el Palazzo Ducale o el Palazzo del Tè en Mantua, o bien el Palazzo Farnese o ei Palazzo Massimi o Villa Farnesina o Villa Madama de Roma, o la iglesia de Santa Maria della Consolazione de

Todi, el patio del Belvedere, San Pietro in Montorio, o bien el Palazzo della Cancelleria de Roma, el convento de Santa Maria delle Grazie de Milán, la Cappella del Perdono, el Palazzo Ducale de Urbino, el Palazzo Medici-Riccardi de Florencia, la Piazza de Pienza, el Tempio Malatestiano de Rimini, la basílica de San Andrés de Mantua, el Santo Spirito o la capilla Pazzi de Florencia, por no mencionar la ausencia completa de elementos góticos, ya sean como los de la iglesia del convento de Santa María da Vitoria de Batalha, el monasterio de Cristo de Tomar, el castillo de Bellver en las inmediaciones de Palma de Mallorca, la catedral de Palma de Mallorca, la catedral de Sevilla, la Ca'd'Oro de Venecia, el Palazzo Pubblico de Siena, la Piazzetta de Venecia o la fachada del Palacio Ducal de la misma ciudad, o bien la nave del Duomo de Milán, la catedral de Orvieto o la catedral de Florencia, o la basílica superior de San Francesco d" Assisi, la catedral y castillo de la Orden Teutònica de Marienwerder, Polonia, el ayuntamiento de Louvain, la catedral de Santa Barbara de Kuttenberg, la sala Vla dislav del castillo Hradcany de Praga, la iglesia de Saint Lorenz de Nuremberg, la catedral de Estrasburgo, la catedral de Ulm, la catedral de Viena, el interior de la catedral de Aquisgrán, la catedral de Praga, la bóveda del coro de la Kreuzkirche, el coro de la catedral de Colonia, el New College de Oxford, o bien el castillo Harlech de Gwynnedd, en el Norte de Gales, el castillo Stokesay de Shropshire, el Gran Salón del Penhurst Place de Kent, la capilla del King's College de Cambridge, el Westminster Hall del Palacio de West- minster, la bóveda de la capilla de Enrique VII en Westminster, la capilla de Saint Stephen, el interior de la catedral de Gloucester, o bien el octágono interior de la catedral de Ely, el pórtico norte de la iglesia de Saint Mary Redcliffe de Bristol, la catedral de Éxeter, la bóveda de la Catedral de Wells, la Abadía de Westminster, las bóvedas del coro de San Hugo de la catedral de Lincoln, el palacio del Infantado de Guadalajara, la catedral de Canterbury, el Palais de Justice de Rouen, la casa de Jacques Coeur de Bourges, la catedral de Bristol, el pórtico sur estilo flamígero de la catedral de Albi, la iglesia de Saint Maclou de Rouen, la Sainte-Chapelle de París, la iglesia de Saint Urbain, la catedral de Sées, Notre-Dame, la catedral de Amiens, la catedral de Reims, la catedral de Laon, la catedral de Soissons, o la nave de la catedral de Noyón, o hasta el ambulatorio de Saint Denis, ni tampoco elemento alguno del carolingio o del rómanico como los que se ven en la catedral o en el baptisterio de Pisa o bien en la catedral de Lucca, la Torre Inclinada de Pisa, la basílica de San Miniato al Monte o el baptisterio de Florencia, la basílica de Sant'Ambrogio de Milán, el campando y baptisterio de la catedral de Parma, la catedral vieja de Salamanca, el claustro de Santo Domingo de Silos, la muralla fortificada de Avila, las cocinas de la abadía de Fontevrault, en Angers, la iglesia y el monasterio de Loarre, la abadía de St.-Gilles-du-Gard de Provenza, la catedral de Autun, la iglesia de Notre-Dame-la-Grande de Poitiers, la iglesia de la abadía de Cluny, la catedral de Santiago de Compostela, la basílica de Saint Semin de Toulouse, el pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, la abadía de Santa Fe de Conques, la escalera de la sala capitular de la colegiata de Beverley, el interior de la sala capitular de la catedral de Bristol, la catedral de Durham, la St. John's Chapel, la White Tower de la Torre de Londres, la catedral de Winchester, la catedral de Lincoln, la iglesia de la abadía de Notre-Dame de Jumiéges, la basílica de San Miniato al Monte de Florencia, la catedral de San Benigno de Dijon, el ambulatorio de Saint Philibert de Toumus, la básilica de San Marcos en Venecia, la catedral de San Basilio de Moscú, la iglesia de la abadía de María Laach, la catedral de Trier, la basílica

de San Apolinar Nuovo de Rávena, la cúpula de la Capilla Palatina, el interior de la catedral de Speyer, la iglesia de San Miguel de Hildesheim, la Gran Mezquita de Córdoba, la iglesia de Santa María del Naranco, la Church of All Saints de Earls Barton, la iglesia de Saint Lawrence de Bradford-on-Avon, la iglesia de la Abadía de Corvey junto al Weser, la puerta del monasterio de Lorsch, los planos para el monasterio de San Galo, el interior del oratorio de Germigny-des-Prés, y ni siquiera restos de conceptos arquitectónicos del primer cristianismo y de Bizancio, como los que encontramos en la catedral de Saint Front de Périgueux, la catedral de Monreale de Sicilia, el interior de la Capilla Palatina de Palermo, la iglesia de la Transfiguración de Kizhi, la Hagia Sophia de Kiev, las iglesias de la colina de Mistrá, en Grecia, el Katholikon de Hosios Lukas, o la iglesia de Theotokos, el mosaico del Pantocrátor de la cúpula de la iglesia de la Dormición de Dafni, las basílicas de San Vitale o Sant'Apollinare in Classe de Rávena, la Hagia Sophia de Constantinopla, el interior del mausoleo de Gala Placidia de Rávena, los templos de San Stefano Rotondo o Santa Maña Maggiore o San Clemente de Roma, o de San Lorenzo de Molán, o hasta los planos de la Antigua Basílica de San Pedro; ni tampoco rasgo alguno de fundamentos clásicos, ya sean griegos, helénicos o romanos, como los que representan el templo de Júpiter, el palacio de Diocleciano en Spalato, la puerta del mercado de Mileto, el arco de Trajano de la ciudad argelina de Timgad, las casas de la Ostia Antigua, el mercado de Trajano en Roma, y sin moverse de Roma, los baños de Diocleciano, la basílica de Majencio, los baños de Caracalla, el templo de Venus, situado cerca de la Casa Dorada de Nerón, el mausoleo de Adriano, el mausoleo de Cecilia Metella de la Via Apia, el canopo de Villa Adriana, el interior del Panteón, Villa Adriana de Tívoli, o la Piazza d'Oro con su patio peristilar y sus pabellones, o bien el palacio de Flavio, la villa de los Misterios de Pompeya, los planos de Villa Jo vis de Capri, el arco de Tiberio de Orange, en Francia, la columna de Trajano de Roma, el Foro Imperial, el templo de Mars Ultor del foro de Augusto, el foro de Nerva, foro romano con el arco de Septimio Severo, el Arco de Tito y el templo de Cástor y Pólux, o en España el acueducto de Segovia, o volviendo a Roma el teatro de Marcelo, el Coliseo, el santuario de la Fortuna Primigenia de Praeneste, con su reconstrucción axonométrica, el templo de Vesta de Tívoli, el foro Boario de Roma, la Maison Carrée de Nimes, o la casa de los Vetti de Pompeya, los muros de Herculano, la terraza de los Leones de Délos, la torre de los Vientos de Atenas, la estoa de Átalo del ágora de Atenas, los planos para la ciudad de Pergamino o el centro de Mileto o la sede del Consejo de Mileto, o el templo de Apolo de Dídima, el templo de Atenea Polias de Priene, el mausoleo de Halicamaso, el teatro de Epidauro, la linterna de Lisícrates de Atenas, así como el templo de Zeus Olímpico, o el tolos de Delfos, o el templo de Apolo en Basas, o el erecteión de la acrópolis, la propílea de la acrópolis, el Partenón con su friso de las Panateneas, la acrópolis de Atenas, el templo de Afea en Egina, el templo de Zeus Olímpico de Agrigento, los templos de Hera, de Poseidón o de Neptuno de Pesto, el templo de Apolo de Corinto, la capilla de Anubis del templo de Hatshepsut, en Deir el-Bahari, o la Puerta de los Leones de Micenas, o el palacio de Micenas, el palacio de Tilinto, el palacio de Minos en Cnosos, Creta, que parece un buen sitio para acabar la lista, lo que pasa es que no se puede acabar allí cuando todavía quedan la Gran Cerca de Zimbabue, las pirámides de Micerino, Keops y Kefrén en Guiza, por no mencionar la cámara funeraria de Newgrange en Irlanda, la galería funeraria de Essé, Francia, el conjunto de los templos a Gigantea de Malta, el asentamiento neolítico

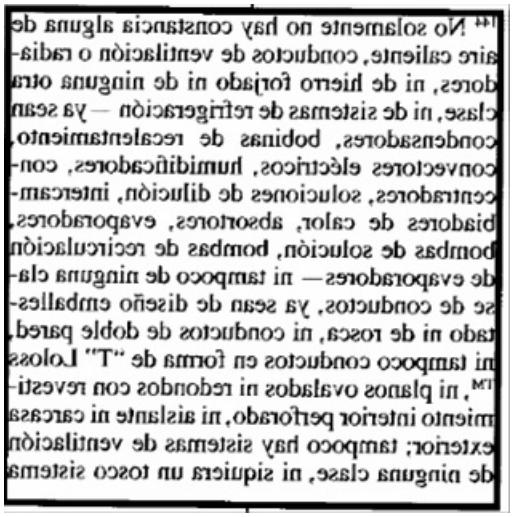
de Skara Brae de Escocia, la cueva de Lascaux. la figura prehistórica tallada en la roca de la Venus de Laussel. o la idea de las chozas de Terra Amata, que también sería un buen sitio para acabar, aunque está claro que tampoco se puede acabar ahí.[147]

147

Pugin, E. M. Barry, Sir Charles Barry, Charles Robert Cockerell, Robert Smirke, William Wilkins, sir John Soane, Richard Payne Knight, Humphry Repton, John Nash, Gustave Eiffel, Ferdinand Dutert, J. C. A. Alphand, Victor Baltard, Jean-Louise-Charles Garnier, Joseph Auguste-Emile Vaudremer, Leon Vaudoyer, Louis-Joseph Duc, Pierre-Francois-Henri Labrouste, Jacque-Ignace Hittorff, A. F. T. Chalgrin, Charles Percier, Francois-Léonard Fontaine, Benjamin Latrobe, George Hadfield, Etienne Hallet, William Thornton, Charles Bullfinch, Thomas Jefferson, Peter Harrison, Charles Cameron, Matvei Feodorovich Kazakow, Giacomo Quarenghi, Iván Yegórovih Stárov, Vasili Ivánovich Bazhenov, Fredrik Magnus Piper, Carl August Ehrensvärd, Louis-Joseph Le Lorrain, Jakub Kubicki, Christian Piotr Aigner, Dominik Merlini, Friedrich Gilly, Heinrich Jussow, Pierre-Michel d'Ixnard, Wilhelm von Erdmannsdorf, Giuseppe Piermarini, Michelangelo Simonetti, Pietro Camporese, Claude-Nicolas Ledoux, Etienne-Louis Boullée, Charles de Wailly, Marie-Joseph Peyre, Victor Louis, Pierre Rousseau, Jacques-Germain Soufflot, Jacques Gabriel, John Wood, George Dance, James Wyatt, James Gandon, William Chambers, Robert Adam, William Kent, Carlo Marchionni, Giovanni Battista Thomas Cole, Isiah Rogers, Alexander Jackson Davis, Ithiel Town, Robert Mills, William Strickland, Benjamin Latrobe, Petrus Josephus Hubertus Cuypers, Joseph Poelaert, Ernst Ziller, Theophilus Eduard Hansen, Han Christian Hansen, Vladimir Ossipovich Sherwood, Konstantín Andréevich Thon, Osip Beauvais, Afanasy Grigoryev, Domenico Gilardi, Vasili Petróvich Stásov, Auguste Ricard de Montferrand, Karl Ivanovich Rossi, Adrian Dmitrievich Zakharov, Thomas de Thomon, Andrei Nikiforovich Voronikhin, Antonio Corazzi, Johan Albrecht Ehrenström, Bertel Thorwaldsen, Carl Ludwig Engel, Christian Heinrich Grosch, Gottlieb Birkner Bindesbøll, Christian Frederick Hansen, Emilio de Fabris, Camillo Boito, Pietro Estense Selvatico, Guglielmo Calderini, Gaetano Koch, Marion Crawford, Giuseppe Mengoni, Giuseppe Valadier, Raffaello Stern, Braccio Nuovo, Alessandro Antonelli, Carlo Amati, Antonio Niccolini, Pietro Bianchi, Giuseppe Jappelli, Antonio Selva, Eduard Riedel, Georg von Dollmann, Julius Raschdorf, Paul Wallot, Gottfried Semper, Fredrich von Gärtner, Leo von Klenze, Karl Fredrich Schinkel, Heinrich Hübsch, John Francis Bentley, Philip Webb, Basil Champneys, Richard Norman Shaw, Owen Jones, sir Joseph Paxton, George Edmund Street, Augustus Welby Northmore Ralph Thomas Walker, John Mead Howells, Washington Roebling, Raymond Hood, Cass Gilbert, Bertram Grosvenor Goodhue, James Gamble Rogers, Ralph Adams Cram, John F. Staub, Diego Suárez, Burrall Hoffmann, Paul Chalfin, John Russell Pope, Henry Bacon, John Bakewell, Arthur Brown, Horace Trumbauer, Henry Mather Greene, John Lyman Silsbee, Francesc Berenguer i Mestres, Luis Domènech i Montaner, Antoni Gaudí i Cornet, Raimond d'Aronco, Giuseppe Sommaruga, Otto Wagner, Henri van de Velde, Theodor Lipps, August Endell, Ernst Ludwig Haus, C.F.A. Voysey, Charles Harrison Townsend, Herman Muthesius, Charles Rennie Mackintosh, Charles Plumet, Jules Lavirotte, Frantz Jourdain, Georges Chedanne, Xavier Schoelkopf, Hector Guimard, Henrik Petrus Berlage, Paul Hankar, Victor Horta, Paul Sédille, Jules Saulnier, Cass Gilbert, John Smithmeyer, Paul Pelz, Stanford White, William Rutherford Mead, Charles Atwood, Charles Follen McKim, Louis Henry Sullivan, Daniel Burnham, John Root, William Le Baron Jenney, Frank Furness, Henry Van Brunt, William Ware, John Sturgis, Charles Brigham, Edward Potter, Peter B. Wright, Richard Morris Hunt, Arthur Gilman, Gridley Bryant, Alfred B. Mullet, James Renwick, Richard Upjohn, Thomas Ustick Walter,

Brosse, Francois Mansart, Philibert de l'Orme, Pierre Lescot, Gilles le Breton, Pirro Ligorio, Andrea Palladio, Martini Bassi, Galeazzo Alessi, Domenico Fontana, Giacomo Barozzi da Vignola, Jacopo Tatti Sansovino, Michele Sanmicheli, Michelangelo Buonarroti, Giulio Romano, Baldassare Peruzzi, Raffaello Sanzio, Antonio da Sangallo el Joven, Antonio da Sangallo el Viejo, Donato Bramante, Filarete, Leonardo da Vinci, Leon Battista Alberti, Filippo Brunelleschi, Simon de Colonia, Juan Guas, Juan Gil de Hontanón, Arnolfo di Cambio, Lorenzo Maitani, Benedikt Ried, Konrad Heinzelmann, Nicolaus Eseler, Jörg Ganghofer, Ulrich von Ensingen, Wenzel Roriczer, Heinrich von Brunsberg, Hans von Burghausen, Peter Parler, Diogo Arruda, Diogo Boytac, William Wynford, Robert Janyns, Henry Yevele, Henry de Reynes, William the Englishman, William of Sens, Jean de Loubinère, obispo Bernard de Castanet (M), Jean d'Orbais, abad Suger (M), Nicola Pisano, Pedro Petriz, Gunzo, Apolodoro de Damasco, Severo, Célero, Dédalo… Aunque aquí los nombres de los autores de los edificios ya han empezado a fundirse con los de los Mecenas (M), ya sean obispos, reyes, emperadores, dinastías, eventualmente mitos, y por fin el tiempo…[145]

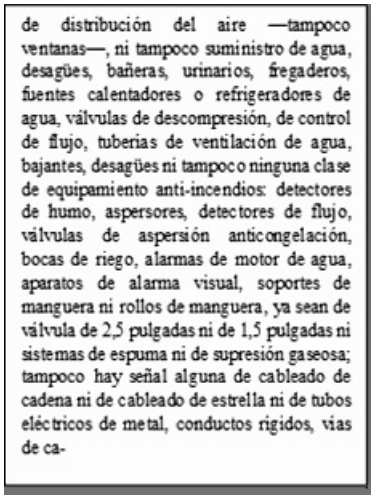
Piranesi, Niccolò Nasoni, Mateus Vicente de Oliveira, Johnn Friedrich Ludwig, Rodríguez Tizón Ventura, Francisco Hurtado Izquierdo, Leonardo de Figueroa, James Gibbs, Carlo Fontana, Thomas Archer, Nicholas Hawsksmoor, John Vanbrugh, William Talman, Christopher Wren, Matthäus Daniel Pöppelmann, Joseph Schmuzer, Peter Thum, Dominikus Zimmermann, Cosmas Damian Asam, Egid Quirin, Balthasar Neumann, Jakob Prandtauer, Johann Santini Aichel, Lucas von Hildebrandt, Joseph Emanuel Fischer von Erlach, Johann Bernhard Fischer von Erlach, Emmanuel Héré de Corny, Germain Boffrand, Jules Hardouin-Mansart, Louis Le Vau, G.B. Vaccarini, Andrea Palma, Andrea Giganti, Tommaso Napoli, Ferdinando Fuga, Domenico Antonio Vaccaro, Cosimo Fanzago, Carlo Francesco Dotti, Francesco Maria Ricchino, Galeazzo Alessi, Bartolommeo Bianco, Turin Guarino Guarini, Filippo Juvarra, Bernardo Vittone, Nicola Salvi, Carlo Fontana, Alessandro Specchi, Andrea Pozzo, Pietro da Cortona, Francesco Borromini, Giovanni Battista Montano, Gianlorenzo Bernini, Inigo Jones, Robert Smythson, Jacob van Campen, Bonifa Wolmut, Alevisio Novi, Jakob Wolf, Alberlin Tretsch, Konrad Krebs, Alonso de Avarrubias, Enrique Egas, Jacques Lemercier, Solomon de



[134]

[135] Para ver un ejemplo de gramática paladiana en acción, véase *The Logia of Architecture: Design, Computation and Cognition* (The MIT Press, Cambridge, Massachussets, 1994), pp. 152-181. También *The Four Books of Architecture* (1570), traducción de Isaac Ware (Dover, Nueva York, 1965).

[136] Sebastiano Pérouse de Móntelos, *Palladian Grammar and Metaphysical Appropiations: Navidson's Villa Malcontenta* (Englewood Cliffs: Prentice Hall, 1996), p. 2.865. Véase también *Concatenating Corbusier* de Aristides Quine (Nueva York: American Elsevier, 1996) en el que Quine aplica los Cinco Puntos de Corbusier a la casa de Navidson, demostrando así, en su imaginación, las limitaciones y por tanto la irrelevancia de la gramática de Palladio. Aunque estas conclusiones resultan algo cuestionables, tampoco es que carezcan de mérito. En concreto, el tratamiento que hace Quine de Villa Savoye y de la Domino House merece una atención especial. Piénsese finalmente en el artículo mucho más controvertido de Gisele Urbanati Rowan Lell, "Polypod Or Polylith: The Navidson Creation As Mechanistic/Linguistic Model", en *Abaku Banner Catalogue*, v. 198, enero de 1996, pp. 515-597, en el cual la autora trata los "cambios experimentados por la casa" como evidencias de una dinámica —y por tanto una estructura— polilítica. Si se quiere un punto de referencia, véase "Building a Tree Structure. The Development of Hierarchical Complexity and Interrupted Strategies in Children's Construction Activity" de Greenfield y Schneider, publicado en *Developmental Psychology*, 13,1977, pp. 299-313.



de distribución del aire —tampoco ventanas—, ni tampoco suministro de agua, desagües, bañeras, urinarios, fregaderos, fuentes calentadores o refrigeradores de agua, válvulas de descompresión, de control de flujo, tuberías de ventilación de agua, bajantes, desagües ni tampoco ninguna clase de equipamiento anti-incendios: detectores de humo, aspersores, detectores de flujo, válvulas de aspersión anticongelación, bocas de riego, alarmas de motor de agua, aparatos de alarma visual, soportes de manguera ni rollos de manguera, ya sean de válvula de 2,5 pulgadas ni de 1,5 pulgadas ni sistemas de espuma ni de supresión gaseosa; tampoco hay señal alguna de cableado de cadena ni de cableado de estrella ni de tubos eléctricos de metal, conductos rígidos, vías de ca-

[137]

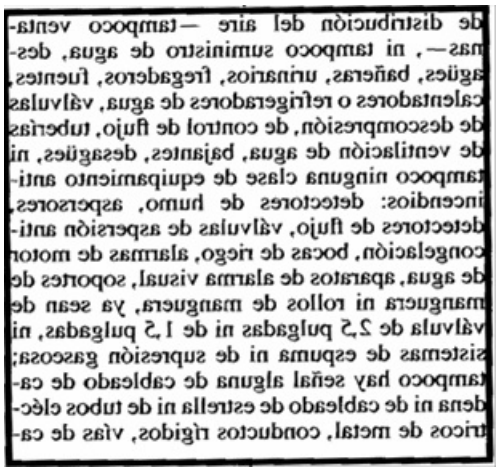
[138] Que, por otra parte, también mantiene una curiosa serie de constantes. Véanse:

Temperatura: 0°C ±4 Luz: ausente.
Silencio: completo.*
Movimientos del aire (corrientes de aire, etc.): no hay.
Norte Verdadero: NE.

*A excepción del "gruñido".

[139] Ver capítulo XVII.

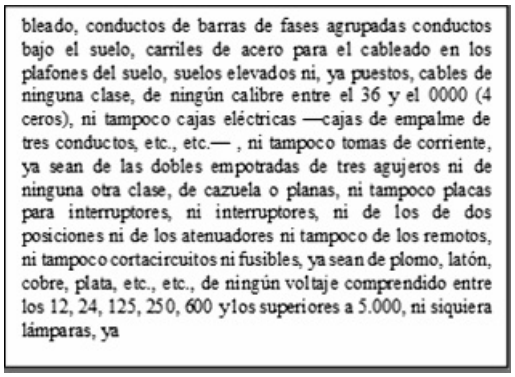
[140] Tampoco hay que olvidar el terror que siente Jacob cuando se encuentra en los territorios de lo divino: "¡Qué espanto produce este lugar! Ésta no es otra que la casa de Dios, y éstas son las puertas del cielo". (Génesis 28:17).



[141]

[142] "Hollow Newel Ruminations", de Melisa Tao Janis, incluido en *The Anti-Present Trunk*, ed. de Philippa Frake (Phaidon, Oxford, 1995), p. 293.

[143] Emily O'Shaugnessy, "Metaphysical Emetic", en Chicago Entropy Journal, Memphis, Tennessee, v. 182, n. 17, mayo de 1996.



bleado, conductos de barras de fases agrupadas conductos bajo el suelo, carriles de acero para el cableado en los plafones del suelo, suelos elevados ni, ya puestos, cables de ninguna clase, de ningún calibre entre el 36 y el 0000 (4 ceros), ni tampoco cajas eléctricas —cajas de empalme de tres conductos, etc., etc.— , ni tampoco tomas de corriente, ya sean de las dobles empotradas de tres agujeros ni de ninguna otra clase, de cazuela o planas, ni tampoco placas para interruptores, ni interruptores, ni de los de dos posiciones ni de los atenuadores ni tampoco de los remotos, ni tampoco cortacircuitos ni fusibles, ya sean de plomo, latón, cobre, plata, etc., etc., de ningún voltaje comprendido entre los 12, 24, 125, 250, 600 y los superiores a 5.000, ni siquiera lámparas, ya

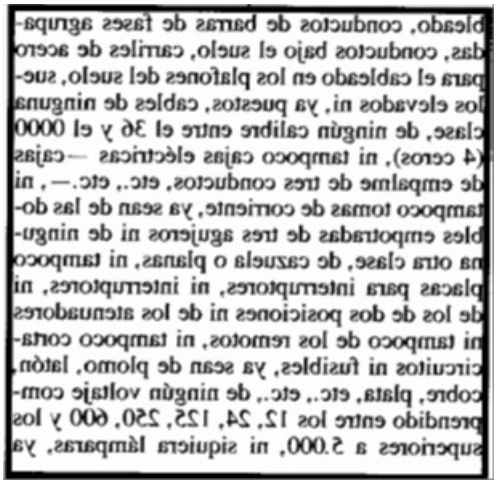
[144]

[145] Cuando describe el laberinto egipcio, Plinio comenta que “al abrirse las puertas viene de dentro un retumbar aterrador”.

[146] La Última Entrevista.

[147] *Ich die Baukunst eine erstarrte Musik nenne.*

[148] “Music as Place in *The Navidson Record*”, de Esther Newhost, publicado en *The Many Wall Fugue*, ed. de Eugenio Rosca y Joshua Scholfield (Greg International, Famborough, 1994), p. 47.

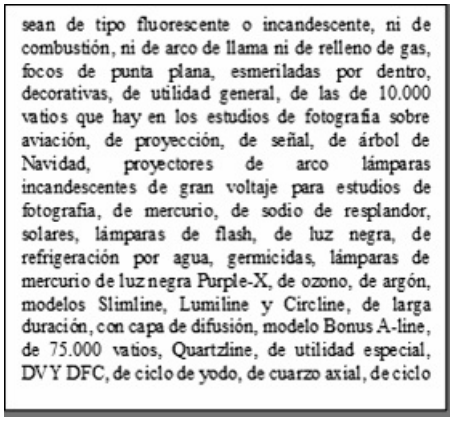


[149]

[150] No es la primera vez que individuos expuestos a una oscuridad total en un espacio des¬conocido sufren efectos psicológicos adversos. Téngase en cuenta lo que le pasó a cierto explorador que entró en la cámara Sarawak, descubierta en el monte Mulu, en Borneo. Dicha cámara mide setecientos metros de largo, cuatrocientos de ancho y tiene una altura media de setenta metros, y es lo bastante grande como para que en ella quepan diecisiete campos de fútbol. La primera vez que penetraron en la cámara, los exploradores se mantuvieron pegados a una pared, suponiendo erróneamente que estaban siguiendo un pasillo largo y serpenteante. Cuando decidieron que regresarían adentrándose directamente en aquella negrura —y esperando encontrar la pared opuesta— descubrieron las monstruosas dimensiones de la caverna: “De manera que el trío se adentró en aquella inmensidad oscura, siguiendo el rumbo que les dictaba la brújula por un laberinto de bloques y rocas, hasta llegar a un llano horizontal y arenoso, señal clara de que estaban en una cámara subterránea. La repentina conciencia de la inmensidad del vacío negro hizo que uno de aquellos exploradores profesionales de cuevas sufriera un ataque agudo de agorafobia, el miedo a los espacios abiertos. Más tarde ninguno de los tres reveló quién

había tenido el ataque de pánico, puesto que el silencio sobre esas cuestiones es una ley no escrita entre los exploradores de cuevas". Planet Earth: Underground Worlds, pp. 26 y 27.

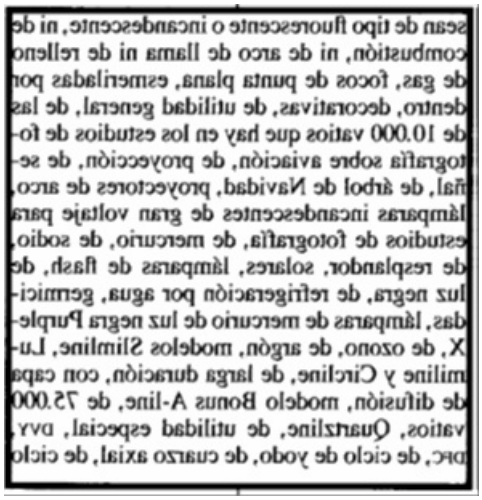
Por supuesto, las reacciones de Holloway van más allá de un simple caso perfectamente comprensible de agorafobia.


sean de tipo fluorescente o incandescente, ni de combustión, ni de arco de llama ni de relleno de gas, focos de punta plana, esmeriladas por dentro, decorativas, de utilidad general, de las de 10.000 vatios que hay en los estudios de fotografía sobre aviación, de proyección, de señal, de árbol de Navidad, proyectores de arco lámparas incandescentes de gran voltaje para estudios de fotografía, de mercurio, de sodio de resplandor, solares, lámparas de flash, de luz negra, de refrigeración por agua, germicidas, lámparas de mercurio de luz negra Purple-X, de ozono, de argón, modelos Slimline, Lumiline y Circline, de larga duración, con capa de difusión, modelo Bonus A-line, de 75.000 vatios, Quartzline, de utilidad especial, DVY DFC, de ciclo de yodo, de cuarzo axial, de ciclo

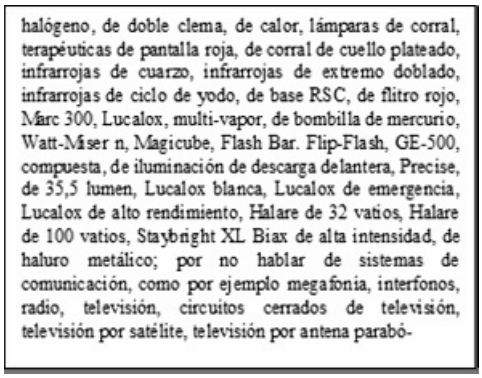
[151]

[152] *Grief's Explorations*, de Hank Leblamard (More Blue Publications, Atlanta, 1994).

[153] Nupart Jhunisdakazcriddle, *Killing Badly, Dying Wise* (Apophrades Press, Londres, 1996), p. 92.



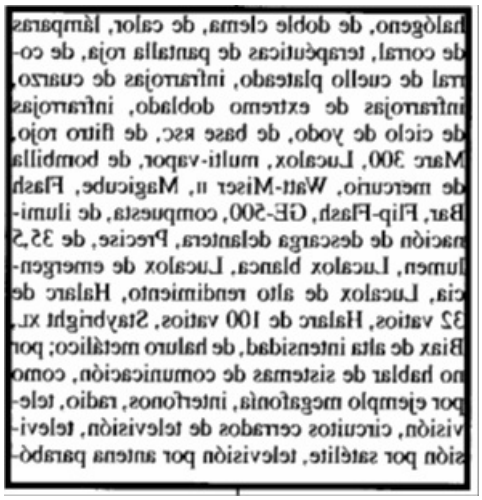
[154]


halógeno, de doble clema, de calor, lámparas de corral, terapéuticas de pantalla roja, de corral de cuello plateado, infrarrojas de cuarzo, infrarrojas de extremo doblado, infrarrojas de ciclo de yodo, de base RSC, de flitro rojo, Marc 300, Lucalox, multi-vapor, de bombilla de mercurio, Watt-Miser n, Magicube, Flash Bar. Flip-Flash, GE-500, compuesta, de iluminación de descarga delantera, Precise, de 35,5 lumen, Lucalox blanca, Lucalox de emergencia, Lucalox de alto rendimiento, Halare de 32 vatios, Halare de 100 vatios, Staybright XL Biax de alta intensidad, de haluro metálico; por no hablar de sistemas de comunicación, como por ejemplo megafonía, interfonos, radio, televisión, circuitos cerrados de televisión, televisión por satélite, televisión por antena parabó-

[155]

[156] "Una solución política honorable." Como de costumbre, pretencioso de cojones. ¿Por qué en francés? ¿Por qué no en inglés? Y tampoco se entiende demasiado a qué se

refiere. Ni en la elección de Holloway ni en la petición de Jed parece aber nada ni remotamente político.



[157]

[158] *Heaven's Door*, de Alan P. Winnett (University of Nebraska Press, Lincoln, 1996), p. 452. Véase también el muy leído aunque ligeramente prolijo panfleto de Carlos Avital *Acoustic Intervention* (Berklee College of Music, Boston, 1994), así como "Knock Knock, Who Cares?", de Marla Hulbert, en *The Phenomenology of Coincidence in The Navidson Record* ÍUniversity of Minnesota Press, Mineápolis, 1996).

[159] Una vez, en el comedor de cierto internado —era el segundo en el que estaba y la verdad es que no era nada del otro mundo— oí un fantasma. Yo habia estado hablando con dos amigos, pero por culpa del estruendo de las siete, y de que el sitio estaba abarrotado de compañeros poniéndose las botas, resultaba casi imposible oír gran cosa de lo que nadie estaba diciendo, a menos que uno gritara, y nosotros no estábamos gritando porque teníamos que mantener nuestra conversación en secreto. Tampoco es que estuviéramos hablando de nada muy original.

Chicas.

Y nada más. Una palabra que venía a resumir todo lo que nos interesaba. Semana sí y semana también. Dónde encontrarlas. Qué decirles. Cómo no necesitarlas. Porque aquello no resultaba atractivo: las chicas nunca podían saber que las necesitabas, y por eso teníamos que mantener la conversación en secreto, porque trataba precisamente de eso: de necesitarlas.

Por entonces yo vivía la vida como si fuera un fantasma, aunque no como el fantasma del que estoy a punto de hablaros. Supongo que también estaba atontado y aturdido e idiotizado, como un espantajo que había jurado mantener silencio sobre asuntos que me sabía de memoria pero que no podía traducir para nadie que yo conociera más que para mí mismo.

Ansiaba constantemente el consuelo de la atención femenina, pese a que la idea de conseguir novia, una novia a quien yo le gustara y que quisiera estar conmigo, me parecía tan real como cualquiera de las docenas de mitos sobre los que había estado leyendo en clase.

Por lo menos el mismo tipo que analizó mi adicción a la droga, el psicólogo para jóvenes con problemas efectivos —digo, afectivos—, me ayudó a ver que yo seguía bajo

la influencia de mi pasado. Por desgracia, se trataba de una lección impartida en tono irónico, puesto que en el fondo él creia que yo me había inventado la mayor parte de mi pasado solamente para impresionarlo a él.

En una cosa no se equivocaba: mi madre en realidad no estaba muerta. Lo que pasaba era que para mí era mucho más fácil contarle a todo el mundo que sí lo estaba. No creo que nadie en el internado, incluyendo a mis amigos y profesores, ni por supuesto a mi psicólogo, llegara nunca a averiguar la verdad, lo cual ya me parecía bien. De hecho, me gustaba.

Lo de mis brazos, en cambio, era otra historia. Tiene cierta gracia, pero a pesar de mi actual ocupación profesional, no tengo tatuajes. Solamente las cicatrices, de las cuales, por supuesto, ya conocéis las más grandes, donde —por qué no contároslo— una sartén llena de aceite de maíz chisporroteante descargó su ira eterna sobre mis esfuerzos para evitar que cayera en el suelo de la cocina. "Intentaste cogerlo todo", me contaba a menudo mi madre refiriéndose a aquella tarde en que yo tenía cuatro años. Así pues, nada tan dramático ni mucho menos como una secta de practicantes de artes marciales japonesas dirigida por coreanos en Indiana. Digo, Idaho. Solamente una sartén que se cayó. Nada más.

En cuanto al resto de las cicatrices, hay demasiadas para ponerse a farfullar ahora sobre ellas, recordatorios irregulares en forma de medias lunas en los hombros y las espinillas, muchas salpicándome los huesos, una blanca y solemne que me atravesaba la ceja, otra que todavía se hacía evidente en mi diente roto y ya descolorido, un incisivo central para ser más precisos, y algunas todavía más profundas que las antes citadas, y que contaban una historia más larga de lo que nadie ha oído o probablemente oirá nunca. Y toda ella cierta, además, aunque por supuesto las cicatrices nunca resultan fáciles de leer. Sus complejas inflexiones no tienen nada que ver con la simplicidad reduccionista de los tatuajes, por muy extensos, coloridos o elaborados que sean los diseños de éstos. Las cicatrices nunca resultan fáciles de leer. Sus complejas inflexiones no tienen nada que ver con la simplicidad reduccionista de los tatuajes, por muy extensos, coloridos o elaborados que sean los diseños de estos. Las cicatrices representan el dolor más pálido de la supervivencia, recibido en contra de la voluntad y desplegado en el idioma de las heridas.

Mi psicólogo para jóvenes con problemas afectivos no tenía ni idea de qué me motivaba a seguir, aunque nunca lo manifestó con esas palabras. Simplemente me preguntaba cómo me las apañaba para aguantar, habida cuenta de todas mis historias. Y yo no podía responderle. Una cosa sí que sé, sin embargo, y es que siempre que lo estaba pasando particularmente mal me aferraba inmediatamente a una de mis fantasías favoritas, una fantasía que yo siempre estaba dispuesto a revisitar, y que además era bastante nítida: la fantasía de una chica, de cierta chica, aunque yo todavía no la había conocido y ni siquiera la había visto jamás, dotada de unos ojos que centelleaban como aquel mismo cielo del norte que yo le describía mientras estábamos los dos sentados en un porche desvencijado, elevándonos por encima de la negra faz de la tierra, y yo me dedicaba a contemplar toda aquella luz que no era de este mundo.

Y fue entonces, mientras yo revisitaba brevemente la misma fantasía en presencia de mis dos amigos, cuando oí una voz al oído —la del fantasma— que pronunciaba mi nombre en voz baja.

Por cierto, esto es lo que me ha llevado a embarcarme en toda esta parrafada: los golpes en la casa me han devuelto a aquel recuerdo tan nítido.

—Johnny —me dijo la voz femenina, con un suspiro que todavía era más suave que un susurro.

Miré a mi alrededor. Ninguno de mis compañeros de mesa estaba diciendo nada remotamente parecido a mi nombre. Al contrario, estaban participando a voz en grito en un debate atrozmente apasionado

sobre algo relacionado con meterla, un debate cuyos detalles sé que no voy a recordar nunca, celebrado en medio del barullo igualmente atronador de un centenar de platos, vasos, cuchillos y tenedores que tintineaban por todas partes, absolutamente por todos lados, lo cual sirvió para disipar rápidamente mi ilusión hasta que volvió a suceder de nuevo…

—Johnny.

Por un instante entendí que era mi fantasma, una chica de diecisiete años con trenzas, salvaje como un fuego fatuo, a quien yo había encontrado hacía muchos años, tal vez incluso en otra vida, y a quien ahora volvía a encontrar, y que tal vez aquel fantasma había venido a mí para devolverme a un antiguo yo perdido que ningún chaval podría recordar nunca…, algo que escribo ahora sin entenderlo del todo, aunque me gusta cómo suena.

—Es un fantasioso. Me encanta cómo sonríe cuando habla, aunque no habla mucho.

Y fue entonces, al cabo de un momento, cuando me di cuenta de que aquel fantasma no era otra cosa que la cúpula del techo, que se elevaba por encima del comedor y que de alguna manera transmitía con una nitidez extraordinaria, desde la pared opuesta a la mía, trazando un arco magnífico, la confesión de una chica a la que yo nunca

volvería a oír ni a ver, una confesión a la que yo ni siquiera iba a poder contestar; salvo aquí, si es que esto cuenta.

Por desgracia, mi comprensión de la rara dinámica acústica de aquel comedor llegó una fracción de segundo demasiado tarde, coincidiendo con el final de la cena, de manera que la voz se esfumó tan de repente como había aparecido, perdida en la tromba de gente que salía, por lo que, pese a que no dejé de escrutar el extremo lejano del comedor o la hilera que se estaba formando para dejar las bandejas, no conseguí distinguir a ninguna chica cuyas expresiones o gestos pudieran concordar con aquellos sentimientos.

Por supuesto, las voces fantasmagóricas no tienen por qué deberse exclusivamente a los techos con cúpula. Ni siquiera tienen por qué ser voces.

Finalmente encontré a Ashley. Fui a visitarla ayer por la mañana. Temprano. Vive en Venice. Tiene unas cejas que parecen copos de luz del sol. Su sonrisa, no me cabe duda, quemó Roma hasta los mismos cimientos. Y juro por lo más sagrado que yo no tenía ni idea de quién era ni de dónde nos habíamos conocido. Por un momento hasta me pregunté si no sería ella la dueña de la voz. Pero antes de decirme una palabra, me cogió la mano y me llevó por su casa hasta un patio invadido de bananeros y de ficus. El suelo estaba cubierto de hojas en descomposición, pero por encima de todo colgaba una hamaca de gran tamaño.

Nos sentamos juntos y a mí me entraron ganas de hablar.

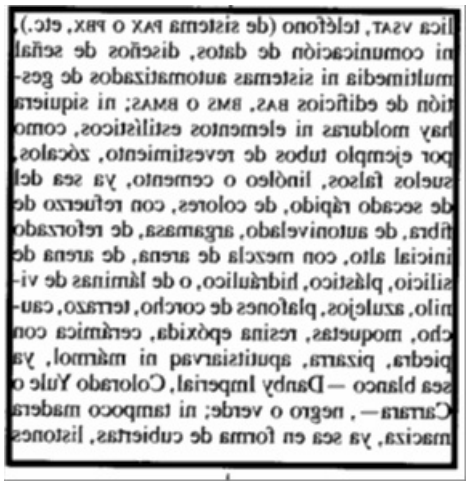
Me entraron ganas de preguntarle quién era, dónde nos habíamos conocido, dónde habíamos estado antes, pero Ashley se limitó a sonreír y a cogerme la mano mientras permanecíamos sentados en la hamaca y empezábamos a mecernos por encima de todas aquellas hojas muertas. Ella me dio un beso y luego estornudó de repente, con un estornudo diminuto y encantador, que la hizo sonreír todavía más, y a mí la situación me empezó a doler en el alma porque no era capaz de compartir su felicidad, al no saber de qué se trataba o a qué se debía o, ya puestos, quién era yo para ella. De manera que me quedé allí, tumbado y sufriendo, hasta cuando ella se me sentó encima, cubriéndome con los pliegues de su vestido, y vi que no llevaba bragas, y no hice nada mientras sus manos me desabotonaban rápidamente los vaqueros y me la sacaban de los calzoncillos, colocándomela en un lugar seco y áspero, hasta que ella se encajó ahogando una exclamación, y entonces el lugar se mojó, y ella se mojó, y los dos nos mojamos, meciéndonos juntos bajo una pequeña porción de cielo nublado, que se iba volviendo luminoso a marchas forzadas, y ella se dedicaba a contemplar la llegada del dia mientras con una mano se manoseaba el vestido y con la otra se manoseaba a sí misma por debajo del vestido, con el pelo rubio cubriéndole la cara, atenazándome las costillas con las rodillas, hasta que por fin alcanzó aquel clímax caléndrico en silencio total —la única señal— y luego, pese a que yo no me había corrido, me dio un último beso y se bajó de la hamaca para entrar en la casa.

Antes de marcharme ella me contó su historias dónde nos habíamos conocido —una casa de Texas— y besado, pero nunca habíamos hecho el amor, y aquello la había dejado confusa y la había estado atormentando, por eso había tenido que hacerlo conmigo antes de casarse, porque resultaba que se iba a casar al cabo de cuatro meses con un hombre al que amaba y que se ganaba la vida fabricando TNT de forma exclusiva para una empresa de construcción de carreteras de Colorado, adonde él se iba a menudo de viaje de negocios y en donde una noche, borracho, enfadado y decepcionado, había invitado a una puta a su habitación del motel, y tal y cual, ¿y a quién le importaba? ¿Y qué estaba haciendo yo allí? Me marché, me planteé hacerme una paja y por fin lo hice cuando llegué a casa, aunque para correrme tuve que pensar en Tambor. No sirvió de nada. Seguía dolido, abandonado, de manera que me bebí tres vasos de bourbon y fumé un poco de hierba y luego vine aquí, pensando en voces, reales e imaginarias, en fantasmas, en mi fantasma, el de ella, por fin, en esta idiotez de nota a pie de página, después de que ella me empujara suavemente para que saliera por su puerta y le dijera en voz baja "Ashley", ante lo cual ella dejó de empujarme y me preguntó: "¿Sí?", y entonces vi que tenía los ojos iluminados por algo que estaba viendo pero que yo no podía ver, aunque lo que ella estaba viendo era a mí, y me trajo sin cuidado, pero por lo menos ahora conocía la verdad y se la dije:

—Yo nunca he estado en Texas.

lica VSAT, teléfono (de sistema FAX O PBX, etc.) ni comunicación de datos, diseños de señal multimedia ni sistemas automatizados de gestión de edificios BAS, BMS O BMAS; ni siquiera hay molduras ni elementos estilísticos, como pot ejemplo tubos de revestimiento, zócalos, suelos falsos, linóleo o cemento, ya sea del de secado rápido, de colores, con refuerzo de fibra de autonivelado, argamasa, de reforzado inicial alto, con mezcla de arena, de arena de silicio, plástico, hidráulico, o de láminas de vinilo azulejos, plafones de corcho, terrazo, caucho moquetas, resina epóxida, cerámica con piedra, pizarra, aputitsiarvaq ni mármol, ya sea blanco — Danby Imperial, Colorado Yule o Carrara—, negro o verde; ni tampoco madera maciza, ya sea en forma de cubiertas, listones

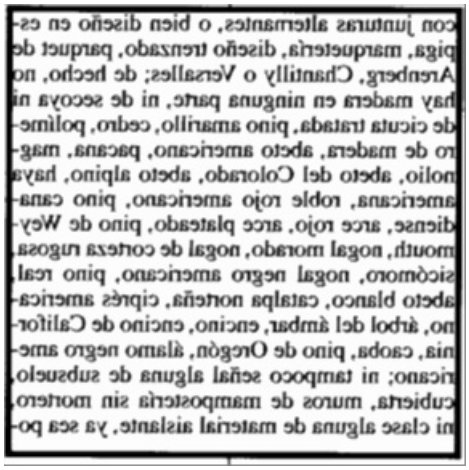
[160]



[161]

con junturas alternantes, o bien diseño en espiga, marqueteria, diseño trenzado, parquet de Arenberg, Chantilly o Versalles; de hecho, no hay madera en ninguna parte, ni de secoya ni de cicuta tratada, pino amarillo, cedro, polimero de madera, abeto americano, pacana, magnolio, abeto del Colorado, abeto alpino, haya americana, roble rojo americano, pino canadiense, arce rojo, arce plateado, pino de Weymouth, nogal morado, nogal de corteza rugosa, sicómoro, nogal negro americano, pino real, abeto blanco, catalpa norteña, ciprés americano, árbol del ámbar, encino, encino de California, caoba, pino de Oregon, álamo negro americano; ni tampoco señal alguna de subsuelo, cubierta, muros de maniposteria sin mortero ni clase alguna de material aislante, ya sea po-

[162]



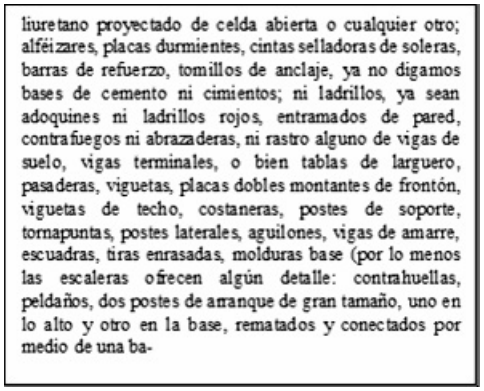
[163]

[164] La siguiente definición está tomada de Medicine for Mountaineering, 3.a edición, editado por el doctor James A. Wilkerson (The Mountaineers, Seattle, 1985), p. 43:

> La pérdida de entre el diez y el veinte por ciento del volumen sanguíneo provoca un shock leve. El paciente está pálido y la piel se le nota fría, primero en las extremidades y después en el tronco. A medida que el shock se agrava, el paciente se queja frecuentemente de frío y a menudo también de sed. Pueden presentarse otros síntomas, como aceleración del pulso y presión arterial baja. Sin embargo, la ausencia de estos signos no indica que no se esté produciendo un shock, debido a que pueden presentarse bastante avanzado el proceso, particularmente en adultos jóvenes con buena salud.
>
> La pérdida de entre el veinte y el cuarenta por ciento del volumen sanguíneo provoca un shock moderado. Los signos característicos del shock leve están presentes y pueden agravarse. El pulso suele ser rápido y débil, lo que se conoce como un pulso débil. Además, se reduce el flujo sanguíneo que llega a los riñones debido a que la sangre disponible es enviada al corazón y al cerebro, de manera que disminuye la producción urinaria. Un volumen urinario de menos de 30 cc por hora es una indicación avanzada de shock moderado. En contraste con la orina oscura y concentrada que se observa en la deshidratación, la orina suele ser de color claro.
>
> La perdida de mas del cuarenta por ciento del volumen sanguíneo provoca un shock grave, que se caracteriza por la reducción del flujo de sangre al cerebro y al corazón. La reducción del aporte de sangre al encéfalo produce inicialmente nerviosismo y agitación, a continuación estupor y confusión, y finalmente el coma y la muerte. La reducción del flujo sanguíneo al corazón puede producir alteraciones del ritmo cardiaco.

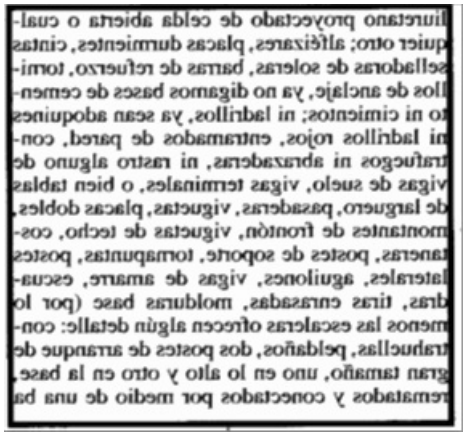
En su ensayo “Critical Condition”, publicado en Simple Themes (University of Washington Press, 1995), Brendan Beinhom declara que la casa Navidson, cuando los exploradores están en su interior, se encuentra en estado de shock grave. “Sin embargo, sin ellos está muerta del todo. La humanidad es el equivalente de la sangre. El fin de la humanidad marcará el fin de la casa.” Una declaración que provocó que la socióloga Sondra Staff afirmara que “Critical Condition” no era más que “una chorrada más de la

escuela Beinhom" (Conferencia pronunciada en la Our Lady of the Lake University de San Antonio, el 26 de junio de 1996).


liuretano proyectado de celda abierta o cualquier otro; alféizares, placas durmientes, cintas selladoras de soleras, barras de refuerzo, tomillos de anclaje, ya no digamos bases de cemento ni cimientos; ni ladrillos, ya sean adoquines ni ladrillos rojos, entramados de pared, contrafuegos ni abrazaderas, ni rastro alguno de vigas de suelo, vigas terminales, o bien tablas de larguero, pasaderas, viguetas, placas dobles montantes de frontón, viguetas de techo, costaneras, postes de soporte, tornapuntas, postes laterales, aguilones, vigas de amarre, escuadras, tiras enrasadas, molduras base (por lo menos las escaleras ofrecen algún detalle: contrahuellas, peldaños, dos postes de arranque de gran tamaño, uno en lo alto y otro en la base, rematados y conectados por medio de una ba-

[165]

[166] El señor Truant se negó a revelar si la grotesca maquetación del texto que sigue es obra de Zampanó o de él. (N. de los Ed.)



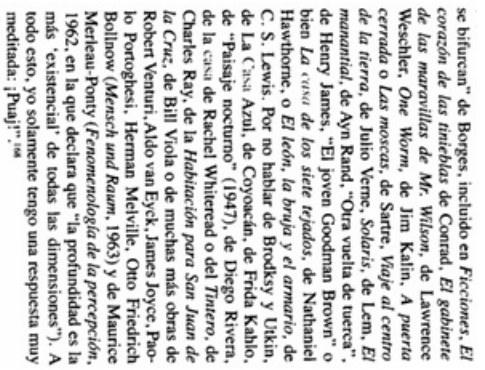
[167]

[168] En su ensayo " It makes no Difference", publicado en Film Quarterly, v.8, julio de 1995, p. 68, Daniel Rosemblum escribe: "En respuesta a la sugerencia de que los nombres de los fantasmas que pueblan la casa de Navidson no son otros que El resplandor, De entre los muertos, 2001, Brasil, Lawrence de Arabia, Poltergeist, La morada del miedo, La noche de los muertos vivientes, El exorcista, la cosa de Jhon Carpenter, Dentro del laberinto, En busca del arca perdida, El submarino. Taxi Driver, Delitos y faltas, Repulsion, Viaje alucinante, Planeta prohibido, Ocurrio cerca de su casa o incluso Abyss, me apresuro a señalar que todas y cada una de esas películas recurrenen ultiuma instancia a alguna forma de falsa ilusión, ya sea la reencarnacion, la fobia, el ascenso a la divinidad, la paranoia, el abandono, la paradójica afirmación de la longevidad espiritual, ídem, ídem, ídem, ídem, titulo, la asunción totémica, lo submarino, la ausencia del pasado, las visiones, la psicosis. La tecnología. Ídem, los asesinos en serie o los alienígenas: mientras que El expediente Navidson tiene la valencia de no caer en nada de todo eso. [167]

a la divinidad, la paranoia, el abandono, la paradojica afirmación de la longevidad espiritual, ídem, ídem, ídem, ídem, título, la asunción totémica, lo submarino, la ausencia de pasado, las visiones, la psicosis, la tecnología, ídem, los asesinos en serie o los alienígenas. Mientras que *El exorcista*, *La cosa* de John Carpenter, *Dentro del laberinto*, *En busca del arca perdida*, *El submarino*, *Taxi Driver*, *Delitos y faltas*, *Repulsión*, *Viaje alucinante*, *Pianeta proibito*, *Ocurrió cerca de su casa* o incluso *Abyss*, me apresuro a señalar que todas y cada una de esas películas recurren en última instancia a alguna forma de falsa ilusión, ya sea la reencarnación, la fobia, el ascenso

[166] En su ensayo "It Makes no Difference", publicado en *Film Quarterly*, v. 8, Julio de 1995, p. 68, Daniel Rosenblum escribe: "En respuesta a la sugerencia de que los nombres de los fantasmas que pueblan la casa de Navidson no son otros que *El resplandor*, *De entre los muertos*, *2001*, *Brasil*, *Lawrence de Arabia*, *Poltergeist*, *La mordaza del miedo*, *La noche de los muertos vivientes*, *El*

[167] En su artículo de elegante factura que lleva por título "Vertical Influence", reproducido en Origins of Faith (The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1996), p. 261, Candida Hayashi escribe: "Ya que sale el tema, ¿por qué no hablar de fantasmas literarios? La caída de la casa Usher, de Poe, La guarida, de Shirley Jackson, Wieland o la transformación, de Charles Brockden Brown, El cinéfilo de Walker Percy, "El método de respiración", de Stephen King, incluido en *Las cuatro estaciones* y "Tebular", incluido en *More Tales, Days Between Stations*, de Steve Ericsson, *Camino de Los Ángeles*, de John Fante, por no mencionar *L'antiquaire*, de Henri Bosco, *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, *Cave of Danger*, de B. Walton, *Santa María de las flores*, de Jean Genet, *Hundido hasta el cielo* de Richard Fariña, *Luz de octubre*, de John Gardner, muchos relatos, de Lovecraft, la brigada de cazadores de cocodrilos de *V.*, de Pynchon, "El jardín de senderos que se bifurcan" de Borges, incluido en Ficciones, El corazón de las tinieblas de Conrad, El gabinete de las maravillas de Mr. Wilson, de Lawrence Weschler, One Worm, de Jim Kalin, A puerta cerrada o Las moscas, de Sartre, Viaje al centro de la tierra, de Julio Veme, Solaris, de Lem, El manantial, de Ayn Rand, "Otra vuelta de tuerca", de Henry James, "El joven Goodman Brown" o bien La casa de los siete tejados, de Nathaniel Hawthome, o El león, la bruja y el armario, de C. S. Lewis. Por no hablar de Brodksy y Utkin, de La Casa Azul, de Coyoacán, de Frida Kahlo, de "Paisaje nocturno" (1947), de Diego Rivera, de la casa de Rachel Whiteread o del Tintero, de Charles Ray, de la Habitación para San Juan de la Cruz, de Bill Viola o de muchas más obras de Robert Venturi, Aldo van Eyck, James Joyce, Paolo Portoghesi, Hermán Melville, Otto Friedrich Bollnow (Mensch und Raum, 1963) y de Maurice Merleau-Ponty (Fenomenología de la percepción, 1962, en la que declara que "la profundidad es la más 'existencial' de todas las dimensiones"). A todo esto, yo solamente tengo una respuesta muy meditada: ¡Puaj!".[168]


se bifurcan" de Borges, incluido en *Ficciones*, *El corazón de las tinieblas* de Conrad, *El gabinete de las maravillas de Mr. Wilson*, de Lawrence Weschler, *One Worm*, de Jim Kalin, *A puerta cerrada* o *Las moscas*, de Sartre, *Viaje al centro de la tierra*, de Julio Verne, *Solaris*, de Lem, *El manantial*, de Ayn Rand, "Otra vuelta de tuerca", de Henry James, "El joven Goodman Brown" o bien *La casa de los siete tejados*, de Nathaniel Hawthorne, o *El león, la bruja y el armario*, de C. S. Lewis. Por no hablar de Brodksy y Utkin, de La Casa Azul, de Coyoacán, de Frida Kahlo, de "Paisaje nocturno" (1947), de Diego Rivera, de la casa de Rachel Whiteread o del *Tintero*, de Charles Ray, de la *Habitación para San Juan de la Cruz*, de Bill Viola o de muchas más obras de Robert Venturi, Aldo van Eyck, James Joyce, Paolo Portoghesi, Herman Melville, Otto Friedrich Bollnow (*Mensch und Raum*, 1963) y de Maurice Merleau-Ponty (*Fenomenología de la percepción*, 1962, en la que declara que "la profundidad es la más 'existencial' de todas las dimensiones"). A todo esto, yo solamente tengo una respuesta muy meditada: ¡Puaj!".[168]

[168] Además de los fantasmas cinematográficos, literarios, arquitectónicos o incluso filosóficos, también la historia nos ofrece unos cuantos. Piensen ustedes en dos famosas expediciones cuyos miembros afrontaron lo desconocido en circunstancias de privación y miedo, solamente para acabar atrapados en situaciones de una violencia terrible.

I

El 20 de septiembre de 1519, Femando de Magallanes embarcó en Sanlúcar de Barrameda para dar la vuelta al mundo. El viaje demostraría de una vez por todas que la Tierra era redonda y revolucionaría la concepción de la época acerca de la navegación y el comercio, pero también sería un viaje peligroso, tan repleto de horrores y penurias que acabaría costándole la vida a Magallanes.

En marzo de 1520, cuando las cinco embarcaciones de Magallanes llegaron a la Patagonia y entraron en la bahía de San Julián, la situación distaba mucho de ser armoniosa. Un invierno feroz y la carestía de provisiones, por no mencionar la ansiedad que causaba el futuro incierto, había provocado un aumento de la tensión entre los marineros, hasta que alrededor del Día de los Santos Inocentes, que aquel año coincidía con el Lunes de Pascua, el capitán Gaspar Quesada, de la Concepción, y su criado Luis de Molino planearon un motín y lo llevaron a cabo, provocando la muerte de por lo menos un oficial y heridas a muchos más.[169] Para su desgracia, Quesada jamás se detuvo a pensar que un hombre capaz de liderar una expedición que diera la vuelta al mundo fuese capaz de liderar a sus hombres para que se vengaran con ferocidad. Aquel enorme error de cálculo le costó la vida.

Como un auténtico general, Magallanes reunió a los hombres que le seguían siendo fieles para reconquistar las naves amotinadas. La combinación de su voluntad y su sagacidad táctica hizo que su triunfo, especialmente visto con la perspectiva que ofrece el tiempo, resultara inevitable. El capitán amotinado de la Victoria, Mendoza, fue apuñalado en el cuello. La San Antonio fue asaltada, y por la mañana la Concepción ya se había rendido. Cuarenta y ocho horas después del inicio del motín, Magallanes recuperaba el control. Condenó a muerte a todos los amotinados y a continuación, en un acto calculado de buena voluntad, les suspendió la sentencia y decidió concentrar la ley marítima y su propia ira sobre los tres responsables del levantamiento: el cadáver de Mendoza seria descuartizado, a Juan de Cartagena lo abandonarían en una costa desierta y Quesada seria

ejecutado.

Este ultimo, sin embargo, no fue ahorcado, ni siquiera obligado a pasar por la tabla. Magallanes tuvo una idea mejor. Ofrecio clemencia a De Molino, criado y mano derecha del reo, con la condición de que aceptara ejecutar a su amo. De Molino aceptó la tarea y los dos hombres fueron embarcados en una chalupa y enviados de vuelta a su embarcación, la Trinidad, para cumplir con su destino.[171]

Al igual que Magallanes, Holloway lideró una expedición a lo desconocido. También igual que Magallanes, se enfrentó a un motín. Y de la misma manera que el capitán impuso una pena de muerte, Holloway también puso el punto de mira en quienes habían despre¬ciado su liderazgo. Sin embargo, a diferencia del de Magallanes, el rumbo de Holloway estaba condenado al fracaso, lo cual nos obliga a echar un vistazo al caso de Henry Hudson.

II.

En abril de 1610, Hudson abandonó Inglaterra en su cuarto intento de encontrar el Paso del Noroeste. Puso rumbo al oeste por las aguas árticas y terminó llegando a lo que hoy se conoce como Bahía de Hudson. Pese a lo inocuo que resulta hoy ese nombre, en 1610 la bahía era un infierno de hielo. En su libro Henry Hudson (G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1908), Edgar M. Bacon escribe lo siguiente:

> El 1 de noviembre la embarcación entró en una bahía o ensenada situada muy al suroeste, y fue subida a tierra; y allí, sobre el día 10, se congeló. El descontento ya no se manifestaba en voz baja. Los hombres eran conscientes de que las provisiones, planeadas para un número limitado de meses, se estaban terminando, y empezaron a quejarse en su¬surros de que no los hubieran llevado a avituallarse para el invierno a Digges Island, donde se habían avistado provisiones enormes de aves silvestres, y en cambio los hubieran tenido meses dando vueltas en "*un laberinto sin fin*".
>
> [cursivas de énfasis añadidas]

Aquel laberinto de hielo azul que flotaba en unas aguas lo bastante frías como para acabar con la vida de un hombre en un par de minutos puso a prueba y finalmente venció la determinación de la tripulación de Hudson. Así como los hombres de Magallanes podían pescar o por lo menos disfrutar del cobijo de alguna costa habitable, los de Hudson solamente alcazaban a ver costas heladas.[180]

Era inevitable que los susurros se convirtieran en gritos y por fin los gritos dieran paso a las acciones. Hudson, junto con su hijo y siete hombres más, fue obligado a subirse a una chalupa sin comida ni agua. Jamás se volvió a oír hablar de ellos, después de que se perdieran en aquel laberinto sin fin.[170]

Igual que Hudson, Holloway se encontró con unos hombres que, faltos de provisiones y de fe, insistían en volverse a casa. Igual que Hudson, Holloway se resistió. Pero a diferencia de aquél, Holloway se adentró por voluntad propia en el laberinto.

Por suerte para el público, solamente los últimos momentos de Hudson siguen siendo un misterio.

[169] Aunque hoy en día los motines no son precisamente comunes, piensen ustedes en la misión del Skylab de 1973, en la que los astronautas se rebelaron abiertamente contra un controlador de misión que les pareció demasiado imperioso. El incidente no llegó a generar violencia, pero sí enfatiza el hecho de que, pese al contacto constante con la sociedad de origen, y a la abundancia de comida, bebida y calor, y pese a que el riesgo de perderse sea mínimo, las tensiones entre viajeros siempre pueden aflorar y hasta multiplicarse.

La expedición de Holloway carecía de todas las comodidades que tenía la del Skylab. (1) No había contacto por radio. (2) Tenían muy poca idea de dónde estaban. (3) Casi se les había acabado la comida y el agua. (4) Estaban trabajando en medio de un frío glacial. Y (5) sufrían la amenaza implícita del "gruñido".

[170] Véase también The Works of Hubert Howe Bancroft, Volume XXVIII (The History Company, Publishers, San Francisco, 1S86).

[171] Sacado del diario de Zampanó: "Igual que siempre me he acordado de Hudson en su chalupa, últimamente he dirigido mis pensamientos al viaje de Quesada y de Molino por aquellas aguas costeras, y me he preguntado en voz alta qué ocupaba sus mentes, qué dioses acudieron a acompañarlos o abandonarlos, y qué vieron finalmente de sí mismos en aquellas olas oscuras. Tal vez porque la historia guarda poca relación con esos minutos, la escena únicamente sobrevive en verso: El cantar de Quesada y de Molino, de [XXXX].[172] Incluyo aquí el poema íntegro".[175]

Y a continuación:

"Perdónenme por incluir esto. La mente de los viejos es tan dada a la digresión como la de los jóvenes, pero así como el joven excusa los rodeos,[177] el viejo los interrumpe. La juventud siempre intenta llenar el vacío, mientras que el viejo aprende a vivir con él. Tardé veinte años en desaprender la fortuna que entrañan los virajes. Tal vez esto a ustedes no les venga de nuevo, pero he matado a muchos hombres y tengo las dos piernas y creo que nunca he igualado a ese gnomo calvo llamado Error que sale de su cueva sin plumas en los tobillos para alimentarse de los poderosos ya muertos".[173]

[172] Ilegible.

[173] Te has quedado conmigo.[176] Dejando de lado al gnomo, ni siquiera sé cómo tomarme lo de "He matado a muchos hombres", ¿Ironía? ¿Confesión? Como ya he dicho: "Te has quedado conmigo".[174]

[174] Por razones que él sabrá, el señor Truant destachó las últimas siete líneas de la nota [171]. (N. de los Ed.)

[175] Ver Apéndice E.

[176] Ver Apéndice B.

[177] ~~Por ejemplo, las tribulaciones peripatéticas de la juventud en Los poemas de PXXXXXXY son un perfecto ejemplo de por qué hay que extirpar rápidamente los errores~~. [178]

[178] O sea, los Poemas de Pelícano.[179]

[179] Ver Apéndice II-B. (N. de los Ed.)

[180] Aunque escrita casi doscientos años después del fatídico viaje de Hudson, cuesta no acordarse de la Balada del viejo marinero de Coleridge, sobre todo de este momento legendario:

Con los mástiles escorados y la proa hundida,
igual que el perseguido a golpes y gritos
pisa pese a todo la sombra de su enemigo
y hacia delante dobla la cabeza,
el barco iba rápido y la sirena atronaba
y hacia el sur escapábamos nosotros.
Y de pronto aparecieron la niebla y la nieve
y con ellas un frío prodigioso:
y un témpano tan alto como nuestro mástil llegó flotando,
verde como esmeralda.

La tierra helada, y los ruidos temibles allí donde no se veía animal alguno.

Y a través de la ventisca, los acantilados de nieve
emitían un fulgor sombrío:
no vimos hombre alguno ni tampoco bestia,
sólo hielo por todas partes.

Hielo por aquí, hielo por allí,
hielo allí donde uno fuera:
crujiendo y gruñendo, rugiendo y aullando,
¡como los ruidos oídos en trance!

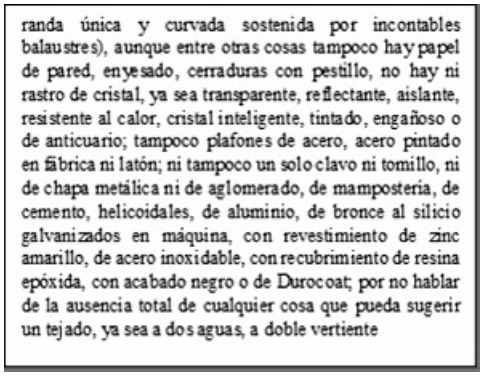
Hasta que un enorme ave marina llamada albatros…

Por fin apareció un albatros
saliendo de la niebla…

Aquí no estamos hablando de ningún mundo febril inventado en pleno delirio, sino de un lugar muy real al que Hudson se enfrentó pese al terror evidente que provocaba a todo

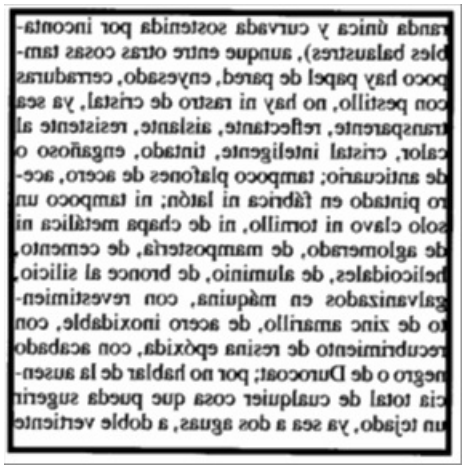
el mundo, especialmente a su tripulación. Tampoco la era moderna consiguió vencer ese terror. Piensen en lo que anotó en su diario en 1915 Reginald James, que fue médico de a bordo del Endurance durante la expedición de Shackleton en que dicha embarcación quedó atrapada y finalmente fue aplastada por la masa flotante de hielo en la costa antàrtica del mar de Weddell: “Una noche terrible, con la mole oscura de la nave hundida recortándose en el cielo y los ruidos que le arrancaba la presión del hielo […] que parecían los gritos de una criatura viva”. Ver también Historie Conditions de Simon Alcazaba (Annwyl Co., Ine., Cleveland, 1963), así como “Joumey Into Silence”, de Jack Dentón Scott, publicado en Playboy, agosto de 1973, p. 102.

[169]

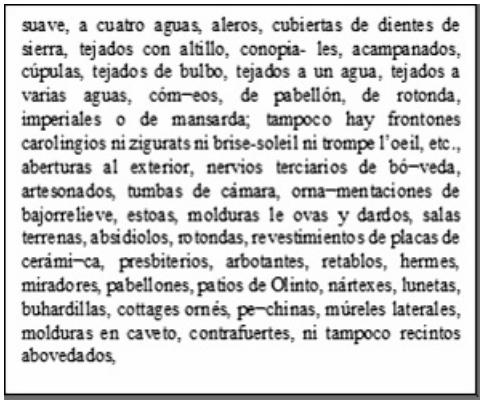


randa única y curvada sostenida por incontables balaustres), aunque entre otras cosas tampoco hay papel de pared, enyesado, cerraduras con pestillo, no hay ni rastro de cristal, ya sea transparente, reflectante, aislante, resistente al calor, cristal inteligente, tintado, engañoso o de anticuario; tampoco plafones de acero, acero pintado en fábrica ni latón; ni tampoco un solo clavo ni tornillo, ni de chapa metálica ni de aglomerado, de mampostería, de cemento, helicoidales, de aluminio, de bronce al silicio galvanizados en máquina, con revestimiento de zinc amarillo, de acero inoxidable, con recubrimiento de resina epóxida, con acabado negro o de Durocoat; por no hablar de la ausencia total de cualquier cosa que pueda sugerir un tejado, ya sea a dos aguas, a doble vertiente

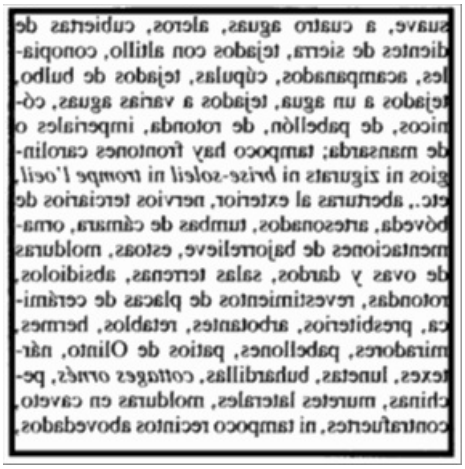
[170]



[171]



suave, a cuatro aguas, aleros, cubiertas de dientes de sierra, tejados con altillo, conopia- les, acampanados, cúpulas, tejados de bulbo, tejados a un agua, tejados a varias aguas, cóm–eos, de pabellón, de rotonda, imperiales o de mansarda; tampoco hay frontones carolingios ni zigurats ni brise-soleil ni trompe l’oeil, etc., aberturas al exterior, nervios terciarios de bó–veda, artesonados, tumbas de cámara, orna–mentaciones de bajorrelieve, estoas, molduras le ovas y dardos, salas terrenas, absidiolos, rotondas, revestimientos de placas de cerámi–ca, presbiterios, arbotantes, retablos, hermes, miradores, pabellones, patios de Olinto, nártexes, lunetas, buhardillas, cottages ornés, pe–chinas, múreles laterales, molduras en caveto, contrafuertes, ni tampoco recintos abovedados,



[172]

[173] Fíjense en que la definición que hace Stephen Mamber del *cinema vérité* parece una descripción casi exacta de cómo hizo Navidson su película:

> El *cinema vérité* es una disciplina estricta precisamente por lo simple y "directa" que es en muchos sentidos. El cineasta intenta eliminar en la medida de lo posible las barreras que se interponen entre el tema y la audiencia. Esas barreras son técnicas (equipos de rodaje grandes, decorados en estudios, instrumentos montados sobre trípodes, iluminación especial, vestuario y maquillaje), de procedimiento (guionización, interpretación y dirección) y estructurales (herramientas de edición estándar, formas tradicionales de melodrama y de intriga, etc.). El *cinéma vérité* es un método de trabajo práctico que se basa en la fe en una realidad sin manipular, en la negativa a alterar la vida tal como ésta se presenta. Cualquier tipo de cine es un proceso de selección, pero entre la estética del cinéma vérité y los métodos del cine de ficción y del documental tradicional hay (o debería haber) un mundo de diferencia.

Stephen Mamber, Cinéma Vérité in America: Studies in Uncontrolled Documentan/ (The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1974), p. 4.

[174] Obviamente, la tradición del cine documental es antigua y valiosa, sobre todo cuando pensamos en las contribuciones de Robert Flaherty, Herbert Kline, Bmest B. Schoedsack, Paul Rotha, Mary Lamp- son, Stuart Legg, D.W. Griffith, Henri Storck, John Ernest, Burton Benjamin, Jean Epstein, Jan Kucera, Heinz Seilman, Alberto Cavalcanti, Merian Cooper, Jerome Hill, Walter Heynowski, Leo Seltzer, Bonnie Sherr Klein, Edgar Morin, Boris Barnet, Leacock, Skanata, Rouch, Paul Strand, Jill Godmilow, Jerzy Hoffman, Ion Bostan, Tadeusz Jaworski, Carol Reed, Micahel Rubbo, Humphrey Jennings, Shirley Clark, Ilya Trauberg, Marianne Szemes, Pat Jackson, Alan Winton King, Arthur Barron, Jacques-Yves Cousteau, Krsto Skanata, Mikhail Slutsky, Agoston Koilanyi, Barbara Kopple, Marvin Lichtner, Erwin Leiser, Julia Reichert, Graeme Ferguson, James Klein, Edward R. Murrow, Noel Coward, Nevena Toshava, Basil Wright, Adrian Brunei, Willard Van Dyke, Joris Ivens, Anatole Litvak, Ben Maddow, Walt Disney, Livia Gyaramathy, Henri-George Clouzot, Brian Desmond Hurst, Pursia Djordjevic, Jan Lomnicki, Esther Shub, Warren Wallace, Edmund Bert Gerrard, Tom Haydon, David Lean, Eric Nussbaum, Jerry Bruck Jr., Savel Stiopul, William Wyler, Bruce Herschensohn, Ante

Babaja, Ellen Hovde, David Loeb Weiss, Thorold Dickinson, Ilya Kopalin, Robert Drew, Henri Cartier-Bresson, Max Fleischer, Luis Bufiuel, Cesare Zavattini, Arthur Elton, Yuli Raizman, Shuker, Jerzy Bossak, Barron, Keith Merrill, Philippe Mora, George M. Williamson, Eugene Jones, Robin Spry, Kirsten Johnson, Kroitor, Haskell Wexler, Jersey, John Femo, Dick Robinson, Hans Bertram, D. A. Pennebaker, Angelo Spaveni, Dr. Fritz Hippier, Jean Vigo, Gregori Kozintsev, Rouman Grigorov, Michael Latham, Nicholas Webster, Sergei Yutkevitch, Walter Ruttmann, Frederick Wiseman, Perrault, Elmar Klos, David Elstein, Kazimierz Karabasz, Istvan Timar, Sid Knigtsen, Jürgen Böttcher, Leni Riefenstahl, Leonid Varlamov, Takahiko Ismura, Walon Green, Roman Karmen, Joseph Drumgold, Douglas Leiterman, Hristo Kovachev, Will Roberts, Josef von Sternberg, René Clément, Connie Field, Roy Boulting, Jack Glen y Lothar Wolff, Lipscomb, Alain Resnais, Karl Gass, Ruspoli, Jean Grémillon, Lionel Rogosin, Marcel Ophiils, Louis Lumière, Fred Friendly, Koenig, Georges Franju, John Huston, Bunny Peters Dana, Yuli Stroyanov, Jim Brown, Brault, Raymond Depardon, Michael Apted, Cinda Firestone, Louis de Rochemont, George Rouquier, James Algar, Frederick Wiseman, Harry Watt, Erik Bamouw, Jean Renoir, Robert Snyder, Jerry Blumenthal, Jennifer Rohrer, Gualtiero Jacopetti, Yulia Solntseva, Dziga Vertov, Robert Flaxman, Edgar Anstey, Sergei Eisenstein, Ralph Steiner, George Stoney, Gheorghe Vitandis, Léon Poirier, Heinz Sielman, John Korty, Helen Whitney, John Whitmore, Budd Boeticher, Janus Majewski, Howard Smith-Sarah Kemochan, J.B. Holmes, Peter Davis, Jeremy Sanford, Charlotte Zwerin, Amalie Rothschild, Emile de Antonio, Thor Heyerdahl, Jonathan Danam, Christian Blackwood, Herbert Kline, Siegfried Kracauer, Richard T. Heffron, Robert Gardner, Alexander Petrovich Dovzhenko, Eric Haims, Beryl Fox, Robert Vas, Morton Silverstein, Andy Warhol, Abe Osheroff, William Richert, Frédéric Rossif, Jean Painlevé, Arthur R. Dubs, Kon Ichikawa, Chris Marker, Vsevolod Pudovkin, John Pett, Al Di Lauro, Garson Kanin, Denys Colomb de Daunant, John Cohen, Sergei Gerasimov, Nicolai van der Heyde, Y. Avdeyenko, Michael Lindsay Hogg, David Helpem Jr., Bruce Weber, Bert Haanstra, Harold Mantell, Roger Graef, Frank Capra, Jân Kadâr, Seymour Stern, Marc Allégret, M. C. Von Hellen, Andrew y Annelie Thorndike, Ken Bums, Susan Clayton, Jonas Mekas, Charles Guggenheim, Alan Lomax, Pare Lorentz, Yelizaveta Svilova, Gil Kofman, Les Blank, Tony Richardson, Jozsef Csoke, Joseph Strick, Lindsay Anderson, George Greenough, James Algar, Murray Lemer, Karel Reisz, Michael Powell, Bert Stem, David Wolper, Herman van der Horst, Albert y David Maysles, Arthur Baron, Gerhard Scheumann, Craig Gilbert, Garson Kanin, Sidney Meyers, Wladislaw Slesicki, Bruce Brown.[183]

Kovachev, Will Roberts, Josef von Sternberg, René Clément, Connie Field, Roy Boulting, Jack Glen y Lothar Wolff, Lipscomb, Alain Resnais, Karl Gass, Ruspoli, Jean Grémillon, Lionel Rogosin, Marcel Ophüls, Louis Lumière, Fred Friendly, Koenig, Georges Franju, John Huston, Bunny Peters Dana, Yuli Stroyanov, Jim Brown, Brault, Raymond Depardon, Michael Apted, Cinda Firestone, Louis de Rochemont, George Rouquier, James Algar, Frederick Wiseman, Harry Watt, Erik Barnouw, Jean Renoir, Robert Snyder, Jerry Blumenthal, Jennifer Rohrer, Gualtiero Jacopetti, Yulia Solntseva, Dziga Vertov, Robert Flaxman, Edgar Anstey, Sergei Eisenstein, Ralph Steiner, George Stoney, Gheorghe Vitandis, Léon Poirier, Heinz Sielman, John Korty, Helen Whitney, John Whitmore, Budd Boeticher, Janus Majewski, Howard Smith-Sarah Kernochan, J.B. Holmes, Peter Davis, Jeremy Sanford, Charlotte Zwerin, Amalie Rothschild, Emile de Antonio, Thor Heyerdahl, Jonathan Danam, Christian Blackwood, Herbert Kline, Siegfried Kracauer, Richard T. Heffron, Robert Gardner, Alexander Petrovich Dovzhenko, Eric Haims, Beryl Fox, Robert Vas, Morton Silverstein, Andy Warhol, Abe Osheroff, William Richert, Frédéric Rossif, Jean Painlevé, Arthur R. Dubs, Kon Ichikawa, Chris Marker, Vsevolod Pudovkin, John Pett, Al Di Lauro, Garson Kanin, Denys Colomb de Daunant, John Cohen, Sergei Gerasimov, Nicolai van der Heyde, Y. Avdeyenko, Michael Lindsay Hogg, David Helpern Jr., Bruce Weber, Bert Haanstra, Harold Mantell, Roger Graef, Frank Capra, Ján Kadár, Seymour Stern, Marc Allégret, M. C. Von Hellen, Andrew y Annelie Thorndike, Ken Burns, Susan Clayton, Jonas Mekas, Charles Guggenheim, Alan Lomax, Pare Lorentz, Yelizaveta Svilova, Gil Kofman, Les Blank, Tony Richardson, Jozsef Csoke, Joseph Strick, Lindsay Anderson, George Greenough, James Algar, Murray Lerner, Karel Reisz, Michael Powell, Bert Stern, David Wolper, Herman van der Horst, Albert y David Maysles, Arthur Baron, Gerhard Scheumann, Craig Gilbert, Garson Kanin, Sidney Meyers, Wladislaw Slesicki, Bruce Brown.[183]

[182] Obviamente, la tradición del cine documental es antigua y valiosa, sobre todo cuando pensamos en las contribuciones de Robert Flaherty, Herbert Kline, Ernest B. Schoedsack, Paul Rotha, Mary Lampson, Stuart Legg, D.W. Griffith, Henri Storck, John Ernest, Burton Benjamin, Jean Epstein, Jan Kucera, Heinz Seilman, Alberto Cavalcanti, Merian Cooper, Jerome Hill, Walter Heynowski, Leo Seltzer, Bonnie Sherr Klein, Edgar Morin, Boris Barnet, Leacock, Skanata, Rouch, Paul Strand, Jill Godmilow, Jerzy Hoffman, Ion Bostan, Tadeusz Jaworski, Carol Reed, Micahel Rubbo, Humphrey Jennings, Shirley Clark, Ilya Trauberg, Marianne Szemes, Pat Jackson, Alan Winton King, Arthur Barron, Jacques-Yves Cousteau, Krsto Skanata, Mikhail Slutsky, Agoston Kollanyi, Barbara Kopple, Marvin Lichtner, Erwin Leiser, Julia Reichert, Graeme Ferguson, James Klein, Edward R. Murrow, Noel Coward, Nevena Toshava, Basil Wright, Adrian Brunel, Willard Van Dyke, Joris Ivens, Anatole Litvak, Ben Maddow, Walt Disney, Livia Gyaramathy, Henri-George Clouzot, Brian Desmond Hurst, Pursia Djordjevic, Jan Lomnicki, Esther Shub, Warren Wallace, Edmund Bert Gerrard, Tom Haydon, David Lean, Eric Nussbaum, Jerry Bruck Jr., Savel Stiopul, William Wyler, Bruce Herschensohn, Ante Babaja, Ellen Hovde, David Loeb Weiss, Thorold Dickinson, Ilya Kopalin, Robert Drew, Henri Cartier-Bresson, Max Fleischer, Luis Buñuel, Cesare Zavattini, Arthur Elton, Yuli Raizman, Shuker, Jerzy Bossak, Barron, Keith Merrill, Philippe Mora, George M. Williamson, Eugene Jones, Robin Spry, Kirsten Johnson, Kroitor, Haskell Wexler, Jersey, John Ferno, Dick Robinson, Hans Bertram, D. A. Pennebaker, Angelo Spaveni, Dr. Fritz Hippler, Jean Vigo, Gregori Kozintsev, Rouman Grigorov, Michael Latham, Nicholas Webster, Sergei Yutkevitch, Walter Ruttmann, Frederick Wiseman, Perrault, Elmar Klos, David Elstein, Kazimierz Karabasz, Istvan Timar, Sid Knigtsen, Jürgen Böttcher, Leni Riefenstahl, Leonid Varlamov, Takahiko Ismura, Walon Green, Roman Karmen, Joseph Drumgold, Douglas Leiterman, Hristo

ya sea con bóvedas de cruceria, cúpulas estilo mihrab, torretas, minaretes, minbares, pórticos, peristilos, tablizos, compluvios, impluvios, atrios, alas, exedras, androns, fauces pósticos, salas hipóstilas, vestíbulos, soportales, ábsides, naves, naos, pronaos, opistódomos, ninfeos, crepidomas interiores, patios avenidas, murallas defensivas, medialunas defensivas, caponeras, tenazas, flancos de bastión, postigos, paramentos, fachadas, bastiones, aspilleras, muros cortina, torres del homenaje, tabiques, merlones o almenas; ni tampoco —obviamente— pilastras, pilares frisos, entablamentos, arquitrabes, fachadas monumentales, frontones, estilóbatos, triglifos, escocias, toros, filetes, finiales y flautas, capiteles, ya sean jónicos, dóricos o corintios.

[175]

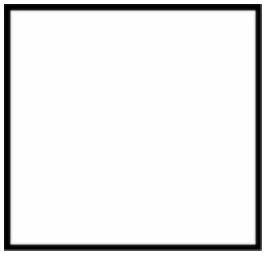
provistos de volutas, ábacos, rosetas, hojas de acanto o metopas, gotas, mútulos, acroteriones, dentilos, ni modillones, ni siquiera arcos trilobulados, Tudor, peraltados, de herradura, ojivales, de lanceta ni equiláteros, que muy probablemente tienen aspecto de asas de cesta aunque sin señal alguna de sillar de clave, pilar, albanega, dovela, dovela basal o imposta.

~~Imaginenselo. En sueños~~

[176]

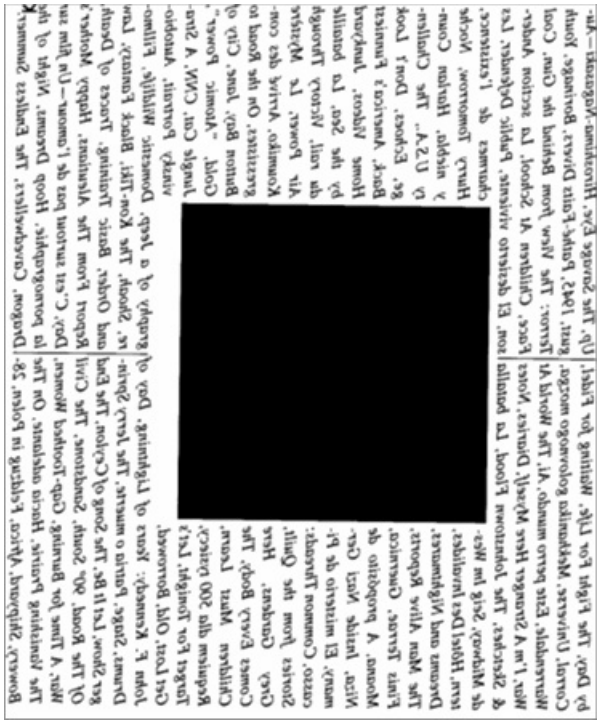
[177] Andy Grunberg, “Ask It No Questions: The Camera Can Lie”, *The New York Times*, 12 de agosto de 1990, sección 2,1,29. Todo lo cual reitera de muchas maneras lo

que Marshall MacLuhan ya anticipó al escribir: “Decir que ‘la cámara no miente’ es limitarse a subrayar los múltiples engaños que ahora se practican en su nombre”.

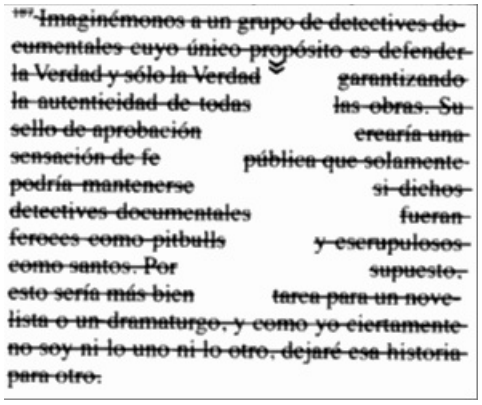
[178] 

[179] Ver el capitulo 20 de Truth Needs No Ally: Inside Photojournalism, de Howard Chapnick (University of Missouri Press, 1994).

[180] William J. Mitchell, The Reconfigured Eye: Visual Truth in The Post-Photographic Era (The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1994), p. 8.

[181] 

[182] Murphy Gruner, Document Detectives (Pantheon, Nueva York, 1995), p. 37.187



O en ingles, Truth & Truth, que se puede convertir en las siglas TNT. Por tanto, Verdad y Verdad se convierte en otro nombre del nitrato de tolueno o $C_7H_5N_3O_6$ —que noy que confundir con el $C_{16}H_{10}N_2O_2$—, o bien. Dicho en una sola palabra, el trinitrotolueno. El TNT[188] transmite por tanto una extraña coalición de sentidos: por un lado la idea de duración y trascendencia y por otro lado la de violencia y extrema inflamabilidad.

[188] Que también son las siglas de los Transmisores Neurales Tecnologicos (TNT), [189] otro juego de palabras y una historia que no tiene nada que ver con esta.

[189] O, tal como Lude señaló una vez, también significa Tetas & Traseros, es decir, algo explosivo, es decir, algo orgásmico, es decir, un juego de palabras que de pronto se multiplica y lo convierte todo en algo distinto, y que ahora, mientras me pongo al dia, adonde he ido y adonde no he ido y a qué será mejor que vuelva, es muy posible que no haya sido en absoluto un juego de palabras, sino una pura y simple bifurcación de la verdad, con una "y" añadida para conferirle unidad. Una semilla en el seno de otra forma de unidad semejante, y atención, que aqui hay un eco a mano. Es muy posible que sea mejor tomar como punto de partida la articulación del conflicto: la Verdad y sólo la Verdad lo es todo, a fin de cuentas, o no lo es. En otras palabras, tal como lo escribió Zampanó.[196]

[183] Jennifer Rale me contó que había ido a visitar a Zampanó siete veces: "Le gustaba que le enseñara términos del cine. Ya sabes, las típicas palabras de crítico de cine. Las que usa Christian Metz y toda esa gente. También le gustaba que le leyera algunos de los chistes que había encontrado en Internet. Pero sobre todo, yo le describía películas que había visto hacía poco". Eraser era una de ellas.

[184] “El efecto de realidad” de Roland Barthes, recogido en su versión inglesa en *French Literary Theory Today*, edición de Tzvetan Todorov (Cambridge University Press, Cambridge, 1982), pp. 11-17.

[185] William J. Mitchell, *The Reconfigured Eye: Visual Truth In The Post-Photographic Era*, p. 27.

[186] Sonny Beauregard,“Worst of Times”, The San Francisco Chronicle, 4 de julio de 1995. C-7, columna 2. Es difícil pasar por alto la cuestión de la reciente y muy inquietante La Belle Niçoise et le Beau Chien. Como muchos ya saben, la película retrata el asesinato de una niña en un tono tan cómico que fue inmediatamente declarada la reina del baile en el palacio de lo grotesco, recibiendo galardones en Sundance y Cannes, consiguiendo acuerdos de distribución internacional y pasando a engrosar el canon en compañía de David Lynch, Luis Buñuel, El Bosco, Charles Baudelaire e incluso el Marqués de Sade, hasta que, por supuesto, se descubrió que aquella niña lituana había existido en la vida real y que en efecto había sido asesinada, y que el asesino no había sido otro que el adinerado director de la película. Se trataba de una película *snuff* rodada con muchos medios y vendida como película de arte y ensayo. Al final, *Underground*, de Emir Kusturica reemplazó a *Niçoise* como ganadora de la *Palma* de Oro en Cannes; una película igualmente absurda y aterradora pero agradecidamente ficticia. Sobre Yugoslavia.

El expediente Navidson tiene aspecto de documental crudo y hecho con poquísimo dinero. *La Belle Niçoise et le Beau Chien* tiene aspecto de película hecha con abundancia de medios. Las dos obras se parecen en un sentido: en ambas se pone en duda aquello que se podría creer, en el caso de *Niçoise* porque uno depende del sentido moral del cineasta y en el caso de *El expediente Navidson* porque uno depende del sentido moral del mundo. Ambos son presupuestos que ninguna de ambas películas merecen. Tal como comentaría Murphy Gruñen "Maltrechas o sofisticadas: ustedes eligen".

[187] Los registros se hicieron públicos en el artículo de Phillip Newharte, "The House The I. R. S. Didn't Build", publicado en *Seattle Photo Zine*, v. 12,188, pp. 92-156.

[188] Pese a afirmar en el capítulo I que "el material más interesante que se ha publicado trata exclusivamente de la interpretación de los acontecimientos internos de la película", Zampanó también ha acabado discutiendo sobre las "antinomias tales como hechos o ficción, representación o artificio, documento o broma" que se dan en el seno de *El expediente Navidson*.[196] No tengo ni idea de si lo hace a propósito o no. A veces estoy seguro de que sí. Otra veces estoy seguro de que todo esto no es más que un puto desastre enorme.

[196] Cont. de la 195. Lo cual, caso de que no os hayáis percatado, está completamente relacionado con la historia de Connaught B. N. S. Cape, que vio a cuatro asnos aventándose… Porque ya sabemos que solamente puede haber una conclusión, sin importar el esfuerzo, el residuo permanente, la letra o hasta la fe —ni luz del día ni resplandor de las estrellas, ni siquiera una linterna al rescate—, no hay más que el adiós amigos, una zambullida enorme, por mucho que sea cierto que el señor Cape se encontró con cuatro burros que se aventaban con los cascos…

La mente me iba a cien mientras recorría los pasillos de la Virgin Megastore, intentando recordar la melodía de una letra de canción, cambiando de opinión para abrir una puerta, tampoco sé cuál, aunque es posible que fuera una de las que yo tenía dentro, y fue entonces cuando me encontré con Hailey, la cara trastornada, un cuerpo increíble, dieciocho añitos nada más, fumando como una chimenea, con un aliento de persona que vive en la calle pero una mirada pura de ojos luminosos y un cuerpo increíble, de manera que la saludé y sin pensarlo dos veces le propuse que se viniera a mi *casa* a escuchar algunos de los discos compactos que me acababa de comprar, convencido de que ella me diría que no, así que me llevé una sorpresa cuando ella aceptó y se vino conmigo, y pusimos la música y nos fumamos una pipa de maría y llamamos a Pink Dot, aunque no nos trajeron los bocadillos y la cerveza hasta que ya estábamos desnudos y debajo de las sábanas y corriéndonos como las tierras durante un terremoto (ya era la segunda vez), y entonces comimos y bebimos y Hailey sonrió y su cara pareció menos trastornada, y hasta se le quedó una sonrisa natural y amable y pacífica mientras yo notaba cómo me iba quedando adormilado a su lado, pero Hailey no debió de entender nada, puesto que cuando me desperté un poco más tarde ella ya se había ido, sin dejarme ni una nota ni un número de teléfono.

Unos días después la oí en el consultorio sentimental de la KROQ, esta vez empapada de lluvia púrpura, explicándole a la doctora Drew y a Adam Carolla que yo —"un tipo que vivía en un estudio maloliente lleno de libros y papeles escritos por todos lados, ¡por todos lados!, y con las paredes cubiertas de dibujos extraños, todos de color negro. Yo no

podía entender nada de aquello"— me había quedado dormido y me había puesto a gritar y vociferar cosas terribles en sueños, cosas relacionadas con sangre y mutilaciones y otras %&#@ igual de locas, y todo aquello la había asustado, o sea que, ¿había estado mal por su parte marcharse, a pesar de que el tipo le hubiera parecido normal antes de dormirse?

En aquel momento me recorrió la espalda un escalofrío muy desagradable. Yo llevaba todo aquel tiempo creyendo que el tontear y la bebida y el sexo habían acabado con la terrible oleada de miedo. Estaba claro que me equivocaba. Lo único que habían hecho con el miedo había sido empujarlo hacia otro lugar. Se me revolvió el estómago. El hecho en sí de gritar cosas ya era malo, pero la idea de que también hubiera asustado a alguien por quien yo únicamente sentía cariño lo hacía mucho peor.

¿Acaso gritaba todas las noches? ¿Y qué decía? ¿Y por qué demonios no me acordaba de nada por las mañanas?

Me aseguré de que mi puerta estaba cerrada con llave. Regresé al cabo de un segundo para echar la cadenilla. Necesitaba más cerraduras. Mi corazón empezó a latir desbocado. Me retiré a una esquina de mi habitación, pero eso no me ayudó. Mierda, mierda, mierda… Tampoco me estaba ayudando. Era mejor ir al cuarto de baño, probar a echarme agua en la cara, intentar lo que fuera. Pero no podía mover ni un músculo. Algo se me estaba acercando. Lo oí fuera de mi apartamento. Noté las vibraciones. Aquella cosa estaba a punto de hacer añicos la puerta del pasillo para entrar, mi puerta, aquella Cosa que Caminaba en las Tinieblas, de cuyo rostro la tierra y los cielos ya hacía mucho tiempo que habían huido.

Luego las paredes crujieron.

Todas mis ventanas se hicieron añicos.

Más un aullido que un chillido.

Mis tímpanos se tensaron hasta romperse.

La cadenilla se partió.

Yo estaba intentando desesperadamente alejarme a gatas, pero ya era demasiado tarde. Ya no se podía hacer nada.

Aquel hedor espantoso regresó, y con él vino una escena que llenó mi apartamento y lo volvió a pintar, pero ¿con qué? ¿Y qué clase de pinceles estaba usando? ¿Qué clase de pintura? ¿Y por qué aquel olor?

Oh, no.

¿Cómo sé yo esto?

No puedo saber esto.

El suelo que piso se hunde en el vacío.

Lo que pasa es que antes de hundirme, lo que sucede ahora regresa a lo que supuestamente sucedió entonces, y que al final no sucedió en absoluto. Las paredes sobrevivieron, el cristal aguantó y lo único que desapareció fue mi horror, remitiendo en forma de esa estela caótica que siempre dejan hasta las cosas más racionales.

Aquí estaba, pues, el lado más oscuro del capricho.

Intenté relajarme.

Intenté olvidar.

Me imaginé a una serie de viajeros hastiados acampados en el margen de un camino desolado, en una tierra desolada, contando una historia para disipar sus dudas, para envolver sus miedos de distracción, risas y canciones, la ilusión colectiva de una visión urdida por encima de su hogar portátil de yesca y leña, con los ojos iluminados por la magia divina, nacidos allí donde las líneas de perspectiva acaban juntándose, o eso piensan ellos. Lo que pasa es que esas estrellas jamás nacen en unos horizontes tan lejanos. La verdad es que la luz viene de su propia reunión y de su propia conversación, rodeando ese fuego que han creado y alimentándolo y manteniéndolo con vida durante toda la noche, hasta que de forma inevitable, al llegar la mañana, fría y apagada, las canciones ya se han terminado, las historias se han perdido o han sido robadas, ya se han comido la sopa y las brasas ya están negras. No quedan ni las semillas de un juego de palabras para distraer la mente caprichosamente, y *tropos* está en el centro de la palabra "tropo" y significa "dar un giro".

Aunque es posible que hayan cantado una canción:

La loca sale de viaje otra vez,
escupe en el suelo todo lo que es.
Un viejo me dice que es la más enferma,
no tuve tanto miedo en la vida entera.

Puede que el corazón siga siendo el fuego del hogar, pero de pronto tengo demasiado miedo para continuar, y además, aquí no hay ningún hogar y estamos a finales de junio. Jueves. Casi mediodía. Y ya no me queda ni un botón en la chaqueta de pana. No sé por qué. Lo siento, Hailey.[197] No sé qué hacer.

Es posible que las cerraduras hayan aguantado, y también la cadenilla, pero mi habitación sigue oliendo a visceras, una inundación de entrañas desparramadas de pared a pared, restos troceados de cascos de animal y manos humanas, pelo apelmazado y hueso, todo lo cual ha pintado el techo y ha empapado el suelo. Deben de haberse pasado días troceando para no dejar más que esto. Ni siquiera las moscas se quedan el tiempo suficiente. Connaught B. N. S. Cape ha sido asesinado junto con sus burros, pero nadie sabe quién lo ha hecho.

Pues, que nosotros sepamos, no puede haber escapatoria.

Ya estoy demasiado lejos de aquí para saber nada o conocer a nadie.

Ni siquiera me conozco a mí mismo.

[197] Después de que se publicara la primera edición en Internet, se recibieron varias respuestas por correo electrónico, ésta entre ellas:

> Creo que aquí Johnny se ha pasado un poco. Os quería escribir para explicároslo. La verdad es que nos lo pasamos bastante en grande (aunque sus gritos fueron muy raros y de verdad que me asustaron). Él fue muy amable y tierno, y también un poco bruto, pero aun así nos lo pasamos muy bien.
>
> Me ha dolido lo que ha escrito sobre mi aliento. Decidle que me he estado cepillando más los dientes e intentando dejar de fumar. Pero hay una cosa que no ha mencionado. Me dijo cosas muy bonitas de mis muñecas.

Me sabe muy mal que haya desaparecido. ¿Tenéis alguna idea de qué le ha pasado?

Hailey, 13 de febrero de 1999

(N. de los Ed.)

[189] Error. Tendría que poner "a por él".

[190] (Aquí no debería haber ningún punto y final.) Ver también The Labyrinth, de Saúl Steinberg (Harper & Brothers, Nueva York, 1960) [k]

[191] Véase el capítulo diez de *Sketches: The Process of Entry*, de Denise Lowery (University of Arkansas Press. Fayetteville, Arkansas, 1996).

[192] Chris Thayil, "Travel's Legacy", publicado en *National Geographic*, v. 189, mayo de 1996, pp. 36-53.

[193] Falta la cita. (N. de los Ed.)

[194] Ídem. Es curioso, pero Dahl no se plantea por qué la casa nunca se abre a lo que está necesariamente fuera de ella.

[195] Véase también *American Psychology: The Ownership OfSelf*, de la doctora Helen Hodge (University of Kentu- cky Press, Lexington, 1996), donde puede leerse lo siguiente:

> ¿Qué es el aburrimiento? Las repeticiones interminables, como por ejemplo los pasillos y las habitaciones de Navidson, que se encuentran completamente vacíos de descubrimientos tipo *Myst* [véase Chad; p. 99], lo cual nos lleva a perder el interés. ¿Qué hace que las cosas sean excitantes? O mejor todavía: *¿Qué cosas* son excitantes? Aunque existen variaciones de grado, siempre nos excitará algo que nos atraiga, nos influya o, más simplemente, nos involucre. En esos pasillos y escaleras interminablemente repetitivos no encontramos nada que nos permita conectar con todo ello. Ese lugar permanentemente extraño no nos interesa. Nos aburre. Y no hay más que decir, salvo que el aburrimiento no existe. En realidad el aburrimiento es un mecanismo de defensa psicológica que nos protege de nosotros mismos, de la parálisis total, reprimiendo, entre otras cosas, el significado del lugar en cuestión, que en este caso es y siempre ha sido el horror.

Véase también el ensayo de 1934 de Otto Fenichel "The Psychology of Boredom", en el que describe el aburrimiento como "una desagradable experiencia de falta de ímpetu". Kierkegaard va un poco más allá y comenta que "el aburrimiento, la extinción, son precisamente la continuidad de la nada". Por su parte, William Wordsworth escribe lo siguiente en su prefacio a *Baladas líricas* (1802):

> ¡Por supuesto que el sujeto es importante! Porque la mente humana es capaz de excitarse sin que se le apliquen estímulos toscos y violentos; y ha de tener una percepción muy tenue de la belleza y la dignidad de dicha mente quien no sepa esto, y también quien no sepa que un ser se eleva por encima de otro en la medida en que posee esta capacidad [… Una] multitud de causas, desconocidas en épocas antiguas, actúan ahora combinando esfuerzos para embotar los poderes de

> discernimiento de la mente, haciéndola menos adecuada para toda clase de trabajo voluntario hasta reducirla a un estado de embrutecimiento casi salvaje. Las causas más eficaces en este sentido son los enormes acontecimientos nacionales que tienen lugar todos los días y la incesante acumulación de hombres en las ciudades, donde la uniformidad de sus ocupaciones produce un ansia de incidentes extraordinarios, que la rápida comunicación de informaciones satisface a cada hora. A esta tendencia de la vida y las costumbres se han adaptado la literatura y los espectáculos teatrales del país.

Véase *Boredom, Selfand Culture*, de Sean Healy (Fairleigh Dickinson University Press, Rutherford, N. J., 1984); *Boredom: The Literary History ofa State ofMind*, de Patricia Meyer Spacks (University of Chicago Press, Chicago, 1995); y también *Perversity In Dullness… and Vice-Versa*, de Celine Arlesey (Blederbiss Press, Denver, 1968).

[196] Falta la cita. (N. de los Ed.)

[197] Günter Nitschke, "Anatomie der gelebten Umwelt" (*Bauen + Wohnen*, septiembre de 1968).[206]

[198] Christian Norberg-Schulz, *Existence, Space & Architecture*, p. 13.

[199] Michael Leonard, "Humanizing Space", en *Progressive Architecture*, abril de 1969.

[200] Kevin Lynch, *The Image ofThe City* (The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1960), p. 4.

[201] J. Piaget y B. Inhelder, *The Child's Conception of Geometry* (Basic Books, Nueva York, 1960), p. 6.

[202] De eso no hay duda. Mi miedo ha ido a más. Oír cómo Hailey describía de esa manera mis gritos por la radio me ha trastornado mucho. Ya no me despierto cansado: ahora me despierto cansado y con miedo. Me pregunto si la ronquera que tengo por las mañanas es sólo por efecto del sueño o más bien de mis intentos inarticulados de poner nombre a mi horror. Sospecho de los sueños que no puedo recordar, de las palabras que solamente pueden oír los demás. También me he dado cuenta de que tengo la parte interna de las mejillas mutilada, de que me cuelgan jirones de carne rosada en la oscuridad húmeda de la boca, probablemente como resultado de rechinar los dientes y darle a la mandíbula y de todo ese mascar sin sentido. Me duelen los dientes. Me duele la cabeza. Tengo el estómago hecho una mierda.

Hace unos días fui a ver a un tal doctor Ogelmeyer y le conté todo lo que pude recordar de mis ataques y de la espantosa ansiedad que me agobia a todas horas. Él me dio cita con otro médico y una receta. Todo duró menos de media hora y contando la medicación me costó casi ciento setenta y cinco dólares.

Rompí la tarjeta de la cita y cuando volví a mi estudio cogí mi aparato de radio con reproductor de CD y lo saqué a la calle con un letrero de "Se vende". Al cabo de una hora pasó un tipo al volante de un Infiniti y me lo compró por cuarenta y cinco dólares. Luego llevé todos mis CDs a la tienda Aaron's que hay en Highland y me saqué casi cien dólares.

No tuve más remedio. Necesitaba el dinero. Y también el silencio.

De momento no me he tomado la medicación. Se trata de alguna clase de sedante de gama baja. Diez copos de color azul tiza. Los odio. Tal vez cambie de opinión cuando sea

de noche. Los coloco formando una pulcra hilera en la encimera de la cocina. Pero al final se hace de noche y aunque mi miedo arrecia hasta lo indecible, esas pastillas me asustan todavía más.

Desde que salí del laberinto, tras soportar todos aquellos enredos, las sugerencias incompletas, las enloquecedoras fugas y la falta de conclusión de todo el puto capítulo, he ansiado espacio, luz y alguna clase de claridad. Cualquier clase de claridad. Simplemente no sé cómo encontrarla, aunque el hecho de quedarme mirando esas píldoras espantosas únicamente amplifica mi determinación de hacer algo, lo que sea.

Por gracioso que resulte —sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de drogas que siempre he presumido de consumir—, esas bolitas, parecidas a puntos, protuberantes y peculiares, cada vez me dan más la impresión de ser una especie de Braille secreto donde está escrito el final de mi vida.

Tal vez si tuviera seguro médico; si ciento setenta y cinco dólares significaran que estoy veinticinco por encima de lo que puedo desgravar, pensaría de manera distinta. Pero no significan eso, de modo que no lo pienso.

Que yo sepa, en el sistema sanitario de este país no hay sitio para mí, y aunque lo hubiera no estoy seguro de que significara nada. Algo en lo que no pude parar de pensar mientras estaba sentado en aquella oficina siniestra, sin apenas echar un vistazo a los números de *National Geoqraphic* o de *People*, simplemente esperando a que aquella gente terminara con todo el jaleo de procedimientos y papeleos, hasta que llegó el momento, y no llegó precisamente rápido, en que me tocó responder a una llamada, la llamada de una enfermera, la cual me llevó por un pasillo y luego por otro y luego otro más, hasta que me encontré solo en un cuartucho diminuto que olía a rancio. Y allí volví a esperar, esta vez a que cumplimentaran una serie de procedimientos y rutinas distintos todos aquellos administradores de medicina con sus togas blancas, el doctor Ogermeyer y sus amigos, que con su misma ausencia me obligaron a preguntarme qué pasaría si realmente estuviera mal de salud, tan mal de salud como pobre soy ahora, ¿cuánto tiempo me tocaría esperar? ¿Cómo de diminuto y maloliente sería este cuartucho? Y si quisiera marcharme, ¿lo haría? ¿Podría hacerlo? Tal vez ni siquiera sabría cómo irme. Encarcelado para siempre en los pasillos de algún centro espantoso. Recluso 5.051. Detenido para mi propia protección. 0 algo igual de espantoso: n.e 5.051, no detenido para su propia protección. Abandonado a su suerte en los igualmente feroces e infernales pasillos de la indigencia.

Para decirlo de forma educada: ni hablar, hostia.

Sé lo que significa volverse loco.

Antes de meterme ahí prefiero morirme.

Pero primero tengo que averiguar si es ahí adonde estoy yendo en realidad.

Tengo que dejar de quedarme pasmado ante mi miedo.

Tengo que oír qué es lo que grito.

Tengo que acordarme de lo que sueño.

Cojo los sedantes, esas zetas sin zeta, y los aplasto uno a uno entre los dedos, dejando que el polvillo caiga al suelo. Luego localizo todo el alcohol que he ido escondiendo por

mi estudio y lo tiro por el desagüe.

Luego arranco hasta la última semilla y cogollo de hierba y lo tiro todo al retrete junto con los números de todos mis camellos. Al final encuentro unas viejas láminas de ácido junto con unos éxtasis escondidos en un paquete de arroz. También los tiro.

Se sabe que el consumo de MDMA, alias éxtasis, alias "E", alias "X", produce epilepsia, sobre todo cuando se toma en grandes cantidades.

Hace ocho meses tomé más de la cuenta, sobre todo Ángeles Blancos, aunque también añadí a la fiesta unos cuantos Canarios, Monigotes, Bolas de Nieve, Huracanes, Pasillos, Mariposas, Diablos de Tasmania y Mitsubishis, y hablo de una fiesta que duró un mes, básicamente el mes previo a Acción de Gracias, aunque eso ya es otra historia.

Anda que no hay historias…

Tal vez tenga suerte y descubra que este miedo espantoso que me carcome día y noche no es más que la onda expansiva provocada por un exceso de burdas sustancias químicas que lleva demasiado tiempo organizándome algaradas en el cerebro. Tal vez si me limpio el organismo pueda llegar a un remanso donde disfrutar de un poco de paz.

Aunque tal vez al encontrar mi remanso solamente me convertiré en una presa más fácil para el verdadero terror que me persigue, que acecha fuera del perímetro, más allá de las hierbas altas, de los matorrales, de esa arboleda de ahí, oculto por las sombras y la podredumbre, pero con suficiente presencia como para resucitar dentro de mí toda una serie de reflejos vetustos, para dirigirse a una protuberancia inexistente en la base de mi espinazo y ordenarle que tiemble, para hacer que se me dilaten las pupilas, que me fluya la adrenalina, mientras el instinto me ordena que corra.

Pero para entonces ya será demasiado tarde. La distancia será excesiva. Y tampoco es que haya en realidad ningún lugar donde esconderse.

Por lo menos yo tendré pistola.

Me compraré una.

Y luego me quedaré ahí encogido y esperaré.

Fuera suenan disparos. Muchos. De hecho, uno suena igual que la detonación de un cañón de artillería. De pronto la ciudad está en guerra y yo estoy confundido. Cuando voy a la ventana, un chorro de luz me saca de mi engaño, aunque la revelación no está exenta de cierta ironía.

Por un momento me había olvidado de la fecha.

Es 4 de julio.

El cumpleaños de este país. Caray.

Y me doy cuenta de que eso significa que me he olvidado de mi cumpleaños. Un día que resulta que se me pasó en brazos de Hailey, nada menos. Qué os parece: me acuerdo de los inicios de un país al que le importo tres pares de cojones, y que es posible que si tuviera oportunidad me estrangularía, pero no me acuerdo de mis propios inicios; y lo más seguro es que yo sea el único ser vivo que estaría dispuesto a intentar en mi defensa eso tan complicado de juntar tres pares de cojones.

Lo cual podría suscitar alguna clase de sonrisa, si a estas alturas no me hubiera dado cuenta de que la ironía es una Línea Maginot que trazan los ya condenados, lo cual, por raro que parezca, no me hace sonreír.

[203] Ver *La Poétique de L'Espace*, de Gaston Bachelard (Presses Universitaires de France, Paris, 1978), p. 78, donde el autor observa lo siguiente:

> Françoise Minkowska a exposé une collection particulièrement émouvante de dessins d'enfants polonais ou juifs qui ont subi les sévices de l'occupation allemande pendant la dernière guerre. Telle enfant qui a vécu cache, à la moindre alerte, dans une armoire, dessine longtemps après les heures maudites, des maisons étroites, froides et fermées. Et c'est ainsi que Françoise Minkowska parle de "maisons immobiles", de maisons immobilisées dans leur raideur: "Cette raideur et cette immobilité se retrouvent aussi bien à la *fumée* que dans les rideaux des fenêtres. Les arbres autour d'elle sont *droits*, ont l'air de la garder" …
>
> A un détail, la grande psychologue qu'était Françoise Minkowska reconnaissait le mouvement de la maison. Dans la maison dessinée par un enfant de huit ans, Françoise Minkowska note qu'à la porte, il y a "une poigné; on y entre, on y habite". Ce n'est pas simplement une maison-construction, "c'est une maison-habitation". La poignée de la porte désigne évidemment une fonctionnalité. La kinesthésie est marquée par ce signe, si souvent oublié dans les dessins des enfants "rigides".
>
> Remarquons bien que la "poignée" de la porte ne pourrait guère être dessinée à l'échelle de la maison. C'est sa fonction qui prime tout souci de grandeur. Elle traduit une fonction d'ouverture. Seul un esprit logique peut objecter qu'elle sert aussi bien à fermer qu'à ouvrir. Dans le règne des valeurs, la clef ferme plus qu'elle n'ouvre. La poignée ouvre plus qu'elle ne ferme.[213]

Véase también el artículo de Anne Balif en que cita los comentarios de la doctora F. Minkowska sobre *De Van Gogh et Seurat aux dessins d'enfants*, catálogo ilustrado de una exposición celebrada en 1949 en el Musée Pedagogique de Paris.

[213] "Françoise Minkowska ha expuesto una colección particularmente conmovedora de dibujos de niños polacos o judíos que padecieron las sevicias de la ocupación alemana durante la última guerra. El niño que ha vivido escondiéndose en un armario a la menor alerta suele dibujar, después de aquellas horas malditas, casas estrechas, frías y cerradas. Y así Françoise Minkowska habla de 'casas inmóviles', casas inmovilizadas en su rigidez: 'Esa rigidez y esa inmovilidad se encuentran igualmente en el humo y en las cortinas de las ventanas. Los árboles que la rodean son rectos, parecen vigilarla'.

"Con un solo detalle, la gran psicóloga Françoise Minkowska reconocía el movimiento de la casa. Françoise Minkowska observa que en la puerta de la casa dibujada por un niño de ocho años hay 'un tirador; se entra en ella, se habita'. No es sencillamente una casa-construcción, 'es una casa-habitación'. El tirador de la puerta designa evidentemente una funcionalidad; la anestesia está señalada por este signo, tan frecuentemente olvidado en los dibujos de los niños 'rígidos'.

"Observemos bien que el 'tirador de la puerta' no podría dibujarse a la misma escala que la casa. Es su función la que se superpone a toda preocupación de tamaño. Traduce

una función de apertura. Sólo un espíritu lógico puede objetar que sirve tanto para cerrar como para abrir. En el reino de los valores, la llave cierra más que abre. El tirador abre más que cierra." Traducido por Ernestina de Champourcin, Gaston Bachelard, La poética del espacio (México, Fondo de Cultura Económica, 1957), p. 79. (N. de los Ed.)

[204] Véase, sin embargo, lo que dice Danton Blake en *Violent Verses: Cinema's Treatment of Death* (Hackett, Indianápolis, 1996).

[205] Errata. La "P" tendría que ser una "p" minúscula y tendría que haber un punto después de "empezar".

[206] Como probablemente ya habréis sospechado, no es tan sólo que Ken Burns jamás haya hecho ese comentario, sino que tampoco ha oído hablar jamás de El expediente Navidson, ni mucho menos de Zampand.

[207] O sea, Demerol.

[208] Fragmento de diálogo que, por supuesto, solamente cobra sentido cuando se conoce la historia de Navidson.[219]

[209] No sé qué del terror de la escalera.[221]

[221] "El poeta en el calabozo, desalmado y enfermo / pisotea un manuscrito con el pie convulso / mientras contempla con mirada inflamada de terror / el vacío de la escalera por la que se desploma su alma." (N. de los Ed.)

[210] Anne Kligman, "The Short List", publicado en *París Review*, primavera de 1995, pp. 43 y 44.

[211] "Serán separados." (N. de los Ed.)

[212] Se trata del magnífico *Es mentira, tío: Mi Ala Beni*? de Osicer Podot (Hineini Press, Portland, mayo de 1995), p. 97. Convendría señalar que mientras que Podot compara a Jacob con Navidson, "el atildado intelectual que reivindica su primogenitura", y a Esaú con Tom, "desaliñado y ligeramente aletargado, dando tumbos por la vida como un obtuso búfalo de agua", Oítarit Nemse en su artículo "Todo preciso", publicado en *Panegyric*, v. 18, 30 de julio de 1994, extrae la conclusión opuesta: "¿Acaso Navidson no es un cazador como Esaú, que va por ahí disparando con su cámara? ¿Y acaso la calma de Tom, que de hecho es una tranquilidad parecida al zen, no lo hace mucho más parecido a Jacob?".

[213] *Osicer Podot*, Es mentira, tío: Mi Ata Beni?, *p. 3.*

[214] Nota: Independientemente de quién consideréis que es Navidson y quién Tom, aquí incluyo un breve sumario para los que no estéis familiarizados con esta historia bíblica de gemelos. Esaú es un cazador peludo y medio tonto.

Jacob es un intelectual pulcro y astuto. Papá Isaac está encantado con Esaú porque el chaval siempre le trae carne de venado. Cuando por fin llega el día de otorgar la bendición paternal, Isaac promete dársela a Esaú en cuanto le traiga algo de carne. Así pues, mientras Esaú está de caza, Jacob, con la ayuda de su madre, se cubre las manos de pelo de cabra para que se parezcan a las de Esaú y luego se acerca a su padre ciego con un cuenco lleno de estofado. El truco funciona, y como Isaac cree que tiene delante a Esaú, le da su bendición a Jacob. Cuando el hermano de éste regresa, Isaac adivina lo que ha pasado, pero se ve obligado a decirle a Esaú que la bendición ya está dada y que no hay otra. Esaú se pone a berrear como un crío y jura que matará a Jacob. Jacob se escapa y

encuentra a Dios. Años más tarde los dos hermanos se reencuentran y hacen las paces, pero tampoco pasan mucho tiempo juntos. La verdad es que es una historia bastante triste. Ver Génesis, capítulos 25-33.

[215] Lo que sigue está lamentablemente incompleto. Denise Neiman, que ahora está casada y vive en Tel Aviv, afirma que ella trabajó en esta sección cuando estaba intacta.

—La verdad es que todo me pareció bastante brillante —me contó por teléfono—. Yo le ayudé un poco con el hebreo, pero la verdad era que él no necesitaba mi ayuda, salvo para ir apuntando lo que decía, que era un análisis increíble de las bendiciones paternas, de la rivalidad entre hermanos y de la primogenitura, y todo el tiempo estaba citando de memoria pasajes enteros de libros muy poco conocidos. Tenía una capacidad asombrosa para recitar al pie de la letra casi todo lo que había leído, y te lo aseguro, había leído un montón. Un personaje increíble.

"Tardamos casi dos semanas en transcribir todo lo que él tenía que decir sobre Esaú y Jacob.

Y luego yo se lo leí todo. Él hizo correcciones y al final conseguimos un segundo borrador, que a mí me pareció bastante pulido. —Denise respiró hondo. De fondo se oía el llanto de un bebé.

"Un día llegué a su casa y las páginas habían desaparecido. Además, él tenía los dedos vendados. Le pregunté por nuestro trabajo y al principio no me hizo caso, pero cuando insistí murmuró algo del tipo: "¿Qué más da? Al fin y al cabo están muertos, ¿no? O no vivos, como lo quieras llamar".

"Yo le dije que no lo entendía, de manera que él me contestó que era algo "demasiado personal", "un tema sin desarrollar", que estaba "mal ejecutado" y que era "un desastre absoluto".

"Me gruñó no sé qué de que nunca había existido ninguna bendición, lo cual a mí me pareció bastante interesante.

Que no había habido primogenitura, que todo había sido una treta engañosa y que los dos hermanos eran tontos, y en cuanto a la comparación con los gemelos Navilson [sic], de pronto me salió con que solamente era justificable si se podía comparar a *cualquier* pareja de hermanos con Israel y su hermano.

"No cabía duda de que Zampanó estaba trastornado, de manera que intenté prepararle algo de comer. Al final se avino y pasamos un rato leyendo libros sobre meteoritos.

"Me imaginé que la cosa se había acabado, pero cuando fui al cuarto de baño me encontré las páginas. 0 mejor dicho, encontré lo que quedaba de ellas. Unas estaban en la papelera, otras desperdigadas por el suelo, y sin duda bastantes de ellas perdidas dentro del retrete.

"Cuando empecé a recogerlas, descubrí también que muchos de los pedazos estaban manchados de sangre. Nunca llegué a enterarme de qué clase de ataque lo había llevado a romperlo todo, pero por la razón que fuera me sentí impulsada a salvar lo que pudiera, no por mí, sino por él.

"Me guardé todos los trozos arrugados en el bolsillo.

Después los puse en un sobre marrón y lo metí todo en el cajón de abajo de la cómoda. Supongo que confié en que algún día los encontraría y se daría cuenta de su error.

Por desgracia Zampanó nunca llegó a encontrarlos. Pero bueno, yo sí. Un montón de trocitos de papel manchados de sangre, tal como me había dicho Denise Neiman, todos referidos al mismo tema, aunque por alguna razón no terminaban de encajar entre ellos.

En más de una ocasión llegué a plantearme dejar todo esto fuera. Al final, sin embargo, opté por transcribir las partes que supuse que tenían algún significado, aunque yo no acabara de pillarlo.

Una cosa está clara: este episodio me trastornó. Hay algo espeluznante en toda su violencia y su sangre. 0 sea, ¿qué lo causó? ¿*Esto*? ¿Este ejercicio de academicismo hermético, incomprensible y pasado de rosca? ¿Es esto lo que lo causó? ¿0 hay algo más?

Tal vez fuera realmente *demasiado* personal. Tal vez él tuviera un hermano. 0 un hijo. Tal vez tuviera dos hijos. Quién sabe. Pero aquí lo tenéis. Todo lo que quedó. Retazos incoherentes.

Lástima que gran parte de su vida tuviera que escurrirse entre las líneas de sus propios textos.

[216] Tobias Chalmer, *J's Ironic Postures* (London University Press, 1954), p. 92. Chalmer, sin embargo, no tiene en cuenta lo escrito en Génesis 25: 25-26.

[217] *Norman J. Cohen*, Self, Struggle & Change: Family Conflict Stories in Genesis and Their Healing Insights for Our Lives (*Jewish Lights Publishing, Woodstock, Vermont, 1995), p. 98.*

[218] Robert Davidson, *Genesis 12-50* (Cambridge University Press, Cambridge, 1979), p. 122.

[219] Freed Kashon, *Esau* (Maavar Yab bok Press, Birmingham, Alabama, 1996), p. 159.

[220] Entrevista con Terry Borowska.

[221] Entrevistas personales con Damion Searle, An nabelle Whitten e Isaac Hodge. Del 5 al 23 de febrero de 1995.

[222] Perdido.

[223] Perdido.

[224] Íbid.,p. 112.

[225] "Todo preciso", de Oítarit Nemse, p. 176.

[226] Habría que mencionar el extraño error tipográfico que aparece en el texto de Aaron Stem: "Pero el ciego Isaac repitió su pregunta: '¿En verdad eres mi hijo Esaú?', a lo que el elegido respondió: 'Rosa', en vez de 'Lo soy'".

Aaron Stem, All God's Children: Génesis (Hesed Press, Nueva York, 1964), p. 62.

[227] Procedente del comentario de Robert Davidson: "Jacob peleó con un 'hombre' desconocido que resultó ser Dios, peleó y vivió para contarlo. En la historia se reúnen tantos elementos curiosos que solamente podemos suponer que tenemos entre manos una historia que ha tardado muchos siglos en alcanzar su forma presente, y que ha asimilado materiales, algunos muy primitivos, que se remontan a una época muy anterior a la de Jacob. Es como una vieja casa a la que se han añadido muchas partes nuevas, y que a lo largo de los años ha sido restaurada y renovada más de una vez", (p. 184).

[228] Perdido.

[229] Íbid.

[230] Íbid.

[231] Véase Génesis 27:24.[243]

[243] Error. Ver Génesis 27: 29.[244]

[244] El señor Truant también parece estar equivocado. La referencia correcta es Génesis 25: 27. (N. de los Ed.)

[232] Gershom Scholem, *The Messianic Idea in Ju- daism* (Schocken Books, Nueva York, *1971*), p. *133. Al* detenerse a reflexionar sobre la obra de Frank, Scholem no se olvida de señalar también el carácter cuestionable de Frank: "Jacob Frank (1726-1791) siempre será recordado como uno de los fenómenos más espantosos de toda la historia del judaismo: un líder religioso que, ya fuera movido por el interés puramente personal o por cualquier otra razón, fue en todos sus actos un individuo verdaderamente corrupto y degenerado", p. 126.

[233] Perdido.

[234] Osicer Podot, íbid, p. 897. Pero también significa [Perdido.]

[235] Íbid, p. 249.

[236] Teniendo en cuenta el capítulo VI, solamente las criaturas de Tom, nacidas de la ausencia de luz y moldeadas con sus manos desnudas, parecen capaces de existir en ese lugar, aunque son todas tan mutables como las letras y tan permanentes como la fama, un extraño bestiario en miniatura que no se lamenta de nada, que revela el contorno de unas vidas que en realidad únicamente son visibles para la imaginación.

Y esta noche, mientras copiaba la escena de más abajo, he empezado a encontrarme muy mal. Tal vez porque las payasadas de Tom solamente transforman de forma temporal ese sitio en algo que no es, aunque esa misma transformación tampoco carece de horrores; porque da igual cuántas criaturas proyecte sobre la pared de su tienda, no importa lo grandes o reales que puedan resultar, aun asi todas perecen en una marea de oscuridad. No hay Arca de Noé. No hay seguridad posible. No hay forma de sobrevivir. Y es posible que eso tenga algo que ver con el estallido que he tenido hoy en el Salón de Tatuajes.

Yo estaba sumido en una especie de aturdimiento inquieto. Todo el mundo estaba presente: Tambor, mi jefe y las visitas de costumbre, junto con un motero depravado al que le estaban tatuando un pulpo en el deltoides. El motero no ha parado de decir paridas sobre la permanencia de la tinta y supongo que al final me han afectado, porque me he puesto a aullar, y fuerte —muy fuerte—, escupiendo gotas de saliva y soltando mocos por la nariz.

—¿Permanente? —le he gritado—. Pero ¿tú qué eres, un puto chalado o qué?

Todo el mundo se ha quedado espantado. El motero podría haberme dado una lección sobre la falta de permanencia o por lo menos sobre lo expuesta que está la carne a la destrucción —en este caso mi carne—, pero también se ha quedado espantado. Tambor ha venido a mi rescate, me ha acompañado afuera a toda prisa y me ha ordenado que me tome el día libre.

—No sé en qué andas metido, Johnny, pero te está jodiendo a saco.

Luego me ha tocado el brazo y a mí me ha entrado un deseo instantáneo de contárselo todo. Allí mismo. Necesitaba contárselo todo. Por desgracia, estaba seguro de que ella

pensaría que estaba como una chota si me ponía a farfullar tonterías de animales y sombras chinescas, tan mutables como letras y tan permanentes como la fama, un extraño be… bah, a la puta mierda el resto. Me he tragado las palabras. Tal vez esté como una chota. De manera que he venido aquí. Lo cual, de una forma extraña e indirecta, me lleva al pequinés, a aquella historia del perro que mencioné hace un tiempo pero en la que no quise entrar. Pues bueno, he cambiado de opinión. El pequinés va aquí. Junto con las sombras chinescas de Tom.

Sucedió el diciembre pasado, un mes antes de que oyera hablar de Zampanó, al final de lo que había resultado ser un mes de noviembre bastante dramático, que comenzó el Día de Difuntos con la adquisición por parte de Lude de un montón de éxtasis, una parte del cual me vendió a mí a precio de mayorista.

—Colega, éste es nuestro pasaporte al paraíso —me dijo Lude, y por supuesto, tenía razón.

A quién le importaba que fuera otoño: parecía primavera. Lude hizo de guía, yendo de discoteca en bar, colándonos en fiestas de Bel Air, raves en el desierto y en todas las locuras de after hours de puertas abiertas celebrados en mansiones de Malibú de las que nos enterábamos. Parece increíble, pero daba igual cómo de celosamente vigiladas estuvieran aquellas fiestas, y hablo de cuerdas de terciopelo tan imposibles de traspasar como rollos de alambre de púas sin una granada: las pastillas eran nuestras granadas. Solamente teníamos que soltar una pastilla y el terciopelo se abría ante nosotros. Nos dejaban entrar en todos lados. Aunque ya nos sangrara la nariz de tanta cocaína, aunque tuviéramos los pulmones negros de cannabis o las gargantas resecas por el bourbon. El éxtasis seguía siendo algo completamente distinto, algo que constituía una evasión escalofriante del banquete habitual y que nos ofrecía una plétora de diversiones cargadas de embeleso. Y fue así como aquel mes —el novem o noveno, y el noviembre de siempre — Lude desapareció en su propia enramada de depravación, mientras que yo me alejé dando tumbos y no tardé en encontrar la mía.

No mucho más tarde. Lude me retransmitió con bastante efectismo su oficial y prodigioso recuento de aquel mes. Y por alguna razón, yo me sentí impelido a ponerlo por escrito.

LA LISTA DE LUDE

1/11 - Monique. 36. Encima de su lavadora. Ella se corrió durante el ciclo de aclarado. Él se corrió durante el ciclo de centrifugado. La secadora estaba rota.

3/11 - Mañana: Tonya. 23. Hispana. Dos veces. Noche: Nina. 34. Gargantilla de cuero. Botas hasta los muslos.

4/11 - Sparkle. 32. En un cenador que dominaba la fiesta.

5/11 - Kelly. 29. Bailarina. En la sauna del anfitrión.

6/11 - Gina. 22. Dijo por favor antes de hacer las peticiones más rocambolescas.

8/11 - Jennifer. 20. Desnuda a medianoche en la plataforma de saltos de la piscina de la USC.

9/11 - Caroline. 21. Sueca. En la máquina de caminar de su gimnasio. Poco después, un

tipo que sale con Monique (1/11) coge por banda a Lude. Resultó que sólo quería un poco de éxtasis.

10/11 - Susan. 19. Ella lo sorprendió con una lluvia dorada. Él la sorprendió con un impermeable.

11/11 - Tarde/noche: Brooke. 25. Medianoche: Marin. 22. Derramó .champán por toda la cama y le dijo a él que durmiera encima de las sábanas mojadas.

12/11 - Mediodía: Alison ¿¿¿¿24-28???? Noche: ¿???? 23. Lo hicieron con trajes de neopreno untados de lubricante. Ella no paraba de llamarlo O'Neill.

13/11 - Holly. ¿¿¿¿24-34???? Vietnamita.

14/11 - Dawn. 19. Leslie. 19. Melissa. 19. De San Diego. Fueron al Pleasure Chest juntos y se compraron su primer vibrador.

19/11 - Cindy. 20. Camarera. "Me aburro cuando no estoy usando la boca."

20/11 - Erin. 21. Judía. En un probador de una tienda Gap.

21/11 - Betsy. 36. Después le pidió un collar de perlas. Lude le dijo que estaba sin blanca.

22/11 - Michelle. 20. Católica. Lo informó de que para el sexo anal solamente hacían falta vaselina y una almohada y que ella tenía las dos cosas.

25/11 - Stephanie. 18. Negra.

27/11 - Alicia. 23. Encima de los altavoces de su equipo de música. Unos altavoces enormes. Al parecer fue muy intenso. Con muchos bajos.

28/11 - Acción de gracias. Dana. 28. Piercing en el ombligo. Piercings en los pezones. Piercing en la funda del clítoris. Bailó para Lude sobre su cama y luego se masturbó hasta correrse. Al cabo de una hora follaron. Él no pudo correrse la segunda vez. Ella llamó a una amiga. Hicieron un 69 y jugaron a la mamada rusa, una variación de la ruleta rusa. Lude hizo de pistola y ellas se turnaron, a razón de treinta segundos cada una (él cronometraba); perdió la amiga de Dana (o ganó, dependiendo del gusto de cada uno).[YN]

[YN]
100 dosis de éxtasis;

12 baterías tipo AA;

media docena de tubos de lubricante KY;

4 cajas de condones (estriados ultrasensibles y con espermicida N-9); ropa sucia para hacer tres lavadoras;

2 trajes de neopreno; y una botella de champán.

Vaya mesecito.

Nota: Esta sección también suscitó varios emails:

Lude era un pedazo de capullo y un gilipollas de mierda. Puedes decírselo a él.

Clarissa
13 de abril de 1999

Lude fue divertidísimo. Dale mi nuevo número: 323
¿Sabes si le ha pasado algo? ¿Se ha ido
de Los Ángeles?
Y ¿qué hay de Johnny? ¿Qué eran todas aquellas lo¬curas del principio sobre armas y sangre? Me refiero a que, si la sangre no era la suya, ¿de quién era?

Natalie
30 de mayo de 1999

Eh, vosotras, hacen falta dos para bailar el tango.

Bethami
6 de junio de 1999

(N. de los Ed.)

Aunque está claro que mi lista no es tan épica como la de Lude, yo también tuve algunos encuentros aquel mes de noviembre.

Tres.

La primera fue Gabriella. Tenía el cuerpo cubierto por una marca de nacimiento terrible que le salía de la clavícula, le bajaba por un pecho y luego por la barriga y le llegaba a las piernas. También se le veían restos en las muñecas y los tobillos. Pero al tacto no se notaba. No tenía textura. La diferencia era puramente visual. Al principio ella apagó la luz, pero al cabo de un rato la cosa dejó de importar. Era una chica preciosa y amable y a mí me entristeció ver cómo se marchaba. Se fue a Milán a la mañana siguiente.

Luego vino Barbara. Había pasado mucho tiempo en la Mansión Playboy. Decía que no quería ser la chica del desplegable central pero que le gustaba el ambiente que se respiraba allí. Cuando nos metimos en su cama, ella me rasgó la camisa. Oí cómo los botones tintineaban en el suelo. Para la medianoche ya me estaba diciendo que me quería. Me lo dijo tantas veces que perdí la cuenta. Por la mañana, pese a las muchas pistas que le di, no se acordaba de mi nombre.

Y por fin me lié con Clara English. Solamente fue una noche, pero por lo menos el principio fue bien. Muchas copas, el repiqueteo risueño del subidón de la visión de rayos X que acabábamos de ingerir, bailes eróticos para los dos en el Crazy Girls y luego de vuelta a su casa para follar largo y tendido; lo que pasa es que no follamos mucho antes de que el hecho de que yo no le pudiera ver una serie de tics interiores desencadenara toda una serie de dudas primero y lágrimas después. Culpa mía por pedir que me dejara ver. No debería haberme dejado llevar por la curiosidad. Tendría que haberme dejado puestas las

anteojeras. Lo más seguro es que pudiera habérmela follado a pesar de las lágrimas. Pero no lo hice. Le presenté el clásico interrogante (¿?) y a ella ni siquiera se le pasó por la cabeza contestar con un chiste. Ni siquiera inventó alguna historia ridicula. No le hizo falta más que una frase para decirme lo de la violación.

Aquello detuvo las lágrimas. Las reemplazó una mala leche muy ensayada. Supongo que no puedo culparla. ¿Quién sabía cómo iba yo a reaccionar ante aquella clase de confesión? Aunque tampoco es que ella me diera exactamente oportunidad de reaccionar. De pronto me odiaba por saberlo, a pesar de que había sido ella quien me lo había contado.

Bueno, es cierto que se lo había preguntado yo. Sí, se lo había preguntado yo. Cuando la llamé al día siguiente me dijo que ya se había hartado de follar con tíos que tendrían que estar en un zoo y colgó antes de que me diera tiempo a preguntarle si me imaginaba con los felinos o con las aves.

Supongo que todavía pienso en ella. Aquella sonrisa permanente. Aquellos gestos desapegados. Aquella mirada aterrada siempre que no estaba perdida en algo tedioso, furiosa y rota, una imagen que invariablemente me devuelve la misma pregunta: ¿podrá recuperarse alguna vez Clara English o está herida de forma permanente, condenada a tambalearse bajo el peso de unos años desprovistos de sentido y de amor, hasta que llegue el día en que finalmente le fallen las piernas y desaparezca del mapa?

Desde entonces no he vuelto a verla. Tal vez ya haya desaparecido del mapa. Ahora, sin embargo, cuando miro la lista de Lude, ya no veo lo que escribí entonces. He añadido unos cuantos pensamientos más a lápiz. Son inventados, por supuesto. Todos ellos provienen del recuerdo de Clara.

Extraño.

Mientras duraba, aquel mes de noviembre me resultó de lo más divertido. Las drogas le sustraían toda repercusión. El sexo borraba todas las motivaciones. Ahora, sin embargo, han salido espinas a la superficie. Espinas muy afiladas. Mi feliz enramada se ha caído y está siendo sepultada por las malas hierbas y las hiedras venenosas. Y también la de Lude. Contaminada de dolor. Cargada de flores venenosas.

LA LISTA DE LUDE REVISADA

Monique - Su marido la ha dejado hace poco.

Tonya - Un ex y una orden de alejamiento.

Nina - Silencio

Sparkle - Colera

Kelly - Cuando tenia once años, su madre la obligó a practicarle sexo oral.

Gina - Se esconde de un acosador. El cuarto.

Caroline - Creció en una comuna. Tuvo su primer aborto a los doce años.

Susan - Dijo "Qué más da" dos docenas de veces, lo cual resulta elocuente. Tiene un agujero en el velo del paladar de tanta cocaína como toma.

Brooke - No siente nada.

Marin - Su tío iba y le metía los dedos.

Alison - Le mataron a su padre cuando ella tenía dieciocho años.

Leslie - A los catorce años la violó su profesor de gimnasia.

Dawn - Le tendieron una trampa para violarla el año pasado.

Melissa - Su ex novio la pegaba. Al final tuvo que operarse la nariz.

Erin - Sorprendió a su madre follándose a su novio.

Betsy - Una operación de reducción le dejó cicatrices irregulares alrededor de los pezones y por los dos pechos. Avergonzada antes y avergonzada ahora

Michelle - Comprometida.

Alicia - Perdió la virginidad con su padre.

Dana - Prostituta.

En cuanto a mi lista, mi Gabriella y mi Barbara, por no hablar de Amber y Cristina, de Lucy, Kyrie, Tatiana, la chavala australiana, Ashley, Hailey y supongo que otras —sí, ha habido otras—, quién sabe. Haced vuestras propias conjeturas. No hay duda de que vuestras apostillas serán más felices que las mías, aunque si lo son, está claro que no tenéis ni puta idea de lo que estáis hablando. Aunque tal vez me equivoque. Tal vez estéis en lo cierto. 0 sea, si habéis llegado hasta aquí, tal vez sí que sepáis de qué estoy hablando. Quizás hasta mejor que yo.

La gente habla a menudo de lo vacíos que son los rollos de una noche, pero aquí el vacío siempre ha sido otra forma de llamar a la oscuridad. Encuentros a ciegas escribiendo sonetos que nunca nadie podrá leer. Deseo y dolor comunicados en el vago idioma del sexo.

Yo no entendí nada de todo esto hasta mucho más tarde, cuando me di cuenta de que todo lo que yo creía haber conservado de mis encuentros se reducía a muy poco, apenas nada perduraba, nada más que sombras de amor que no delineaban apenas nada.

Y supongo que esto me remite finalmente a la historia que llevo todo este rato intentando contar, la de los heridos y el sitio en el que todavía me temo que vayan a acabar.

La historia de mi pequinés.

Para cuando llegó diciembre, ya se me habían acabado el éxtasis y la energía. Me pasé casi una semana con resaca y sin noción alguna de lo que me esperaba, abrumado por una montaña de culpa de origen incierto y una sensación cada vez mayor de desesperación. Una cosa estaba clara, sin embargo, y es que me hacía falta descansar.

A Lude no le importó, sin embargo. Me llamó una noche a las diez y una hora más tarde ya me estaba llevando a rastras al Opium Den, a aquella arenga de voces y ritmos amplificados, todos bien mezclados y con hielo, con una combinación de bourbon barato y bourbon del bueno, aunque sorprendentemente muy pocas palabras o sonrisas; del festin a la hambruna; ¿o era al revés?, hasta que ya se acercó el final de la noche y Lude, fijándose en mi soledad pero afianzado en sus propios planes para la madrugada, señaló al otro lado de la sala…

—Creo que es una estrella del porno —me gritó, aunque la música convirtió su grito en un susurro.

Yo eché un vistazo a la barra y vi de inmediato de quién me estaba hablando. Había muchas chicas pululando, pidiéndose cosmopolitans y cervezas, pero ella destacaba, literalmente, entre todas las demás. No en altura, eso no. No debía de medir más de metro sesenta y cinco. Una figura menuda, pelo rubio platino, demasiado delineador de ojos, unas uñas tan largas como cuchillos de cocina y unos labios rellenos de Dios sabe cuántas capas de tejido sacado del culo de algún cadáver. Pero eran sus tetas las que lo explicaban todo: eran enormes, y la palabra se queda corta. Estamos hablando de una copa F, de mares enteros sacrificados para llenar aquellas bolsas salinas, el mar Rojo para la izquierda y el mar Muerto para la derecha. Con la ayuda de la tormenta adecuada, probablemente podrían arrasar pueblos costeros enteros y tampoco habría garantías para las aldeas del interior.

—Ve a hablar con ella —me apremió Lude.

—¿Y qué le digo? —le grité/susurré yo. Perplejo.

—Pregúntale cómo de grandes son.

Sí que fui a hablar con ella, y estuvimos charlando un rato, aunque no hablamos de sus tetas, que no paraban de atraer mis ojos hasta su órbita, por mucho que yo intentara resistirme: una luna y un mar imposibles de separar. Resultó que a ella le gustaba escuchar o bien música country o bien Pantera, dependiendo de su humor, que en aquel momento era completamente inescrutable, mientras me echaba miradas con sus ojos inyectados en sangre por debajo de todo aquel delineador;

¿unos ojos tristes?, ¿borrachos?, ¿secos? ¿O simplemente enrojecidos de forma permanente? Después de veinte minutos largos de charla, una charla intercalada con incontables puntos muertos en la conversación, unos vacíos enormes e incómodos en los que yo siempre esperaba que ella carraspeara y se excusara, pero por alguna razón no lo hacía, sino que esperaba a que yo reanudara la conversación —¿acaso alguien podía llamar conversación a aquello? "¿Qué clase de música te gusta?" "El country." [Pausa larga]

"¿El country? ¿De verdad? ¿Mmm?" (Pausa larga] "Y Pantera." "¿El country y Pantera? ¿Ah, sí? ¿Mmm?"— y venga y dale hasta que por fin, al cabo de aquellos veinte minutos, la discoteca empezó a cerrar y los porteros comenzaron a conducir a la gente hacia las salidas. Y salimos los dos juntos. Ella había venido con una amiga de la que se despidió con la mano, olvidándose momentáneamente de mí; nada más despedirse, sin embargo, volvió conmigo y me pidió que la acompañara a su camioneta.

Mientras esperábamos a que cambiara el semáforo, me dijo que se llamaba Johnnie, aunque había gente que la llamaba Sled, pero que su verdadero nombre era Rachel. Esto es una forma sencilla de contar una serie mucho más complicada de preguntas, cuyas respuestas, vistas con la distancia del tiempo, probablemente fueran inventadas. Luego, cuando el semáforo cambió y cruzamos al lado este de Vine, nos encontramos en la esquina a un pequinés negro y de ojos saltones que no llevaba collar. Estaba sucio, asustado y obviamente sin dueño, con la nariz chata moqueando y el cuerpo entero temblando allí encogido en la acera mugrienta, inmóvil, por fin, después de quién sabe cuántas horas y cuántos días sin saber adonde ir. De todos modos todas las direcciones llevaban al mismo sitio. A su propio fin.

—Oh, pobrecito —dijo Johnnie con un arrumaco, y de pronto aquellos espacios fríos e indiferentes que habían quedado en nuestra conversación se llenaron de afecto y de preocupación, aunque parecía haber algún problema con las notas, no es que fueran disonantes ni estuvieran desafinadas ni tocadas a un tempo incorrecto, simplemente estaban mal: la melodía se habla visto despojada de ella misma, lo cual no implicaba que hubiera otra melodía, sino otra cosa distinta. Por lo menos ésa es la impresión que me da ahora. Por entonces apenas me enteré.

Pese a todo, fui yo el que recogió aquel bicho asustado y se puso a acunar su cabecita con la parte de dentro del brazo y a secarme los mocos en la manga de la chaqueta de pana sin botones, decidiendo al hacerlo —al enguarrarme— que me lo iba a llevar a casa. A la mierda la falta de espacio. No pensaba dejar que aquel animal se muriera, y mucho menos después de que me hubiera soltado los mocos en la chaqueta y me hubiera suspirado en los brazos. Pero Johnnie quería al pobrecito.

—¿Cómo es el sitio donde vives? —me preguntó.

—Un estudio —le contesté.

—Ni hablar —dijo ella, poniéndose cada vez más enfática e insistente, pese a que todo me lo dijo con aquella extraña melodía, no exactamente atonal, no sé, simplemente incorrecta. De manera que, a pesar de mi instinto, cedí. Al fin y al cabo ella tenía una casa en el valle, con jardín, la clase de sitio donde se supone que tienen que estar los perros.

—Una tierra de animales domésticos felices —lo llamó ella, y la verdad, teniendo en cuenta el agujero en el que yo habitaba, no hubo discusión posible. Le di el pobre pequinés a Johnnie y lo metimos juntos en la camioneta.

—Considérame la mamaíta de todos los seres abandonados —me dijo, y me dedicó una sonrisa extraña.

Johnnie terminó llevándome a mi casa. Por extraño que parezca, cuando nos paramos delante de mi edificio, no la invité a entrar. Ella pareció agradecida. Pero si me había saltado la invitación no era por ella. Algo parecía estar mal, pero que muy mal. Tal vez fuera el vacío que yo ya había empezado a experimentar, traído por el mes de noviembre, el novem o nueve y el noviembre de siempre. O tal vez fuera ella, sus pechos llenos de sal, su boca deformada, sus capas de maquillaje, toda su figura tan perfecta(mente grotesca) y todo eso con veinticuatro años que tenía, o eso me dijo, aunque más probablemente rondaría los seis mil años de edad.

Había algo en ella que me asustaba. Los dedos nudosos. Aquella mirada vacía, permanentemente fija en algún extraño continente de pizarra en blanco perdido bajo unos océanos vetustos, los océanos de ella, oscuros, rojos, muertos. Tal vez no. Tal vez fuera aquel cachorro de pequinés, su seguridad y su futuro. El pequinés y yo: un contrato de preocupación. Le froté la punta de las orejas, le acaricié el lomo y por fin salí de la camioneta y me despedí.

Mientras Johnnie se alejaba, volvió a ofrecerme aquella sonrisa en la que algo fallaba. Por un momento me quedé mirando cómo sus luces traseras se alejaban por la calle, todavía sintiendo incertidumbre pero ya un poco aliviado, hasta que, mientras me volvía para entrar en casa, oí un golpe.

Lo recuerdo todavía, con mucha claridad, un ruido extraño y espantoso. No muy fuerte.

De hecho, ligeramente hueco, nada más que eso: un golpe. Así. Pom. Me asomé calle abajo. Su camioneta ya no estaba, pero detrás de ella, en su estela, algo negro rodó hasta quedar bajo la luz de una farola. Algo que Johnnie había tirado por la ventanilla al pasar junto a los coches aparcados. Bajé corriendo por la calle, sintiendo no poca aprensión, hasta que me acerqué a aquel amasijo tirado a un lado de la calle y descubrí con gran desolación que mi aprensión estaba justificada.

Todavía hoy todavía no sé por qué lo hizo: mi pequinés abandonado, encontrado por primera vez en Vine, con los ojos saltones y la nariz chata y mocosa, y encontrado de nuevo no muy lejos de la puerta de mi casa, aquella misma noche, tirado junto a un coche con media cabeza hundida, un ojo roto que rezumaba una gelatina como de cristal y la lengua atrapada (y parcialmente segada) por la mandíbula cerrada. Debió de haberlo tirado con una fuerza tremenda. De hecho, con una fuerza casi inimaginable. Intenté imaginarme aquellas manos parecidas a garras cogiendo por el cuello a la pobre criatura y arrojándola por la ventanilla. ¿Acaso Johnnie se habría molestado en mirar lo que agarraba? ¿Acaso se había molestado en mirar

atrás?

Aquella misma semana Lude me contó que se había equivocado. Que Johnnie no era una estrella del porno. Que era otra persona. A quien él no conocía. ¿La conocía yo? No sé por qué no se lo conté. Probablemente porque lo que me estaba preguntando en realidad era si me la había follado, y ¿qué podía estar más lejos de lo sucedido? Yo, contemplando aquel perro sin vida, sin una gota de sangre, fijaos, solamente una sombra más parecida a un dibujo a carboncillo que nada, quieto y desprovisto de rasgos, flotando bajo un haz de luz amarilla de la farola. Ni siquiera pude decir nada, ni llorar ni gritar ni decir palabra. Tampoco pude sentir nada, el shock me poseyó por completo y me despojó de cualquier significado emocional, dejándome finalmente sumido en un debate descabellado sobre qué hacer con el cuerpo: si enterrarlo, llevarlo a la perrera o tirarlo al contenedor de la basura. Fui incapaz de decidirlo. De manera que me quedé allí en cuclillas, con las rodillas ardiéndome, llenándome por fin de la cantidad suficiente de aquel dolor distante que nos dice a todos, sobre todo cuando dormimos, que ya ha llegado el momento de moverse. Pero primero yo quería ponerle nombre a aquel perro, así que me empezaron a pasar listas por la cabeza, listas interminables que al final se agotaron. No había ningún nombre. Llegaba demasiado tarde. De manera que me limité a ponerme de pie y marcharme. Llamadme cabrón (y que os den), mi amigo pequinés estaba muerto. Ya era pasto para las hormigas. Por lo menos —razoné—, el cuerpo estaba bastante cerca de la acera. Los barrenderos se ocuparían de él por la mañana.

Otra madre de todos los seres abandonados.

[237] El tiempo se ha acelerado y yo no he hecho más que marcar su paso. Ayer parecía que estábamos a principios de julio y sin saber muy bien cómo un día me desperté a mediados de agosto. Cuando fui a trabajar todo el mundo se puso increíblemente incómodo y empezó a alejarse de mí. Mi jefe parecía estupefacto. Por fin me preguntó qué estaba haciendo y yo me limité a encogerme de hombros y a decirle que me iba a poner a montar agujas.

—Johnny, ¿te encuentras bien? —me dijo en un tono muy sincero y preocupado, sin una gota de sarcasmo, lo cual fue probablemente lo más raro.

—Supongo, más o menos —le contesté.

—He tenido que contratar a otra persona, Johnny —me dijo en voz muy baja, señalando a una jovencita rubia que ya estaba limpiando el almacén de atrás—. Llevas tres semanas sin venir.

Me oí a mí mismo murmurar: "¿Ah, sí?". Porque aunque era consciente de que me había saltado unos días, no sabía que hubieran sido tantos, aunque estaba claro que sí habían sido tantos; simplemente no había sido capaz de ir ni tampoco de llamar. De hecho, no había sido capaz de ir a ninguna parte y casi todo el tiempo me lo había pasado con el teléfono desconectado.

—Lo siento mucho —farfullé. De repente me sentía fatal, porque había dejado plantado a mi jefe y me daba cuenta de que en el fondo era buen tipo, aunque al mismo tiempo también me sentí un poco aliviado al saber que me había reemplazado. Aquello le quitaba un poco de gravedad a todo el asunto.

Mi jefe me dio mi último cheque y luego me apuntó un número.

—Métete en un programa, colega. Se te ve hecho una mierda.

Ni siquiera me preguntó si estaba enganchado, sino que se limitó a darlo por hecho, lo cual por alguna razón me hizo gracia, aunque contuve la risa hasta que estuve fuera. Una puta con zapatillas plateadas apretó el paso al pasar a mi lado.

Ya en mi estudio, me encontré con un mensaje de Kyrie. Hacía semanas que había tirado su número a la basura. De hecho, había tirado todos los números a la basura. Ya no se podía hacer nada. Me había escapado de todo el mundo. Así que borré su mensaje y volví a la casa.

En el fondo sabía que pronto me iba a hacer falta dinero, pero por alguna razón aquello no me preocupaba. Todavía tenía mi Visa, y después de vender el equipo de música había llevado a cabo mejoras sobre el silencio resultante insonorizando mi habitación con hueveras y también había contenido el resplandor del sol cubriendo las ventanas con tiras de papel de aluminio grapadas a cartones, todo lo cual me ayudaba a sentirme más seguro.

Ahora básicamente me guío por el reloj para medir el paso del tiempo, aunque sospecho que las manecillas adelantan y atrasan de forma intermitente, por lo que nunca estoy seguro de qué hora es exactamente. Tampoco importa. Ya no estoy atado al horario de nadie.

A modo de precaución, también he clavado toda una serie de cintas métricas en el suelo y he entrecruzado unas cuantas por las paredes. Así seguro que me doy cuenta de si se produce algún cambio. De momento las dimensiones de mi cuarto siguen fieles a sus medidas.

Por triste que resulte, a pesar de todo esto —de las seis semanas que llevo sin alcohol, sexo ni drogas— los ataques persisten. Ahora sobre todo mientras duermo. Me despierto de golpe con una sacudida, sin poder respirar, enredado en jirones de oscuridad, empapado en sudor y con el corazón luchando por rebasar las doscientas pulsaciones. No recuerdo qué visión me ha causado semejante apoplejía, pero da la impresión de que los goznes han terminado por venirse abajo y de que la cosa que estaba intentando entrar por fin lo ha logrado, que se me ha metido instantáneamente dentro, y a pesar de que sigo consciente, ahora se dedica a degollarme con sus largos dedos y a arrancarme las costillas una a una con sus brutales mandíbulas.

En unas cuantas ocasiones, estos episodios me han provocado arcadas sin vómito, en las que mi organismo expulsaba ácido estomacal en respuesta a todo el miedo y la confusión que experimentaba. Tal vez tenga una úlcera.

Tal vez sea un tumor. Ahora mismo lo único que me hace seguir adelante es un deseo incomprensible de terminar *El expediente Navidson*. Es casi como si estuviera convencido de que las preguntas sobre la casa acabarán generando respuestas acerca de mí, aunque si esto es cierto, y es muy posible que no lo sea, para cuando lleguen las respuestas las preguntas ya se habrán perdido.

Por ejemplo, mientras volvía del Salón de Tatuajes, emergió algo extraño. Y digo "extraño" porque no parecía guardar relación con nada: con nada que hubiera dicho mi jefe ni con nada que hiciera Navidson ni con nada más que me rondara en aquel momento por la cabeza. Iba en coche a mi apartamento y de pronto caí en la cuenta de que me equivocaba. Yo si que había estado en "una casa de Texas", pero no del estado de Texas. Y lo que es más, el recuerdo volvió a mí con una nitidez extraordinaria, tan limpio y despejado como uno de esos raros días en Los Ángeles, que normalmente tienen lugar en invierno, cuando hace mucho viento, la neblina se despega de las colinas y, como resultado, la línea que separa la tierra del cielo de pronto se llena de la sombra de las hojas, de un millar de hojas en un millar de tramas, recortándose contra un cielo opalino…

… Un excéntrico millonario gay de Noruega que era propietario de una casa estilo colonial en las afueras de Cleveland y de una tetería en Kent.

El señor Texas Geisa. Amigo de un amigo de un conocido que compartió conmigo cierta invitación: ven a casa de Tex para tomarte un té inglés, a las cuatro en punto, un sábado común y corriente de abril. Yo tenía casi dieciocho años.

El conocido se descolgó en el último minuto, pero como yo no tenía nada mejor que hacer, fui solo; así que allí estaba, sentado en una silla de mimbre, escuchando a Tex y dando bocaditos de su bollo… Es extraño cuánta claridad puede suscitarse en un momento y un lugar semejantes, de forma tan inesperada, tan a cuento de nada, aunque ¿quién dispara la flecha? En este caso un recuerdo, salido del sol de agosto, con Apolo invisible en medio de tanta luz, a menos que uno tenga un cristal ahumado, que no era mi caso, lo único que tenía eran las extrañas historias marítimas que Tex se dedicaba a contar una detrás de otra con su voz igualmente extraña y monótona, extrañamente reminiscente de otra cosa, remolinos, osos polares, tormentas y naves que se hundían, barcos que naufragaban uno detrás de otro, de hecho aquélla era la conclusión de todas y cada una de las historias que contaba, de manera que nosotros, su extraña audiencia, aprendimos a no preocuparnos por el final y a prestar en cambio más atención a la historia que precedía al final, a los acontecimientos distintivos que precedían en cada caso a la inevitable oleada de agua helada, a los torbellinos, a los osos polares y al bueno del *ignis fatuus*. peligroso de perseguir, ideal de encarnar, sobre todo cuando es a ti a quien persigue el inevitable final, un final que Tex se encontraba relatando en aquel momento: la madera de la cubierta en llamas, el barco escorado, rindiéndose a la persecución del mar, el agua que apaga las llamas en medio de una erupción de humo, un susurro inadvertido, sobre todo en medio de ese ensayo de la muerte, un rugido atronador e implacable, que igual que un gruñido, de hecho, rebasa las bombas de drenaje y llena cubierta tras cubierta de Océano índico, dejando a quienes están a bordo sin lugar adonde ir, me acuerdo, no, ya no me acuerdo de

nada, no llegué a oír el resto, me había ido a mear, estaba tirando de la cadena, lo cual también provocó un rugido, atronador, que se lo llevó todo emitiendo un ruido que podría —sí, *de verdad* que podría— describirse también como un gruñido, pero relegando el naufragio de Tex y aquel sonido al jardín, donde me iba a encontrar precisamente con… mi recuerdo, que ahora me doy cuenta de que es mi barco, no el de Tex, sino el que estoy viendo ahora, no recordando esta sino otra cosa distinta, algo relacionado con praderas de hielo y carreras para encontrar una balsa y muerte… Aunque no es la misma, es una historia que no tiene nada que ver, construida sobre historias amontonadas, muchísimas historias amontonadas, muchos pisos, pero ¿cuántos? ¿Y por qué, por ejemplo, por qué —y esa tercera persona del singular que se aproxima resulta momentáneamente imprecisa— tuvo que salir de Longyearbyen, Noruega, y poner rumbo al norte en pleno verano? Allí arriba el verano significa día, un reflujo constante de días que se funden con otros días, nada más que una luz constante que inunda todo el hielo y el agua, creando extraños parpadeos de hielo en el horizonte, emitiendo un código de destellos, ¿una señal de socorro? Tal vez. ¿Algún otro significado prehistórico? Tal vez. ¿0 bien nada en absoluto? Tal vez, también. Allí donde se elevan de golpe del agua monolitos de hielo envueltos en niebla marina, amenazando con atravesar el casco de acero reforzado, hasta que un instante antes del impacto el hielo monstruoso se esfuma y los que le tenían miedo se convierten en nuevas víctimas de un espejismo enorme, causado por los cambios de temperatura tan frecuentes en verano, por no mencionar la reprimenda de los marineros más experimentados, borrachos de aire frío y cerveza Bokk*0*l… Bienvenidos al *Atrocity*, una embarcación de 126 metros y 13.692 toneladas que transporta dos cargamentos en sus bodegas, uno secreto y el otro extremadamente inflamable, como el TNT, y aunque los marineros son gente bastante agradable, y algunos están casados y tienen hijos, y aunque el capitán resulta ser un amable agente de la historia del arte, al menos por lo que respecta a las obras de Turner, De Vos y Goya, ese extraño cargamento resulta completamente intrascendente cuando hacia la proa, en la primera sala de máquinas, las chispas de un fusible fundido encuentran un charco de aceite, una desgraciada metedura de pata que podría haberse corregido con una fregona —debería haberse corregido, mejor dicho—, pero ya es demasiado tarde, las chispas del fusible se han puesto a saltar como locas, como brasas diminutas, a caer, enfriarse y apagarse, todas salvo una, que con un solo beso parpadeante transforma la sombra grasienta en una Mano viviente de color amarillo furioso que de repente barre la sala entera, cruza el umbral, deja atrás la puerta abierta, *¿quién la ha dejado abierta*?, y sale a los pasillos, y el calor se acumula, absorbe el aire, lo devora, hasta que el poco que queda se convierte en un viento que avanza silbando por los pasillos como si fuera la voz de Dios —la descripción no es mía, sino del capitán— y todos la oyen antes incluso de que el espantoso humo negro confirme el pánico que ya les está formando a todos un nudo en el estómago: un incendio descontrolado que se propaga con rapidez terrible a las demás cubiertas y que obliga al capitán a tomar una decisión: ordenar que entre el agua a bordo, lo que pasa es que no ha calculado bien la magnitud del incendio, ni tampoco se ha imaginado que se propagara tan deprisa, y por tanto no ha creído que fuera a hacer falta tanta agua, y el agua resulta ser demasiada, y ahora campa a sus anchas por las cubiertas, una presencia todavía más poderosa que ahoga las llamas y el susurro con su terrible rugido, que no es la voz de Dios, *¿de quién entonces*?, y cuando el capitán oye ese ruido, sabe lo que va a pasar a continuación, todos saben lo que va a pasar

a continuación, antes incluso de que el pensamiento, de que sus pensamientos, describan eso para lo que sus cuerpos ya han empezado a prepararse, esa expectación ctónica que es lo que ha provocado el pensamiento mismo: … sos.sos.sos … SOS … SOS … SOS… sos.sos.sos… Pero ya es increíblemente tarde, aunque quién podía imaginar que todos llevarían ya tanto tiempo desaparecidos para cuando lleguen los aviones de reconocimiento, y todos lo temen, con un miedo que nace de ese gruñido que campa a sus anchas ¡*dentro*! de la nave, rasgando, rompiendo y barriendo a un lado a cualquiera que se atreva a titubear delante de él, a inclinarse ante él, a rezar ante él…, rompiendo a unos, haciendo pedazos a otros, sepultándolos a todos, y eso que solamente es agua lo que arrasa el interior, lo que destroza las bombas, esos trastos impotentes con que se enfrentan a la imposible tarea de transportar al exterior eso que siempre ha aguardado en el exterior pero que ahora que ha hecho su entrada y que se ha encontrado en el interior, ha empezado a convertirlo todo en exterior —ya no hay interior—, y las cubiertas se escoran a estribor, toda esa masa espantosa inclina la embarcación y hace que el casco se hunda bajo aguas más profundas, eliminando la distancia entre la baranda de la cubierta y la superficie del agua, hasta que intervienen las leyes físicas del juego del tira y afloja, la quilla y el lastre plantan cara a ese violento impulso y alejan al *Atrocity* de esta zambullida final hacia estribor, elevándola de nuevo, eso es, enderezándola, una nueva corrección que promete equilibrio y el regreso de la diferencia entre exterior e interior, el problema es que el violento bamboleo que acaba de sacar la nave del agua resulta ser un desafío inútil… La monstruosa batalla de agua helada que hay más abajo también se aparta bruscamente del lado de estribor del barco y, mientras la cubierta del capitán se equilibra por un momento, igualmente se equilibra el agua de dentro, y todo el mundo espera una pausa, lo que pasa es que el agua jamás se detiene, y en cuanto se suma a la poderosa marea que se aleja de estribor, se dirige al lado de babor —sosososos—, deja atrás la parte central —sosososos — y se funde en una ola —sosososos…, inútil, obviamente—, y el capitán lo sabe, oye sus muertes antes de que el impacto en sí reverbere por el casco —la verdad es que en ningún momento tuvieron la oportunidad de sacar botes salvavidas…— y antes de que la ola que tienen debajo choque contra el lado de babor, esta vez con suficiente ímpetu como para hacer volcar la embarcación del todo, sepultando bajo el agua la baranda de la cubierta superior y a continuación la chimenea, dejando entrar al mar por completo, proscribiendo de una vez por todas el interior, y aunque hay padres que todavía intentan llegar a los botes salvavidas, todo resulta inútil, no es más que un gesto teatral nacido de la costumbre, y la costumbre nunca es esperanza, aunque posiblemente algunos habrían sobrevivido —la esperanza tiene su lugar, al fin y al cabo— de haber habido más tiempo, más tiempo de hundimiento, lo que pasa es que el cargamento inflamable que había abajo ahora explota, como una Mano furiosa que atraviesa el mamparo y el casco, donde una Mano recíproca casi maternal se eleva desde la oscuridad de las profundidades y los arrastra a todos hacia abajo, al capitán y a los marineros de cubierta, padres, tipos solitarios y por supuesto hijos —aunque no hijas—, atrapándolos a todos allí dentro, entre las toneladas de acero oscuro, hundiéndolos en las tinieblas, desapareciendo en menos de doce minutos del sol de medianoche, de todo ese sol y esa luz resplandeciente, que manda señales en forma de destellos al horizonte, reminiscentes de un mensaje escrito una vez, hace mucho, mucho tiempo, aunque ya desaparecido, perdido, ¿o acaso me equivoco de nuevo?, jamás escrito, mucho menos antes de… ¿las esperanzas ilegítimas?… ¿los crímenes retroactivos?… ¿las

violaciones inescrutables?, un intento de ocultar la mano que nunca plasmó palabra alguna en esta página, en ninguna página, y de hecho tampoco existió mano alguna, aunque pese a todo yo creo que sigo conociendo el mensaje que transmiten todos esos parpadeos de luz sobre el hielo, deduciendo algo de lo que no está ahí o tal vez no existió jamás; de otra manera, ¿quién queda para captar todas esas señales?, ¿para descifrar todos esos códigos?, por mucho que en última instancia el mensaje sea preternatural y despiadado…, sobre todo teniendo en cuenta que ahora mismo en ese lugar donde el *Atrocity* se ha hundido sin dejar ni rastro no hay piedad alguna, no hay más que destellos ciegos de luz sobre el hielo, una parodia del sentido en un sitio donde jamás hizo falta el sentido, bien lejos de las altísimas cimas glaciales de las inmediaciones de Nordaustlandet, una llanura de agua completamente vacía excepto por un puñado de burbujas solitarias, y aun éstas desaparecerán muy pronto, habrán desaparecido por completo para cuando el avión de reconocimiento sobrevuele este espejo del cielo, carente de cualquier marca distintiva que no sea un agujero de luz cegadora, que se eleva y desciende con las horas pero no desaparece nunca, de manera que mientras la sombra diminuta del avión cruza a toda velocidad el susurro de las viejas tormentas, ¿o acaso es una tormenta nueva que se avecina?, algo presagiado en esos miles y miles de olitas diminutas que levanta el viento, su reflejo proyecta una segunda sombra en la bóveda del cielo… El *Atrocity* se ha perdido con su cargamento secreto y con todo lo que había a bordo, y quién se habría imaginado la reserva de aire de la segunda bodega donde ha ido un hombre a esconderse, un hombre que ha sellado las puertas, creando una porción momentánea de interior, un sitio donde vivir, donde respirar, un hombre que ha sobrevivido al impacto y al agua y que acaba viviendo para sentir otra clase de muerte, el encierro en una oscuridad impenetrable, mucho más negra que cualquier noche haitiana o crónica de asesinato, aunque sí que encuentra una linterna, no muy útil frente a la oscuridad que oye fuera y del todo impotente contra el frío que se cuela en la bodega mientras el ataúd gigantesco se va hundiendo, y la presión se acumula, aunque no lo bastante para matar al hombre antes de que el barco choque contra un lecho de roca y descanse por fin, y se oyen entonces unos golpes en el casco que parecen venir de submarinistas golpeándolo con martillos, aunque el hombre sabe que no hay submarinistas, que no hay más que burbujas de aire y crujidos mintiendo sobre el futuro. Se le cae la linterna, la bombilla se rompe, aunque de todas maneras no hay nada que ver, y a medida que el hombre pierde aire va perdiendo también toda noción de su hogar, de sus hijas, sus cinco hijas rubias y…, y… de pronto siente que el lecho de roca cede y el barco se vuelve a hundir, pero ahora no hay roca, no hay tierra, todo es negro y no hay nada que detenga ese último descenso… aunque tal vez el lecho de roca no se haya movido en absoluto, tal vez lo que el hombre siente ahora no sea más que su propia caída mientras se agota el aire y el frío lo envuelve por completo, y yo ya lo he perdido de vista, ni siquiera estoy seguro de si en realidad tiene cinco hijas rubias, ya no me queda noción alguna de quién es, ni de su nombre ni de su historia, solamente conozco el pánico terrible que siente, común a todos nosotros, mientras se hunde en el interior de esa cosa, en la profundidad de las aguas implacables, hasta que por fin la paz sucede al pánico, una paz triste y fúnebre, pero ligeramente agradable después de todo, por más que el hombre esté tirado ahí solo, respirando con dificultad, sí, entendiendo el hogar, entendiendo la esperanza y perdiéndolo todo, todo ya desapareció hace mucho, mucho tiempo… chiiiiiiiist… cuando a su lado, a un par de palmos, ve Algo que no había visto antes, que

nadie había visto, porque resulta que él se encontró con el secreto al meterse en esa bodega de carga pero no se dio cuenta, aunque es posible que el secreto lo salvara, que nos salvara a todos, de hecho, pero ya no está, el mar ha leído las letras de sal… y yo también he perdido al *Atrocity*…, y el sol se derrama sobre mí, y las superficies que antaño fueron transparentes ahora son reflectantes, como un mar de una clase distinta, y finalmente me olvido de mi barco, o bien lo pierdo de vista, *¿o* acaso es lo mismo?, remontándome a un tiempo muy anterior al momento en que vi también en mis bodegas dos cargamentos, uno secreto y el otro extremadamente inflamable, y el inflamable fue puesto allí por unas manos invisibles y por razones recónditas… Y entonces me acuerdo de ella en el jardín, adonde llegó alejándose de todas esas muertes desgraciadas en el océano índico, lejos de mi desastre ártico, y allí encontró flores y una fuente, perfumes y una brisa, una brisa cálida, no la del estado de Texas sino la del té de Tex; y allí fue donde conocí a Ashley —Ashley, Ashley, Ashley… con aquel sol me entraban ganas de estornudar—, lo que pasa es que por entonces ella llevaba el pelo teñido de verde neón, a juego con sus botas Doc Martens, una combinación celestial, los dos juntos allí, charlando y charlando, al principio con timidez y después reaccionando con mayor avidez a la atracción que sentíamos los dos, hasta que ella me dio su número y yo le escribí el mío, junto con mi nombre y apellido, que es como, años más tarde, por fin ella encontró el número al que llamarme y me besó y yo la besé y seguimos besándonos un rato más hasta que ella me invitó a su casa y yo le dije que no. Me había enamorado de ella, destello de oro y luz del sol y Roma, y quería esperar, llamarla al cabo de tres días, cortejarla, casarme con ella, dejarla embarazada y llenar nuestra casa con cinco hijas rubias, hasta que… oh, no, ¿adonde he ido a parar? ¿A un horror que no es horror sino otra clase de —orro-? O ambas cosas, o no estoy seguro, de pronto me está inundando lo que por entonces solamente estaba a unas semanas de distancia, de hecho a la vuelta de la esquina, un legado de abandonos, acercándose a toda velocidad: la expulsión del excremento…, la expulsión de la orina… y la membrana conjuntiva reventada y soltando regueros de lágrimas rojas. Todo lo que pude retener pero al final no logré salvar. Por supuesto, lo perdí todo. Perdí su número, la perdí a ella y luego, en una fuga de lagunas, perdí su recuerdo, de manera que para cuando me llamó ya había desaparecido, junto con todos los besos y las promesas y toda la esperanza. Incluso después de nuestro extraño reencuentro en la hamaca suspendida por encima de las hojas desparramadas y descompuestas de un bananero, seguido de un adiós todavía más extraño, ella aún llevaba mucho, mucho tiempo desaparecida. Sé que llego demasiado tarde. Me he perdido en el interior y ya ni siquiera estoy seguro de que haya una salida. Adiós, Ashley, y adiós al hombre al que conociste antes de que yo lo encontrara y tuviera que deshacerme de él.

[238] Se rompe a los 3.000-3.500 kilos de presión. (N. de los Ed.)

[239] Si la $D^m=4{,}9t^2$, donde el tiempo se calcula en segundos, la moneda tendría que haber caído 44.100 kilómetros, lo cual excede incluso la circunferencia de la Tierra en el Ecuador en unos 4.025 kilómetros. Si se calcula a 9,8 metros/seg², la cifra asciende todavía más, hasta llegar a los 88.200 kilómetros. Lo cual ciertamente es “una distancia imposible”.[252]

[240] No vale el culo de una rata. (N. de los Ed.)

[241] En castellano en el original. (N. de los Ed.)

[242] Teppet C. Brookes, *The Places I've Seen*, en conversación con Emily Lucy Gates (Russian Hill Press, San Francisco, 1996), pp. 37-69.

[243] Ídem, p. 38.258 [258]

[258] Vease tambien la nota 212, que trata de Francoise Minkowska.

[244] Teppet C. Brookes, *The Places I've Seen*, p. 142.

[245] "The Navidson Legacy", *Winter's Grave*, emitido en la PBS el 8 de septiembre de 1996.

.

[246] "Adding In to Dependent", publicado en *Psychology Today*, v. 27, marzo/abril de 1994, p. 32.

[247] Gail Kalt,"The Loss of Faith—(ThankGod!)",en *Grand Street*, v. 54, otoño de 1995, p. 118.

[248] David N. Braer, "Haciendo limpieza", tesis de la Universidad de Tennessee, p. 104.

[249] Helen Agallway,'The Process of Leaving", tesis de la Universidad de Indiana, 1995, p. 241.

[250] Mucha gente se ha quejado de que La cinta de Holloway, así como las dos secuencias sin título que a menudo se identifican como "La espera" y "La evacuación", son ininteligibles. La mala resolución y los problemas de enfoque y de sonido (con la excepción de las entrevistas filmadas más tarde en 16 mm) exacerban todavía más las dificultades que plantean los muchos cortes bruscos y el enredo cronológico generalizado. Dicho esto, resulta crucial reconocer que la mala calidad y la incoherencia general no son un reflejo del estado mental del creador. Al contrario, Navidson usó de forma brillante estas discrepancias estilísticas para ayudar a entender mejor el horror abrumador y la dislocación que experimentó la familia durante "La evacuación". Otros libros dedicados específicamente a reconstruir el hilo narrativo son *The Navidson Record: The Novelization* (Goal Gothum Publication, Los Ángeles, 1994); Thorton J. Cannon Jr., *The Navidson Record: Action and Chronologies* (Penny Brook Press, Portland, 1996) y *Thru Lines*, de Esther Hartline (Dutton, Nueva York, 1995).

[251] Véanse los U. S. News & WorldReport, v. 121,30 de diciembre de 1996, p. 84; Premiere, v. 6, mayo de 1993, pp. 68-70; Life, v. 17, julio de 1994, pp. 26-32; Climbing, 1 de noviembre de 1995, p. 44; Details, diciembre de 1995,

p. 118.

[252] Tampoco es la primera vez que se mencionan tumbas y entierros en referencia a la casa en *El expediente Navidson*. Cuando Reston le sugiere a Navidson que use el láser Leica para medir distancias, añade: "Eso debería enterrar en un santiamén a vuestro fantasma". Holloway murmura en la Exploración n.°3: "Hace más frío que en la tumba". También, en el mismo segmento, Wax gruñe una variación: "Tengo la sensación de estar en un ataúd". En una de sus entradas de diario en Hi 8, Karen intenta restar gravedad a su situación comentando: "Es como tener una catacumba gigante en lugar de sala de estar". En La historia de Tom, éste cuenta su chiste del "enterrador", mientras que Reston, durante el intento de rescate, admite ante Navidson: "¿Sabes? Me siento como si estuviera en una tumba". A lo que Navidson responde: "A saber qué es lo que entierran aquí". "Bueno, a

juzgar por el tamaño", responde Reston, "debe de ser el puto gigante del cuento de Juan y las habichuelas mágicas". Algo gigantesco, ciertamente.[268]

[268] Zampano emplea las palabras "tumba" y "enterrar" en varias ocasiones.[269]

[269] Ver índice. (N. de los Ed.)

[253] Véase "Bill, ni de lejos en el dique seco", de Harmon Frisch, incluido en *Twenty Years In The Program*, ed. de Cynthia Huxley (W. W. Norton & Company, Nueva York, 1996), pp. 143-179.

[254] La respuesta emocional de Karen no se limita a la añoranza. Esa misma noche se ha retirado al cuarto de baño, ha dejado correr el agua del grifo y ha grabado una entrada de diario acusadora con la Hi 8: "Maldito seas por entrar ahí, Navy. Maldito seas. [Rompe a llorar] Esta casa, este hogar, tenía que servir para unimos. Tema que ser mejor y más fuerte que un estúpido voto matrimonial. Tenía que convertimos en una familia. [Entre sollozos] Pero, oh, Dios mío, mira lo que ha pasado".

[255] Anita Massine, *Dialects of Divorce In American Film In The Twentieth Century* (Miami University Press, Oxford, Ohio, 1995), p. 228.

[256] Garegin Thomdike Taylor, "The Ballast of Self', en *Modern Psyche*, v. 18,1996, p. 74. Recuérdense también los capítulos II y V.

[257] "Dissolution of Love in *The Navidson Record*', del profesor Lyle Macdonough, conferencia pronunciada con ocasión de las Crafton Lecture Series, en el Chatfield College, Saint Martin, Ohio, 9 de febrero de 1996.

[258] En el siguiente extracto de La última entrevista, Navidson arroja más luz sobre cómo consiguió salir de aquellas cavernas tenebrosas: "Me acuerdo de que encontré la mochila de Jed, de manera que sabía que no me iban a faltar comida ni agua. Luego me puse a subir las escaleras, peldaño a peldaño. Al principio iba despacio. Aquel rugido se elevaba a menudo del hueco central de la escalera como si fuera un aullido espantoso. Unas veces parecía un ruido de voces. Cientos de voces. Miles. Otras veces sonaba como si fuera viento, pero allí dentro no había viento.

»Me acuerdo de que encontré La cinta de Holloway junto a uno de los rellanos. Primero divisé unos trozos de boya de neón que seguían pegados a la pared y me acerqué para echarles un vistazo. Al cabo de un momento vi

su mochila y la cámara. Estaba todo allí tirado. Su rifle también estaba cerca, pero de él no había ni rastro. Resultaba bastante extraño encontrarse con algo, daba igual lo que fuera, en aquel lugar. Pero lo que hacía particularmente extraño aquel hallazgo era lo mucho que yo estaba pensando en Holloway en aquellos momentos. Casi esperaba que saliera de golpe de algún rincón y me pegara un tiro.

»Después del hallazgo pasé un poco de miedo y me aseguré de tirar la munición en el foso que tenía a mi derecha. No paraba de preguntarme qué le habría pasado a su cuerpo. Todo aquello me estaba volviendo loco. De manera que intenté concentrarme en otras cosas.

»Recuerdo que me puse a pensar en que una de las uñas del pie derecho, la del dedo gordo, se me había saltado y me estaba sangrando. Fue entonces cuando me vino a la cabeza De… Delial, y fue espantoso.

»Al final, sin embargo, empecé a concentrarme en Karen. En Chad y en Daisy. En

Tom y en Billy. Me acordé de todas las veces que habíamos ido juntos al cine o al béisbol o adonde fuera, daba igual que hiciera diez años, cuatro meses, o veinte años. Me acordé del día en que conocí a Karen. De cómo se movía. De aquellos ángulos perfectos que hacía con las muñecas. De lo largos y preciosos que eran sus dedos. Me acordé del día en que nació Chad. Y todos aquellos momentos intenté recordarlos con tanta nitidez como me fuera posible. Con todo el detalle que me fuera posible. Al final entré en ese trance y las horas empezaron a esfumarse. Parecía que fueran minutos.

»La tercera noche intenté subir otro peldaño y me encontré con que no había más. Volvía a estar en el Gran Recinto. Lo raro, como no tardé en descubrir, fue que seguía estando bastante lejos de casa. Por alguna razón allí todo se había estirado también. De pronto habían brotado un montón de callejones sin salida nuevos. Tardé otro día y otra noche en alcanzar la sala de estar, y para serte sincero, no estaba seguro de que pudiera llegar hasta que llegué".

[259] A las páginas que siguen les ha caído encima alguna clase de ceniza que les ha hecho agujeritos y en algunos lados ha erradicado pedazos enteros de texto. En lugar de intentar reconstruir lo que quedó destruido, he decidido limitarme a poner corchetes en su lugar [ ].

Por desgracia, no tengo ni idea de qué fue lo que quemó el papel. Las quemaduras son demasiado numerosas para ser de ceniza de un cigarrillo, y además Zampanó no fumaba. Otro pequeño misterio sobre el que cavilar, si queréis, o simplemente para olvidarlo, y en su lugar imaginar una ceniza gris que cae flotando como si fuera nieve por todas partes, después de la explosión pero horas antes de la legendaria avalancha de calor, del rugido piroclástico que lo incinerará todo, aunque de momento —y todavía hay tiempo.»— no haya más que copos diminutos que incineran ociosamente a besos porciones minúsculas de significado, mientras que en lo alto, la erupción continúa eclipsando el sol.

Solamente hay una opción y es la que eligen los valientes.

Escapar del camino.

Hace unas noches Lude vino a verme. Estamos a mediados de septiembre, pero yo no lo veía desde junio. Al parecer le cabreó enterarse de que me habían echado del Salón de Tatuajes, aunque no tengo ni idea de por qué habría de importarle eso. igual que mi jefe, él también dio por sentado que yo estaba metido en el jaco. Y también se quedó bastante fUpado cuando por fin vio en persona lo mal que estaba, completamente demacrado y encerrado en mí mismo y no exento de cierto olor. Pero Lude no es tonto. Le bastó un vistazo a mi habitación para ver que el problema no era el jaco. Todos los libros, los bocetos, los collages, las páginas y más páginas de papel, las cintas métricas clavadas desde los rincones hasta el suelo, y por supuesto aquel baúl negro y enorme allí, en el centro de todo, todo lo cual no venía más que a decir de otra manera: no, no, nada de caballo.

—Míralo, colega —dijo Lude, y cruzó la habitación hasta mi escritorio para echarle un vistazo más de cerca. Yo me adelanté de un *salto, movido por mi instinto, como si fuera un animal defendiendo su orgullo, interponiéndome entre él y mi trabajo, aquellos papeles, esto.*

Lude se echó atrás; de hecho era la primera vez que se echaba atrás en su vida, solamente dio un paso, pero se echó atrás, y me dijo que "estaba raro" y que "daba miedo".

Yo me apresuré a disculparme y traté de explicarle de forma bastante incoherente que solamente estaba ordenando unas cuantas cosas. Lo cual era cierto.

—Y una mierda —gruñó Lude, tal vez un poco enfadado por haber permitido que yo le diera miedo—. Por el amor de Dios, pero mira eso que estás dibujando… —Señaló todos los dibujos que había clavado en la pared con chinchetas, aprovechando servilletas, dorsos de sobres o cualquier cosa que tuviera a mano—. ¡Habitaciones vacías, cientos de putas habitaciones vacías y negras!

No me acuerdo de qué balbuceé entonces. Lude me puso delante de la cara una bolsa de hierba y me dijo que había una fiesta en el cañón de Beachwood, un castillo lleno de guarras colocadas de éxtasis y un sótano repleto de vino. Resultó interesante ver a Lude intentando todavía defender aquella posición, pero yo me limité a negar con la cabeza.

Él dio media vuelta para marcharse y de pronto giró sobre sus talones y se sacó del bolsillo algo plateado, flassss-chic, accionó la rueda con la punta del pulgar y puso en contacto chispas con keroseno… Acababa de desenfundar su viejo Zippo como si fuera una pistola del 44 en una película mítica del Oeste, empuñada por el tipo del sombrero blanco, y se daba el caso de que Lude iba vestido de blanco, con una chaqueta de lino de color crema, lo cual supongo que significa que yo iba de negro: vaqueros negros, camiseta negra y calcetines negros. Aquello, sin embargo, no era un desafío. Era una oferta, aunque yo sabía que no podía/quería aceptarla.

Lude se encogió de hombros, encendió la llama y el estallido inmolador de repente se quedó en un largo filamento gris que ascendió hasta el techo y se perdió en una serie de pasillos invisibles e ilocalizables de caos.

Mientras salía al pasillo, un lugar de paredes apagadas donde un cadáver de color rosa al que a veces se denominaba moqueta se extendía hasta descender por las escaleras, Lude me dijo por qué había venido:

—El novio de Kyrie ha vuelto de viaje y nos está buscando, a ti en concreto, pero como yo os presenté, también va a por mí. Ten cuidado. Es un chiflado. —Lude vaciló. Sabía que el hombre de Gdansk era la menor de mis preocupaciones, pero aun así quería ayudarme.

—Nos vemos, Lude —balbuceé.

—Deshazte de todo eso, colega, te está matando.

Luego me tiró su encendedor y se alejó sin hacer ruido; la luz tenue lo convirtió rápidamente en una sombra, luego en un rumor y por fin en un silencio.

Tal vez tuviera razón.

Escapar del camino.

Me acuerdo de la primera vez que no lo hice y una barra herrumbrosa de bar me enseñó a qué saben los dientes. La segunda vez ya fui más listo. Me escapé de casa, trepé por la pared de ladrillos como si fuera un gato callejero y eché a correr por el solar invadido de maleza. Él tardó un rato en encontrarme, pero cuando lo consiguió, acorralándome como si fuera un animal en la escalera de una tienda cercana, un negocio de limpieza de chimeneas para ser exactos, Gallow & Sons, algo así, ya se había distraído. El tiempo había intercedido. Había mitigado su cólera.

Aun así Raymond me pegó un bofetón en la oreja izquierda, y el dolor fue la respuesta al silencio ensordecedor que vino después, seguido de un porrazo lejano cuando mi frente salió disparada y dio contra la pared.

Raymond me estaba gritando, hablándome de las peleas, de mis peleas en la escuela, de mi comportamiento, y diciéndome que como mi actitud no cambiara, me iba a matar él mismo.

No sería la primera vez que matara, me explicó. Y podía volver a hacerlo.

De pronto me quedé ciego, algo negro y doloroso se puso a susurrarme dentro de la cabeza y a roerme los huesos de las mejillas, y además me caian las lágrimas por la cara, aunque yo no estaba llorando, simplemente me sangraba la nariz, y esta vez él ni siquiera me la había roto.

Raymond continuó con su lección y sus palabras reverberaron sin éxito a mi alrededor. Estaba intentando hablar como uno de sus héroes de película del Oeste, administrando consejos profundos, diciéndome que yo era "carne de cañón", aunque poniendo énfasis en "carne", casi como si estuviera a punto de decir que yo era "carne de su carne". Yo me limité a asentir con la cabeza y a mostrarme de acuerdo en todo, mientras que en mi interior se empezaba a fraguar una historia distinta. Me di cuenta de lo mucho que me había ayudado un poco de miedo: al fin y al cabo, esta vez no iba a acabar en el hospital. Yo siempre había interpretado erróneamente mis posturas pendencieras como un rasgo de valentía y mi disposición a los enfrentamientos cara a cara como algo noble, pese a que solamente tenía trece años y aquel monstruo era un marine. No conseguía ver que la rabia era simplemente otra forma de encubrir el miedo. Lo más valiente hubiera sido aceptar mi miedo y tenerle miedo, miedo de verdad, y haciendo caso de aquel precepto tomar una decisión mucho más valiente: escapar de una vez por todas de toda aquella locura de peleas y furia, de aquel enredo negro de violencia que jamás se desenredaba, para entregarme a los brazos de algún futuro desconocido.

A la mañana siguiente le conté a todo el mundo que mis heridas eran de otra pelea en el patio de la escuela. Empecé a aficionarme a la astucia, a drogar a Raymond con cumplidos e historias que hablaban mal de mí. Historias inventadas. Me dediqué a esquivar, a bajar la cabeza, adquirí todo un vocabulario nuevo para agacharme, para esconderme, y sin abandonar para nada el escrutinio de toda aquella gente, planeé meticulosamente mi huida. Por supuesto, ahora admito que aunque se me daba bien pasar las pruebas, pese a todo nunca lo habría conseguido de no haber recibido aquel septiembre, únicamente semanas después, unas palabras que me encontraron, palabras de mi madre, que captaron con ternura mi historia en sus pausas, alentando y reforzando mi determinación, una voz lo bastante poderosa como para hacer que alzara finalmente mis alas y darme el impulso necesario para marcharme.

Poco sabía yo que para cuando consiguiera escaparme a Alaska primero y luego a un internado, el problema de Raymond ya se habría acabado. La coincidencia le había otorgado nueva resonancia a una maldición improbable. El cáncer se había asentado en los huesos de Raymond y le había llenado de agujeros el hígado y el páncreas. Para cuando cumplí los dieciséis, él ya estaba muerto.

Supongo que una opción obvia ahora es deshacerme de esto, una opción que, si Lude está en lo cierto, debería poner fin a todos mis problemas recientes. Es una idea agradable, pero apesta a esperanza. A falsa esperanza. No todos los problemas complicados tienen soluciones sencillas; eso dice la ciencia (de eso advierte la ciencia), y de eso me advirtió una vez Trenton, mientras los dos bebíamos cerveza en aquella mole soñolienta de herrumbre y color dorado conocida simplemente como The Truck; pero aquello fue en otra época, cuando todavía existía el camión y uno podía hablar en

paz de soluciones sin tener conocimiento de primera mano del problema; y Trenton es un viejo amigo que no vive aquí y a quien no he mencionado hasta ahora.[277]

A lo que voy es a lo siguiente: ¿qué pasa si mis ataques no tienen nada que ver con esto, si en realidad se deben a una causa completamente distinta, si son tal vez avisos de emergencia que me manda mi maltrecha biología, copos diminutos de origen químico desconocido que ya me están haciendo agujeritos en el tejido de la mente, desmantelando recuerdos, deshaciendo incluso los poderes superiores de la imaginación y la razón?

¿Cómo escapa uno de ese camino?

Mientras compruebo una vez más los cerrojos de la puerta y los corro —he instalado varias cerraduras adicionales—, cada pasador me provoca al deslizarse un escalofrío que se me intenta meter por dentro del pescuezo. Pasar la cadena únicamente intensifica la sensación, me eriza el vello, intento escapar del huésped porque el huésped es lo bastante idiota como para no irse, y paso por alto el hecho más obvio de todos: que lo que yo había querido encerrar fuera lo he encerrado aquí dentro conmigo.

Y no, no se ha ido.

Esa cosa escurridiza sigue aquí conmigo.

Pero yo apenas puedo hacer nada al respecto.

Me lavo el sudor de la cara y hago lo que puedo para refrenar un escalofrío, pero no lo consigo, regreso al cuerpo, desplegado sobre la mesa como si fueran papeles —y os aseguro que ahora hay sobre ella bastante más que El expediente Navidson—, inmóvil y sin sangre pero para nada muerto, llamándome para que acuda a él, necesitándome como una criatura, dependiendo de mí a pesar de su edad. Al fin y al cabo, yo soy su origen, quien lo alimenta y lo cuida para devolverle la salud —pero me temo que no la vida—, huesos de papel de alto gramaje, transfusiones de tinta, encriptado genético en máquina de fotocopias; unos correlatos monstruosos y tal vez imprecisos, pero que están ahí. ¿Y acaso hace falta animarlo todo? Pues ¿acaso no es ésa una meta, la meta última? No una descarga eléctrica enviada por el cielo, sino yo, y no sobre mí sino yo sobre él, si es que hay diferencia alguna entre ambas cosas, lo cual equivale a decir —para decir una obviedad— que sin mí él perecería.

El problema es que hoy en día ya no hay nada obvio.

Y otra cosa.

Cada vez más a menudo me invade la sensación extrañísima de que he entendido el asunto exactamente al revés, con lo cual quiero decir —por mencionar algo que no es una obviedad— que sin él yo perecería. Llega un momento en que de repente todo parece imposiblemente remoto y confuso, mi sentido del yo queda desrealizado y despersonalizado, y la desorientación es tan grave que llego a creer —y os aseguro que

es una modalidad intensamente extraña de creencia— que esa terrible sensación de parentesco con la obra de Zampanó implica algo que simplemente no puede ser, a saber, que esta cosa me ha creado a mí; no a mí en ella, sino a ella en mí, de tal manera que yo no soy más que la materia de una voz distinta que se inmiscuye por los pliegues de lo que ahora yace desplegado, poseyéndome con unas historias que nunca podría reconocer como mías; inventándome, definiéndome, dirigiéndome hasta que por fin cada relación personal que puedo atribuirme —desde Raymond hasta Tambor y desde Kyrie hasta Ashley, todas las mujeres y hasta el Salón de Tatuajes, mi estudio y todo lo demás— todo queda relegado a la nada; obligándome a afrontar la sospecha más terrible de todas, que es que todo esto ha sido inventado, y lo que es peor, no inventado por mí o ni siquiera por Zampanó.

Aunque no tengo ni idea de por quién.

La vela número doce de esta noche ha empezado a ahogarse en un charco de su propia cera, a unos pocos parpadeos de la ceguera. La semana pasada me cortaron la electricidad, dejándome a expensas de la comida enlatada, la luz del sol y las velas. (Dios sabrá por qué todavía me funciona el teléfono.) Las hormigas pueblan los rincones. Las arañas preparan una tumba. Yo uso el Zippo de Lude para encender otra vela y la llama revela algo en lo que no me había fijado hasta entonces, en la parte delantera, grabado en el acerocromo, el rojo y melancólico Rey de Corazones —¿tenía Lude alguna idea de lo que realmente me estaba sugiriendo que hiciera?—, y me imagino entonces no una sola llama, sino una multitud de ellas, un millón de lágrimas de color naranja y azul que incineraban el cuerpo, todo este trabajo, y en ese repentino estallido de calor, más parecido a una explosión, arrojaban el polvo incandescente sobre la sala, una nieve ardiente, que cae por todas partes, borrándolo todo, hasta que por fin borra todo rastro de sí misma y hasta de mí.

A lo lejos oigo el estruendo, al principio débil pero cada vez más intenso, como si un nubarrón súper-calentado hubiera empezado a descender por fin desde la cima de una montaña imposiblemente alta e invisible, y además bajara a una velocidad increíble, englobándolo y carbonizándolo todo —y a todos— a su paso.

Me planteo recogerlo. Eso que he comprado hace poco. Puede que me haga falta. Lo que acabo haciendo, sin embargo, es comprobar nuevamente las cintas métricas. Por lo menos ahí no hay cambio alguno. Pero el estruendo no para de aumentar, hasta extremos casi insoportables, y no hay ningún sitio al que dirigirse. Sácalo del baúl, me digo a mí mismo. Luego ese "sácalo" elusivo es momentáneamente reemplazados

—Sal de ahí —le grito.

No hay estruendo.

Un vecino está celebrando una fiesta.

La gente se ríe.

Por suerte no han oído hablar de mí o, en caso de que sí, tienen suficiente sentido común como para no prestarme atención.

Ojalá yo pudiera no prestarme atención.

Ya solamente queda una opción: terminar lo que el propio Zampanó no pudo terminar. Volver a enterrar esta cosa en un sepelio del que no pueda salir. Convertirlo en nada más que un libro, y si eso no funciona…, sacar eso que tengo escondido en el baúl, esa cosa que encargué hace tres semanas y que hoy por fin he recogido, comprada en la tienda de Martin B. Retting de Culver city (11029, Washington Boulevard), una Heckler & Koch USP del calibre 45 automático, reservada para el momento en que esté seguro de que ya no queda nada. De que el hilo se ha roto. Sin que un solo ruido señale la ruptura, ya no digamos la caída. Esa desintegración esperada durante tanto tiempo, cuando el ángel más oscuro de todos, el horror que acecha más allá de todos los horrores, se me siente por fin encima del pecho, envolviéndome de forma permanente con sus alas enormes que todo lo cubren, negras como la tinta, con venas ultravioleta. Una criatura desprovista de voz. Una voz desprovista de nombre. Tan inmortal como mi vida. Acude por fin a mí para invocar al viento.

[260] *Jeremy Flint, Violent Seeds: The Holloway Roberts Myst[ ]y (2.13.61, Los[ ]Ángel[ ] 1996), p. 48.*

[261] *Estas equis indican que el texto fue tachado con tinta, no quemado.*

[262] Hint, p. 53.

[263] Véase la nota 67 del capítulo V. (N. de los Ed.)

[264] Flint, p. 61.

[265] ídXXXXXXXXSuiXXXXXXXXXX[ ]XXXXXXXXX.[284]

[284] Tachado ademas de quemado.

[266] Ned H. Cassem, "The Person C[ ]nfronting Death", incluido en The Ne[ ] Harvard Guide to Psychiatry, editado por el doctor Armand M. Nicholi,jr[ ]. (Harvard University Press, C[ ]brid[ ]e, 1[ ]88), p.743.

[267] [ ]em, [ ] 744.

[268] Dr. Robert J [ ]n Campbell, [ ] Psychiatric Dictionary (Oxfo[ ]d Univ[ ]ty Press, 1981), [ ] 608[ ]

[269] Rosemary End[ ]art, *How Have You Who Loved Ever Loved a Next Time*? (Times Books, Nueva York, 19[ ], pp. 1.432-1.436).

[270] Le rêveur, dans son coin, a rayé le monde en une rêverie minutieuse qui détruit un à un tous les objets du monde.

[271] [ ]0.

[272] En el epíl[ ]ogo a su li[ ]ro Fear Maturas (Harvard Un[ ]ress, Cambridge, 1995), Alicia Hoyle hab[ ]a de la fal[ ]a de adiestramiento contra el miedo de Hollow[ ]y: "Ni si[ ]uiera do[ ]na el antiguo man[ ]ra del Hak- Kin-Dak". (p . [ ]6). Antes of[ ]ece una tra[ ]cción de esta or[ ]ción para cazadores: "No soy ningún tonto. So[ ] sabio. Me escaparé de mi miedo, me al[ ]jaré de mi mied[ ], luego me esconderé [ ]e mi miedo, esp[ ]raré a mi

miedo, dejaré que [ ]i miedo me pase al lado [ ] luego seguiré a mi miedo, le seguiré [ ] rastro a mi miedo hasta po[ ]r acercarme a [ ]i miedo en completo silencio[ ] después[ ] atacaré a m[ ] miedo, embestiré a mi mi[ ]do, agarra[ ]é a mi miedo, le hundiré los dedos a mi [ ]edo, lue[ ]o morderé a mi miedo, le desga[ ]aré la gar[ ]nta a mi miedo, me [ ]eberé la sangre de mi miedo, [ ] tragaré la carne [ ]e mi miedo[ ], le aplast[ ]é los huesos a mi m[ ]edo y sabo[ ]earé a m[ ] miedo, me t[ ]agaré mi miedo, to[ ]o entero, y luego diger[ ]ré mi miedo hast[ ] que no me quede m[ ] que cagar mi miedo. De esta man[ ]a me haré más f[ ]erte".

[273] Collette Bamholt (*American Cinematographer*, [ ]° 2, [ ] 49) ha afirmado que la existencia de la Parte 12 es una imposibilidad, asegurando que el encuadre y la iluminación, aunque solamente difieren un poco de las partes precedentes y posteriores, indican la presencia de un aparato de grabación que no es la cámara de Holloway. Joe Willis (*Film Comment*, [ ], p. 115) ha señalado que la queja de Bamholt se refiere a aquellas copias publicadas después de 199[ ]. Al parecer la Parte 12 en todas las copias de antes de [ ] y de después de 1993 presenta una perspectiva coherente con las otras doce. Y, sin embargo, aunque el espectro de la manipulación digital ha sido invocado en *El expediente Navidson*, hasta la fecha no hay ninguna explicación adecuada que haya conseguido resolver el enigma que afecta a la Parte 12.

[274] Véase también *Incamation of Spirit Things y Lo*[ ] de Lantem C. Pitch (Respetóte Press, Nueva York, 1996) para ver los peligros que entraña el hecho de no creer.

[275] Véase también "Myth's Brood" de Kadina Ashbeckie, en *The Nation*, [ ] septiembre de 19[ ]

[276] ~~En el corazón del laberinto espera el Mi[ ]tauro, y asi como el Minotauro del mito se llama [ ] Chielitz usa el laberinto como metáfora de la ocultación psíquica, cuya excavación resulta en [ ] (trágica[ ] reconciliación. Pero si según la perspectiva de Chielitz, el Minotauro era un hijo encarcelado por la vergüenza de su padre, ¿acaso Navidaon lleva a cabo una mala interpretación equivalente del [ ] en las profundidades de ese lugar? Y por~~

~~cierto, ¿existe alguna posibilidad de reconciliar lo desconocido con el deseo de su antítesis?~~

~~Tal como escribió Kym Palé~~:

~~Navidson no es Mi~~
~~nos. Él no construyó~~
~~el laberinto~~. ~~Solamente~~
~~*lo d[ ]scubrio. El padre*~~
~~de ese lugar — llámese Minos, Dédalo, [ ] el dios de san~~
~~Marcos,oalgúnotropadrequegritó"¡Desaparece! ¡Libérame~~
~~de la imagen de tu efigie detestable!"~~,
~~toda una línea paterna que sigue una~~
~~tradición de hijos muertos —~~, ~~ya desa~~

parecio hace mucho tiempo, dejándole a la criat[ ]ra del interior todo el tiempo de la historia para olvidar, para crecer, para consumir las consecuencias de su terrible destino. Y si existió alguna vez un tiempo en que [ ] matan [ ] [ ] [ ]], ese tiempo ya hace mucho que pasó "¡Ama al león!" "Ama al león", pero el amor solamente no basta para convertirlo a uno en Androeles. Y por estúpido acabas con la cabeza aplastada como una uva ensusfauces.[296] Lareconciliacióninterior es personal y posible; la reconciliación externa os improbable. La criatura no te conoce, no te teme, no te recuerda y ni siquiera te ve. Ten cautela, ten cuidado[ ][297]

[296] Bur[ ] alusión al le[ ] aqui[ ].[123]

[297] Vease "Navidson and the Lion" de Kym Pale, publicado en Buzz, v. [ ]ver, 199[ ], p. [ ], Recuerdese también *Traces of Death*.[298]

[298] No sé si os habréis dado cuenta, y en caso de que sí, os felicito, pero Zampanó intentó erradicar de forma sistemática el motivo del "Minotauro" de todo El expediente Navidson. Vaya cosa, aunque mientras yo estaba impidiendo dicha erradicación, descubrí una coincidencia particularmente inquietante. Pero en fin, ¿qué esperaba? Me está bien empleado, ¿verdad? O sea, es lo que pasa cuando uno quiere convertir a este gran Minotauro en un enemigo rosa…, que no es ningún enemigo rosa.

[277] Ver apéndice B.

[278] Jill Ra[ ]y [ ]t[ ]ock, "No Kindness", *St. Pa*[ ], 21 de noviembre de 1993.

[279] Algunos han especulado sobre la probabilidad de que Chad —gracias a la perversa acústica de la casa— oyera suicidarse a Holloway. Véase la página 320. Recuérdese *The Language of Torture* de Rafael Geethnr Servagie (St- Martin's Press, Nueva Verk, 1995). p. 13, donde el autor compara la experiencia de Chad con escuchar el diabólico instrumento de tortura de Perilno de Atenas: "Aquella inusual obra de arte era una réplica en tamaño real de un toro, forjado en bronce macizo, vaciado y con una trampilla en la parte de atrás que se usaba paro meter a las victimas. Luego se encendía un

~~fuego debajo del vientre del toro y así ae cocinaba lentamente a quien estuviera dentro. Una serie de caramillos situados en la cabeza del toro transformaban los gritos del torturado en una extraña m[ ]sica. Supuestamente el tirano Falaris mató al inventor Perilao metiéndolo dentro de su propia creación~~. [

]302

[302] No puedo evitar pensar en el viejo Z y en esos caramillos de su cabeza que nunca paraban de sonar; alquimista de su propia angustia secreta; perdido en un arte de sufrimiento. Aunque, ¿cuál era exactamente el fuego que lo quemó?

Ahora que me esfuerzo por ver más allá de El expediente Navidson, más allá de esa extraña filigrana de imperfección, el murmullo de los pensamientos de Zampanó, eternamente buscando, tanteando, pero sin llegar a ninguna conclusión, sin apenas hacer pausas, una ruina de pedazos, gestos y búsquedas, una compulsión desencadenada por… Bueno, de eso se trata, de que cuando miro más allá solamente puedo hacerme una idea muy vaga de lo que lo atormenta. Por lo menos, aunque el incendio sea invisible, el dolor no lo es; es mortal y gutural, arrancado de él día y noche, semana tras semana, mes tras mes, hasta que le queda la garganta en carne viva y apenas puede hablar y ya casi nunca duerme. Intenta escapar de su invento, pero nunca lo consigue porque por la razón que sea se ve obligado, día y noche, semana tras semana, mes tras mes, a continuar construyendo la única cosa responsable de su encarcelamiento.

Aunque, ¿acaso es eso cierto?

Es a mí a quien han despellejado la garganta. Soy yo quien lleva días sin hablar. Y si duermo, ya no sé cuándo.

Pasan unas cuantas horas. Hago una pausa para mover las rodillas y desentumecerlas un poco, y trato de entender esa imagen que ahora no se me va de la cabeza. Lleva una hora larga persiguiéndome y todavía no sé cómo interpretarla. Ni siquiera sé de dónde ha venido.

Zampanó está atrapado, pero tal vez os sorprenda dónde. Lo tengo atrapado dentro de mí, y además, se está desvaneciendo, lo oigo, diluyéndose, consumido por dentro, digerido, supongo, muriendo tal vez, aunque de forma distinta, lo cual equivale a decir, sí —"Tú no me ves, anciano, pero yo te conozco bien"—, aunque no sé quién acaba de decir esto, y todo son asuntos sin resolver, una luna lejana por sentir, cosas carentes de importancia particular, sobre todo desde que su voz se ha ido debilitando, todavía produciendo ecos en las cámaras de mi corazón, repicando esos tonos eternos de dolor, pero ya sin tocar los caramillos de mi cabeza.

Me veo a mí mismo con claridad. Estoy en una habitación a oscuras. Tengo el vientre de metal y soy hueco. Estoy rodeado de llamas y de pronto tengo mucho miedo.

¿Cómo me he convertido en esto? ¿Dónde, me pregunto, está el Falaris responsable de encender este fuego que me barre los costados y me rodea los hombros? Y si Zampanó ha desaparecido —y de pronto mi corazón sabe que se ha ido del todo—, ¿por qué hay una

música extraña que sigue llenando esa habitación a oscuras? ¿Cómo es posible que sigan sonando los caramillos de mi cabeza? ¿Y por quién suenan?

[280] ~~"Criatura" es un término bastante [ ] torpe, es cierto. Procede del griego koros, que significa "exceso", esa sugerencia de plétora ofrece una impresión errónea del Mino[ ]ro. De hecho, todas las referencias al Minotaur[ ] sí han de ser consideradas como puramente representativas. Obviamente, está cla[ ]o quo lo que Holloway encuentra allí abajo no es medio hombre/medio toro. [ ] otra cosa, que habita eternamente[ ], ilegible [ ] proporcionando unos beneficios ontológicos inmerecidos~~. [

]

[281] Como [ ] John Hollander. "Nos aniquilaría a todos el ver / el enorme contorno de nuestro ser; por suerte / [ ] nos ofrece alivio y refugio", lo cual supone otro eco, aunque no el último, [

] interminablemente [ ] en una secuencia que nunca deja de desplegarse per[ ] nunca termina de arrancar, [ ] perdidos en rastros de piedra!

[282] No tengo ninguna explicación digna de por qué Zampanó llama a esta sección "La escapatoria", cuando en la nota 365 se refiere a ella como "La evacuación". Lo único que puedo decir es que ese error me recuerda a su anterior titubeo entre llamar a la sala de estar "el campamento base" o "el puesto de mando".

[283] Cassady Roulet, *Theater in Film* (Barstow Press, Burlington, 1994), p. 56. Roulet también declara en su prefacio: "A mi amiga Diana Neetz le gusta imaginar en *The World oflnteríors* que el escenario de la película es el decorado de *Lear*, sobre todo con esa tormenta de octubre que no para de retumbar fuera de la casa de los Navidson".

[284] Martin Quoirez en *The L. Patrick Morning Show*, emitido por la KRAD de Cleveland, Ohio, el 1 de octubre de 1996.

[285] Tony K. Rich, "Tip thè Porter",en *The Washington Post,v*. 119,28 dediciembre de 1995, p. C-1, columna 4.

[286] Debido a la oscuridad y a las insufribles limitaciones de las cámaras Hi 8, los fragmentos caóticos de cinta que representan estos acontecimientos deben complementarse con la narración de Billy. Navidson, sin embargo, no habla de ninguno de estos momentos espantosos en La última entrevista. De esa manera convierte a Reston en la única autoridad de la secuencia. Lo cual es extraño, sobre todo porque Reston no vio nada. Lo único que hace es volver a contar lo que le contó Navidson. La opinión más extendida siempre ha sido que a Navidson le resulta demasiado doloroso revisitar el recuerdo. Pero existe otra posibilidad: que Navidson se niegue a dejar de lado la porción más perspicaz de su público. Al emplear a Reston como única voz narrativa, lo que está haciendo es llamar sutilmente la atención una vez más hacia la cuestión de las formas inadecuadas de representación, sin importar el medio o lo impecables que aquéllas sean. Aquí en particular se dedica a subrayar burlonamente la naturaleza fallida de cualquier relato a base de tramar a propósito un número absurdo de pasos. Pensemos en: 1. Las manos rotas de Tom → 2. Cómo percibe Navidson el dolor de Tom → 3. Cómo Navidson le cuenta a Reston el dolor de Tom → 4. Cómo Reston repite la descripción de Navidson basada en cómo Navidson percibe y recuerda el dolor de Tom. Un recordatorio deliberado de que la representación nunca reemplaza a la cosa; únicamente ofrece distancia y, en casos muy contados, perspectiva.

[287] Audrie McCullogh, entrevistada por Liza Richardson para el programa “Bare Facts” de la KCRW, Los Ángeles, 16 de junio de 1993.

[288] Una linea para que la traduzca Kyrie, aunque últimamente está un poco inaccesible debido a que el hombre de Gdansk ha emprendido oficialmente una venganza violenta a lo Halloween. Al parecer hace poco arrinconó a Lude en el Dragonfly con la intención de cobrarse alguna clase de retribución fisica seria. Lude sonrió y le dio una buena patada en los huevos. Los porteros del local, todos ellos amigos de Lude, no tardaron en echar a aquel chiflado a la calle. A continuación el hombre de Gdansk, que es uno de los grandes genios de la lógica de este siglo, me dejó un mensaje a grito pelado en mi contestador. Todo un prodigio de elocuencia por su parte, en el que yuxtaponía a menudo la idea de asesinato y mi nombre con la cantidad justa de gruñidos incoherentes. ¿Y a quién le importa? Que se vaya a la mierda. Tampoco va a cambiar nada de todo esto, y lo mismo se aplica a ese fragmento en alemán que hay más arriba, como si una traducción fuera a disminuir de alguna manera el efecto devastador que todo esto ha tenido en mí. No va a cambiar nada. Ahora lo sé. Ya apenas puedo hacer nada más que copiarlo todo. Y deprisa.

[289] Entrevista a Audrie McCullogh para la KCRW, Los Ángeles, 16 de junio de 1993.

[290] Veáse “Fowl Play”, de Jerry Lieberman, publicado en la revista *People*, v. 40,26 de julio de 1993, p. 44.

[291] Karen le dijo a Fowler que estaba casada. Hasta se puso una de las viejas alianzas de su madre para demostrarlo (Veáse revista *New York*, v. 27,31 de octubre de 1994, pp. 92-93).

[292] *The Star*, 24 de enero de 1995, p. 18.

[293] Programa “Night Life”, de Cahill Jones, KPRO, Riverside, 11 de septiembre de 1995.

[294] Audrie McCullogh, KCRW, Los Ángeles, 16 de junio de 1993.

[295] Véase *Privacy and Intrusión in the Twenty-First Century*, de Clarence Sweeney (Apeneck Press, Londres, 1996), p. 140, así como las obras ya mencionadas en la nota 15. Recuérdese también el momento referido en el capítulo II (página 10), cuando Navidson abre el joyero y al cabo de unos momentos tira unos pelos que acaba de quitar del cepillo de Karen.[318]

[318] Da igual que seas electricista, académico o drogadicto, lo más seguro es que en alguna parte guardes una carta, una postal o una nota que sea importante para ti. Y quizá para nadie más que para ti.

Es asombroso cuánta gente guarda por lo menos unas cuantas cartas durante su vida, pliegos de sentimientos, metidos dentro de un estuche de guitarra, en una caja fuerte, en un disco duro o incluso preservados dentro de un par de botas viejas que nadie se pondrá nunca. Algunas cartas se conservan. Otras no. Yo tengo unas cuantas que no se han podrido. Una en concreto está escondida dentro de un relicario con forma de ciervo.

La verdad es que es un relicario bastante aparatoso, supuestamente de más de cien años de antigüedad, hecho de plata de ley bruñida y con las astas bañadas en platino, ojos de esmeralda, diamantes diminutos en las puntas de la melena y un cierre de plata escondido en la cola. Una cadenilla de oro trenzado lo afianza a quien sea que lo lleve,

que en este caso nunca he sido yo. Yo me limito a tenerlo junto a la cama, en el cajón de abajo cerrado con llave en mi mesilla de noche.

Era mi madre quien lo llevaba. Desde los trece años, y casi hasta que cumplí dieciocho, no la vi ni una vez sin ese relicario colgado del cuello. Nunca supe qué guardaba dentro. Se lo vi justo antes de marcharme a Alaska y supongo que ya por entonces había algo en su forma que me repelía. La mayoría de los relicarios que yo había visto eran pequeños, redondos y cálidos. Tenían su lógica. El suyo, en cambio, no podía entenderlo. Era incómodo, recargado y sobre todo frío, y de vez en cuando emitía unos destellos bastante extraños, era como un espejo deformado, que intentaba reflejar las cosas cada vez que ella se ocupaba de él. La mayoría de las veces solamente conseguía mostrar manchas borrosas.

Volví a verlo antes de marcharme a Europa. Yo había ganado un verano en el extranjero con todos los gastos pagados gracias a un ensayo que había escrito sobre el pintor Paulus de Vos (1596-1678). Duré dos días en el programa. Al tercero ya me estaba yendo a la estación, en busca de algo, o tal vez de alguien, con un hatillo a la espalda, un pase de Eurorail en la mano y no más de trescientos pavos en el bolsillo en forma de cheques de viaje. Comía muy poco, viajaba como podía, y así conseguí asomarme a Checoslovaquia, Polonia y Suecia antes de dar la vuelta hacia el oeste y bajar a toda pastilla de Dinamarca a Madrid, donde rondé por las salas del Prado igual que una jauría de perros aullando tras un venado. Las partidas de ajedrez a la luz de las estrellas en Toledo pronto dieron paso a un viaje descabellado hacia el este en busca de la sabiduría dilapidada de Nápoles y por fin a un trayecto en ferry hasta Grecia, donde estuve navegando por entre las islas jónicas antes de encaminarme a destinos situados todavía más al sur. De vuelta en Roma, me pasé casi toda una semana en una casa de putas, hablando con las mujeres de cosas extremadamente simples mientras ellas esperaban a su siguiente cliente: otra historia que tendrá que esperar un momento mejor. En París me dediqué a vivir las noches en los bistrós, dándome atracones ocasionales de cerveza y caracoles, mientras de día dormía con el corazón roto en los muelles del Sena. No sé por qué digo lo del corazón roto. Supongo que es como me sentía, completamente consumido y sin compañía. De alguna manera, todo lo que yo veía en mí únicamente reflejaba mi miseria. Me acordaba a menudo del relicario que colgaba del cuello de mi madre. A veces me provocaba dolor. Y a menudo me enfadaba.

Una vez ella me dijo que valía mucho dinero. Era una idea que a mí jamás me había pasado por la cabeza. Y sigo sin plantearme para nada el valor monetario que pueda tener. Vivo a base de atún, arroz y agua, perdiendo peso más deprisa que el Lloyd's de Londres, pero antes de plantearme sacar dinero de esta reliquia estaría dispuesto a venderme partes del cuerpo.

Al morir mi madre, el relicario fue lo único que me dejó. En la parte de atrás hay grabada una inscripción. Es de mi padre:319 "Te doy mi corazón, amor mío, 5 de marzo de 1966", una inscripción prácticamente profètica.

Tardé mucho tiempo en abrir el cierre. No estoy seguro de por qué. Tal vez tenía miedo de lo que pudiera encontrar dentro. Creo que esperaba que estuviera vacío. No lo estaba. Cuando por fin abrí los goznes, descubrí una carta de amor cuidadosamente doblada y camuflada de carta de agradecimiento, garabateada con la caligrafía de un niño de once

años.

Era una carta que yo había escrito.

La primera que mi madre recibía del hijo al que había abandonado cuando solamente tenía siete años. Y también era la única que iba a guardar.

319 Aquí el señor Truant se está refiriendo a su padre biológico, no a Raymond, su padre de acogida. (N. de los Ed.)

[296] Este episodio se explora con mayor detenimiento en los capítulos XVII y XIX.

[297] Cortesía de Jerry Lieberman.

[298] "Con su gorro de dormir y los jirones de su camisa de dormir, él remienda los agujeros de la estructura del universo", una frase que le citó íntegramente a su mujer, además de referirse a este pasaje en el capítulo 6 de La *interpretación de los sueños* y en una carta a Jung fechada el 25 de febrero de 1908.323

[323] ¿Heine?[324]

[324] Freud. (N. de los Ed.)

[299] Lo más seguro es que una versión de ocho minutos de la versión abreviada de Karen se convirtiera en el segundo corto que ahora conocemos como "Exploración n.° 4". Sin embargo, sigue sin estar claro quién cortó los cinco minutos restantes (que debían de incluir el suicidio de Holloway) antes de ponerlo en circulación. Kevin Stanley, en su libro *"What Are You Gonna Do, Little Man?" and Other Tales of Grass Roots Distribution* (Vallombrosa Inc., Cambridge, 1994) señala lo fácil que le habría resultado hacer un duplicado a cualquiera de los profesores o autores entrevistados que recibieron una copia. En cuanto a la razón de que falten cinco minutos, Stanley lo achaca de forma poco convincente a la ineptitud de Karen Green: "Simplemente debe de haber calculado mal la longitud de la cinta".

[300] Es interesante, sin embargo, que ni____ ni tampoco___, que vieron el pasillo en persona, hayan hecho nunca comentario alguno. Tal vez XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
[326]

[326] Tachado con algo que parece sospechosamente carboncillo negro y alquitrán.

[301] En su forma original, El expediente Navidson contenía ambas piezas de Karen: Lo que les ha parecido a algunos y Breve historia de la persona a la que amo. Sin embargo, cuando Miramax hizo una distribución amplia de la película, faltaba Lo que les ha parecido a algunos. En una fiesta para la prensa en Cannes, Bob Weinstein argumentó que la sección era demasiado autorreferencial y estaba demasiado alejada de la "columna vertebral de la historia" como para justificar su inclusión. "El público lo que quiere es volver a la casa —explicó—. El retraso que causaba esa parte era insoportable. Pero no os preocupéis, la tendréis en la edición en DVD."[328]

[328] De momento no he recibido respuesta de ninguna de las personas citadas en esta "transcripción", a excepción de Hofstadter, que me ha dejado muy claro que jamás ha oído hablar de Will Navidson, de Karen Green ni de la casa, y de Paglia, que me ha garabateado en una postal: "Piérdete, capullo".

[302] En su libro *Absent Identification* (Emunah Publishing Group, Londres, 1995), p. 52, Melissa Schemell habla de los modos sexuales de reconocimiento:

> *La casa como vagina'*, la identificación primaria del chico adolescente es con la madre. El descubrimiento posterior de que él no es como ella (él tiene pene y ella no, él es distinto) tiene como resultado una intensa sensación de desplazamiento y pérdida. El chico debe buscar una nueva identidad (el padre) […] Navidson explora esa pérdida, la cosa con que primero se identificó: la vagina, el útero, la madre.

Maternal Intrusions de Eric Keplard (Nescience Press, Portland, 1995) también habla de la casa como algo maternal, lo que pasa es que su lectura es mucho más histórica que la de Schemel: "La casa de Navidson es una encamación de su madre. En otras palabras: una ausencia. Representa el drama edípico sin resolver que nunca deja de entrometerse en su relación con Karen". Dicho eso, sería injusto no mencionar el libro de Tad Exler, *Our Father* (Pavemockurnest Press, Iowa City, 1996) que rechaza "los paralelismos demasiado entusiastas con la madre" en beneficio de "la oscuridad paternal del narcisismo".

[303] Aunque *unheimlich* ya ha aparecido varias veces en este texto, hasta el momento no se ha tratado la palabra inglesa *uncanny*. Aunque le falta el sentido germánico de "hogar", *uncanny* construye su significado a partir de la vieja raíz inglesa *cunnan*, procedente del noruego antiguo *kunna*, que a su vez deriva del gótico *kunnan* (verbos pretérito- presentes), que viene del indoeuropeo y quiere decir "conocer" (véase el *Diccionario Oxford*). En otras palabras, un-cann-y se divide o se descompone literalmente en lo que no está lleno de conocimiento, o a la inversa, en lo que está lleno de no conocimiento: y así pues, sin entender con exactitud lo que la denegación repetida mantiene eficientemente reprimido y por consiguiente distanciado, aunque permitiéndose la repetición a pesar de todo, lo *uncanny* se puede definir como vacío de conocimiento y del

conocer, o bien atiborrado de ausencia de conocimiento o conocer. En palabras de Perry Ivan Nathan Shaftesbury, autor de *Murder's Gate: A Treatise On Love and Rage* (Verso, Londres, 1996), p. 183: "Es por tanto algo sagrado, no violado y preservado para siempre. La virgen suprema. La madonna sin marido. La madre de Dios. La madre de la madre. Algo inhumano". Véase también *The Architectural Uncanny: Essays In The Modern Unhomely*, de Anthony Vidler (The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1992).

[304] Cuántas voces. No es que yo no esté familiarizado con las voces. Ese ruido de opiniones, necesidades y compulsiones, ¿pero qué es lo que enmascara? //

Acaba de llamar Tambor (de ahí la interrupción y el "//").

Una voz bienvenida.

Es extraño cómo son las cosas. Ahora que ya no estoy, va ella y me llama inesperadamente, y por primera vez, supongo que devolviéndome las viejas llamadas que le hice a su busca, y me pregunta dónde he estado, por qué no me he pasado por el Salón de Tatuajes, y se pone a soltarme un rollo sobre toda clase de cosas. Al parecer hasta mi jefe ha estado preguntando por mí, haciéndose el dolido porque no he pasado a verlos ni para saludar.

—Eh, Johnny —me ha dicho por fin Tambor por teléfono, con su voz ronroneante—. ¿Por qué no te vienes a mi casa? Te haré hasta la cena.

Tengo una tarta de calabaza buenísima que me sobró de Acción de Gracias.

Pero me he oído decir a mí mismo:

—No, hum, mejor no. No, gracias, pero gracias, de verdad. —Y pensando al mismo tiempo que aquélla podía ser la oportunidad más cercana que iba a tener nunca de conseguir una invitación con billete electrónico al Lugar Más Feliz de la Tierra.

Es demasiado tarde. O tal vez me equivoque. Tal vez no sea demasiado tarde, tal vez simplemente no sea lo que toca. Por hermosa que me parezca su voz, no es lo bastante poderosa como para apartarme de este rumbo.

Aunque ocho meses atrás yo ya habría salido por la puerta, ahora, por la triste razón que sea, Tambor ya no tiene influencia alguna sobre mí.

Por un momento he visualizado su cuerpo, imaginando esos pechos redondos y hermosos con sus areolas marrones y cremosas, convirtiendo en santos los pezones, esos labios suaves y carnosos que apenas le esconden los dientes, mientras que en las profundidades de sus ojos, sus linajes irlandés e hispano se dedican a rondarse como el oxígeno y el hidrógeno, y lo más seguro es que sigan rondándose hasta el mismo día en que se muera. Y sin embargo, a pesar de su asombroso atractivo, cualquier anhelo de ella que yo pudiera tener se ha esfumado en cuanto he comprendido, y aceptado, lo poco que sé de ella. La imagen que tenia de ella en mi cabeza, por erótica que fuera, no ha sido suficiente. Un retrato jamás iniciado. Ni siquiera teniendo en cuenta sus gafas de sol en forma de margaritas, sus tatuajes ni los billetes de un dólar y de cinco que recoge mientras se enrosca alrededor de un poste plateado escondido en algún cuarto oscuro a la sombra del aeropuerto. Un lugar que yo todavía no me había atrevido a visitar. Ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba su criatura de tres años.

Ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba de verdad; no Tambor, ni mucho

menos Tambor, sino un nombre completamente distinto, que yo de pronto me he propuesto averiguar, he decidido hacerle ambas preguntas en ese mismo momento, empezar a averiguar quién era ella en realidad, ver si era posible significar algo para ella, ver si era posible que ella significara algo para mí, toda una pila de interrogantes que estaba dispuesto a abordar, y ha sido exactamente entonces cuando se ha cortado la comunicación.

Ella no ha colgado y yo tampoco. Simplemente la compañía telefónica ha enmendado su descuido y por fin me ha desconectado la línea.

No más Tambor. No más línea telefónica. Ni siquiera una bóveda encima que me devuelva una palabra.

Solamente el silencio y todas sus consecuencias.

[305] "No excesivamente pulido ni artificial." (N. de los Ed.)

[306] Véase *Summer's Salt* de Eric von Jamlow (Simón and Schuster, Nueva York, 1996), p. 593.

[307] Según Melanie Proft Knightley en *War's Children* (Zone Books, Nueva York, 1994), p. 110, Tom se libró de que lo reclutaran por problemas de corazón. Navidson se alistó directamente.

[308] Véase la introducción de Gordon Burke a *Pieces*, de Will Navidson (Harry N. Abrams, Inc., Nueva York, 1994), p. xvii.

[309] Esto está claramente basado en la fotografía de 1994, por la que Kevin Cárter obtuvo el Premio Pulitzer, de un buitre acosando a una niña sudanesa diminuta que se había desplomado de camino a un centro de alimentación. Cárter ganó muchos elogios por la instantánea, pero también fue acusado de insensibilidad flagrante. El *Times* de St. Petersburg, Florida, escribió lo siguiente: "El hombre que ajusta su lente para obtener el encuadre perfecto del sufrimiento de esa niña es igual de depredador, es otro buitre en la escena". Lamentablemente, la exposición constante a la violencia y las privaciones. Junto con una dependencia cada vez mayor de las drogas, se cobraron un precio muy alto. Cárter se suicidó el 27 de julio de 1994. (N. de los Ed.)

[310] Vease capitulo.

[311] En la película nunca se revela la suma exacta. Tena Leeson calcula que la aportación de Navidson podría estar entre unos centenares y unos millares de dólares. "The HighCost of Dating", de Tena Leeson, publicado en *Radio- gram*, v. 13, n° 4, octubre de 1994, p. 142.

[312] Entre las técnicas de datación radiométrica se encuentran el trabajo con carbono-14 (que abarca desde unos centenares de años hasta 50.000 años atrás), el potasio-argón (para edades que van desde los 100.000 años hasta los $4{,}5 \times 10^9$ años) y las huellas de fisión (para edades de entre unos pocos millones y unos cuantos cientos de millones), así como el fechado por termoluminiscencia (que se usa para fechar alfarería de arcilla).[339]

[339] Tabla 1:

Isótopo padre	*Isótopo descendiente*	*Semivida*
Carbono-14	*Nitrógeno-14*	*5.730*
Potasio-40	*Argón-40*	*xxxxx*

Rubidio-87	*Estroncio-87*	*4,88 × 1010*
Samario-147	*Neodimio-147*	*1,06 × 10“*
Lutecio-176	*Hafhio-176*	*33 × 10'°*
Torio-232	*Plomo-208*	*1,4 xlO10*
Uranio-235	*Plomo-207*	*7,04 × 10**
Uranio-238	*Plomo-206*	*4,47 × 109*

[313] Los científicos calculan que el Universo se expandió a partir de su estado de destindad infinita[341] —un momento al que se suele denominar el “Big bang”— hace aproximadamente 1,3-2 × 10^{10} años.

[341] Error tipográfico: en lugar de "destindad" debería poner "densidad".

[342] La edad de la Tierra oscila entre los 4,43-4,57 × 10^9 años (más o menos la misma época en que se formó nuestro Sistema Solar). Aunque hay algunas excepciones, la mayoría de los meteoritos son más jóvenes. Sin embargo, los micrometeoritos con niveles altos de deuterio sugieren la presencia de material interestelar anterior a nuestro Sistema Solar. Véase F. Tera, “Congruency of Comformable Galenas: Age of the Earth”, incluido en las actas de la *12th Lunar and Planetary Science Conference*, 1981, pp. 1088-1090; y “Mineralogy of chondritic interplanetary dust particles”, de I. D. R. Mackinnon y F. J. M. Rietmeijer, publicado en *Rev. Geophys*. 1987, 25:1527-1553. Véanse también los estudios relacionados con la edad de las partículas llevados a cabo por Klaus Bebblestein y Gunter Polinger, publicados en la revista *Physics Today*, v. 48, septiembre de 1995, pp. 24-30, y también el publicado por Oxford University Press, en 1994, con el título *Particle Exam*, cuyo capítulo 16 incluye una serie de datos fascinantes generados en el Deutsch Electron Synchrotron (DESY; pronunciado como el nombre inglés “Daisy”) de Hamburgo y hasta información procedente del programa HERMES, que por entonces empleaba el colisionador de electrones-protones para estudiar el spin de los nucleones. Bebblestein y Polinger también han escrito abundante material sobre la reciente pero muy especulativa afirmación de que hoy en día deben de existir algoritmos precisos que concuerden con la Wave Origin Reflection Data Series publicada por la Corporación VEM™.

[314] Centro de Geocronología de Berkeley (BGC). Paul Renne. Véase revista Science, 12 de agosto de 1994, p. 864.

[344] No hay que olvidar el cráter que creó un meteorito en el desierto de Arizona hace 50.000 años, el Canyon Diablo, con un diámetro de 1.207 metros y una profundidad de 174 metros.

[345] Las mediciones de la isócrona interna por medio de Rb-Sr han demostrado que el meteorito del condado de Norton, del grupo de las aubritas, tiene una edad de 4,70±0,13 Ga (1 Ga = 10^9 años). El meteorito Krahenberg, perteneciente al grupo LL5, tiene una edad aproximada de 4,70±0,01 Ga. Tal como O’Geery indica a Navidson, varias de las muestras **XXXX** también parecen presentar edades anteriores a la formación de la Tierra (aunque la precisión de esas afirmaciones sigue siendo objeto de acaloradas controversias). Véase The Nature and Origin of Meteorites, de D. W. Sears (Oxford University Press, Nueva York, 1978), p. 129, y Formation vs. Metamorphic Age (The MIT

Press, Cambridge, Massachusetts, 1996), pp. 182-235.

[315] Robert T. Dodd, *Meteorites: A Petrologic-Chemical Synthesis* (Cambridge University Press, Cambridge, 1981). Dodd también explica en la página 161: “El primer equilibrio isotópico de una condrila se suele denominar su *formación*. El periodo de tiempo que media entre la nucleosíntesis y la formación se denomina *intervalo de formación*, y al que media entre la formación y el presente lo llamamos *edad deformación*. La distancia temporal entre un trastorno isotópico posterior y el presente se llama *edad metamòrfica*. Desde hace un cuarto de siglo sabemos que todas las condritas tienen aproximadamente 4.550 millones de años de antigüedad (Patterson, 1956) y hace una década que sabemos que su antigüedad hasta el punto de metamorfismo e incluyendo éste no abarca más de cien millones de años (Papanastassiou y Wasserburg, 1969). No está claro qué partes de esta breve historia a altas temperaturas se corresponden con la formación, el acrecentamiento y el metamorfismo, puesto que no siempre resulta fácil ver qué fase registra un sistema isotópico en concreto.

[347] *Meteoritics: Asteroids, Comets, Crateri, Interplanetary Dust, Interstellar Medium Lunar Samples, Meteors, Meteorites, Natural Satellites, Planets, Tektites Origin and History of the Solar System*, edición de Derek W. G. Sears. Editores asociados: Donald E. Brownlee, Michael J. Gaffey, Joseph I. Goldstein, Richard A. E Grieve, Rhian Jones, Klaus Keil, Hiroko Nagahara, Frank Podosek, Ludolf Schultz, Denis Shaw, S. Ross Taylor, Paul H. Warren, Paul Weissman, George W. Wetherill y RainerWieler. Publicado por la Meteoritical Society, v. 30, n.° 3, mayo de 1995, p.244.

[348] Una posible explicación de la progresión cronológica detallada por Navidson y O’Geery. Ciertamente, confiere peso a las teorías que defienden la importancia histórica de las muestras, aunque no contribuye en absoluto a explicar la presencia de materia extraterrestre y posiblemente incluso interestelar.

[349] Por tanto parece que la conclusión de Navidson es la única posible. En base a las evidencias, las muestras de la

A a la XXXX parecen componer un mapa cronológico exacto, que, pese a su simplicidad, muestra que……..…, Inexplicablemente, el resto de esta nota, junto con diecisiete páginas más de texto, se han esfumado del manuscrito que nos entregó el señor Truant. (N. de los Ed.)

[316] Me gustaría poder decir que esta masa de X negras se debe a una ceniza misteriosa o a un acto frenético de borrado por parte de Zampanó. Por desgracia, esta vez el culpable soy yo. Cuando empecé a montar El expediente Navidson, ordené todas las páginas y fragmentos por capítulo o por tema.

Al final me quedaron varios montones desperdigados por mi habitación. Solía ponerles encima un libro o algún otro objeto pesado para que los montones individuales no se fueran volando si había una corriente de aire o si le daba a alguno sin querer con el pie. Encima de este capítulo en concreto, cometí la estupidez de poner un frasco de tinta alemana, 4001 brillant-schwarz o algo parecido. A saber cuánto tiempo hará que pasó, probablemente fue por la época en que todavía me dedicaba a hacer dibujos y a experimentar con los collages, tal vez en agosto, o quizá ya en febrero. En cualquier caso, al cristal se le debió de abrir una grieta minúscula, porque toda la tinta terminó por trasvasarse al papel, borrando casi las cuarenta páginas, además de empapar la moqueta

de debajo y extenderse por ella formando una gigantesca flor negra. Las notas al pie sobrevivieron solamente porque todavía no las había incorporado al texto. Habían sido escritas por separado en una serie de tarjetones verdes sujetos entre sí por una goma elástica amarilla.

[317] *A Lexicón of Improbable Theories*, edición de Blair Keepling (Niflheim Press, San Francisco, 1996). En el capítulo 13, Keepling atribuye a *El expediente Navidson* el *revival* del Movimiento de la Tierra Hueca. Siguiendo esta inverosímil teoría desde los endebles razonamientos de John Cleaves Symmes (1779-1829), pasando por *TheHollow Earth: The Greatest Geographical Discovery in History*, de Raymond Bemard (1964), hasta el autoeditado volumen pro-nazi *Kingdoms Within Earth* (1985), de Norma Cox, Keepling saca a la luz otra grotesca subcultura más de las muchas que prosperan en Occidente. Por supuesto, aunque este planeta fuera realmente un orbe hueco —lo cual es una imposibilidad absoluta—, aun así la moneda que se le cae a Tom recorre una distancia mucho mayor que el radio (o incluso el diámetro) de la Tierra.

[318] Justin Krape, *Palé Micturitions* (Kanawaha Press, Charleston, Virginia Occidental, 1996), p. 99.

[319] Véanse todos los resultados de los análisis en la Prueba Tres, incluyendo las dataciones por medio de rubidio-87/ estroncio-87, potasio-40/argón-40, samario-147/neodimio-143, además de una serie completa de informes sobre los contenidos de uranio-235 y uranio-238 en los isótopos de plomo.[354]

[354] No, si a mí también me ha pasado esa idea por la cabeza. Por desgracia, la Prueba Tres no soluciona el problema del derrame de tinta porque la Prueba Tres no existe. Lo único que se encuentra de ella es un puñado de notas. He buscado en todas partes, sobre todo en la carpeta Cero. Y nada. Quién sabe, tal vez sea mejor así.

Hoy, sin ninguna razón en particular, me he puesto a pensar en el doctor Ogelmeyer y a preguntarme qué podría haber descubierto yo si hubiera tenido dinero, si hubiera encontrado tiempo para ver a ese especialista y si hubiera elegido hacerme las pruebas. Por supuesto, si los "si" fueran botellas, ya estaría borracho. A fin de cuentas, tal vez no haga falta esa clase de confirmación.

Aun así, me lo pregunto.

Yo me crié con ciertas palabras, palabras que nunca le he mencionado a Lude, ni de hecho a nadie, palabras que orbitaban principalmente en torno a mi madre, a veces susurradas y más a menudo escritas en cartas que mi padre jamás me habría dejado leer de seguir vivo.

(Ahora que lo pienso, supongo que siempre he gravitado hacia los legados escritos (tierras privadas rodeadas de enormes océanos de confusión (una descripción que no termino de entender ni siquiera mientras la escribo (aunque la sensación de aventura que entrañan sus palabras (esa pequeña "1" que apenas importa) me *atrae*... pero bueno, al carajo con cerrar) todos) los) padréntesis (sic).)

Antes de que entendiera el significado de términos como "alucinaciones auditivas", "verbigeración", "ensalada de palabras", "desrealización" o "despersonalización", ya percibía en ellos toda clase de aventuras. Captar su significado requería un gran viaje, algo que he acabado descubriendo que era cierto, aunque los destinos no hayan resultado ser precisamente jardines del Edén llenos de pan de oro, ópalo o piezas de jade

intrincadamente talladas.

Consideraos afortunados si nunca habéis pasado cerca de la casa de Kurt Schnieder o de Gabriel Langfeldt, o bien si los criterios diagnósticos de St. Louis, Taylor y Abrams o el Research Diagnostic no os suenan de nada. El índice de Esquizofrenia de New Haven debería dejar las cosas bastante claras.

En mi caso, ¿habría recurrido Ogelmeyer a esas herramientas, o bien habría empezado con un examen biológico? ¿Habría buscado hiperactividad o sistemas dopaminérgicos? ¿Habría buscado una subida de la norepinefrina?

¿0 bien es más probable que me hubiera hecho una resonancia magnética del cerebro para ver si los ventrículos lateral y tercero estaban aumentando de tamaño? ¿0 tal vez incluso le echaría un vistazo a mi actividad delta con un electroencefalograma de los de toda la vida (EEG)?

¿Qué clase de flujos de datos se generarían y hasta qué punto sería concluyente la lectura que hicieran él o sus especialistas?

Jamás lo sabré. Lo cual no pretende implicar que sea la vía incorrecta. Al contrario. Simplemente no es la mía. Lo único que yo anhelo es un momento de pensamiento racional y una oportunidad de pasar a la acción antes de sucumbir a una enorme y entristecedora locura, sacrificado a manos de mi propia biología maltrecha.

De momento he perdido nueve kilos. Al lado de mi puerta hay tirados un par de avisos de desahucio. Tengo la sensación de llevar meses sin dormir. A mis vecinos les doy miedo. Cada vez que me cruzo con ellos por ese pasillo en penumbra y de paredes marrones, lo cual no sucede casi nunca, solamente cuando me veo obligado a salir a por más atún, a por libros de la biblioteca o a venderme la sangre para poder comprar más velas, les oigo hablar en voz baja sobre los gritos que pego de noche: "Es ése, estoy seguro". "Calla, que te va a oír."

Por alguna razón he estado pensando cada vez más en mi madre y en cómo la vida la traicionó, la humilló con unos impulsos que ella no podía controlar y la hundió aguantando año tras año de lo mismo. Yo no llegué a conocerla bien. Me acuerdo de que tenía un pelo asombroso, que parecía luz del sol, extremadamente fino y entreverado de plata, hermoso hasta cuando no se lo peinaba, y que cada vez que la visitaba su mirada siempre parecía rebosar ternura. Y aunque la mayor parte del tiempo ella hablaba en susurros, a veces levantaba la voz y ésta sonaba dulce y rica como si fueran campanas de iglesia tañendo alegremente en las ciudades extranjeras por las que yo acabaría deambulando al amanecer, enviando ecos por aquellas calles donde yo me sorprendería a mí mismo bajo la luz sobria, frotándome las manos para quitarme el frío, dando brincos como un lunático, esperando a que abrieran las panaderías para comprarme un trozo de pan y una taza de chocolate caliente.

Ella también me escribía cartas, siempre a mano y llenas de extrañas palabras de colores. Empezaron a llegarme después de que mi padre se matara y estaban cargadas de consejos, de ánimos y, sobre todo, de fe. No sé si habría podido sobrevivir a Raymond sin ellas. Pero mi madre nunca estuvo bien del todo, y al final sus palabras se volvieron amargas hasta el punto de *que*... En fin, me encantaría poder ceñirme a los recuerdos de su pelo y sus ojos rebosantes y el alegre tañer de las campanas en el amanecer de las ciudades extranjeras.

Pero las cosas nunca son tan simples, ¿verdad?

Un día recibí una carta en la que se disculpaba por lo que había hecho. Al principio pensé que se estaba refiriendo otra vez a la sartén de aceite que se le había caído sin querer cuando yo tenía cuatro años, pero no se refería a aquello en absoluto, aunque de una forma espantosa su confesión empezó a cambiar la forma en que yo veía mis cicatrices, sus remolinos oceánicos empezaron a transmitir sospecha y demasiadas dudas como para que yo las abordara como era debido. En cualquier caso, ella se estaba refiriendo a un acontecimiento completamente distinto que obligó a mi padre a llevarla por fin al Whale, cuando yo tenía solamente siete años, un día que no consigo recordar por más que lo intento.

Según me explicaba en la carta, por aquella época sus pensamientos se habían deteriorado del todo. El peso de la vida le resultaba insoportable y, por tanto, en su mente, era una carga imposible y hasta horrorosa para imponérsela a una criatura, sobre todo si era su hijo. Basándose en estos razonamientos descabellados, me cogió en brazos y trató de estrangularme.

Lo más seguro es que fuera un intento muy breve. Quizás incluso cómico. Mi padre intervino de forma casi inmediata y a ella se la llevaron en aras de mi seguridad. Supongo que esa parte sí que la recuerdo. El que alguien hablara de "mi seguridad". Me imagino que fue mi padre. Supongo que también lo recuerdo a él llevándosela. Por lo menos recuerdo su silueta en la puerta. Con ella. Sólo dos siluetas desdibujadas.

Raymond conocía un poco la historia de mi madre y solía decirme que lo que le había pasado era que la había atrapado una pesadilla.

—Las pesadillas, fíjate —me dijo una vez con una sonrisa—, te pueden joder para siempre. Yo he visto cómo les pasaba a amigos míos. Es por este motivo que nunca me verás sin una pistola debajo de la almohada.

Eso siempre ayuda a pasar la noche.

La semana pasada me hice a mí mismo un regalo de Navidad. Desenterré mi Visa, que sigo haciendo lo posible por no usar, y no solamente me compré una segunda pistola, esta vez una Taurus 605 del calibre 357 de acero inoxidable, sino que también me animé a comprarme un rifle. Más concretamente encargué un rifle Weatherby 300 magnum, junto con veinte cajas de munición de 180 granos de expansión controlada.

Supongo que tengo la esperanza de que las armas me ayuden a sentirme mejor, de que me proporcionen alguna clase de puto control, sobre todo si noto que ese aturdimiento que siento por dentro se vuelve demasiado pesado o espeso y empieza a avanzar lentamente hacia mi habitación, y que no es ningún producto de mi imaginación sino igual de tangible que vosotros o que yo, y que nunca cesa de arañar, soltar humo y gruñir presa de una cólera espantosa, aunque pese a todo se detiene al otro lado de mi puerta, esperando, tal vez esperando una palabra o una orden o alguna otra clase de señal para iniciar este enfrentamiento violento y a estas alturas inevitable, siempre mostrando tanta cólera como miedo tengo yo. De momento no ha pasado, aunque aun asi me dedico a sacar del baúl la Taurus y la Heckler & Koch, a cargarlas y apoyar el dedo en el gatillo. A veces durante varios minutos. A veces durante horas. Apuntando a la puerta o a la ventana o a un rincón

del techo sumido en las sombras. Hasta me acuesto con ellas y me escondo bajo mis sábanas de color azul cielo. Intentando dormir. Intentando soñar, aunque solamente sea para acordarme después de mis sueños. Por lo menos ahora no estoy indefenso. Por lo menos eso lo tengo. Una pistola en cada mano. Y sin miedo a disparar. Sin el seguro puesto.

[320] Véase "Frame Detail", de Noda Vennard, conferencia leída en el *Symposium on The Cultural Effect of Nuclear Weaponry in the Twenty-First Century*, celebrado en la Technical University of Denmark el 19 de octubre de 1996. Véase también *The Nevada Test Site: A Guide to America's Nuclear Proving Ground*, de Matthew Coolidge (The Center for Land Use Inteipretaúon, Culver City, California, 1996) además de *Nuclear Proving Grounds of The World*, de Matthew Coolidge, edición de Sarah Simons (The Center for Land Use Inteipretation, Culver City, California, 1998).

[321] Véase "Nothing Learned, Nothing Saved: By Suggestion Of Science", de Virgil Q. Tomlinson, publicado en *Geo* v. 83,7 de febrero de 1994, p. 68.

[322] "Seas quien seas, sal al atardecer, / sal de tu cuarto, que conoces al dedillo; / tu casa es la última antes de llegar al infinito / seas quien seas." (N. de los Ed.)

[323] Si bien siguen circulando fragmentos de estas conferencias, todavía no han aparecido en su totalidad. Supuestamente Random House va a publicar un volumen completo, aunque no tienen previsto sacarlo hasta otoño de 2001.

[324] Norman Paarlberg, "The Explorer's Responsibility", publicado en National Geographic, v.187, enero de 1995, pp. 120-138.

[325] Citado en el artículo de Wilfred Bluñton, "Hollow Dark", publicado en el *New York Times* del 16 de diciembre de 1907, p. 5:5. Véase también "Crave the Cave: The Color of Obsession", de Esther Harían James, tesis del Trinity College, 1996, p. 669, donde describe la adicción que sufrió a *El expediente Navidson*: "No podía librarme de la sensación de que la película, por visceral y envolvente que fuera, debía palidecer en comparación con una exploración real y en persona de la casa. Pese a todo, igual que Navidson necesitaba más y más de aquella oscuridad interminable, yo me sorprendí a mí misma teniendo la misma sensación con *El expediente Navidson*. De hecho, mientras escribo estas b'neas, ya he visto la película treinta y ocho veces, y no tengo razón alguna para pensar que no voy a seguir viéndola".

[326] "See No Evil", de Lazlo Ferma, publicado en *Film Comment*, v. 29, septiembre/octubre de 1993, p. 58.

[327] A. Ballard, "The Apophatic Science Of Recollection (Following Nuance)", publicado en *Ancient Greek*, v. cvii, abril de 1995, p. 85.

[328] "Expectación fantasmal." (N. de los Ed.)

[329] En "Shout Not, Doubt Not", incluido en *Ewig-Weibliche*, edición de P.V.N. Gable (Joyland Press, Wichita, Kansas, 1995), Talbot Darden traduce estas líneas simplemente como: "Nome toques. No me leas. No me veas. No me".

[330] Lo siento. Ni idea.3[66]

366 Maurice Blanchot lo traduce como "todo aquel que ve a Dios, muere". (N. de los Ed.)

[331] Se me ocurre, al leer eso de "una clave que descifrar", que las más grandes

cartas de amor siempre están codificadas para ser leídas por una sola persona y no por muchas.

[332] Billy Reston entrevistado por Anthony Sitney para el programa "Evening Murmurs" de la KTWL, Boulder, Colorado, 4 de enero de 1996.

[333] Entrevista personal a Purdham Huckler, 17 de febrero de 1995.

[334] Entrevista personal a Lindsay Gerknard, 24 de febrero de 1995.

[335] Intervención de Héctor Llosa en la Convención sobre Ética de los Medios del *L. A. Times*, 14 de marzo de 1996.

[336] Véase "Harbingers of Hell and/or Hope", de Tokiko Dudek, publicado en *Authentes Journal*, Palomar College, septiembre de 1995, p. 7. Recuérdese también a Larry Burrows, que en su película de la BBC de 1960 *Beautiful Beautiful* comentaba lo siguiente: "Muy a menudo me pregunto si tengo derecho a apropiarme del dolor ajeno, que es algo que tengo la sensación de hacer a menudo. Pero luego me justifico, para mis adentros, con la idea de que puedo aportar un poco al entendimiento de lo que están viviendo los demás; ahí encuentro la razón para hacer lo que hago".

[337] "Sex Equations" de Caroline Fillopino, publicado en *Granfa*, otoño de 1995, p. 45.

[338] Durante la Exploración n.° 5, Navidson no se hace ilusiones sobre lo que va a encontrar. Mientras contempla esos pasillos infernales, le olmos murmurar: "Lázaro ha vuelto a morir".

[339] Ver Apéndice F.

[340] "No Horizon", de Sandy Beale, publicado en *The New Criticism*, v. 13,3 de noviembre, p. 49.

[341] Aquí, pues, Jacob pierde a Esaú y se da cuenta de que sin él no es nada. Está vacío, perdido y cayendo hacia su propia aniquilación. Pero tal como pregunta conmovedoramente Robert Hart en *Esau and Jacob* (BITTW Publications, 1969), p. 389: "¿Qué sabía Dios en realidad sobre los hermanos (o, ya puestos, las hermanas)? Al fin y al cabo, él es hijo único, y antes de serlo era un padre igualmente solitario".

[342] Entrevista a Billy Reston para la KTWL de Boulder, Colorado, 4 de enero de 1996.

[343] Ver páginas 21-22.

[344] Como se ha escrito una variedad tan amplia de material sobre los sueños de Navidson que no pertenece a la Teoría Haven-Slocum, parece imprudente no mencionar por lo menos unos cuantos de los textos más populares: "D-Sleep/S-Sleep Trauma: Differentiating Between Sleep Terror Disorder and Nightmare Disorder", de Calvin Yudofsky, publicado en (*N) REM* (Besinnung Books, Bethel, Ohio, 1995); *Terrible Thoughts: The Psychology and Biology ofNavidson's Nightmares*, de Ernest Y. Hartmann (Basic Books, Inc., Nueva York, 1996); "Imposition On The Hollow" de Susan Beck, publicado en el *T. S. Eliot Journal*, v. 32, noviembre de 1994; el capítulo 4 de *The Constancy of Carl Jung*, de Oona Fanihdjarte (Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1995); *Ultrapure Water, the Super-Kamiokande Detector and Cherenkov Light*, de Gordon Kearns, L. Kajita y M. K. Totsuka (W. H. Freeman and Company, 1997); véase también www-sk.icrr.u-tokyo-ac.jp/doc/sk/; y por supuesto el ensayo de Tom Curie

“Thou Talk’st of Nothing. True, I Talk of Dreams” (Mab Weekly, Celtic Publications, septiembre de 1993).

[345] Ver los *Principies de morphologie générale*, de Edouard Monod-Heizen, vol. 1 (Gauthier-Villars, Paris, 1927), p. 119.

[346] Por ejemplo, hoy en día los kitawanos del Pacífico Sur siguen considerando que la espiral del *Nautilus Pompilius* es el símbolo supremo de perfección.

[347] El texto original:

Comment le petit escargot dans sa prison de pierre peut-il grandir? Voilà une question *naturelle*, une question qui se pose naturellement. Nous n’aimons pas à la faire, car elle nous renvoie à nos questions d’enfant. Cette question reste sans réponse pour l’abbé de Vallemont qui ajoute: “Dans la Nature on est rarement en pays de connaissance. Il y à chaque pas de quoi humilier et mortifier les Esprits superbes”. Autrement dit, la coquille de l’escargot, la maison qui grandit à la mesure de son hôte est une merveille de l’Univers. Et d’une manière générale, conclut l’abbé de Vallemont ([Abbé de Vallemont, *Curiosités de la nature et de l'art sur la végétation ou l'agriculture et le jardinaje dans leer perfection*, Paris, 1709,1" Partie], p. 255), les coquillages sont “des sublimes sujets de contemplation pour l’esprit”.

Para un tratamiento más moderno del crecimiento de las conchas, véase *A Natural History ofShells*, de Geerat J. Vermeij (Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1993). El capítulo 3, “The Economies of Construction and Maintenance”, trata directamente la cuestión de la calcificación y los problemas de la disolución, mientras que el capítulo 1, “Shells and the Questions of Biology”, se plantea la idea de la concha de una forma ligeramente distinta a como lo hace Vallemont: “Podemos considerar que las conchas son casas. La construcción, reparación y mantenimiento por parte del constructor requieren energía y tiempo, las mismas divisas que se usan para desempeñar otras funciones vitales, como la alimentación, la locomoción y la reproducción. La energía y el tiempo dedicados a las conchas dependerán del suministro de materias primas, los costes en materia de trabajo que suponga transformar estos recursos en una estructura conveniente, y las demandas funcionales que se le hagan a la concha […] En este contexto son especialmente válidas las palabras ‘economía’ y ‘ecología’, puesto que ambas derivan del griego *oikos*, que quiere decir ‘casa’. En suma, las cuestiones biológicas se pueden plantear en términos de oferta y demanda, beneficios y costes, e innovación y regulación, todo ello sobre un telón de fondo de medio ambiente e historia”.

[348] No he corregido este error tipográfico porque no me parece tanto un error de transcripción como un lapsus significativo por parte de Zampano, donde una mención parentètica —es decir, entre paréntesis— a la juventud, se convierte de pronto en una cuestión "parientética" —relativa a la ética de los parientes— sobre cómo tratar a los jóvenes.

[349] Texto original:

> Robinet a pensé que c’est en roulant sur lui-même que le limaçon a fabriqué son “escalier”. Ainsi, toute la maison de l’escargot serait une cage d’escalier. A chaque contorsion, l’animal mou fait une marche de son escalier en colimaçon. Il se contorsionne pour avancer et grandir.

Y por supuesto, ¿quién puede olvidar los comentarios de Derrida sobre este tema en la nota 5 del ensayo "Tympan", recogido en *Marges de la philosophie* (Les Éditions de Minuit, Paris, 1972), pp. xi-xii:

> Tympanon, dionysie, labyrinthe, fils d'Ariane. Nous parcourons maintenant (debout, marchant, dansant), compris et enveloppés pour n'en jamais sortir, la forme d'une oreille construite autour d'un barrage, tournant autour de sa paroi interne, une ville, donc (labyrinthe, canaux semi-circulaired — on vous prévient que les rampes ne tiennent pas) enroulée comme un limaçon autour d'une vanne, d'une digue (*dam*) et tendue vers la mer; fermée sur elle-même et ouverte sur la voie de la mer. Pleine et vide de son eau, l'anamnèse de la conque résonne seule sur une plage. Comment une fêlure pourrait-elle s'y produire, entre terre et mer? 386

En su propia nota enterrada dentro de la nota a pie de pagina ya existente, en este caso ya no la 5, sino ampliada a la 9, Alan Bass (traductor responsable de la versión inglesa de *Margins ofPhilosophy* (University of Chicago Press, Chicago, 1981)) arroja más luz sobre el citado pasaje añadiéndole los siguientes comentarios:

> "En este pasaje hay un elaborado juego con las palabras *limaçon* y *conque*. *Limaçon* (además de querer decir 'caracol') significa tanto escalera de caracol como el canal en espiral que forma parte del oído interno. *Conque* significa tanto la concha de molusco como la concha que es la cavidad más grande del oído externo".

386 "Tímpano, dionisla, laberinto, hilos de Ariadna. Recorremos ahora (de pie, andando, danzando), comprendidos y envueltos para no salir jamás, la forma de un oído construido alrededor de una presa, girando alrededor de su pared interna, una ciudad, pues (laberinto, canales semicirculares —se nos previene de que las barandas no se mantienen) enrollada como un caracol alrededor de una compuerta, de un dique (dam) y tendida hacia el mar; cerrada sobre ella misma y abierta sobre la via del mar. Llena y vacía de su agua, la anamnesis de la caracola resuena sola sobre una playa". Traducción al castellano de C. González Marin. (N. de los Ed).

[350] René Rouquier, *La boule de verre* (Ségheis, París), p. 12.388

388 "Un caracol gigante baja de la montaña acompañado de un arroyo de su baba blanca. Es tan viejo que solamente tiene una antena, como una torre corta y cuadrada." (N. de los Ed.)

[351] _____

_____

_____

_____

390

_____

390 A las 3:19 me he despertado empapado en sudor. Y no hablo de tener los sobacos mojados o la frente mojada. Hablo de tener todo el pelo mojado, las sábanas mojadas y, a esa hora, una hora ya perdida en un año nuevo, de estar temblando de frío. Tenia tanto frío

que me dolían las sienes, pero antes de poder prestar atención a la cuestión de la temperatura, me di cuenta de que acababa de recordar mi primer sueño.

Solamente más tarde, después de encontrar unas velas, patear por mi habitación, echarme agua en la cara, miccionar, encender una lata de jalea de alcohol de quemar y poner agua al fuego, solamente entonces puedo reaccionar a mi cabeza helada y a mi malestar corporal general, y reacciono, y de hecho es una reacción encantada. Cualquier cosa es mejor que ese sueño inesperado y espantoso que he tenido, todavía más inquietante porque ahora, por alguna razón, me acuerdo de él. Tampoco tengo ni idea de por qué. No me imagino qué habrá cambiado en mi vida para sacar algo así a la superficie.

Las armas está claro que no me han servido de nada, las confiscan de inmediato en la frontera del sueño, por mucho que me las apañara para recoger la Weatherby antes de quedarme sin crédito.

Pasa una hora. Estoy parpadeando bajo la luz, hirviendo más agua para hacer más café, embutiendo la cabeza en otro gorro de lana, estornudando de nuevo aunque lo único que puedo ver es el puto sueño, arrancado de los viejos núcleos del rafé en nombre del tronco del encéfalo, que yo pensaba que había sido sólidamente cercenado.

Así es como empieza:

Estoy en las profundidades del casco de una embarcación enorme, deambulando por sus angostos pasajes de acero negro y herrumbre. Algo me dice que llevo mucho tiempo aquí, descendiendo interminablemente hacia callejones sin salida, dando entonces media vuelta para encontrar otros caminos que al final tampoco tienen salida. Esto, sin embargo, no me importuna. Mis recuerdos parecen sugerir que en algún momento he pasado tiempo en la sala de máquinas, en las bodegas de carga, que he subido por una escalera de mano para encontrarme a solas en una cocina desierta, el único lugar que todavía reverbera en el espejo mágico de acero inoxidable. Pero esas visitas tuvieron lugar hace muchos años, y aunque podría volver a esos lugares en cualquier momento, en cambio decido deambular por estos pasajes estrechos que, pese a su capacidad para perderme, todavía conservan en cada uno de sus giros una sensación de familiaridad casi indiscreta. Es como si conociera perfectamente el camino pero lo estuviera recorriendo para olvidarlo.

Y luego algo cambia. De pronto noto por primera vez la presencia de alguien más. Aprieto el paso, sin llegar a correr pero casi. Estoy o bien contento o bien sobresaltado o aterrado, pero antes de poder averiguar cuál de los tres estados predomina, doblo un par de recodos a toda prisa y me lo encuentro: un universitario borracho ataviado con una sudadera de color ciruela de la fraternidad Topha Beta y armado con la tapa de un cubo de basura en la mano derecha y un hacha grande de bombero en la izquierda. El universitario eructa, se bambolea, y luego, dando una sacudida, empieza a acercárseme enarbolando el arma. Yo tengo miedo, pero también me siento confundido. "Perdona, ¿te importa explicarme por qué estás viniendo a por mí?", es lo que le intento decir, pero las palabras no me salen como deben. Más bien me salen gruñidos y nubes, nubes enormes de vapor.

Es entonces cuando me fijo en mis manos. Parecen derretidas, como si estuvieran hechas de plástico y las hubiera sumergido en aceite hirviendo, pero no son de plástico, lo que se ve es lo poco que queda de una piel que sí ha sido sumergida en aceite hirviendo. Yo lo sé y hasta conozco la historia. Simplemente soy incapaz de resucitarla alli, en mi sueño. Por todos los dedos y alrededor de las uñas largas y amarillas brotan pelos duros.

Y lo que es peor, las espantosas cicatrices no se detienen en las muñecas, sino que me suben por los brazos, haciendo que por comparación las cicatrices que sé que tengo fuera del sueño parezcan cosa de niños.

Éstas del sueño me suben por los hombros, me bajan por la espalda y se me extienden hasta por el pecho, donde sé que las costillas me siguen asomando como arcos violáceos.

Cuando me toco la cara, me doy cuenta de inmediato de que ahi también tengo algo raro. Noto montones de pelo que me cubren una serie de extraños bultos de carne en la barbilla, la nariz y los pómulos. En la frente me noto un bulto enorme y duro como la piedra. Y aunque no tengo ni idea de cómo he llegado a ser tan deforme, si que lo sé. Y este conocimiento me viene de golpe. Estoy aqui precisamente porque soy deforme, porque cuando hablo las palabras me salen en forma de graznidos y gruñidos, y lo que es más, el que me ha puesto aqui es un viejo, un muerto, un hombre que me llamaba hijo pero que no era mi padre.

Y es entonces cuando el miembro de la fraternidad universitaria, bamboleándose delante de mi como un idiota, levanta el hacha todavia más por encima de su cabeza. Veo que su plan no es demasiado complicado: pretende clavarme esa mole de hacha en todo el cráneo, en todo el puente de la nariz, partirme en dos el paladar, el cerebro, partirme por la mitad las vértebras mismas del cuello, y tampoco se detendrá ahi. Me separará de un hachazo las manos de las muñecas, los muslos de las rodillas, me arrancará el esternón y lo aporreará hasta hacerlo pedacitos. Les hará lo mismo a los dedos de mis pies y manos y hasta me sacará los ojos con la base del mango del arma, y luego intentará aplastarme los dientes con la parte ancha de la hoja, a pesar de que los tengo largos, serrados e inusualmente fuertes. Por lo menos esto último no lo conseguirá; se acabará rindiendo y se conformará con llevarse unos cuantos. En lo que respecta a mis órganos internos, los tratará con idéntico respeto, extrayendo, aplastando y cortando hasta quedar demasiado cansado y demasiado cubierto de sangre para terminar el trabajo, aunque por supuesto ya lo habrá terminado hace mucho rato, y por fin se repantingará, agotado, jadeando como un perro estúpido, borracho de su cerveza, de esa matanza, de esa victoria, mientras yo yazgo desparramado por todo ese lugar espantoso, der absoluten Zerrissenheit (resulta que el pasado mes de noviembre me encontré con Kyrie en el supermercado. Me la encontré comprando una lata de 425 gramos de salmón de Alaska. Intenté escabullirme, pero ella me vio y me saludó, atrapándome en los suaves remolinos de su voz. Estuvimos hablando un rato. Ella sabia que yo ya no trabajaba en el Salón de Tatuajes. Había pasado por allí para hacerse un tatuaje. Al parecer una stripper se había puesto un poco peleona con ella. Probablemente Tambor. De hecho, tal vez por eso me llamó Tambor, porque aquella mujer de aspecto exquisito había mencionado mi nombre sin venir a cuento de nada. En todo caso, Kyrie se había tatuado el logo de BMW entre los omóplatos, rodeado por la frase: "No hay vehículo mejor". Al parecer el tatuaje había sido idea del Hombre de Gdansk. Kyrie no mencionó ninguna ira por parte de él ni tampoco ninguna historia que nos involucrara, de manera que me limité a asentir para transmitir mi aprobación y luego, allí mismo, en el pasillo de las conservas enlatadas, le pedí la traducción de aquella expresión alemana que tendría que haber corregido, de hecho podría hacerlo ahora, pero en fin, a la mierda, colega.[391] De manera que, voila, la pongo aquí: "desmembramiento total", junto con "miembro abatido", que es lo que me pareció que me decía, aunque lo escribió un

poco distinto, y mientras lo apuntaba me explicó que había decidido casarse con el Hombre de Gdansk, y que muy pronto estaría viviendo en aquella cornisa azotada por el viento que algunos llamaban Mullholland, y no solamente yendo en coche por allí. Ahora que invoco este recuerdo en particular veo con más claridad su expresión, lo horrorizada que estaba por mi aspecto: pálido y débil a más no poder, con la ropa colgándome del cuerpo como si fueran cortinas de su riel, las gafas de sol tambaleándose sobre el hueso, las manos flacas temblándome todo el rato fuera de mi control y, por supuesto, el hedor que seguía emanando de mí. Lo más seguro es que quisiera saber qué me estaba pasando pero no se atreviera a preguntar. Aunque tal vez me equivoque, tal vez no se dio cuenta de nada. O si se dio cuenta, tal vez no le importó. Cuando empecé a despedirme, las cosas dieron un giro abrupto hacia lo extraño. Ella me preguntó si me apetecía dar otra vuelta en coche. "¿Pero no te vas a casar?", le pregunté, intentando disimular mi exasperación, seguramente sin éxito. Ella se limitó a esperar mi respuesta. Yo decliné la oferta, intentando ser lo más cortés que pude, aunque seguía habiendo algo duro cerrado en torno a ella. Se cruzó de brazos y de pronto una oleada de rabia incendió el tejido de entre sus labios y las yemas de sus dedos. Luego, mientras me alejaba por el pasillo, oí un estruendo a mi izquierda. De la estantería cayó un alud de botes de ketchup, algunos de los cuales incluso reventaron al llegar al suelo. La lata de salmón rodaba cerca de mis pies. Me di la vuelta, pero Kyrie ya se había marchado). En fin, volviendo al sueño, yo estaré cortado en pedacitos, desparramado y esparcido por las entrañas de esa embarcación, y todo por culpa de un universitario borracho que cuando contemple su heroica hazaña vomitará encima de lo que quede de mí. Pero antes de que él consiga nada de todo esto, me doy cuenta de que ahora, por alguna razón y por primera vez, tengo elección: no tengo por qué morir, puedo matarlo yo a él. No solamente mis dientes y uñas son largos, afilados y fuertes, también soy fuerte yo, extraordinariamente fuerte y rápido. Puedo arrancarle esa puta hacha de las manos antes de que él atine a golpearme con ella, se la puedo destrozar con un simple tirón de la muñeca, y por fin puedo ver cómo el terror se le infiltra en los ojos mientras lo agarro de la garganta, lo destripo y lo hago pedazos a él.

Pero cuando doy un paso adelante, todo cambia. Me doy cuenta de que el universitario ya no es el universitario, ahora es otra persona. Al principio me da la impresión de que es Kyrie, hasta que me doy cuenta de que no es Kyrie sino Ashley, y a continuación me doy cuenta de que no es Kyrie ni Ashley sino Tambor, aunque algo me dice que eso tampoco es exactamente así. En cualquier caso, la cara le brilla de adoración y calidez, y sus ojos comunican con un solo parpadeo una comprensión de todos los gestos que yo he hecho en la vida, de todos los pensamientos que he tenido hasta ahora. Tan extraordinaria es esa mirada, de hecho, que de pronto descubro que soy incapaz de moverme. Me limito a quedarme ahí plantado, con todos los tendones y nervios sumiéndome en un mundo de alivio, con la respiración ralentizándose, los brazos colgando a los costados, la mandíbula caída, las piernas fundiéndome con aguas arcanas, hasta que de pronto mi mirada, por cuenta propia, guiada por unos instintos más oscuros y más antiguos que la empatia o que nada que se parezca a la necesidad emocional, salta del hermoso y extrañamente familiar rostro de ella al hacha que todavía está blandiendo, ese hacha que ahora está levantando, y a la sonrisa que todavía tiene en la cara mientras se echa a temblar, asestándome por fin el hachazo, en toda la cabeza, aunque yerra el golpe, por poco, y en cambio el hacha

desciende sobre mi hombro y por fin corta el hueso y se encaja ahí, provocando chillidos de sangre, montones de sangre, y dolor, montones de dolor, y al instante entiendo que me estoy muriendo, aunque todavía no estoy muerto, por mucho que ya no tenga arreglo, y ella acaba de echarse a llorar, mientras desencaja el hacha y vuelve a levantarla para darme otro hachazo, otra vez dirigido a la cabeza, aunque ahora está llorando más fuerte y está mucho más débil de lo que yo pensaba, y le hace falta más tiempo del que yo pensaba para prepararse y dar otro hachazo, mientras yo sangro y me muero, una sensación que ahora no tiene comparación alguna con la que tengo por dentro, tan familiar a su vez, mientras los atrios de mi corazón también se rompen de pronto y por su cuenta, igual que se rompieron los de mi padre. Así pues, medito de pronto de forma peculiarmente desapegada, ¿fue así como él se sintió?

He cometido una equivocación terrible, pero ya es demasiado tarde y estoy demasiado lleno de furia y de odio como para hacer nada que no sea levantar la vista mientras el hacha se me clava con una fuerza atroz, esta vez trazando el arco correcto, no demasiado a la izquierda ni tampoco demasiado a la derecha, justo en el centro, con un descenso que parece durar eternamente, aunque no es eterno, ni mucho menos, y con una sombra de placer cítrico me doy cuenta de que por lo menos, de una vez por todas, esto va a poner fin al dolor mucho más terrible que tengo dentro, nacido hace décadas, mucho antes de que por fin contemplara en un sueño el rostro y el significado de mi horror.

[391] Ver la nota 310 y la referencia correspondiente. (N. de los Ed.)

[352] *The Navidson Record*, de Jobanne Scefing, traducción de Gertrude Rebsamen (Oslo Press, mayo de 1996), p. 52.

[353] Por supuesto, tal como señala la doctora Patricia B. Nesselroade en su muy celebrado libro de autoayuda *Tamper With This* (Williams & Wilkins, Baltimore, 1994), p. 687: “Si uno se interesa por un árbol, por ejemplo, y empieza a formar una serie de pensamientos sobre ese árbol y a continuación apunta esos pensamientos, examinando los significados que salen a la superficie, permitiendo que se establezcan asociaciones inconscientes y apuntando también todo esto, hasta que el tema del árbol se ramifique y dé paso al tema del yo, esa persona disfrutará de unos beneficios psicológicos inmensos”.

[354] Véase *The Ghosts of Virginia*, de L. B. Taylor Jr. (Progress Printing Co., Inc., 1993). Para un análisis más internacional del tema de los fantasmas, véase *Apparitions & Haunted Houses: A Survey of Evidence*, de E. T. Bennet (Faber & Faber, Londres, 1939); *Oddities: A Book of Unexplained Facts* (1928), del comandante de la armada británica R. T. Gould; *The Psychic in the House*, de Walter F. Prince (Boston Society for Psychical Research, Boston, 1926); y *Haunted Houses for the Million*, de Suzy Smith (Bell Publishing Co., 1967).

[355] Véase la interesante mención que se hace en *Gallantrie and Hardship in the Newfoundland*, de Rupert L. Everett (Samson & Sons Publishing Company, Inc., Londres, 1673), donde un colono comentaba que “La vida en Warr in Fray era todo banquetes, repletof de muchos deleitef y por supuesto extraños licores espirituosos”.

[356] *Virginia State Park Repon* (Virginia State Press, v. 12, abril de 1975), p. 1173.

[357] Entrevista personal con Laurence Tack, 4 de mayo, 1996.

[358] Este rollo de poner a veces "f" en lugar de "s" me tiene perplejo, 399 pero ya no me importa. Me largo de aquí, oftia. Y menos mal, porque también me defahucian de mi

piso por impago. Han tardado enero, febrero y cafi todo marzo en hacerlo, pero ya ha llegado el final de marzo y si no estoy fuera mañana, van a mandar a alguien a facarme. Mi plan ef marcharme mañana y coger alguna carretera sureña que me lleve hasta Virginia, donde confío en encontrar efe lugar, o por lo menof alguna parte de realidad que esté en la bafe de ese lugar, que a su vez —en efo confío, oh, en eso confío de verdad— me ayude a solucionar ese caos efpantoso que me eftá defgarrando.

Por suerte, he confeguido reunir el suficiente dinero como para largarme de una puta vez. Hace un mes que me cancelaron la Vifa, pero he tenido la suerte de poder vender el relicario de mi madre (aunque quedándome la cadenita de oro). Era eso o laf armaf. Puede que os forprenda, pero ef que en aquel sueño que recordé hubo algo que me cambió. Defpuéf de tenerlo, el mero hecho de mirar efa plata deflustrada me hacía fentir una carga horrenda alrededor del cuello, pese a que yo ni fiquiera lo llevaba puefto. De hecho, ya no bastaba con la mera idea de librarme de él, también tenia que odiarlo mientras me libraba de él.

Por lo menos no lo hice todo con prifaf. Encontré un tafador, pregunté en unas cuantaf tiendas y no bajé ni un céntimo del precio que les pedía.

Al parecer eftaba diseñado por alguien bastante conocido. Me faqué 4.200 dólares. Aunque tengo que confesarlo: mientras eftaba haciendo entrega de aquella extraña figura —carta incluida— fentí por dentro una cantidad extraordinaria de cólera. Por un momento eftuve feguro de que laf cicatricef de mif brazos se iban a inflamar y a derretirme hasta los huefos. Me guardé el dinero en el bolsillo y me escabullí a toda prifa, dolido, lleno de ponzoña y de un miedo confiderable a que me diera por intentar infligirle a alguien aquel dolor y aquella ponzoña.

Tal vez a modo de intento poco firme de atar algunos cabos fueltof, me pasé un par de díaf máf tarde por el Salón de Tatuajes para defpedirme de todo el mundo. Carajo, debo de tener mala pinta, porque la mujer que me reemplazaba cafi soltó un grito cuando me vio entrar por la puerta. Tambor no estaba, pero mi jefe me prometió que le daría el fobre que le entregué.

—Fi me entero de que no se lo haf dado —le dije con una sonrifa llena de dientes podridof—, te voy a quemar la vida entera.

Lof dof nof reímos, pero me di cuenta de que él se alegraba de ver que me marchaba.

No me cupo duda alguna de que Tambor iba a recibir mi regalo.

Lo peor fue Lude. No estaba por ningún lado. Primero probé en fu apartamento, lo cual fue un poco raro, encontrarme a mí mifmo despuéf de máf de un año cruzando aquel mifmo patio efpantofo por donde Zampand folia pafear, y seguía sin verfe ni un solo gato por ninguna parte, folamente una brisa que susurraba por entre un puñado de hierbajos moribundos, difipando con su advertencia la ilusión del tiempo en el mifmo lenguaje de los cementeriof. Por alguna razón el mero hecho de estar allí me llenó de culpa, con laf vocef convergiendo defde detráf de aquellas lúgubref cortinas de sol vespertino, casi como si eftuvieran siendo arrancados de la misma tierra apagada, todavía cargada de amargura invernal, y reuniéndofe allí para acufarme, para condenarme por haber abandonado el libro, por vender aquel eftupido relicario, por escaparme ahora como un maldito cobarde. Y aunque no había ninguna nube ni cometa que eftropearan la vifión de un sol tan amarillo como el maíz, todavía flotaba fobre mí un castigo invisible, como si fuera

una lluvia pestilente, arrojando todavía máf ira de golpe en mi sistema, aunque no tengo ni idea de dónde podía venir aquella reacción. Me refultaba cafi infoportable. Me obligué a mí mismo a llamar a la puerta de Lude, pero como no me conteftó, me fui de allí lo más deprifa que pude.

Al final el portero de uno de fuf locales me dijo que le habían dado tal paliza que había acabado en el hofpital. Tardé un rato en convencer a la recepcionista para que me dejara entrar, y cuando por fin lo conseguí, Lude me recompenfó con una fonrisa enorme. Me dieron ganas de llorar.

—Eh, colega, has venido. ¿Efto es lo que hace falta para facarte de tu ataúd?

Yo no me podía creer lo hecho polvo que eftaba. Tenía los dos ojof más negrof que el carbón. Y fu nariz, que ya era grande de por sí, ahora era más grande todavía, llena como eftaba de varios kilof de gasa. Tenía la mandíbula de color morado intenfo y por toda la cara se le veían los capilares reventados. Intenté refpirar hondo, pero sentía tanta rabia que veía borrofo.

—Eh, eh, tranquilo, colega —prácticamente me tuvo que gritar Lude—. Efto ef lo mejor que me podría haber pasado. Eftoy de camino a hacerme un hombre muy rico.

Lo cual de hecho sí que ayudó a tranquilizarme. Le ferví una taza de agua a él y otra para mí mifmo y luego me senté junto a fu cama. Lude parecía genuinamente contento de fu estado vapuleado. Trataba fus costillaf rotas y el tubo que le drenaba la tibia fracturada con refpeto recién encontrado:

—Mi bonificación de verano —dijo intentando fonreír, aunque con poco éxito.

Por lo que me contó Lude, estaba disfrutando del confort de una hora muerta en Funfet Plaza, aplacando fu fed con varios margaritaf saladof, cuando pasó por allí nada menof que el Hombre de Gdansk. Aunque fin duda eftaba molesto por el día en que Lude le había dado en todas las pelotaf, todavía eftaba máf furioso por otra cofa. Al parecer Kyrie le había contado que yo la había abordado en el supermercado y, por alguna estúpida razón, había decidido añadir que Lude también había eftado conmigo, quizás porque había fido él quien nof había prefentado. En todo caso, como era lo baftante lifto para no hacer una escena en público, aquel monstruo conocido como el Hombre de Gdansk se efcabulló al aparcamiento y se quedó esperando a Lude allí. Tuvo que efperar mucho rato, pero eftaba lo baftante cargado de rabia desencaminada que no le importó. Al final Lude fe pimpló lo que le quedaba de la copa, pagó la cuenta y se alejó tranquilamente de Funfet en dirección a fu modo de tranfporte, pafando justo por delante del Hombre de Gdanfk.

Lude no tuvo ninguna posibilidad, ni fiquiera tuvo tiempo de decir nada, ni una palabra, ya no digamof de devolver un golpe. El Hombre de Gdansk no fe cortó ni un pelo y cuando terminó tuvieron que llamar a una ambulancia.

Lude se rió mientras terminaba de contar la hiftoria y casi enfeguida tosió y se le efcapó de la boca un trozo de algo marrón.

—Te debo una, colega.

Intenté fingir que lo estaba figuiendo. Pero Lude me conocía lo baftante como para ver que yo no eftaba entendiendo la parte más importante. Intentó guiñarme uno de suf ojof infladof.

—En cuanto falga de aquí, pienfo llevarlo directamente a juicio.

Ya he eftado en contacto con unof cuantof abogadof. Parece que el Hombre de Gdanfk tiene algo de dinero del que va a tener que separarfe de forma inminente. Luego tú y yo nof vamos a ir directof a Las Vegas y nos lo vamof a fundir todo apoftando al rojo.

Lude fe volvió a reír, aunque esta vez me alivió ver que no tofía.

—¿Te hace falta que testifique yo? —le pregunté, preparado para cancelar mi viaje.

—No hace falta. Tres empleadof de cocina lo vieron todo. Ademáf, colega, tienef pinta de acabar de falir de un campo de concentración. Lo máf feguro ef que afuftaraf al jurado.

El dolor y laf moleftiaf acabaron venciendo a Lude, que tuvo que hacerle una señal a la enfermera para que le diera más calmantef.

—Otra ventaja de todo esto —me susurró, con una fonrisilla apagada. Fupongo que hay cofas que no cambian. Parecía que Lude mantenía viva fu línea de defensa química.

Después de que fe quedara dormido, volví con el coche hasta su apartamento y le pafé un sobre con 500 dólares por debajo de la puerta.

Flaze fe cruzó conmigo por el pafillo pero fingió que no me conocía. No me importó. Mientras salía, acerté a vislumbrar por última vez el jardín. Estaba vacío pero aun afí no me pude quitar de encima la fensación de que allí había algo mirándome.

Hace folamente una hora, he encontrado un papel debajo del limpiaparabrifas.

FE BUFCAN
50 perfonas
¡Le pagamof
por perder pefo!

La verdad es me ha hecho reír bastante. Si quieres perder pefo, pensé para mif adentros, te afeguro que tengo algo que puedes leer.

He tirado algo de ropa vieja en el maletero y he guardado el rifle y las dos piftolaf debajo de los afientof. Cafi toda la munición la he efcondido dentro de unos calcetinef que he embutido en la rueda de repuefto.

Efta última femana ha sido particularmente rara, aunque para nada graciofa, efo os lo afeguro. Por todaf partes están floreciendo las jacarandaf. La gente va por ahí hablando de lo preciofaf que eftán. A mí lo único que configuen ef ponerme nervioso, llenarme de miedo y ahora también, por extraño que parezca, de una vaga sensación de furia. En cuanto termine efta nota, tengo planeado cargar el libro y todo lo demás en ese viejo baúl negro y llevármelo a un espacio de almacén que he alquilado en Culver City por doscientos pavos. Y luego me largaré. Fiento no haber llegado más lejos. Quién fabe lo que me encontraré en el Este, tal vez podré dormir, tal vez hallaré un poco de calma, si Dios quiere daré con el camino para acallar el mié, este mié, mi mié.

[399] El señor Truant confunde la "S" larga con la T. Fue John Bell, editor de *Brítish Theatre*, quien abolló la "S" larga en 1775. En 1786, Benjamín Franklin aprobó de forma Indirecta la decisión cuando escribió que "la s redonda empieza a estar de moda, y en las impresiones de calidad se rechaza de plano la S larga". (N. de los Ed.)

[359] *Jamestown Colony Papers: The Tiggs, Verm & I Diary* (Biblioteca Lacuna,

fundada por la National Heritage Society), v. xxiii,n.° 139,enero de 1610, pp. 18-25.

[360] La ubicación exacta de la casa ha sido objeto de gran número de especulaciones. Mucha gente cree que está en algún lugar de las inmediaciones de Richmond. Sin embargo, Ray X. Lawlor, profesor emérito de Literatura Inglesa de la Universidad de Virginia, sitúa Ash Tree Lane "más cerca de California Crossroads. Ciertamente, cerca del Museo del Williamsburg Colonial y de la colonia original de Jamestown. Al sur del lago Powell, pero casi seguro al noroeste del Castillo de Bacon". Véase "Which Side of the James?", de Lawlor, publicado en *Zyzzyva*, otoño de 1996, p.187.

[361] Lucinda S. Hausmaninger, "Oh Say Can You See", publicado en la revista *The Richmond Lag Zine*, v. 119, abril de 1995, p.33.

[362] Lucinda S. Hausmaninger, "The Navy Navel", publicado en *San Clemente Prang Vibe*, v. 4, invierno de 1996, p. vii.

[363] Ídem, p. viii.

[364] Ver Apéndice C. (N. de los Ed.)

[365] Cora Minehart,Recovery: *Methods and Manner*, con introducción de Patricia B. Nesselroade (AMACOM Books, Nueva York, 1994), p. 11.

[366] Véase *Gathered God*, de Darren Meen (Hyperion, Nueva York, 1995) y *Stations of Eleven*, de Lynn Rembold (University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma, 1996).

[367] Lester T. Ochs, *Smile* (University Press of New England / Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1996), pp. 87-91.

[368] La Entrevista a Reston.

[369] Deacon Lookner, *Artistic Peril* (Group Home Publications, Jackson, Mississippi, 1994), p. 14.

[370] Entrevista personal a Timothy K. Thuan, 29 de agosto de 1996.

[371] Véase *The Architecture of Art*, de Cassandra Rissman LaRue (Shambhala Publications, Boston, 1971), p. 139, donde define sus frecuentemente citadas "siete fases del logro artístico":

> Existen siete encamaciones (y seis correlatos) necesarios para convertirse en Artista; 1. Explorador (Coraje) 2. Topógrafo (Visión) 3. Minero (Fuerza) 4. Refinador (Paciencia) 5. Diseñador (Inteligencia) 6. Fabricante (Experiencia) 7. Artista. ¶ Primero hay que abandonar la seguridad del hogar y adentrarse en los peligros del mundo, ya asuman éstos la forma de territorio real o de aspecto sin explorar de la psique. Ése es el significado de "Explorador". ¶ Luego hay que tener la visión necesaria para reconocer tu destino cuando llegas a él. Entiendan que a veces el destino puede ser el mismo viaje. Ése es el significado de "Topógrafo". ¶ En tercer lugar hay que tener la fuerza necesaria para desenterrar los hechos, rastrear las vetas de la historia y sacar a la luz los datos relevantes. Ése es el significado de "Minero". ¶ En cuarto lugar, hay que tener la paciencia necesaria para cribar y procesar el material obtenido hasta conseguir algo poco común. Esto puede llevar meses o incluso años. Ése es el significado de "Refinador". ¶ En quinto lugar, uno tiene que usar su intelecto para concebir el material como algo que signifique más que sus simples componentes. Ése es el significado de "Diseñador". ¶ En sexto lugar, hay que producir una obra que sea independiente de

> todo lo que haya venido antes que ella, incluyendo a su autor. Esto se obtiene por medio de la experiencia y es el significado de "Fabricante". ¶ Llegada esta fase, la obra ya es aceptable. Uno será afortunado si ha logrado avanzar tanto. Es poco probable, sin embargo, que se pueda ir más allá. La mayoría se quedan aqui. Pero pongamos por caso que uno es excepcional. Supongamos que uno es un caso infrecuente. ¿Qué significa en ese caso llegar a la encamación final? Solamente una cosa: en cada fase, de la 1 a la 6, uno habrá ido arriesgando cada vez más, viendo más, reuniendo más material, procesándolo más, fabricando más, meditando más, amando más, sufriendo más, imaginando más, y al final de todo averiguará por qué menos es más, dejará lo que no sea necesario, conservará lo que signifique y creará lo que importe. Éste es el significado de "Artista".

Resulta interesante señalar que, pese al atractivo de esta descripción y a la amplia popularidad que obtuvo *The Archi- tecture ofArt* durante la década de 1970 y principios de los años ochenta, de todos los seguidores de LaRue no hay ni uno que haya producido nada destacable en absoluto, no digamos ya meritorio. En su artículo "Where Have All the Children Gone?", publicado en *American Heritage*, v. 17, enero de 1994, p. 43, Evan Sharp comentaba en tono cortante; "Los fanáticos de LaRue harían bien en cambiar sus siete fases por los doce pasos".

[372] Rudy Snyder, "In Accordance With Limited Space", publicado en *Art News*, v. 93, octubre de 1994, pp. 24-27.

[373] Rouhollah W. Leffler, "Art Times", publicado en *Sight and Sound*, noviembre de 1996, p. 39.

[374] Susan Sontag, *On Photography: The Revised Edition* (Anchor Books, Nueva York, 1996), p. 394.

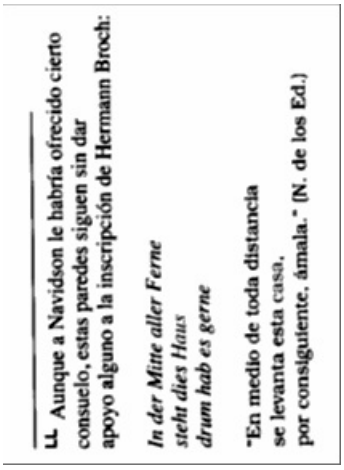
[375] Lo más seguro es que la ceguera de Zampanó le Impidiera llevar a cabo un diagrama de la fotografía de Delial. (N. de los Ed.)

[376] M. G. Cafiso, *Mortality and Morality in Photography* (Chronicle Books, San Francisco, 1985), p. xxiii. Es interesante cómo en una de sus primeras notas a pie de página Cafiso aborda una preocupación estética complicada pero muy provocadora, cuando observa que incluso "el acto más preciso de visión siempre es necesariamente un acto de no ver otra cosa". Por desgracia, no desarrolla esta cuestión ni tampoco la aplica más tarde a los desafíos fotográficos a los que Navidson acabó enfrentándose.

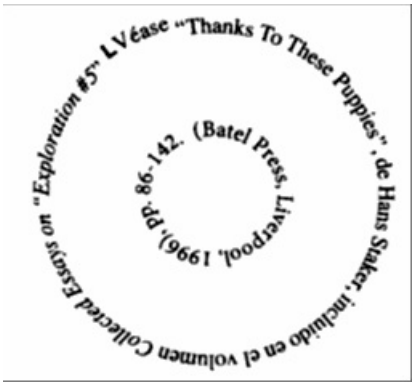
[377] "Las paredes están Infinitamente vacías. Nada cuelga de ellas y nada las define. Carecen de textura. Son ilegibles hasta para el ojo más atento o la yema más sensible. Allí nunca encontrarás una marca. |Ningún ras¬tro sobrevive! ¡Las paredes lo aniquilan todo! ¡Están permanentemente absueltas de todo registro! Siempre oblicuas, crípticas y no escritas. ¡Míralas! ¡El perfecto panteón de la ausencia!" —[Ilegible]— (N. de los Ed.)

[378] Navidson no es el único que ha intuido el abismo. Durante el trágico asalto al Everest de este mes de mayo, en el que dando tumbos hasta el borde mismo del abismo de 2.200 metros de la vertiente Kangshung: "Al final, probablemente sobre un vacío enorme justo delante". Véase "Mal de altura" de Jon Krakauer, publicado en *Outside*, v. XXI, n.° 9, septiembre de murieron once personas, Neal Biedelman, perdido de noche en medio de una tormenta de nieve cegadora, cuenta que llegó las diez en punto, subí a una pequeña

elevación y tuve la sensación de estar plantado en el borde mismo de la Tierra. Noté 1996,p.64.

[379] 

[380]

[381] 

[382] Tal vez valga la pena mencionar aquí las reacciones a lo que constituye esencialmente el anticlímax del documental de Navidson. Al fin y al cabo, la película no ofrece ninguna síntesis ni siquiera remotamente coherente de la caída de Navidson. Hay una instantánea de la ventana, unos cuantos metros de bengalas que caen, flotan y se elevan hacia el vacío y varias fotos de Navidson leyendo/quemando el libro. El resto es un embrollo de clips de audio que registran las impresiones de Navidson mientras éste empieza a morir por congelación. Todo ello concluye con un hecho increíble: hay casi seis

minutos de película que son una pantalla negra.

En la revista *Rolling Stone* (14 de noviembre de 1996, p. 124), el columnista James Parshall comenta:

> Horrible, sí, pero también divertido. Todavía hoy se me escapa una sonrisa cuando me acuerdo de los espectadores moviéndose nerviosos en sus butacas, mirando con los ojos entrecerrados la implacable pantalla, echando vistazos de vez en cuando al letrero rojo luminoso de la salida a fin de descansar la vista, mientras en algún lugar por detrás de ellos un proyector continúa escupiendo oscuridad.

Michael Medved se quedó horrorizado. En su mente, seis minutos de nada representaban el final del cine. Estaba tan escandalizado e indignado, hasta el punto de resultar incoherente, que ni siquiera se planteó la idea de que *El expediente Navidson* pudiera no tener absolutamente nada que ver con el cine. En la revista *Blind Spot* (v. 42, primavera de 1995, p. 38) Stuart Deweltrop la describió como "un fiasco maravilloso, n'est-ce pas?". Kenneth Turan lo llamó "ardid publicitario". Janet Maslin, sin embargo, tuvo una reacción completamente distinta: "¡Por fin una película con agallas!".

El final de Navidson tampoco dejó indiferente a la pandilla de la caja tonta. Jay Leño dijo en broma: "¿Sabéis cómo hicieron *El expediente Navidson*? Pues dejaron puesta la tapa de la lente de la cámara. Fue una película casera de verdad". Letterman, por su parte, dijo en tono de burla: "Pensadlo, colegas: no hay estrellas, no hay equipo, no hay localizaciones. Todo baratísimo. Muchos estudios se están tomando esta idea muy en serio… En serio". Y en ese momento las luces del plato se apagaban varios segundos. En la serie *Un chapuzas en casa*, Tim Alien ofrecía una parodia consistente en un minuto a oscuras, que en su mayor parte involucraba golpearse los dedos de los pies, romper platos y manosear cosas que no se debían manosear.

Entretanto, un grupo de aficionados serios al cine empezaron a hacer comentarios sobre la calidad del audio. Hoy en día no es un gran secreto que Tom Holman, el mago califomiano del sonido THX, ayudó a limpiar las cintas y supervisó todas las transferencias. Aparecieron varios artículos al respecto en publicaciones como *Audio, Film* y *F/X*. Supuestamente Vittorio Storaro llegó a decir: "Con un sonido tan luminoso, ¿quién necesita luz?". Cuesta no estar de acuerdo. Aunque algunas de las palabras de Navidson resulten imposibles de entender, se sigue experimentando una proximidad inquietante cuando habla, como si ya no estuviera enterrado en negrura, con unas palabras que se perfilan sin ecos, con una agonía tan cercana que casi resulta inaguantable.

[383] ¿Ignis fatuus? ["Fuegos fatuos, en latín [1608]." (N. de los Ed.)[K]

[384] Yale

[385] _____

_____

_____

_____

_____

[386] "Hearing Things", de Hanan Jabara, publicado en Acoustic Lens, v. xxxii, n.° 8, pp. 78-84.

[387] “The Solipsistic Seance”, de Carlos Ellsberg, publicado en *Ouija*, v. ix, n.° 4, diciembre de 1996, p. 45.

[388] Aunque puede que sea obvio, una serie de estudios recientes llevados a cabo por Merlecker y Finch han confirmado que la “estrella” que Navidson captó en su película no es otra cosa que la lámpara halógena de Karen. Ver “Starlight, Starbright, First Flashlight I See Tonight”, de Bob Merlecker y Bob Finch. Publicado en *Byte*, v. 20, agosto de 1995, p. 34.

[389] “Ribbons”, de Paul Auster, publicado en *Glas Ohms*, v. xiii, n.° 83,11 de agosto de 1993, p. 2.

[390] “Please, Please, Please Me”, de Donna Tartt, publicado en la revista *Spin*, diciembre de 1996, p. 137.

[391] “The Importance of Seeing Clearly”, de Guyon Keller, publicado en *Cíneaste*, v. xxii, n.° 1, pp. 36-37.

[392] “Carry On Light”, de Sophia Blynn, publicado en *Washingtonian*, v. 31, diciembre de 1995, p. 72.

[393] Falta texto. (N. de los Ed.)

[394] “Comb and Brush”, de Massel Laughton, publicado en Z, v. xiii, n.° 4, p. 501.

[395] *The Courage to Withstand*, de Daphne Kaplan (Ecco Press, Hopewell, Nueva Jersey, 1996), p. iii.

[396] Falta (N. de los Ed.)

[397] Faltan (N. de los Ed.)

[398] Ver Apendice II-C. (N. de los Ed.)

[399] Ver Apendice II-C. (N. de los Ed.)

[400] Presumiblemente, “original" aquí indica que la anotación ha sido escrita personalmente por Zampanó, mientras que las letras “A”, “B”, “C”, etc., etc., indican que las anotaciones han sido escritas por otras personas. (N. de los Ed.)

[401] “Disparados como conejos.” (N. de los Ed.)

[402] Falta (N. de los Ed.)

[403] “El corazón tiene razones que la razón no entiende.” (N. de los Ed.)

[404] “No veo más que infinito por todas las ventanas." (N. de los Ed.)

[405] “Un libro es un gran cementerio en el que, sobre la mayor parte de las tumbas, no se pueden leer ya los nombres borrados." (N. de los Ed.)

[406] “Todo lo cercano se aleja”, según traducción de Eliot Welnberger. (N. de los Ed.)

[407] “Venía una nube; no estaba claro desde qué monte según se la veía a lo lejos; sólo después se supo que había sido del Vesubio. No se parecía por su apariencia y forma a ningún otro árbol que no fuera un pino. Se extendía de abajo arriba en forma de tronco muy alargado y se dispersaba en algunas ramas, según creo porque, reavivada por un soplo reciente, al disminuir éste luego, se disipaba a lo ancho, abandonada o más bien vencida por su peso; unas veces tenia un color blanco brillante, otras sucio y con manchas, como si hubiera llevado hasta el cielo tierra o ceniza”, según traducción de Joseph Jay Deiss en Herculano (Harper Row Publishers, Nueva York, 1985), p.ll. (N. de los Ed.)

[408] Quello che tu sei io ero, quello che io sono tu sarai. [441]

[441] “Eres lo que yo fui, soy lo que tú serás.” (N. de los Ed.)

[409] Los textos en griego (Homero), alemán (Johann Heinrich Voss), ruso (Gnedich) y francés (Paul Mazon) se refieren al mismo pasaje: “Dichas estas palabras, se volvió y salló del consejo, / y los demás consejeros con cetro / se levantaron, obedeciendo al pastor de hombres. / Las tropas acampadas acudieron presurosas, / como un enjambre de abejas / salido de la hendedura de un peñasco, / arracimado sobre las flores primaverales y / revoloteando de un lado a otro, / así las numerosas familias de guerreros / marchaban en grupos, por la baja ribera, / desde las naves y tiendas a la Junta. / En medio, la Feme, mensajera de Zeus, / enardecida, les instigaba a que acudieran, / y ellos se iban reuniendo. / La junta se agitó, gimió la tierra / y se produjo un tumulto, / mientras los hombres tomaron sitio. / Nueve heraldos daban voces para que / callaran y oyeran a los consejeros, / alumnos de Zeus. / Se sentaron al fin, / aunque con dificultad, y enmudecieron / tan pronto como ocuparon los asientos". Traducción de Robert Fitzgerald, La Iliada (Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1975), p. 38. (N. de los Ed.)

[410] "También debemos hablar de los laberintos, la obra más extraordinaria de la riqueza humana, pero no, como podría pensarse, ficticia.” (N. de los Ed.)

[411] “Una casa implica una familia, un lugar donde meter a niños y hombres, un lugar hecho a medida para retenerlos, con el fin de contener sus vagabundeos, de distraer esos deseos de aventura, de huida que han tenido desde el principio de los tiempos”, según traducción de Barbara Bray en Practiralities (Grove, Nueva York, 1990), p. 42. (N. de los Ed.)

[412] “Los hombres se piensan que son héroes, igual que los niños. A los hombres les gusta la guerra, la caza, la pesca, las motos, los coches, lo mismo que a los niños. Se les nota cuando están dormidos, y a las mujeres les gusta que los hombres sean así. No hace falta que nos engañemos. Nos gustan los hombres inocentes, crueles: nos gustan los cazadores, los guerreros: nos gustan los niños.” Duras de nuevo, según traducción de Barbara Bray, p. 51. (N. de los Ed.)

[413] "Ya caía ceniza, aunque poca, pero al volver el rostro vi que se aproximaba una espesa niebla por detrás de nosotros que, como un torrente, se extendía por tierra. ‘Apartémonos mientras veamos-, dije, ‘a fin de que la multitud no nos atropelle en la calle empedrada cuando caigan las tinieblas’. Apenas nos habíamos sentado a descansar cuando anocheció, no como en las noches sin luna o nubladas, sino con una oscuridad como la que se origina en un sitio cerrado sin iluminación”, según traducción de Betty Radice, Cartas. Volumen I (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1969), p. 445. (N. de los Ed.)

[414] “Aun cuando puede que nuestra fuerza disminuya, endureceremos nuestros ánimos, ensancharemos los corazones y aumentaremos nuestro valor.” (N. de los Ed.)

[415] “El olor del silencio es tan viejo.” (N. de los Ed.)

[416] “El amor no es consuelo, es luz.” (N. de los Ed.)

[417] “Quien no tenga ahora casa, nunca la tendrá.” (N. de los Ed.)